LA QUINTA SOMBRA



Alberto Iturralde

La Quinta Sombra

Alberto Iturralde

Copyright © 2024 Alberto Iturralde
Todos los derechos reservados.

“Toda leyenda que perdura lo paga con la verdad.”
Alden Debald.

Capítulos

Prólogo
Vuelta a casa
La calma antes de la tempestad
La Nueva Llama
Consejo de Maestros
Mensaje de una botella
Profetisa
El cadáver
El Peine de los Cielos
Recados del rey
Preguntas y respuestas
Oasis
El Otro
Acusación
Perdido
Dragones y lagartos
Familia
Amargo retorno
Juicio popular
Amarga Partida
La Semilla
Trifulcas
Fantasmas
El tamaño de las palabras
Agua en el desierto
Deuda de vida
Referéndum
La Orilla Fangosa
Guardasur
Partida
Sanación
El rey Charles
Alta mar
La cueva del maestro
Mala espina
Plan de evacuación
La cena
El Mar Cerrado
Acero y vidrio
La dama
Tierra
Regreso
Retazos del pasado
La última cena
Rumbo a la batalla
Parada en el desierto
Sitio
Presentaciones
Reencuentro
Vibraciones

Algo más importante
Caos
Espadas
Venganza
Enemigos ancestrales
La Semilla
La guerra continúa
Bello Infierno
Reinterpretaciones
Epílogo

MAPA


Mar de Alderion
Darenel
Frelio
Alderion
Imperio Sunn
Imperio Mondo
Los mil reinos
El Mar Cerrado
Los Llanuros
Dominio de Lorhorn
Las Islas del Borde
El Creciente
N
W
E
S
Edalom

PRÓLOGO

Templo Invisible, Kitazh 571.

Habían pasado más de cien años desde la última vez que visitó el lugar. El túnel era oscuro, húmedo, y más angosto de lo que Buuz recordaba. Se abrió paso en la oscuridad tras el cálido resplandor que emanaba de la antorcha. Cuando pasó bajo el dintel por fin pudo levantarse del todo y entrar en la cripta. Sus rodillas lo agradecieron.

El lugar rezumaba magia. Sus oídos parecían captar los murmullos de los dioses. La piedra olía a Historia. Historia de la más antigua. Colocó su antorcha en el soporte que encontró bajo una hornacina donde descansaba la estatuilla de Akros y miró hacia el techo abovedado.

Las cinco escenas conservaban los colores a la perfección. La plantación del árbol del origen en la tundra de Duul, adonde no llegaban los bosques de abedules. Que ironía que esa tierra tan yerma fuera la cuna de la vida, pensó Buuz. Al lado estaban representadas las cinco guardianas en su particular guerra, sus rostros fieros no contenían ni una sola pincelada de compasión. Y en carne y hueso era mucho peor. Bien podía asegurarlo Buuz. A continuación, se fijó en la pintura del árbol talado. Recordó la primera y única vez que estuvo allí. El tocón era tan grande como una ciudad. ¿En qué momento a alguien se le había ocurrido que podría reflejar en una pintura la tala de un árbol semejante? No, no le gustaba esa escena. Pero aun así era menos terrorífica que la que tenía en frente, la creación de esas abominables criaturas que Kida, la madre de todas ellas, había bautizado como krouls. Evitó que sus ojos se fijaran en esa imagen, y tampoco los detuvo en la del juramento de Kitazh. Ya tenía la escena grabada en la memoria. A menudo soñaba con ella y se veía a sí mismo junto a sus nueve hermanos de otra sangre. Recordó ese pasado con nostalgia. ¿Había sido más feliz durante la gran guerra que en esta eternidad de paz en el templo? Como la respuesta era desagradable, la apartó de sus pensamientos.

La cámara era fría y silenciosa como los siglos. Etel y Raol entraron en la cripta haciendo crujir sus espaldas al erguirse del todo y fijando sus respectivas antorchas. Buuz los observó: estaban igual que cuando juraron ante Akros, como si los siglos no les hubieran pasado factura. Por fuera, al menos. Raol era el que menos suerte había tenido en ese aspecto, pues su cabellera estaba plagada de las mismas canas que cuando se les concedió el secreto. Si Akros los hubiera elegido unos años antes…

El suelo era de tierra compacta y en el centro había un enorme altar que ocupaba la mitad de la sala. Sobre él, un arcón negro mate, con runas plateadas que brillaban con fulgor ante las llamas.

– Aquí estamos –declaró el hermano Raol–. En las entrañas del templo.

– La cripta de los sueños –confirmó solemnemente la hermana Etel.

Buuz no dijo nada. Ya sabía dónde estaba. En un lugar sagrado. Hogar de secretos ancestrales. Se acercó al altar, pero Raol se lo impidió oponiendo un brazo huesudo. Vio cómo el hermano de más edad avanzaba hacia el baúl negro.

Del interior de su túnica sacó una llave y la introdujo en la cerradura, llevándose consigo las telas de araña que la cubrían. El eco del clic metálico resonó en la cripta y Raol se retiró. La hermana Etel hizo lo mismo con la llave que llevaba al cuello. Tuvo que quitarse el pañuelo de la cabeza para sacarla, revelando un pelo negro y rizado que siempre llevaba muy corto.

Tras el segundo clic, Buuz se acercó. Era su turno. La mano le temblaba. De emoción. De miedo. De tristeza. De alegría. Aquel sería un momento histórico y aunque hubiera vivido muchos a lo largo de su vida, uno nunca terminaba de acostumbrarse. La tercera cerradura cedió ante los dientes de la llave y el mecanismo levantó ligeramente la tapa de la arqueta. Giró la cabeza para buscar el apoyo de sus hermanos.

– Ha de hacerlo el más joven, tal y como nos fue dictado –confirmó Raol–. Adelante, Buuz. Sácala.

– No soy el más joven –puntualizó.

– Desde que ella se fue, sí –zanjó Etel.

Suspiró. Cuanto menos pensara en ello, mejor. Ella. Había heridas que ni todos los siglos de la eternidad podían sanar. Con la tapa abierta del todo, Buuz se asomó para mirar en el cofre. La arqueta era tan profunda como el altar. Estaba pegada a la piedra, y en la piedra vaciada se encontraban siete tablillas del mismo tamaño, colocadas en vertical, ligeramente inclinadas en unas ranuras y alineadas una detrás de otra.

Contó hasta cinco y agarró cuidadosamente la tablilla de arcilla. Aunque ya lo había hecho muchos años atrás, su peso le sorprendió. Tuvo que hacer un esfuerzo para sacarla. Por un momento fugaz, le dio por pensar lo que ocurriría si se le caía el trozo de arcilla sobre el resto de las reliquias. Una sonrisa nerviosa se dibujó en su rostro. Con la tablilla en las manos y sin lograr borrarla, se volvió hacia sus hermanos.

– Por las Cinco… –susurró Etel, llevándose ambas manos al pecho.

– No es momento para reír, hermano –reprendió Raol–. Nuestro mundo está a punto de arder.

*

Todavía le temblaban las piernas. Había contado doscientos treinta y siete escalones antes de perderse en la cuenta subiendo desde la cripta, y aun así sabía que no era esa la razón. No era cansancio, eran nervios. El futuro del mundo se decidiría en la próxima hora. Decisión que recaía sobre los eternos, los siete hermanos y hermanas que quedaban en el templo de Kitazh.

Nunca le había gustado esa sala. Fría, austera y tan espaciosa como vacía. Desde los asientos de la larga mesa de caoba no se disfrutaban las vistas. Además, estaba dispuesta tan lejos del hogar que, de haber habido leña ardiendo, apenas habrían notado el calor. Un hogar, una mesa, diez sillares, siete hermanos de sangre distinta.

Tras proceder a la lectura de la tablilla y opinar sobre lo que implicaban sus líneas, llegó el momento de decidir qué acciones iban a emprender.

– Es menester que el mundo conozca estas líneas –declaró la hermana Haiga con voz cansada y los ojos fijos en la arcilla.

– Y así será –confirmó Gost, que jugueteaba con las dos trenzas en que terminaba su barba negra.

– El mundo no verá más que versos incongruentes –señaló Etel, inclinada sobre la mesa para ver mejor los símbolos en la tablilla.

– Nuestro deber es comunicarlo, no explicarlo –argumentó Gost.

Ninguno de los siete objetó nada. Estaba claro que su deber se limitaba a revelar el quinto sueño de Harum, y nada más. Pero Buuz tenía una certeza contra la que le era difícil luchar. Si se limitaban a la ya habitual política del “nada más”, entonces mucha más gente moriría.

– Bien –dijo Raol sin especificar a qué estaba dando su aprobación–. Sugiero que Ruuth se encargue de la traducción al Común. Haiga y yo haremos las xilografías y empezaremos a grabar los manuscritos esta misma noche. Etel y Buuz podrían ir a la ciudad a por un cargamento de botellas de vidrio. En cuanto hayamos enviado suficientes manuscritos como para que el mensaje llegue a las Islas del Borde, Jeikis podrá reunir a bardos y juglares en Marblan.

– Como la última vez –asintió Gost, conforme con el plan.

– No –la hermana Ruuth lo miró con sus profundos ojos verdosos–. La última vez Ruto estaba con nosotros.

Un silencio sepulcral bañó la sala de recuerdos. Algunos felices, otros teñidos de decepción.

– Hoy amanecimos con la quinta sombra abrazando el cielo –dijo Raol–. Ellos también. Todo el mundo amaneció a oscuras. Si de algo se arrepienten nuestros hermanos, volverán.

– Quebrantaron su juramento –opuso Buuz, todavía preocupado por el destino de sus hermanos desertores. Porque, en el fondo, sabía que quebrantaron el pacto por una causa justa. Él también quería volver a verlos. Sobre todo, a ella. Pero después de cinco siglos, prefería convencerse de que eso no pasaría. Así era más fácil de soportar.

– No pueden volver al templo, pero sí a la isla. No hay excusa que valga, Buuz –se mantuvo firme Raol–. ¿Manos a la obra?

Todos los hermanos se mostraron de acuerdo. Recogieron sus pergaminos y se levantaron haciendo que las sillas rechinaran.

Cuando todos salieron por una u otra puerta, Buuz se acercó a los cristales. El ventanal miraba hacia el norte, a los acantilados de la parte más septentrional de la isla. A lo lejos se distinguían las formas de otras dos islas pegadas al mar. Buuz las conocía. Había ido incluso más allá. Más allá de la península de Marblan que se encontraba tras esos islotes. Pero aquellos eran tiempos muy lejanos. Su voto le obligaba a quedarse en Kitazh, a servir en el templo erigido por y para Akros. Para toda la eternidad.

Se arrimó a los cristales para mirar hacia el este, hacia la Rada Blanca. En algún lugar tras esas aguas se hallaban las llanuras de los primeros pueblos pacíficos, y más allá, a levante, las infranqueables montañas del Khaz'Tiber, donde unos pocos elegidos volaban sobre dragones. Se preguntó si en aquellas tierras se ocultaría alguno de sus hermanos desterrados.

– ¿Dónde estáis, hermanos? –susurró, con la mente hurgando en los siglos de su memoria, al encuentro de aquellos tiempos más felices.

1

VUELTA A CASA

Espacio aéreo de Mohad, Mohad 571.

Hacía frío ahí arriba. Por muy azul que estuviera el cielo, por mucho que se arrebujara en el lomo del dragón, ese condenado viento del norte calaba hasta los huesos y le helaba hasta las orejas. Odiaba volar tan alto. Si estuviera permitido, espolearía a Tir para que bajara en picado y pasara a ras de las dunas. Porque llevaba varias horas sobrevolando el desierto. Y sabía que abajo hacía calor.

Atravesó tímidamente la capa nubosa para echar un vistazo y comprobó que ya había pasado las Indómitas, esas rocas gigantescas plantadas en medio de la arena como si fueran montañas. En el horizonte aparecían el verdor de las colinas y las aguas azuladas del Grensehoer. Ascendió de nuevo y azuzó a su dragón para que volara más aprisa. Estaba ansioso por llegar a casa, aunque se detendría a dormir en La Escala, como siempre. Dedicó un fugaz pensamiento para Dien Phu, otro para sus amigos y uno mucho más largo para Dal Mah.

La Escala era una vasta aldea llena de prados y maizales que se extendían de norte a sur a lo largo del río Elver, al oeste del Grensehoer. En la margen oriental había dos molinos, el antiguo

con la rueda derruida y uno más moderno que, según los campesinos, molía más y mejor. Era una de las aldeas–etapa establecidas por el gremio de los jinetes de dragón, de modo que sus aldeanos estaban ya acostumbrados a ver dragones, y eso era un alivio pues los niños no vendrían a tocarle las púas a la criatura. En definitiva, era un buen lugar para pasar la noche antes del último vuelo de regreso a casa.

Siempre que pasaba por ahí, Baard, el molinero, le regalaba un saco de harina que An Long aceptaba gustoso. Le encantaban las tortas de maíz y a Baard le gustaba hablar con gente letrada. Tenía el pelo castaño e hirsuto, un rostro severo con el ceño permanentemente fruncido y una corpulencia musculosa y achaparrada que contrastaba con su aguda vocecilla. Era la única persona que hablaba correctamente en la aldea, y le gustaba estar informado de lo que pasaba en el mundo.

– Aquí estamos a las puertas de Mohad –decía el molinero–, no sería bueno que esa guerra se extendiera.

– Parece una guerra civil entre los rebeldes del desierto y los ejércitos de las ciudades que lo rodean. Llevan años con sabotajes, pero con el fracaso de la campaña de Mareas Rotas, parece que los de la arena se han decidido a subir la intensidad.

– Ya veo… Ese rey Charles tiene los días contados. Dicen que cada vez hay más Escarabajos. Que ya están infiltrados en todas las grandes ciudades. Que vigilan a los nobles influyentes, los siguen… Algunos de estos campesinos creen que han llegado hasta aquí. Por mucho que les diga lo contrario, ¡están convencidos y son tercos como mulas!

– Poco sé de los Escarabajos y los otros movimientos. Aparte de que no son muy imaginativos con sus nombres… El último sabotaje del que oí hablar lo habían protagonizado bandidos de un grupo nuevo, los Escorpiones. Pero, en fin, tan solo lo que se comentaba en Guardasur –An Long se encogió de hombros–. No me detuve en Mohad, a Tir no le gusta que se le meta arena entre las garras.

El molinero se echó a reír.

– ¿Qué nuevas traes entonces esta vez, jinete An Long?

El jinete se preguntó si debía contarle lo que había visto en los Tentáculos, y decidió que sería mejor no hacerlo.

– Poca cosa, Baard, poca cosa.

– ¡Oh, vamos!

– Tan solo tenía que contar barcos… –cedió.

– ¿Y cuántos llegaste a contar?

La pregunta lo pilló por sorpresa, aunque fuera la más obvia.

– Eh… La verdad es que había demasiados como para contarlos de verdad. Se conformarán con una aproximación.

– Aproximación… –Baard se rascó la barba–. ¿Y a qué cifra se aproxima esa flota de los Tentáculos?

– Cuatro. Tal vez cinco.

Baard dio un brinco.

– ¡¿Centenares?!

– Millares, Baard. Millares.

– ¡Millares! ¡Que me aspen! ¿En qué rio cabrían tantos barcos?

An Long se apiadó de Baard, que nunca había tenido la oportunidad de ver el mar. A él también le había costado imaginarse esa infinita alfombra azul antes de sobrevolar la Rada Blanca a lomos de Tiranior.

– En el Elver no, desde luego.

– ¿Por qué semejante armada? ¿Otra guerra? Pero… ¿Con quién?

– No lo sé, Baard. No lo sé.

– Cerveza –dijo de pronto–. Ven, muchacho. La cerveza nos ayudará a pensar.

Poco reflexionaron sobre la guerra. Tras relatar su viaje y el otro atosigarle con preguntas sobre dragones y el Khaz'Tiber, como siempre, An Long se despidió y se dirigió al refugio para reunirse con Tir.

Se trataba de una torre de piedra abandonada que la vegetación había hecho suya con los años. Era lo bastante ancha como para que entrara un dragón, pero Tir siempre dormía afuera. Allí nadie lo molestaba. Se lo encontró a sus anchas recostado y con la cabeza más baja que el cuerpo, asomada a una acequia. El dragón alzó el hocico por un instante, olfateo el aire, lo miró con desgana y pegó un enorme bostezo. Luego, volvió la cabeza y cerró los ojos.

An Long sonrió. Cualquier otro dragón se habría alzado batiendo las alas y disponiéndose a volar, a disposición de su jinete. O así era como él se lo imaginaba. Pero Tir era un holgazán. Un dragón primigenio y un holgazán.

El jinete sacó manta y esterilla del petate y se instaló incómodamente en el interior de la torre, al abrigo del relente de la noche.

*

– ¡Eh, An Long, eh! –An Long sintió que alguien le estaba dando tortitas en la cara–. ¡Lo tuyo ya es enfermedad! ¡No te despierta ni el rugido de un dragón!

An Long abrió un ojo. La luz todavía no se filtraba por los agujeros de la torre y estaba muy oscuro. No necesitaba verle la cara para saber quién le estaba despertando. Suspiró.

– Aún no ha amanecido, Bong Nam, déjame en paz.

– ¿Amanecido? ¿Es que ahora te despiertas con el sol? ¡Qué lejos ha quedado el An Long de la Cueva de la Estrella! ¿Qué diría Dien Phu si supiera que te has vuelto así de vago?

– Pues diría eso –refunfuñó el jinete, acurrucándose en su manta y dándose la vuelta, con la esperanza de que su amigo se largara sin más–, que me he vuelto un vago.

Bong Nam le sacudió cogiéndole de los hombros, de modo que no tuvo más remedio que levantarse de mal humor. Se conocían desde los trece años y An Long sabía perfectamente que no habría parado hasta conseguir su propósito, que en ese momento parecía ser exclusivamente el de tocarle las narices.

Tras caminar por el sendero de la margen del río y atravesar varios maizales llegaron a una fonda solitaria dominando un promontorio poblado de hayas y algún que otro roble. Era la única que había a diez leguas a la redonda, de piedra, con las contraventanas de madera gastada abiertas de par en par para acoger un poco de aire y repartir el jaleo por los tranquilos alrededores.

– Siempre me paro aquí a desayunar. Tienen buena sidra y las tostas de maíz están riquísimas.

An Long convino, pero no dijo nada. Prefería demostrar su mal humor para que ese tipo de despertares no se produjeran de nuevo.

No podía decirse que el lugar fuera acogedor, limpio o medianamente decente. No. Era un antro con todas las de la ley: el suelo cubierto de serrín despedía un hedor al que no se acostumbraría ni un cerdo. Había trampas para ratas, queso en las trampas para ratas y más queso en lugares aleatorios. Dejó de mirar, porque sabía que lo siguiente que vería serían las ratas. El techo estaba lleno de manchas de humedad y varias de las vigas que lo sostenían estaban medio partidas. Si uno miraba a los rincones vería una especie de manto blanco parecido al tul, sin duda

obra de las mejores tejedoras del mundo, las arañas. Seguro que tenían montada una competición. Las bancadas estaban hechas a partir de tablones de barril y por eso no eran rectas, o quizá se habían aboyado por los golpes que se adivinaban por las salpicaduras de sangre que marcaban la madera aleatoriamente. Había barriles enteros a modo de mesas, y los tocones que habían traído sin siquiera molestarse en trabajar un poco hacían de taburete.

An Long sonrió por primera vez ese día cuando le trajeron la jarra de sidra, las tortas y el queso con membrillo.

– Tenía que establecer contacto con algún integrante de ese grupo rebelde, los tuneleros. Pero según he podido averiguar solo están en Ragoros. Las cosas están más difíciles en Alaner. El Cuerno tiene ojos en todas partes. Me siguieron en varias ocasiones. Hay lugares discretos en donde la gente llana se junta para despotricar sobre el régimen, pero no son más que susurros de descontento. Ni están organizados ni son suficientes para alzarse contra Lor'Horn. No creo que puedan replicar lo de los tuneleros de Ragoros.

– Parece que quieres que lo hagan –comentó An Long.

– Bueno, he visto lo que hace ese déspota con su propio pueblo. He visto cómo tratan a los niños. Y las niñas… Es aún peor para las niñas. No puedo decir que sea un régimen que me agrade –Bong Nam se encogió de hombros y tomó su jarra de sidra–. Pero ya sabes, nosotros solo observamos.

– Sólo observamos –asintió–. ¿Y nada sobre la forja?

– Nada.

– Yo estuve en los Tentáculos. Desearía poder hacer algo… –admitió–. Había miles de buques, Bong Nam, ¡miles! Los astilleros de las tres penínsulas estaban a tope. Pequeñas flotas partían de todos los puertos hacia Harnos, donde se reunían con la armada que están montando.

Bong Nam se rascó la barbilla.

– ¿Y qué es ese algo que desearías hacer al respecto?

– Quemarlos.

– Morirían inocentes.

– No si quemamos los astilleros. De noche. Y los barcos amarrados en los muelles, esos estarían vacíos.

– Si la flota es tan grande como dices, no habrá camas suficientes en Harnos para albergar a las tripulaciones. Seguramente duerman todos en los buques.

– Bueno… De todas formas, solo observamos.

– Así es. Pero creo que eso está a punto de cambiar…

– ¿Eso crees?

– Sí… Dun Gar tenía razón. La guerra se acerca de verdad.

– Guerras ha habido siempre, y los jinetes…

– No hemos participado. Ya. Pero te diré una cosa, colega. Si esa flota de los Tentáculos te ha impresionado, espera a ver el ejército de Lor'Horn. En las tabernas de Alaner se rumoreaba que ya habían partido regimientos hacia Mohad. Y si se hacen con Mohad, lo siguiente sería Dareniel. Y después de Dareniel…

– Ningún ejército podría conquistar el Tiber. Nadie puede escalar con armadura y espada.

– Sospecho que esta vez es distinto, An Long.

– Nunca es distinto, Bong Nam.

Con la cuarta jarra de sidra dejaron a un lado las preocupaciones sobre una guerra venidera y se dedicaron a tergiversar las anécdotas de sus días felices y no tan felices en la Cueva de la Estrella, añadiendo detalles heroicos y adornando sus proezas.

– ¿Y cuando te caíste de la cuerda en el pozo de los aprendices?

– ¡Me tiré! –corrigió An Long.

Bong Nam estalló en carcajadas y los campesinos que disfrutaban del mismo desayuno en las mesas cercanas se giraron entre divertidos y extrañados.

– ¡An Long al rescate! ¡Dispuesto a morir por su amada! –se mofó su amigo–. ¿Cómo se te pasó por la cabeza? ¿Qué habrías hecho si la alcanzabas? ¿Aplastarte primero contra el suelo y hacerle de almohadilla?

El joven jinete miró ruborizado a su alrededor. Visto con perspectiva, el valeroso y heroico acto que había protagonizado ese día parecía más bien una estupidez. “Una adorable estupidez”, había dicho Dal Mah por aquel entonces. En cualquier caso, le sirvió para encontrarse con Tir, así que jamás se arrepentiría de lo que hizo. Claro que tampoco pensaba vanagloriarse de algo así.

– Tienes un don para tocarme las narices, Bong Nam. Ya estoy lleno y despierto del todo –dejó unas monedas sobre la mesa y se levantó–. Vámonos a casa.

*

El vuelo les llevó dos días por culpa de las lluvias torrenciales que les obligaron a refugiarse bajo el manto protector del Bosque Tenue. Para cuando llegaron al Peine de los cielos ya estaba la luna en lo alto, emitiendo un fulgor plateado que iluminaba el contorno de las nubes y se reflejaba levemente en las superficies heladas de las vertientes. An Long respiró profundamente el aire de sus montañas. Un aire cargado de nostalgia. El aire del Khaz’Tiber. Su hogar.

– Dragones de carga –comentó Bong Nam al apearse de su montura.

Él también vestía el uniforme negro de vuelo, pero An Long no podía evitar pensar que le quedaba mejor a su amigo. Era el jinete ideal. Alto y fuerte. Apuesto e inteligente. Leal y elocuente. Capaz de bromear y reírse de sí mismo, pero también sabía escuchar y ofrecer el hombro cuando a uno le hacía falta llorar. An Long bajó de un salto a la nieve y se despidió de Tiranior, que alzó el vuelo sin demora.

Incluso a oscuras, el Peine de los cielos era un lugar sobrecogedor. El techo del mundo, según decían allí. Las cumbres más elevadas y difíciles de acceso. Las más frías y escarpadas. Las más alejadas de la civilización.

Las montañas se alzaban como gigantes intentando llegar a las estrellas que brillaban con altivez. Las nubes danzaban al son del viento, infiltrándose por doquier, subiendo y bajando, mezclándose con la nieve que caía de vez en cuando provocando estruendos de tormenta. La roca desnuda se iba erosionando y dejaba una capa de gravilla que en más de una ocasión le había valido a An Long un moratón en el trasero. Sin duda un territorio más apto para dragones que para seres humanos. Pero ahí estaban ellos dos, y un puñado de jinetes decididos a enfrentarse al mal de altura con infusiones y a la gravedad con alas ajenas.

– Tenemos visita –confirmó An Long–. ¿El Khaz Dolu?

– ¿Aquí arriba? ¿Durante la estación fría? Se le helaría el cerebro. Serán los de la forja en busca de más dragones ahora que todos los reinos y ciudades se están armando hasta los dientes.

– Saben que no hay más dragones para…

– Ya, pero por pedir… Así son.

– Pero si no los conoces.

– Me lo dijo Bahn Mi.

– ¿Cuándo estuviste con Bahn Mi? –preguntó An Long alzando una ceja. Él llevaba casi dos años sin verlo.

– Tuve que ir a la forja a por una nueva espada, ¿recuerdas? –Bong Nam se colocó el macuto al hombro y le dio un golpecito a su dragón en el muslo de color verdoso. Raegor ascendió hacia las nubes, despeinando a los dos jinetes que ya no podrían más que caminar–. Bueno, vamos a ver a Dun Gar. Él nos contará qué está pasando aquí.

– Espero que no se explaye –comentó An Long.

Ambos rieron. Dun Gar era de esas personas que hablaban despacio y usaban muchas frases para decir pocas cosas. Se repetía.

– Sí, yo también estoy cansado. Solo deseo entregarle el informe y meterme en la cama.

*

El fuego de las teas iluminaba la cueva débilmente, y la calentaba de manera todavía más endeble si cabe. Si algo odiaba An Long de ese sitio, era el hecho de vivir abrigado permanentemente. Desde que descubrió las cálidas aguas del Mar Cerrado o las playas vírgenes de la Costa de las Luces había sentido que el destino le había jugado una mala pasada haciéndole nacer a las puertas de la cordillera más alta e inhóspita del mundo conocido. Aunque, para ser justos, él había nacido en la falda… la elección de subir más arriba había sido suya. Más o menos.

– ¿Te vas a quedar ahí parado, An Long? –dijo una voz rasgada pero serena.

Se había quedado atontado, sumido en sus pensamientos y con la mirada perdida en la llama que ardía incansable. Qué cansado estaba. Él no era como esa llama. La puerta de madera podrida ya estaba abierta, Bong Nam había entrado y el viejo maestro del fuego esperaba a que él hiciera lo mismo para poder cerrarla.

– Pasa, anda –insistió Dun Gar–. ¿Qué tal se ha portado Tiranior?

– Bien. Como siempre. Hace lo que le digo. Cuando le apetece.

– Algo es algo, jovencito. Ten en cuenta que lleva siglos sin obedecer a nadie.

An Long se encogió de hombros. Su dragón obedecía en los momentos realmente importantes. En los aprietos. En los momentos de descanso era cuando no le hacía ni caso, o cuando tenía hambre y se lanzaba a cazar un águila que acababa asado en su estómago.

El jinete se adentró en la habitación y se quedó helado al reconocer al hombre que los esperaba sentado en torno a la mesita. Era Shio Min, el maestro de los secretos. Tan solo lo había visto en dos ocasiones. La primera, hacía siete años, cuando lo trajeron por primera vez a la capital y tuvo el honor de cenar en el Palacio Dorado. La segunda, cuando este vino a impartir la clase de “extrañezas y misterios” durante casi toda una semana. La cara de Shio Min era difícil de olvidar. De aprendiz, An Long tuvo pesadillas con ella.

– Qué oportuna coincidencia –comentó el anciano de rostro cadavérico–. Así podréis darles la noticia a vuestros compañeros esta misma noche.

An Long estaba aturdido. Por el cansancio, el sueño, el frío… Que el maestro de los secretos hubiera acudido en persona hasta el Peine de los cielos no podía significar nada bueno.

– Daréis la noticia esta misma noche –aprobó Dun Gar, aún de pie–, pero nos organizaremos mañana.

En la mesita en torno a la que se sentaron había varias tazas y una jarra de vino humeante, así como unas ramas de canela y un bote de miel. Siempre el mismo bote, pensó An Long. La habitación estaba iluminada por varias lámparas de aceite en amplios recovecos y una lámpara de araña colgando del techo rocoso. Las estanterías de libros y pergaminos recubrían las paredes de la habitación, restándole algo de cavernosidad.

– ¿Vais a hacer durar este suspense mucho más? ¿Queréis que nos tomemos todo el vino para

encajar mejor el golpe? ¿Qué chispas sucede? –inquirió Bong Nam, con un tono irritado que, dada la presencia de Shio Min, sorprendió mucho a An Long.

El maestro de los secretos sostenía con firmeza su taza de arcilla de la que ascendían hebras de humo e investigaba con la mirada el rostro de los dos jinetes. Unos ojos pardos hundidos en un rostro chupado y que parecían sospechar de todo. Al cabo, pegó un último sorbo al vino y dejó la taza sobre la mesilla. Se levantó, ayudado por su sencillo cayado de madera y se mantuvo apoyado con las dos manos sobre él y la espalda encorvada.

– Los eternos del templo de Kitazh han revelado el Quinto Sueño de Harum –declaró.

2

LA CALMA ANTES DE LA TEMPESTAD

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

El patio era un batiburrillo de niños y niñas correteando por todos lados, como gallinas perseguidas en un corral. Cuando la rectora Sirez hizo sonar el gong, todos se apresuraron hacia el muro de color crema. Seis filas ordenadas se formaron enseguida frente a unos grandes números negros que indicaban la clase.

Los niños colocados en el número nueve caminaron detrás de Pira hasta llegar al aula. Y nada más cerrar la puerta volvió la algarabía. Una veintena de críos empezaron a chillar y jugar unos con otros. Pira se giró hacia su clase y exhaló un suspiro. Resignación.

En los pupitres de la primera fila Bener y Dris jugaban al pulso de agua, salpicando goterones fuera del balde que, al menos, habían dispuesto a tal efecto. Un corrillo se había formado a su alrededor y coreaban el nombre del uno o del otro. En el rincón que se había dedicado al jardín interior un grupito daba vida a figuritas de barro a las que hacían caminar o correr entre las plantas. En la segunda fila, al lado de la ventana, Sila y Oira gesticulaban como locas con ambas manos, y Pira no pudo dejar de sonreír al imaginarse el efecto que tendría la mera visión de esa escena en el continente. Estaban haciendo volar sus aviones de tela y piel a través de los aros que colgaban del alero del tejado, pero ¿qué pensaría una persona normal y corriente, ajena al poder de los heterocromos?

A esos que no lo entenderían los llamaban singas, para acortar lo de “sin guardiana”. Pira, sin embargo, prefería referirse a ellos como personas normales, cosa que no gustaba mucho en las islas, pues suponía que ellos eran los raros.

– Chicos… ¡chicos! Que ya se ha terminado el recreo, ¿es que no os ha dado tiempo para divertiros? –La sala se llenó de síes y noes–. Ahora toca hablar de Historia, para que no se nos olvide quienes somos y de dónde venimos –hizo una pausa para que cada cual volviera a su asiento–. ¿Quién me puede decir donde lo dejamos la semana pasada? –Varias manos se alzaron, algunas tímidamente, otras como movidas por un resorte e incluso había una que se iluminaba como si un incendio brotara en ella–. ¡Nada de fuego en clase, Froy! –ordenó la profesora. La mano dejó de brillar–. ¿Anés?

– Con los Vástagos Rojos, profesora –empezó una niña con la cara llena de pecas y un moño que empezaba a desmadejarse–. Nos contaste que se fueron al sur después de la Ola y que allí

fundaron sus ciudades, en las tierras volcánicas.

– Muy bien, Anés. Así fue. Quedó acordado que el clan de los Vástagos Rojos se fuera al sur. Quedó al margen del gobierno del continente y sus integrantes prefirieron vivir en un pequeño trozo de territorio, inhóspito y volcánico, pero donde no tuvieran que rendir cuentas ante nadie. Tan solo pusieron una condición: que no se metieran en sus dominios. En cuanto al gobierno de...

– Yo quiero ir a ver los volcanes, señorita Pira –interrumpió un niño. Era Iden, un chico moreno con ojos aceituna–. ¿Cuándo podremos volver al continente?

– Sí, yo también quiero ir –se sumó Bener, un hijo de Escuala que había estado echando un pulso de agua antes de empezar la clase. Era de los más altos y se comía los mocos, aunque seguro que no era eso lo que le había hecho engordar de esa manera–. Pero mientras estén los pacifistas del Arcoíris en el Parlamento nunca iremos.

Aquello sorprendió tanto a Pira que abrió los ojos como platos, pero no intervino. Estaba sopesando lo que esa frase implicaba. Los críos tenían ocho o nueve primaveras y ya se les estaban metiendo ideas peligrosas en la cabeza.

– ¿Qué dices? ¡Los pacifistas son los que nos han salvado a todos! –se quejó Iden, molesto por el comentario.

– ¿Salvarnos? ¡Ja! –bufó Bener–. Hace mil primaveras. A mí no me han salvado de nada. Yo quiero ir al continente, pero los del Arcoíris no nos dejan…

Ahora sí, Pira trató de interceder, pero ninguno la oyó pues toda la clase se había puesto a discutir a voz en grito. ¿Y ahora cómo iba a amansar a las fieras?

– ¡Bener tiene razón! ¡Tigre dijo que nos llevaría de vuelta al continente, por eso están haciendo muchos, muchísimos barcos! –exclamó Oira, una hija de Borea que se pasaba la clase jugueteando con sus trenzas pelirrojas.

Entonces Pira vio cómo Iden se echaba hacia Bener con las manos extendidas, lo agarró del pelo y tiró hacia sí hasta que la silla se volcó. El niño, que no se esperaba tal agresión por parte de su compañero, abrió mucho los ojos antes de ponerse a gritar. Intentaba enganchar a Iden moviendo las manos como zarpas mientras el otro lo paseaba por el suelo.

La profesora salió como un rayo y los separó rápidamente interponiéndose entre ambos. Bener estaba furioso y se empeñaba en liberarse del agarre de Pira para ir a por Iden, que ya se había resignado y no ofrecía resistencia. Habló, sin embargo.

– ¡Tigre quiere ir a la guerra! ¡La guerra es mala! ¿A que sí, profesora? –clamó el chico buscando apoyo–. ¿Verdad que la guerra es mala?

Pira había llegado a las islas del Borde a las dieciséis primaveras y, por tanto, llevaba viviendo ahí siete años. Los suficientes como para familiarizarse con la población local, su pensamiento, sus tradiciones y sus conflictos. La batalla política entre bélicos y pacifistas se estaba convirtiendo en un problema cada vez mayor. Hasta ella notaba cómo crecía la tensión. Se notaba en el ambiente y en la calle, por los comentarios, los gestos y por la hosquedad de algunas personas hacia otras. Donde más lo notaba era en el trato entre vecinos. Todos se conocían y sabían quién simpatizaba con el Arcoíris y quien lo hacía con el Martillo. Unos cada vez más cercanos, otros cada vez más distantes… La sociedad se fracturaba y la brecha se hacía más amplia cada día.

– No –resopló, con Bener más calmado y volviendo a su sitio–. La guerra nunca es buena. En la guerra mueren personas inocentes. Padres, madres. Abuelos, abuelas. Niños, niñas. Amigos, amigas. Se destruyen las casas, se pierden las cosechas, se queman… –se lo pensó antes de seguir, pero ¿qué estaba haciendo? Inspiró hondo antes de continuar–. En fin, la guerra es

horrible. Y por eso no puedes hacer lo que acabas de hacer, Iden. Acabas de empezar una guerra, pegando a tu compañero –hizo una pausa para marcar sus siguientes palabras–. Escuchad, quiero que recordéis esto: la violencia lleva a la guerra, y las palabras llevan a la paz.

Se sintió un poco estúpida al decirlo. Era una frase tan simplista como errónea. Las palabras podían llevar a cualquier parte. Las palabras podían herir más que una puñalada. Y también sabía que a veces el asesinato de una sola persona podía llevar a la paz de miles de ellas. El mundo de ahí fuera era un lugar complicado. Demasiado para unos niños que se habían criado a miles de leguas de las guerras.

Los niños se quedaron en silencio un buen rato, y Pira no quiso romperlo. Los dejó allí con sus propias reflexiones. No fue mucho tiempo: a esa edad, las reflexiones suelen ser más bien cortas.

– Pero profesora, entonces… ¿por qué Tigre quiere ir a la guerra? –preguntó Anés, con el ceño tan fruncido que parecía que estuviera intentando descifrar las frases más enigmáticas del Joról.

– Tigre quiere recuperar lo que en su día fue de sus… de nuestros antepasados. Quiere volver al continente, y quiere hacerlo con las armas. Porque allí no somos bien recibidos. Allí también nos recibirán con armas.

– ¡Nosotros no necesitamos armas! –exclamó Bener, todavía enojado.

– Pero entonces… ¿Quién tiene razón? –insistió Anés, ignorando el comentario de su compañero.

Esa era una buena pregunta, ¿quién la tenía? ¿El hombre que pregonaba por la reconquista, costara las vidas que costara, o la mujer que luchaba por que todo siguiera igual? Pira había conocido el continente. Había vivido allí hasta las dieciséis primaveras, y sabía que su vida en las islas del Borde era infinitamente mejor. Pero... ¿cómo explicárselo a aquellos cuyas familias llevaban siglos viviendo en los confines del mapa? ¿Cómo no entender esos rescoldos de injusticia que habían heredado los niños? ¿Esos a los que se explicaba que masacraron a la mayoría de sus antepasados, dejando al resto la única opción de lanzarse al mar en busca de un lugar donde vivir en paz o extinguirse en silencio?

– No sé si alguien la tiene, Anés. A veces las cosas no son ni negras ni blancas.

Toda la clase se quedó en silencio. Ante ella, veinte rostros con expresión interrogante esperaban que siguiera hablando, pero Pira ya no sabía qué añadir. Y para colmo se había vuelto a desviar totalmente del capítulo del temario.

– ¿Y de qué color es la razón, señorita Pira? –preguntó Iden finalmente.

*

Con las piernas cansadas tras recorrer la vía hidrourbana que conectaba Akrosia con la diminuta isla de Sukuma, Pira tuvo que remar. Mientras lo hacía, observó con desgana la pasarela partida en dos y los pilotes derruidos. Se preguntó cuándo se decidirían a arreglarla. Ya habían pasado dos cuartos de luna desde la última tormenta.

Amarró el bote a uno de los pilotes de la casa y dejó el remo en su interior. Subió los peldaños escuchando cómo crujía la madera y se plantó frente a la puerta. La abrió. Dejó la faltriquera en el perchero que había en el zaguán. Un olor agridulce le asaltó la nariz, un olor que conocía muy bien. Entró en la cocina donde encontró a Sihal… cocinando. ¡Estaba haciendo un guiso de cordero! Sihal solo había matado a un cordero para los festejos del solsticio de invierno cuatro primaveras atrás, cuando lo aceptaron en la herrería como aprendiz.

– ¡Alabadas sean las Cuatro! –exclamó. Hacía tiempo que había adoptado las expresiones de

los bordeños–. ¿Qué pasa? ¿Me he olvidado de alguna fecha importante? –preguntó, intentando fingir el mayor asombro posible a la vez que sonreía de oreja a oreja. Era exactamente lo que necesitaba después de un día como aquel.

Sihal se dio la vuelta y dejó el cazo sobre la encimera. En tres zancadas se plantó donde ella se había quedado atónita y la cogió de las manos. Pira lo examinó de reojo. Estaba como siempre, salvo por las gotitas de sudor que perlaban su frente. Sí, cocinar era agotador.

– Hoy ha pasado algo increíble, mi luna. Te lo digo, ¡increíble! –sus pupilas brillaban tanto que parecían de todo menos negras–. ¿Recuerdas ese martillo que te enseñé hace una semana? ¿El que me encomendó Barbo? Pues… yo no sabía nada, pero… ¡adivina para quién era!

Pira no tenía ni la menor idea de quién podría necesitar un martillo con tantos adornos y tan grande como el que se había traído a casa el otro día, tan hinchado de orgullo que casi no cabía por la puerta. Igual que el martillo. Alzó una ceja al constatar el ansia que tenía su novio por desvelárselo.

– Sol, hay unas dos mil personas en este atolón, ¿cómo voy a saber...?

– ¡Tigre! Ha venido Tigre a la herrería, ¡por el martillo! Ha preguntado por mí, te lo digo. ¡Por mí!

– Oh… Tigre… ¿Y qué quería? –preguntó ella, tratando de ocultar su decepción. No quería chafarle el buen humor a su novio.

– Pues conocer al artesano. Al parecer van a colgarlo en la nueva sede del movimiento. ¡Mi martillo! ¿Te das cuenta? Y ha estado hablando conmigo casi dos horas. ¡Dos horas! Y me… me ha hecho una propuesta –Pira se apartó un segundo de él y frunció el ceño–. Sí… Déjame terminar con el cordero y te lo cuento.

– ¿Qué? ¡No! ¡Me lo cuentas ahora!

– Es mejor con el guiso, mi luna. Confía en mí.

– Esto no tiene nada que ver con la confi…

– Sí tiene. Porque si empiezo a contártelo ahora, el guiso acabará como el arroz negro del otro día, ¿recuerdas? ¡No se me da bien hacer dos cosas a la vez!

Era cierto. Y lo recordaba. Lo del “otro día” era una burda exageración para referirse al día en que, cuatro lunas atrás, apareció con tres pulpos recién pescados y se puso a hacer arroz negro a la Sukumana. El arroz acabó más negro que el carbón, pero lo curioso del caso fue que en ningún momento llegó a echar la tinta en la cazuela.

Aunque le fastidiaba tener que esperar, Pira sabía que sería inútil insistir. Además de no saber hacer dos cosas a la vez, Sihal era terco como una mula. Se aguantaría. Prefería que hiciera el cordero correctamente. Sentía que lo que fuera que le hubiera propuesto Tigre no sería de su agrado, así que se fue a la habitación a cambiarse de ropa y se quedó mirando por la ventana, pensativa.

Lo veía venir. Veía el nubarrón que se estaba formando en el cielo y rielaba en las aguas tranquilas del atolón, bañadas por la luz plateada de la luna. La calma antes de la tempestad. Incluso en su pequeño hogar notaba que se estaba cargando el ambiente. Llevaba días inquieta. Tenía esa sensación de que la gente ya no reía tanto en las calles. Los vecinos no hablaban con la misma soltura de antaño.

Llevaba varios años viviendo en las Islas del Borde. Los locales la habían recibido con los brazos abiertos. Como a una de ellos. Como a una hija de las Guardianas. Una heterocroma, hija de Ignos. Agradecía haber encontrado un refugio en las islas. Tenía un trabajo estable como profesora en la escuela primaria del atolón y acababa de comprar una casita sobre pilotes al final de la playa de Piesfríos con su novio Sihal, a quien había conocido dos años atrás en la

ceremonia del eclipse. Y, aunque las cosas le estaban yendo bien allí, a veces sentía que no encajaba del todo. No terminaba de acostumbrarse a la forma en que se hacían las cosas allí. La nueva religión, los movimientos, los duelos… A veces le costaba encontrarles sentido a algunas de esas cosas. A veces, incluso, echaba de menos el continente. Otras, sin embargo, recordaba sus días en el convento o la vez en que estuvo a punto de morir en la hoguera.

Escuchó el rítmico vaivén de las olas, tratando de apaciguar sus pensamientos. Ese sonido siempre tenía un efecto relajante en ella. Chocaban sin tregua con los pilares sobre los que se mantenía la casita que ella misma había ayudado a construir dos primaveras atrás.

Otro sonido la sacó de su ensimismamiento. El de la campanita. No pudo evitar sonreír. Fue otra de las estúpidas ideas de Sihal. Ella nunca la usaba, pero el muchacho se empeñaba en hacerla sonar las raras veces que cocinaba, para avisar de que la cena ya estaba lista. Eran pocas las veces que Sihal cenaba en casa, ya que trabajaba en la herrería por la mañana y en la forja hasta bien entrada la noche. Ella en cambio, trabajaba por las mañanas durante la estación seca y por las tardes durante la estación húmeda. Siempre le estaría agradecida al viejo Hotus que la recomendó para la escuela. De algo le habían servido las lecciones de Sor Gina, la detestable monja que le había inculcado el alfabeto a base de bastonazos y moratones en el convento de los Mil Reinos. Qué pesadilla. Sacudió la cabeza. Últimamente tenía las emociones muy inestables. Pasaban del blanco al negro y del negro al blanco en un santiamén, muchas veces al día.

Atravesó el umbral para acceder al salón, donde la mesa ya estaba puesta y las velas encendidas. Sihal la esperaba, sentado y sonriente. ¿Cómo podía estar tan feliz por haber hecho un martillo?

Nada más sentarse una mezcla de aromas variados asaltó su nariz. Los identificó con la ayuda de los ojos. Dos tarros con salsa de curry despedían fragancias de calabaza, berenjena y pescado, seguramente melva. El plato principal era un guiso que desprendía un olor a cordero riquísimo, y además llevaba yuca cocida. Se llevó la cuchara cargada de su plato a la boca. La carne se deshacía en el paladar con una explosión de sabores.

– Es cordero lechal –dijo el cocinillas, impaciente–. ¿Qué tal está? ¿Qué te parece?

– Buenísimo –declaró sinceramente, cuando terminó de tragar. Luego, se acercó la copa de vino y bebió–. Francamente Sihal, estoy gratamente sorprendida. Sobre todo, después de la última actuación…

– Lo sé, lo sé. Esa receta a la Sukumana… No sé cómo lo hacía mi padre. Debe de ser por el arroz. Sí, te lo digo, estoy convencido. Seguro que se usa una variedad que resiste más el calor. Tiene que ser algo así.

– Seguro… Oye, sol… ¿le has echado piña a esto?

– Un gran cocinero debe experimentar sabores nuevos. ¡Debe mezclar lo inmezclable para dar con la mezcla inigualable! He echado piña, sí. ¡Y mucho más, te lo digo! –Sihal bebió de su copa–. Bueno, ¿cómo ha ido la clase de hoy?

Había tenido otra pelea en el aula. Otra vez por la misma razón. El continente, la guerra… Cosas que creía que ya habían quedado atrás. Cosas que pensaba haber dejado en el puerto de Magnalia, cuando se embarcó en el viaje sin retorno que la había llevado hasta el atolón de Akrosia, en las islas de los confines del mapa. Con los de su raza.

– Bien, hasta que… dos chicos se han peleado por… tonterías. No quiero hablar de ello – cogió un marsohi de una cesta de mimbre y le dio un bocado. Estaba relleno de atún ahumado, pimiento, cebolla, jengibre y detectó el toque de la menta y la lima. Cogió de nuevo la copa de vino–. Estoy esperando a que me cuentes lo de la propuesta de Tigre. No merezco que me dejes en vilo tanto tiempo.

– Oh, claro. ¡Claro! –Sihal agarró su copa rápidamente y el vino desapareció con un *glup*–. Pues verás… Le gustaría que… me uniera al movimiento.

Pira, que aún masticaba el marsohi, se atragantó. Empezó a toser y Sihal acudió al auxilio con un vaso de agua y se colocó a su lado para darle unos toquecitos en la espalda.

– Vaya, debe de ser el pimiento. Te ha tocado uno travieso –declaró el muchacho en un tono inseguro.

– ¡No es el pimiento, idiota! ¿Quiere que te unas al Martillo? ¡Pero qué despropósito! ¿Acaso no acuden ya suficientes jóvenes a su movimiento? ¿Es que necesita ir por ahí arrancando trabajadores honrados a los negocios que aportan algo al atolón?

–Pero ¿qué dices, mi luna? ¡Es un gran honor! ¿No te das cuenta? Estaré junto a uno de los hombres más poderosos de las islas del Borde.

– ¿De los más poderosos? ¡Por favor, Sihal! –el pálido semblante de Pira empezó a adquirir un tono más enrojecido. Y eso tampoco era por el pimiento–. No digas sandeces. El Parlamento es la única fuente de poder en las islas. Y allí el voto de Tigre cuenta lo mismo que el de cualquier otro.

No era del todo cierto, Pira lo sabía. Tigre era sin duda uno de los hombres más poderosos de las Islas del Borde. El Martillo había crecido en número de integrantes y se había ganado el tributo de numerosos locales y negocios de la zona norte. El hecho de que hubieran decidido mover su sede a Akrosia denotaba la influencia que habían logrado en la capital.

– Pero tiene más tributos que ningún otro movimiento. Y en el Parlamento muchos votarán lo que vote él –objetó Sihal a la defensiva–. Si él propone una votación, muchos votarán lo que él decida. Tiene influencia. Mucha. En todos los atolones.

– ¿Y desde cuándo te importa a ti la política, si puede saberse?

– Bueno… –se rascó la cabeza, indeciso–. Creo que… Siempre me ha gustado… un poco. Pero hoy… Te lo digo, escuchar a Tigre hablar con tanta pasión… Creo que me ha contagiado su entusiasmo. Tenemos que luchar por nuestra libertad. Por nuestra patria. Tenemos que restablecer nuestro honor. Defender nuestros derechos. Eso es. Reconquistar nuestro derecho a ser libres.

– Te ha metido sal en la cabeza… –susurró ella.

– ¿Qué?

– Nada. ¿Es que no somos libres aquí?

Un relámpago iluminó el salón por una fracción de segundo. Sihal no dijo nada, a la espera de que tronara. Sonó como si el cielo se hubiera partido en dos. Pira pensó que algo más se estaba resquebrajando.

– ¿Aquí? ¿En el atolón? ¿Libres? Pero si estamos encerrados en unas islas diminutas. ¡Es una cárcel a cielo descubierto! ¿Cómo vamos a ser libres en una cárcel?

– Benditas cuatro, hablas como él… ¿Te ha dado algún brebaje? ¿Qué demonios te pasa, Sihal?

– ¡No me pasa nada! Es… ¡Es lo que pienso! ¿No puedo tener opinión?

– Claro que puedes –respondió secamente–. ¿Pero desde cuándo te importa el honor, la patria… la libertad? –Pira se dio la vuelta–. Déjalo. No quiero hablar de esto.

Las olas chocaban ahora con más ahínco contra los pilotes de la casa y la pasarela, y se escuchaba el quejido de los cabos que amarraban los botes a la hilera de casas.

– Mi luna…

– Voy a asegurar el bote –informó, de mal humor.

Y se fue del salón, dejando a Sihal a solas con su guiso de cordero lechal y la mesa llena de

entremeses.

La noche era negra como la pez. La luna había desaparecido tras los densos nubarrones que se acumulaban y las estrellas brillaban por su ausencia. Bajó por la escalera de madera hasta la plataforma que tenían bajo la casa.

Como fiel reflejo del firmamento, el mar emitía el mismo e inquietante tono oscuro. Ahí estaba el bote, en medio de la oscuridad, zarandeado por el oleaje. Las olas parecían preocupadas, como ansiosas por escapar de algo.

– Se acerca la tormenta –susurró para sí, mientras ataba un cabo más grueso y fuerte.

Estaba inquieta. Un mal presagio. Y el sonido de las olas ya no tenía nada de relajante. Al contrario.

3

LA NUEVA LLAMA

Do Shoi, Khaz'Tiber 571.

Las empinadas calles de Do Shoi estaban abarrotadas de viandantes que se cruzaban con los carros por el empedrado, estos últimos veloces cuesta abajo y haciendo sudar a las mulas cuesta arriba.

Los tres se detuvieron frente a un letrero. *Las Sopas de Pondara*, rezaba.

– Hace casi dos años que no los veo… –susurró Tui Lam, asiendo el pomo de la puerta del local.

Y la última vez había sido exactamente en el mismo lugar, recordó An Long.

– Yo estuve con Bahn Mi hace poco –declaró Bong Nam–. No ha cambiado nada, desgraciadamente.

La broma sacó un par de sonrisas fugaces que desaparecieron cuando el tufo a sudor y *shalur* les obligó a arrugar la nariz. Tui Lam entró la primera, como siempre.

An Long odiaba esa manía de ir corriendo a todas partes, parecía que su día era más corto que el de los demás. Siempre lo hacía todo de forma acelerada. Para bien o para mal. Recordó sus primeros días como aprendiz de jinete, allá en la Cueva de la Estrella. ¿Cómo era posible no soportarse y llevarse tan bien al mismo tiempo? Siempre había sido un constante toma y daca de pullas envenenadas, incluso hirientes, pero también de consuelos reconfortantes. Y eso tampoco había cambiado con los años. Curiosamente, había momentos en que se le hacía más fácil soportar su forma de ser, pero no había instante en que la quisiera menos. Se había convertido en lo más parecido que tenía a una hermana, y estaba decidido a darlo todo por ella. A protegerla siempre que pudiera.

Aunque Tui Lam no necesitaba protección. Bajo la apariencia de niña pecosa y delgada, era toda una mujer fuerte y resistente. Una jinete de dragón que había superado todas las pruebas como un puñado muy selecto de seres humanos.

– ¿Le estás mirando el trasero a Tui Lam?

Le sacó de su ensimismamiento la voz de Bong Nam.

– ¿Qué? ¡No! Estaba… Da igual. Vamos, entra.

Bong Nam entró el segundo con gesto divertido y An Long lo siguió, cruzando el umbral y adentrándose en la taberna. El interior estaba bastante bien iluminado por los rayos de sol que se colaban por numerosas ventanas, y las teas ardían para caldear el ambiente. También a ese propósito contribuían el *shalur*, el vino humeante con canela y la cerveza de arroz, que viajaban en jarras de la barra a las mesas redondas.

Tui Lam ya se había abierto paso a codazos entre los bebedores que estaban de pie, chocando jarras, dándose golpecitos en el hombro, contándose las últimas noticias o intercambiando chanzas. An Long la perdió de vista por un instante, pero enseguida vio la mesa a la que se había encaminado. Reconoció a los suyos y una enorme sonrisa le pintó la cara.

Bahn Mi, que reía a carcajadas con los ojos prácticamente cerrados, seguramente a costa de su propio chiste, y Dal Mah, con los ojos azules brillando bajo el flequillo dorado, tan recto como si lo hubieran cortado de un hachazo.

– ¡Pero bueno! ¡Qué ven mis ojos! ¡Si son los jinetes de la Nueva Llama! –exclamó Bahn Mi, levantándose con la jarra en alto–. ¡Un hurra por Benegon!

Un gran número de cabezas se giraron de pronto, prácticamente toda la taberna se puso en pie y se oyó el estruendo de las sillas arrastrándose de golpe. El hurra se coreó con las jarras en alto, rociando el local de cerveza, vino y *shalur*. Tui Lam se sonrojó, pues se referían a su dragón rojinegro.

– ¡Otro por Raelor!

Bong Nam saludó al tiempo que se iba girando para que todos pudieran verle la cara y la sonrisa de agradecimiento. Se le daba bien ser el centro de atención. Tenía esa aura de líder. Ese carisma que hacía que los demás lo escucharan sin necesidad de imponerse. Un magnetismo que empujaba a confiar en él. An Long no sabía explicarlo, pero sería capaz de poner su vida en sus manos sin dudarlo.

– ¡Hurra por Tiranior!

Era su turno. Saludó en nombre de su querido Tir, procurando parecer confiado y natural. El estruendo fue atronador y los aplausos llovieron como granizo en sus oídos.

Tras el breve momento de gloria, la taberna volvió a sus bancadas y los taburetes se arrastraron de nuevo. Todos volvieron a sus asuntos. Do Shoi era la única ciudad del mundo conocido que estaba acostumbrada a los jinetes de dragón. Los tres recién llegados y sus amigos se fundieron en abrazos, añadiendo besos y palmaditas en la espalda.

– Gracias, Bahn Mi, por esta calurosa bienvenida –declaró Bong Nam entre risas–, no has cambiado nada, colega.

– Casi conseguimos pasar desapercibidos –comentó Tui Lam, con sorna.

– Casi, pero no –respondió Dal Mah–. Podréis volver a intentarlo la próxima vez.

Tras las risas vinieron las jarras de madera con *shalur*. Brindaron por los viejos tiempos. Por los sufridos años vividos en el techo del mundo y se pusieron al día con las noticias de los últimos dos años.

– ¿Te lo puedes creer? Pues sí, el caso es que sigue ahí, con su familia, cuidando de las ovejas y haciendo brotar las coles. Tantos años estudiando a los dragones para al final no trabajar con ninguno de ellos… –se indignó Bahn Mi–. ¡Al menos a mí me sirvió para la forja! Y en la fábrica de vidrio también tenéis dragones –añadió, mirando a Dal Mah.

– Sí, aunque de los más jóvenes –repuso la aludida–. Solo dos, y es más que suficiente. Obedecen y conocen su tarea a la perfección. Este es uno de ellos –Dal Mah les mostró su anillo de cristal, que tenía esculpido el rostro de un dragón con un detalle extremadamente cuidado–.

Se llama Glekkor.

An Long se sentía extraño, ahí en su silla, entre Tui Lam y Bong Nam, sus compañeros de vuelo. Los dos únicos aprendices que habían logrado pasar todas las pruebas con éxito. Ni siquiera él lo había logrado, tal y como le recordaba Kai Shek siempre que tenía ocasión. Aunque eso no le impedía ejercer como jinete de dragón, sabía que habían hecho una excepción con él. Una excepción peligrosa. Y aunque sus amigos nunca se lo habían reprochado, a veces no podía evitar reprochárselo él mismo. ¿Era menos que ellos? ¿Se merecía lo que tenía? ¿Por qué él había tenido derecho a un dragón, y no Bahn Mi? ¿O Dal Mah?

– ¿No lo echáis de menos? –preguntó An Long. Todos lo miraron sin comprender–. Volar, digo.

– ¡Pues claro! Fueron mis mejores años, y siempre los recordaré con nostalgia –respondió Bahn Mi.

– ¿Las carreras al alba con las botas mojadas? –intervino Bong Nam, y sonriendo se volvió hacia los demás–. ¿Recordáis cuando tuvimos que rescatarlo de ese montón de nieve?

– ¡Me quedé sin fuerzas! –se ofuscó–. ¡Me hundí hasta el pecho!

– Aquellos sí que eran buenos despertares, ¿eh? –bromeó Dal Mah.

– Sí, ya. Ja, ja. Os reís más de mis desgracias que de mis chistes, malditos bastardos. Bueno, dejad las carreras enterradas bajo la nieve. Ahí se quedarán para siempre. Pero fueron buenos años, a pesar de los entrenamientos inhumanos.

– Lo fueron, sí –confirmó Dal Mah–. Fuimos unos privilegiados.

– Fuimos elegidos –corrigió Bong Nam.

– Algunos eligieron mejor que otros –señaló Dal Mah, con un grano de tristeza en la voz.

– Kai Shek eligió bien, Dal Mah –la consoló Tui Lam–. Podías haberlo logrado, fuiste tú quien decidió no dar el paso.

– Y no me arrepiento. Es solo que… a veces… bueno, eso, que lo echo de menos.

– ¡Normal! –exclamó Bahn Mi–. No solo por los dragones, los vuelos, los paisajes, el desafío. No. Era por el grupo que teníamos. Echo de menos estar todos juntos. Incluso en las circunstancias más adversas nos las arreglábamos para pasarlo bien. Daba igual que fuera en las cumbres más frías del mundo que en el fondo del océano.

– No sabes nadar, Bahn Mi.

– Ah, ¿no? ¿Y cómo salía del río cada vez que me caía de esa mierda de soga?

– Chapoteando como un perro –ahondó en la pulla Tui Lam.

Más risas. Más *shalur*. Color en las mejillas. Brillo en los ojos. Sí. An Long también lo añoraba. Aquel era su hogar. Sus amigos. Podían estar separados durante largos periodos, pero los lazos que habían hilado jamás podrían destensarse. Era cierto lo que había dicho Bahn Mi. Su compañía habría hecho del peor de los infiernos un hogar confortable.

– Buenos tiempos, sí –convino Bong Nam–. Pero la vida avanza, amigos, la vida avanza. No conviene mirar al pasado demasiado a menudo. Ya lo haremos cuando seamos viejos y sabios.

– Estoy segura de que llegarás a viejo, Bong Nam, pero no te hagas muchas ilusiones con lo de sabio –bromeó Tui Lam.

Todos rieron la broma, y Bahn Mí saltó sobre la ocasión para ahondar en la llaga. Tras esa ronda llegaron otras tres, y luego trajeron una bandeja de ñú y una cazuela con arroz caldoso y callos encebollados. Las cuatro rondas y la comida sirvieron para que todos se pusieran al día de lo que hacía cada uno. An Long les contó sus aventuras con Tir y cómo su dragón le obedecía solo cuando lo consideraba adecuado. Algunas de sus historias arrancaron más de una risa en torno a la mesa. Luego, la conversación viró y transcurrió por sendas más serias y preocupantes.

Siempre era así cuando bebían *shalur*. Empezaban con los recuerdos, las risas, y luego acababan bifurcando hacia la política.

– Que hayan hecho venir a todos los jinetes a la capital solo puede significar una cosa… ¿Verdad?

Ninguno de los tres jinetes dijo nada. Tan solo se miraron y resoplaron.

– ¡Oh, vamos! ¿Es que no nos lo vais a contar? Saldrá a la luz en unas horas… Y no vamos a ir gritándolo por los tejados –se quejó Bahn Mi, al ver que ninguno parecía querer revelar nada.

– No sabemos mucho más, Bahn Mi. Solo… –Tui Lam dudó antes de proseguir. Cruzó una mirada con sus colegas buscando apoyo y ambos, An Long y Bong Nam, asintieron. Solo entonces añadió, en voz baja–. Que los eternos de Kitazh han revelado el quinto sueño de Harum.

Las caras de Bahn Mi y de Dal Mah palidecieron al instante. Todos conocían la historia de los siete sueños de Harum. Más o menos.

– Harum la Vidente… –murmuró Dal Mah.

– Bueno… No tiene por qué ser malo, ¿no? –trató de restarle importancia Bahn Mi.

– No nos han revelado el contenido aún, pero nos han dicho que pronto se dará a conocer en todas partes –explicó Tui Lam–. El mismísimo Shio Min acudió al Peine de los cielos para avisar al maestro Dun Gar. No creo que sea nada bueno. Ahora mismo está teniendo lugar un consejo de maestros en el Palacio Dorado…

– Harum nunca se equivocó. Esperemos que no haya predicho ninguna catástrofe –dijo Dal Mah.

– Alguien me podría… –Bahn Mi se removió incómodo en su silla. Tenía esa cara que ponía siempre durante las lecciones teóricas en el Peine de los Cielos, cuando no se enteraba de nada de lo que contaba el maestro–. ¿Todos conocéis los cuatro sueños anteriores?

– El primero trata de la plantación del Árbol del Origen, pero existen miles de versiones distintas –informó Tui Lam enseguida, alzando el dedo índice, como siempre que se lanzaba en una larga explicación–. En el segundo sueño vio la llegada de los heterocromos desde el mar septentrional. Describió la serie de desastres que desatarían, dando forma al mundo tal y como lo conocemos hoy. Ellos quebraron las tierras y dieron forma a las montañas; ellos trastornaron los vientos y llenaron los ríos; ellos abrasaron el gran bosque de Mohad, convirtiéndolo en el mar de arena que es hoy…

– Pero no tenemos forma de saber si su sueño se cumplió –objetó An Long–. Al fin y al cabo, no sabemos lo que pasó en esa época realmente.

– Pues nuestros gobernantes se lo toman muy en serio como para considerar esos sueños como mera palabrería –argumentó Tui Lam–. En cualquier caso, Bahn Mi preguntaba por los sueños, y yo solo los relato.

– Así es, y por una vez te estoy escuchando, Tui Lam –sonrió Bahn Mi, guiñándole un ojo con complicidad–. Sigue, por favor.

– Bueno, el tercer sueño cuenta el episodio de la rebelión y los pogromos que se llevaron a cabo para acabar con la estirpe de los heterocromos. –Tui Lam se giró hacia An Long–. En eso, estarás de acuerdo conmigo, acertó. O de lo contrario todos nosotros conoceríamos a más de un heterocromo –An Long asintió, serio. No conocía a nadie de esa raza–. En cuanto al cuarto… Una vez lo leí, pero no entendí nada. Son versos muy abstractos sobre un templo entre montañas de hielo, algo sobre el tiempo y tres eternidades. Y ahora ha llegado el quinto.

– ¿Qué pasa con el sexto y el séptimo? –preguntó Dal Mah, intrigada.

– Pues que no han sido revelados –Tui Lam se encogió de hombros–. Supongo que los eternos

de Kitazh eligen cómo y cuándo hacerlo, por razones que no se nos dicen.

– Eternos… ¿Alguien sabe por qué los llaman así? –siguió preguntando Dal Mah.

Todos se miraron con caras interrogantes. Luego esas caras se giraron hacia la de Tui Lam, pero esta había bajado ya el dedo índice y llevó sus pupilas a la esquina superior izquierda de los ojos, buscando respuestas. Que Tui Lam se quedara sin respuestas era algo bastante insólito. An Long sonrió, y vio que Bong Nam también lo hacía.

– Quizá podamos preguntárselo a Dun Gar –opinó finalmente Bong Nam, dando el último sorbo a su jarra de *shalur*.

– Y así nos lo contaréis en la próxima quedada. ¿Otra ronda? –propuso Bahn Mi, despreocupado–. Oye, ¡que este ñú se va a enfriar!

4

CONSEJO DE MAESTROS

Do Shoi, Khaz'Tiber 571.

Dun Gar tamborileaba con sus dedos sobre la mesa, impaciente. Miraba el anillo de plata que llevaba en el dedo anular, pero lo que veía no eran las tres cabezas de dragón plateadas. Veía algo mucho más peligroso: el caos que anunciaba el sueño de Harum.

Estaba asustado. Asustado y nervioso. ¿Y quién no lo estaba en esa sala? Sabía que lo que fuera que decidieran ahí dentro, le afectaría. A él y a su gremio. Las decisiones implicarían a sus jinetes, a los mentores a su cargo y a los aprendices a cargo de los mentores, aunque fuera indirectamente. Los jinetes de la Nueva Llama no tenían suficiente experiencia como para embarcarse en misiones peligrosas, y los mentores tenían la responsabilidad de formar a los nuevos aprendices, de modo que no podían partir durante varias lunas a investigar lo que fuera que quisiera investigar Shio Min.

El maestro de los secretos vestía el negro y estaba sentado frente a él, con las manos enguantadas y entrelazadas sobre la mesa y la mirada perdida en la lámpara de araña que colgaba del techo. Una lámpara cuyas llamas se reflejaban anaranjadas en cientos de cristales que centelleaban. Cristales en forma de dragones.

A su lado, con un magnífico vestido negro y granate, Mao Rin despedía un agradable olor a grosellas. Jugueteaba con un objeto esférico de goma que aplastaba contra la mesa o estrujaba en sus manos haciendo tintinear las pulseras enjoyadas de ambas muñecas. Ella sí que parecía nerviosa. Dun Gar se relajó un poco, al menos no era el único.

La mesa era un cuadrado coronado por un semicírculo con la inclinación suficiente para elevar la zona que presidía el Khaz Dolu, ataviado con su sencilla y austera túnica blanca que contrastaba con la dorada opulencia del salón. En el Khaz Tiber, la jerarquía se hacía saber de tal modo: cuanto más alto era el rango, más elevada era la posición desde la que se hablaba. No por nada las montañas más altas eran sus Apos.

– El maestro del Ejército, el símbolo supremo de la disciplina llega tarde –constató Shio Min, todavía con la mirada vagando por el techo–. Qué ironía.

– No es menester del maestro de los secretos declamar obviedades –replicó el Khaz Dolu–, sino secretos. ¿Conoces la razón de esta impuntualidad?

Shio Min bajó la mirada del techo un instante para fijarla en el líder supremo, y acto seguido la bajó. Dun Gar escondió una sonrisa tras su barba blanca. Era de notoriedad pública que a nadie le caía demasiado bien Shio Min. El maestro de los secretos era demasiado siniestro, y ni su rostro cadavérico ni su sonrisa maligna le conferían el aspecto de anciano agradable que pudiera resarcirlo ante los ojos de la gente. Los rumores contaban que, cuando Shio Min aparecía en una pequeña aldea, siempre se llevaba de allí a algún recién nacido. ¿Para qué? Eso nadie lo sabía.

– ¿Dun Gar, tenemos noticias del jinete que enviaste a Alaner?

– Confirmó que no hay oposición lo suficientemente estructurada en la ciudad. El único grupo

rebelde que podría ser de utilidad se encuentra en Ragoros.

– Entonces eso es todo lo que tendremos… –el Khaz Dolu suspiró–. Está bien. Mantén el canal abierto, por si dragones caen.

Dun Gar asintió. El sonido de unos pasos al otro lado de la pared hizo que todos se volvieran. Dos guardias abrieron la puerta doble y por fin entró Sim Rep embutido en su uniforme militar tan repleto de galones y medallas que apenas se distinguía el color blanquiazul. Todos observaron en silencio cómo se sentaba al lado de Shio Min.

– Siento llegar tarde, he tenido que ultimar ciertos detalles relativos a la seguridad de esta reunión. Mis guardias se han hecho con una panda de desgraciados que creían poder infiltrar el Palacio Dorado y… quería informarme antes de deciros nada.

– ¿Y? –inquirió el líder supremo–. ¿Algo que nos deba preocupar?

– Nada. Agarradores, como siempre.

– Tenemos problemas más importantes que los agarradores, Sim Rep –se impacientó Shio Min–. Se avecina el caos. Hemos de estar preparados. No podemos llegar tarde. ¿Entiendes?

Aquello fue muy poco sutil. Shio Min solía velar cuidadosamente sus reproches. Prueba de que él también estaba nervioso, pensó Dun Gar.

– Entiendo –respondió, seco.

– Tus soldados son una panda de ineptos. La disciplina en el ejército está desapareciendo más rápido que el glaciar de Rieh.

– Te equivocas –rechazó el general.

– No suelo hacerlo. Desde que media docena de jinetes de dragón nos bastan para defender las fronteras, tus hombres se han vuelto holgazanes e ineficientes. Cuando tengan que hacer la guerra de verdad, jamás podrán actuar como verd…

– Basta –cortó la riña el Khaz Dolu–. Shio Min, en lugar de echar pestes sobre nuestros hombres, expón tu lectura del Quinto sueño de Harum, por favor.

Shio Min hizo un mohín, pero procedió tal y como le habían pedido. Carraspeó, y aquello sonó como el último estertor de un moribundo.

– Hace una semana amanecimos a oscuras por quinta vez en lo que va de década. Esa fue la quinta sombra de la que se hace mención.

– El sol apareció de repente en lo más alto, igual que las otras veces –Mao Rin dejó su bola de goma quieta por fin–. ¿Qué puede provocar tal cosa?

– Fuerzas que no comprenderíais –susurró Shio Min, lo suficientemente alto para que todos lo oyeran. Luego, prosiguió como si nada–. Se han roto las cadenas del tiempo, y ese tipo de cadenas no suele mantener preso nada bueno.

– ¿Alguna idea?

– Criaturas ancestrales.

– ¿Djinns? –sugirió Mao Rin.

– No. Nadie tendría ese poder –descartó el maestro de los secretos.

Hubo un largo silencio. Dun Gar no se atrevió a intervenir. La mención de esos genios demoníacos le puso la piel de gallina. Enseguida sus pensamientos volaron en busca de otras posibilidades. Recordó aquella vez en que Kraker, su fiel dragón, se había resistido a volar sobre el Hoyo, al otro lado de la cicatriz de Gaia en el extremo nororiental del continente. Jamás hasta ese momento había sospechado que algo pudiera hacer recular así a un dragón. Otros jinetes exploraron la zona después, con el mismo resultado. Puede que Kraker le hubiera contagiado ese miedo ancestral, pues no sabía si quería saber lo que allí abajo se escondía. No había nada que los dragones temieran hoy en día. No en el cielo, al menos. Pero estaba claro que lo había

habido. Y si esas cosas, fueran lo que fueran, volvían… El equilibrio podría quebrarse. El mundo podría tambalearse.

– ¿Entonces? –insistió el Khaz Dolu.

– Tengo que investigarlo. Pero necesito recursos para ello.

– ¿Más dragones de oro? –se enajenó Mao Rin, la maestra de la moneda–. ¡Tus experimentos suponen un gasto colosal para el Tiber, y no nos traen ningún beneficio!

– Querida… ¿Qué sabes tú de beneficios? –repuso con aspereza.

Mao Rin alzó las cejas, apretó con fuerza la bola de goma y dedicó una mirada asesina a Shio Min, pero el Khaz Dolu se adelantó antes de que pasara cualquier otra cosa.

– Sabe, puesto que ha saneado nuestras deudas de una manera magistral desde que se sentó en esa silla.

– Sea –concedió Shio Min–. Pero mi demanda no es financiera. Sino material. Necesito dragones de carne y fuego.

Ahí estaba. La mirada de Shio Min. Ahora le tocaba a él. Dun Gar suspiró.

– Supongo que no vas a montarte en uno de ellos –bromeó, tratando de rebajar un poco los humos.

– Los Apos me libren. No. No hasta que me traigáis las cadenas rotas.

– Ahonda un poco más en lo de las cadenas, Shio Min –dijo el Khaz Dolu–. Prosigue.

– El Odio llegará por mar, en barcos, dirigidos por las Cinco Fuerzas. Si no me equivoco, cinco sombras.

Dun Gar recordó las historias que le contaba su hermano mayor antes de dormir. Le divertía asustarlo de esa manera. “Cuando un niño nace muerto, es su sombra la que se libera en el mundo. Las sombras huyen y vuelan al encuentro de sus pares, a un lugar donde el sol no puede alcanzarlas. A la espera de que este no las vigile, para venir y arrancarte la luz de tus ojos”. Lo más probable era que todo aquello fuera inventado, pero aun así le recorrió el cuerpo un escalofrío.

– ¿Sombras? –dijo Sim Rep con hastío.

– He encontrado referencias a esas cosas. Se mencionan en pergaminos escritos en la lengua de los extintos. Pergaminos del Archivo de los Tiempos o de rollos prestados por la Casa Docta. También me comuniqué con un viejo conocido que habita las Escondidas.

– ¿Te comunicaste? –Sim Rep miró incrédulo al Khaz Dolu–. ¿No dijimos que lo prohibiríamos?

El Khaz Dolu asintió. Dun Gar no era muy docto en el tema, pero sabía que la magia que usaba Shio Min para comunicarse implicaba alguna que otra muerte. Algo que había causado mucho revuelo cuando unos pseudosecretistas trataron de replicar la técnica provocando una matanza totalmente vana que además acabó con sus propias vidas.

– Lo hacemos. Castigamos todo intento de comunicación con el beso de fuego. Pero Shio Min conoce los límites. No le besará ningún dragón –tornó el brazo hacia el aludido–. Prosigue.

– Mi… contacto –dijo al fin– usa métodos de comunicación más tradicionales. Cuervos. Nada de magia, que no cunda el pánico. El caso es que ha visto pinturas inquietantes en algunas cuevas ancestrales. Rupestres. No muy precisas. Pero describen episodios. Rituales. Adoradores. Y bestias. Bestias de proporciones gigantescas sembrando la devastación.

– Sea lo que sea, fue vencido una vez. ¿Alguna pintura, alguna referencia sobre cómo hacerlo? –intervino Mao Rin.

– Sospecho que tan solo diez personas en este mundo conocen la respuesta, y se han encargado personalmente de ocultarla durante todos estos siglos para que siga siendo así.

– ¿Los eternos? –Sim Rep frunció el ceño.

– Si es así, Shio Min, ¿qué posibilidades crees que tenemos de entrar en contacto con ellos?

– Ninguna. Han revelado el sueño de Harum, y a eso se van a limitar. Al menos aquellos que sigan en Kitazh.

Todos lo meditaron un momento. Dun Gar sabía muy poco del tema, aunque se consideraba todo un erudito en comparación con la inmensa mayoría. Sabía que fueron elegidos por Akros, el dios al que adoraban los jorolitas, para ayudarlo a librar una de sus guerras. Sabía que al acabar la guerra hicieron un juramento que los obligaba a quedarse en Kitazh, y que siglos después tres de ellos lo rompieron para orquestar o participar en la Gran Rebelión.

– Cinco veces hemos amanecido a oscuras –resumió Shio Min–. Cinco veces ha desaparecido el sol en lo que va de década. Cinco veces se han roto las cadenas del tiempo. En cada una de esas ocasiones, se ha liberado un poder de dimensiones ignotas para nosotros –Shio Min alzó la voz de pronto, como dejándose llevar por un extraño y siniestro entusiasmo–. Hablan de fuego helado. Esos seres destruirán una isla. ¿En Alderion? ¿El Creciente? ¿Skylborg? Imposible saberlo, pero todos los isleños se pondrán nerviosos. Ya lo estarán. Los que puedan dejarán sus casas y vendrán al continente. Todos sabemos lo que eso implica.

– Pero eso no es lo que dice el manuscrito del Quinto sueño –objetó el Khaz Dolu.

– No –admitió Shio Min–, lo digo yo. Es lo que se puede extrapolar. Lo que haría cualquier isleño en su sano juicio. Adelante, Dun Gar, cuéntaselo.

Dun Gar dio un respingo, aunque lo disimuló extremadamente bien. Carraspeó para aclararse la voz y contar lo que le había relatado a Shio Min en el Peine de los cielos.

– Uno de mis muchachos estuvo sobrevolando los Tentáculos durante unos días. Parece que Lor'Horn ha puesto a funcionar todos sus astilleros a marchas forzadas. Está juntando una gran flota en torno a la ciudad de Harnos. An Long hablaba de miles y miles, pero teniendo en cuenta que debe de ser la primera armada que ve, puede que la vista le haya engañado un poco.

– Lo que faltaba –se quejó Sim Rep.

– Que extraño… –comentó Mao Rin–. ¿Por qué empezar por las islas? Además, sabe que cualquier dragón podría reducir a cenizas esos barcos…

– No si tiene algo capaz de interponerse a un dragón –negó Shio Min–. Todavía menos si tiene cinco de ese algo.

– ¿Insinúas que es Lor'Horn quien está detrás de todo esto? –quiso saber el Khaz Dolu.

– Lo insinúo, con modesta certeza.

– Pues hay que comprobarlo –decidió el líder, y dirigió una mirada interrogante a Dun Gar.

– Haré lo que pueda –respondió este.

– ¿Qué hay del Árbol Talado? ¿Se refiere al Árbol del Origen? –se interesó Sim Rep, siguiendo adelante con los versos grabados en el manuscrito de los eternos de Kitazh.

– Sin duda –confirmó el maestro de los secretos, olvidándose de su tono agrio y cortante por una vez–. Pero nadie lo ha visto en siglos.

– Dicen que está en Duul. En los jardines del Templo de la Ascensión –informó Mao Rin.

– He leído acerca del Templo. Muchos letrados sospechan que no existe. Algunos piensan que es fruto de las alucinaciones de los exploradores que se adentran en los bosques de hielo. Yo mismo me incluía entre esos escépticos. Hasta que desvelaron el Quinto sueño el otro día. Si Harum la Vidente lo vio, entonces podéis estar seguros de que existe.

– Sembrar la paz en el Árbol Talado… ¿Cómo? –se preguntó el Khaz Dolu, más para sí que para los demás.

– Harum se dirige a todos los habitantes de este mundo. Puede que nosotros no tengamos la

llave para entenderlo, pero otros sí. Puede que, en los confines del mundo, alguien sepa de qué está hablando la Vidente –sugirió Shio Min.

– ¿Estás sugiriendo lo que creo que estás sugiriendo, maestro Shio Min?

– Encarecidamente.

– ¡Por los Apos, ni hablar! –Sim Rep se levantó dando un golpe en la mesa–. ¿Te has vuelto loco? ¿Traerlos de vuelta? ¡Eso sí que desataría el caos! ¡Más guerras, más pogromos, más desastres! Ese capítulo de nuestra historia ya quedó atrás, por fortuna.

– Soy de la misma opinión que el maestro Sim Rep –se limitó a añadir Dun Gar.

– Y yo –secundó Mao Rin–. No queremos ser responsables de traer la destrucción de vuelta al continente.

– Coincido. Es muy arriesgado, y aún no sabemos si el mensaje va dirigido a ellos –terció el Khaz Dolu–. Es más, ¿llegarán los manuscritos de Kitazh a esas aguas?

– Dentro de unas lunas, entiendo. Cuando varios barcos hayan partido del Creciente –aventuró Shio Min–. Dicen que llega uno de cada veinte. Tienen problemas para ubicarse en alta mar, especialmente con cielos nubosos como los que se ciernen sobre esas aguas lejanas.

– Esperemos que hayan previsto copias de sobra, entonces –el Khaz Dolu asintió–. Bien. ¿Traes la lista de la que me hablaste?

– Por supuesto.

El maestro de los secretos se apresuró en sacar un trozo arrugado de vitela del interior de su túnica negra.

– Muéstralo.

Alisó la página con suma delicadeza, por extraño que pareciera. Dun Gar no supo qué era más frágil, si aquella lista o los dedos cadavéricos de Shio Min. Diez nombres de lugares aparecieron a la vista de todos, la letra era suficientemente grande como para que los ojos cansados de esos sabios pudieran leerlos.

– Dun Gar –el Khaz Dolu se giró hacia él–. Estos son los sitios adónde enviaremos a nuestros dragones de carne y fuego.

– Arriesgando a mis jinetes de carne y hueso –apostilló él.

– Para eso los formamos. Las misiones seguras no requieren dragones –rebatió el líder.

– ¿Qué han de encontrar?

– Cadenas –intervino Shio Min rápidamente, de nuevo con esa sonrisa inquietante–. Cadenas rotas.

5

MENSAJE DE UNA BOTELLA

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

Pira todavía estaba molesta cuando el sol se asomó por la ventana. Y nada tenían que ver los ronquidos de Sihal, que aún dormía plácidamente. Cualquier otro día le habría dado un beso antes de vestirse para salir, pero en ese momento no tenía ganas de despertarlo. No tenía ganas de hablar. Le dolía imaginarse a su novio trabajando codo con codo con el líder del movimiento

más belicista de las islas. Esos que querían volver al continente armas en mano, dispuestos a establecerse allí a cualquier precio. Era descabellado. Horrible y descabellado. Y era la propuesta de moda en el Parlamento.

Dejó de pensar en ello, abrió el armario y escogió un vestido verde con motivos de flores de tonos blancos. Se peinó, se colocó los pendientes y las pulseras y fue a hacer el desayuno. Le apetecía pan de yuca con miel y una ensalada de papaya. De mejor humor tras llenarse la tripa, cogió su bolso y salió a tomar el aire.

El paseo, habitualmente ameno, le resultó desagradable. El paso de la tormenta había dejado estragos que saltaban a la vista, mirase a donde mirase. Los cocos estaban desperdigados por doquier entre trozos de tiestos rotos, de restos de palapas poco sólidas o tablones partidos de las barcazas más viejas. Las fuertes ráfagas habían peinado las palmeras hacia el oeste y a lo largo del paseo se encontró con más de un arbolillo desarraigado. En la playa de Piesfríos había algas, trozos de coral, peces asfixiados, botellas, troncos, restos de botes y residuos que Pira jamás hubiera sospechado hallar allí.

Pasó de largo y atravesó la lengua de arena hasta llegar a la isla vecina de Akrosia, que daba nombre al atolón. Famosa por albergar en su seno el Parlamento, también era donde vivía el viejo Hotus. Prefirió caminar al aire libre antes que atravesar la vía hidrourbana, a oscuras bajo el mar. La red de túneles cavados por los hijos de Escuala y los de Gea eran la mar de útiles para transportar bienes, o cuando una tenía que coger un carroviento para llegar a tiempo al trabajo, pero eran asfixiantes.

Durante su paseo se fijó en los símbolos grabados en las pintorescas fachadas de los locales: el brote verde de los de Tierra Nueva, los peces payaso defendiendo la anémona del movimiento de la Barrera, el mapa de la CCA, y el Martillo. Se sorprendió al constatar que cada vez había más martillos en las fachadas y menos arcoíris.

La casa del viejo Hotus estaba rodeada de altos bambús que la cobijaban de miradas ajenas. El suelo de madera se elevaba por varios codos para dificultar la entrada a insectos y serpientes y usar la parte inferior como almacén. A ojos de Pira, aquello era un basurero, pero no volvería a decírselo dada su reacción la primera vez. La fachada era de un tono verde brillante y presentaba dos ventanucos, redondos y lo suficientemente grandes para iluminar la estancia principal. Un balcón daba hacia el mar y sobre el tejado de hoja de palma se había apoyado un desvergonzado cocotero. Subió las escaleras y sonrió al ver tallado el símbolo del arcoíris en la puerta. Llamó y esperó.

– ¡Pira! –reconoció el anciano nada más abrir–. ¡Por los sapos, pasa! Menuda tormenta la de anoche, ¿eh? ¡Verás qué destrozo! ¡La quinta guardiana sigue haciendo de las suyas!

Hotus era un anciano de setenta y una primaveras y tenía rasgos continentales. Sus ojos claros rebosaban sabiduría, pero de su boca solían salir más bromas que lecciones. Cada vez le quedaba menos pelo en la cabeza, aunque los de la perilla parecían firmes y empecinados en resistirse a la caída. Blancos todos, eso sí. Dejó el sombrero de paja en el perchero y lo siguió por las escaleras, tratando de averiguar qué crujía más, si los escalones o las rodillas del antiguo calderero ocultas bajo la túnica gris que arrastraba.

Una hoja de al menos cinco brazas se había colado en el ático, como si la palmera quisiera alcanzar todos esos objetos que yacían desperdigados por el entablado. Hotus se estaba encargando de amontonarlos en un rincón para despejar la zona y poder trabajar en la reparación del techo. La joven apenas logró reconocer alguno de los artefactos, la mayoría le eran totalmente desconocidos.

– Bueno, al menos aquí solo tienes trastos…

– ¿Trastos? ¡Pero qué te pasa! ¿Has comido coral de fuego?

– ¿Qué? ¡No! –se indignó, cruzándose de brazos.

– ¡Pira, esta es toda mi mercancía! ¡Estos objetos son de un valor incalculable! ¡Todos y cada uno de ellos!

La joven frunció el ceño. Se agachó y tomó algo del suelo al azar.

– ¿Valor incalculable? Esto solo es una navaja...

– ¡¿Solo una navaja?! –se ofuscó el anciano, quitándosela de las manos. Acto seguido posó un dedo huesudo sobre la hoja y empujó hasta que esta se ocultó en el mango–. ¿Ves? Se pliega. La hoja se pliega. ¡Y eso no es todo! –accionó un mecanismo y enseguida salió otro filo que empujó con dos dedos–. ¡Tijeras! ¿Lo ves? ¿No es ingenioso? ¡Una navaja multiusos! Podríamos añadirle cientos de pequeñas herramientas, ¡cientos!

– ¿Y para qué quiere alguien unas tijeras tan pequeñas? Debe de ser incómodo cortar algo con el mango de un cuchillo colgando.

– Qué falta de visión, jovencita. En el futuro todos tendrán una de estas, ¡ya lo verás!

– Lo que tú digas. Pero a día de hoy no creo que eso te sirva para arreglar el tejado.

– Claro, claro… Tienes razón, hay margen de mejora. Podría añadir un pequeño martillo… Aunque no sería muy útil, dado su tamaño y superficie… ¿Y un cincel? –se empezó a rascar la blanca perilla y Pira supo que se había ido al mundo de sus ideas. Por suerte su trabajo en la escuela la había armado de una paciencia ilimitada. Pero Hotus volvió a la realidad antes de lo esperado–. Bueno, la rueda no se inventó en un día.

– Ah, ¿no? ¿En cuántos? –preguntó ella con sarcasmo.

– No lo sé, pero te aseguro que la primera no era tan redonda como las de ahora. Vamos, ven conmigo, acompaña a este anciano a ahogar sus penas en algún líquido del que no puedan escapar.

Después de ver el destrozo del tejado, ambos bajaron a la sala de estar. El viejo Hotus tomó dos copas del estante donde guardaba la cristalería y las puso sobre dos posavasos en la mesita que había frente al sofá. Desapareció por una puerta y volvió al cabo con una jarra de tuba, queso y una cesta con pan. Pira pensó en negarse, la tuba fermentada le solía provocar ardor de estómago, y más si la tomaba justo después de desayunar. Pero se lo pensó mejor. Si había una mañana para tomar tuba, era esa.

Primero fue Hotus el que se lamentó de su condición. Que si la tormenta, que si los mosquitos, que si la espalda, que si las articulaciones… Copa tras copa, Pira iba poniendo caras más expresivas ante los bufidos del calderero. Y por fin, cuando terminó de desahogarse, le tocó el turno a ella.

– Y encima va y me dice que vivimos en una cárcel a cielo abierto. ¿Te lo puedes creer? –se indignó, dejando la copa sobre el posavasos, vacía. ¿Cuántas iban ya?

– ¿Que si lo entiendo? ¡Sardinas en vinagre, un poco! Ten en cuenta que Sihal nació aquí. Nunca ha conocido otra cosa. ¿Cuántos años tiene, el chico? ¿Veinte?

– Veintidós –apuntó ella.

– Oh. Estos jóvenes de hoy en día… En fin, pues eso. Veintidós años viviendo en la misma isla diminuta. Sukuma, ¿no? Quizá no sea una prisión, pero comprendo que quiera salir a ver algo más. ¿No te parece?

Pira había cogido la jarra ella misma para servirse. Sí, lo entendía, pero solo parcialmente. Querer salir de las islas y ver el mundo no justificaba el hacerlo por la vía de las armas. Sonó la campanita del exterior, interrumpiendo sus pensamientos. Fuera quien fuera, Hotus gritó que pasara.

– ¡Hotus! –el hombre que apareció iba envuelto en una gastada túnica granate con cosidos grises. Era calvo como un recién nacido y tenía unos ojos marrones que parecían querer salirse de sus cuencas–. ¿Ya estás borracho? ¡Maldita sea, te necesito sobrio!

– Por las Cuatro, Bern, no quiero ir a tu condenada misa. Ya te he dicho que no treinta veces. Ni sobrio ni borracho. ¡No iré!

– Me duele, cofrade, me duele. Pero esta vez no vengo por eso –avanzó hasta ponerse enfrente del sofá donde estaban sentados–. Hola, Pira. Lamento interrumpir, pero es que ha ocurrido algo terrible –hizo una pausa tan breve que a ninguno le dio tiempo de preguntar–. Han entrado en mi casa. Esta noche, durante la tormenta. Alguien ha roto la ventana. ¡Y me han robado! ¿Sabéis qué es lo único que ha desaparecido?

Hotus palideció. Pira miró a uno y a otro varias veces, sin comprender. Llegó a la conclusión de que el calderero sabía de qué hablaba su cofrade, como le gustaba decir a Bern.

– Tu trabajo –declaró Hotus en un hilo de voz.

– La teoría –confirmó Bern, asintiendo con la cabeza–. La teoría de la paz perpetua. Entera. No quedaba ni un solo pergamino. ¿Sabéis cuántos corales me costaron esos pergaminos? –nadie respondió. Finalmente dejó caer los hombros, abatido–. El trabajo de una década… perdido.

Pira conocía a Bern desde hacía años. Era el sacerdote jorolita de la iglesia a la que solía ir, y fiel miembro del arcoíris. Se había enterado de que el movimiento le había premiado con una nueva iglesia que habían empezado a construir hacía unas lunas. Pira no acostumbraba a verlo con túnica de pordiosero, sino con la elegante toga dorada de los jorolitas. Le gustaba ir a misa una vez al cuarto, el día Séptimo, cuando recitaba las historias del Joról y entonaban los cánticos de los mártires. Así había aprendido de memoria la Balada de la Damapluma o el Poemario del Hijo Rojo. Disfrutaba cantando los episodios de Recuerdos de Sietemares e imaginándose las peripecias del célebre hijo de Gea en El llanto de las montañas.

También había oído hablar de los trabajos del sacerdote. Ensayos que nada tenían que ver con la religión, sino con la política. Los conocía porque la teoría en la que estaba trabajando formaba parte del argumentario de los pacifistas del Arcoíris. Era un ensayo que pensaban enarbolar contra el ideario belicista del Martillo y sus títeres.

– ¿Quién? –se preguntó Pira pensativa, más para sí misma que para los otros dos–. ¿Quién robaría un ensayo sin acabar durante una noche de tormenta?

Un pesado silencio se cernió sobre la casa de Hotus. Pero entonces, el calderero habló alto y claro. Convencido de sí mismo.

– Pensadlo –instó–. Aunque vecinos de todos los movimientos acudan a la iglesia de buena gana, todo el mundo conoce la afiliación de Bern. El movimiento del Arcoíris ha construido su base ideológica a partir de sus premisas. La teoría se iba a convertir en una especie de manifiesto.

Pira permaneció en silencio, pero en su mente bullían las ideas. Estaba claro que el robo favorecía al Martillo. Lo que faltaba. Aquello le iba a ocupar los pensamientos entre clase y clase.

*

Cuando Pira volvió a casa después de la clase, se la encontró vacía. Se imaginó a Sihal yendo a comunicarle su desacertada decisión a Tigre. A decirle que lo añadiera a las filas de jóvenes bordeños sedientos de venganza contra los continentales. Eso la puso enferma.

No tenía clases por la tarde, de modo que decidió volver a la playa de Piesfríos para ayudar con los escombros que había dejado la tormenta. Necesitaba hacer algo que la mantuviera ocupada para no pensar en Sihal y su estúpida venada.

Vagó por la arena a solas con sus pensamientos y arrastrando un saco de lona en donde iba metiendo madera podrida, trozos de vidrio y otros detritus. Un grupo de hijos de Gea estaban arreglando las palapas. Los algueros andaban por ahí, y aunque algunos eran amigos suyos, no les prestó atención. Más bien trató de evitarlos. Tampoco quiso acercarse a los ilusos que buscaban tesoros, o según cómo se viera, ladrones tras los objetos perdidos de sus vecinos.

Cuando la lona empezó a pesar lo suyo, Pira llevó todo a la enorme pila que habían formado los isleños junto al pequeño dique.

– ¡Señorita Pira! –saludó una voz infantil a sus espaldas–. ¿Has venido a recoger las maderas tú también?

El rostro de Bener se iluminó con una sonrisa radiante, como si llevara todo el día aburrido y de pronto hubiera encontrado algo con que divertirse.

– Hola, Bener. Parece que no me libro de ti ni en mis tardes libres, ¿eh? –sonrió la profesora.

Tras el niño apareció una mujer con un vestido ligero con motivos de tortugas, una melena rubia desgreñada y un colgante dorado a la vista. Cuando se acercó, Pira constató que en la chapa había grabado un martillo. Cada vez más gente mostraba su afiliación a los bélicos sin pudor. Desvió la mirada hacia sus ojos y le pareció que estos la miraban con cierto desdén.

– Buenos días, profesora –dijo la madre del niño–. Noble iniciativa, la de venir a limpiar la playa de los locales.

– No es tan noble –Pira se encogió de hombros, pero no estaba dispuesta a dejarse pisotear–, al fin y al cabo, también es mi playa.

– Usar vestidos de hibisco y levar un colgante de perlas no te hace bordeña. Tú naciste en otras tierras –la mujer frunció el ceño y pareció que fuera a añadir algo más, pero se abstuvo. O quizá solo porque su hijo se le adelantó.

– Sí –exclamó Bener–, en el continente. Recuperaremos tu casa, señorita Pira. No te preocupes. Tigre te devolverá tu casa. Y tu jardín. ¡Y tu playa! ¡La tuya de verdad!

No tenía ganas de discutir, y menos con un crío al que le habían metido sal en la cabeza. Le daba pena. Sentía pena por Bener y por todos aquellos a los que Tigre se estaba ganando para la causa belicista. Bener era un niño pequeño, sin criterio como para tener opinión propia o discernir entre las opciones que se barajaban en el Parlamento. Pero Sihal… ¡Sihal tenía veintidós años! ¿Cómo podía estar tan ciego?

Se despidió educadamente y deambuló por la ancha playa de arena blanca, ya sin cargar con la lona. Dejó que la brisa marina la abrazara y agitara su cabellera castaña. Que el aire cargado de salitre se metiera del todo en sus pulmones. Acabó metiéndose en el agua y caminando descalza por la orilla. Las olas volvían a estar en paz y acariciaban suavemente sus tobilleras de conchas en cada uno de sus susurrantes vaivenes.

Aquel era su hogar. Por fin se sentía en casa. Algo que jamás había sentido en el continente. ¿Por qué algunos se empeñaban en recordarle que no era de allí? ¿Acaso una no podía elegir su hogar? ¿Es que el hogar tenía que ser forzosamente el lugar en el que una naciera?

Al cabo tropezó con algo sólido que había arrastrado el mar. Una botella. Una más… Pero estaba en perfecto estado. La cogió por el cuello y la examinó con curiosidad. Estaba fría y perfectamente encorchada. Descubrió que dentro había un trozo de pergamino enrollado en el que pudo distinguir algunas palabras. Aquello aumentó su curiosidad. Se acercó al pretil y, cuidándose de que nadie la mirara, golpeó con la botella en la piedra. Sacó el pergamino, lo extendió y leyó.

Con la esperanza de que alguna de estas botellas alcance a los hijos exiliados de ultramar. Los eternos de Kitazh desvelan el Quinto Sueño de Harum.

Era lo único bueno que había sacado de sus años en el convento: las lecciones de lectura y escritura. Se sorprendió al pensar en su significado. Había oído hablar de los eternos de Kitazh. En los cuentos, en las canciones, en las oraciones, pero no tenía muy claro que fueran reales hasta ese momento. En realidad, sabía bien poco sobre ellos, de modo que su curiosidad se encendió.

La sombra caerá sobre el día por quinta ocasión,
Y rotas habrán quedado las cadenas del tiempo.
Del mar allende arribará el Odio, las velas al viento,
Las cinco Fuerzas portando el deseo de devastación.

Arde, arde la isla y asciende el fuego helado,
Vuelven los secretos años enterrados,
Se abren las heridas de un pasado olvidado,
Sembrad la paz, os pido, en el Árbol Talado.

Por mi hogar, haced que llueva
En las heladas cuevas,
Y regresen las almas
Que nunca hubieron de ser devoradas.

Respiró hondo. El corazón le latía aceleradamente. Estaba claro que ese mensaje, poema, sueño o lo que fuera, debía de ser importante. Trató de calmarse, respirando profundamente una y otra vez, hasta que aquella sensación que le atenazaba las tripas fue desapareciendo. Enroscó el pergamino y lo metió en un bolsillo interior. Recogió los trozos de vidrio que había dejado la botella y los llevó a la pila de deshechos.

Pasó de largo ante sus vecinos. Sin mirarlos. Sin saludar. No dijo nada a nadie. Quería llegar a casa lo antes posible y poner ese mensaje a buen recaudo. Lo hablaría con Hotus primero. Y puede que Bern pudiera arrojar más luz sobre esos eternos de Kitazh. Pero… ¿debería contárselo a Sihal?

6

PROFETISA

Do Shoi, Khaz'Tiber 571.

Por fin se había deshecho de los demás y se había quedado a solas con Dal Mah. O, mejor dicho, los demás se las habían ingeniado para dejarlos solos a ellos dos. Deambulaban por las concurridas callejuelas adyacentes a la plaza del mercado, desde donde se oían a la perfección los gritos de los vendedores intentando vender hasta la última mota de polvo, los martillazos de los artesanos tratando de dar forma a sus creaciones, los balidos de las ovejas que pastaban no muy lejos de allí y parecían querer aportar su granito de arroz a la algarabía…

Los dos pasaron de largo cuando un vagabundo armado con un rabel se puso a cantar en

medio de la callejuela, con voz quebrada y sin apenas articular palabra, destrozando una trova sobre Darwen Ojorrojo.

Oh sacro fuego, brillantes escamas,
Surcando el cielo en oleadas
Oh gran guerrero, alza tu espada
Guiando al pueblo en volandas

Los callejones colindantes estaban menos abarrotados, y los artesanos trabajaban más tranquilamente. Uno de ellos producía a ojos de los transeúntes unas botas de piel de cabra exquisitamente taraceadas. Varias muchachas trenzaban cestas de mimbre mientras bromeaban entre sí. Dal Mah se detuvo frente al puesto de un joyero que exhibía sus colgantes de jaspe y malaquita. An Long aprovechó para alejarse un poco y explorar, hasta que se quedó pasmado frente a un taller de armería que vendía espadas.

– ¿Tiene alguna de garra de dragón? –preguntó con la esperanza de un niño pequeño, pues si había algún lugar en donde podían tenerlas debía de ser en la capital.

– ¿De garra de dragón? –el armero ni trató de ocultar su sorpresa–. ¿Estás loco, muchacho? ¿Quieres que me arruine? Si no tengo ni para comprar media garra… –se dio la vuelta y se adentró en las sombras del taller gruñendo–. Garra de dragón… Estos jóvenes…

Siguieron calle arriba y se toparon con un puesto de buñuelos. Compraron cuatro y el vendedor les regaló otro más. Estaban rellenos de mermelada de ciruelas. An Long se acercó a un puesto de envío de recursos al Otro Lado, pero Dal Mah le tiró del brazo.

– ¡Mira, An Long, una profetisa!

El joven leyó el letrero, y luego miró a Dal Mah. Varias veces. Confuso. No tenían ese tipo de distracciones en el Peine de los cielos, y tampoco recordaba que hubieran tocado el tema en sus cinco años de formación.

– ¿Crees en esas cosas?

– ¿Y por qué no? ¿Para qué va a mentir?

– Para ganar dinero –respondió el joven, incrédulo–. ¿Cómo va alguien a conocer tu futuro?

– ¿Acaso no crees tú? Llevamos varias horas discutiendo una profecía…

– No es lo mismo… –dijo mientras pensaba en una respuesta que no implicara contradecirse.

– Claro que lo es. Si Harum la Vidente veía el futuro en sus sueños, ¿por qué esa persona no podría hacerlo también?

An Long entornó los ojos, pero no dijo nada más y dejó que la chica lo arrastrara hasta la entrada de la tienda.

– Yo te espero aquí –titubeó el jinete–. Estas cosas me dan mala espina.

Dal Mah se encogió de hombros.

– Lo que hay que ver… –oyó que decía la chica dándose la vuelta–. Monta al dragón más temible del mundo y le da miedo una profetisa.

Entró acto seguido, desapareciendo tras las cortinas, mientras An Long se quedaba pensando. Le llegó un intenso olor a incienso, y también la voz rasposa de una mujer. Una de edad avanzada, dedujo. Al cabo de un rato, Dal Mah reapareció asomando la cabeza desde el interior de la tienda.

– Necesito que vengas, dice que tenemos que ser al menos dos.

– Ah. Genial.

Añadió una maldición por lo bajo. Lo hizo antes de adentrarse en aquel oscuro lugar. Maldecir en la casa de una sibila podría ser mala idea. Aunque no creía del todo en esas cosas, era mejor

no arriesgarse. Por si dragones caen. Trató de controlar el temblor de sus rodillas. Cuando creyó conseguirlo, notó que algo le apretaba las tripas. Miedo.

El olor a incienso se mezclaba con cientos de aromas variados que emanaban de vasijas y matraces. La tienda era estrecha. Del techo colgaban varios objetos tintineantes, además de atrapasueños y plumas que An Long jamás había visto en un ave. Al fondo estaba sentada una mujer regordeta, envuelta en capas de telas azules y amarillas cual cebolla con capucha y cubierto el rostro por un velo azul oscuro de tul.

– Acercaos, muchachos, sentaos –invitó la mujer con esa voz rasposa, y ambos obedecieron–. ¿A ti he de desvelarte tu destino? –Dal Mah asintió–. Son dos dragones de plata por lectura. ¿El muchacho también desea conocer su futuro?

– No, gracias.

– Son tres dragones por dos lecturas. Nadie en la ciudad os hará mejor precio –insistió la mujer.

– ¡Vamos, An Long, anímate! ¿No te da curiosidad? ¡Será divertido! –instó Dal Mah.

¿Divertido? ¿Acaso se había vuelto loca? ¿Y si esa mujer les anunciaba que iban a morir estrellados contra un precipicio? ¿Cómo reaccionaría a eso? ¿Dejaría de volar? ¿Abatidos por una saeta darení? ¿Evitaría cualquier batalla entonces? ¿Quemados en un incendio provocado por uno de los dragones? ¿Y si…? De pronto los malos presagios dejaron un pequeño hueco para la esperanza. ¿Y si le anunciaba que se casaría con Dal Mah? No. Había dejado atrás esos sentimientos hacía mucho tiempo. Se había obligado a ello. El amor era peligroso. Así se lo había dejado claro Dun Gar el día en que por fin voló a lomos de Tiranior.

– No, ni hablar.

– ¡An Long! –se ofuscó la muchacha, cruzándose de brazos. ¡Pero qué tontería! ¿Por qué no quieres?

– No me interesa conocer mi futuro.

– Pues a mí sí me gustaría saber qué será de ti en unos años.

– Pues espera y verás. Además, yo llevo años esperando a que me cuentes tus secretos. ¡Hay tantas cosas que nunca quisiste contarme!

– Está bien. Hagamos un trato. Deja que te lea el futuro y te contaré lo que quieras.

An Long no se esperaba esa respuesta. Tentadora propuesta. Caviló un instante. ¿Qué pregunta quería hacerle a Dal Mah? ¿Merecía la pena? ¿Cumpliría ella su palabra?

– ¿De verdad? ¿Lo que sea?

– Te lo prometo.

De modo que, una vez más, la sonrisa de Dal Mah y sus ojos color cielo pudieron con An Long. Pagaron los tres dragones de plata. La profetisa tomó la mano derecha de la joven y opuso su propia mano izquierda, como si chocaran las palmas. La de la anciana estaba arrugada y temblaba, mientras que la de Dal Mah era firme y suave. De pronto, sacó una navaja de debajo de la mesa. An Long aguantó la respiración. El filo abrió un hilo de sangre en el espacio que había entre el pulgar y el índice. Ambas sangres se mezclaron. Repitió el proceso tres veces más, entre el índice y el dedo corazón y los espacios restantes.

Con la otra mano, metió dos dedos en un tarro y se los pasó por la frente, dejando el rastro de un ungüento verdoso formando dos líneas rectas. Ambas mujeres juntaron las cabezas, frente contra frente. Pronunció palabras en khaaz antiguo, palabras que An Long nunca antes había escuchado. Acto seguido cerró los ojos. Las cabezas se separaron. Las manos se separaron. Dal Mah quedó de nuevo apoyada sobre el respaldo de la silla. El muchacho constató con horror que sus ojos estaban completamente abiertos, y totalmente blancos. Blancos. Abrió la boca para

gritar, pero la voz ajada de la profetisa se le adelantó.

– Veo… dragones de cristal. Sí, dragones en las lámparas. Brillantes. Sonrisas. Un niño y una niña, de ojos celestes como los tuyos. Un hombre ausente. Veo el dilema, chica, lo veo. Venganza y amor. Sangre en las manos. Sangre. ¡Sí, la veo! Te vengarás, sí, matarás al asesino. La venganza devora tu vida. ¡Pero cuántas lágrimas lloverán de tus ojos celestes! Eres la piedra roja que resbala desde las altas cumbres nevadas. La piedra que inicia la avalancha.

Dal Mah ahogó un grito en su asiento. Sus pupilas volvieron a su sitio y sus ojos brillaron celestes de nuevo. An Long todavía contenía la respiración. ¿Qué demonios había pasado?

– ¿Qué ha pasado? –preguntó Dal Mah.

– Hemos visto tu futuro. Tu amigo lo ha oído. Él te lo contará –declaró la sibila.

– ¿Qué? ¿An Long? ¿Y bien?

– S… Sí… Tenías los ojos en blanco… Ella ha dicho unas cosas… Extrañas. No sé…

– No puedo recordar lo que veo cuando estoy en trance, chico. Tú le contarás lo que he dicho. Palabra por palabra. Puede que para ti no tengan sentido, porque quizá no conoces su pasado. Pero para ella será esclarecedor. Ella lo comprenderá. Así funciona la videncia, joven. Quienes operen de otra forma os están robando el dinero. Ahora te toca, dame tu mano derecha.

– Ni hablar –se negó–. Paso de esto.

– ¡An Long! ¿Por qué? ¡Estoy bien! ¿Ves? No me ha pasado nada.

– Me habéis pagado por dos lecturas –afirmó la vidente.

Dal Mah insistió tanto que solo le faltó ponerse de rodillas y suplicar. An Long estaba lleno de dudas, pero no sabía decirle que no a esa mujer.

– Está bien. Si tanto te importa… Dejaré que me lea el futuro –An Long dudó un instante antes de añadir–, pero con una condición.

– Dime.

– No me lo contarás.

Dal Mah alzó una ceja, extrañada. Era evidente que el jinete no quería conocer su futuro, que lo hacía sencillamente por el trato que había hecho con Dal Mah. Ella aceptó y la anciana repitió el proceso. Jinete y sibila juntaron las manos. Procedió con los pequeños cortes. El ungüento y las frentes. An Long cerró los ojos. Notó que su espalda se posaba de nuevo en el respaldo y… nada más.

*

Despertó desorientado. Miró a su alrededor. Todo estaba oscuro. Había velas por doquier. Olía a incienso y otros cientos de aromas extraños. Tenía a una mujer en frente. Anciana. Entonces recordó. Miró a Dal Mah, que estaba a su lado. Estaba blanca como la tiza. Lívida. Con la boca abierta.

– No quiero saberlo –advirtió el muchacho.

Ella asintió. Salieron de la tienda como de un entierro, en silencio y cabizbajos. La luz del exterior hirió sus retinas, que tardaron unos segundos en volver a acostumbrarse. El jaleo de la calle, que no había estado muy lejos, los sacudió nuevamente.

An Long le contó lo que había dicho la profetisa durante su trance. A Dal Mah no pareció sorprenderle el hecho de que hablara de sangre y de venganza. Pareció incluso… satisfecha. Asunto inquietante, pensó An Long. Siguieron andando, esta vez calle abajo para reencontrarse con sus amigos en la plaza del mercado. A An Long se le acababa el tiempo para cobrarse su parte del trato.

– ¿Puedo hacerte una pregunta? –se le adelantó Dal Mah. An Long asintió–. ¿Conoces a

alguien con los ojos rojos?

El joven enarcó una ceja. Qué pregunta tan extraña. Era evidente que tenía algo que ver con lo que fuera que hubiera dicho la sibila. No quería saber nada acerca de su futuro.

– No. Y no quiero que me hables de nada que tenga que ver con lo que hayas oído en esa tienda, Dal Mah.

La chica se disculpó. Siguieron caminando por los callejones, asomándose para ver las piezas del ebanista y curioseando en el puesto de instrumentos de cuerda.

– ¿Qué pasó durante la cuarta prueba? –se decidió a preguntar por fin.

Dal Mah se detuvo en mitad de la calle. Miró al jinete con sus ojos azules, tristes de pronto. An Long se arrepintió de haber formulado esa pregunta. Parecía que la había decepcionado profundamente. La muchacha volvió a caminar.

– Si no os lo conté a ninguno entonces, cuando vivíamos en las cumbres, no fue porque fuera un secreto. Sino porque me avergüenzo.

– Si no quieres…

– No, no. Un trato es un trato. Tú has cumplido tu parte –respiró hondo–. Mata al monstruo –recordó Dal Mah en voz alta–. Eso decían las paredes heladas. Eso oía por todas partes. Estaba sola. Rodeada de monstruos. Hasta que comprendí que… –su voz se debilitada–. Comprendí que el monstruo… –sollozó–, el monstruo era yo.

– Sí. Yo también llegué a esa conclusión. Todos tenemos un monstruo en nuestro interior. ¿Lo mataste, entonces?

Dal Mah miró a An Long una vez más, con los ojos brillantes por las lágrimas que asomaban.

– Lo intenté, An Long –la muchacha se remangó para enseñar una fea cicatriz en la muñeca–. Cogí una esquirla de hielo y me corté las venas –hubo una pausa, pero An Long no dijo nada–. Desperté en brazos de Kai Shek. Viva. Al igual que el monstruo.

An Long asintió. Fue entonces cuando entendió muchas cosas. Cosas del pasado. Cosas que, por aquel entonces en las cumbres del Peine de los cielos jamás había valorado. Dun Gar tenía razón. Kai Shek tenía razón. Dal Mah no podía ser jinete.

– Lo siento, Dal Mah –dijo, sereno, mirándola a los ojos.

Y entonces la abrazó. Ella apoyó la oreja contra su pecho y escondió el rostro en sus brazos. An Long sabía que lloraba.

7

EL CADÁVER

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

Cuando lo vio llegar por el puente de bambú, Tigre soltó el humo y dejó la pipa sobre el soporte en el escritorio. Guardó la bolsita de semillas en el cajón y cerró con llave. Esperó junto a la ventana, observando al chaval sin que el chaval pudiera verle a él. Caminaba con confianza, pero sin pavonearse, con humildad. Era lo bastante alto como para merecer el respeto de Tigre. Fibroso pero fuerte. No llevaba sombrero como la mayoría de sukumanos y su túnica de un único color azul oscuro dejaba traslucir una personalidad sencilla y despreocupada con su imagen.

Tigre se tomó todo el tiempo del mundo para bajar al portón. Escuchó la voz de uno de sus guardias.

– Lo siento, chico. Aquí no consta ninguna visita de…

– Está bien, Forron, déjale pasar, maldita sea. Es el chico que nos hizo este precioso martillo.

– Sí, Tigre. Mis disculpas.

Forron se echó a un lado y el chico avanzó hasta la altura donde esperaba Tigre. En el austero salón al que daba directamente el zaguán colgaba el enorme martillo que había hecho Sihal unos cuartos atrás. Lo cierto era que el martillo a Tigre le traía sin cuidado, lo importante era que el chico viniera. Y la patraña había funcionado perfectamente. Se fijó mejor en su túnica y se percató de que tenía motivos de aves. Aves que Tigre no había visto en las islas, sino en los libros. Buena señal, pensó. Significaba que al muchacho le atraía lo extranjero. Sería fácil embarcarlo en la expedición de la reconquista.

– ¿Qué te parece? No queda mal, ¿verdad? –Sihal fue a decir algo, pero Tigre prosiguió sin darle la oportunidad–. Me gusta la idea de que mis invitados sientan la amenaza de un martillazo sobre sus cabezas –se echó a reír–. La política siempre es más fácil cuando tu rival se siente intimidado. Por eso necesitamos a gente como tú. Muchachos altos y fuertes, bien formados y con dos dedos de frente. Mi madre solía decir que, si quería amenazar a alguien, lo hiciera siempre mirándolo desde arriba. Era la mujer más alta que he visto en mi vida, ¿sabes?

Subían unas escaleras de piedra caliza, extraída en el atolón vecino. Debido a la escasez del material, la cantera estaba muy bien controlada por los agentes de la Guardia Coralina, pero Tigre tenía contactos. En todas partes había quien apoyaba su causa, incluso en otros movimientos. Además, la candidatura a la jefatura de la Guardia Coralina de su compañero Thur Ignos que llevaba años impulsando, con quien se había formado con él en la escuela militar de Ileria, se había aceptado dos años atrás. Su estrecha relación con la Guardia le otorgaba favores con los que solo podían soñar los otros movimientos, y hacían la vista gorda en todo lo relativo a las semillas de alegría.

Observó al chaval. Visiblemente le estaba costando encontrar una respuesta adecuada.

– Pues yo le saco una cabeza a mi novia –dijo al fin–, y cuando me amenaza…

– ¡Oh, claro! ¡Mujeres! ¡Ellas saben amenazar te miren desde donde te miren! ¿Sabes por qué? –en esta ocasión tampoco dejó oportunidad de responder–. ¡Porque les basta con una patada en los huevos para salirse con la suya! Entre hombres eso no es honorable. Nosotros nos damos puñetazos en la cara. Es más divertido. Y al fin y al cabo, un hombre sin nariz sigue siendo un hombre, pero un hombre sin huevos… ¿Qué es?

Se rio de nuevo. Le encantaba poner en aprietos a sus invitados. Era importante descolocar a los nuevos. Hacerles dudar. Que se sintieran inseguros hablando con él, el líder del Martillo. Pero también tenía que transmitirles esa cercanía. Esas bromas desvergonzadas para que se soltaran y encontraran en él cierta familiaridad. Sin pasarse, claro. Pero Sihal todavía no era un coyote.

Abrió la puerta de su despacho y se acomodó en la silla donde llevaba más de una hora fumando semillas de alegría y mirando las olas por la ventana.

– ¿Qué te parece mi nuevo despacho? –no esperó la respuesta–. Un poco austero, lo admito, pero ¿qué pensaría la gente si pusiera sillones de terciopelo en el Bastión Martillo? Nuestra sede ha de infundir fuerza y solidez, vigor y respeto. Y nosotros tenemos que ser el fiel reflejo de esta fortaleza. ¿Lo entiendes, Sihal?

– Lo entiendo, sí.

– Bien. El ave que has elegido para tu túnica. No es de aquí.

– No, no lo es.

– ¿Qué es?

– Un martín pescador.

– ¿Por qué?

El muchacho se lo pensó un momento antes de responder.

– En realidad no tiene mucho que ver con el ave… Es el nombre del primer barco en el que navegué. La nave pertenecía a un tatarabuelo del capitán, que lo llamó así por el cariño que profesaba a esas aves que veía todas las mañanas en un lago del continente. Creo que vivía por el norte.

– Entiendo, entiendo. Supongo que todos sentimos esa curiosidad por lo que hay al otro lado del mar, ¿eh?

– Te lo digo –asintió Sihal.

El líder del martillo se arremangó la camisa para mostrar un fuerte antebrazo en el que había tatuado un animal que tampoco podía encontrarse en ese rincón del mundo.

– Este es el mío –dijo orgullosamente.

– Un tigre –reconoció Sihal con una sonrisa.

– Ahora que la gente me conoce, es fácil saberlo. Pero ningún bordeño ha visto nunca uno de estos. Es el felino más grande que existe. Fuerte y astuto. Y rápido. Además, es capaz de cazar en el agua. Tan versátil como nosotros, ¿no crees?

– Versátil… Sí. Como nosotros. Mi novia me habló una vez de algo parecido. Como un perro, pero más grande y aterrador. Con varias cabezas, creo. Al principio, pensé que eran historias, pero en la iglesia…

– Cerberos. He leído sobre ellos. ¿Te gustaría encontrarte con uno de esos frente a frente?

Sihal sonrió. Tigre lo evaluó. La pregunta tenía una respuesta correcta.

– Desde luego. Quizá hasta podríamos domesticarlos –sugirió.

– Oh, seguro que sí –Tigre asintió satisfecho y se cubrió el brazo de nuevo–. Aunque antes quiero saber a qué saben. Bueno, no te quedes ahí de pie, muchacho. Siéntate. Has venido a decirme algo. Espero que sean buenas noticias. Tengo a un pantera pidiéndome que vaya a arreglar un asunto a Ileria y dos lobos que no son capaces de contar adecuadamente los tributos. Muy buenos luchadores con los puños, sí, pero sospecho que solo saben contar hasta donde les llegan los dedos. Y para colmo uno de mis coyotes ha sido asesinado aquí mismo, en Akrosia. Así que comprenderás que no estoy de humor para más tragedias.

– ¡¿Asesinado?! –Sihal se quedó pasmado–. Lo… lo siento. ¿Qu… quién era? Conozco a muchos afiliados en Akrosia, trabajo en la forja por las tardes.

– Ruger. Un muchacho que vino a colaborar por la causa hace como seis lunas. Era alfarero. De veinticuatro primaveras. Un buen chico. Tímido, pero siempre cumplía con los trabajos que se le encomendaban. Hasta el final.

– No lo conocía, pero siento mucho oír eso…

– No lo sientas, solo dame una buena noticia.

– Me uniré al movimiento –dijo al fin.

Tigre sonrió. Abrió el cajón bajo el despacho y sacó la bolsita de semillas de alegría. Cogió la pipa y vertió unas cuantas en la cazoleta. Las aplastó con el pisón y repitió la operación con nuevas semillas hasta llenar el recipiente.

– Bienvenido al movimiento, Sihal –dijo el líder del Martillo mientras tomaba la vela aromática que ardía sobre el escritorio y la inclinaba sobre el contenido de la pipa. Sopló un par de veces para que prendieran bien todas las semillas–. Celebremos esta gran noticia. Fuma

conmigo. Es alegría de la buena, te lo aseguro.

*

Después de la cena Pira acudió a Akrosia de nuevo. Se había puesto una chaqueta por encima del vestido y aferraba el pequeño pergamino cuidadosamente doblado y enrollado en su bolsillo. La casa de Hotus estaba totalmente a oscuras y sus tímidos golpes a la campana fueron en vano. Allí no había nadie. Tras cavilar un instante pensó que podría estar en la casa de la paz, comentando el robo de los manuscritos de Bern y pensando en cómo dar con el ladrón. De modo que se encaminó hacia la sede del Arcoíris dando un rodeo para evitar la Plaza de las Mareas y pasar por el más agradable Paseo de las Brisas.

Akrosia era una isla de gran importancia para el archipiélago, pues albergaba el Parlamento y la Comisión. Siglos atrás, su ubicación central la había convertido en la mejor candidata para ello. Fue el mejor compromiso para todos esos diputados que vivían en otras islas. En un barco de vela común y corriente, con viento natural y moderado, la travesía podía durar de cuatro a diez horas, pero con hijos de Borea manejando los vientos e hijos de Escuala domando las olas y las corrientes todo era mucho más fácil y rápido. Hoy en día las vías de comunicación y transporte eran mejores. Los hijos de Gea, así como los hijos de Escuala, habían colaborado para construir una gran red de túneles bajo el mar que conectaban todas las islas y hacían posible que los carros de vela circularan al abrigo de las tempestades.

Un murciélago de la fruta pasó rozándole el oído y aceleró el paso para salir del parque que estaba atravesando. Era el parque del atardecer. De día era bonito, al atardecer lo era más todavía, pero de noche… Odiaba a esos murciélagos. Mantuvo paso ligero por el barrio de los jardines flotantes y por fin llegó a Barranco. Estaba sudando. Su cuerpo no estaba tan acostumbrado a ese clima como el de los nativos nacidos allí mismo.

El hombre que estaba haciendo de guardia la reconoció y saludó. Ya se habían visto varias veces en distintas reuniones del movimiento.

– Paz y color –correspondió ella, buscando el nombre del miembro en los rincones de su memoria. No lo encontró a tiempo.

Nada más franquear la verja escuchó las voces de varias personas. Algunas eran conocidas, otras no. Procedían del jardín trasero de la casa de Bría. Una casa de tres pisos y dos balcones, de las más grandes de la isla, sin duda. De noche, la fachada era como todas las demás, era imposible discernir los colores del arcoíris que de día la distinguían. La líder del movimiento pacifista la había convertido en la sede del movimiento. Desde el naufragio de su marido, Bría había hecho todo lo posible por evitar estar sola. Si al principio Pira pensaba que lo hacía para no pensar en su fallecido marido, ahora sospechaba que las razones eran distintas. Motivos de seguridad personal: como el movimiento había cobrado tanta importancia al convertirse en la oposición al Martillo, habían llegado nuevos amigos en la misma cantidad que enemigos.

Las antorchas clavadas en la hierba formaban un gran círculo iluminado. Allí discutían acaloradamente los congregados. Reconoció a Hotus y fue directamente hacia él.

– ¡Pira! –exclamó el viejo–. ¡Ha ocurrido algo terrible!

– Lo sé, Hotus. Estaba en tu casa cuando Bern nos lo contó.

– No, no. ¡Más terrible aún! Sígueme.

El anciano la llevó de la mano hacia la zona más oscura del jardín trasero, pasando por una hilera de redes por las que subían plantas trepadoras de al menos dos brazas. A Pira le encantaba la pimienta. Solía arrancar las bolitas negras directamente de la planta para mascarlas, pero se abstuvo esa vez y se conformó con su aroma.

La luz de la luna bañaba de plata los rostros de cuatro personas que hablaban en susurros. El chasquido de una ramita al quebrarse reveló su presencia, y al percatarse una de ellas se volvió hacia ellos. Pira la reconoció al instante.

– Hotus. Cuanta más gente esté al corriente…

– No te preocupes, Bría. Esta chica es de fiar.

– Conozco bien a Pira. No es de ella de quien no me fío.

Aquello fue inesperado, pero lógico. Pira fue incapaz de sostenerle la mirada. Tenía razón en no fiarse. Aunque ni ella misma sabía si debería contarle todo aquello a Sihal, quería hacerlo. Odiaba que le ocultaran las cosas, y por eso le gustaba Sihal, porque era sincero. Como un pergamino desenrollado. Siempre se lo contaba todo. Sabía que podía confiar en él, y también sabía que los secretos eran el peor de los males en una relación.

– Pira… –Hotus dudó–. Esto es grave. No se lo puedes contar a Sihal. Mucho menos después de lo que me contaste esta mañana.

– No lo haré –decidió apresuradamente en ese momento–. No hasta que le saque esas ideas de reconquista que le están metiendo en la cabeza.

La líder del Arcoíris mantenía la frente arrugada y parecía poco satisfecha con la respuesta, pero no opuso más objeciones. Los dos se acercaron a donde estaban Bría y los otros tres colocados en torno a un agujero más o menos rectangular con sendos montículos de tierra húmeda y arena a cada lado. Pira reconoció a uno de los hombres, era Bern. El sacerdote cruzó con ella una mirada fugaz. Los otros dos todavía sujetaban sus palas.

Pira se asomó, y al hacerlo ahogó un grito llevándose las manos al pecho. La luz plateada iluminaba tenuemente el fondo de la zanja, donde yacía el cuerpo inerte de un muchacho joven.

– Se trata de Ruger –aclaró Hotus–, uno de los coyotes de Tigre. Según Kalmia, ingresó en el Martillo hace seis lunas. Lo he encontrado al atardecer en frente de mi casa. Alguien lo apuñaló por la espalda.

– Nadie del Arcoíris haría algo así –Pira miró a Hotus. No estaba segura de comprender–. ¿No?

– ¡Por las Cuatro, somos pacifistas! –se indignó Bern–. Abogamos por todo lo contrario… si alguien de los nuestros ha hecho esto…

– No lo ha hecho ninguno de los nuestros –cortó Bría con sequedad–. Es imposible. Sencillamente imposible.

– Estoy de acuerdo –dijo Hotus.

– Y yo –secundó uno de los cavadores que Pira no conocía.

– Puede que sea un asunto personal. Venganza. O quizá tuviera deudas –sugirió Bría–. El caso es que no podemos ponernos a investigar ahora.

– No –corroboró Bern–. Se acerca el referéndum y la Guardia Coralina podría tardar más de una luna en aclarar esto.

– Podría ser peor ocultarlo –declaró el otro cavador–. Si nos descubren…

– Por eso no quiero que esto salga de aquí –Bría miró a todos con aire grave–. La situación ya está muy tensa en Akrosia. En Ileria hubo trifulcas el cuarto pasado. Hace dos lunas desapareció en Galata esa joven de la Barrera que había declarado que los del Martillo se merecían un par de clavos en los ojos. Y ahora esto.

– La desaparición de la muchacha nos beneficiaba –dijo cínicamente el cavador–, pero si esto se descubre, sospecharán del arcoíris.

– Aquí todos sabemos que es imposible que alguien del arcoíris haya hecho algo así –insistió la líder del movimiento–, pero Tigre y su panda de animales no tendrán ningún pudor a la hora

de manipularlo todo.

– Y muchos les creerán –murmuró Pira.

– No podemos permitirnos perder votos. Esto podría hundirnos. Y si nos hundimos, ganará la propuesta de la reconquista.

– Esto solo favorece al Martillo –añadió el cavador que aún no había hablado.

– Ajá –asintió Bern.

Entonces Pira creyó comprender. Quiso asegurarse.

– Que extraño… –musitó Pira–. Primero el robo de la teoría de Bern, y ahora esto… No puede ser una coincidencia.

Bría la miró con gesto serio y la muchacha sintió como si le leyera la mente. Sus ojos almendrados tenían algo especial: podían reflejar calidez y amenaza al mismo tiempo. Pira leyó la amenaza implícita, ahora compartían un secreto.

– No, Pira. Esto no es ninguna coincidencia –declaró la líder del Arcoíris.

– Pero, si ha sido el Martillo… Entonces ya lo saben –se alarmó Pira–. No podemos esconderlo.

– ¿Qué otra opción propones? –preguntó Bern.

– Decir la verdad –declaró Pira–. Acusar a Tigre.

– Muchos tienen a Tigre como un héroe. Nadie creerá que sea capaz de ordenar el asesinato de uno de los suyos. Una acusación así podría volverse contra nosotros muy fácilmente. Los movimientos amigos del Martillo se encargarían de ello –argumentó Hotus–. Pero también es cierto que no podemos esconder el cuerpo…

– Podemos –zanjó Bría–. La sede de los movimientos es inviolable. Tan solo los miembros de la Guardia Coralina con una orden de inspección pueden entrar a hacer sus pesquisas. Para cuando encuentren el cuerpo, el referéndum ya habrá pasado, y yo podré explicarme.

– Es muy arriesgado –comentó Bern–. Tendrás que explicar que trajimos el cuerpo aquí, que enterramos el cuerpo del muchacho y no avisamos a la Guardia. Es obstrucción a la justicia.

– Lo sé, Bern –Bría dejó caer los hombros levemente–. Lo sé. Veremos cómo gestionar eso más tarde. De momento, la justicia tendrá que esperar.

*

Un silencio lleno de respeto se adueñó de la sala del yunque, llamada así por la forma de sus asientos. A Tigre le gustaban los símbolos, especialmente todos los que tuvieran que ver con la fuerza y la dureza. Porque así era él.

Había convocado a todos sus coyotes de Akrosia en el Bastión para hacer las presentaciones. Intentaba reclutar a alguien personalmente una vez al cuarto. Solían ser ratos divertidos, en los que Tigre contaba alguna que otra anécdota sobre las gestas y los desastres de coyotes ascendidos a zorros, lobos o panteras. Evidentemente, los introducía en el mundo de la alegría, y la ventaja de la sala del Yunque era que, al estar cerrada por todas partes a cal y canto, el humo permanecía mucho tiempo, creando un ambiente ideal para reír y forjar una lazos fuertes bajo los efectos de las semillas.

Ese día, sin embargo, había traído menos semillas que de costumbre, y se había quedado hasta más entrada la noche, esperando a que desaparecieran las sonrisas. Había algo que añadir a las presentaciones: una despedida.

Observó a todos sus pupilos con gesto serio. Todos estaban callados, tal y como había pedido. Algunos tenían los ojos cerrados, como para concentrarse mejor en la respiración. Quizá así visualizaran mejor la cara de su fallecido compañero. Ruger.

– Está bien, es suficiente. Yeguen, ¿cómo estás?

– Bien –respondió el joven–. Bien…

No era fácil engañar a Tigre, y esa mentira no había engañado ni al más tonto de la sala. Tigre se cruzó de brazos y observó al muchacho. Yeguen estaba tan pálido que hasta lo podrían haber confundido con el cadáver del pobre Ruger. De vez en cuando sus brazos temblaban y cada dos por tres hacía una mueca como para retener una arcada. Era de esperar. Las semillas de alegría podían hacérselo olvidar por un rato, pero la vuelta a la realidad era siempre más dura. Tigre no podía pedirle más, no podía pedirle que se hiciera de piedra. Había muy poca gente en el mundo como él.

– Me gustaría que nos contaras lo que ocurrió. Pero si no te sientes con fuerzas…

– Lo haré –respondió rápidamente al tiempo que se levantaba con las rodillas tan trémulas que por un momento pareció que se fuera a derrumbar–. Lo haré.

Tigre asintió y se hizo a un lado para dejar el centro de la sala al joven atormentado. Odiaba que lo interrumpieran, pero ese día estaba de buen humor, aunque fingiera lo contrario. Lo pasó por alto.

– Te escuchamos.

Era un joven bordeño de veintitrés primaveras que se había unido a la causa dos años atrás, cuando aún no tenían tanto tirón. Era hijo de la guardiana del fuego, y esos solían tener un carácter más encendido. Ferviente idealista, se había quedado estancado en el rango de coyote. Se necesitaba mucho más que fervor para ascender en el Martillo. Era determinado y leal, sí. Y disciplinado. Le faltaba iniciativa, sin embargo. Y astucia. Y los dedos que le sobraban en la melena azabache también habrían ayudado. Tigre quería a los más altos y fuertes en sus filas. Podía hacer excepciones en el rango de coyote, pero no más allá.

– Estábamos terminando la ronda de persuasión –dijo el joven, toqueteando el broche plateado con forma de martillo de su uniforme–. Yo me había ausentado un momento detrás de un árbol, y cuando lo alcancé de nuevo… Estaba tirado en el suelo con una mancha carmesí en la espalda. Estaba frente a la casa del viejo calderero. El tipo se llevó el cuerpo a su casa. Me quedé un rato más esperando y vi entrar a más miembros del Arcoíris.

– ¿Crees que el calderero mató a Ruger? –replicó atónito Sihal.

– Estoy casi seguro –aseguró, pero su voz temblaba como una cuerda de laúd–. O quizá el sacerdote.

– Lagartos arteros –escupió Niwaz.

Niwaz era uno de los coyotes más tontos que Tigre había reclutado jamás, pero tenía un carácter tan explosivo que se lo había perdonado. Le caía bien ese chico, aunque si algún día quería ascender a zorro tendría que hacer algo con sus ataques de violencia.

– Van de pacifistas, pero todos sabemos que lo que más desean es hacernos desaparecer –añadió Darga, una mujer de complexión musculosa y casi tan alta como Tigre.

– Pero yo conozco a Hotus –replicó Sihal, el nuevo–. Es un anciano. Apenas es capaz de levantar el bastón. ¿Y el sacerdote? No sé cuántas primaveras cuenta, ¡pero lo menos setenta! Ni siquiera los dos juntos habrían podido con Ruger. ¿No era hijo de Gea?

– De Escuala –murmuró Yeguen.

– Esos son los más débiles –comentó Niwaz, despectivo.

Eso fue el detonante de una disputa entre coyotes que no venía a cuento. Tigre dejó que se hicieran los gallitos. Incluso dejó que usaran sus poderes. Aparte de ser un bocazas, Niwaz no sabía medir las situaciones. No caía especialmente bien a los otros hijos del fuego, y en cambio los Escuala sí actuaban con solidaridad entre ellos. Era algo que Tigre tenía que pulir. Incluso

entre los coyotes hacían falta alfas. Ese tipo de disputas estaban bien de vez en cuando, pero solo hasta cierto punto.

La riña acabó con Niwaz encendiendo una llama que se apagó un instante después bajo una cascada generada por los tres hijos de Escuala más peleones. Niwaz quedó empapado y cuando todos rieron, sus mejillas adoptaron el color de la llama que había invocado previamente.

– No importa quien lo hiciera realmente –siguió Tigre, como si nada hubiera pasado–. Porque sea quien sea, está claro que ha sido cosa del Arcoíris. Por eso ahora tenemos que pensar en cuál va a ser nuestro siguiente paso –se giró hacia Yeguen–. Gracias, Yeguen, sé lo difícil que es para ti. No estamos acostumbrados a estos sucesos en las islas, pero parece que vamos a tener que hacernos a la idea.

– Tenemos que vengarnos –dijo alguien.

– Ojo por ojo…

– Esa sería la mayor estupidez –rebatió Darga–. Tenemos que aprovecharnos de su error. Son pacifistas, este asesinato lo van a pagar con su credibilidad.

– ¡Exacto! –el rostro de Tigre se iluminó como una antorcha–. Exacto, Darga. ¡Benditas Cuatro! Es una pena que tengamos tan pocas mujeres en el movimiento… Vamos sobrados de músculo, pero nos falta astucia –paseó una mirada reprobadora por la sala–. En fin. Debemos extender la noticia a todas las islas. Esa es una misión perfecta para coyotes. Por eso aprovecho esta reunión. ¿Voluntarios?

– Yo iré a Ileria, tengo varios contactos allí de cuando estuve entrenando en el ejército –se propuso Darga–. Será fácil.

– Perfecto. Si necesitas algo, pásate por la sucursal y acude a algún zorro. ¿Alguien para Beane?

Un chico que no había hablado levantó la mano tímidamente. A Tigre le entraron ganas de negarle la aventura. Al fin y al cabo, llevaba varias lunas en el movimiento y apenas había escuchado su voz. No era el mejor candidato para propagar una noticia tan importante. Pero Tigre aceptó. A veces las personas más valiosas eran las que menos decían. Además, Beane era la isla de los jardines y los monasterios. Casi todo era sagrado allí. Tigre despreciaba esa isla.

Más manos seguían levantados. Decidió enviar a dos a la isla más extensa, entre otras cosas porque no se fiaba del todo de Niwaz andando solo por ahí con responsabilidades.

- De acuerdo, Niwaz y Ferad para Elana. Empezad alrededor de la Plaza del Coral.

Muchos puños se levantaron pidiendo el último destino. Galata, la isla de los artistas. Era la más alejada, pero sin duda la más bonita. Y la más divertida, en opinión de Tigre. Allí estaban los mejores ahumaderos de alegría. El puño de Sihal, el nuevo, estaba levantado. Bien. Aunque seguro que más por compromiso que por voluntad. Había notado su rechazo a creer en la versión de Yeguen sobre el asesinato. Debía andarse con ojo.

– Sihal, aprecio el gesto, pero no hará falta por ahora. Acabas de llegar, ni siquiera te hemos hecho el tatuaje. Y todavía tengo que explicarte un par de cosas sobre el movimiento –el muchacho asintió con cierta timidez y bajó el puño–. Cuento trece puños en alto. Decidid entre vosotros. Escoged a dos.

Hubo una votación que no sirvió para nada, pues eran trece y acabaron seis con dos votos. Hubo un debate, que tampoco sirvió para nada. De modo que lo echaron a suertes. Cuando todos los voluntarios tuvieron un atolón adjudicado, el líder del Martillo sonrió complacido.

– Esto no significa que renunciamos a la venganza. Oh, no. Nos vengaremos de esos pacifistas de salón. Recordad, coyotes, el Martillo nunca olvida.

Acto seguido fue a darle una palmadita en la espalda a Yeguen. Todos los presentes se

levantaron de su silla en forma de yunque y se acercaron también. Tigre les dejó entre compañeros, no sin advertir la incomodidad de Yeguen. ¿Y cómo no iba a estar incómodo después de lo que había hecho?

– ¡Tranquilo, Yeguen, nos vengaremos! –decían sus compañeros una y otra vez.

Antes de traspasar la puerta y dejarlos solos, Tigre se dio la vuelta.

– Yeguen –llamó–, deberías ir a casa de Ruger a hablar con su madre –la cara de Yeguen era el vivo retrato del disgusto–. Yo me pasaré más tarde para investigar.

8

EL PEINE DE LOS CIELOS

Peine de los Cielos, Khaz'Tiber 571.

Aquella mañana no había ni una sola nube para impedir que el astro rey regara con sus rayos a los Apos del Tiber. El Peine de los cielos estaba como siempre: nevado. An Long, como siempre, empezaba la mañana volando a lomos de su más fiel compañero. Los bostezos de Tiranior dejaban en el aire una ardiente y fétida vaharada que se comía el jinete no sin quejarse a los cuatro vientos.

Volviendo del Pozo de los Aprendices, cuando sobrevolaba el valle de la brecha distinguió dos figuras a la carrera. Cambió el peso de su cuerpo y se echó hacia adelante, empujó un poco el cuello de Tir y este descendió obediente.

Planeaban a placer, de ahí que Tiranior los alcanzara sin mayor dificultad. An Long se colocó a la zaga de los dos dragones y, en cuanto fueron a cruzar la brecha efectuó un adelantamiento tan cerrado que el ala de Tir hizo caer gravilla de la pared.

– ¡Eh! –se quejó Tui Lam.

Benegon, expulsó una llamarada de advertencia, pero Tiranior no se molestó en responder.

– ¿Adónde ibais? –gritó An Long.

– ¡Al glaciar de Hu-uh!

An Long asintió. Una merecida y refrescante parada. Refrenó a Tiranior para volar en formación con sus compañeros. Benegon, el dragón de Tui Lam, era de un elegante rojo bermellón con rayas negras y quebradas. Sus cuernos eran más curvos que la media y su cola terminaba en una amenazante forma de flecha. En cuanto al ejemplar de Bong Nam, volaba tranquilo rozando las copas de los árboles con sus brillantes garras negras. De no ser por la nieve, habría sido imposible detectarlo desde las alturas por su color verde oscuro, parecido al de los pinos del valle. Unas motas grises recorrían todo su cuerpo y se hacían más grandes cerca de la espina dorsal. Las espinas, sería más correcto decir. Y An Long tenía a Tiranior, negro como la noche, fuerte como ninguna otra criatura en el mundo. Eso le infundía un valor sin igual. Para bien y para mal, le había dicho una vez Dun Gar.

– No siento mis brazos –admitió.

– Te oí salir antes del alba –reveló Bong Nam–. Antes no volabas tanto.

– Me ayuda a pensar.

– Pues antes no pensabas tanto –aprovechó Tui Lam.

Carcajadas de sus amigos. Por su parte, una sonrisa. Aspiró una bocanada del aire más puro del mundo. Probablemente.

– Antes vivía en una burbuja –confesó–. Ahora he visto el mundo. El continente. Vosotros también lo habéis visto. ¿No os intriga? ¿No os gustaría salir ahí afuera y explorarlo por completo?

– ¿Y hablar en Común todo el tiempo? –Bong Nam entornó los ojos–. Qué engorro.

– Tienes un acento muy gracioso –le dijo Tui Lam–. Seguro que a las norteñas darenís les encanta.

– Procuremos no darles más razones para que nos invadan –bromeó Bong Nam.

– ¿Invadirnos? Jamás lo lograrán.

– Lo sé, pero bueno. Esas norteñas son blancas como la nieve. No me gustan tan pálidas. En Alaner estaban algo más morenas.

– Pues no sé cómo, si nunca ven el sol –intervino An Long.

– ¿Cómo es? –quiso saber Tui Lam–. Es decir… Ya sé que lo cubre una capa de niebla, pero… Es que no me lo imagino.

– Pues es niebla. Como cuando hay niebla aquí, solo que nunca desaparece –Bong Nam parecía mucho más satisfecho con su explicación de lo que estaba Tui Lam con la respuesta.

– Es algo más espeso que la niebla –lo intentó An Long–. Es como humo. Una especie de capa de humo que nunca se va.

– Hmm… Espero que la siguiente misión en los Dominios me toque a mí. Siempre os tocan las más divertidas.

– Sospecho que cada vez será menos divertido ir a los Dominios –dijo An Long, levantándose.

– ¿Adónde vas?

An Long no respondió. Se acercó adonde aguardaban los tres dragones. Tiranior dormía, o se hacía el dormido, pero no reaccionó cuando su jinete sacó la espada del talabarte que tenía en la silla de montar. Benegon sí se giró al notar la presencia del joven. No era su jinete, pero le conocía ya de sobra. La mejor forma de saber si un dragón confiaba en ti era tocarle los cuernos. Si intentaba chamuscarte, solía significar que no te tenía un gran aprecio. O que tenía un mal día.

Sacó la espada de Tui Lam y se la lanzó desde allí mientras se echaba a correr hacia ella.

– ¡Se acerca la guerra! –exclamó.

Arremetió en mitad del salto y Tui Lam, que acababa de coger su espada el vuelo, no tuvo más remedio que rodar hacia un lado. Se puso en guardia rápidamente y rechazó las estocadas de An Long con una habilidad pasmosa. Bajo esa apariencia de primera de la clase, Tui Lam tenía una agilidad felina. Se movía con precisión, dando los pasos justos, sin gastar energía de más. Todo lo contrario a An Long, que arremetía una y otra vez, consciente de que se cansaría antes, pero confiando en la garra que había en su interior.

– La guerra siempre está cerca –dijo Tui Lam, cuando An Long se detuvo con la espada en alto–. Y es mala idea desafiar a una espadachina como yo si, como has dicho antes, no sientes tus brazos.

La mujer se lanzó al ataque, rápida como un rayo, y An Long no tuvo más remedio que recular mientras bloqueaba a duras penas la lluvia de estocadas.

– Por eso nunca viene mal una sesión de estas –sonreía Bong Nam, que observaba todo sentado sobre el hielo.

El duelo prosiguió largo rato, hasta que fue interrumpido por el estruendo que provocó un bloque de hielo al desmoronarse.

– Quizá debamos movernos un poco –sugirió Tui Lam.

Sudoroso y sin decir palabra, An Long dio gracias al glaciar de Hu-uh por permitirle terminar el duelo en tablas. Se movieron hacia el interior de la gigantesca masa de hielo. Ninguno de los dragones se inmutó.

– Realmente, son unas criaturas muy vagas –constató Bong Nam.

– A veces.

– Algunos más que otros –murmuró An Long, girándose hacia su Tir.

– Por cierto –cambió de tema Bong Nam–. ¿La cena es esta noche?

– ¡La cena! –se alarmó Tui Lam–. ¡Tenía que ir a buscar especias para el vino!

– Ah, así que es hoy –se respondió a sí mismo el muchacho.

– Tienes tiempo… –lanzó An Long.

– ¿Tiempo? –Tui Lam le echó una de esas miradas que disparaba cuando alguien decía algo incorrecto o un chiste malo–. ¡También tengo que arreglarme! ¡Estará todo el mundo!

An Long miró a Bong Nam. Bong Nam miró a An Long. Ambos miraron a Tui Lam.

– ¿No tienes tiempo?

– No mucho –dijo mientras se levantaba de nuevo–. ¿Venís conmigo o pensáis quedaros aquí todo el día?

Bong Nam se encogió de hombros. “Mujeres”, pensó An Long que pensaba Bong Nam. Todo un misterio, a veces. Luego, ambos se levantaron y volvieron a la parte un poco más uniforme donde dormitaban sus monturas.

– ¿Creéis que nos dará las respuestas esta noche? –preguntó Bong Nam.

– ¿Sobre el quinto sueño? –Tui Lam ya estaba guardando la espada en su vaina y se puso a ajustar las correas en la silla, con prisas.

– Pues claro. ¿De qué iba a ser si no?

– No sé. Espero –deseó la chica.

Miraron a An Long, que frunció el ceño.

– No estoy en la mente del maestro. Y tampoco sé leer el futuro.

– Oh, pues Dal Mah me contó que…

– Sí, sí –pero negó con la cabeza–. No quiero hablar de eso.

– ¿Pero me lo puede contar a mí? Tu futuro, digo.

– Con tal de que yo no me entere…

Y con esas palabras se aupó sobre la gruesa pata de Tiranior y se colocó en posición de vuelo. Momentos después surcaban el techo del mundo, dirección a la Cueva de la Estrella. Su hogar.

*

Aquella noche, la hoguera era más grande de lo acostumbrado. El círculo de piedras se había ensanchado y los troncos gruesos y ramitas finas que ardían habían sido colocados en forma de celosía. El fuego brillaba en mitad de la oscuridad, en el centro de la cornisa, reflejándose en las nieves del lugar.

Dun Gar había procurado moderarse con la comida y sobre todo con el vino. Tenía que estar lúcido para dar las órdenes.

Cuando los veteranos terminaron de enviar sus mensajes al Otro Lado, llegó el turno de los tres jinetes de la Nueva Llama. Bong Nam había grabado unos versos en un trozo de madera, y los cantó antes de enviarlo al fuego. Al maestro le gustaban esos gestos. Cuando él se fuera al Otro Lado, ¿quién le enviaría a él canciones? Ya no le quedaba nadie. Todo lo que tenía estaba ahí. En torno a la hoguera. Sus jinetes. Su familia. El rostro de Lia Gah se materializó en su mente, pero lo apartó fugazmente: no era momento para las lágrimas.

Tui Lam había grabado dragones en sus astillas. Eran cinco. Pobre chica, pensó. Tan joven y con cinco allegados al Otro Lado con los que cargar. Era fuerte, sin duda. Más fuerte que algunos de los veteranos. La aparente fragilidad que denotaba su cuerpo escondía en realidad una resistencia extraordinaria. A su edad, a Dun Gar no se le escapaban esas cosas. El veneno más potente siempre viene en el frasco más pequeño.

Volvió a sentarse la chica, y entonces fue An Long quien se acercó a las llamas ante la mirada de todo el gremio. Mostró su trozo de madera para que lo vieran todos, como era tradición. No era obligatorio y cada uno era libre de mantener la privacidad que quisiera. Pero siempre se había dicho que cuantos más testigos vieran el mensaje a este lado, mayor era la posibilidad de que llegara al otro. Más aún si se explicaba el mensaje.

Era un buen chico, An Long. Había llegado de la mano de Dien Phu, que le había ahorrado el tener que volver a su aldea incendiada por una incursión darení, donde ya no había más que huesos y ruinas ennegrecidas. Lo había comprobado personalmente. La aldea de Ha Gian había sido definitivamente borrada del mapa. Tenía en gran aprecio a aquel muchacho, y quizá por eso hizo la vista gorda cuando fracasó en la última prueba. ¿Fracasó?, se preguntó el anciano. Si cualquier otro dragón lo hubiera escogido, habría pensado que no. Pero Tiranior…

– ¿Flores? –preguntó Bin Thu, la más veterana de los jinetes.

– Ajá. Son para mi madre. Murió de las fiebres que le provocaron la enfermedad del costado. Por entonces no sabía nada de herbicina. Son tres distintas, por si alguna no funciona. Intenté que Tir pusiera alguna lágrima suya, pero ese bicho tiene los ojos más secos que el pollo de Bong Nam del otro día.

Hubo unas risas leves.

– Llevo años rodeado de dragones, y nunca he visto llorar a ninguno –contó Prei Kuk, el menor de los gemelos Kuk–. No creo que vea llorar a un primigenio nunca.

Dun Gar ya había comprobado las propiedades curativas de las lágrimas de dragón gracias a su viejo Kraker. En carne propia. A ello debía la vida. Por desgracia, con lágrimas de Tiranior o sin ellas, la madre de An Long ya estaba al Otro Lado.

Todos miraron en silencio cómo se consumían los mensajes. Respetuosos del ritual. Cada cual sumido en sus pensamientos, al abrigo del viento que silbaba en las alturas.

– Es hora de organizarse –declaró por fin el maestro, sin rodeos–. Como ya sabéis todos, se ha revelado el quinto sueño de Harum. Su contenido no es nada halagüeño. Son muchas las cosas que se nos escapan todavía, pero nuestro maestro de los secretos Shio Min piensa que alguien está liberando criaturas muy peligrosas. El país nos necesita. El Khaz Dolu nos ha encomendado la misión de, cito textualmente, “desenterrar los secretos años olvidados”–hizo una pausa para detenerse en las caras de sus subordinados. Todos atentos, sin perderse una sola palabra, sin pestañear. Ya conocían el contenido de la profecía, Dun Gar se había asegurado de que cada uno de sus jinetes tuviera una copia–. Es el momento de hacer preguntas, porque mañana muchos partiréis a investigar a lugares lejanos.

Hubo un silencio perplejo. Dun Gar no acostumbraba a ser tan expeditivo. Siempre dejaba que sus jinetes tuvieran un margen de elección en cuanto a sus misiones, pero esta vez lo había organizado todo él. Había mucho en juego, y no había tiempo para explicarlo todo.

– ¿De qué criaturas estamos hablando? –preguntó Kai Shek, el jinete de Darragor, el devorarrayos.

– No lo sabemos –tuvo que admitir–. Pero Shio Min me confío… que está muy preocupado.

Kai Shek asintió y no dijo nada más. Fue Dien Phu quien tomó el relevo.

– ¿Alguna pista de quién está liberando a esas… criaturas?

– Meras conjeturas. Por el bien de la investigación, para no influenciar vuestros razonamientos, es mejor que partáis de cero.

– Vamos, que no sabemos nada –dijo Tui Lam en voz alta.

Todos se volvieron hacia ella, que jugueteaba con su coleta mirando al suelo. Cuando alzó la vista ante el silencio que se había generado, pareció sorprendida. Y luego alarmada.

Ese era uno de los mayores defectos de Tui Lam, a veces se le escapaban sus pensamientos en voz alta, y en ocasiones, como en esa, podía ser muy poco apropiado.

– Tienes razón, Tui Lam –acudió al rescate Dun Gar–. Sabemos poco. Muy poco.

– ¿Quiénes son los eternos? –preguntó An Long, levantando la mano.

– Por fin una pregunta a la que puedo responder –sonrió el maestro del fuego–. ¿O alguien más quiere hacerlo? ¿Bin Thu? Tú estuviste viviendo por la Rada Blanca, allí se los conoce algo mejor, ¿verdad?

– No tanto. Ya sabéis cómo son los marinos, cada vez que volvían al muelle contaban una nueva versión de la historia. Algunos venían diciendo que habían visitado el templo de Kitazh, y otros que habían hablado con un eterno, o con los diez. Cada bardo que llegaba a la aldea cantaba por lo menos dos canciones sobre los eternos, una sobre su guerra y otra sobre el juramento, por lo general. Todas eran diferentes. Es decir, había tantas canciones como mentiras.

– Pero tú leíste manuscritos –objetó Dun Gar.

– Sí… –la mujer carraspeó, y empezó por dirigirse a An Long, pero luego repartió miradas para todo el mundo–. Hubo una guerra, otrora. Nada sorprendente, me diréis. Pero esta era una guerra entre dos dioses hermanos. Por envidias, rencores y amores traicionados, estos dos dioses entraron en guerra y trajeron al mundo a sus aliados. Si no los tenían, los crearon. Por simplificar, el dios que creó a las guardianas se enemistó con una de ellas, que se pasó al bando de su hermano.

– Si me permites, Bin Thu, creo que podemos nombrar a los personajes de esta historia –intervino Dun Gar–. El dios se llamaba Akros, y es al que adoran los sacerdotes jorolitas ya casi extintos en el continente. Su hermano, Limeres, es el centro de la religión limerea.

An Long estaba sorprendido. ¿Por qué no sabía casi nada de todo aquello? Como adivinando sus pensamientos, Dun Gar prosiguió.

– A raíz de ciertos acontecimientos del pasado, en el Gremio nunca hablamos de religiones extranjeras. Pero creo que ha llegado el momento de levantar esa barrera. No obstante, ha de quedar clara una cosa. Y quiero que la tengáis presente siempre. Pase lo que pase, oigáis lo que oigáis. Nunca depositéis vuestras esperanzas en un dios. No dejéis vuestra vida en sus manos. Existan o no, no os protegerán. Desde que nuestros antepasados se instalaron en el Tiber, los únicos dioses que nos han protegido han sido nuestros Apos. Pero los Apos solo nos protegen porque los conocemos mejor que nuestros enemigos. ¿Entendéis?

Dun Gar solo se dirigía a los tres jinetes de la Nueva Llama. Ya les había advertido sobradamente a los demás.

– Entendido, maestro –confirmó Bong Nam, asintiendo, serio.

– Continúa, Bin Thu.

– Para suplir ese apoyo perdido, Akros, el dios traicionado, escogió a diez humanos y les entregó un secreto a cada uno para que lo ayudaran. Secretos poderosos, como el de la visibilidad, la clonación, la gravedad, el amor o la mentira. Una vez la victoria alcanzada, Akros no quiso dejar tal desequilibrio en el mundo, por eso pactó con sus diez todopoderosos humanos. Les entregaría otro secreto aún mayor, si juraban ante él que no volverían a usar los poderes que les había legado. Un secreto que les permitiría vivir eternamente. No está claro si hubo

reticencias, pero el caso es que todos juraron. Se les entregó el secreto de la eternidad, así como un templo en el que vivir en paz. Kitazh.

– Gracias, Bin Thu. ¿Responde esto a tu pregunta, An Long? –quiso saber el maestro.

– Sí, –tras un instante añadió:– pero… ¿qué tiene que ver todo esto con Harum y sus sueños?

– Hubo un tiempo en que el templo de Kitazh aceptaba aprendices. Harum fue una de ellos. Hay muchas versiones. Shio Min mencionó que fue tocada por Akros. Que Akros la usaba para comunicarse con sus eternos, y que le ofrecía visiones del futuro para que ella les sirviera de advertencia –An Long no parecía satisfecho, y Dun Gar lo veía perfectamente–. Pero como decía antes, sabemos poco. Muy poco.

Hubo más preguntas. Más respuestas aproximativas. Dun Gar era consciente de que cada respuesta propiciaba el doble de preguntas. Por eso decidió que era hora de poner fin a la sesión y repartir los destinos.

– Dien Phu irá al bosque de Colmillos Verdes con su aprendiz Pan Gu –anunció el maestro, todavía sentado en la parte más alta del círculo–. Tui Lam, tú los acompañarás.

La joven jinete asintió. Dien Phu no hizo ninguna pregunta. Dun Gar dedicó un momento a recordar la primera vez que vio a Pan Gu, el aprendiz que había traído Dien Phu, un escuálido muchacho de trece años con la nariz irritada y que no paraba de sorberse los mocos. Desde luego, los Colmillos Verdes iban a ser toda una lección para él.

– Mah Dia, a ti y tu aprendiz os acompañará Bong Nam. Iréis a la Costa de las Luces y buscaréis en torno a la Roca –los aludidos asintieron–. Kai Shek. Tú irás a Mohad con An Long y tu aprendiz Shia Ma. Las cosas en el desierto están un poco turbulentas. Tened cuidado. Pondréis rumbo a Las Indómitas, ya estuviste una vez en La Semilla. No creo que tengas problemas para volver a encontrarla. Y… eso es todo.

– ¿Solo tres partidas? –se extrañó el jinete veterano llamado Prei Kuk, el menor de los gemelos.

– Seré totalmente transparente. Shio Min era partidario de enviar diez partidas, una a cada uno de los lugares en los que sospecha que podrían haber encerradas criaturas poderosas. Me opuse. No puedo permitirlo. Somos los guardianes de la paz y se acerca el caos. Nuestra prioridad es defender el territorio. No sabemos cómo interpretarán los darenís o el emperador de Suna el sueño de Harum, y si les da por hacernos una visita, tenemos que estar preparados. Por otro lado, sois los emisarios del Tiber, y pronto vamos a tener que hablar con todas las potencias del continente, las que nos gustan y las que no. Además, acabamos de empezar con un nuevo ciclo de aprendices, que no llevan aquí ni un año entero. Es primordial seguir con el adiestramiento.

– Sí, maestro. Así lo haremos –replicó el jinete.

Una llamarada surgió desde el abismo, haciendo que el cielo resplandeciera. El rugido de dos dragones se mezcló a modo de trueno y varias piedrecitas se desprendieron de los riscos sin causar mayores incidencias. Dun Gar observó cómo jugaba el dragón negro mate con uno que era gris oscuro con motas amarillas. El dragón de An Long, Tiranior, la furia negra; y el de Kai Shek: Darragor, el devorarrayos.

– Parece que Tiranior ya se lleva bien con Darri –declaró Kai Shek, llevándose la taza de vino humeante a la boca.

– ¿Darri? –An Long puso cara de mofa.

– ¿Qué pasa? ¿Tú no le llamas Tir? Tir… El legendario dragón primigenio que redujo a cenizas la ciudad entera de Shandri Wa. Tir… La Furia Negra. Tir… –fue el turno de Kai Shek para mofarse–. Parece más bien el nombre de un ratón.

An Long se rio de buena gana. Casi todos lo hicieron. Todos salvo Dun Gar, que solo permitió

que sus labios se curvaran levemente mientras miraba cómo danzaban los dos dragones en el aire. Estaba preocupado. Algo que pasaba rara vez.

9

RECADOS DEL REY

Val'Lacq, Mohad 571.

Sand abrió la ventana de la estancia más espaciosa de *El manjar del Dingo*. Era la posada más cara de Val'Lacq, o al menos eso tenía entendido. Los tempraneros rayos de sol arrebolaban las aguas del Nemara, mansas como la brisa que le acarició el rostro. En el lago, los pescadores con sombreros de paja echaban sus redes semirrígidas desde los *batous*, las pequeñas y planas embarcaciones típicas en los lagos de Mohad. Se preguntó una vez más a donde habría ido Rudi.

La posada estaba situada en la colina de Omogo, y desde el cuarto piso se distinguían los edificios más importantes de la ciudad. En el centro de la plaza de armas, la fuente de los camellos escupía sus buenos días con frescura, adornada con docenas de plantas lozanas a su alrededor. En frente se alzaba como una montaña la llamada "Boca", por la forma de la puerta. Era la sede del gremio de los Mineros. Desde que tenían poder e influencia, no dudaban en hacérselo saber al mundo de una u otra forma. En el otro extremo, el Banco de Tignes, rebautizado como Banco Central hacía un par de décadas por su padre, con la imponente fachada de piedra y esa gigantesca cúpula dorada. Sand se preguntó dónde habría más oro, si en la cúpula o en la caja fuerte. Vigilándolo todo estaba la espléndida Casa Naranja, sede del gobierno de la ciudad, que más semejaba a un castillo que a una casa.

Suspiró con nostalgia al pensar en las vistas que tenía desde su alcoba del Palacio Flotante, en su querida Val'Monde. Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

Volvió a la realidad con el tañido de unas campanas. Provenían de la Basílica del Voto Sagrado. El gran pento dorado brillaba en lo alto del campanario con el liviano toque del sol. Sus ojos se movieron hacia el oeste, donde el reloj solar de la Torre del Halcón marcaba las nueve. ¿Qué demonios hacía Rudi?

Alguien llamó a la puerta. Por fin, pensó. Abrió con una sonrisa y la intención de preguntarle qué era tan importante como para salir de la cama sin avisarle, pero la persona que se encontró no era la mujer que esperaba. De hecho, no era una mujer. Ni nadie que conociera.

Un tostado, como él. Llevaba turbante, como los Escarabajos. Pero algo le dijo que no era uno de los suyos. Los ojos verde aceituna del desconocido lo miraron con desdén y el rictus de su rostro dejó traslucir una funesta promesa.

Sand se apartó instintivamente y se llevó la mano a la cintura, donde siempre llevaba el alfanje. Mala suerte, todavía estaba en bata. El intruso se abalanzó sobre él. Sand trató de zafarse, pero cayó trastabillado. El atacante sacó una daga que refulgió ante los haces de luz que se filtraban por la ventana y trató de ensartarle en la tripa. Sand rodó a un lado y se incorporó con premura. Maldijo para sí: el alfanje estaba al otro lado de la habitación. Corrió hacia el hogar de la chimenea, asió el atizador y se dio la vuelta justo a tiempo para ver que el sicario volvía a la carga. Reaccionó rápidamente para oponer el hierro a la daga. El retín de las armas al chocar le

produjo un escalofrío. Su enemigo era fuerte. Y veloz. Por un momento, temió que pudiera salir el Otro. No era el día más indicado para sorpresas.

Tras repeler el golpe, Sand dio un cabezazo en el pecho del sicario, que reculó, pero se mantuvo en pie. El tipo siguió reculando con la cabeza gacha, como si le hubiera dolido más de la cuenta. Extraño, pensó. Y apenas unos latidos más tarde vio cómo una de las manos del asesino lanzaba un cuchillo arrojadizo. Se agachó justo a tiempo para evitarlo. Oyó el ruido que hizo al chocar con la piedra de la chimenea. Otro escalofrío. Pero el asesino tenía más. ¿Cuántos?

El segundo cuchillo le rozó el hombro mientras rodaba hacia la mesa. La tumbó de una patada y se refugió tras la madera, con el corazón a punto de salírsele del pecho. Creyó escuchar el quejido de unos goznes, pero estaba demasiado pendiente de los cuchillos como para pensar en otra cosa. Todo ocurrió muy deprisa. La mesa sufrió otro golpe. Oyó el vibrante sonido de un cuchillo recién clavado. El sicario solo tenía que asomarse y rebanarle el pescuezo. Sand ya se daba por muerto cuando, para su sorpresa… ¿un gorgoteo? Se asomó fugazmente.

– ¡Rudi! –exclamó, soltando el atizador.

El sable de su jefa atravesaba el pecho del sicario que, aún de pie, gorgoteaba sangre por la boca y sus ropas se teñían de rojo.

– Un placer salvarte el pellejo, Sand -dijo la mujer con una sonrisa–. Charles se va a llevar otro chasco.

Sand salió de su refugio y respiró hondo para calmarse. Tenía los latidos desbocados y los nervios a flor de piel. Había estado a punto de morir. Otro asesino. Por muchos que envíen, uno nunca acaba de acostumbrarse.

– ¿Qué hacemos con el cuerpo?

– Lo dejamos aquí –Rudi sacó el filo por la espalda y el sicario cayó de bruces sobre la alfombra–. Y nos largamos. Quizá no hagan muchas preguntas sobre el muerto, pero mira como has dejado esto… Nos harían pagar por los destrozos.

9

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

Tras lo sucedido en la casa de la paz, Pira decidió dejar de lado el asunto del extraño mensaje que había sacado de aquella botella. Pero solo lo postergó por un día.

A la mañana siguiente se encontró con Hotus en el jardín de su casa, recogiendo hojas de coca y metiéndolas en un gran saco de arpillera que arrastraba por la tierra. Llevaba el típico sombrero de paja gastado sobre la cabeza y la túnica gris y raída de siempre. Los habitantes de las islas solían vestir con ropas coloridas y telas con estampados de flores, animales o elementos de la naturaleza. Pira había abrazado ese elemento cultural, pero Hotus, que llevaba más tiempo que ella viviendo allí, lo había ignorado por completo. Lo habían hablado cientos de veces, y la respuesta de Hotus siempre era la misma: “yo soy un singa”. Un sin guardiana.

Cuando el anciano alzó la mirada se irguió y saludó enérgicamente.

– ¡Pira! ¡Justo en el momento adecuado! Ven y mira a ver si llegas a las hojas más altas.

Tengo la sensación de que he vuelto a encoger un palmo desde la última cosecha.

Pira saludó con una sonrisa y se acercó a los arbolillos que ya estaban deshojados salvo en la parte superior. Echó varios puñados en el saco para alegría de Hotus, y ambos lo arrastraron hacia la mesa que había en la parte trasera de la morada, bajo los pilotes. Sobre ella había un machete, varias cucharas de madera, un platillo de loza, una taza con agua y otros recipientes.

– Creía que lo habías dejado –regañó la joven.

– Oh, ya no produzco polvo para esos idiotas –Hotus vertió buena cantidad de las hojas verdes sobre la mesa–. No te preocupes. Estoy investigando sus usos medicinales. Esta de aquí es otra variedad. Las que se usan para el polvo crecen en las alturas –a continuación, cogió el machete y se puso a triturarlas con una paciencia proverbial–. Antes no me visitabas tan a menudo, Pira. ¿Pasa algo? ¿Es por lo de ayer?

– No, no es por eso –dudó un momento–, pero sí pasa algo. Ayer estuve ayudando a limpiar la playa de Piesfríos y encontré una cosa –Pira sacó el rollo de pergamino del bolsillo interior que había cosido ella misma en su vestido de orquídeas y se lo tendió–. Un mensaje. Estaba en una botella.

El anciano dejó de cortar las hojas para desenrollar el pergamino y empezó a leer con mucho interés. Pira lo observó mientras leía y vio cómo sus ojos claros se abrían de asombro y su ceño se fruncía presumiblemente de incomprensión.

– Kitazh –susurró ensimismado. Cuando pareció que iba a decir algo más, leyó de nuevo–. Por los sapos, esto es grave –dijo al fin, con tono grave.

– ¿Por qué? ¿Sabes lo que significa?

– No termino de entenderlo. Pero los anteriores sueños de Harum se cumplieron sin excepciones. Habla de odio, de fuego, de devastación. Todo eso ocurrirá. Y si Kitazh lo ha desvelado, es porque han visto las señales que indican que se acerca el momento…

– ¿Quiénes son los eternos de Kitazh exactamente?

Pira había oído historias, pero hasta entonces siempre había creído eso, que eran historias. Todo lo que sabía sobre la religión jorolita lo había aprendido allí, en las Islas del Borde. La mayor parte en las misas de Bern, y el resto hablando con colegas de trabajo en la escuela o con los vecinos. Los nativos tenían más conocimiento sobre el Joról, más por la tradición oral que por haberlo leído.

– Son… Elegidos. ¿Te importa si me quedo el pergamino? Debo mostrárselo a Bern. Puede que él entienda algunas referencias mejor que yo –Pira asintió y Hotus se guardó el pergamino en su casaca–. Yo no sé mucho de ellos. Solo lo que cuenta Bern, que fueron elegidos por Akros para ayudarlo en su particular guerra contra Limeres y la Quinta Guardiana.

– Kida Katay –pronunció Pira.

– La misma –Hotus volvió a coger el machete y siguió triturando las hojas–. La guardiana de la tormenta. Y como las otras cuatro guardianas no tomaron partido en la confrontación, Akros escogió a unos pocos humanos a quienes entregó varios secretos para que pudieran ayudarle.

– Secretistas.

– ¡Por los sapos, no! ¡Son más que eso! Son eternos. A todos les reveló el secreto de la eternidad. Sé que está ese juramento que aparece en tantos cuadros en los monasterios e iglesias, pero no conozco los detalles. Seguro que Bern nos ayuda a esclarecer todo esto.

– He solido ir a sus misas. No suele hablar de los eternos ni de Kitazh. Creo que se lo he oído mencionar de pasada un par de veces.

– Bueno, la Historia es muy larga. Ya sabes, hay mucho que contar. Además… creo que los eternos no hicieron gran cosa por evitar los pogromos que obligaron a los de tu raza a huir. Quizá

no se les tenga mucho aprecio por aquí.

– Quizá. ¿Crees que usaron sus secretos para perseguir a los heterocromos?

– Algunos. O eso tengo entendido. Leí el Joról hace mucho tiempo y mi memoria está cansada. Pero no creas que los de tu raza estaban indefensos. Tenéis el poder de los elementos.

– En el continente nuestros poderes son más bien una maldición. Si no quieres acabar en la hoguera, más vale que nadie te vea usándolos.

Hotus hizo una mueca y se apoyó sobre la mesa con gesto alicaído.

– Lo sé. Mis ojos han visto demasiadas hogueras, muchacha. Demasiadas…

Pira sintió un escalofrío al recordar su propio episodio en la hoguera. El fuego besándole los pies. Se había mantenido orgullosamente firme y estoica atada a aquel poste de madera, pero cuando había llegado el momento de morir… Recordó cómo se había evaporado todo rastro de valor. El mordisco del miedo. Un frío terror se había volcado en todo su ser, aferrándose a sus entrañas con el aliento de la muerte.

– Perdóname, Pira. Sé que este tema despierta tus fantasmas. No quería…

– Tranquilo –replicó ella, volviendo con alivio a la realidad–. ¿Pero qué se supone que tenemos que hacer? ¿Por qué nos lo envían a nosotros?

– Se lo habrán enviado a todos a cuantos hayan podido hacérselo llegar. Además… Del mar allende arribará el Odio, las velas al viento –recitó Hotus–. Nosotros estamos allende del mar, y se acerca una votación en la que se decidirá si nos embarcamos hacia el continente o no.

A Pira se le aceleró el corazón. ¿Eran ellos? ¿Ellos traerían el odio y la destrucción? Por un momento le pareció impensable, pero luego la imagen de Tigre se materializó en su mente, con esa sonrisa siniestra que tanto repelús le causaba.

– Pero habla de Cinco Fuerzas. No tiene sentido.

Hubo un silencio de reflexión. Hotus aprovechó para ordenar un poco la mesa. Pira se perdió en sus pensamientos mientras el sol de la mañana acariciaba sus pies.

– Sí que lo tiene –objetó Hotus al cabo, mientras metía las hojas trituradas en un cubo–. Siempre ignoramos a Kida Katay, pero hay cinco guardianas, en realidad. Aunque aquí solo vivan los hijos de las otras cuatro, puede que Harum viera una guerra en la que todos los hijos de las guardianas estuvieran implicados –vertió un poco de arena de un cuenco y abono de otro y empezó a mezclarlo todo con sus manos–. O puede que no tenga nada que ver con los heterocromos.

– Vayamos a ver a Bern, entonces. Quiero salir de dudas.

– Iremos, pero primero, ayúdame a terminar de hacer este polvo. ¿Puedes echar aquí el agua que hay en esa taza?

Pira vertió el agua y el anciano siguió mezclando su mejunje. Luego pasó el contenido por un embudo con un trapo. Sacó el trapo y exprimió con todas sus fuerzas para que siguiera cayendo líquido en el nuevo recipiente. Ordenó a Pira que vertiera a la vez el líquido de dos vasitos y cuando lo hizo la mezcla se puso a burbujear. Hotus tapó el recipiente con el trapo.

– Ahora tenemos que esperar un poco. Pero hablemos de cosas menos preocupantes. ¿Qué tal las clases con los niños?

– Bien. Pero ni siquiera ellos se libran de las tensiones. El otro día tuve una trifulca en el aula por el tema de la reconquista del continente.

– Eso sí que es preocupante.

– Pues eso no es lo peor. Ayer por la noche, cuando Sihal volvió a casa, me dijo que había aceptado trabajar para Tigre. ¿Te lo puedes creer?

– Me lo creo. Es mal asunto, muchacha, mal asunto. La política y el amor pocas veces

caminan sin tropezarse –Pira no dijo nada cuando Hotus la miró de reojo. El viejo resopló–. Me gustabas más cuando me traías marsohis y sonrisas, chica. Últimamente solo me traes quebraderos de cabeza.

Pira se encogió de hombros.

– Vayamos a ver a Bern, al menos le podremos delegar uno de esos quebraderos.

*

El sol de la mañana arrojaba destellos dorados sobre el lugar donde se erguía la iglesia jorolita de Sukuma. O semi-iglesia, pues todavía estaba en construcción. El Arcoíris estaba financiando la mayor parte del proyecto en agradecimiento a la contribución de Bern en los últimos años. La Comisión había dado luz verde tras comprobar el ruinoso estado de la actual.

El edificio se alzaba como un esqueleto de madera, con vigas entrelazadas que se extendían hacia el cielo, abrazando la promesa de un nuevo lugar sagrado para los heterocromos de Sukuma. La muchacha respiró el aroma fresco de la madera recién cortada que impregnaba el aire, mezclándose con la brisa salina que venía del mar cercano. En el suelo, esparcidos entre los andamios, yacían bloques de piedra aún por esculpir, esperando convertirse en parte integral de los relieves que adornarían la fachada.

Un artesano al que Pira conocía de vista trabajaba en un mosaico con diminutas piezas de colores brillantes. Ambos saludaron al pasar a su lado, y Pira pudo apreciar la mitad de la cara de Ileria Ignos, la guardiana del fuego. La suya. Se preguntó si de verdad habría tenido ese aspecto fiero y porte regio. Caminaron por los jardines, pasando al lado de varios altares sin terminar: en ellos habían esculpido llamas, olas, surcos y nubes.

Ambos se quitaron las sandalias y Hotus se quitó el sombrero de paja al entrar. A lo largo de la nave principal, el altar permanecía incompleto, con las representaciones de los elementos esperando su toque final. El techo, aún desnudo en parte, dejaba entrever el cielo azul, y la simbología de las nubes comenzaba a tomar forma. Se encontraron a Bern en el púlpito, leyendo de pie para sí.

Pira ya había entrado un par de veces para escuchar las misas que el sacerdote organizaba allí, para cambiar de entorno. Era de las pocas personas habituales. Los heterocromos habían rebajado su fe tiempo atrás. Algunos creían que ya no tenían nada que agradecer a las Guardianas. Otros lo justificaban explicando que aquellas que les habían transferido el secreto de los elementos los habían abandonado después, cuando estalló la Gran Rebelión. Irónicamente Pira, que era la menos heterocroma según los propios heterocromos, quería creer. Para bien o para mal, había heredado un poder que la hacía especial. El poder era la prueba de que algo más grande había existido. No podía ser de otra manera. Pero, por otra parte… ¿adónde habían ido esas guardianas? ¿Por qué habían dejado que ocurriera todo lo que había ocurrido en los últimos siglos?

Al verlos, el sacerdote cerró el libro y bajó para recibirlos con un abrazo. Luego se sentaron en uno de los bancos. Estaban solos.

– Esto es la mar de interesante –dijo Bern con el ceño fruncido hasta el límite–. Los eternos… ¿Sabéis? He leído mucho sobre ellos. Incluso he leído algo de alguno de ellos. ¿Sabes algo sobre el tema, muchacha?

– Sé lo justo. Lo poco que has contado de ellos en tus misas, que fueron los refuerzos de Akros en la guerra divina contra su hermano Limeres.

– ¡Refuerzos, exacto!

– Pero ignoro muchas cosas sobre todo lo relativo al Joról… ¿Qué fue esa guerra? ¿Por qué

las cuatro guardianas no ayudaron a Akros? –Pira se cruzó de brazos–. Nunca has contado nada de eso en tus misas.

– Oh… Los dioses son… –se calló, como pensando mejor lo que estaba a punto de decir–. Quiero decir, la guerra no es algo que inventaran los humanos. De hecho, diría que los dioses nos la transmitieron. El Joról hace referencia a otras guerras que tuvieron lugar hace mucho tiempo, antes incluso de que Akros nos creara a nosotros, los humanos.

– Ya, pero ¿y esta guerra en concreto? –se impacientó Pira.

Empezaba a conocer a Bern, y era igual que Hotus: en cuanto le pedían una explicación, se explayaba tanto que podía irse por las ramas durante horas. Lo más fascinante de todo era que lo hacía sin realmente responder a la pregunta.

– Muchacha, para entender eso hay que entender la guerra anterior, esa en la que participaron las guardianas.

– De acuerdo, pero ve al grano.

– Parece mentira que seas profesora –rezongó Hotus, dejando el libro de Bern a un lado y echándose hacia atrás en la bancada para escuchar la inminente explicación del sacerdote.

– El Joról explica que, cuando Akros creó a los humanos, Limeres estalló de furia y trató de exterminarlos a todos. Para ello envió al continente a todo tipo de depredadores. Entonces nuestro dios escogió a cinco mujeres. Cinco mujeres que lo ayudarían en su batalla contra Limeres y sus criaturas.

– Les reveló los secretos –anticipó Pira.

– Así es. A Beane Borea le entregó el secreto del aire. A Galata Gea le otorgó el de la tierra. A Elana Escuala…

– El del agua –cortó Pira, nerviosa porque no sabía a dónde quería ir a parar repitiendo eso que ya sabían todos de sobra en las islas del Borde–. Y a Ileria Ignos el secreto del fuego. Eso lo sabe todo el mundo, Bern.

– Te olvidas de Kida. El secreto del rayo fue para Kida Katay, la quinta guardiana –añadió Hotus–. Pero es verdad, Bern. Eso lo saben hasta los más agnósticos. Son los eternos a quienes no conocemos del todo bien.

– Sí, sí. Ya llego a los eternos, pero la chica quiere saber por qué comenzó la guerra que dio lugar al juramento de Kitazh. Pues bien, resulta que tras esa primera guerra en que participaron las guardianas, Akros quiso asegurarse de que el secreto permanecía en su mundo de una forma más sutil, sin tener que revelarlo de nuevo. Para eso, yació con las guardianas y…

– Bern, ¡eso también lo sabemos! Con todas menos con Kida, por eso los hijos de las guardianas solo adoramos a cuatro de ellas –interrumpió Pira de nuevo.

– Así es. La guardiana de la tormenta se quedó sin sus hijos. En realidad, Kida estaba enamorada de Akros, y cuando se enteró de que el dios no solo jugaba con ella, sino con todas, enfureció tanto que no solo lo rechazó…

– Se enfrentó a él –adivinó Hotus.

– Así es, mi viejo cofrade. Fue hasta a pactar con Limeres para enfrentarse Akros –Bern miró a Pira un instante–. ¿Preguntabas por qué las guardianas no intervinieron en esa guerra? Bueno, pues en primer lugar porque estaban embarazadas y no querrían arriesgarse. En segundo, porque también se sintieron traicionadas por Akros. Y puede que sintieran apego por Kida, al fin y al cabo. Aunque esto último no consta en el Joról.

– Me gustaría leerlo –dijo Pira en voz alta.

– Y a mí releerlo –resopló Hotus–. Desgraciadamente no creo que vuelva a ver uno en mi vida.

– Tú lo perdiste, Hotus, fue culpa tuya.

– ¿Lo perdiste? –se sorprendió Pira–. ¿Cómo puedes perder un libro? ¡Con lo valioso que es!

– No lo perdí. Lo regalé. A alguien que necesitaba aprender a leer. Era el único libro que tenía entre manos. Y yo ya lo había leído hacía muchos años.

– Regalar un Joról… –se indignó el sacerdote.

– Fue una pésima idea, lo admito.

– Desde luego que sí. Pusiste en riesgo a esa persona. Poseer un ejemplar del Joról es un grave delito en casi todo el continente. En algunas ciudades hasta está penado con la muerte.

– En Magnalia no. Y era un niño. No corría peligro –se defendió Hotus.

– Ya, pero tú sí lo corrías –argumentó Bern–. Te embarcabas hacia las islas e iban a controlar tus bártulos. Te libraste del libro, no fue ningún regalo.

– Fue un regalo, Bern. Es obvio que me habría deshecho de él antes de embarcar, de todas formas, pero preferí dárselo a ese niño.

– Bueno, basta ya –terció Pira–. ¿Cómo es que tú no tienes uno, Bern?

– Me lo robaron. No sé quién lo hizo ni cómo. Fue entonces cuando tuve que salir del país. Si fueron los limereos, sin duda ya habría sido juzgado y decapitado por herejía –se indignó Bern–. En fin, seguiré con la historia. Voy a evitar irme por las ramas esta vez, así que volvamos a nuestras tortugas. Como las guardianas no iban a ayudar a Akros, este reveló otros secretos a diez elegidos. No fueron secretos tan trascendentales como los que reveló a las guardianas, pero eran igualmente poderosos. El secreto de la eternidad fue para los diez evidentemente, de ahí el nombre. En el Joról se los menciona a todos: Gost el invisible, Jeikis el ingrávido, Buuz, Haiga, Ruuth, Raol, Etel… Y los tres traidores.

– ¿Traidores?

Pira se removió incómoda. Los bancos de la iglesia eran lo más incómodo que había probado desde las sillas del convento de Sor Gina, en los Mil Reinos.

– Akros les hizo jurar que, tras la guerra, no volverían a usar sus poderes, y que se quedarían por toda la eternidad en el templo de Kitazh, formando a jóvenes discípulos en el camino de la rectitud.

– ¿Toda la eternidad encerrados en un templo? –se extrañó Pira.

– Podían salir, creo. No se especifica todo en el Joról. Y los documentos anexos fueron eliminados por los limereos con autos de fe y una censura implacable.

– ¿No queda ninguno?

– Quedará alguno por ahí –respondió Hotus–, pero buena suerte encontrándolo…

– El caso es que tres de ellos participaron en una guerra humana. Una guerra que tenía lugar en el continente –volvió a centrarse Bern.

– La era del caos –intervino Hotus, mesándose la barba gris.

– Exacto. Cuando el continente se alzó contra el yugo de los heterocromos, tres eternos decidieron romper su juramento para ayudar a los sublevados. Sahelia se ocupó de manipular a las masas, creando de paso la religión limerea y reescribiendo la historia en el Libro de las Verdades. Las guardianas se convirtieron en Destructoras y el Dios creador resultó ser Limeres, mientras que ni siquiera se nombra a Akros.

– Esa versión me suena –admitió Pira, recordando su niñez en el convento.

– Humo y Ruto, los otros dos traidores, acudieron a las batallas usando su poder, y así ayudaron a aniquilar a los líderes heterocromos más poderosos, desequilibrando la balanza en favor de los rebeldes.

– Creo que aquí no estamos del todo de acuerdo, Bern… –Hotus había sacado unas cuerditas

con las que intentaba anudarse un par de mechones de la barba. Al verlo, Pira entornó los ojos: le quedaba fatal–. El régimen de los heterocromos se había vuelto despótico. Los rebeldes se alzaron porque ya no lo soportaban. De no haberlo hecho, puede que hoy todavía estuviéramos…

– ¡Claro, claro! Pero no todos los heterocromos eran responsables del giro que había tomado su gobierno. Había disputas internas. Muchos abogaban por una reforma, y algunos incluso propusieron integrar a hombres y mujeres sin poderes en el gobierno.

– Pero los rebeldes no discriminaron entre heterocromos buenos y malos.

– Oh vamos, Pira, ¡por las cuatro! Dichoso maniqueísmo.

– ¡Pero es cierto! Había hijos malvados e hijos buenos. ¡Como ahora! ¡Como Tigre y Bría!

– Está bien si quieres explicárselo así a los niños, pero tú ya eres adulta, por favor. Tienes veintiún años. No puedes permitirte una visión tan simplista. Tigre no desea ningún mal a los suyos. Tiene sus razones, quiere venganza. Y se puede entender, de alguna manera. Puede que si hubieras vivido su vida pensaras igual.

– Nos estamos yendo por las ramas otra vez –advirtió Hotus, que batallaba aún con la trenza final–. Veníamos por el mensaje de la botella. El sueño de Harum.

– ¡El quinto sueño! –se sobresaltó Bern alzando el pergamino que tenía en la mano y no había soltado en todo ese tiempo–. Interesante mensaje, sí. Pero no sé hasta qué punto es preocupante para nosotros.

– ¡Las cinco fuerzas! ¡Allende del mar! –exclamó Hotus, exasperándose.

– Sí, sí. Pero no forzosamente se refiere a los hijos de las guardianas, Hotus. En las islas solo hay cuatro fuerzas, y el sueño habla de cinco. El secreto de la tormenta fue revelado a un pueblo de las Cien Tribus, según el Joról.

– Sé que no concuerda del todo, pero… ¿qué otra cosa podría ser?

– Además, se acerca el referéndum… –añadió Pira.

– Todo eso es cierto. Pero fijaos en lo que dice el principio: “La sombra caerá sobre el día por quinta ocasión, y rotas habrán quedado las cadenas del tiempo.” Cinco veces amanecimos con el cielo negro en la última década. Las he contado, pues sabía que era algo totalmente inusual. Ese tipo de eventos celestiales suelen significar algo. Sospecho que ahí radica el quid de la cuestión.

– ¿El cielo negro? Recuerdo que pasó varias veces, sí. Pero… ¿qué significa?

El misterio que envolvía su descubrimiento la llenaba de curiosidad y excitación, pero al mismo tiempo sabía que se acercaba algo malo. O algo muy malo.

– No estoy muy seguro, pero ese tipo de fenómenos celestiales suelen estar ligados a la liberación de fuerzas extraordinarias.

Pira observó con gesto ceñudo el rostro de los dos ancianos. Eran más sabios que ella, conocían mejor la Historia y tenían mayor capacidad para interpretar ese mensaje. El que más sabía del tema opinaba que nada tenía que ver con los heterocromos. Debería sentirse aliviada, pero no lo estaba.

Bern no la había convencido. Sus tripas le decían que el peligro estaba mucho más cerca. En su propia casa.

OASIS

Desierto de Mohad, Mohad 571.

El viaje estaba siendo movidito. Tiranior y Darragor tenían una especie de pique que los hacía volar más rápido y haciendo unas piruetas más vistosas que las del otro. Pero An Long no lo iba a reconocer.

– ¿Cuándo llegamos? –preguntó la aprendiz–. ¿Falta mucho?

– Cuando los cerdos vuelen –dijo misteriosamente Kai Shek.

Kai Shek no era un tipo que soliera dárselas de gracioso. No era el típico bromista, al contrario, era de los más serios y dignos del gremio. Quizá le hubiera molestado la pregunta de Shia Ma, al fin y al cabo, era una pregunta infantil. Una pregunta indigna de un jinete. Shia Ma no insistió, pero An Long sintió la necesidad de agregar algo.

– No debiste haber desayunado tocino, Shia Ma –aleccionó el joven, optando por un tono de voz grave que, pensaba él, denotaba más sabiduría–. Volar en dragón no es para estómagos débiles.

– Ya… –logró decir la chica, que se sujetaba la barriga como intentando retener algo.

An Long calló, de modo que el silbido del viento tan solo se vio interrumpido por el desayuno de Shia Ma. El tocino voló, libre de nuevo. “Hasta que los cerdos vuelen”, pensó.

– Ya llegamos –anunció Kai Shek.

A An Long le pareció que sonreía, pero tan solo pudo verle la sombra de la sonrisa, porque el veterano espoleó a Darragor, que agachó el cuello y se zambulló en el vacío hacia una curiosa brecha que se abría en el desierto.

Dejaron a los dragones descansando a sus anchas en el interminable campo de arena. Los granos brincaban de duna en duna al son del viento. Las ráfagas eran intermitentes y sus golpes eran como el aliento de Tir en la cara, aunque menos apestosos. La raja que habían visto desde el cielo cortaba el desierto en dos, como una gran cicatriz rocosa. An Long se asomó. Abajo, encallado en la grieta del terreno, tenían el oasis: dos docenas de calles repletas de chozas abigarradas se repartían alrededor de la charca y estaban conectadas por un pequeño canal. Completaba el espacio una multitud de palmeras altísimas, más estiradas que sus propias sombras. Un camino bajaba al cañón en zigzag y daba a un abrevadero donde esperaban tan quietos como aburridos varios camélidos.

– ¿Qué son? –preguntó Shia Ma al bajar.

– Camellos, ¿qué van a ser? –se mofó An Long.

– Pero solo tienen una joroba –insistió la chica.

– ¿Y? ¿Si yo tuviera solo una pierna dejaría de ser un hombre?

La chica viró los ojos.

– Pero si te acaban de salir cuatro pelos en la barbilla…

– Son dromedarios –declaró Kai Shek, que observaba a los habitantes con ojos curiosos mientras caminaban por el sendero arenoso–. Parecidos a los camellos, pero no iguales. Deberías ser más callado, An Long, hablar menos y escuchar más. Ahora que eres jinete, no puedes ir soltando sandeces por ahí. Nos perjudicas a todos en el gremio.

– ¿Y cómo perjudico al gremio?

– Todos creerán que somos tontos.

– Pues yo no lo soy –se ofuscó, muy digno–. Además, que tus enemigos crean que eres tonto es una gran ventaja, lo dijo…

– Ya –cortó Kai Shek–, sé quién lo dijo. Pero que lo crean tus amigos puede ser un problema.

No se toparon con casi nadie en la calle a orillas del lago, cosa extraña. Kai Shek trató de preguntar a la única mujer que vieron, que iba tapada con una túnica negra que le llegaba hasta los tobillos, pero ella negó con la cabeza y desapareció rápidamente por una callejuela con su ánfora sobre la cabeza.

– ¿Les damos miedo? –decía An Long, incrédulo.

– Corren tiempos difíciles para los mohadís –explicó Kai Shek.

– Cierto –concedió An Long, ahora pensativo.

– ¿Por qué? –quiso saber Shia Ma.

– Hmm –Kai Shek se rascó la barba un momento–. La vida en el desierto es dura, aunque sea en un oasis como este. Los hay más grandes donde las cosas son más cómodas, porque reciben visitas de mercaderes más a menudo. Este está muy alejado de todo… Aquí solo vienen mercaderes perdidos o…

– Escarabajos –terminó An Long.

– Exacto. Aunque esta gente no teme a los Escarabajos. Ni a los Escorpiones. Ni a los otros grupos rebeldes que se enfrentan a la monarquía, atacando a soldados del Ejército Real y saqueando caravanas. De hecho, a veces son estos rebeldes los que traen los productos robados hasta aquí, y venden más barato, obviamente. Por eso es más bien al contrario, temen al ejército.

– Me he perdido –reconoció la aprendiz.

– No te preocupes, Shia Ma, es normal. Escarabajos y Escorpiones son los nombres de dos organizaciones rebeldes, consideradas como terroristas por la corona mohadí. Desde hace poco, Val'Monde, la capital del reino, ha empezado a crear regimientos de limpieza del desierto.

– ¿Limpieza del desierto?

– Sí. Los antiguos emperadores de la arena y el actual rey llevan años enviando al desierto a todo tipo de criminales a modo de castigo. Es la pena capital. La Corona los abandona en mitad de la nada, sin agua ni comida, para que mueran a manos del sol. Parece que nunca contaron con que algunos sobrevivieran. Llevan años sobreviviendo, y supongo que otros tantos organizándose. Y ahora le están devolviendo el golpe.

– El molinero de La Escala contaba que la gente estaba paranoica en la frontera norte con Dareniel –añadió An Long–. Que los Escarabajos estaban por todas partes. En todas las grandes ciudades. En las casas de los nobles, infiltrados como criados…

– Es posible –aceptó Kai Shek–. Cuantos más sean, más difícil se les hará mantenerse en el desierto. No es un entorno en el que querría vivir… Supongo que enviarlos a las ciudades como infiltrados es una buena opción para los que peor se adapten. Al fin y al cabo, tienen poco margen para recabar información.

Giraron en la esquina y avanzaron hacia un letrero, por no decir un tocón colgante con unas letras talladas de mala manera.

– ¿Qué pone ahí? –preguntó Shia Ma, estirando la manga del uniforme de vuelo de An Long.

– Taller de areca –leyó el muchacho, y luego se quedó totalmente sorprendido, sin saber muy bien qué hacer cuando Kai Shek entró en la hacienda.

– ¿Qué rocas…? ¿Adónde nos llevas, Kai Shek?

– Vamos a hablar con mi informador. ¿No queríais respuestas?

An Long dudó, pero enseguida asintió y se adentró en la penumbra de la casa. Subieron unas escaleras que crujían más que las rodillas del maestro Dun Gar. Eran estrechas y las tablas se combaban tanto que parecía que fueran a partirse en cualquier momento. A An Long le entraron unas ganas locas de saltar sobre ellas, pero las contuvo. Ya no era un niño. Se oyó el rechinar de

una silla al arrastrarse y apareció una mujer vestida con una túnica fina y holgada granate con motivos blancos que parecían palmeras estiradas.

– ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Pero si es mi buen amigo montadragones! ¡Y acompañado de una pareja de dragoncitos! ¿Has dejado los vuelos y te han puesto de niñera, Kai Shek? –se mofó la mujer.

– Informadora –dijo An Long, sorprendido, pero solo él se oyó.

Kai Shek y la mujer de piel negra se dieron un largo abrazo y cuando se despegaron estuvieron un rato bromeando sobre cambios de color en el pelo, calvicies incipientes y barrigas que engrosaban. Eso último pareció sentarle como una patada en el culo a Kai Shek, que gruñó y por fin los presentó, para cambiar de tema. Se llamaba Gertrude, y Shia Ma no supo pronunciarlo correctamente ni a la tercera. An Long prefirió no intentarlo.

Se sentaron en un pequeño comedor que había tras el taller, alrededor de una mesa baja, en cojines mullidos sobre una alfombra de esparto. Sobre la mesa había un bote de *thanaka*, ese ungüento que servía para protegerse del sol.

– Entonces –decía Kai Shek– ¿ese… demonio del desierto estuvo aquí?

– No él, pero sí sus secuaces. Hace un par de lunas. La gente ya está harta de esta guerra. Porque ya no solo son los soldados del rey Charles, ahora los rebeldes se enfrentan entre sí, y cuando vienen a los oasis se dedican a extorsionar y buscar informantes de los bandos enemigos. Ya no es solo rebeldes contra monarquía, Kai Shek. Todo se está fragmentando. Y quien paga el gusano es el pueblo, claro.

– Como siempre –murmuró An Long.

– Y los soldados. Al fin y al cabo, tampoco es culpa suya –defendió Kai Shek.

– Claro que lo es –rebatió la mujer–. Si nadie se alistase, no habría con qué librar conflictos.

Kai Shek no discutió eso, y An Long tampoco iba a hacerlo. Shia Ma aprovechó el pequeño silencio para intervenir.

– ¿Por qué lo llaman demonio?

Gertrude examinó a la aprendiz con esos ojos tan brillantes que contrastaban en aquella faz tan oscura, pero no respondió.

– Los líderes de movimientos terroristas se dan todo tipo de apodos espeluznantes –explicó Kai Shek brevemente–. Creen que eso ayuda a infundir temor.

– Y ayuda. Pero quizás no sea solo eso. Según mucha gente, el apodo es fundado –Gertrude bajó la voz, y todos acercaron los oídos–. Dicen que el hombre está poseído por un demonio. Dicen que cuando aparece, se come a sus víctimas. Que nadie puede enfrentarse a él. Nadie escapa.

A An Long le recorrió un escalofrío, aunque trató de mostrarse lo más sereno que pudo. Él no creía en esas cosas. ¿Demonios? ¿Hombres poseídos? ¡Fantasías! Aun así, esperó que no anduviera por esos lares, el demonio ese. No querría toparse con él ni a lomos de Tir, por si acaso. El miedo era útil, o eso les habían enseñado en las cumbres del Peine. No había nada de qué avergonzarse. El mundo estaba lleno de miedosos porque los más valientes eran los primeros en abandonarlo. Era una cuestión de equilibrio. Tan solo había que saber cuándo enfrentarse a él, y cuando no valía la pena hacerlo.

Después de las preguntas de Kai Shek sobre la situación de Mohad vino una charla insulsa que a An Long le pareció extremadamente larga, en la que Gertrude preguntaba a Shia Ma sobre su formación en el Peine de los cielos y sus aspiraciones. ¿Acaso no era evidente a qué aspiraba?

Finalmente llegó el momento de irse. Kai Shek los invitó a bajar por las escaleras, y Shia Ma obedeció rápidamente. An Long, sin embargo, lo hizo muy lentamente y con la oreja todavía en el piso de arriba.

– Necesito que le des esto a tu contacto en los Escarabajos. La próxima vez que vengan. Un mensaje del Khaz Dolu –susurró Kai Shek.

An Long no alcanzó a verlo, pero no hacía falta. ¿Un mensaje del Khaz Dolu para los Escarabajos? Qué extraño, pensó. Primero los tuneleros, con aquella misión de Bong Nam en los Dominios de Lor'Horn, ahora los Escarabajos del desierto mohadí… ¿Por qué entablar contacto con esos grupos rebeldes? ¿Por qué ahora?

Decidió que se lo preguntaría a Kai Shek, quizá cuando Shia Ma estuviera dormida, si acaso era un tema sensible.

11

EL OTRO

Val'Lacq, Mohad 571.

Al caer el sol ya se había olvidado del peliagudo asunto de la mañana. ¿Qué habría hecho la posadera al descubrir el cuerpo en un charco de sangre? Sintió un pellizco de pena al saber que no volverían a esa posada nunca más.

El Zorro Llorón apestaba a sudor y sobacos y estaba embriagado por una alegría peculiar. Esa que es húmeda y efímera, suena a gritos y risotadas y se compra con unas cuantas rondas de vino o cerveza. El tugurio contrastaba totalmente con la posada donde habían dormido, pero eso a Sand apenas le importaba. Había pasado las noches en las mejores alcobas de Mohad durante años y, tras abandonar la capital, había dormido cientos de veces al raso, sobre la arena, observando el sinfín de estrellas centelleantes en lo más alto, a merced de los fríos vientos del desierto.

Rudi avanzó a codazos entre la multitud hasta llegar al fondo del local, donde se respiraba algo más de tranquilidad. Se sentó en la banqueta de una mesa que hacía esquina y Sand se puso enfrente, sintiendo cómo se hundía la madera. Una moza con la cabeza rapada les trajo dos jarras de cerveza negra, como ella. Como todos los presentes. Rudi aprovechó para pedirle algo de comer.

– ¿Cómo van tus ejercicios? –preguntó Rudi cuando la muchacha se fue.

– Mal. Tal y como te dije que irían.

– Ni eres el primero, ni serás el último, Sand. Hay quienes lograron vivir con ello.

– Díselo a Boris –rezongó de mala gana–. Él ni siquiera tuvo la oportunidad de dominarlo.

Rudi hizo una mueca. Sand sabía el esfuerzo que hacía por mantenerlo a su lado. De no ser por ella, habría sido expulsado de la organización seis años atrás. El día en que murió Rose. Recordarlo le provocó un nudo en el estómago. Y Dervhan… La imagen de su cadáver descuartizado y sus vísceras esparcidas por los tablones le obligó a retener una arcada.

– Fuimos descuidados con vosotros dos, es cierto. Pero ya lo pagamos entonces. Ahora solo eres tú, y está controlado.

– No lo está, Rudi. Aquella noche… Cuando Dervhan…

– Tienes que dejar de pensar en ello, Sand. Fue una tragedia. Su hermana murió por salvar a Rose, luego Dervhan mató a Rose y cuando lo viste tú mataste a Dervhan.

Sand apretó los puños. Cada vez que recordaba aquel episodio se le caía el cielo encima. Pero ya habían pasado seis años. Se recompuso.

– Ese es el problema, Rudi… Yo no maté a Dervhan.

– Lo sé. Ya sabes a qué me refiero. El Otro lo hizo. Pero a efectos prácticos poco importa… Cualquiera que lo hubiera visto habría dicho que eras tú– Rudi le cogió una mano y le dirigió una mirada repleta de comprensión–. Pero lo estás superando.

Sand acarició la mano de Rudi. Agradecía el gesto, pero era poco consuelo para alguien cuya alma había sido surcada.

– No lo sé, Rudi. No lo sé.

Sabía lo que aquello significaba para Rudi. La carga que representaba para ella. Era un riesgo permanente. Un incordio muy peligroso, de hecho, tal y como había demostrado más de una vez.

– Se acerca la guerra, Sand –dijo Rudi cambiando de tema. Soltó la mano de Sand y agarró el asa de la jarra para dar un buen trago a la cerveza antes de seguir–. ¿Estamos preparados?

– Nunca se está preparado para la guerra –Sand bebió a su vez, más a gusto con el tema de conversación–. Pero al menos el desierto está de nuestro lado. Si las cosas se tuercen, siempre podremos refugiarnos en casa.

Rudi volvió a beber de la jarra, aunque esta vez con menor ansiedad. Cuando la dejó sobre la mesa de nuevo puso cara de asco.

– ¿Cómo le pueden llamar a esto cerveza? Está asquerosa –Sand se encogió de hombros por respuesta–. En fin… Tengo que tomar una decisión que te concierne –suspiró, como si lo que estaba a punto de decir fuera a hacerle daño–. Eres un peligro. No hablo de tu… trastorno. No. Si se tratara de eso, no me importaría lo más mínimo. El problema es la férrea voluntad de Charles de verte muerto… No se detendrá hasta que alguien le lleve tu cadáver. Y al final alguien lo hará, porque el precio de tu cabeza está por las nubes y aumenta con cada sicario que fracasa. Ya no solo debo preocuparme por el Ejército Real, ahora cualquier cazarrecompensas, cualquier bandolero se lanzará a probar suerte y buscarte en el desierto. Y a entrometerse en nuestros planes. No puedo permitírmelo, Sand. ¿Lo entiendes?

Sand lo entendía. Quedó en silencio al ver llegar a la moza de pelo rapado con una cesta de pan y un gran plato con entremeses variados. Lomo de camello, queso, tempura de nopal, frutos secos… Esperaron a que dejara las cosas y se fuera.

– Lo entiendo –declaró circunspecto mientras cortaba unas rebanadas de la hogaza.

– Pero también has demostrado ser un gran líder. El mejor que hemos tenido. Y un valioso saqueador. Los ingresos de tu sector triplican los de Romain en el norte, y no hablemos de los de Henri en el sur que van menguando mes a mes. Sospecho que Suna nos va a pedir mucho más. Los muchachos no están a la altura. Esto les viene en grande. Tú ya lo sabes. Son ladrones, vándalos, asaltadores. No son soldados. En cuanto lluevan las flechas se cagarán en los calzones y romperán en desbandada. ¿Cómo vamos a hacerlo sin ti, Sand?

– Confía en ellos, Rudi. Algunos ya tienen años de experiencia en los saqueos. Han comprobado que la disciplina funciona. Que las tácticas son útiles. Muchos han demostrado no sólo respeto, sino interés y ganas de aprender. Ninguna guerra es fácil. Pero el rey Charles no es ningún estratega. Tuvo que retirarse de Mareas Rotas con el rabo entre las piernas y una división completamente aniquilada. Ni siquiera ha sido capaz de entrar en los Mil Reinos y la batalla del Alto de Kram ya se ha convertido en una de las mayores humillaciones de la Historia. Además, tenemos… –no supo muy bien si lo estaba conjugando correctamente–. Tenéis el apoyo del emperador suná. Usadlo.

– Para eso estamos aquí –asintió ella–. En fin, creo que es lo mejor. ¿Has pensado en lo que

harás?

– Llevo años esperando esta conversación, Rudi. Me has mantenido a tu lado mucho tiempo. Demasiado, teniendo en cuenta los riesgos que implica mi… trastorno –Sand se llevó a la boca un trozo de pan con un cacho de lomo de camello con zumaque–. Sí, lo he pensado. Seguiré el consejo que me dio Romain hace años.

– ¿La Forja Negra? –Rudi chasqueó la lengua, como si estuviera molesta–. Solo son rumores. Es posible que ese lugar ni siquiera exista. Además, ya sabes cómo es Romain.

– Los surkas también eran rumores para mí –bebió de la jarra y la devolvió a la mesa con un golpe. Pensar en eso lo desquiciaba. Elevó la voz–. ¡Y mira! ¡Ahora soy uno de ellos! ¡Maldición!

La gente de las mesas cercanas se giró hacia ellos. A pesar del barullo, había alzado tanto la voz que hasta los más ruidosos se sobresaltaron. Sand los miró con cara de pocos amigos y enseguida los rostros oscuros se volvieron para retomar sus temas de conversación.

Todos salvo los de dos hombres que acababan de entrar. Se dirigieron hacia su mesa con sendas sonrisas. Ambos flacos, pero uno espigado y el otro apenas más alto que un enano. Tenían la tez morena, aunque no tanto como la media, y sus ojos estaban siempre a medio abrir. Vestían con las túnicas típicas de los arrabales y pequeñas heredades de Mohad, con cordones para cerrar el cuello y sobre todo sin bolsillos. Curiosa costumbre que se había originado en la Orilla Fangosa, donde todo aquel que llevara túnica con bolsillos era inmediatamente tachado de ladrón o por el contrario se lo consideraba adinerado pues tenía algo que guardar. Si se daba este último caso, el sujeto era rápidamente desplumado por los demás, tuvieran bolsillos o no.

Quien se fijara bien en los dos hombres advertiría sin demasiado esfuerzo que eran forasteros, y concretamente suná, pero nadie les dedicó mucha atención en el local. Nadie más sabía que eran los emisarios del mismísimo emperador Samprati Tercero.

– ¿Uno de los nuestros? ¿De eso hablabais? –quiso saber el más alto, con una sonrisa socarrona. Hizo un signo a la moza más cercana para que trajera otras dos jarras de cerveza negra–. ¿Cómo están nuestros más estimados colaboradores?

Ambos se sentaron. Sand se removió en su asiento, nervioso.

– Cansados de esperar –replicó Rudi enseguida–. No tenemos toda la noche.

– No os robaremos mucho tiempo –declaró el más bajo, con un acento suná bastante más marcado.

La moza trajo las dos jarras de cerveza negra y una escudilla con aceitunas rellenas de carne de camello. Ambos emisarios bebieron con ganas mientras Sand y Rudi esperaban.

– El emperador Samprati Tercero ha deseado premiaros por vuestra colaboración y fidelidad –Sand enarcó una ceja–. De modo que se os concede el gobierno de la ciudad de Val'Lacq.

Sand cruzó una mirada con Rudi. ¿Cómo podían ser tan pretenciosos esos malditos suná?

– La ciudad de Val'Lacq está gobernada por el duque Alain Val'Detignes, fiel amigo del rey Charles –informó Rudi–. ¿Cómo piensa su Augusta Majestad entregarnos algo que no es suyo?

– El Emperador ha pactado una nueva alianza cuyos frutos espera ver muy pronto –explicó el emisario más alto, cogiendo un puñado de aceitunas–. A partir de ahora, vuestro papel se limitará al sector del lago Nemara y la Sierra Húmeda. Esa gran idea de recortar el desierto en sectores ha llegado a su fin. Concentraréis todas vuestras fuerzas aquí. Y cuando se dé la noticia, invadiréis esta ciudad por la noche y accederéis a la Casa Naranja para cortarle el cuello al duque Alain. ¿Entendido?

– No –se apresuró Rudi, con el ceño fruncido hasta límites insospechados–. ¿Qué noticia tenemos que esperar?

Cortarle el cuello al duque de Val'Lacq, Alain Val'Detignes, era algo que a Sand no le habría supuesto mucho problema, al menos por la parte moral. Él había sido el artífice detrás del asesinato de sus padres en la residencia de Costazul. Por su culpa Sand había tenido que heredar el trono apresuradamente, cosa que había acelerado el descalabro de su vida cuando, durante la coronación, su mejor amigo Charles Val'Dargant había conspirado para asesinar a su guardia, robarle la corona y secuestrar a su prometida. Por suerte, en vez de cortarle la cabeza, Charles había decidido enviarlo al desierto para morir en los brazos del sol. Algo que Sand había logrado evitar.

– La conquista de Val'Monde.

Esas palabras le hicieron volver a la realidad. A la mesa de *El Zorro Llorón* donde se habían reunido los dos dirigentes de Los Escarabajos con sus aliados de circunstancias suná.

Se le cortó la respiración. Val'Monde había sido conquistada tan solo una vez, por los heterocromos. Hacía de aquello varios siglos. ¿De qué aliado estaban hablando los emisarios? No había nadie en Mareas Rotas que reuniera suficiente influencia allí como para hablar en nombre de esas tierras. Lo mismo pasaba con los pequeños reyes de los Mil Reinos: no había unidad. ¿Y Dareniel? Los norteños estaban inmersos en una guerra de sucesión que enfrentaba a tres pretendientes a la corona tras la muerte del rey Felenburg. ¿Alguno de ellos se habría aliado con Suna para acceder al trono, a cambio de ayudar al Emperador en la campaña de Mohad después? Era poco probable.

– ¿Quién llevará a cabo una campaña tan descabellada? –quiso saber Sand.

– Oh… Queréis saber quién es nuestro aliado… Paciencia, amigos. Pronto no será ningún secreto –y se llevó más cerveza al gaznate, dando a entender que no diría nada más.

– Está bien –zanjó Rudi–. Pero necesitaremos más hombres. Soldados. Gente que sepa luchar, no los despojos que nos enviáis cada año.

El emisario negó con la cabeza.

– Ni más hombres, ni más despojos. La guerra se acerca, amigos. Una de las grandes. Ahora, hasta los despojos tienen su valor –se limpió la espumilla del bigote antes de despedirse–. Tenemos que lidiar con otros asuntos ahora que estamos aquí. El trabajo nos persigue y quiere estrangularnos… En fin, que Limeres os guarde, amigos.

Ninguno respondió, Sand se limitó a asentir y Rudi no había relajado el ceño aún. Los dos emisarios se levantaron. El más alto se llevó unas aceitunas y el otro apuró hasta la última gota de cerveza.

– ¡Me encanta esta birra! –exclamó, con acento suná.

*

Claramente, la cerveza negra era una amiga traicionera, y a pesar de haber tenido muchas amigas de esa índole, especialmente en la corte, Sand no vio venir el golpe. Rudi tampoco, de hecho.

Sand tenía la certeza de haberse pasado de rosca con el alcohol. Se lo gritaban las náuseas que era incapaz de ignorar por mucho empeño que pusiera. La vista se le nublaba por momentos y sus piernas estaban anquilosadas por el cansancio. Había sido un día complicado, al fin y al cabo, ya desde por la mañana.

Tras varios intentos ante incontables puertas que no se abrieron, por fin dieron con una posada con habitación libre en los arrabales. Reconocieron el mismo olor a sobacos que en *El Zorro Llorón*, donde habían estado bebiendo esa cerveza negra y templada que al final sabía a pis de camello.

La estancia estaba en un segundo piso y la ventana daba a un pequeño jardín con un hermoso naranjo. Sand permanecía asomado con las manos apoyadas en el alféizar.

– ¿Vienes a la cama? –preguntó Rudi.

La jefa había cambiado el tono. La voz firme y autoritaria que requería el cargo de líder de los Escarabajos había adquirido un grano más meloso y juguetón. Los dos llevaban más de un año jugando a ese juego. En el desierto había pocas mujeres y, aunque había quienes aprovechaban los saqueos para "desahogarse" en total impunidad con las mozas de las caravanas y aldeas, Sand no era uno de ellos. Ni tampoco los hombres bajo su mando, pues se lo tenía prohibido. Además, todavía pensaba en Rose. No lograba pasar página, incluso seis años después de la tragedia. Porque la muerte de Rose estaba escrita en una página que no se podía arrancar ni quemar. La página más negra del libro de sus recuerdos. Recordó su mirada azul e intensa, como un cielo despejado de verano. Pero tan vacía como un cielo despojado de sus estrellas.

– ¡Sand! ¡Estoy desnuda! –lanzó desde el catre–. ¡Me voy a enfriar!

Sacudió la cabeza. Al fin y al cabo, aunque no sintiera nada por ella, ¿qué tenía de malo retozar de vez en cuando? Rudi era atractiva, con su piel del color del cacao y sus ojos brillantes de astucia, sus cejas finas y sus gruesas rastas dando saltitos sobre sus hombros firmes. Tenía los labios carnosos y aunque no solía sonreír delante de sus muchachos, a solas con Sand era algo cada vez más frecuente.

– Ahora vo…

Se le atragantaron las palabras en una arcada inesperada. Se asomó aún más, intuyendo lo que iba a pasar. Y pasó. Vomitó ruidosamente. Largo y tendido. Los restos de pan y carne de camello empapados en cerveza negra acabaron repartidos entre el jardín y el alféizar del primer piso. Sand se dobló, agarrándose la tripa, tratando de estrujarla al máximo. Todavía no se sentía vaciado. Quedaba algo ahí que no lograba sacar.

– Sand, dime que es por la cerveza –la voz de Rudi había dejado de ser juguetona y melosa–. Por favor… –la súplica acabó en un débil y trémulo susurro.

Una voz aterrada. Sand oyó que había empezado a vestirse de nuevo. ¿Por qué ese cambio tan súbito? La realidad que había estado intentando negarse a sí mismo lo atrapó. El miedo lo atenazó también a él. Porque no era la cerveza. No.

No, por favor, no. Ahora no.

Se había relajado, había permitido que el Otro se hiciera con el control poco a poco, y ahora le era imposible evitarlo.

Rudi, corre. Corre. ¿Por qué no te mueves?

Se dio cuenta de que era incapaz de hablar. El solo hecho de pensar le demandaba un gran esfuerzo. Notaba que perdía el conocimiento lentamente, la mente inerme. Solo podía quedarse ahí, en la ventana, tratando de vomitar la espumilla que le quedaba en la boca. Su mente se apagaba. Su visión se nublaba más y más, hasta convertirse en un borrón oscuro. Todos sus músculos lo abandonaban. ¿Qué hacer? ¿Cómo luchar contra sí mismo? Seguía en pie. Moviendo los dedos. Apretando los dientes. Pero al final, sucumbió.

El Otro se dio la vuelta hacia Rudi, haciendo crujir el cuello con una sonrisa perversa.

– Rudi… Llevo años deseando encontrarme contigo a solas. Oh, Rudi… Voy a matarte.

Rudi salió al pasillo apresuradamente, en bata y descalza. Pero el Otro oía sus pasos. Los oía perfectamente. Los siguió, al principio sin prisa, luego a una velocidad sobrehumana.

Nadie escapaba a la funesta promesa de un surka.

12

ACUSACIÓN

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

La entrada era apenas perceptible en la roca granítica, pues se fusionaba con la textura natural de la montaña. Se requería de unas manos avezadas y un toque sutil para lograr abrir tamaña hendidura y camuflarla tan bien, y todo sin provocar grietas secundarias. Incluso para un hijo de Gea resultaba impresionante. Tigre sonrió. Eso decía mucho de sus antepasados.

Entró en la montaña. Caminó despacio por el amplio pasillo que conducía al interior. Tenía la vista fija en el final del túnel. Iba a ser una gran sesión. Llevaba el pergamino de su discurso en la mano, pero solo por si acaso. Siempre llevaba algo escrito para las intervenciones y al final se dejaba llevar por la emoción. No había nada mejor para enardecer a las masas que improvisar con las frases del corazón. Y eso era pan comido para él. Solo tenía que decir lo que sentía. Sacar su ira de forma elegante. Y eso haría.

La inmensa sala estaba rodeada de paredes graníticas y redondeadas, formando una semiburbuja en las entrañas de la montaña Gearu. Un estrado elevado al que se accedía por cualquiera de las dos esquinas esperaba a Tigre. Al otro lado se extendían las gradas. Los asientos habían sido excavados y esculpidos aprovechando el mismo granito, pero se había añadido un material esponjoso que abundaba en la barrera de coral, para comodidad de los diputados.

Y Tigre se sentía muy cómodo allí sentado, delante y a la derecha.

– Muy buenas tardes, señorías. Se abre la sesión –anunció la presidenta–. Pueden tomar sus asientos –pero Tigre ya estaba sentado–. De conformidad con lo dispuesto por el artículo treinta y cuatro punto uno del reglamento y con lo dispuesto previamente por la junta de portavoces, esta presidencia somete al pleno de la cámara la modificación del orden del día en el sentido de excluir el punto noveno correspondiente al debate sobre las restricciones a la caza de la tortuga jorobada y al uso particular de aceite de tortuga, para así poder incluir la intervención excepcional solicitada por el Martillo. ¿Está de acuerdo la cámara?

Tigre ni siquiera levantó la mano. Era puro protocolo, el orden del día ya estaba decidido y él sabía exactamente cuándo tendría que acudir al estrado. El noveno. Y en cuanto soltara el terremoto, el orden del día se quebraría como una ramita podrida.

Empezaron con la adopción de las ayudas a los ganaderos ovinos y Tigre no dejó de bostezar durante la argumentación del diputado Jekke de Tierra Nueva. Luego siguió una tediosa discusión sobre la necesidad de renovar los botes comunitarios de los atolones de Galata y de Beane, en la periferia. Cuando las gentes de varios atolones tenían alguna necesidad en común, siempre acudían a los diputados de la Coalición de los Cinco Atolones. Siguió una estúpida propuesta de un miembro del Arcoíris de pintar todas las fachadas de verde esperanza. Obviamente, fue rechazada. Escuchó más ideas estúpidas, sobre todo del diputado de Armonía Floral, pero se abstuvo de comentar nada y solamente viró los ojos. Más tarde, el largo manifiesto de un diputado de la Barrera sobre la necesidad de conservar intacto el coral terminó por inducirle en un sueño medio incómodo que se interrumpió con el anuncio del noveno punto del orden del día. La acusación.

Su acusación.

Primero se giró hacia la mujer que estaba en la última bancada, arriba y atrás del todo. Tenía la cara demacrada y se veían los surcos de las lágrimas en sus pálidas mejillas.

Perfecto, eso siempre ayuda.

Luego miró a Yeguen y comprobó con satisfacción que estaba impasible.

Él también está decidido.

Solo entonces Tigre se levantó y notó que la esponja del asiento se le despegaba del trasero dormido. Caminó sin prisa hasta la esquina derecha, la más cercana, subió y se colocó en el centro. Dejó el pergamino sobre el atril y no volvió a tocarlo.

– Gracias, presidenta. Señorías. Amigos y enemigos diputados, hoy vengo a revelaros un hecho acaecido dos días atrás –se tomó su tiempo mientras se arremangaba las mangas de la camisa, para que todos vieran el tatuaje del tigre que tenía tatuado en el antebrazo–. Algo terrible para el Martillo. La pérdida de un fiel compañero. Ruger, un hijo de Escuala de veinticuatro primaveras que se alistó en el movimiento seis lunas atrás. Nuestro amigo fue asesinado en la noche posterior a la tormenta, y de la peor de las maneras: una puñalada por la espalda.

Hubo un sonoro murmullo que recorrió toda la sala. Tigre esperó a que su anuncio calara del todo y se fijó en la bancada de la izquierda que ocupaban los miembros del Arcoíris. Parecían sorprendidos. Y no era para menos. Tigre sonrió. Por fin empezaba la diversión.

– ¡Silencio, por favor! –requirió la presidenta.

– ¡¿Quién?! –lanzó algún diputado.

– ¡De eso se trata! –exclamó Tigre–. ¿Quién? Por suerte, tenemos a alguien que lo vio todo. ¡Yeguen! –llamó Tigre–. Te pido que subas al estrado y nos cuentes lo que viste durante la ronda de persuasión.

Yeguen se levantó y caminó rápidamente por la rampa que bajaba hasta el estrado, luego subió por la misma escalinata por la que lo había hecho Tigre. Este le cedió el lugar iluminado por las columnas de fuego y se quedó detrás, escondido entre las sombras.

– Gracias… Compañeros diputados… Disculpadme de antemano si todavía me resulta difícil hablar de esto. Estoy… muy afectado. Al fin y al cabo, nos podía haber tocado a cualquiera de nosotros, en el Martillo. Por eso, y para que se haga justicia, voy a contaros lo que sucedió –sacó un paño para limpiarse el sudor de la frente y respiró hondo antes de proseguir–. Yo estaba haciendo mi ronda de persuasión habitual, como sabéis, siempre las hacemos en pareja. Ruger era mi compañero de ronda desde hacía ya dos lunas… En ese tiempo forjamos una gran amistad –el joven sollozó sonoramente. A Tigre le pareció un poco exagerado–. Ese día notamos que la gente estaba más irascible. Tras la tormenta, la mayoría de la gente había sufrido destrozos en sus casas o perdido algún que otro bien; nadie tenía tiempo que dedicarnos.

– Ve al grano, chico –le susurró Tigre desde la parte trasera.

– Y bueno, el caso es que cuando pasábamos por el barrio de las Gaviotas, me ausenté un momento para ir detrás de un árbol. El guiso de mono nunca me sienta bien. Le dije que me esperara, pero Ruger quiso adelantarse. Me apresuré en alcanzarlo nada más terminar, y lo cierto es que poco tardé. Me lo encontré tirado frente a la casa del viejo Hotus, y el anciano intentaba cargar con el cuerpo sobre sus hombros.

– ¿Acusas al viejo Hotus? –se sorprendió una voz desde las gradas.

– ¡Esto es inaudito! –se quejó una mujer.

Tigre se regocijó al reconocer a la líder del Arcoíris. El bisbiseo de las gradas había ido en aumento desde la intervención de Tigre, y ahora era toda una algarabía de diputados molestos. Al cabo los insultos afloraron desde las bancadas de un extremo al otro, acompañados a veces por gestos obscenos.

Entonces una gigantesca llamarada emanó desde el lejano techo y fue a extinguirse sobre las cabezas de los agitados miembros del Parlamento. Eso acalló a todo el mundo.

– Así está mucho mejor –declaró la presidenta, con el iris todavía incandescente–. Por favor, Yeguen, prosigue tu intervención.

– Como decía, el viejo Hotus no podía cargar con el cuerpo a los hombros, de modo que lo vi arrastrar el cadáver hasta el interior de su casa. Me quedé petrificado, sin saber qué hacer. Sentía rabia, ira, impotencia… Sabía que vengarme habría sido en vano, así que me quedé ahí cerca, esperando. Y al cabo de un rato vi al sacerdote extranjero salir de casa de Hotus, para volver poco después acompañado por… la líder del movimiento Arcoíris, nada menos.

Volvió el murmullo a las gradas. Un murmullo inquieto y sorprendido. Tigre tenía la mirada fija en Bría, con el fin de estudiar su reacción, o regocijarse en su desesperación. Pero extrañamente Bría parecía tranquila.

– Diputada Bría –intervino la presidenta–, ¿reconoce la versión relatada por el testigo Yeguen Ignos?

La líder del Arcoíris se levantó del asiento y habló alto y claro, sin un ápice de temblor en la voz.

– No, en absoluto. Conozco a Hotus desde que atracó en las islas años atrás. Voy a su casa a tomar té de coca al menos dos veces por semana. Hotus no mataría ni a una mosca. Es imposible que haya asesinado a un muchacho.

Tigre se adelantó de nuevo, echando a un lado a Yeguen.

– Detrás tenemos a la madre del muchacho, ¿¡acaso no merece saber la verdad!? ¿Quién le arrebató lo que más amaba? ¿El viejo Hotus? ¿el sacerdote Bern? Todo apunta al Arcoíris, en cualquier caso.

La sala volvió a arder ante el barullo que había provocado la acusación.

– ¡Silencio! –exclamó la presidenta–. La ley exige que la Guardia de Coral sea advertida nada más se descubra un asesinato. Esto no se hizo.

– Había un miembro de la Guardia de Coral en la Sede del Arcoíris esa noche –objetó Tigre–. La Guardia no es de fiar.

– Nuestro poder se limita a legislar –opuso la presidenta, que iba a añadir algo más, pero Tigre no lo permitió.

No. Tigre tenía un plan. Lo había estado meditando muchas horas. Había tenido que rebuscar en la ley para asegurarse que lo que iba a pedir era todavía posible. Un recurso que había caído en desuso muchos años atrás. Lo sacaría a relucir de nuevo. No había nada como apelar a las viejas costumbres. Incluso se había encargado personalmente de las matemáticas.

– ¡Exijo un juicio popular! –y el eco de su voz se propagó por las paredes–. El muchacho era del Martillo. Y el Martillo valora las tradiciones ancestrales de nuestra nación. Nuestros antepasados eran sabios, y los juicios populares de antaño son ahora la base de nuestras leyes penales. Ruger merece la ley de los ancestros. Así lo quiere la madre, y así lo pido ante vosotros.

La sala quedó en silencio durante un instante. Luego alguien bramó un insulto. Otro contestó por la misma vía. Y la presidenta tuvo que volver a encender la sala con el poder heredado de su guardiana. Cuando las cosas volvieron a la calma, pronunció:

– Jamás pensé que en mi cargo tuviera que proponer esto, pero… El Martillo acusa al Arcoíris del asesinato de Ruger y pide que se haga justicia mediante el juicio popular –anunció la presidenta–. A menos que una mayoría lo rechace, se celebrará un juicio popular en los próximos días. ¿Manos en contra del juicio?

El fuego de los lamparones de aceite se intensificó y la luz rojiza iluminó de lleno las gradas. Tigre estudió las caras de los cuarenta y nueve diputados que había allí además de su asiento. Varias manos se alzaron, la mayoría en el extremo izquierdo de la sala. Tigre contó hasta veinte,

y sonrió con la certeza de que se había salido con la suya. La certeza que daba el trabajo bien hecho.

Pan comido.

13

PERDIDO

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Notó los párpados hinchados. Se resistían a moverse. Insistió, para arrepentirse al instante, no tanto por el dolor, sino porque constató que se encontraba en mitad de la nada. El cielo de color cobalto estaba rasgado por tiras de nubes blanquecinas, salvo aquellas más cercanas al sol que se teñían de rojo a medida que el astro se ponía.

Sand escupió, pero apenas tenía saliva. Le dolía la cabeza. Tosió. Una tos seca y rasposa. Intentó levantarse con las piernas temblorosas. Sabía lo que le había pasado: había tomado demasiado alcohol y el Otro se había apoderado de su cuerpo. Pronto llegarían las imágenes, los recuerdos. Pronto podría evaluar el alcance de los destrozos.

Miró a su alrededor: estaba solo. Solo en mitad de toda la arena del mundo. ¿A dónde habría ido Rudi? ¿Cuánto habría errado por el desierto? ¿Dónde demonios se encontraba? Tenía que volver a la base, pero… Las dunas eran todas muy parecidas.

Se llevó las manos a la cabeza, como para intentar apaciguar el martilleo que sentía. Y entonces acudieron los recuerdos, como destellos relampagueantes. En violentas sacudidas, al ritmo de los martillazos. Rudi sonriéndole en la taberna. Él agarrándola del brazo para que no cayera por las escaleras de la posada. Rudi desnuda en la cama. El naranjo. El vómito en el alféizar.

Negó con la cabeza. La sacudió, recibiendo un punzante dolor en el cuello. No funcionó, las imágenes seguían desfilando en retahíla. Recordó la espera. Las ansias depredadoras. La carrera por los pasillos. La puerta arrancada. La persecución por el sendero arenoso.

Se sacudió la cabeza de nuevo. Qué daño hacían los martillazos. Qué daño hacían las imágenes, demonios. Era un demonio. Hundió la testa en la arena, cual avestruz. Lloró, aterrorizado de sí mismo. Los recuerdos llegaban sin piedad, como una lluvia de dardos imparables. La presa despavorida. Rudi suplicante, con lágrimas en los ojos. Parecía tan real… El olor de su cuerpo. El sabor de su carne. Sus gritos desesperados. La sangre.

Sand se hundió en sollozos de nuevo, completamente abatido. Tenía los puños apretados, los nudillos blancos. Las lágrimas caían sobre la arena y el golpeaba y golpeaba. Gritaba. Podía gritar hasta desgañitarse sin que nadie lo oyera. Estaba solo. O quizá no. Solo con su maldición. Un monstruo con el que estaba condenado a vivir por el resto de sus días.

Cuando se hizo de noche, ya se había quedado sin voz y llorado todas las lágrimas de su cuerpo. Pero no podía quedarse ahí mucho más. De lo contrario acabaría muriendo, o peor, víctima de los espíritus de arena. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Era hora de levantarse. Hora de avanzar. De salir de aquel entuerto.

Se enfrentaba a la vastedad del mar de arena. Para muchos, la sed era el principal obstáculo a la hora de atravesar un desierto. Los Escarabajos, sin embargo, estaban acostumbrados a pasar largas horas sin beber. O conformarse con las gotas del rocío, la sangre de las serpientes, o el jugo de los higos de alguna variedad de cactus. Además, desde que se pasó dos días sin comer en aquella misión en el este, y sin echarlo especialmente en falta, Sand sospechaba que su trastorno le otorgaba alguna que otra ventaja sobrehumana.

Se tumbó un momento para serenarse y observar las estrellas. Apresurarse podría resultar contraproducente. Le pareció que brillaban más apagadas que de costumbre, como si compartieran su tristeza. Allí estaba la constelación del Guerrero, con su escudo y espada en alto. Atisbó el Ojo del Sur, una de las estrellas más brillantes. Una nube no dejaba ver el arco del Centauro, pero Sand identificó la punta de la flecha, que apuntaba hacia la constelación del Escarabajo. En el desierto, todo era más fácil de noche, a condición de que uno tuviera ropa de abrigo, por supuesto.

Le esperaba una larga y sufrida caminata. Ya la había hecho en múltiples ocasiones, pero nunca en solitario. Cazar serpientes para beber su sangre, reciclar su propio orín, lamer las rocas al alba y aspirar su humedad… Lo peor llegaría en la base. ¿Qué les diría a sus camaradas? ¿Cómo se lo explicaría a Romain?

Paciencia, Sand, ya se te ocurrirá algo. Tienes mucho tiempo para meditarlo.

Despejó sus dudas con un resoplido y se puso a caminar hacia la estrella que ellos mismos habían bautizado como el Ojo del Escarabajo.

14

DRAGONES Y LAGARTOS

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Siguieron las indicaciones de la informante, la tal Gertrude. Había un edificio semiderruido que en su día podía haber sido un pequeño estadio. Los tenderetes, aunque recogidos la mayoría, atestiguaban de su función de mercado. Entraron.

Para sorpresa de An Long, en el oasis había mucha más gente de lo que se había imaginado. Cerca de un centenar de personas apiñadas alrededor de un tipo que estaba de pie sobre un taburete, sosteniendo una correa ridículamente gruesa. Se acercaron por curiosidad. La gente apenas protestó cuando se abrieron paso para ver lo que presentaba ese hombre.

– ¡Cuidado, cuidado! No vayamos a tener una desgracia, señorita, por favor, no se acerque tanto. Esta bestia es letal. Escupe fuego, y su aliento es venenoso. Corrosivo. Sí. Su contacto con la piel humana provoca unas verrugas azules que se propagan por todo el cuerpo en cuestión de horas. Esa piel no se merece verrugas azules, ¿a que no? –la señorita comenzó por alejarse unos pasos, y discretamente continuó reculando hasta salirse del círculo–. ¿Estáis listos para revelar al ser? –la multitud rugió un sí entusiasmado–. ¿Queréis ver al dragón? –otro sí–. Bien, bien. Pero el maestro domador sigue viendo la caja medio vacía. Faltan… ¡Vaya! ¡Un dragón no se muestra ante las ratas! ¡No hay más que veinte escudos aquí! –hizo tintinear las monedas en la cajita–. Vamos, señores, vamos. Un escudo por familia. Hagamos un esfuerzo, ¡que alimentar a esta bestia no es cosa de pobres! Y si no le doy comida… ¡Se me come!

Los murmullos molestos revelaron la reticencia de los habitantes. Se notaba que el vendedor de humo era forastero por las ropas de cuero, mientras que todos los apiñados iban con túnicas finas y holgadas. Algunos añadieron sus escudos, An Long lo supo por el ruido metálico que hicieron al caer en la caja y por la sonrisa de ese pícaro impostor. ¿Cómo iba a caber un dragón en ese cubículo con cortinas? ¿Y cómo iban a proteger de algo esas cortinas?

– Está bien, está bien. ¡Presentemos al dragón! Por favor, tres pasos hacia atrás, ¡todos! Y silencio. No queremos asustarlo. No queremos acabar como Shandri Wa, ¿verdad? ¡Ja, ja! Bueno, ejem… Sin más preámbulos… ¡El magnífico y poderoso Drahalgar!

Descorrió las cortinas, revelando el interior de una cárcel de barrotes herrumbrosos. La criatura era parecida a un lagarto. Sacaba la lengua. Una lengua bífida, pero no azul como la de los dragones, sino rosada. El cráneo alargado, con dos orificios estrechos encima de unos morros babeantes, pero sus escamas eran demasiado finas. Ojos estirados y negros, como su cuerpo, con una elevación de las escamas sobre ellos a modo de ceja. El cuello era rugoso y retráctil, cosa que se veía fácilmente por las arrugas a su alrededor. An Long había visto criaturas parecidas en los Tentáculos, aunque allí las llamaban iguanas, y eran mucho más pequeñas que esa cosa.

– ¿Así son los dragones para las gentes del desierto? –preguntó Shia Ma, en voz baja.

– ¡Eso no es un dragón! –exclamó An Long indignado, casi reprendiéndola por pensarlo.

Coincidió con un desafortunado silencio. Notó movimiento en derredor. El corro se desplazó y todos formaron un pequeño espacio en torno al jinete. Miró a Kai Shek, pero estaba impasible, como siempre. El impostor también lo había oído.

– ¿Que no es un dragón? ¿Acaso quieres probar su fuego?

Habría preferido pasar desapercibido, pues a eso le habían acostumbrado en el Peine. Aunque era difícil pasar desapercibido con un dragón, últimamente incluso sin él le estaba resultando complicado. Pero de perdidos al río.

– ¡Probemos! –desafió An Long. Avanzó sin temor hasta llegar a la jaula–. Ese bicho no

escupe fuego.

– Escupe, Drahalgar, escupe –ordenó el domador.

Nada. Reinó el silencio unos instantes. An Long contuvo las ganas de reírse. Quería demostrar que ese tipo les estaba robando y todavía era demasiado pronto para cantar victoria.

Y tanto que lo era: el impostor jaló de la cuerda y el lagarto reaccionó ofuscándose. Sacudió el cuello violentamente, sacó la lengua hasta su máxima extensión emitiendo un chirrido amenazante. El impostor reculó, pero siguió insistiendo. An Long lo miraba de frente, a los ojos, con los brazos cruzados. Drahalgar se quedó quieto de pronto. Giró la cabeza hacia su amo, que bramaba la misma orden una y otra vez, y de nuevo hacia An Long. Repitió el gesto varias veces, y al fin ocurrió: abrió las fauces enseñando unos dientes cobrizos y… exhaló fuego.

Totalmente pillado por sorpresa, An Long se agachó justo a tiempo para evitar que la pequeña llamarada le diera de lleno. Luego rodó para alejarse un poco más, por si acaso. Oyó unas carcajadas. Otra llamarada. Oyó exclamaciones de asombro. Se giró. Las cortinas de la jaula ardían. El siseo del lagarto se volvió amenazante y empezó a golpear los barrotes de dudosa solidez. El asombro se desvanecía entre la multitud para dar paso al miedo. La gente empezó a buscar la salida del edificio precipitadamente, algunos a codazos.

Un ruido metálico y una maldición. Era la voz del impostor. Volvió la mirada hacia la jaula: estaba abollada. ¿Y dónde estaba Drahalgar? Ya no había ni rastro de las carcajadas, ahora solo se oían gritos. Halló al impostor corriendo, huyendo del lagarto que escupía pequeñas vaharadas llameantes dirigidas hacia su trasero.

Por suerte, no resultó ser muy rápido. Algunos de los tenderetes aledaños fueron alcanzados por las llamas y prendieron. Un tipo de barriga prominente y patizambo pasó a su lado con la túnica llena de agujeros dejando al descubierto partes de su cuerpo que An Long habría deseado no ver nunca. Alguien le cogió del brazo y estuvo a punto de darle un revés por instinto, pero se detuvo a tiempo al ver que se trataba de Shia Ma.

– Tenías razón, pero creo que Kai Shek sigue pensando que eres tonto –dijo la muchacha, con un tono burlón de lo más irritante.

El jinete no dijo nada, se giró hacia Kai Shek. ¿Dónde estaba Kai Shek?

– Dónde…

– Se ha ido –dijo ella–. Ha dicho que es un varanido. Basta con cortarle la cola para que se vuelva dócil. A los días le crece una nueva.

Así que ese era el truco, pensó. Supuso que Kai Shek podría haber arreglado la situación en un abrir y cerrar de ojos, pero había decidido dejar que An Long se resarciera ante los que seguían presentes. Muy bien, pues.

Sacó la daga reglamentaria de la cintura y se subió al cubículo que había hecho de celda. Los barrotes resistieron el peso. Oteó el interior del edificio y esperó a que saliera más gente. Al impostor todavía no se le había ocurrido salir, y corría con las manos a la espalda, como protegiendo el trasero. Saltó para ir a su encuentro. Vio que Shia Ma se le juntaba a la carrera y sonrió. Chica valiente.

– ¿Quieres cortarle la cola?

– ¡Sí!

An Long le dio unas instrucciones y le cedió la daga como si fuera el testigo. Se separaron y An Long fue al choque. Esquivó hábilmente al impostor, pero se plantó firmemente frente al varanido. El bicho frenó en seco. Abrió las fauces. Sacó la lengua. Siseó.

El jinete respondió con una sonrisa y se cruzó de brazos, quieto. Vio que Shia Ma ya estaba detrás del lagarto, lista.

– ¡Muchacho, no! –exclamó una voz.

– Pobre…

Drahalgar escupió. An Long se dio la vuelta y agachó la cabeza, pero notó el fuego. Oyó las exclamaciones de los que miraban desde la distancia. Ellos no sabían mucho sobre los jinetes de dragón. No sabían nada sobre su uniforme de vuelo y sus propiedades ignífugas.

De pronto se escuchó un golpe seco. Cortante. Seguido de un quejido lastimoso. An Long lo confirmó con la vista: Shia Ma sostenía la daga en una mano y la cola del lagarto en la otra, en alto.

Siguió un breve silencio, pero la sonrisa de Shia Ma contagió a todos los presentes, que estallaron en vítores y aplausos.

Muchos entraron en el recinto de nuevo, y el impostor, que estaba de rodillas en el suelo, se levantó y se sacudió la tierra de los pantalones.

– Un dragón tiene alas –le informó An Long.

– Se las corté, muchacho. Esta bestia es poderosa, y lo era mucho más antes –hablaba con la respiración entrecortada, pero sin perder la soberbia–. Porque uno no puede guardar un dragón en su casa, y menos si tuviera alas. ¿Y lo rápido que se esfumaría de mi coto si no le hubiera cortado las alas? Un poco de sentido común, chaval, ¡que un dragón no es una mascota!

– ¡Mentiroso! –gritó alguien.

– ¡Impostor!

– ¡Que no se lleve los escudos!

De eso ya se había encargado un niño pequeño, que llevaba la cajita encajonada entre su brazo y sus costillas.

Muchos de los que habían huido los primeros regresaron con cubos de agua y extinguieron los fuegos de los tenderetes. Cuando el impostor trató de largarse con un Drahalgar sin cola y obediente como un perro, los locales le prohibieron la salida. Le confiscaron al supuesto dragón y le vaciaron los bolsillos.

An Long sonrió, con la sensación de que se había hecho justicia.

– Estás sonriendo –dijo Shia Ma.

– Como tú cuando le cortaste la cola.

– Sí, pero ahora… No sé. Pobre señor.

– ¿Pobre?

– ¿De qué va a vivir ahora?

– Nadie debería ganarse el arroz con mentiras, Shia Ma.

Algunos de los lugareños se acercaron a hablar con jinete y aprendiz, y las muestras de agradecimiento desembocaron en invitaciones a comer cosas tan extrañas a oídos de un tibereño como nopal, aceitunas rellenas de carne de camello o incluso un guiso de gusanos de seda con zumaque.

*

An Long estaba enfadado con Kai Shek.

– ¿Por qué no me lo dijiste? –le reprochó haciendo aspavientos, mientras subían por el cañón al lugar donde habían dejado a los dragones–. ¡Sabías que escupían fuego!

– Y tú también deberías saberlo –se justificó Kai Shek–. Eres un jinete de dragón, no solo vuelas, también lees. Has estudiado durante cinco años. Se supone que conoces la fauna de los Tentáculos.

– ¡Iguanas, estudiamos a las iguanas! ¡Las iguanas no escupen fuego!

– Los varanidos, sí.

– ¿Y por qué no dijiste que eso era un varanido? ¡Lo sabías! Sabías que ese fraude estaba timando a los aldeanos. ¿Por qué le dejaste?

– No somos justicieros, An Long. No tomamos partido en esas cosas. Hay fraudes como ese todos los días. En todas partes. La gente vive de los fraudes. Y esa gente se habría divertido viendo como un dragón encendía un par de velas. Seguro que hasta habrían quedado satisfechos con el uso que habrían dado a sus monedas.

– ¡No era un dragón! –se plantó An Long en mitad de la subida.

El más veterano siguió el ascenso con Shia Ma a la zaga, que le dedicó una mirada y una sonrisa comprensiva. An Long entornó los ojos y luego le hizo un gesto con la cabeza como para que lo ayudara.

Cuando An Long los alcanzó de nuevo, Kai Shek se había detenido a examinar unas hierbas que crecían en las cavidades de unas rocas bermejas. Le estaba explicando a Shia Ma cómo hacer con ellas una crema para las quemaduras.

Decidió tirar la toalla. Lo único que deseaba era subirse a lomos de Tiranior y sobrevolar el oasis a ras de suelo. El episodio del varanido le había dejado un regusto amargo. Había quedado bien para con esos aldeanos. Había hecho justicia, sentía. Pero algo le impedía estar orgulloso: la desaprobación de Kai Shek.

Era lo que peor llevaba de ser jinete de dragón. “No tomamos partido”. Se supone que un dragón sirve para hacer el bien, entonces, ¿por qué no aprovecharlo? No lo entendía. ¿Y es que ahora tampoco podía hacer el bien sin un dragón? Por muchas vueltas que le diera, por muchos debates que tuviera, no lograba entenderlo.

Llegado a la cima del cañón, oteó el horizonte y silbó. No había ni rastro de los dragones. El paisaje era un pequeño campo de roca prácticamente yerma, moteado por algún que otro hierbajo marrón. Un paréntesis en mitad de aquel océano anaranjado de ondulaciones de sílice.

Los dragones acudieron al cuarto silbido de Kai Shek, cosa que lo tuvo visiblemente preocupado. An Long estaba acostumbrado a que Tiranior viniera un poco cuando le viniera en gana, pero Darragor era un dragón mucho más obediente. Y mucho más joven, también.

Las garras de Tir resquebrajaron la roca al posarse, y An Long se apresuró en subirse a su montura. No se dio cuenta de lo que veían Kai Shek y Shia Ma.

– ¿Qué pasa? ¿Por qué no subís?

Kai Shek se había quedado parado frente a su dragón, y estaba examinando algo en su bajo vientre. Fue Shia Ma quien se giró.

– Darragor está herido –anunció, sin poder disimular el horror en su rostro lívido, como si hubiera visto un espíritu de la arena.

Alarmado, An Long se apeó de su dragón y acudió junto a ellos. Su enfado había desaparecido de golpe para dejar que lo invadiera una sensación abrumadora. Nunca había visto a un dragón herido. La respiración de Darragor era febril. El fuego de sus ojos brillaba mortecino y parecía que sus pupilas flotaban en sangre. An Long posó una mano sobre el enorme cráneo, mientras Kai Shek le indicaba a Shia Ma cómo tomar el pulso del cuarto corazón. Los latidos no estaban sincronizados.

– Veneno – declaró Kai Shek tras haber examinado a su compañero alado.

– Creía que a los dragones no les afectaba el veneno –An Long estaba confuso. ¿Cómo una bestia tan poderosa podía ser derrotada con simple veneno?

– Ven –ordenó Kai Shek, y el joven jinete acudió sin rechistar–. ¿Ves esto? Tiene nueve dardos clavados entre el cuello y la tripa.

An Long estaba horrorizado. ¿Dardos? ¿Qué clase de dardos eran esos? Eran más grandes que cualquier flecha que él hubiera visto, además de no tener nada de madera. Las estacas, de un color azulado, estaban clavadas en la tripa de Darragor y de las heridas goteaba una sangre gruesa y oscura. Sintió pena por el dragón.

– Pero… ¿Quién ha podido…?

– No me preocupa el quién, sino más bien qué –admitió Kai Shek.

– ¿Va a morir?

– No –negó firmemente–. Darragor es fuerte. Y nunca se ha dado una muerte de dragón por veneno. Su organismo se ocupará de limpiarlo, pero no está en condiciones de volar hasta la Semilla. Esperaremos a mañana, como mínimo.

Los tres se mancharon de sangre al sacar los dardos de la carne del dragón. Darragor aguantó sin quejarse, sorprendentemente quieto y tranquilo. An Long examinó a Tiranior, por si acaso, pero estaba ileso. Se preguntó qué habría pasado. ¿Dónde habrían estado? ¿Qué clase de peligros escondían esas arenas? ¿Qué horrible monstruo habría podido hacer algo así?

– ¿Vamos a dormir aquí? ¿En mitad de la nada? –se oyó diciendo al fin, en voz alta.

– Has pasado noches enterrado bajo la nieve, An Long. ¿Te preocupa dormir sobre esta cálida arena?

– Me preocupa que la cosa que le ha clavado esas nueve estacas azules a Darragor me las clave a mí.

– A mí también me preocupa –apostilló Shia Ma.

– En eso tenéis razón –recapacitó Kai Shek, que estaba sacando ropa de su silla de montar–. Está bien. Yo me quedaré por aquí cuidando de Darragor con Tiranior, por si esa cosa vuelve. Pero vosotros bajad de nuevo. Gertrude os recibirá y os dará mantas y esterillas. ¿Sabrás ir, Shia Ma?

– Sin ningún problema.

– ¡Eh! ¡Yo también recuerdo el camino! –se ofuscó An Long, aunque sabía que Kai Shek bromeaba para quitarle fuego al asunto.

Se oyó un fuerte resoplido por parte de Tiranior, y todos los demás rieron, incluido Darragor.

Cuando se aprestaron a bajar de nuevo, cada cual con su respectivo morral, Kai Shek se acercó a An Long.

– Adelántate, Shia Ma –la chica obedeció y comenzó a descender por el camino que zigzagueaba por la pared del cañón–. Puede que todo cambie muy pronto, pero de momento, las reglas son las reglas.

– Lo sé, yo…

– No, no. Tranquilo. Lo que quiero decirte, An Long, es que desde que formas parte del gremio de los Jinetes de Dragón, tus actos y tus palabras reflejan las del Khaz'Tiber, lo quieras o no. Somos los emisarios del Khaz Dolu. Nuestra misión principal es la de mantener la paz en nuestras fronteras. Proteger a los nuestros.

– Lo sé –repitió el joven jinete, un poco incómodo.

– Pero sigues queriendo hacer justicia por ti mismo. Como hoy.

Kai Shek dejó algo de tiempo por si An Long tenía algo que decir. Pero An Long tenía demasiadas cosas que decir a ese respecto, de modo que solo dijo:

– Sí.

– Dien Phu es un gran jinete –continuó Kai Shek.

Pues claro que lo es, pensó. An Long admiraba a Dien Phu. Ambos estaban muy unidos, además, pues había sido él quien le había reclutado para pasar las pruebas del Gremio. Dien Phu

le había dado la oportunidad de su vida. Se lo debía todo.

– ¿Qué tiene eso que ver con…?

– Me recuerdas a él, unos años atrás. Aceptó las directivas del Gremio, pero siempre le costaba horrores limitarse a la misión. Especialmente cuando ocurrían injusticias.

An Long asintió.

– ¿A ti no te cuesta?

– Cada vez menos –admitió Kai Shek–. He visto todo tipo de justicias, An Long. Créeme, cuando alguien pide justicia, tan solo quiere que le den la razón.

– ¿Y acaso no tenía razón? ¿Cómo puede ser justo que un timador cobre por hacer pasar un lagarto por un dragón?

– Quizá. Pero dime, ¿se ha hecho justicia entonces? Tengo entendido que le quitaron el varanido a ese forastero, y también el dinero. Todo el dinero, no solo el que había cobrado por el espectáculo.

– El fraude ha de ser castigado para que no se repita.

– Hace casi diez años, cuando Dien Phu y yo solo llevábamos un par de misiones en la espalda, nos enviaron a Alderion para solucionar un tema con la Casa Docta. Uno de esos doctos nos llevó a su casa, que era una mansión sin nada que envidiar al Palacio Dorado de Do Shoi. Disponía de un centenar de esclavos. A ambos nos repugnó su forma de tratarlos –Kai Shek se pensó mejor sus palabras–. De maltratarlos, mejor dicho. A una mujer en especial, pues no solo la pegaba, sino que también la humillaba delante de todos sus invitados, hablando sin pudor ni vergüenza de lo que le obligaba a hacerle en la alcoba. El día de nuestra partida, cuando sobrevolábamos la isla de Teasos, Dien Phu me confesó que había liberado a aquella esclava por la madrugada –Aquello sorprendió a An Long para bien. Entonces, algunos jinetes sí que actuaban–. Me alegré cuando me lo dijo, he de decir. Después de ver cómo la trataba… Pensé que sería algo bueno. Me alegré por esa muchacha.

– Pero tú no la habrías liberado.

– Las reglas están ahí por algo. ¿Sabes lo que ocurrió después?

– No.

– Un conflicto diplomático. La Casa Docta anunció que no recibiría a más alumnos de nuestras tierras en su institución debido a un agravio contra la propiedad de uno de sus dirigentes.

– ¿La esclava?

Kai Shek asintió.

– Dun Gar tuvo que ir en persona para solucionar el asunto. Todo duró una luna y quedó en una pequeña pataleta de los alderís, pero lo que quiero decir es que nuestros actos pueden tener consecuencias para con el Tiber.

An Long lo entendió, pero era terco y quería discutir hasta el final.

– Pero la esclava quedó libre, y el problema se solucionó al final.

– De haber provocado un incidente más grave, Dien Phu estaría ahora en la Forja o en la fábrica de vidrio, y no en el Peine de los cielos. ¿Pagarías ese precio por liberar a esa esclava? –cuando An Long iba a responder, Kai Shek añadió:– Sabiendo que ese docto la reemplazaría con otra muchacha al día siguiente?

– No –admitió An Long–. No pagaría.

Kai Shek pareció satisfecho, asintiendo y tendiéndole la mano para zanjar el asunto y hacer las paces definitivamente. An Long la estrechó, y ambos se dieron un cordial abrazo.

– Este es el precio de mantener la paz en el Tiber –susurró Kai Shek.

– Mantener las injusticias en el resto del mundo –resumió An Long a su vez.

Al despedirse, Kai Shek le dirigió una mirada diferente. Como si algo hubiera cambiado entre los dos. Como si… ¿Respeto? No, no podía ser respeto, decidió An Long mientras bajaba por el empinado camino. Pero se le parecía.

15

FAMILIA

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

Pira cerró los ojos e inspiró profundamente el aire lleno de salitre que los rodeaba. A veces, la felicidad podía ser tan simple como eso. La caricia de la brisa marina, la alegre melodía de las gaviotas, el sol desperezándose sobre las islas y arrebolando la espuma, la sonrisa de un ser querido... Sí, desde que había llegado a las Islas del Borde, Pira se topaba con la felicidad mucho más a menudo.

Sihal estaba desenredando su aparejo con la cara fruncida a más no poder. Si las olas apenas balanceaban la barca ligeramente, había algo de mar de fondo, como demostraba el señor nudo que se había hecho en el hilo. Tenía la camisa blanca con dibujos de pirañas llena de manchurrones negros. En el cubo ya se habían asfixiado cuatro calamares y dos sepias.

– Leches... Se me da mejor la pesca submarina. Esto de desenredar es un muermo, te lo digo.

– Tienes unos dedos muy torpes. Ven, agarra el mío. Ya me encargo.

Entonces ambos intercambiaron la borda y el aparejo. Pira arregló el enredo en un santiamén y devolvió el anzuelo al fondo del mar en busca de otros tentáculos.

– Entonces, ¿crees que no fueron tus amigos? –preguntó el joven, sacando el tema de nuevo.

– Sol, sé que no fueron ellos. Tú también conoces a Hotus. ¿De verdad le crees capaz de hacer algo así?

– Lo conozco desde que se instaló en las islas. Y desde luego, es todo un buenazo, te lo digo. Pero... No sé casi nada sobre su vida anterior. ¿Por qué vino a las islas? ¿Quizá fuera un proscrito? ¿Huía de algo? ¿No te parece raro que abandonara su vida allí y se embarcara en tan peligrosa travesía? ¡La mayoría de los capitanes acaban perdiéndose en alta mar y no regresan nunca!

– Eso es lo que nos cuentan –farfulló ella.

– ¿Y no crees que sea verdad?

– Da igual –zanjó Pira. No quería desviar la conversación por esos derroteros–. Yo también vine a las islas y nunca tuviste ese tipo de dudas conmigo.

– Tu eres hija de las Guardianas, como yo. Huiste del continente porque allí no estabas a salvo. Porque allí nos consideran demonios. Pero Hotus... Solo era un calderero. Un singa. Y le iba bien, según nos ha dicho siempre.

– Ya nos dijo que vino atraído por la curiosidad. Le encantan los objetos raros, y pensó que aquí encontraría muchos, a miles de leguas de sus tierras. Además, ayudaba a los heterocromos allá en el continente.

Sihal se quedó pensativo, con la mirada fija en las aguas anaranjadas. Pira daba leves tirones,

con el sedal apoyado sobre la yema del pulgar.

– Yeguen estaba muy afectado cuando nos contó lo ocurrido, te lo digo. Estaba seguro de que fue Hotus o Bern. Uno de los dos. Pero tienes razón… Algo no cuadra. También me parece... Improbable. No solo por lo que son esos dos, calderero y sacerdote. No. Es que Ruger era joven, alto y fuerte. Un hijo de Escuala. Ninguno de los dos vejetes era rival para él.

– Fue un puñal por la espalda, Sihal –Pira suspiró, había visto la herida en el cuerpo sin vida de la víctima–. Pocos pueden defenderse contra eso. Pero está claro que ninguno de los dos haría algo así.

– ¿Tú qué crees? ¿Qué crees que pasó?

Pira tenía varias teorías. Pero no iba a compartir con Sihal la que más le convencía. No ahora que formaba parte del Martillo.

– Puede haber sido un ajuste de cuentas. Se sabe que en el Martillo trapichean con semillas de alegría y otras cosas. Quizá alguien los estuviera siguiendo y cuando Yeguen se alejó aprovechó para matar a Ruger. En cualquier caso, dudo que sea cosa del Arcoíris. Son pacifistas, Sihal, y no ganan nada asesinando a un miembro del Martillo, sino más bien todo lo contrario.

– Sí, yo también pienso que el Arcoíris no saca nada bueno de todo esto, te lo digo. Pero las cosas están... tensas últimamente. Ya sabes. Por esto del referéndum. Y no todos en las islas son políticos. La mayoría, de hecho, no es tanto de hablar, que digamos. Y como era una ronda de persuasión, quizá alguien se molestara y...

– Pero mi Sol, ese barrio es muy tranquilo. En Las Gaviotas jamás ha habido problemas. Y los vecinos de Hotus son igual de viejos. Creo que ninguno baja de los sesenta.

– Tienes razón, mi Luna… Es una situación muy incómoda… No me gusta nada eso del juicio popular.

– Pinta mal, sí. Pero supongo que Bría tendrá algún plan.

– Si lo piensas –caviló el joven, con la mirada perdida en las aguas–, es la justicia más democrática, y aun así me da la sensación de que puede ser la peor de todas. La más tiránica.

– Vaya, sí que te estás volviendo todo un político.

En ese momento sintió un tirón en la yema del pulgar. Uno más fuerte. Pira se giró hacia la mar, buscando el hilo difractado bajo el agua y se puso a recoger apresuradamente.

– ¿Otro calamar? –Sihal enganchó su aparejo bajo la regala y se acercó para mirar por la otra borda, haciendo que el bote se inclinara más a babor.

Ella negó con la cabeza. Los calamares no tiraban tanto, ni de lejos. Siguió enrollando el hilo en la bobina al tiempo que observaba las aguas tranquilas, a la espera de ver aparecer algo más que un calamar.

– ¡Un pargo verde! –exclamó Sihal, maravillado–. ¡Va a ser la mejor pieza!

En cuanto estuvo colgando y aleteando sobre la borda, Sihal lo agarró con manos férreas, sin dejar que se escurriera, y Pira quitó el anzuelo, arrancándole al desdichado pez un trocito de mandíbula.

Se quedaron un rato mirándolo, mientras el pez coleteaba y se asfixiaba en el cubo. Pira volvió a sentir esa culpabilidad. Esa extraña sensación de ser una asesina. No le pasaba con las arañas, extrañamente, pero cuanto más grande era la pieza que sacaba del mar, mayor era la culpa que sentía al arrebatarle la vida. Se preguntó por qué. ¿Acaso los bichos más grandes tenían más derecho a la vida?

– ¿Entonces solo llevarás el pargo verde? –preguntó para deshacerse de sus grises pensamientos.

– ¡Mira lo grande que es! Van a flipar, te lo dijo. Seguro que Darga y Yeguen tardan lo suyo

en asarlo.

– Lleva un par de yucas del jardín, al menos.

– ¿Tus yucas? ¿Para los del Martillo? –los ojos azules de Sihal reflejaban incredulidad.

– Tienes toda la razón. Olvida las yucas.

Ambos se rieron. La risa de Sihal era pura y sincera. Eso era lo que más le gustaba a Pira, la honestidad.

Tras recoger aparejos, y dado que ninguno tenía el poder del viento o el del agua, tuvieron que sacar los remos. Hundieron las palas en la mar y pusieron rumbo al pequeño muelle de Piesfríos

*

La tienda de la vidente era de tela y estaba repleta de macetas y submacetas con plantas que despedían olores agradables. El olfato de Hotus se había ido atrofiando con los años, pero entrar en aquella tienda siempre era toda una experiencia. Bría se paró unos segundos en cada maceta para inspeccionar las plantas de cerca. Había plantas aromáticas comunes, como la albahaca o la menta, pero la mayoría no crecían en las islas de forma natural. Las submarinas, sin embargo, eran todas locales y Hotus podía distinguirlas a través del vidrio de las submacetas: algamarilla, abisyerba, brillalga, raíz oceánica, brote azul…

– Bienvenidos, vecinos –declaró la anciana con voz suave y frágil–. Sentaos, por favor. Veo que traes hojas, Hotus, así que esta vez no es para hablar de las tormentas…

La vidente era una mujer de avanzada edad. Hotus nunca le había preguntado, pero sospechaba que debía rondar los ochenta, aunque gozara de buena salud y un cuerpo más flexible que el suyo. Un pañuelo blanco cubría su cráneo, ocultando lo que le quedara de cabellera. Tenía arrugas en la frente y entre ceja y ceja un tercer ojo violeta dibujado con pintura vegetal. Sus mejillas eran pálidas y flácidas, como sus ojos, tan cansados que parecían haber perdido toda luz, haciendo imposible que Hotus distinguiera el color.

– Siempre vengo como amigo, Suudra, pero esta vez también seré cliente –respondió el anciano calderero–. Las hojas son de mi propia cosecha, así funciona mejor, ¿verdad?

– Mejor –asintió ella–. Pero son ellas las que eligen qué mostrarme. Si venís por el resultado del referéndum, yo…

– No es eso, no te preocupes.

– Es por el juicio –intervino Bría, sentándose por fin al lado de Hotus.

– Oh, algo he oído, sí –la anciana miró a Hotus con tristeza–. Terrible asunto. No necesito leer las hojas para saber que no has sido tú, Hotus. Pero las hojas no pueden cambiar el veredicto de la gente.

– Pero quizás puedan avisarnos –respondió Bría–. Si le declaran culpable, la pena será la peor de todas.

– Sí. Y en el continente me mantuve lo más alejado que pude de la horca. Me da igual cómo lo llaméis aquí. El bolón del ahogado. La cruz de fuego. El abrazo del barro. El vuelo de justicia. Quiero seguir alejado de esos castigos. Aún me considero joven, demasiado joven para morir.

– Entiendo, querido. Morir no es asunto agradable. A todos nos asusta. Y las hojas tampoco hablan de ello –la vidente arrastró los pies hasta un armario del que sacó una pequeña y colorida manta con símbolos geométricos de animales. La extendió sobre la mesa de madera–. Ahora dame las hojas. Veamos qué nos dicen.

Hotus entregó la bolsa llena de hojas de coca y la anciana comenzó a inspeccionarlas mediante la vista, el tacto, el olor y el gusto. Fue formando un pequeño montón, escogiendo algunas y devolviendo otras a la bolsa bajo la atenta mirada de Hotus y Bría.

Finalmente cogió un montoncito en cada mano, empezó a frotar una con otra y sobre el sonido del roce se puso a cantar en el dialecto antiguo. Hotus pudo reconocer algunas palabras y comprendió que estaba pidiendo permiso a algún espíritu. Por unos segundos la anciana puso los ojos en blanco y empezó a temblar, haciendo que el calderero temiera por su vida. Tuvo que recordarse a sí mismo la última vez que la vio actuar de ese modo.

– Se nos han permitido tres respuestas –dijo al cabo, cuando volvió en sí–. Las hojas son tuyas, Hotus, así que tuyas son las preguntas.

El calderero cruzó una fugaz mirada con Bría. Esta asintió y le cogió la mano suavemente. Hotus agradeció el gesto. Tomó aire y resopló.

– ¿Me declararán culpable en el juicio?

– Una. Pero necesito las tres preguntas antes de lanzar –exigió la vidente.

– ¿Quién mató a Ruger Escuala? –se rascó la barba trenzada unos instantes antes de formular la última–. ¿Cuáles son las cinco Fuerzas de las que habla el quinto sueño de Harum?

Bría le apretó la mano. Esa pregunta había sido improvisada, y aunque no le incumbiera directamente, Hotus pensó que alguna aclaración no estaría de más. Aunque jamás hubiera hablado con un espíritu, debían tener miles de años y un gran conocimiento del mundo y sus leyendas. También supuso que la vidente no necesitaba entender la pregunta para interpretar una respuesta. Quizá fuera mucho suponer.

Suudra cerró los ojos y lanzó las hojas una a una sobre la pequeña manta de colores. Hotus las fue contando. Se formaron tres montones, con exactamente diecisiete hojas en cada uno. Luego, la vidente empezó a remover el primer montón y a hablar en el idioma antiguo. Por el tono, parecían preguntas. Pasó al segundo y terminó con el tercer montón, que fue con el que más se atareó.

– Sobre la primera pregunta, el espíritu no da una respuesta clara. Es como si el juicio no tuviera lugar. O jamás terminara.

– ¿Tiene sentido? –preguntó Bría, extrañada.

– Cuando el espíritu responde, no se equivoca. Lo más probable es que el juicio no dé una respuesta clara. ¿Un empate, quizás?

– No me suena que pudiera haber empates en los juicios populares –opuso la líder del Arcoíris.

La vidente se encogió de hombros y prosiguió.

– La segunda respuesta es mucho más clara, en cambio. Observad.

Lanzó de nuevo el segundo montoncito y las hojas cayeron de manera ordenada, para sorpresa de los dos espectadores, y cuando todas se hubieron posado el asombrado Hotus distinguió una figura. Un dibujo. Un martillo.

– Imposible… –susurró–. Esto es…

– El Martillo –esbozó Bría, igualmente sorprendida–. Pero no podemos usar esto como prueba en el juicio…

– Podéis mencionarlo –sugirió Suudra–. El pueblo decide. Y el pueblo me conoce.

Hotus se relajó un poco. Si bien jamás había creído en las pitonisas y los profetas en el continente, en las Islas del Borde rezumaban magia por doquier. Los isleños le habían contagiado la fe en lo mágico, y Suudra ya había probado su valía con otras personas. Además, actuaba de forma totalmente distinta a la de los charlatanes del continente, que usaban todos los trucos conocidos y por conocer para que te acercaras a su puesto a tirar el dinero.

La vidente pasó al tercer montón.

– En cuanto a esas cinco Fuerzas… El espíritu solo ha trasmitido sensaciones. Lo siento…

– ¿Qué sensaciones?

– Tristeza. Dolor. Miedo. Muy intenso. Terror.

En ese preciso momento se oyeron los pasos de alguien acercándose a la tienda. Se detuvieron en el umbral.

– ¡Estoy buscando a Hotus, el calderero! –dijo una voz vigorosa.

– ¡Voy! –se volvió hacia Suudra y asintió–. Gracias, vecina. Dos corales, ¿no?

– Mi querido Hotus, no me des nada. Sigue viniendo a hablar de las tormentas de vez en cuando. Tu compañía es mejor que lo que pueda comprar con dos corales.

Una prueba más de que Suudra no era como los charlatanes del continente, pensó.

El chico que aguardaba fuera de la tienda de la vidente era todo lo contrario a lo que su voz dejaba presuponer. Era pálido y bajito, con brazos y piernas como palillos. Tenía la mirada febril de los enfermos o de los muertos de miedo.

– Aquí estoy. Soy Hotus. ¿Para qué me buscabas?

– Soy Bytok, el mejor amigo de Yeguen. Yeguen Ignos, el testigo del Martillo. Tengo algo que contarte.

*

La estancia cerrada estaba anegada del vapor que flotaba en el ambiente y se pegaba a la cara de los dos miembros del Martillo. Las hojas de eucalipto flotaban en el agua caliente como barquitos y su aroma se colaba por las fosas nasales de los clientes. A través de un vidrio empañado podía verse la poza central, la más grande y abierta, rodeada de columnas de mármol azulado. Era uno de los lugares favoritos de Tigre para celebrar sus reuniones privadas. Los cara a cara con sus coyotes.

Sihal estaba frente a él, las facciones relajadas y los ojos cerrados. La cicatriz de su ceja derecha resaltaba a la luz de las lámparas. El agua le cubría hasta los pectorales y tenía el cuello echado hacia atrás, apoyado sobre el bordillo de la pequeña poza. Tigre estaba igual, frotándose los pies con el fondo rocoso del estanque.

– ¿Qué tal fue la cena de bienvenida? ¿Alguna novatada?

– Poca cosa, jefe –respondió sin abrir los ojos–. Algún que otro vaso de vinagre y dos tartazos. Pero las dos tartas estaban buenas.

– Seguramente el pargo verde que llevaste te salvó. Darga me dijo que nunca había visto uno tan grande.

– Ni yo. Pero el mérito fue de mi novia. Lo pescó al alba, cerca de la cueva de los congrios.

Tigre sonrió recordando sus inicios en la pesca submarina. Esa cueva estaba rebosante de vida hasta hace unos años. Y ahora, aunque no rebosara, seguía llena de criaturillas de todos los colores.

– Hace mucho que perdí la paciencia para la caña de pescar, pero de vez en cuando me meto con el arpón. Las corrientes en la cueva de los congrios son un buen desafío.

– ¡Y las morenas! Mi amigo Raigu perdió un par de dedos por no mirar donde se apoyaba.

– Por suerte para mí, estos dedos no caben en la boca de esos bichos –se rio Tigre mostrando su enorme manaza–. Pero siempre es mejor perder un par de dedos que acabar ahogado. Hace un mes sacaron el cuerpo de un tal Tunko que se había quedado ahí, sin aire en los pulmones y arrugado como una pasa.

– Hay que tener cuidado si se va solo, te lo digo.

– Deberías venir conmigo algún día, a más arpones, más diversión. ¡Y más cena! –exclamó Tigre, y Sihal se rio.

– ¡Claro, jefe, me encantaría!

– El otro día atrapé una maragota de casi ocho libras en la punta espinosa.

– Por la punta pasan bichos grandes, será divertido. ¿Haces esto de las termas con todos los nuevos?

– No con todos. Estos baños son muy buenos para los músculos. Carezco de tiempo para venir después del trabajo, así que hace rato decidí que sería un buen sitio para las reuniones importantes. Así matamos dos pájaros de un tiro, ¿no? ¿Qué te parece?

– Una idea brillante –Sihal asintió mientras dejaba que un chorro en forma de cascada golpeara sus omóplatos–. ¿Y qué es lo importante de esta reunión, jefe?

Tigre se incorporó para mirar al joven. El agua se movió en torno a su cuerpo, y las hojas de eucalipto que flotaban se alejaron con las ondas.

– Ha surgido un pequeño contratiempo... Y quiero que lo arregles tú, Sihal. Porque ha llegado la hora de que muestres tu compromiso para con el Martillo –dejó que el silencio planeara un poco antes de seguir, evaluando la reacción de Sihal–. Es un trabajo fundamental para nuestros objetivos, y como eres nuevo, quiero darte la oportunidad de que pruebes tu valía.

– Será un honor, jefe –dijo, saliendo de la cascada artificial–. ¿En qué consiste?

– En matar –declaró sin rodeos.

El rostro de Sihal se descompuso. Tigre se fijó en cómo le bajaba y subía la nuez. En ese momento solo se oyó el burbujeo del agua caliente. El jefe del Martillo sonrió, pero esperó a que el chico hablara.

– ¿A una persona?

Tigre hizo una mueca. Quizá esperara que fuera una prueba de iniciación. Un ritual como esos que hacen algunas hermandades de artistas en Galata. Por desgracia para él, esto no iba de cortarle el cuello a una gallina o hacer chillar a un cerdo.

– Un traidor que se está entrometiendo en nuestros planes. Un Borea.

– Un traidor… –Sihal había palidecido tanto que casi se camuflaba con el vapor–. Pero... ¿Matarlo? ¿No hay otra opción?

– Escucha, Sihal. Siempre hay más de una opción, pero yo me encargo de evaluarlas y decidir cuál es la mejor. Por eso soy el líder. Es un hijo de Borea, de modo que debería ser fácil para ti acabar con él. Podría hacerlo yo. Podría pedírselo a cualquier otro coyote, pero tú eres el nuevo y por eso te brindo esta oportunidad.

– Pero... Yo... Esto no es una oportunidad… Esto… No soy un asesino.

– Matar a alguien no te convierte en asesino. Los reyes del continente ordenan cientos de ejecuciones en su nombre, los soldados matan a sus enemigos en las guerras. En la política no se mata en nombre de un rey o bajo el amparo de la guerra que todo lo justifica. Se mata por imponer unas ideas. Unas ideas que harán nuestra vida mejor. Dime, Sihal, ¿tienes algún héroe favorito?

– Darwen Ojorrojo –afirmó, confuso.

– Curiosa elección para un hijo de Gea. Pero Darwen fue un calcinador. ¿Sabes acaso cuantos inocentes ardieron pasto de las llamas? ¿Acaso crees que sus dragones discriminaban entre soldados enemigos y niños hambrientos? Y aun así es todo un héroe, ¡un general como nunca más los hubo! –hizo una pausa para que el chico lo asimilara–. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

– Lo entiendo –Sihal se incorporó y miró a Tigre de una manera desafiante–. Pero yo no mataré a nadie de esta manera. Quiero ayudar al movimiento, pero no seré el sicario del Martillo, jefe.

– Vamos, no me vengas con esas, Sihal. Ya estás en el Martillo. Me gusta pensar que somos una familia unida. Y a la familia no se la abandona. No se sale del Martillo diciendo "me voy" porque un trabajo no nos guste. No. Aquí todo el mundo tiene que hacer tareas desagradables. Y tú matarás al chico.

– No quiero abandonar el Martillo. Quiero ir al continente a luchar por nuestra tierra, pero no mataré a nadie en las Islas del Borde.

Aquello empezaba a hartarle. Tigre se acercó al joven, pisando firme sobre el desigual y rocoso suelo. Le puso una de sus manazas sobre el hombro.

– Ahora eres un soldado, Sihal. Pronto zarparemos hacia el continente, y allí solo nos esperan enemigos armados que no dudarán en matarte. Porque te odian. Aunque no te conozcan aún, te odian. Necesito a soldados preparados. Soldados que no duden a la hora de matar. Tienes que saber lo que se siente, Sihal. Y es mejor que tu primera víctima sea un traidor que merezca morir y no un padre de familia, o un niño arrastrado a una guerra que no es suya. Créeme.

– No dudaré a la hora de matar al enemigo, pero el enemigo no está en estas islas.

El jefe le soltó el hombro. Ese chico era más terco de lo que había creído. ¿Se había precipitado? ¿Había sido un error confiarle esa tarea tan pronto? Podía hacerlo él mismo, o pedírselo a un miembro más veterano. Pero Tigre ya conocía a todos sus pupilos lo suficientemente bien como para saber que no le fallarían. Tan solo tenía dudas sobre la fidelidad de la última incorporación. Y si no podía asegurar su fidelidad por las buenas…

– Está bien... No quería llegar a esto, muchacho, pero me lo estás poniendo muy difícil. Vas a matar a Bytok Borea. Y lo vas a hacer porque de lo contrario el próximo cadáver que aparezca en Las Gaviotas podría ser el de alguien que te importe.

– ¿Qué? –los ojos de Sihal se recubrieron de un verde intenso. Tigre comprendió que ya no había vuelta atrás–. Te lo digo, Tigre, si le haces algo a Pira…

El líder del Martillo se echó a reír, cosa que visiblemente enfureció más a Sihal. No solo por sus facciones endurecidas, sino por lo que ocurrió entonces. El suelo de la poza cobró vida. Empezó como un ligero temblor, uno que Tigre conocía muy bien. Pero lo dejó estar. De las paredes empezaron a desprenderse pequeñas esquirlas de tierra. Se inició un oleaje que derramaba agua al chocar con los bordes de la poza, empapando las túnicas que habían dejado sobre las sandalias. Una falla se dibujó en el techo abovedado, con el sonido de la tierra quebrada.

– Basta, Sihal –soltó Tigre.

Ahora sí. Notó el cosquilleo. Sabía que sus ojos se habían vuelto verdes también. Alzó las manos y las cruzó. Entonces el temblor amainó. Las aguas se calmaron y las paredes dejaron de resquebrajarse. Por un momento, ambos se miraron con los ojos verdes, los músculos en tensión y las venas del cuello marcándose de manera sobrehumana. Hasta que, al cabo, Sihal flaqueó. Los hombros del chico decayeron, sus ojos volvieron al azul oscuro natural antes de cerrarse.

– Quiero… –susurró, extenuado, haciendo un gran esfuerzo por hablar–, irme.

– Nadie se va del Martillo, chico. La familia es para siempre.

Tigre se acercó al joven, que tenía la cabeza posada sobre el borde de la poza, tan ladeada que parecía que en cualquier momento se le quebraría el cuello. Se había desmayado. Y no era de extrañar. Tigre había sentido el potencial en el poder de Sihal, pero aún estaba muy lejos de rivalizar con el suyo. Por algo era el líder del Martillo.

16

AMARGO RETORNO

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Por fin atisbó los fuegos en mitad de la noche. En mitad de la nada. Entre arena y estrellas. En ningún momento había estado totalmente seguro de saber encontrar el oasis sin Rudi, pero lo había logrado. Volvió a dedicarle un momento solemne. Unos segundos para pensar en ella.

La había asesinado. Y lo peor era que ni siquiera había sido consciente de ello, hasta que recordó lo que había dejado de ella. Exactamente lo mismo que había hecho con Dervhan aquella fatídica noche, años atrás. ¿Cómo iba a explicárselo a su gente? ¿Lo lincharían? Difícil saberlo.

Pero eso sería lo mejor. Lo correcto. Un justo castigo para las abominaciones que he cometido. ¿Justo? He mandado matar a cientos de personas, he sacrificado a un grupo de compañeros para rescatar a una sola. He descuartizado a un hombre y a una mujer. No, un linchamiento ni siquiera se acercaría a lo que me merezco. Pero al menos así terminaría todo.

Aquel suplicio de no saber quién sería el siguiente, cuando sería la próxima vez… ¿A dónde iría él después? ¿Acaso Limeres reservaba un sitio para los surkas en el paraíso?

Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en el Averno Tormentoso y las historias que le contaba la aya de pequeño. No. Era muy arriesgado. Podía sufrir durante una vida entera, pero no estaba dispuesto a sufrir durante toda la eternidad que podría suponer ser enviado ese lugar de pesadilla que describían con sumo detalle los sacerdotes limereos. Tenía que redimirse mientras aún pudiera. Tenía que obrar por el Bien.

Los fuegos que aparecían en la lejanía se hicieron cada vez más grandes. Pronto pudo diferenciar las oscuras figuras rectangulares de los carromatos que habían adaptado y transformado en pequeños dormitorios para los heridos y los más débiles.

¿Acaso no compensaba el bien que estaba haciendo con esos desheredados todo el mal que había hecho? Había matado, sí. Pero también había convertido a una recua de desposeídos en una familia unida y solidaria. Una familia de saqueadores, ciertamente, pero luchaban por un mundo mejor. ¿No? Todos compartían sus ideas sobre un Mohad distinto, donde todas las voces serían escuchadas. Eran unos bandidos con corazón, y al fin y al cabo siempre trataban de ahorrar el mayor número de vidas en cada una de sus acciones. Sí, eran unos saqueadores, pero con cierta moral. Los Escarabajos. ¿No? Tras ese pensamiento llegó la maraña de dudas, como siempre. Mirado con perspectiva, los argumentos eran más bien endebles. No había hecho el bien, tan solo había velado por los intereses de su grupo.

– ¡Saaaaaaand! –era la voz de una niña–. ¡Has vuelto!

Ver a Aditi le arrancó una sonrisa, y hasta tuvo que reprimir las ganas de soltar una lagrimilla. Por un momento recobró todas sus fuerzas. Con ella sí que había hecho algo bueno. El Emperador de Suna la había enviado con un muñón por mano derecha. Ese era el castigo que correspondía a todo ladrón, ya fuera por robar un colgante de diamantes o un par de manzanas, como fue el caso de Aditi, en un famoso mercado de Visna. Él había acogido a una chiquilla miedosa, esquelética y al borde de la inanición. La había convertido en su protegida. Ahora era toda una mujercita de tez oscura, igual que su cabello y los ojos rasgados típicos de su patria.

– Agua…

Aditi desató la pequeña cantimplora que llevaba siempre al cinto y le hizo beber. Sand la había recibido a los diez años, y siempre andaba por ahí bailando y cantando en el asentamiento, sonriendo a todos y cada uno de los saqueadores, ya fueran de Mohad o de Suna. Le gustaba

pensar que Aditi había sido el pegamento que había logrado unir al grupo. Había sido la prueba de que tostados y rasgados podían llevarse bien. Mohadís y suná, enemigos durante siglos, y bastó con unas semanas en el mismo barco para convertirlos en hermanos y hermanas.

– Te he echado de menos, chiquilla –admitió Sand, sintiéndose revivir.

– No soy una chiquilla Sand, por Limeres, ¡ya tengo quince años!

Ambos rieron y se estrecharon en un abrazo de oso. Sand jamás había visto a uno, pero Aditi le había explicado lo que era con pelos y señales.

– Todavía queda pastel de avestruz en el carromato de Pierre –le susurró al oído la joven.

– Gracias, Adi. Comeré un trozo. Pero antes tengo que hablar con Romain, es muy importante.

– Pero si acabas de llegar… Y mírate… Estás… Horrible. ¿No puede esperar a mañana? Por cierto… ¿Dónde está Rudi?

– De eso mismo tengo que hablar con Romain. Te veré luego, Adi. O mañana… puede que mi conversación se alargue.

Ella aceptó, aunque de mala gana. En su rostro se podía leer algo de preocupación. Más curiosos se habían acercado a ver quién llegaba en solitario y a esas horas. Todos se alegraron de ver a uno de sus líderes, pero enseguida cambiaron los rostros al percatarse de que faltaban los camellos… y su jefa.

Hubo preguntas, pero Sand no las respondió, o solo a medias, cosa que pesó en el ambiente. El recién llegado se abrió paso entre hombres con turbante y mujeres con chal, entre ancianos de dientes rojos por la nuez de areca y ancianas que miraban desde sus quimbous, entre niños agachados sobre sus castillos y niñas que habían dejado de dibujar en la arena.

Preguntó por Romain. Algunos le señalaron en dirección a un carromato. El precioso carromato que le robaron a Sylvie Besanzón, cinco años atrás.

El jaleo que supuso acercarse con la muchedumbre detrás hizo que Romain saliera del interior del reformado habitáculo.

Romain era un hombre alto, de ojos verdes aceituna como Sand. Casi nunca se quitaba el turbante, aunque Sand le había visto el cráneo totalmente rasurado alguna que otra vez, en la intimidad. Se había dejado un bigote espeso y negro que solía toquetearse cuando reflexionaba.

– ¿Qué demonios…? ¡Sand! ¡Habéis vuelto! ¿Dónde está Rudi? Tengo buenas noticias, es sobre la seda de Val'Havre. Sylvie nos escribió.

"¿Nos?", pensó Sand. Sylvie solo me envía cartas a mí, zorro taimado.

Sintió una pizca de enfado, pero la apartó sin requerir gran esfuerzo, tenía que tratar un tema mucho más importante. Y estaba cansado. No tenía tiempo para berrinches.

– Romain –pronunció, cargándose de valor–, Rudi no está. Tengo que hablar contigo en privado. ¿Puedo entrar?

Los ojos de Romain se abrieron como platos. Su mandíbula se tensó y apretó los puños. Entonces, Sand supo lo que estaba pensando. Que había ocurrido lo inevitable. Eso de lo que Romain llevaba años avisando. Lo que Rudi jamás quiso creer que fuera posible. Lo que Sand más temía que ocurriera. Lo que era evidente que algún día pasaría.

*

El carromato que habían transformado en dormitorio inicialmente para los enfermos y heridos estaba oscuro. Los dos ventanucos apenas dejaban pasar la luz plateada de la luna y el sinfín de estrellas que titilaban allá sobre las dunas. La lámpara de aceite resplandecía en la mesilla, alumbrando la cara sombría de Romain, que escuchaba sentado y sin mover un músculo. Impasible y con la mirada perdida en los motivos geométricos de la alfombra.

Cuando Sand terminó de contar lo sucedido, Romain se irguió en la butaca lentamente. Cerró los ojos. Resopló. Estiró el cuello. Y al fin miró a Sand.

– La mataste… –dijo en un susurro–. Por el Averno Tormentoso, la mataste. Le dije que pasaría. A ti también te lo advertí –su voz iba adquiriendo más vigor–. ¿Qué vamos a hacer ahora, sin ella? ¿Quién va a liderar a esta panda de gusanos?

– Romain, tú puedes…

– ¡No! –exclamó, con los ojos vibrantes–. ¡Se lo dije! ¡Le dije que eras peligroso! ¡Y tú lo sabías! ¡Mataste a Dervhan! ¡Y a Boris!

– Yo no maté a Boris –declaró Sand, de pronto muy serio–. Y Dervhan, ese ingrato saco de mierda mató a Rose.

– ¡Me da igual! ¡Por los muertos, te dije que te fueras!

– Y lo haré. Tenías razón, lo sé. Ya no puedo ocultarlo. Ni negarlo. No puedo controlarme. Rudi erró al confiar en mí. Haré lo que me dijiste. Iré a la Forja Negra.

– ¿Cuándo?

– Esta misma noche –esperó a que Romain dijera o hiciera algo, pero permaneció inmóvil y tan mudo como una estatua–. Encadéname y llévame al agujero. Explica lo que hice y diles que mañana me juzgaréis. Y mañana ya no estaré.

Romain exhaló un suspiro. Se mesó el bigote negro. Sand sabía lo que le estaba pidiendo. También sabía que era la opción más razonable. Romain no sabía cómo matar a un surka. Y era supersticioso. ¿Qué pasaría si lo mataba? ¿Cómo reaccionaría el Otro? Merecía la pena capital, sin duda. Su delito se castigaba con la muerte. Pero… ¿quién se atrevería a hacerlo? ¿Quién blandiría el alfanje?

– Debería matarte –gruñó Romain.

– Lo aceptaré, si así lo decides.

Tras un momento de lo más tenso, Romain relajó sus facciones. Se quitó el turbante, se llevó una mano a la frente y se dejó caer en la butaca. Estaba sudando.

– Morirás de todas formas. El camino a la Forja Negra… No durarás mucho en los Dominios, menos ahora que han movilizado a sus legiones.

Sand no sabía de qué estaba hablando Romain, pero hizo caso omiso del comentario.

– Eso ya no será problema tuyo.

– No. Desde luego que no. Lo que propones es razonable para mí. Aunque no para los demás. No lo haremos así. No podrías escapar del agujero. Sería sospechoso que no pusiéramos vigilancia. Diremos que Rudi murió en esa trifulca que tuvisteis en la posada. Que el sicario la mató. Tú te irás por la mañana. Explicarás esta versión y te inventarás algo que justifique tu partida.

– ¿Qué podría inventar? No tengo nada, Romain. No me queda nada. No tengo motivos para irme. Ninguno aparte de protegeros.

– ¿Protegernos?

– Sabes a qué me refiero. Ignoramos lo peligroso que sería matarme. No sabemos de lo que es capaz el Otro. Tengo que irme. Y me iré esta noche, en cuanto descanse un poco. Pero quiero que se sepa la verdad, Romain. Explícaselo. Por favor.

Romain volvió a acariciarse el bigote, como pidiendo consejo. Se levantó, haciendo crujir los tablones bajo la alfombra, y empezó a caminar en círculos. Sand seguía sentado sobre el colchón, con los pies en el suelo y las manos entrelazadas sobre su regazo.

– Ahora mismo tengo ahí fuera a más de trescientos Escarabajos esperando una respuesta. Quieren saber dónde está la jefa –Romain miraba por el ventanuco, comprobando con los ojos lo

que decían sus palabras–. Y se lo voy a decir.

– ¡Romain!

El tostado abrió la puerta del carromato y se quedó bajo el dintel, en lo alto de los tres escalones. Sus compañeros lo miraban interrogantes, ansiosos, preocupados.

– Hermanos. Hermanas. Nuestra jefa no vendrá hoy. Ni mañana –un inquieto rumor recorrió la muchedumbre como una ola–. Rudi ha muerto.

Silencio. El viento arrastró la arena del desierto. Los granos chocaron con la madera de los carros, rozaron los troncos de las palmeras, rascaron los rostros atónitos de los Escarabajos. De mujeres y hombres. La arena se mezcló con las primeras lágrimas, y los sollozos empezaron a puntear el silencio de la noche.

– ¿Cómo? –quiso saber alguien.

– ¿Por qué? –Sand, desde el interior del carromato, reconoció la voz de Aditi.

Por qué. Esa era una buena pregunta. Había muerto por confiar en él. Al igual que Aditi. Ella también confiaba en Sand. Fue entonces cuando tomó una decisión. Romain no contaría la verdad, pero Aditi merecía conocerla. Mientras escuchaba lo que decía Romain con una oreja, escribía en un trozo de papel, sobre la mesilla, una nota para Aditi.

– … de la posada de Val'Lacq. Sand acabó con el sicario, pero era demasiado tarde. Nuestra Rudi se desangró allí mismo. Lejos de casa. Lejos de sus hermanos y hermanas.

– ¡Venganza!

– ¡Muerte al rey Charles!

– ¡Revolución!

– ¡Por Rudi!

Sand se acercó a Romain, apareciendo ante la multitud. Le puso una mano sobre el hombro y notó que su compañero y rival se ponía tenso. No podía culparle. Cualquier gesto suyo podía ser peligroso, después de lo que había ocurrido.

– Antes de irme, tengo que informarte de las instrucciones de Suna.

– A la mierda Suna –escupió Romain–. Yo acataba órdenes de Rudi, no de un emperador gordo seboso a mil leguas de aquí.

17

JUICIO POPULAR

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

Pira y Sihal caminaban en mutuo silencio. La joven tenía un nudo en la garganta tan grande que apenas podía respirar. Las dudas la ahogaban. La vida de Hotus se jugaría en las próximas horas. El calderero había sido lo más parecido que había tenido a un abuelo. No soportaría que lo sentenciaran a muerte.

Lo peor de todo era lo que había oído en los últimos días por las calles. Que era un buen modo de hacer justicia. Que era lo más democrático. Eso había oído. Volver a los orígenes. Eso había querido Tigre, al parecer. Y eso estaba consiguiendo, haciendo que la gente pensara de esa forma. ¿Pero cómo podía un juicio popular ser la mejor forma de hacer justicia? Pira no dejaba

de imaginarse formas de amañar el evento, de interferir en las emociones de las personas, de manipularlas al antojo de un objetivo espeluznante. La muerte de un anciano inocente, calderero extranjero. Extranjero, ahí estaba el kit de la cuestión. Sabía que eran cada vez más los que despreciaban a los extranjeros, que de por sí no eran muchos. Un singa, además. Todo era, sin duda, responsabilidad del Martillo. El movimiento había fomentado un clima de odio que estaba calando hondo especialmente en las generaciones más jóvenes. Sihal era un ejemplo de ello. Y los niños de su clase. Al doblar la esquina, se topó de bruces con una realidad nada halagüeña.

La plaza de la rectitud estaba llena a rebosar. Pira fue avanzando tras Sihal, que se abría paso entre la muchedumbre procurando defenderse de los codos que se disparaban hacia su rostro cada dos por tres. Cientos de personas se agolpaban para colocarse en primera fila en torno al entablado. Miró hacia el anfiteatro. Allí, los más ricos discutían sobre la culpabilidad o inocencia del Arcoíris con sus posaderas cómodamente apoyadas en la piedra esponjosa.

En la elevada plataforma de madera había una alargada mesa de cedro atravesada en vertical por trece palancas. Frente a cada una de ellas se sentaba un miembro del jurado. Como en los viejos tiempos. Tal y como describen los libros, pensó Pira.

– Ahí está –dijo Sihal, deteniéndose.

Pira asintió, seria. Quienes estaban de pie eran el acusado Hotus, en medio de un círculo pintado de rojo; el acusador Tigre, en un círculo negro; y la defensora Bría, círculo blanco. En medio de toda esa composición se encontraba el mediador Honos, conocido por todos en el atolón. Fue quien abrió la boca en ese momento.

– Estamos aquí reunidos para impartir justicia una vez más. El calderero Hotus, un extranjero sin apellido válido en las Islas, ha sido acusado de asesinato. Hotus –el mediador se dirigió directamente al acusado–, ¿mataste al joven miembro del Martillo, Ruger Escuala?

– No –respondió el anciano con la voz firme–. Soy inocente y esta acusación es una farsa.

El vulgo se apretó aún más y las manos se alzaron en vítores contradictorios. A Pira le parecían una manada de lobos hambrientos. Estaba segura de que a muy pocos les importaba la vida de Hotus. Lo único que querían era un espectáculo. Era igual que en el continente. Meneó la cabeza para sacudirse los recuerdos de aquella hoguera en la que estuvo a punto de morir abrasada.

– En ese caso, que la decisión de justicia recaiga sobre la sabiduría del pueblo. Tigre, puedes proceder con tu acusación.

Pira observó al acusador con una mueca de asco. Estaba segura de que todo había sido cosa de ese hombre. Era malvado. Con esa mirada taimada. Esa boca que se escondía bajo un grueso bigote rubio de la que solo salían falacias. Tenía el cabello aceitado como solían llevar los diputados, como para dárselas de persona seria. De intelectual. Cuando en realidad todos sabían que era un salvaje. Un bruto. ¿Lo sabían? Con cada día que pasaba, Pira tenía más dudas. Tigre era un hombre perverso. Un manipulador. Un depredador desprovisto de toda piedad. Sí. Su mera presencia cargaba el aire de tensión.

Había sido él. Lo había orquestado todo. Estaba segura. El asesinato le favorecía. A pocos días del referéndum más importante de los últimos años. Un asesinato por parte de un pacifista desacreditaría al Arcoíris a ojos de los isleños. No podía ser casualidad. Y un juicio popular era la mejor forma de evitar una investigación seria por parte de la Guardia Coralina, que seguramente era algo que Tigre temía. Aunque Pira sospechaba que muchos guardias pensaban como Tigre, y seguro que tenía amigos muy poderosos en el cuerpo policial.

– Ha sido él –susurró.

Si la había oído, Sihal no dijo nada.

Tenía que admitir que el jefe del Martillo era un gran orador. Adornaba su acusación con preguntas retóricas, apelando a las emociones de la gente. Primero hizo que todos supieran lo buena persona que había sido Ruger, la víctima. Enumeró todas sus hazañas y buenas obras. Mencionó la pena que sufría la madre, años viuda y ahora sin hijos. Describió a Hotus como a un extranjero, un singa llegado desde tierras impías y odiosas. Pira lo miraba con atención, tratando de buscar algún escrúpulo en ese hombre. Era como buscar una perla en una laguna.

– … entonces cargó con él, dejando un surco de sangre hasta la entrada de su casa. El sacerdote Bern salió, corriendo como nadie imaginaría que pudiera, y al cabo volvió con la líder del Arcoíris, Bría, aquí presente. Yeguen se marchó para avisarme cuanto antes, pues los acontecimientos lo superaban claramente. ¿Y a quién no? El paradero del cadáver sigue siendo un misterio, ya que el Arcoíris se niega a admitir la verdad, y mucho menos a colaborar en el caso.

Ahora sí, la plaza estalló en un bullicio enfurecido que el mediador tuvo que calmar con insistentes peticiones de silencio. Fue entonces cuando llegó el turno de la defensa. Pira estaba tan asustada que le cogió la mano a Sihal y la apretó hasta que el joven se quejó de dolor.

– La versión de Yeguen, contada por Tigre con sus correspondientes adornos y variaciones, admite no haber visto la puñalada por la espalda, tan solo la evidencia posterior. La verdad es la que es, y Hotus se encontró con el chico moribundo en la puerta de su casa. Lo único que hizo fue llevarlo al interior para tratar de salvarle la vida. Daba la casualidad de que Bern el sacerdote estaba ahí, de modo que el chico tenía alguna posibilidad de ser salvado.

– Por cierto, ¿dónde está Bern? –preguntó Sihal.

– Se está encargando del plan de emergencia, por si declaran a Hotus culpable –reveló Pira en un susurro al oído.

– Desgraciadamente –seguía diciendo Bría–, el cuchillo había atravesado un pulmón y rasgado el corazón. Apelo a vuestro sentido común, ciudadanos. Hotus es un anciano de setenta y ocho años. Además, como Tigre ha explicado, es un singa. No es hijo de ninguna Guardiana y no conoce el secreto de los elementos, ni ningún otro secreto. ¿Es verosímil que hubiera podido acabar tan fácilmente con un hijo de Escuala de veinticuatro años, alto y fuerte como Ruger? – Hubo un silencio lleno de dudas. O quizá las dudas del pueblo solo estuvieran en la imaginación de Pira–. Pero entonces, ¿habría sido Bern? ¿Nuestro bien amado sacerdote? ¡Todos sabéis que sus votos no le permiten matar ni a un pollo! Y tampoco sería rival para Ruger.

– ¡Ni para un pollo! –se mofó alguien.

Aunque la mofa iba en el sentido de la defensa, a Pira no le hizo gracia. Quizá en otras circunstancias se habría reído, pero en ese momento era incapaz de arquear los labios.

– ¡Fue una puñalada por la espalda! –gritó otro.

– ¡Sí, cualquiera puede matar por la espalda, hasta el más viejo de los vejestorios! –añadió otra voz irritada.

Gente del Martillo. Pira bufó para sus adentros. Y entonces Tigre pidió la palabra de nuevo.

– También barajamos la teoría de que haya podido ser Bern. Al fin y al cabo, ambos estaban allí, en el lugar del crimen. O quizá hayan sido los dos. Bern y Hotus. Pero en ese caso… ¿por qué? La primera hipótesis que barajamos fue el odio. Ruger y Yeguen estaban haciendo su ronda de persuasión, y sabemos cuánto aborrece el Arcoíris a nuestros jóvenes chicos del Martillo. Sigue siendo plausible, pero… el otro día descubrimos algo más. Cuando fui a ver a la madre de Ruger, encontramos un montón de folios en la habitación del chico.

– ¡La teoría! –exclamó Pira en un murmullo alarmado.

Sihal la miró con la confusión tatuada en la cara. El público tampoco entendía a donde quería

ir a parar Tigre. Hotus y Bría se volvieron hacia él, y Pira supo que estaban pensando lo mismo que ella.

– Parece que el joven Ruger había robado algo en lo que estaba trabajando el sacerdote. Por eso, pensamos que la enemistad o el rencor podría venir de antes. Quizá Bern lo hubiera averiguado, u Hotus. En cualquier caso, dudo que el robo de unos papeles justifique asesinar al ladrón. En estas islas no nos cobramos justicia nosotros mismos. Tenemos a la Guardia Coralina. E incluso al pueblo. ¡Por algo ha pervivido tanto tiempo este sistema, ¿o no?!

El pueblo se mostró bastante de acuerdo, aunque Pira observó que aún había quienes dudaban. Quizá fuera una falsa percepción, una ilusión teñida de esperanza. Ella misma era consciente.

– Esta es la primera noticia que tenemos de la teoría de Bern –se defendió Hotus. A Pira no le pareció especialmente preocupado, y eso que no podía decirse que las cosas marcharan precisamente bien. Se aferró a la calma del calderero para guardar los ánimos–. Fue robada en la noche de la tormenta, y nunca supimos que fue de ella. Pero el sacerdote saltará de alegría cuando se entere de que se ha encontrado la teoría en la que llevaba años trabajando.

– ¡Mentiroso! –exclamó alguien de la plebe, que fue secundado por gritos idénticos.

Volaron un par de huevos y Pira creyó ver pasar un coco enorme. Había que estar loco para tirar un coco. Y cada vez había más locos entre los bordeños.

– Mediador –intervino Bría de nuevo–, quiero llamar a un testigo.

– Propón al testigo, defensora. Yo decidiré si es relevante.

– Bytok, el mejor amigo de Yeguen, sobre cuya historia se basa toda esta patraña, vino a vernos a Hotus y a mí para contarnos lo que le dijo el propio Yeguen en la noche del asesinato.

– Adelante, defensora.

– ¡Bytok, ven a contarlo!

*

Sihal empezó a temblar. Había tenido la esperanza de poder sobrellevarlo. Dejarlo a un lado, enterrarlo en un polvoriento rincón olvidado de su mente. Pero era imposible. La mera mención de su nombre hacía que se le viniera el alma al suelo. Sus rodillas se volvieron tan endebles como flanes. Que pena no estar sentado en las gradas en ese momento. No sabía ni cómo se mantenía de pie. Para colmo, Pira estaba a su lado. Y ella era probablemente la persona viva que mejor lo conocía.

– ¿Qué pasa?

– ¿Qué? Nada –dijo de la manera más rotunda que pudo, pero ni siquiera se convenció a sí mismo.

– Estás temblando. ¿Seguro que estás bien?

– Tengo un poco de frío.

– ¿Frío? –Pira arqueó una ceja, luego arrugó la nariz–. La gente está sudando.

– ¡Bytok! –llamó el mediador una vez más–. Bytok Borea, ¿dónde narices se ha metido?

El público empezó a impacientarse. Al principio había permanecido en vilo a la espera de que apareciera el testigo y cambiara las tornas del juicio con su testimonio, pero al ver que no pasaba nada, muchos empezaron a desconfiar de Bría.

– ¡Es una maniobra!

– ¡El muchacho no aparecerá!

Más huevos volaron. Unos se estamparon en el suelo del entablado, otros pasaron de largo y acabaron entre el público del lado opuesto.

– Nunca te he visto tan blanco, Sihal. ¿Estás enfermo? Tal vez sea la caballa de anoche… ¿O

el chile te ha sentado mal?

– Estoy bien, Pira, te lo digo.

– No lo parece –Pira colocó una mano sobre su frente para comprobar la temperatura, pero no la encontró más elevada de lo normal–. ¿Dónde demonios se ha metido ese Bytok? Hotus me dijo que su testimonio lo iba a cambiar todo.

Nadie aparecería. No habría ningún testimonio. Sihal lo sabía. Se había encargado personalmente de ello. Pensó en la forma en que lo hizo. Arrojado a una profunda falla abierta en la tierra. Posiblemente la caída le habría roto las piernas, pero no lo habría matado. No había podido hacerlo. No se había atrevido a usar sus propias manos para eso. Cuando cerró la falla ya no había duda. Volvió a sentir un escalofrío al rememorar el crujido de los huesos. Ni siquiera había tenido la decencia de mostrarse ante su víctima. El pobre Bytok no había tenido ninguna oportunidad de defenderse, ni de pedir una explicación. ¿Habría sospechado algo?

Lo que más le aterraba era la facilidad con la que lo había hecho. Así de fácil era matar para un hijo de Gea. Abrir la tierra y cerrarla. Se preguntó si Bytok habría podido hacer algo parecido con él. Sabía que los hijos de Borea podían arrebatar el aire a cualquiera. Vaciar los pulmones en cuestión de un latido.

– Parece que vamos a tener que prescindir de vuestro testigo –Tigre dedicó una siniestra sonrisa a los miembros del Arcoíris.

Aquello devolvió a Sihal a la realidad. Al juicio popular que se estaba celebrando ante sus ojos. El juicio que muy probablemente sentenciaría a muerte a un hombre bueno. ¿Por su culpa?

– Tengo que hablar –se dijo a sí mismo, pero en voz alta.

– ¿Hablar? ¿Con quién? –Pira le había agarrado del brazo y lo miraba con evidente preocupación–. ¿Quieres decirme que te pasa, Sol?

Esos ojos verde aceituna estaban llenos de bondad. Pira siempre buscaba el lado bueno de las personas. Pero lo que había hecho era demasiado grave. Y no había vuelta atrás. Temía que, si le contaba la verdad, ella lo dejara para siempre. Había hecho algo irreparable, al fin y al cabo.

– Pira… He hecho algo… –cerró la boca de golpe–. No debí entrar en el Martillo –admitió, pero no dijo nada más.

Pensó en la advertencia de Tigre. ¿Sería capaz de matar a Pira? Era demasiado arriesgado contarle la verdad. Si la gente se enteraba de lo que había hecho Sihal, toda la maniobra se iría al garete. Si bien eso era algo que a Sihal le habría encantado, no podía permitirlo. No con el martillo de Tigre colgando sobre la cabeza de su amada Luna.

– ¡Pues sal! –instó ella con media sonrisa, posando una mano sobre su mejilla–. Sal, Sihal. Olvidemos la política.

Sabía que no podría salir del Martillo. No con Tigre controlando el movimiento. Si quería salir, tendría que hacerlo con Tigre fuera de combate. El barullo que se armó en la plaza de la rectitud lo sacó de sus cavilaciones. Se limitó a sonreír a su novia, y a volver a mirar al entablado, arrepintiéndose por su arrebato. Tenía que ser realista. Si contaba la verdad, la sentencia a muerte se la ganaría él. Probablemente se la mereciera, pero probablemente eso haría que mataran a Pira también, por traicionar al Martillo. Y eso sí que no podía permitirlo. No tenía elección.

– ¡Mentirosos! –gritaba la plaza.

– Si no hay más argumentos por parte de la defensa… –empezó el mediador.

– ¡Hay algo más! –bramó Hotus. Su voz había cambiado de tono, ya no era tan firme como desesperada–. Estuvimos en casa de la vidente Suudra. Ella preguntó al espíritu sobre la muerte de este chico, Ruger. Las hojas formaron un dibujo muy claro: un martillo. ¡Un martillo!

La revelación acalló al público. La adivinación mediante hojas de coca era un asunto serio en las islas. Muchos pobladores habían acudido al menos una vez a preguntar al espíritu, y algunos lo hacían con asiduidad.

El mediador pidió que se confirmara esa declaración, y poco tiempo después la anciana apareció por los escalones del entablado.

– Hotus está siendo sincero. Hicimos tres preguntas al espíritu, y esa fue la respuesta más clara que nos dio. Un martillo.

Los murmullos inundaron la plaza como un mar de dudas. Olía a mentiras y engaño. Y Sihal se sentía apestoso. Tenía ganas de gritar. De largarse de allí y aislarse. Aislarse de todo el mundo. Se odiaba a sí mismo. Odiaba que Pira le tratara con cariño, porque ya no lo merecía. Odiaba a Tigre, pero era consciente de que no era rival para él. Ya lo había comprobado días atrás en las pozas.

Sin embargo, se quedó ahí sentado, observando con un nudo en el estómago y unas arcadas que se esforzaba en controlar. Rezó a las cuatro guardianas. Rezó a Akros. Si no era lo suficientemente valiente como para actuar, al menos podía rezar. “Rezar es de débiles” recordó que le había dicho una vez su padre, “rezar es para quienes no encuentran las fuerzas en sí mismos”. Desde luego, no iba a encontrar las fuerzas en sí mismo. Estaba destrozado. Y solo podía esperar que el jurado elegido aleatoriamente declarara la inocencia de Hotus.

*

Tigre apretó los dientes. Odiaba las sorpresas. Solían ser un incordio, pero más cuando ponían las cosas en su contra. Vio que los jueces, una panda de ignorantes elegidos al azar entre la muchedumbre apenas unas horas antes, discutían acaloradamente entre sí. Ninguna de las trece palancas se había movido aún. Había pensado que todo sería mucho más fácil. Y ahí estaba de pie, esperando el veredicto de esos inútiles, sin poder hacer nada más.

Se había encargado de todo personalmente. Y se había dejado cabos sueltos. La vidente. Ni siquiera se le había ocurrido que pudiera entrar en juego. Pero era una jugada clásica. Una buena maniobra por parte de Bría, seguramente. Había contrarrestado la tradición con más tradición. Tigre había otorgado una gran importancia a las tradiciones de los ancestros, y la adivinación mediante las hojas de coca era sin duda algo mucho más ancestral y arraigado que el juicio popular.

Por fin un miembro del jurado tiró de su palanca. Culpable. Una de trece. Los demás seguían discutiendo entre susurros airados, gesticulando o rascándose la barba o haciendo aritos en su cabellera o tocándose las cuentas de los collares como si eso les ayudara a pensar.

Cuando ya fueron cinco los que tiraron de su palanca, el público empezó a impacientarse. Los veredictos no solían tardar tanto, no en los juicios de verdad. Dos palancas más activarían el mecanismo que abriría la trampilla y haría caer a Hotus en una celda subterránea que habían abierto un par de hijos de Gea. Ahí aguardaría a su funesto destino.

A Tigre la vida de Hotus le traía sin cuidado. Que viviera o muriera era irrelevante, lo importante era que el pueblo viera al Arcoíris como a un movimiento falaz. Una panda de mentirosos. A pesar de todo, tenía la sensación de haberlo conseguido, y por eso mantenía una ligera sonrisa.

Sonrisa que le duró hasta que vio a ese hombre abrirse paso entre la muchedumbre para subir al estrado. Un hombre de la Guardia Coralina. Trató de escuchar lo que le decía al mediador, pero estaba demasiado lejos, y no era un Borea para hacer que el viento llevara la voz hasta sus orejas.

– ¡Ciudadanos! –el mediador alzó la voz–. Me informan de que la ausencia del anteriormente citado Bytok Borea es anormal, puesto que había confesado a su padre que declararía en el juicio. El testigo lleva desaparecido más de medio día. Nadie lo ha visto desde esta mañana, cuando fue a vender sacos de sal al mercado. La situación me obliga a pausar el juicio hasta que encontremos al testigo.

– ¡Cinco jueces han votado ya! –explotó Tigre.

– Y su veredicto es inmutable –declaró Honos–. Pero los otros ocho votarán tras escuchar a Bytok. Mi decisión también es inmutable.

Tigre apretó los puños, malhumorado. La muchedumbre se fue dispersando, con caras largas y rostros de descontento. Le pareció ver a gente feliz, a lo lejos. Chasqueó la lengua. Casi nadie sabía lo que estaba pasando. Otra desaparición.

Vio cómo partidarios del Arcoíris y de su propio movimiento cruzaban miradas de desconfianza mezcladas con un odio que llevaba semanas creciendo. Relajó un poco los puños. Al menos el ambiente era el adecuado.

18

AMARGA PARTIDA

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Por mucho que se esforzara, Sand no recordaba ninguna noche con tantas hogueras. El campamento de los Escarabajos centelleaba como nunca. Todos habían encendido un fuego en honor a la jefa. Tanto los mohadís despachados por la monarquía como los hermanos suná, deportados del Imperio vecino. Rudi había sido una líder excepcional, y muy pocos la conocían tan bien como él.

La hoguera de Sand se había extinguido días atrás. La había encendido en la primera noche de camino al campamento base desde Val'Lacq, con la esperanza de que, de paso, las llamas consumieran sus remordimientos.

Para que aquello no se repitiera, a Sand solo le quedaba una opción: irse. De eso precisamente había estado hablando con Santoro, que se acababa de ir a la cama. Saldrían con las primeras luces. La noche iba a ser larga, de modo de estarían todos dormidos cuando rayara el alba, pero por si las moscas, Sand se había procurado unos somníferos del carromato-droguería.

¿Qué magia es esta que me hace sentir que cuanto menos tengo, menos me falta? Heme aquí, huérfano y sin hermanos de sangre, despojado de todos mis títulos, de toda mi herencia. Aquí sobre la arena, tumbado en mitad de la nada, hermanado con un grupo de don nadies, sin ninguno de los lujos de los que dispuse toda mi vida. ¿Por qué es tan difícil renunciar a esto?

¿De verdad iba a abandonar a esas personas que habían sido sus hermanos durante más de media década? Aquellos que le habían dado la oportunidad de empezar de nuevo. En eso pensaba tumbado junto a las ascuas, mirando al cielo, intentando atisbar respuestas en el mosaico que conformaban las estrellas.

– Dijiste que me verías luego –lo sorprendió una voz de repente.

– O mañana– puntualizó él, sin abrir los ojos.

Notó que Aditi se tumbaba a su lado sobre la arena. Se había estado preguntando si debía volver a verla antes de partir, y esto apartaba la necesidad de una respuesta. Ya no se enfrentaría al dilema. Pero seguramente le resultaría mucho más difícil dejar el campamento.

– Mañana… Claro –la voz de Aditi sonó débil.

– ¿Ocurre algo?

– Que nuestra líder ha sido asesinada por el enemigo. ¿No?

Abrió los ojos para mirarla. Ese "no" llevaba el sello de la sospecha. La chica lo miraba con sus grandes ojos azules, que brillaban más de lo habitual, reflejando las llamas de la hoguera. Un mar llameante de sospecha, de recelo y de temor.

– Todos la queríamos, Adi –sintió que le temblaba la voz–. Yo… Sé que es un golpe muy…

– Lo es. Por eso no quiero más golpes, Sand. Por favor, dime que no habrá más golpes.

– No habrá… –su voz se desvaneció.

¿Cómo voy a decirle que no? ¿Qué pensará de mí cuando mañana ya no esté?

– Prométemelo.

– Adi…

– Prométemelo.

– No puedo.

La joven volvió la mirada hacia las estrellas, rechazando el contacto visual. Sand se acercó a ella y le cogió una mano sin decir nada. ¿Qué podía decir? Aditi no se merecía más mentiras, pero decirle la verdad sería un nuevo golpe.

– Te conozco. Eres como un padre para mí –volvió a mirarlo de pronto–. ¿Por qué llevas toda la noche mintiendo? –a Sand se le cortó la respiración, quiso defenderse, pero Aditi no le dio tiempo–. Evitas las preguntas. No hablas de cómo ocurrió. Desvías la mirada cuando te preguntan. Te rascas el cuello como cuando me decías que los Escarabajos no mataban en sus saqueos de caravanas ni violaban en los ataques a los asentamientos enemigos. Sé que no te gusta mentir. Sé que lo haces para que no sufra. Pero ya estoy sufriendo, Sand, así que al menos quiero saber por qué sufro.

– Tienes razón, Adi. Tienes razón. Pero…

No puedo. ¿O sí?

Había llegado el momento. Llevaba media década escondiéndose. Ocultando su identidad hasta tal punto que ya apenas creía haber sido quien había sido. Había cambiado anillos de oro por pendientes de madera. Cubertería de plata y vajillas de cristal por cuencos de madera y manos llenas de arena. Había trocado sus ropas de la más exquisita seda por harapos robados. Incluso había renunciado a sus rastas bien cuidadas por una tonsura radical. Se había acostumbrado al hablar del bandido, el mismo que el del plebeyo. ¿Qué pensarían sus padres al verle llevar el turbante de los rebeldes en lugar de la corona que le correspondía?

Notó la mano de Aditi sobre su rostro. Un dedo húmedo pasó por su mejilla. La miró, sorprendido. No era el dedo, eran sus mejillas. Estaba llorando.

– Estás llorando –dijo ella, tan atónita como él o más.

– No conoces a alguien hasta que no lo has visto llorar –citó con una tímida sonrisa que buscaba restarles importancia a las lágrimas. Era el momento idóneo para soltarlo todo. Aditi era la persona en la que más confiaba. Y estaba convencido de que no habría otra ocasión–. Ven. Alejémonos de estas luces. ¿Te imaginas lo que tendría que soportar si me viera así Romain? –intentó bromear.

Los tímidos sollozos de Sand tuvieron un efecto contagioso, y al cabo hasta el viento pareció unirse a la tristeza de los dos caminantes mientras se dirigían hacia la negrura del desierto

agarrados de la mano.

Se sentaron mirando hacia los fuegos, que desde la distancia parecían luciérnagas flotando en la noche.

– No sé ni por dónde empezar –admitió.

– Prueba por el principio –sugirió la muchacha–. ¿Qué pasó en Val'Lacq?

– El principio… Adi… Ese… Ese no es ni remotamente el principio.

– ¿Y cuál es? Desde que has vuelto, has estado mintiendo, Sand. Lo sé. Pero tú no mentirías si no hubiera una buena razón para ello.

– No me llamo Sand –reveló de pronto–. Mi verdadero nombre es Paul.

– ¿Paul? –aquello pilló por sorpresa a la muchacha, que encajó el golpe lo mejor que pudo–. Está bien. ¿Y por qué te lo cambiaste? ¿Por qué ocultarnos tu nombre?

– Porque de reconocerme, los Escarabajos me habrían cortado la cabeza y la habrían hecho desfilar por todas las ciudades y pueblos de Mohad.

– ¿Qué? Sand… No entiendo nada, ¿qué estás diciendo?

– Vivía en la capital del reino. En el centro de Val'Monde. Me desterraron de la noche a la mañana y me enviaron a morir al desierto, pero el destino no lo quiso así.

– Muchos Escarabajos vivían en Val'Monde. ¿Por qué te cambiaste el nombre?

– Prométeme una cosa, Aditi. Prométeme que no lo dirás.

Aditi se lo pensó.

– Prométeme tú que nunca volverás a mentirme.

Asintió el atormentado Sand.

– Te lo prometo.

– Entonces yo también.

– Bien –Sand expiró, serio. Estaba nervioso. Se estaba quitando un peso de encima, pero aún tenía miedo de quedar aplastado–. Hace siete años, mis padres fueron envenenados en nuestra residencia de Costazul.

– ¿Envenenados? ¿Por qué?

Aditi era muy impaciente. Era imposible contarle una historia, o explicarle algo sin que ella interrumpiera una docena de veces.

– Tenían muchos enemigos…

– ¿Quiénes eran? ¿Quién los envenenó?

– Eran… Eran los reyes de Mohad –exhaló un suspiro, aliviado por haberlo soltado–. El duque Alain Val'Detignes conspiró con los Escarabajos para matarlos de esa vil...

– No puede ser –cortó Aditi, que aún parecía estar procesando la información–. Eres Paul. ¿Paul Val'Dore? No –negó con la cabeza–. No puede ser.

– Soy Paul Val'Dore, sí. O al menos lo era. Ya ni yo mismo tengo claro lo que soy.

– Eres él… Claro… Por eso sabes tanto sobre Mohad.

– No sé tanto, en realidad…

– Por eso sabías leer y escribir. Desde el principio. Y todos los poemas que me recitabas de pequeña. Las canciones de nobles… Esos comentarios sobre los modales…

– Por eso, sí. Recibí una educación privilegiada.

– ¡Y por eso la infiltración en la Fortaleza Flotante! Rose. Tu prometida. No era usurera, como contaste.

– Tuve que contar muchas mentiras, una vez convertido en Sand.

– Ni estaba en las mazmorras del palacio por haber timado a varios nobles –seguía haciendo memoria Aditi, reconstruyendo episodios pasados con un nuevo foco–. ¡Era Rose Mont'Arbre!

A Sand le recorrió un escalofrío al escuchar ese nombre. Hacía años que no lo escuchaba con el apellido. Los recuerdos volvieron una vez más. La sonrisa de Rose la víspera de su boda. Esa sonrisa de la que Charles le privó durante años, hasta que logró rescatarla. Apenas tuvo tiempo para estar con ella de nuevo. Apenas unas horas antes de que se fuera otra vez. Para siempre.

– Basta. Aditi, no te lo cuento para que rehagas todos los acontecimientos. Odio tener que mentiros. No os lo merecéis. Y tú mucho menos. Mereces la verdad, Adi. Por eso estamos aquí.

– Gracias, Sand. ¿Qué crees que pensarán los mohadís de verdad cuando se lo cuentes?

Oh, niña. Tan lista y tan inocente…

– No se lo vamos a contar a nadie, Adi. Será nuestro secreto. Me lo has prometido, ¿recuerdas?

– Pero… ¿por qué? Te adoran, Sand. Los Escarabajos te adoran. Sin Rudi, tú serás el nuevo líder –la joven se puso a reflexionar, y Sand esperó, dejándole el tiempo necesario para que llegara a la conclusión más lógica. Esa que tantas veces le repetía el exmariscal Santoro–. Mucho más que un líder. Sand… Tendrías apoyos en todas las ciudades. Quizás hasta en el extranjero. Los Escarabajos, podríamos salir del desierto. Podríamos llevarte a la Fortaleza Flotante. Volver a sentarte en el trono. Y así podrías reformar el reino. Todas esas ideas de las que hablamos por las noches. Todos los debates sobre cómo gobernar para el pueblo… Podemos hacerlo. ¿Por qué no contarlo?

– Lo que describes requiere una guerra, Adi. Una guerra civil en la que implicaríamos a muchos inocentes.

– Ya estamos en guerra contra la monarquía, tú mismo lo dijiste.

– Estaba cegado por mi venganza personal contra Charles.

– Claro –entendió Aditi, que conocía la historia del golpe de Estado como todo el continente–. Era tu mejor amigo. Te lo robó todo.

– Pero ahora tengo problemas más graves que arreglar.

– Tu… ¿Enfermedad?

– Sí.

– Nunca me has contado qué te pasa realmente.

– Y no pensaba hacerlo, Adi.

– Hazlo.

– Comí carne humana… –tragó saliva, esperó un poco, pero no podía distinguir la expresión seguramente asqueada de Aditi–. Cuando Charles me envió a morir al desierto, me acompañaban Boris y otro consejero: Antoine. Antoine fue el primero en morir, y nosotros, engañados por un espejismo, confundimos su cadáver con el de una vaca.

Aditi se removió incómoda, y Sand, que seguía sin poder distinguir la expresión de su rostro, se detuvo, dudando sobre si extender su relato. Le pareció que la chica se separaba un poco de él.

– En Suna cuentan historias –dijo simplemente–. Historias de miedo.

– En Mohad también. Los llaman surkas.

– Dicen que son demonios –contó Aditi–. Que vagan en el corazón de Bosquealto y se alimentan de todo con lo que se cruzan, ya sean ciervos, lobos silvestres, humanos o incluso otros… como ellos.

– No sé cuánto hay de cierto en eso…

– Entonces no eres uno de ellos –concluyó ella.

Hubo un silencio incómodo, seguido del ulular del viento. Sand notó que le volvían a resbalar las lágrimas, por ambas mejillas para colmo. No supo decir si los sollozos que se escuchaban eran suyos o de Aditi hasta que ella lo abrazó de improviso y rompió a llorar.

– No eres un demonio, no eres un demonio –murmuraba–. Eres una buena persona. Una buena persona.

– Lo siento, Adi –balbuceó–. Soy lo que soy.

Se quedaron ahí un buen rato. Al final fue Sand quien tuvo que consolar a la joven, y no al revés. Había esperado encontrar rechazo, y en su lugar ella seguía ahí, abrazada a él, sin abandonarlo a pesar de todas sus mentiras. A pesar de la horrenda verdad. ¿Cómo era posible?

– Mataste a Rudi –declaró al fin, secándose las lágrimas–. La mataste sin querer. ¿Verdad?

– La maté, sí. No… No soy yo mismo cuando… Cuando pasa. Es como si me desmayara de repente. El Otro toma el control de mi cuerpo con una fuerza y una voluntad sobrehumanas. Y luego… Me despierto en mitad de la nada. Con sangre por todas partes. Los músculos entumecidos y un dolor de cabeza inefable. Un dolor mental. Y lo peor viene un poco más tarde, cuando aparecen las escenas. Como recuerdos. Revivo lo que hice estando inconsciente. Una y otra vez. Cada noche. Cada vez que estoy solo.

– Lo arreglaremos –declaró Aditi con una determinación sin fisuras–. Lo arreglaremos, Sand. Vamos a curarte. Seguro que hay una cura. La encontraremos. Juntos.

– No la hay, Adi. Llevo años buscándola. En vano.

– No has buscado suficiente. Solo unos pocos años. Y en el desierto, un lugar en el que no hay nada. Buscaremos mejor. Yo te ayudaré.

– Basta. Aditi… Es peligroso. Estar cerca de mí es muy peligroso, y lo último que quiero es ponerte en peligro.

– Pero ¿qué dices? Ya no soy una niña. He participado en expediciones y he sido de gran ayuda. Expediciones peligrosas. Mucho más peligrosas que tú.

– Cada vez seré más peligroso.

– ¡Razón de más para buscar la cura! ¿Qué otra opción nos queda, si no?

Otro silencio. Otro que invadió la melodía del viento, arrastrando consigo algunas de las risas lejanas y amortiguadas de los Escarabajos que seguían despiertos en torno a los fuegos de la base. Sand sabía lo que tenía que responder, simplemente no lograba sacar las palabras necesarias porque cada una de ellas sería un golpe para Aditi. “No más golpes”, le había suplicado. ¿Cuántos golpes llevaba ya?

– No –negó ella–. Esa no es una opción –era como si hubiera leído en su mente–. Prométemelo, Sand. Prométeme que no te irás.

Sand no dijo nada.

– No puedes hacerlo. ¿Abandonar? ¿Adónde irías tú solo? Aquí podemos ayudarte. Te protegeremos de ese Otro. Haremos lo que haga falta. Pero por favor, no me abandones…

Sentía el corazón en un puño. Las palabras eran un torrente abrasador en su garganta. Pero no lograba sacar ninguna.

– Mi madre ya lo hizo. Me abandonó en una pocilga. Ya lo sabes. Crecí con un ganadero que me pegaba cuando le venía en gana, y a los nueve veranos empezó a ofrecerme a sus amigos. Me escapé varias veces, hasta que logré esconderme en la miseria. No tenía a nadie. No tenía nada. Tan solo mi cabeza, mis manos y mis pies. Hasta que robé esas manzanas. ¿Y sabes qué? –Aditi le mostró el muñón que tenía por mano derecha, con lágrimas en los ojos, pero muy seria–. Gané al cambio. Me enviaron aquí. Y ahora tengo sonrisas. Tengo historias por las noches. Canciones. Sopas. Estrellas. Todo lo que nos hace más felices cuando se comparte.

– Seguirás… Seguirás teniendo todo eso, Adi.

– No, Sand. Te llevarías mis ganas de sonreír. Por favor, prométeme eso. No te vayas.

Sand había tenido tiempo para reflexionar durante su travesía por el desierto desde Val’Lacq.

Sabía que hablar con Aditi le robaría las fuerzas. Sabía que le costaría mucho más abandonar la base después de hacerlo. Pero tenía que hacerlo. Si mataba a Aditi… Jamás se lo podría perdonar.

– No puedo. No volveré a mentirte, Adi. Nunca más. No puedo quedarme.

– Me iré contigo, entonces –se apresuró a decir–. Buscaremos la cura.

– No –zanjó, serio–. Sería una locura. Podría matarte durante una noche sin siquiera darme cuenta –no era cierto, o al menos nunca le había pasado mientras dormía, pero necesitaba exagerar el peligro.

– ¡Me da igual!

– A mí no, Adi, pero puedo prometerte otra cosa. Puedo prometerte que volveré. Volveré y te buscaré.

– ¡No puedes! No sabes lo que pasará. No sabes ni adónde vas. No más mentiras, Sand. Ya no soy una niña. No volverás. Si te vas, no volveré a verte.

– Este es tu sitio, Adi. Tú lo has dicho. Es tu familia. No quieres abandonarlos. Lo sé. No me espera nada bueno allí adonde voy. Voy a ser duro contigo. Es cierto lo que dices, ya no eres una niña. Por eso tienes que entender mi situación. Ponte en mi piel. ¿Qué harías tú?

– ¡Jamás te abandonaría! –exclamó, y acto seguido rodeó con sus brazos el cuello de Sand y enterró la cabeza en su pecho.

Sollozos.

– No me lo pongas más difícil, Adi. Te lo suplico.

Los sollozos de la niña más alegre y risueña que había conocido le partieron el corazón. No hablaron más. Ambos sabían que no habría acuerdo. De nada servía empeorar las cosas. Sand se sumió en sus pensamientos, con uno destacando sobre el resto.

Los demonios no tienen corazón… ¿o sí?

Hasta que ralló el alba. Entonces, antes de levantarse, prestando atención a la respiración constante y alargada de Aditi, Sand sacó del bolsillo algo envuelto en una hoja de palmera. Deshizo el cáñamo que mantenía cerrado el rústico envoltorio y untó dos dedos en una pasta verdosa. Con cuidado, los colocó justo delante de la nariz de la muchacha, y al cabo la llegó a tocar para dejar dos manchitas color oliva.

Solo entonces se levantó, dejando la cabeza de la bella durmiente con cuidado sobre la arena. La observó un tiempo, pues era seguramente la última vez que la vería. Se dio la vuelta hacia el campamento, pero apenas dio un par de pasos se giró de nuevo. Deshizo su turbante y lo colocó bajo la testa de Aditi.

– Buena suerte, Adi –susurró, sintiendo que las lágrimas escalaban amenazantes por su garganta.

*

Santoro lo esperaba en el punto de encuentro con las sillas montadas y los bártulos sobre ambos camellos. Sand lo agradeció con un simple asentimiento, pues Santoro no necesitaba más.

– ¿Algún contratiempo? –preguntó.

Negó con la cabeza el exmariscal.

– Ni siquiera he tenido que usar el ungüento de *valerienne*.

– Bien. ¿Y el agua?

– El doble de la necesaria hasta Vil’Sables.

– Pues vamos –Sand montó en su fiel camello, que tan solo había tenido una noche para descansar. No se quejó.

Santoro se colocó en la silla con más dificultad, pero manteniendo la dignidad. Sand esperaba no tener que ver jamás cómo todo un mariscal del Ejército Real fracasaba a la hora de montar. Desde sus vetustos setenta y dos años, aquel hombre encarnaba todavía la imagen que Sand tenía de un alto mando del ejército. Era leal, sabio, disciplinado. Respetaba a sus subordinados y los trataba sin discriminar, por orden de méritos. Era persuasivo. Sabía hablar tanto con milicianos como con nobles, tanto con reyes como con vendedores de esclavos. Era culto. Conocía la Historia con mayúscula y no había escenario bélico que no le recordara a alguna batalla pasada. Lo que más admiraba Sand, a pesar de todo, era su objetividad. Sabía ponerse en el lugar del otro. Y eso, en la guerra, es vital.

Habían tenido suerte, los Val'Dore, pensó Sand. El exmariscal siempre había sido un fiel servidor de la familia, sobre todo cuando sirvió para su padre. Sand, por aquel entonces Paul, príncipe heredero, había participado a varios consejos del rey y las personas más poderosas de Mohad.

– Todavía recuerdo lo que me dijiste la primera vez que mi padre me invitó a una de sus reuniones de estado. ¿Sabes qué fue?

– Eso debió de ser hace casi una década…

– Ajá. Haz memoria, Fabien. Seguro que no recuerdas.

– Tenía muchos consejos para darte. Todos igualmente importante.

Sand azuzó a su camello y se pusieron en marcha. Miró hacia atrás, para grabar definitivamente la imagen en su cabeza: una charca rodeada por una docena de palmeras estiradas entre las que habían plantado carromatos transformados en espacios comunes. Su hogar.

– Que cerrara el cajón de la moral y abriera el de las promesas.

– Un consejo triste, sin duda, pero te habría resultado útil.

– No habría sabido. No sé prometer en vano.

Hubo un momento de silencio durante el cual Santoro no dijo nada. Se oyó el silbido del viento acariciando las dunas. El monótono andar de los camellos removía la arena bajo ellos. Si uno escuchaba bien, a lo lejos, podía oír el lejano estruendo de ronquidos despreocupados.

– Siempre lo sospeché, Majestad.

Ya estaba. Ahora que volvían a estar solos después de cinco años, solos de verdad, Santoro volvía a quitarle la máscara para ceñirle una corona que había perdido hace mucho tiempo.

Un rey depuesto y olvidado hasta por sí mismo, alcanzado por una maldición incomprendida, y un exmariscal empeorado por el sol y la edad, juntos en mitad del desierto. Eran tan poderosos como un par de escorpiones en el océano.

Uno nunca sospechó que sus pasos hacia el Este cambiarían el curso de la Historia. El otro, por el contrario, jamás lo dudó.

19

LA SEMILLA

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Gertrude les proporcionó varias mantas que ni fueron necesarias, pero nada de esterillas. Habían dormido en camas mucho más cómodas que el suelo, y por ese lado An Long estaba bastante satisfecho. Había dormido como un bebé. Salvo por un pequeño detalle: Shia Ma lo había despertado al oírle gritar en sueños. Luego le había preguntado sobre la pesadilla, pues había debido de decir algo sobre la mina de Ha Gian.

No le gustaba recordar aquel pasado. La pesadilla le había devuelto el enfado, y por eso estaba mucho más silencioso. Ya no reprendía a Shia Ma, ni la aleccionaba con su filosofía de vida. Simplemente callaba.

Antes de emprender la subida, Shia Ma insistió en acompañar a Gertrude al mercado, y An Long aprovechó para comprar una bonita figura de cristal que le llevaría a Dal Mah cuando regresara de la misión. Era un camello, le había dicho el vendedor, pero tenía tres jorobas. ¿Fallo del artesano o detalle que lo hacía especial?

Cuando volvieron a la cima del cañón, Kai Shek los esperaba con un Darragor prácticamente recuperado. Las heridas de su vientre ya no sangraban y el jinete veterano les indicó que podían viajar.

El desierto a lomos de Tiranior era una masa anaranjada interminable surcada por sombras que formaban las ondulaciones del terreno. An Long no se cansaba de maravillarse ante la belleza del mundo. Pensó en la conversación del día anterior con Kai Shek. ¿Qué haría si le arrebataban aquello? ¿Merecía la pena actuar por valores si se arriesgaba a perder el derecho a volar? Divagó entre preguntas mientras Tiranior atravesaba las pocas nubes que iba encontrando a su paso. De vez en cuando echaba la vista atrás, para asegurarse de que no volaba demasiado rápido y que Darragor los seguía sin problemas. Aunque volaba más despacio y a menudo tenía que refrenar a Tir, el dragón de Kai Shek no había perdido estabilidad.

Se detuvieron en mitad del desierto para que Darragor descansara. Al parecer, mientras An Long había estado librando su combate matutino contra algo que le había sentado mal en la cena, Shia Ma había averiguado cosas interesantes hablando con Gertrude.

– Lo llaman el corsario de las dunas –contó la joven adolescente con entusiasmo–. Es como una especie de cazarrecompensas. Ha estado husmeando por la zona varias veces y al parecer monta a lomos de un monstruo que escupe dardos venenosos.

Kai Shek se interesó por la historia de Shia Ma, y An Long escuchó mientras disfrutaba de la música de fondo del viento desértico.

– ¿Y su verdadero nombre?

– Gertrude no estaba muy segura. Dijo que los rumores le cambiaban el nombre. Derek, Derrem, Deren, Delek… Tiene varias es, eso seguro.

– Que el rey de Mohad tenga que recurrir a cazarrecompensas no es nada bueno…

– ¿Por qué? –preguntó Shia Ma.

– Podría significar que su Ejército flaquea. O que los rebeldes del desierto se han hecho lo suficientemente fuertes como para enfrentarse a la monarquía.

– ¿Por qué es eso malo?

– Porque se acerca una guerra, Shia Ma. Y cuanto más dividido esté el continente, más fácil será la guerra para el agresor.

An Long no pudo más que estar de acuerdo con Kai Shek, pero no dijo nada. Le seguía dando vueltas al asunto del mensaje que le había entregado a la informadora de parte del Khaz Dolu. Y luego estaba todo aquello de los eternos y los dioses. Esos dioses a los que él jamás había adorado y que ahora parecían existir o haber existido de verdad. Se lo había mencionado un par de veces a Kai Shek, pero este no parecía querer explayarse sobre el tema.

Despegaron de nuevo. Como antes, se adelantó en la segunda parte del vuelo y se desentendió de sus compañeros de viaje. Voló más despacio esta vez, para no tener que mirar atrás. Hasta que llegaron a su destino cuando el sol iniciaba su descenso.

– Bienvenidos a Las Indómitas –declaró Kai Shek, apeándose de Darragor.

Caminaron por entre las gigantescas columnas de arenisca que se entremezclaban para formar figuras bastante realistas, como perros levantando la pata, colas de ballena, osos erguidos, águilas a punto de alzar el vuelo… Shia Ma se divirtió mucho imaginándose y anunciando animales por doquier, pero An Long seguía sin estar de humor, y aunque hubiera visto el dragón de arenisca que veía la chica, no lo habría admitido. Era un juego de niños.

Tras atravesar el bosque de animales rocosos, el trío tibereño alcanzó un terreno baldío. La arena había ido desapareciendo poco a poco hasta ceder por completo ante una tierra reseca y agrietada. El viento, que antes ululaba entre las rocas, ahora azotaba con fuerza. Y allí delante, a lo lejos, lo único que uno podía ver era esa enorme montaña aplanada, como si algún dios todopoderoso le hubiera pegado un tajo en horizontal, dejando la cima totalmente lisa.

– Ahí está, chicos. La Semilla –anunció Kai Shek, luego silbó.

– ¿Ahora llamamos a Darragor? –preguntó Shia Ma, a mitad de camino entre la indignación mal disimulada y el cansancio acumulado–. ¿Por qué no hemos venido directamente hasta aquí volando?

– Es bueno pisar el suelo de vez en cuando. Y estás en el desierto de Mohad, Shia Ma, nada menos que en las Indómitas. Un lugar totalmente aislado y alejado de todo. Son muy pocos los privilegiados que pueden llegar hasta aquí. No desestimes tu suerte y aprende a apreciar estos lugares. Camina por ellos. Siente la energía que emanan.

Energía… An Long enarcó una ceja, pero no dijo nada. No sentía ni un grano de energía. Tampoco entendía por qué no habían ido volando hasta allí. Shia Ma no parecía muy satisfecha con la explicación, y su rostro reflejaba fastidio. Sonrió para sí, luego llamó a Tir. Ese también puso cara de fastidio.

*

La enorme roca rojiza se alzaba majestuosa en el corazón del desierto. Como un dios solitario en mitad de la nada. An Long se imaginó aquel antiguo monolito como si fuera un gigante enterrado en la tierra asomando la cabeza para mirar el cielo. La visión de aquel milagro geológico lo fascinó. Era como si toda la arena del desierto hubiera nacido de la Semilla. Con ese pensamiento rondándole la mente, frunció el ceño. ¿Habría descubierto el origen de su nombre? El comportamiento de los vientos también era curioso, como si nacieran de las faldas de la Semilla y volaran hacia todos los puntos cardinales del desierto.

An Long notó a su compañero inquieto: miraba la Semilla con recelo. Se acercaba por tierra, olisqueaba los caminos, volaba en derredor y no paraba quieto. Prescindieron de los dragones para rodear aquella mastodóntica masa de roca en busca de una entrada. Aquello tomó varias horas, pero confirmó su teoría sobre el viento: siempre que miraban hacia la Semilla tenían el viento de cara.

Kai Shek ya había estado allí, y no le pareció que algo hubiera cambiado. La roca no presentaba ninguna abertura, ninguna falla por la que deslizarse al interior. Se alejaron un poco para ver si en los alrededores pudiera haber algún túnel, alguna entrada subterránea o algo por el estilo. Cuando se volvieron a juntar, ninguno de ellos había tenido éxito. Shia Ma sugirió volar a media altura, pues quizá la entrada estuviera en algún lugar de difícil acceso en la pared. La ejecución se saldó con otro fracaso.

Finalmente se posaron en lo alto de la Semilla, removiendo el polvillo de la tierra reseca y aplastando unas curiosas plantas que An Long no había visto en su vida, a medio camino entre el agave y la crassula.

– Puede que vaya siendo hora de abandonar –se atrevió a decir Shia Ma–. Aquí solo hay tierra reseca.

– Quizá haya que esperar a la lluvia –reflexionó An Long.

Oteó el cielo haciendo visera con una mano. No había ni rastro de nubes.

– Buscaremos por los alrededores. Puede que haya una entrada subterránea, puede que…

Kai Shek dejó de hablar. An Long también había dejado de escuchar porque Tiranior empezó a escarbar a su lado con gran empeño, como quien busca un tesoro en medio del jardín. An Long notó la inquietud de su montura. Las ansias. Nunca lo había visto así.

– Es extraño… –admitió Kai Shek–. Darragor se ha ido. No le gusta este lugar. Pero tu dragón… Parece ansioso.

– Sí –admitió el joven jinete–. Está muy raro…

An Long trató de hablar con él, pero Tir no respondía a ninguna de sus preguntas. Ni siquiera con una mirada. Estaba empecinado en excavar sobre la cima de la Semilla. De modo que, solidario, el jinete saltó al hoyo para ayudar a su compañero de vuelo con sus manos, en la medida de lo posible.

Los demás seguían mirando cuando Tiranior ya había escarbado lo suficiente como para enterrar una casa. Por eso todos lo oyeron: el milésimo zarpazo provocó un sonido distinto. Continuó con más ahínco. An Long se acercó al lugar y se puso a limpiar la tierra que el dragón rascaba.

– Es piedra –anunció.

– Parece una puerta gigante –dijo Shia Ma desde arriba.

Kai Shek no dudó en saltar al agujero.

– Shia Ma tiene razón. Es una escotilla. Tenemos que encontrar el mecanismo para abrirla.

Buscaron un pomo, una palanca, cualquier cosa que pudiera asemejarse a un mecanismo de apertura, pero era como buscar agua en el desierto. Palparon la piedra, pero era perfectamente lisa.

– Esto no es más que un trozo. La puerta no acaba aquí –descubrió Kai Shek–. Hay que escarbar mucho más.

– Con Darragor iríamos más rápido –sugirió An Long.

– Sí, pero… Lo intentaré.

Darragor volvió a posarse, pero rechazó quedarse en ese sitio más de diez segundos, y Kai Shek no tuvo más remedio que aceptarlo. Algo asustaba a su dragón. Tiranior siguió escarbando frenéticamente mientras los demás pulían la superficie.

– ¡Runas! –exclamó An Long–. Kai Shek, ¿tú sabes de esto?

Las runas encuadraban la gigantesca escotilla. La enmarcaban. El veterano las examinó, quitando la tierra seca para dejarlas todas al descubierto. Lo hizo en silencio, despacio, una por una. An Long lo observaba, acompañándolo a lo largo de su exploración, pero sin osar distraerlo.

– Hay ciento ochenta y siete –informó Kai Shek.

– ¿Y qué dicen?

– No tengo ni la menor idea.

– ¿Qué? ¡Pero si te has pasado una eternidad examinando cada una de ellas!

– Son intrincadas. Y antiguas. Indescifrables para los tibereños, sin duda. Es la lengua antigua de los heterocromos.

– Nosotros aprendemos el Común en el Peine.

– Sí, pero esto es anterior al Común más primitivo. Es escritura rúnica. Quizá Shio Min pueda descifrar algo, pero nosotros…

Shia Ma los llamó desde una de las esquinas.

– He visto esta runa antes.

– ¿Dónde? –preguntó Kai Shek, sorprendido.

– En uno de los cuadros de mi… abuelo –explicó–. Era pintor.

– ¿Crees que tu abuelo sabría leerlas?

– Puede –titubeó, rascándose la barbilla de la sabiduría–. Pero está muerto.

– Oh.

– Sí.

– Lo siento.

– ¿Cuál era el cuadro?

– Lo copió de una reproducción de la espada del Jinete Loco. Recuerdo esta runa en su filo. Es que era un cuadro muy grande. Ocupaba casi toda la pared del comedor…

An Long se preguntó si realmente el cuadro era tan grande o, por el contrario, si el comedor era tan pequeño. Sabía que Shia Ma tenía muchos hermanos.

– Kaaldanor –balbuceó An Long.

– Sí. Mi madre siempre decía que iba a venderlo, pero al final nunca lo hacía. No sé mucho sobre la espada… ¿Existe todavía?

Kai Shek examinó la runa con detenimiento. Pasó la mano por encima, dibujó su forma con el dedo, siguiendo el surco que había tallado en la piedra.

– Existe –confirmó al fin. Después de reflexionar un momento, añadió:– Y vosotros iréis a buscarla.

– ¿Qué? –respondieron los dos al unísono.

– Está en el Palacio Dorado. En la sala de las reliquias no nos sirve de mucho. A veces se le permite verla a algún egregio emisario de otra tierra o algún condecorado del Tiber. Aunque se les hace firmar un documento de confidencialidad. Es más una especie de juramento. Este asunto es de fuerza mayor. Decidle al maestro Dun Gar que necesitamos la espada para abrir la puerta de la Semilla.

– ¡Pero, Kai Shek! ¿Cómo vamos a asegurar eso basándonos en una runa que Shia Ma ha visto en un cuadro pintado por su padre?

– Porque tiene sentido. Mira –Kai Shek señaló una ranura que había justo debajo de la sarta de runas que terminaba en la que había identificado Shia Ma–. Esta es la runa de Kaaldanor, y la ranura corresponde a su anchura.

– ¿Tú has visto la espada?

– Sí. Y es difícil de olvidar. Las runas, en cambio, son otra historia. Recuerdo que había tres cerca de la cruz.

An Long no daba crédito, pero asintió y volvió a mirar los grabados de la escotilla de piedra. Había otra ranura, al lado, con otra línea de runas que terminaban en…

– Otra runa igual… –susurró An Long–. ¿Hay dos? –aventuró.

– No es igual –señaló Kai Shek–. Si te fijas, a esta le falta la cruz. Pero tienes razón: hay dos –reveló Kai Shek.

– Espadas hermanadas –murmuró el jinete de la Nueva Llama, asombrado.

– Eso es –dijo Kai Shek–. Según tengo entendido, Kaaldanor fue forjada en Mohad. Y había otra espada, cuyo nombre el Jinete Loco no menciona en su diario.

– ¿Qué más sabes de Kaaldanor?

– Lo poco que nos legó Darwen Ojorrojo con sus escritos.

– ¿El fundador del Gremio? –quiso participar Shia Ma.

– Sí. Darwen fundó el Gremio tras lograr abrir la caja de Pondara, envuelta en fuego, que contenía los tres huevos de dragón. De allí salieron los tres primigenios, entre ellos Tiranior.

– Eso ya lo sabemos –se atrevió a decir Shia Ma.

Kai Shek le dirigió una mirada de reprimenda y chasqueó la lengua. No hizo falta nada más para que la muchacha bajara la cabeza, arrepentida por la interrupción.

– El caso es que Aaron, su hijo, empuñaba a Kaaldanor. La empuñó hasta el último aliento, pues encontraron su cadáver en el fondo del Mar Cerrado, con ella clavada entre las costillas.

– ¿Se suicidó? –Shia Ma estaba impactada.

– Estaba loco. Quemó una ciudad entera. Con todos sus habitantes –explicó An Long.

– Sí, aunque el asunto nunca se terminó de dilucidar –siguió Kai Shek–. No cabe duda de que se suicidó, pues deja constancia de sus intenciones en una serie de pergaminos. En ellos también confiesa que Kaaldanor contiene algo maligno. Algo peligroso. Su padre dedicó varios años a esa investigación para eximirlo de la locura que se le conoce, pero fue en vano.

– ¿Algo peligroso encerrado en la espada?

– Me gustaría daros más detalles, pero me temo que no dispongo de mucha más información. Y tampoco tenemos mucho tiempo –añadió Kai Shek–. Tenéis que volver al Peine para confirmar que se trata de la misma runa. Estoy bastante convencido de que así es, pero habréis de confirmarlo una vez tengáis a Kaaldanor con vosotros. Shio Min también querrá saber de todo esto, y probablemente nos será de ayuda.

– ¿Y tú qué harás? –inquirió An Long–. ¿Buscar la espada hermana?

Kai Shek asintió.

– Tengo unos asuntos que atender en Val'Monde, y creo que es el lugar ideal para empezar la búsqueda, sí. Nos veremos de nuevo en el Peine. Volveré dentro de una luna, como mucho. Decídselo a Dun Gar. Decidle que las circunstancias así lo requieren.

– ¿Qué asuntos son esos que tienes que tratar en Val'Monde, Kai Shek? –insistió An Long, empezando a desconfiar.

– Asuntos diplomáticos.

Kai Shek no ahondó en más detalles. An Long quiso insistir, pero recibió una mirada severa y optó por dejarlo estar. Kai Shek era un jinete de dragón impecable. Era leal al maestro del fuego. Según contaban en el Peine, había pasado las pruebas sin dificultad y a la primera. Era sabio. A menudo discutía con Dun Gar sobre libros cuyo título An Long ni siquiera comprendía.

Pero había algo que An Long odiaba de él: le ocultaba cosas.

TRIFULCAS

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

Habían removido mar y tierra para encontrarlo. Literalmente. Pero había sido en vano.

Los hijos de Gea habían abierto cientos de fallas en las islas del atolón de Akrosia con el fin de hallar sus huesos. Sihal había rezado para que nadie lo hiciera. Pero al fin y al cabo era como encontrar una perla en una laguna. Y a pesar de eso estaba de los nervios. Sihal no sabía disimular, y cuando alguien mencionaba a Bytok sus rodillas flaqueaban y se le hacia un nudo en el estómago.

El mar también había sido inspeccionado. Todo un destacamento de los hijos de Escuala había levantado las aguas costeras para buscar el cuerpo mientras los peces levitaban anonadados, como si el mar no fuese más que una sábana ligera.

Tras una semana, casi todos los equipos de búsqueda se habían disuelto y el pueblo comprendió que no aparecería. Fue entonces cuando empezaron las trifulcas en las calles. Y en las tabernas.

Sihal no soportaba estar cerca de Tigre, ¿pero qué culpa tenían sus compañeros del Martillo? Había decidido que, si quería salir del movimiento, necesitaría algún apoyo en su seno. Estaba seguro de que su líder había chantajeado a más de uno, y solo tenía que descubrirlos para compincharse. No podía ser el único en esa situación.

Eran siete. En el apuntador de la mesa había cuarenta y dos muescas, lo que significaba que cada uno llevaba seis tragos. El ron era dulce por la miel, y se bebía con una facilidad traicionera. Rara vez en las islas el menú de la cena incluía carne, pero ese día habían sacrificado a varios cerdos enfermos por el bien de la piara, de modo que todos los allí presentes tenían al menos un cuchillo en la mano.

Sihal inspiró hondo, llevándose a la nariz todo el sudor mezclado con el aroma de las plantas del comedor, el olor a cilantro que salía de los vapores de la cocina y la flatulencia que muy probablemente se había echado Niwaz.

– ¿Otra vez? –se indignó mirando a su compañero.

– Están mejor fuera que dentro, compa. Y aquí ya huele a mierda de todas formas, con tanto pacifista y tanto hipócrita.

– Pero es que tus pedos no son normales, Niwaz. Te lo digo, tienes un problema en el culo.

El propio Niwaz se apuntó a las carcajadas de sus compañeros. Fueron tan sonoras que hicieron que los comensales de las mesas aledañas se giraran. Y, en ese punto de la noche, Niwaz solo necesitaba cruzar una mirada.

– ¿Qué coño miras tú, arcobilis?

– A un traidor –respondió rápidamente la miembro del Arcoíris, como si hubiera tenido la respuesta bajo la manga.

Sihal no la conocía. Era una mujer joven, de unos veinte años. Su mirada de un intenso verde rezumaba la serenidad de los bosques. Pero los rasgos de su rostro eran fieros. Su cabello rubio salvaje, su sonrisa ladeada cargada de confianza, su osado mentón alzado hacia adelante. Llevaba un puñal atado al pantalón de cuero y lo que parecía un dardo de cerbatana le atravesaba el lóbulo de la oreja izquierda.

Fue entonces cuando Sihal se dio cuenta de que todo había cambiado. Si los pacifistas del Arcoíris se armaban, entonces ya era demasiado tarde.

– ¿Traidor? –Niwaz se levantó bruscamente golpeando la mesa con su jarra–. Repite eso y te

desplumo, paloma arc...

De pronto fue como si Niwaz se atragantara. Se calló y se llevó las dos manos a la garganta. Sihal ya había visto antes algo parecido, pero tardó en darse cuenta.

Era una hija de Borea. Los más experimentados servidores del viento eran capaces de arrancar el aire de los pulmones de sus enemigos, asfixiándolos en cuestión de segundos. Sihal observó a la chica, cuyo rostro se había fruncido en una mueca de odio. Así estaban las cosas.

– ¡Traidor! –espetó nuevamente–. ¡Todos vosotros! Habéis orquestado todo esto. Matasteis a vuestro propio compañero para sembrar la discordia. Nos acusasteis para que perdiéramos votos en el referéndum. Nos arrastráis a una guerra inútil. Y ya no sólo en un continente lejano. ¿No lo veis? ¡Habéis provocado la guerra aquí mismo!

Justo cuando Sihal iba a exhalar un suspiro resignado, una tímida centella voló en dirección a la atacante. La chispa prendió en su cabellera rubia, y aunque fue rápidamente apagada por uno de sus compañeros, perdió la concentración y liberó a Niwaz de su presa.

Con los ojos rojos de furia, el joven extendió sus manos y de ellas brotó una bola de fuego que fue a estrellarse contra la pared. Todos se habían agachado a tiempo.

El tabernero empezó a gritar que pararan. Que nada de peleas en su taberna. Que le estaban destrozando el negocio. ¿Pero qué podía hacer un singa en semejante situación aparte de gritar? Sihal examinó la sala para evaluar el nivel de riesgo. Había plantas en grandes macetas, lo bastante gruesas como para tratarse de un mecanismo de seguridad. Al menos, antes de que alguien las quemara. Él era un miembro del Martillo, si usaba las plantas para apaciguar la situación podrían verlo con malos ojos en su equipo. Muchos de los presentes se levantaban, algunos se marchaban apresurados, otros se quedaban a mirar, pero ninguno parecía dispuesto a entrar en acción. Nadie aparte de los de su mesa y la de los miembros del Arcoíris.

Ambos bandos volcaron las mesas para usarlas como protección. Agachado, Sihal veía como volaban astillas, chispas, piedras e incluso algún cuchillo. Sí. Cuchillos. De alguna forma, le recordó a las batallas de comida que provocaba en el comedor de la escuela cuando era un gamberro de nueve años. Claro que entonces la amenaza más grande era llevarse un huevazo en la cabeza y tener el pelo pringoso hasta llegar a casa.

Sihal aprovechó la madera de la mesa para usar su don. El iris de sus ojos se cubrió completamente de un verde intenso como el bosque, y entonces la mesa se abombó y extendió una manta protectora sobre sus cabezas, convirtiéndose en una especie de cúpula de madera.

– Genial –se quejó Niwaz–, ¿y ahora cómo atacamos?

Sihal tocó la madera con ambas manos y varios ventanucos se abrieron en la defensa. Así prosiguieron con el ataque, pero el bando contrario había usado la misma táctica. Al fin y al cabo, el Martillo no era el único movimiento al que acudían los hijos de Gea.

Al cabo, y para sorpresa de todos, la cúpula protectora se hizo añicos. Las plantas cobraron vida y un ejército de brazos ramales se lanzó hacia los tobillos de los contendientes. Sihal pudo ver cómo aquella chica que había intentado asfixiar a Niwaz caía presa de varias raíces. Para Sihal fue fácil rechazar las ramas con su don. Se giró hacia la puerta abierta y vio que entraba gente a todo correr. Con una desequilibrada mezcla de alivio y confusión, reconoció a Terrek, que era quien visiblemente manejaba las plantas.

Se cruzaron sus miradas, y el jefe de escuadrón de la Guardia Coralina le sonrió a la vez que hacía un brusco movimiento con el brazo. Sihal sintió una colleja en la testa. Se giró y vio que el brote volvía a la trepadera.

– Se acabó la pelea, muchachos –declaró Terrek–. Ahora vamos a averiguar qué es lo que ha pasado –se giró hacia el tabernero–. Shoren, tú decides quienes te pagarán los destrozos.

21

FANTASMAS

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Tener a Fabien Santoro con él era todo un alivio. Sand era proclive a reflexionar en exceso. Esta faceta suya se acentuaba considerablemente cuando se encontraba a solas en el desierto. Sin su compañero de viaje, se habría pasado los días preguntándose cómo había podido descontrolarse, recordando una y otra vez el atroz asesinato que había cometido.

Por suerte, el exmariscal estaba ahí. "No tiene sentido que me quede", había alegado. Y era muy cierto, Sand lo había rescatado de las mazmorras de Val'Monde cuando fue en busca de Rose media década atrás. Al fin y al cabo, el exmariscal estaba en deuda con Sand, y siempre había sido fiel a su familia. Además, era su mejor baza de cara al futuro: en sus tiempos como mariscal había tenido el control total sobre el Ejército Real de Mohad. Los generales más veteranos lo respetaban, y el respeto es algo que no se pierde fácilmente cuando te lo has labrado durante toda una vida.

Los primeros días fueron livianos, dentro de los márgenes que permite un viaje por esos inhóspitos lares, pero echaba de menos a ciertas personas. Aditi la primera. ¿Qué habría pensado la niña al despertar?

Habían cogido víveres para una travesía el doble de larga de lo que sería la suya sobre el papel. En el desierto, nunca se contaba con agua y comida de más. Según los cálculos que hacía todas las noches basándose en las constelaciones, ya debían de estar cerca del poblado etapa de las Rocas de Cascabel, la antigua ciudad de los primeros habitantes del desierto. Si bien hoy en día abandonada, el oasis les proveería con lo necesario para reabastecerse en agua y comida.

– Entonces… ¿Habéis abandonado la idea de recuperar el trono, Majestad?

– Tengo preocupaciones más acuciantes. ¿Quién juraría fidelidad a un rey poseído por un demonio? Ni yo mismo permitiría que Mohad fuera gobernada por mí.

– Disculpad, Majestad, pero no sois un demonio. He visto cómo hacíais el bien en varios campamentos. He visto cómo educabais a niños, como entrenabais a mujeres para que fueran capaces de defenderse, cómo arreglabais las disputas entre mohadís y suná de manera imparcial y justa. Habéis enderezado a una banda de criminales. Porque eso eran, ¿no? Les habéis mostrado un camino más recto. Eso no es lo que hacen los demonios.

– ¿Criminales? Pocos eran los que habían robado más que un par de frutas.

– Muchos habían matado…

– Algunos, sí. No muchos. Y esos siguieron haciéndolo incluso bajo mi mando –Sand suspiró–. En fin, no es fácil ser un líder. Siempre tiene que haber alguien que tome las decisiones difíciles.

– Gajes del oficio –acordó el exmariscal. Sand sabía que lo sabía. Santoro había estado tomando decisiones de esa índole durante media vida, como asesor militar en el Consejo Real en tiempos en que gobernaba su padre–. Son decisiones imposibles. Cuando ninguna solución es ideal, cuando decidas lo que decidas el coste será elevado. Ya sea para unos o para otros, ya sea para todos. Lo importante no es la decisión en sí. Lo importante no es acertar.

– ¿Qué es lo importante?

– Que los reclutas crean que has acertado –prosiguió–. Se puede planear una batalla hasta la saciedad, y al final es extremadamente raro que todo salga según lo planeado. Si se gana, la estrategia parece acertada, pero si se pierde parece…

– ¿Qué me quieres decir con todo esto? –cortó Sand, un poco molesto con la lección. Ya no era esa relación entre maestro y alumno.

– Perdonad, Majestad. Solo digo que Mohad está cayendo en la más honda decrepitud. Primero la misteriosa aniquilación de toda una división en Mareas Rotas, luego ese brote de peste que forzó la retirada total. Después vinieron varios reveses en la Bahía de los Susurros contra los darenís. Y lo último fue la humillante batalla del Alto de Kram… Mohad necesita de un rey que esté a la altura.

– Mariscal… Yo no habría iniciado una guerra con Mareas Rotas, ni habría tratado de invadir los Mil Reinos. Lo pasado, pasado está. Esas gentes han probado la libertad, y les ha gustado. No volverán a dejarse anexionar. El Imperio de la Arena no volverá.

– No volverá –aceptó Santoro–. Pero si Mohad quiere seguir existiendo, necesita un rey que pueda repeler a Dareniel en la Bahía de los Susurros y rearme la frontera del sur con los Dominios de Lor'Horn.

– ¿Lor'Horn?

A Sand se le encendió una vela. ¿Podría ser Lor'Horn el aliado del Emperador Samprati Tercero? ¿Suna y Lor'Horn, aliados? Había oído rumores sobre un rearme de las tierras negras, pero…

– Sí. Circulan rumores sobre su rearme. No tengo más información de la que vos disponéis, Majestad, pero es lo lógico. Y como hace años que ninguna de las Cien Tribus ataca sus Dominios, dudo que el rearme tenga motivaciones defensivas. Van a mover ficha, Majestad. Los Mil Reinos son demasiado extensos y no ganarían mucho conquistándolos. Es un terreno boscoso incómodo para la Legión Negra. Incluso si llegaran a someterlos, los rebeldes se darían a la guerrilla escondiéndose tras cada árbol. No. Lo lógico es que sea Mohad. Nuestra frontera sur lleva años descuidada. Muchas atalayas abandonadas. La guardia, desatenta. Las guarniciones de Val'Fleus son las peor entrenadas, sus equipos son los más antiguos y, además, ya sabéis como es esa ciudad, Majestad…

Lo sabía. Val'Fleus era la ciudad de la Universidad. Allí los buenos estudiantes experimentaban con productos de otras tierras e inventaban artilugios inusitados mientras que los malos se daban a la vida de bailes y espectáculos, de tabernas y casas de apuestas, de burdeles y respiraderos de lagrimazul.

La conversación le dio que pensar durante un par de días. El sol subió y bajó dos veces y Rocas de Cascabel seguía sin aparecer. Quizá la pasaran de largo, quizá estuviera enterrada bajo las dunas o quizá hubiera desaparecido de la faz del desierto. O tal vez solo fuera una leyenda. En cualquier caso, ahí estaban ellos dos, una semana después de haber abandonado la base de los Escarabajos, preguntándose si el margen que habían previsto para las reservas habría sido suficiente. Restringieron ambas cosas, agua y comida.

Podía ser peor, pensó Sand entonces. Podría haber tenido que caminar pero, por fortuna, tenía a Camo. Podría morirse de frío en las noches a la intemperie, pero por fortuna, tenía su abrigo. Recordó su primera vez en el desierto, cuando los esbirros de Charles, guardias que antes le obedecían a él, lo despojaron de todo y lo abandonaron con sus dos más fieles sirvientes, Boris y Antoine, en mitad de ninguna parte. En mitad de un mar de dunas que le parecían iguales.

Llevaba años viviendo en ese mar ocre y arenoso. El desierto no pudo con él, y ya nunca podría, estaba seguro de ello. Porque el desierto, o bien te mata o te hace más fuerte. Pero tenía dudas acerca del estado de Santoro. Le había picado un alacrán, dos noches atrás, y si bien la savia de *bourgeole* le había permitido seguir adelante sin problema aparente, Sand sospechaba que Santoro estaba ignorando dolores y sufrimientos para sí.

Observó las estrellas de nuevo y buscó la constelación de la Cuchara. Al lado estaba el Ojo del Sur, la estrella que brillaba intensamente y señalaba siempre, tal y como su nombre indicaba, al sur. El alba no tardaría en enviarle sus primeros rayos. Agarró el alfanje que había dejado apoyado sobre las rocas y se lo llevó a la boca. Lamió el filo mojado por el rocío y repitió la operación por el otro lado. Lo mismo hizo con la daga y, finalmente, con el puñal.

Enfundó todas sus hojas y despertó a Camo. Seguía teniendo sed, una sed soportable. No tenía demasiada hambre, pero el rostro demacrado de Santoro le indicaba que debía beber con urgencia. Sacó su pequeña cantimplora y la llenó con el odre que trasportaba Camo sin quejarse.

– Toma, Fabien –le dijo–. Bébetela toda.

– ¡Majestad! Aquí hay mucha agua, yo…

– Toda. Es una orden.

Así era como había que hablar a los de su condición. En el Ejército Real algunos hombres ordenaban, pero todos, sin excepción, obedecían.

No todo lo sacaban de las reservas. Cuando se pusieron nuevamente en marcha, Sand mantuvo la esperanza de encontrar alguna planta comestible, y no esas demoniacas garras verdes que brotaban de las entrañas de las formaciones rocosas y que le habían hecho vomitar hasta el último gramo de cecina que se llevaron. Hacía ya dos días de aquello, y no estaba dispuesto a repetir la experiencia. Vomitar le traía malos recuerdos.

Siguieron caminando hasta que…

– ¿Casas? –oyó que murmuraba Santoro–. ¡Casas!

¡Sí, casas! ¡Por fin! Parece que vamos a salir de esta, viejo amigo. Aumentaron el paso. A medida que rodeaban una especie de meseta de arenisca rojiza veían asomarse más y más construcciones. Eran extrañas casas. Triangulares, pequeños montículos de arenisca con pequeños agujeros. Una ligerísima niebla cubría todo el poblado. ¿Humo? Sand aceleró el paso aún más para seguir a Santoro, cuyo ánimo había dado un brinco y parecía haber enterrado su febrilidad en la arena.

Los anfitriones acudieron a su llegada, a las puertas del poblado. Eran una treintena, todos cubiertos de telas blancas opacas desde la cabeza hasta los tobillos, ocultos por los lazos de las alpargatas.

– ¿De dónde venís, forasteros? –inquirió el más encorvado, mirándolos a través de la rendija que dejaban las telas para los ojos.

Sand titubeó. Esas gentes debían de ser paloas, los más antiguos pobladores del desierto supuestamente desaparecidos hacía décadas.

– Venimos de Val’Lacq. Estamos cruzando el desierto.

Un bisbiseo se extendió por entre el semicírculo de ropajes blancos.

– ¿Y a dónde vais? –quiso saber el hombre de blanco.

– Queremos llegar a Vil’Sables –improvisó.

– Esta no es la mejor ruta para cruzar el desierto. Si estabais en Val’Lacq, debisteis haberlo rodeado… –la voz del hombre sonaba a sospecha–. ¿Cuántos días de agua os quedan?

– Tres –declaró, pero la tos de Santoro hizo que se lo pensara mejor–. O quizá dos.

Aquel fantasma blanco se giró para consultar lo que fuera que tuviera que consultar con los suyos y, al cabo de unos segundos, anunció que los aceptarían por una noche. Sand dio gracias al desierto y a todos sus dioses.

*

Había pensado que sería imposible que cupieran todos, pero resultó que los anfitriones

entraban uno tras otro en ese diminuto refugio triangular, ante la atónita mirada de Sand. En cuanto se adentró y se acostumbró a la oscuridad, vio que en la diminuta estancia no había nada más que unas empinadas escaleras de madera que bajaban hacia las entrañas de la arena.

Y ahí abajo comieron. Higos y tunos en abundancia. Bebieron la infusión del mismo fruto. Hablaron con los locales, y en cuanto Sand y el exmariscal respondieron a todas las preguntas, los supuestos paloas se quitaron el capuchón blanco que llevaban cosido a la túnica. Sand no pudo contener su sorpresa. De repente, dejaron de parecerle fantasmas.

– Yo creía… –empezó.

– Los paloas ya no existen –se mofó un niño de cabeza rapada e inagotable sonrisa que estaba de rodillas sobre las esteras.

Todos tenían sonrisas naturales, verdaderas. Más parecidas a las de los Escarabajos que a las de los Val'algo de la corte. Había algo en sus miradas. Algo común a todas ellas. Pero Sand no lograba saber el qué.

– Nos hacemos pasar por paloas para evitar problemas. Mi padre, que descansa con Limeres desde el año pasado, nos enseñó algunos de sus ritos –explicó el que parecía ser el líder, un hombre llamado Sylvain. Respetuoso y letrado, por lo que había visto, completamente calvo, con la cara chupada por la edad, unos ojos cansados y una rala perilla blanquinegra–. Todavía son muchos los que creen que los paloas crearon a los espíritus de arena.

– Perdonadme, Sylvain… Pero no logro entender qué clase de problemas tratáis de evitar haciéndoos pasar por paloas…

Santoro había recobrado un poco de vigor con el agua, ya hasta se animaba a hablar.

– Antes vivíamos en otros lugares –tomó el relevo una mujer llamada Elise. Era joven, tenía unos ojos color canela y su mirada era una de esas que cuesta sostener. Sand por fin entendió que todos tenían la cabeza rapada–. Desde que surgieron esos Escarabajos, y después los Escorpiones, el Ejército Real organiza partidas para desmantelar sus bases. Los soldados se ceban con los asentamientos del desierto. Siempre sospechan de los oasis habitados. Preguntan por el jefe, lo acusan de colaborar con algún grupo rebelde y lo torturan hasta que admite algo. Entonces matan a unos cuantos hombres casados, violan a las mujeres y pegan a los niños que protestan hasta que dejan de hacerlo. Algunos nunca podrán volver a protestar.

– ¿Los soldados del Ejército? ¡No puede ser! –exclamó indignado Santoro–. No puede ser… –murmuró después, meneando la cabeza.

– Puede ser –siguió Elise–. Y es. Pero esos perros bastardos del rey Charles no son el único mal que azota al desierto. Los grupos rebeldes son más de lo mismo. Esos Escarabajos también aparecen de vez en cuando por los oasis. Llegan y creen que son justicieros, que luchan por el bien del desierto y sus gentes. Y por eso les debemos gratitud, comida y agua. Yo no digo que se les niegue el agua.

– En el desierto el agua es de todos –afirmó un niño pequeño desde las sombras. Sand no pudo verle la cara, ni tampoco el pelo.

Elise no le hizo caso y siguió con su soliloquio.

– ¡Pero siempre nos roban! Nos roban las monedas, los pocos escudos que conseguimos vendiendo alguna artesanía a los escasos mercaderes que cruzan las arenas. Nos roban las armas que usamos para defendernos de soldados o animales. Las frutas…

– Y cuando no son ellos son los Escorpiones –escupió otra mujer–, o los fanáticos esos.

– ¿Fanáticos? –preguntó Sand–. ¿Los discípulos?

– Sí. Los putos discípulos de Seth. Yo no los he visto –admitió Elise–. Solo Gregoire los vio. Pero no habla de ello. Y cuando le preguntamos se pone a llorar.

Todo el mundo había oído hablar de esos fanáticos. Sand incluso recordaba haber escuchado a su padre sacar el tema alguna vez. Creían en Seth, el supuesto dios del desierto, y le ofrendaban las vidas de aquellos que habían renunciado a la religión original, es decir la suya. Eso básicamente les permitía escoger entre todas las almas de Mohad. No eran más que un puñado de locos, según tenía entendido Sand. O al menos esa había sido siempre la real opinión de su padre.

– El caso es que sea quien sea el que venga al oasis, siempre son los anfitriones quienes pagan el jerbo –intervino Sylvain–. Yo lo recuerdo muy bien. Cuando era el Ejército, nos acusaban de colaborar con los rebeldes. Cuando eran los rebeldes, nos acusaban de colaborar con el Ejército. ¡Y era verdad! ¡Ambas cosas! ¿Acaso íbamos a negar el agua del oasis a gente en las arenas? ¿Acaso íbamos a alzarnos en armas contra los soldados? ¿Contra los bandidos? ¿Con qué? ¿Palos y piedras? El desierto es un medio hostil de por sí, sus gentes solo queremos vivir en paz, no necesitamos que nos lo pongan más difícil.

Sand se apiadó del viejo. Y de todas esas gentes de blanco. Sabía que los Escarabajos actuaban como bandidos. A pesar de que él había instruido a los suyos y les había impuesto unas estrictas directrices a seguir a rajatabla, las compañías de Romain y los otros ni siquiera contemplaban otra forma de actuar. De hecho, Romain era el primero en disfrutar humillando a sus víctimas. ¿Cómo iban sus hombres a hacer otra cosa que tomar ejemplo?

Quedaba claro que no podía contarles la verdad. No podía decirles que en realidad era uno de los líderes del movimiento rebelde de los Escarabajos. O que lo había sido, puesto que había renunciado a él días atrás.

Cuando se hizo de noche, la luna salió a brillar, y los falsos paloas salieron a tomar el aire. Resguardados de los vientos fuertes y la arena que arrastraban consigo tras la gigantesca formación rocosa, estar fuera resultaba agradable. Los niños aprovecharon la oscuridad para jugar a esconderse de sus padres, que los llamaban para llevarlos a sus casas y a sus respectivas esterillas.

Habían estado comiendo en casa de Sylvain, el decano del asentamiento, pero al parecer no podían quedarse a dormir. Sand entendió por fin lo que tenían en común todas esas miradas. Desconfianza.

Guiaron a Sand y al exmariscal a otra de esas construcciones triangulares, donde tras bajar por las escaleras, un amable y silencioso anciano les ofreció una bebida caliente a base de cactus y les mostró sus respectivas esterillas.

Tras un par de aclaraciones gestuales, el anciano les dejó dos candiles y se marchó. Bebieron la infusión rápidamente. Ambos estaban cansados, de modo que enseguida soplaron las velas y se sumieron en el silencio. Al cabo, Santoro lo rompió.

– Deberíais volver a ser rey.

– ¿Otra vez con eso, Fabien? Ya te lo he dicho, mi trastorno me lo impide.

– Podríamos recuperar la corona –siguió tozudamente en sus trece–. No sería muy difícil encandilar al Ejército. Ya tengo la lista en la cabeza, muchos hombres de alto rango os apoyarían sin dudar ni un solo segundo. Y después del fracaso en Mareas Rotas y la humillación en los Mil Reinos…

– No –cortó Sand–. No puedo, Fabien. Ya no soy el que era. Aquí no queda nada de Paul Val'Dore. Y es mejor así. La corona solo me trajo desgracias. Mis padres fueron envenenados. Mi hermana se suicidó. Mi mejor amigo me traicionó y… –Sand notaba cómo le flaqueaba la voz–, mi prometida… fue encarcelada y… –hubo una pausa larga durante la cual nadie dijo nada. Sand sintió el dolor de esos recuerdos estrangularle, pero pronto fue barrido por una embriagadora oleada de sueño contra la que apenas se sintió capaz de luchar–. Por fin me he

deshecho de esa carga. Ya no soy nadie… Solo Sand.

Sus últimas frases fueron respondidas por leves ronquidos. Le pareció extraño. El exmariscal le había confesado lo difícil que le resultaba dormir por las noches. Le había hablado de toda esa culpa que le rondaba el espíritu. Todas esas decisiones que acarrearon muertes inocentes. Muertes que llevaban su nombre. Sand compartía ese insomnio, al menos por temporadas.

Con un bostezo, se abandonó al pesado sueño que se estaba apoderando de él. Trató de mover las manos, pero le fue imposible despegarlas de la esterilla. Trató de levantar un pie, pero pesaba como un yunque. Era tal el sueño que fue incapaz de colocarse en una posición más cómoda.

*

Flotaba en una especie de manto blanco, sobre el mar dorado del desierto. Sentía que los rayos del sol lo atravesaban, pero hacía frío. Bendito frío. Nadó hacia abajo, zambulléndose en el aire, y una corriente cálida lo atrapó y devolvió inexorablemente a su sitio. Luego, unos brazos invisibles lo movieron al son del sueño.

La ciudad de Val'Monde se erguía majestuosa y colosal al borde del lago Danesi. Un gavilán curioso se había posado sobre la aguja de la Torre del Aura, como un centinela del cielo, y parecía maravillado por el brillo del Pento que coronaba la cúpula de la Gran Catedral de Limeres. En la Orilla Fangosa el alboroto y la efervescencia eran tan intensos que sus ecos ascendían hasta las alturas. Desvió la mirada hacia la Fortaleza Flotante, aquel prodigio arquitectónico que siempre lo había fascinado. Parecía una joya encajada entre los arcos del acueducto. Las aguas danzaban con deleite a través de sus canales, cantando una serenata líquida mientras resbalaban por los muros rosados y las troneras como las lágrimas de un río emocionado. Llegaron hasta sus oídos las melodiosas notas de un violín y se acercó flotando.

Ahí estaba él, junto al altar y frente al Pontífice, reconocible por el solideo y la toga celeste. Estaban rodeados de nobles, y todos esperando a que apareciera Rose en su vestido blanco. El aire estaba denso, impregnado de una anticipación palpable. Para él , al menos, que sabía lo que pasaba después.

Se abstuvo de seguir mirando y decidió retirarse flotando, alejándose con la elegancia de un sueño desvaneciéndose como la luz tras las montañas, dejando que la escena continuara su curso hacia el desafortunado final sin su presencia.

El sol se apagó y la luna iluminó una imponente duna sobre la que alguien se desplomaba. Estaba ya muy lejos de Val'Monde. Una vez se hubo acercado, observó que dos hombres escuálidos y andrajosos se encaramaban a la cima. Entonces los reconoció. Eran Boris y él. Y el que había muerto por inanición no podía ser otro que Antoine. Rechazó de nuevo la idea de seguir mirando. Ya sabía qué crimen atroz habían cometido. Un tormento que recordaba todos los días. Todas las noches.

Entonces llegó el olor. A carne. A sangre. A orina. ¿De dónde venía? Por un lado, sabía que era un sueño, pero por otro, era tan real… Los vientos oníricos le llevaron a una base que conocía perfectamente. Había carromatos esparcidos en torno al pequeño oasis donde crecían una docena de palmeras esbeltas. Lo que parecían hormigas eran en realidad sus amigos, jugando a los naipes o a los dados, mascando nuez de areca o saboreando alguno de sus botines. Él mismo estaría por ahí, organizando y planeando los próximos golpes, como siempre. Los niños suná y mohadís bañándose en la charca, tan unidos e inseparables como las hojas de una cizalla. Era como una mancha de vida sobre un mantel de arena muerta.

El tiempo aceleró de pronto, el sol se hundió varias veces en unos pocos parpadeos. Se vio tumbado con Rose acogidos en el abrazo de la arena, en un lugar discreto del campamento,

donde solo existían ellos y el eco de sus latidos. Jamás olvidaría esa noche. Ni el difícil amanecer que siguió.

Estaban todos reunidos a la hora en la que el sol iniciaba su escalada por las dunas lejanas. Escuchaban el discurso del líder. Se oyó pronunciando los nombres de los hermanos caídos en la infiltración. Se acercó. Vio perfectamente cómo Dervhan apretaba los puños. Cómo tensaba la mandíbula. Tenía que haberlo visto venir… El sol desapareció nuevamente en aquel paseo onírico donde el tiempo se negaba a someterse a las leyes de lo mundano. Sand vio con total nitidez cómo su propio yo salía del carromato en la noche. Dejando a Rose sola en la cama. Vio hasta donde se alejaba, y vio cómo entraba uno de los suyos en el carromato.

De haber dominado su sueño, habría salido flotando para no ver lo que sucedía después. Era todo tan real. El grito que se imaginó. El escalofrío que siguió. El olor a carne, vísceras y sangre. ¿Cómo era posible, si todavía no había ocurrido? Los vientos lo llevaron al interior del carromato al tiempo que su otro yo abría la puerta entreabierta que Dervhan había dejado a su paso. Revivió el descubrimiento de su amada acuchillada en la cama. Revivió la primera aparición del Otro. Y por primera vez fue consciente de lo que hizo. Esta vez vio cómo descuartizaba al asesino de su prometida. Él. Sand.

Le entraron ganas de vomitar. De abrir los ojos. Así se salía de las pesadillas: abriéndolos. Fácil, ¿no? De modo que los abrió y… el paisaje cambió. ¿Había despertado? Seguía flotando en el aire, pero ante él había un hermoso naranjo… y alguien apoyado sobre la ventana de una posada de mala muerte. Era él. Estaba vomitando. Sintió que se le aceleraba el corazón durante la persecución. Los pasos de Rudi retumbaban en su cabeza como si fueran martillazos. Sabía lo que venía después. Ya la había atrapado. Sentía los desesperados zarpazos de su jefa en la mejilla. Eran tan reales… No quería volver a ver aquello. No quería revivirlo. La pesadilla ya había durado bastante. Tenía que volver a abrir los ojos. Lo hizo.

– Sand.

Alguien le estaba dando tortas en la mejilla. A pesar de su visión todavía borrosa, adivinó que se trataba de Sylvain. Le agradeció en silencio el haberle sacado de esa horrible pesadilla. Se sintió aliviado, pero la sensación de bienestar apenas duró unos latidos: sentía la mente abotargada y pesada como el plomo.

– ¿Qué demonios…? –no recordaba cómo había llegado hasta ese sótano–. ¿Dónde estamos?

– Tenía que hablar contigo a solas, así que te traje hasta aquí. Estás en mi casa. En una habitación más profunda.

Fue a levantarse, pero entonces se dio cuenta de que tenía una mano atada a un gancho en la pared. Tiró, pero la cuerda era fuerte, y no hizo más que lastimarse la muñeca.

– ¿Por qué estoy atado?

– No eres ningún prisionero, Sand. ¿O quizá debería llamarte Paul?

Aquello lo pilló por sorpresa. Hacía años que nadie le llamaba por ese nombre, exceptuando a Santoro.

Sabe quién soy.

– Anoche bebisteis yahé. Yo también. Eso me ha permitido adentrarme en vuestros sueños. E incluso en cierto modo, dirigirlos por vuestros recuerdos.

– ¿Qué?

– Muet, el anciano que os mostró vuestro dormitorio os ofreció el brebaje. Muy pocos conocen el secreto. Muet es mudo, y aunque le hemos visto preparar el yahé cientos de veces, nadie obtiene tan buenos resultados como él. Los verdaderos paloas lo usaban con fines medicinales, para curar las enfermedades del espíritu. Es una pena que ya no sepamos hacer eso,

porque tú estás enfermo, Sand, Paul, o como te llaman los soldados del Ejército Real… demonio del desierto.

Sand se quedó sin palabras. Sylvain había sido el artífice de su pesadilla. ¿Qué más habría podido ver mientras dormía? De pequeño, el maestre de las letras le decía a menudo que los niños soñaban siete veces cada noche.

– Está bien. Sabes quién soy. También… ¿sabes qué soy?

– Un peligro. Un peligro para todos nosotros. Solo queremos vivir aquí en paz, lejos de los problemas. He estado pensando… Pensando seriamente en cortarte la cabeza mientras dormías. ¿Sabes cuanto paga el rey Charles por quien le traiga la cabeza de Paul Val'Dore?

– ¿Y por qué no lo has hecho? –respondió Sand con otra pregunta.

– Porque he visto tus sueños, Paul. He visto las muertes que has provocado, y he visto las vidas que has salvado.

– Entonces, ¿por qué me mantienes preso en esta mazmorra?

– Ya te lo he dicho, debía tener esta conversación contigo a solas –hizo una pausa y, tras rascarse la barba un rato, se acercó–. Eres un peligro, pero no tanto por tu… trastorno. Al fin y al cabo, tu trastorno solo ha costado dos vidas. El rey Charles es un peligro mayor para nosotros. Él sí que está loco. Si pudiera mandaría a todo el Ejército para exterminar a todos los pueblos del desierto. Lo considera un nido de conspiradores–suspiró el anciano–. En fin, el caso es que no puedes quedarte. Si alguien te reconociera, o sospechara algo, se correría la voz. ¿Qué crees que harían los soldados con quienes dieron cobijo al traidor de Paul Val'Dore? Por eso quiero que te vayas hoy mismo.

– Ya te dijimos que nos dirigíamos hacia el sur…

– Lo sé. Os iréis hoy mismo, vestidos con los sirais.

– ¿Vuestras túnicas blancas?

– Tenemos alguna de sobra. Así nadie os reconocerá. Tu amigo es famoso en el ejército, según he visto en sus sueños. Fue el mismísimo mariscal. Si os cruzáis con alguna partida por estos lares y os reconocen, buscarán todos los asentamientos cercanos y nos harán preguntas. De esas que pinchan, que cortan o que arrancan. La mayoría de esta comunidad creció en los alrededores. Nadie quiere que el Ejército Real ande investigando por aquí. ¿Me entiendes?

– No seré ningún problema para vosotros, Sylvain. Me iré en cuanto me liberes y me saques de este zulo –Sand empezaba a impacientarse, aunque entendía las precauciones de su anfitrión.

– Lo haré –Sylvain empezó a deshacer los nudos que mantenían a Sand atado–. Sé adónde te diriges en realidad, Paul.

– Ah, ¿sí? –esbozó mientras movía las muñecas, comprobando la movilidad.

– He oído historias sobre ese lugar. Créeme, no es un sitio al que alguien iría por voluntad propia. Tengo entendido que todos allí son esclavos.

– Ya me esclaviza lo que sea que tengo dentro de mí.

– Dudo que sea comparable…

– Puesto a ser esclavo, prefiero serlo de alguien a quien pueda matar.

Sylvain asintió en silencio. Sand se levantó, tambaleante. Seguía sintiendo todo el cuerpo abotargado, y sus pensamientos estaban desordenados. Subieron por las escalerillas y por una trampilla en el suelo salieron al salón donde habían estado comiendo y conversando el día anterior. Tuvieron que volver a subir para salir al exterior.

Cuando se acostumbró a la luz y saboreó el aire cálido del desierto, las voces a lo lejos le llamaron la atención. Era el grupo de Elise, preparando los víveres y colocando las sillas sobre los camellos. Se giró hacia Sylvain.

– ¿Ellos también se van?

– Sí, pero en otra dirección. Hemos dispuesto vuestros camellos y rellenado vuestros odres de agua.

– Gracias –dijo Sand, dubitativo y algo confundido por el hecho de que hubieran manipulado sus sueños.

– Ve –invitó Sylvain, asintiendo.

– ¿Y mi compañero?

– Dormido, en otro zulo. Ahora te lo envío.

Sand se despidió del anciano con un regusto agridulce. Solo quieren proteger a los suyos, pensaba. Lo hacen por precaución. El desierto es un hogar inhóspito e inclemente.

Cuando Sand ya se había alejado de varias zancadas el anciano lo alcanzó de nuevo.

– Una cosa más… No sé qué tal habría sido como monarca Paul Val'Dore, pero por lo que he visto, creo que Sand sería un buen rey para Mohad.

Correspondió al halago con una tímida sonrisa y un solemne asentimiento. Aunque esas cálidas palabras le llegaran al fondo del alma, trató de ignorarlas y aislarlas en un rincón de su mente lo antes posible. Hacerse de nuevo con el trono suponía desencadenar una guerra civil en el país, donde morirían tantos inocentes que nunca terminarían de contarlos. Charles jamás discriminaría entre sus enemigos.

*

Elise observó con inquietud el horizonte arenoso del desierto, sus pensamientos tumultuosos como los médanos que se extendían ante ella. Había un nudo en su estómago mientras se enfrentaba a la implacable realidad. ¿Qué acababa de hacer?

A su lado, Sylvain, un hombre curtido por el desierto y sus secretos, permanecía en silencio, como un guardián de la arena ardiente.

– Sylvain, –comenzó Elise con un suspiro tembloroso– ¿hemos matado a un rey?

Sylvain frunció el ceño, su mirada fija en el horizonte, donde el sol todavía ascendía acariciando las dunas.

– Elise, –respondió con una voz cargada de experiencia–, sabes que soy un hombre del desierto. He visto y hecho cosas que la mayoría no podría comprender. Pero no me mires como si fuera un asesino. Lo que hemos hecho es... complicado.

Las palabras de Sylvain dejaron a Elise con un sabor amargo en la boca. Había esperado respuestas, pero no estaba segura de estar preparada para lo que iba a escuchar.

– Les dimos agua envenenada. No es complicado: perderán la memoria reciente y se desorientarán. Dos hombres perdidos en el desierto más grande del mundo. ¿Eso no es como matarlos, Sylvain?

Sylvain se acercó a ella, colocando una mano reconfortante en su hombro.

– Elise, las arenas del desierto son un misterio incluso para nosotros. Lo que hicimos simplemente cambia sus posibilidades. A veces, la supervivencia es cuestión de destino, y hay fuerzas que escapan a nuestro control.

– ¿Fuerzas?

Sylvain suspiró, apartando la mirada del horizonte y posándola en Elise.

– Se acerca una guerra. Una mucho más mortífera que nuestra contienda con los asiduos visitantes de cada bando. Yo… tan solo he movido ficha.

Elise sintió un nudo en la garganta mientras luchaba por comprender el razonamiento detrás de todo eso.

– No lo entiendo. ¿Entonces no lo hemos hecho para protegernos?

Sylvain le ofreció una sonrisa triste.

– En parte sí. En parte no. El desierto nos provee con la magia de sus plantas. El yahé que prepara Muet es… muy potente. Tras confirmar mis sospechas, le pedí una mezcla más… intensa.

– Has visto los caminos –declaró Elise, con incredulidad.

– Los caminos del rey Paul Val'Dore –afirmó.

– ¿Cuántos llevan a la muerte?

– Todos.

– En el desierto –puntualizó.

– Seis.

– ¿Y el otro?

– A las garras de un dragón.

– La muerte en el desierto parece un destino más clemente –reflexionó en voz alta.

Sylvain le dio una palmada suave en el hombro.

– Quién sabe, Elise. En el desierto, incluso los caminos más extraños pueden llevar a destinos inesperados.

Los dos permanecieron allí, en medio del vasto desierto, con el sol dorando el mar de arena que se extendía hasta donde la vista podía alcanzar. Elise se aferró a la brisa cálida que soplaba suavemente, sintiendo que cada grano de arena susurraba historias antiguas. Aquello le insufló nuevas esperanzas. Sobrevivirían. Tenía esa corazonada.

22

EL TAMAÑO DE LAS PALABRAS

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

Habían trasladado el evento de la plaza de la Unidad a la plaza de armas por temas de capacidad. Pira se había pasado toda la semana con la gente del Arcoíris y apenas había estado en casa con Sihal, a quien sentía cada día más frío y distante. Al final iba a tener razón Hotus en aquello que le dijo el día después de la tormenta. La política y el amor pocas veces caminan sin tropezarse.

La ciudad de Akrosia se había vuelto un hervidero de bordeños de todos los rincones. Pira había oído que los atascos en las vías hidrourbanas se habían saldado con varios desmayos. Esos túneles eran condenadamente claustrofóbicos. De haber tenido que viajar tal distancia, Pira sin duda habría elegido la navegación. Grandes goletas habían arramblado con los amarres y muchos barcos de menor tamaño habían tenido que fondear fuera de los puertos, cosa que le resultaba paradójica. Algunos habían vuelto a su puerto de origen, pues tenían que traer a más gente al día siguiente. El día del referéndum. Siempre que había una votación importante era la misma historia. Se preveía con varias lunas de antelación, pero al final nunca había suficiente capacidad en Akrosia. Una isla es una isla, al fin y al cabo, pensó Pira.

Un carroviento le cortó el paso a toda velocidad y dejó una estela de tierra y arena que se

arremolinó en torno a Pira. Era el problema de Akrosia: las vías hidrourbanas habían descongestionado la ciudad, pero en días como aquel los carrovientos circulaban por doquier.

– ¡Mira por dónde vas! –espetó el vientero mirando hacia atrás.

Responder a ese idiota habría sido desperdiciar saliva, y el hecho de no saber si habría oído el insulto la habría puesto de mal humor. Una furia súbita la invadió. Tendió la mano hacia la vela que se alejaba a toda velocidad. Sus ojos llamearon un instante. Notó el calor que emanaba de ellos y posteriormente nacía en la punta de su dedo índice. Un dardo de fuego salió centelleando hacia el carroviento. Disparó otros dos, por si las moscas. Unos momentos después el vehículo se detuvo. La vela ardía. Pira siguió su camino hacia la plaza de armas, echando de menos a los caballos o los burros que tiraban de los carromatos en el continente.

– ¡Pira! –la llamó una voz femenina–. ¡Pira!

La mentada se giró buscando ponerle cara a esa voz familiar. Una mujer corría hacía ella. Vestía una blusa blanca y un pantalón negro ceñido. Ningún motivo floral. La reconoció enseguida.

– Hola, Garia –saludó–. ¿Qué tal?

– ¡Genial! He visto lo que le has hecho a ese imbécil del Martillo.

– Me alegra saber que es un miembro del Martillo. ¿Lo conoces?

– Tuve la desgracia de enamorarme de él. Hace mucho –añadió, alargando la u–. Es un lobo de Tigre. Se están juntando frente al Gong de piedra. Ahí tienen montado todo el tinglado. Han venido los Furia Lupina y están tocando sus mejores éxitos.

– No me gusta Furia Lupina.

– Desde hoy, a mí tampoco. Vamos.

– ¿Vamos?

– Sí. Vayamos a ver. Estaba buscando a alguien de mi clan. No quiero ir sola, esos animales son capaces de cualquier cosa. Pero siendo dos, podemos cubrirnos las espaldas.

– Es que tengo que ir a…

– ¿A la plaza de armas? El discurso de Bría es por la tarde. Hay tiempo. ¿No te da curiosidad ver la cara que pone Tigre al ver que al idiota de Summo le han quemado la vela?

Pira aceptó, en parte porque no se le ocurrió una excusa decente en un lapso de tiempo aceptable antes de que la situación se volviera incómoda. Impuso como condición que dieran un rodeo para evitar cruzarse de nuevo con ese tal Summo. Garia estuvo totalmente de acuerdo.

– No ha sido muy digno de una pacifista –comentó la joven mientras caminaban.

– Claro que sí. Casi me atropella. Es un peligro que haya vienteros así por los caminos. Seguro que he evitado un par de accidentes.

Ambas rieron. Pira conocía a Garia del movimiento. Era una joven con mucho carácter, una cabellera rubia siempre recogida en un moño y unos ojos de un verde intenso. Llevaba dardos de cerbatana como pendientes y Pira sospechaba que se guardaba algún otro as bajo la manga, aunque su blusa no tuviera.

Cuando llegaron a Gong de piedra se encontraron con todo el jaleo. Habían montado unos graderíos improvisados para que se sentaran los más viejos, mientras que se había deformado el suelo para adaptarlo a modo de escalera y que todos pudieran ver el espectáculo. Los hijos de Gea también habían deformado los árboles, alargando y engrosando las ramas para que más gente pudiera sentarse.

Garia sacó una lona de su mochila y agarró a Pira de la mano, luego le guiñó un ojo. Pira supo enseguida lo que pretendía. Trató de zafarse, pero Garia mantuvo el agarre. Aguantó la respiración. El viento acudió a la llamada de Garia y la lona se hinchó como un globo.

Rápidamente las dos pacifistas empezaron a flotar en el aire. Pira odiaba flotar.

Posada sobre la copa de un árbol, más tranquila, Pira observaba cómo recogían los músicos sus instrumentos y cómo se desplegaba una barrera de seguridad y hacían recular a los de la primera fila. Había buscado a Sihal en ese mar de belicistas, pero enseguida se dio cuenta de que jamás lo encontraría. Además, estaba segura de que verlo bromeando con sus amigos del movimiento enemigo la asquearía.

– Ahí sale –declaró Garia a su lado.

Tigre se había puesto una camisa negra con motivos rojos para la ocasión. Desde allí no podían distinguir los motivos, pero Pira dedujo que bien podrían ser hachas o espadas. O martillos, para variar.

– Hermanos y hermanas de Gea. Primos de Ignos, Borea y Escuala. Hoy vengo a deciros lo que llevo años soñando: es hora de volver a casa.

Un rugido ensordecedor invadió el lugar, punteado por silbidos acompañando el ritmo de los tambores y centenares de manos aplaudiendo. Pira sintió un cosquilleo en el estómago, pero de los malos. Cuando los tambores dejaron de sonar, los gritos cesaron poco a poco. Tigre espoleó a sus seguidores con palabras de odio y rencor. Culpaba a los continentales de su destierro. A todos ellos, sin matices.

– ¿De verdad cree que podremos conquistar el continente entero? –bufó Pira, indignada.

– ¿Tú no lo crees? –preguntó Galia, con una ceja alzada.

Estaba claro que Garia sí lo creía. Quizá fuera difícil de imaginar la extensión de un continente para alguien que nunca lo había pisado.

– ¿Cuántos habitantes dio el último censo?

– Ni idea –admitió Garia con las manos ocupadas en arreglarse el moño–. Pero siempre se dice que somos unos ocho mil.

– Multiplica ese número por cien. Esa es más o menos la población del continente. Quizá más. Y ten en cuenta que no todos los bordeños irían a la reconquista. La mitad como máximo.

– Pero ellos son singas. No podrían hacer nada contra un escuadrón de los nuestros.

– Ellos están acostumbrados a hacer la guerra. Es algo normal allí. A algunos les gusta. ¿Crees que tú podrías acabar con cien personas? ¿A cuántos podrías robarles el aire antes de caer extenuada? ¿Tres? ¿Cinco? Lo que está claro es que, a cien, no.

Garia se la quedó mirando con la reflexión pintada en la cara. Echó una ojeada a la muchedumbre que había en el lugar, bajo el árbol y alrededor del Gong de piedra. Eran muchos. Sin duda, estaba haciendo sus propios cálculos.

– Supongo que no sería tan fácil –admitió al fin–. De todas formas, no importa. Yo no pienso ir. Y si se van los del Martillo… pues mira, un problema menos.

Pira sonrió ante la inocencia de su compañera.

– Es la guerra, Galia. Los voluntarios nunca son suficientes para los generales, de modo que siempre se llevan a otros. Por eso se vota mañana, para que la minoría se pliegue a la decisión del resto.

– Mañana se votan más decisiones –apuntó ella, intentando restarle importancia al asunto.

– Sí, pero las otras seis casi no tienen ninguna importancia al lado de la reconquista.

Fueron interrumpidas por otra oleada de aplausos y el retumbar de los tambores. Las dos mujeres se giraron para ver lo que estaba pasando. Habían colocado una especie de címbalo de un color dorado en medio del Gong de piedra y Tigre sostenía con esfuerzo un enorme martillo. Pira lo reconoció al instante, pues era el mismo que habían ayudado sus vecinos a meter en la casa solo para que Sihal pudiera mostrar su obra con orgullo un par de días. Por un instante le

aterró la idea de que Sihal apareciera en el estrado.

– ¡Desterrados, desterradas, mañana es el día! –rugió el líder del Martillo–. Mañana empieza la movilización. Mañana votamos para recuperar nuestra libertad. ¡Por nuestros ancestros! ¡Por los mártires que se sacrificaron por defender nuestra tierra! ¡Nuestra verdadera tierra! ¡Por Edalom!

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Pira al escuchar esa palabra. La había oído pocas veces, pero sabía a qué se refería. Era el nombre que le habían puesto al continente los primeros heterocromos. Los que llegaron desde Skylborg a las costas del continente y se adueñaron de él. Desde la Gran Rebelión, el término estaba prohibido en el continente. La Mano Celeste, brazo militar de la Iglesia Limerea se había encargado de acallar a todas las bocas que lo usaban. Ninguna potencia posterior había logrado conquistarlo o reunificarlo, y nunca se había establecido un nombre oficial entre sus líderes. Por esa razón, todos los habitantes de imperios y territorios que lo habían compuesto desde entonces se referían a su tierra como “el continente”.

El rugido de Tigre recorrió el lugar secundado por cientos de gritos de júbilo, un coro de aplausos y silbidos que esperaban el golpe final. Alrededor de Tigre nacieron un par de raíces que rodearon las manos que sujetaban el enorme martillo. Solo entonces lo hizo girar, con agilidad, como si de una daga se tratara. Lo llevó hacia atrás y golpeó con aplomo.

Pira había oído el sonido de la guerra en el continente. Había vivido en los Mil Reinos, donde pequeños reyes luchaban entre sí por ínfimos trozos de bosque, por una cima o el control de un vado.

El retumbar de ese gong tuvo algo mucho más aterrador.

*

Había subido al estrado por petición de la líder del arcoíris y se mantenía de pie en las sombras, junto con Bern y otros altos cargos del movimiento con quienes nunca había hablado demasiado. La plaza de armas estaba llena de pacifistas, curiosa ironía en opinión de Pira. Pero Bría había aprovechado ese simbolismo en su discurso. Explicó que una de las primeras cosas que hicieron los exiliados al implantarse en las Islas del Borde fue dejar las armas. En los registros del Parlamento queda constancia de que el primer referéndum portaba sobre cuatro cuestiones, y una de ellas era el entierro de todas las armas de los habitantes en esa plaza. El voto por dejar las armas fue casi unánime. De ahí el nombre que se le dio posteriormente.

– La reconquista solo traerá sangre y tormenta –decía Bría–. Vaciará las islas de mentes útiles y brazos de apoyo. Dejará a los ancianos solos y abandonados aquí, mientras que los más jóvenes irán a morir a un lugar que no es en absoluto como nos prometen los movimientos belicistas.

– ¿Y tú qué sabes? –espetó alguien entre la multitud.

En el momento de silencio, Pira se estremeció. Desde donde se encontraba, solo podía ver a Bría de espaldas, pero aun así se imaginó la sonrisa de la líder. De pronto, entendió por qué la había hecho subir al estrado. Y cuando Bría se dio la vuelta, sus miradas se cruzaron. La joven no dejó que la invadiera el pánico. Dio un paso hacia adelante. Luego otro. Notó que las rodillas le temblaban.

Estaba acostumbrada a soltar largos monólogos en el aula de la escuela, delante de una pequeña jauría de niños traviesos. Pero jamás había imaginado tener que hablar ante tanta gente. Y menos en un día tan especial. Sobre algo tan importante.

– Yo nací en el continente –empezó, con la voz temblorosa–. Viví allí.

Pira respiró hondo antes de proseguir. La gente se había callado para escucharla, con verdadero interés. La mayoría se estaría preguntando quién sería esa joven a la que nunca habían

visto y de la que nunca habían oído hablar. Solo un puñado de vecinos de Sukuma la reconocerían, si es que había alguno escuchando el discurso del arcoíris.

Atrás sobre el entablado y delante entre la multitud había hijos de Borea encargados de distribuir su voz por la plaza. Vio que una lona se elevaba por el fondo del público: había escrito un mensaje de ánimo. Aquello la hizo sonreír y sintió una súbita conexión con la que lo sostenía: una rubia con blusa blanca y pantalones negros ceñidos que flotaba en el aire.

Como no sabía por dónde empezar, decidió contar una historia. La suya.

– Mis padres fueron asesinados en un pogromo. Al menos, eso es lo que me contó el mercader. Era un hombre malvado, que compraba y vendía niños. Pensó que podría estafar a algún comprador vendiéndome como una continental en vez de matarme por mi condición de heterocroma. Yo ni siquiera sabía que lo era. Mis compradores lo descubrieron por las malas. Me acusaron de incendiar su casa mientras dormía y me llevaron a un convento que practicaba purificaciones, exorcismos y cosas peores. Fue una suerte, porque de haber sabido que era una "hija de las destructoras" no se habrían tomado tantas molestias. Tras muchos malos tratos, logré escapar de allí, y vivir escondida en una aldea en mitad de ninguna parte. Allí intentaron violarme varias veces, y a uno de esos violadores le abrasé la mano. Me ataron a un poste de madera y encendieron la hoguera, por bruja. Hasta aquí, pensaréis, el continente es un lugar lleno de gente malvada –hizo una pausa, mirando a izquierda y derecha, recorriendo las caras atentas del público–. Lo es. Pero si estoy aquí todavía, es gracias a gente buena que me ayudó. Un cazador de los Mil Reinos me rescató del fuego y me acompañó hasta el puerto de donde zarparía hacia Magnalia. Un niño pequeño me ayudó a colarme en uno de esos barcos. Y en Magnalia, hubo gente que se arriesgó para que yo pudiera huir de la ciudad sin ser vista y embarcar en el viaje que me llevó hasta Akrosia.

– ¿Y eso qué tiene que ver?

Pira comprendió que la mayoría de los que estaban allí eran indecisos, no pacifistas. Habían venido a escuchar al arcoíris para salir de dudas y ultimar su decisión la víspera del día del referéndum.

– Lo que quiero decir es que mi vida en el continente siempre fue muy dura. Me pasaba las noches llorando, muerta de miedo, y los días nerviosa, preguntándome dónde me golpearían y si debería defenderme o sería contraproducente. Aquí, en cambio, mi vida se parece a algo con lo que jamás había soñado. Tengo una casa en la playa de Piesfríos, en una islita tranquila conectada a la capital por vía hidrourbana. Un trabajo como profesora que me permite ayudar a la comunidad y da sentido a mi vida. Una pareja que me hace reír y me da calor por las noches. Tengo la seguridad de que nadie me venderá mañana. De que nadie me golpeará mañana. De que nadie arderá en la hoguera por tener los ojos encendidos. Valorad lo que tenemos aquí y dais por sentado, porque allí, os encontraréis con que no tenéis nada. Solo tierra. Tierra regada con sangre. La de nuestros ancestros, la de nuestros amigos y la de nuestros enemigos. Es la misma sangre.

– ¡Esa tierra nos pertenece por derecho! –exclamó alguien en tono enfurecido.

Tuvo la sensación de haber escuchado antes esa voz, pero no pudo ponerle cara entre tanta gente. Sintió la mano de Bría en su hombro y se giró. Segundos después, estaba en el suelo, tumbada boca abajo sobre el entablado. Entablado que enseguida empezó a arder.

– ¿Qué…? –balbuceó.

– Rompedores –maldijo Bría, levantándose rápidamente a su lado–. Ven, corre.

Así lo hizo. Se giró para ver cómo una cortina de agua apagaba el fuego del estrado, seguramente había sido cosa de Bría. Oía los gritos alarmados de la gente que se dispersaba

confusa en la plaza de armas.

Un grupo de rompedores se había hecho con el centro del lugar. Estaban bien organizados y mantenían un caparazón de roca y raíces que unos hijos de Gea abrían para atacar y cerraban para defenderse de los pocos que estaban dispuestos a enfrentarse a ellos. Los pacifistas preferían huir y acusar al Martillo del ataque, pensando que así el incidente jugaría a su favor. Unos pocos indecisos, sin saber muy bien cómo actuar, se tomaron la agresión de forma personal y protagonizaron un atisbo de enfrentamiento. Pero el daño ya estaba hecho. El discurso no se retomaría.

Una vez a salvo, en la casa de la paz, Pira estaba furiosa. Los miembros del arcoíris se hacían todos la misma pregunta: ¿dónde estaba la Guardia Coralina y por qué no habían hecho su trabajo?

23

AGUA EN EL DESIERTO

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Las olas de aquel mar de arenas cambiantes parecían burlarse del avance lento y penoso de los dos hombres. Los pasos que daban con esfuerzo y sudor se deshacían como migajas en el vasto paisaje de médanos cobrizos. Y al igual que las huellas, sus esperanzas se desvanecían en la inabarcable extensión del desierto.

Un sol ardiente se cernía implacable sobre ellos, secando sus gargantas, convirtiendo el sudor en un bien escaso y valioso. Apenas unas gotas de agua quedaban en su cantimplora, un recordatorio desesperante de su situación. Y lo peor de todo: no tenían ni idea de donde estaban.

Sand procuraba no maldecir en voz alta. Evitaba mostrar su frustración. Mantener la cabeza fría era crucial para sobrevivir y salvar la vida de Santoro. A pesar del agotamiento, se esforzaba por sostener el ánimo de su compañero. Santoro lidiaba con sus propias tribulaciones. Si el cansancio no era suficiente tormento, la enfermedad parecía haberse apoderado de él.

Sand conocía el desierto. Sabía cómo el sol y la arena jugaban con las mentes. Las alucinaciones no tardarían en llegar.

– ¡Majestad! ¡Un dragón!

La voz de Santoro interrumpió el silencio agobiante cuando señaló al cielo. Una mancha negra, minúscula y distante, rompía la monotonía del azul eterno. Era un dragón, o eso parecía. Sand sintió una mezcla de sorpresa y perplejidad ante la visión. Pero no se dejaría engañar esta vez. Conocía las tretas del desierto y sus espejismos.

– Fabien… Bebe. Tienes que beber –insistió Sand con suavidad, sacando la cantimplora de la bolsa y ofreciéndosela.

Apenas quedaban unas gotas, pero Sand podía prescindir de agua por un par de días. Sospechaba que el trastorno le confería cierta resistencia sobrehumana.

– ¡No es momento para beber! –se ofendió, rechazando el agua–. Hemos de hacernos los muertos, Majestad. Cuanto más lo parezcamos, mejor.

La escasez de agua y la desolación del entorno habían transformado a ambos hombres. La piel

de Santoro, una vez de tono oscuro, estaba ahora grisácea y reseca. El paso del tiempo se había encargado de arrugarla por doquier, y el abrazo del sol la había desteñido hacia un gris mortecino. Eso quería pensar Sand, aunque en el fondo supiera perfectamente que el sol no descoloraba a los hombres como a las prendas, y que muy probablemente la causa fuera otra. ¿El alacrán que le picó? ¿Efectos secundarios del yahé que les dieron los paloas? ¿Enfermedad?

Tenía la cara demacrada por el viaje y la fatiga. El cráneo le caía hacia adelante, como los hombros, y sus pómulos huesudos parecían pesar una tonelada. Supuso Sand que el hombre guardaba toda la energía para la acción de caminar, y concentraba toda la fuerza en las piernas. El desierto carece de piedad, pensó, y no perdona ni a sus propios hijos.

Lo observó fijamente, cargado de compasión, y en sus ojos notó cómo las pupilas negras se apoderaban del iris por completo.

– Es un espejismo, Fabien. Tus pupilas…

El exmariscal Santoro le rebatió con un ademán de lo más inusual en él, y alzó la vista hacia el cielo, donde se entrelazaban ilusión y realidad.

– Ahora, Majestad.

Cayó el hombre bocabajo sobre la arena, y por un segundo Sand temió ante la posibilidad de que hubiera perdido al último aliado que le quedaba. Pero no, no era eso. Parecer muertos, había dicho. Desde luego, Fabien lo parecía.

Sand tenía experiencia con los espejismos. Mala experiencia. Sabía que podían contagiarse. Y los espejismos no son buenos consejeros a la hora de actuar. Si miraba al cielo, probablemente él también vería a ese dragón negro. Lo había hecho fugazmente, antes de recobrar la sensatez.

Optó por evitar el enfrentamiento con las fuerzas del desierto. Se dejó caer, con mayor liviandad y cuidado, bocabajo, pero manteniendo la cabeza alta mientras construía en la arena una almohada para la frente y un agujero para boca y nariz. Cerró los ojos.

Y así, en medio del silencio y la inmensidad del desierto, los dos hombres yacían como si fueran parte de la propia arena, una pausa momentánea en su lucha por sobrevivir.

*

El dragón volaba alto. Tan alto que se apreciaba el continente con una ligerísima curvatura. Las alturas del desierto de Mohad ofrecían una perspectiva sin igual. An Long veía tierra hasta el infinito, pero sabía que la tierra acababa, y que lo único infinito era lo que empezaba en ese final: el mar.

– Me gusta Tiranior –dijo Shia Ma, sacándolo de su ensimismamiento.

La aprendiz no había montado más que en Darragor hasta la fecha. Tir era más grande, había más espacio en su lomo. Las alas eran más extensas y tenía un vuelo más estable. No se entretenía en hacer piruetas como otros jóvenes especímenes, a menos que su jinete se lo pidiera explícitamente en un buen día.

– Me alegra oír eso. A él también le gustas.

Como para corroborarlo, el dragón cabeceó e hizo una especie de gorgoteo. No era el sí más entusiasmado que le había oído al dragón en todo ese tiempo.

– ¿Te llevas bien con Kai Shek? –preguntó la muchacha, aferrada al rugoso cuerpo de la montura.

Aquello pilló a An Long por sorpresa.

– Sí, claro. ¿Por qué?

– No sé. A veces noto como que te contienes. Y él es más serio contigo que conmigo.

– Tú eres aprendiz, puedes cometer errores. Yo… soy un jinete, es normal que sea más

exigente conmigo.

– Entonces ¿es solo eso, exigencia?

Y cree que no merezco ser un jinete porque no superé la última prueba, pensó An Long.

– Sí, supongo –respondió, en vez de lo primero.

Al cabo de unas horas decidieron bajar y localizar un lugar en el que posarse. No buscaron demasiado porque el panorama era idéntico miraran en la dirección que miraran: arena. No había ni una sola formación rocosa. Ni rastro de vegetación, y menos una gota de agua.

Con el descenso, el relieve se hizo más evidente y las dunas pasaron de ser ondulaciones diminutas a convertirse en pequeños promontorios. Desde esa altura, An Long pudo ver todo con mayor detalle. Shia Ma también.

– ¡Mira, An Long! Son… ¿Personas?

El jinete de la Nueva Llama también lo había visto. Podrían serlo, pensó. Eran dos lingotes blancos extendidos al pie de una duna. Bien podrían ser cuerpos cubiertos por telas blancas, tirados boca abajo.

– Vayamos a ver.

– ¿Qué? ¡No! Tenemos que volver al Peine.

– ¿Y si son personas? Mira a tu alrededor. No hay nada. Si están vivas, no creo que les quede mucho tiempo. ¿Quieres dejar que se mueran?

No hubo respuesta, aunque tampoco la esperaba. An Long ordenó a Tiranior que se posara junto a ellos. Batió las alas con tal fuerza que las dos figuras blancas quedaron recubiertas de arena. Tiranior las ignoró y se puso a escarbar en busca de comida.

Se apearon y caminaron hasta el lugar de aquella extraña anomalía en mitad de la nada.

– Ten cuidado –dijo Shia Ma al ver que An Long se acercaba demasiado.

En ese momento varias historias que había oído sobre los espíritus de la arena resurgieron en su mente. Según la mayoría, estos espíritus de arena eran traidores a la religión ancestral a los que un grupo de fanáticos capturaban y enterraban vivos con ciertos ungüentos que favorecían la aparición de un hongo. El hongo se encargaba de la conservación del cuerpo y con los años tomaba el control. Trató de no parecer asustado.

– Son personas –anunció. Se agachó. Sacudió a una de ellas. No hubo reacción–. Está flácido.

La otra figura se adivinaba más corpulenta tras la extraña tela blanca.

– Quítale la capucha –dijo Shia Ma–. Eso es una túnica con capucha.

Así lo hizo el jinete, revelando una corta cabellera negra. La nuca también era negra.

– Un tostado –dijo Shia Ma con voz ahogada, percatándose ella también.

– ¿Y qué iba a ser? ¿Un norteño?

An Long quitó la capucha de la segunda figura, la más esmirriada. Pelo ralo, esta vez, pero mismo tono de piel. El jinete colocó un par de dedos sobre la carótida para comprobar el pulso de aquella persona.

– ¡An Long! –exclamó Shia Ma con susto en la voz.

El susto se contagió. Al girarse se percató de que el tostado desencapuchado se estaba poniendo de pie y algo en su forma repentina de hacerlo le pareció amenazador. Optó por el dialogo.

– Amigo –vocalizó al tiempo que se acercaba al hombre para ayudarlo a levantarse–. ¿Estás bien? Queremos ayudaros.

– ¿Ayudar? –se extrañó el desconocido–. ¿Por… qué? ¿Qué hacéis aquí… en…?

El hombre se apoyó en el hombro de An Long, a quien examinó de arriba abajo con gesto desconcertado. A continuación, hizo lo mismo con Shia Ma.

– Sobrevolábamos el desierto y teníamos que hacer una parada para descansar. Os vimos por casualidad –explicó Shia Ma, al ver que An Long no decía nada.

– Sois muy jóvenes –observó el tostado–. Este lugar es peligroso. Además… vuestra piel…

– No te preocupes por nosotros, tenemos thanaka –An Long señaló con dos dedos las líneas diagonales que cruzaban sus mejillas–. Preocúpate por ti y tu compañero.

El tostado dio un respingo. Como si de pronto acabara de acordarse de su amigo.

– Agua. Fabien necesita agua.

– Sí. Ya lo creo que sí.

Shia Ma salió a toda prisa en dirección opuesta, hacia el espacio que ocupaba el gigantesco dragón. Había dejado de excavar y estaba despatarrado sobre la arena, al lado de un pequeño esqueleto, ajeno a todo.

– Volabais –susurró el tostado, fascinado–. El dragón es real.

An Long tuvo que reprimir una risita. A veces olvidaba lo perturbador que podía ser para la gente ver a un dragón de tan cerca. Más aún si se trataba de Tiranior, uno de los tres primigenios. Uno de los más grandes y poderosos.

– Lo es –dijo–. Y os llevará de vuelta a casa. ¿De dónde venís? ¿Adónde vais?

El tostado se sostuvo al fin por sí mismo. Se separó unos palmos de An Long y se sacudió la arena que le quedaba sobre aquella extraña túnica blanca que le daba un aspecto de fantasma. Si es que los fantasmas tenían ese aspecto, claro, porque An Long no había visto ninguno todavía. Y esperaba seguir así.

– Val'Fleus. ¿Qué lejos estamos de Val'Fleus?

– No lo sé –admitió el joven jinete–. Pero a lomos de Tiranior cruzar el desierto es cuestión de un día. Os llevaremos a Val'Fleus, si es allí adonde ibais.

– Agua –dijo Shia Ma, que volvía corriendo con el odre.

– Agua –repitió el tostado, y cuando Shia Ma fue a dársela el hombre negó y señaló–. Primero a él.

Shia Ma pareció dudar un instante, lo suficiente para que el tostado decidiera acompañarla por unos pasos. Ambos se acercaron a la figura que aún yacía tumbada bocabajo sin dar muestras de vida.

– Fabien –dijo el tostado–. Es real. Agua de verdad. Dragón de verdad. Gente de verdad. Por favor, Fabien.

An Long lo observaba todo desde atrás. Vio que unos dedos se movieron ligeramente. Luego la capucha blanca pareció temblar suavemente. Estaba vivo. El tostado consciente ayudó a la figura a enderezarse y le quitó el capuchón, descubriendo a un hombre de rostro enjuto y cadavérico cuyo tono de piel se acercaba más al de la ceniza que al negro. Shia Ma descorchó el odre y se lo acercó a la boca, y lo mantuvo en alto, como si tuviera miedo de que aquellos brazos huesudos pudieran romperse al sostener su peso. El hombre bebió. Bebió con avidez.

– Bebe, bebe –animó Shia Ma–. Tenemos otro odre, si hace falta.

Se atragantó. Retiró el odre Shia Ma, alarmada. El tostado más fornido se rio.

– Sin prisas, Fabien. Ya no hay prisa –el tostado se giró hacia An Long y asintió en son de agradecimiento. Luego se volvió hacia Shia Ma con una sonrisa que fue correspondida. Y al fin le dio unas palmaditas a su compañero–. Esta chica te ha salvado la vida.

Tras toser unos instantes, el hombre volvió a pedir agua. An Long sonrió. Qué bien sentaba salvar una vida.

24

DEUDA DE VIDA

Desierto de Mohad, Mohad 571.

El vuelo había sido corto porque, al final, no habían llegado hasta Val'Fleus. A la vista del estado de Fabien, su debilidad y el hecho de que no lograra aferrarse al dragón con la fuerza que guardaban sus débiles brazos, Sand preguntó si podían bajar y pasar la noche en un oasis desierto que avistaron.

Dejaron a Santoro en una tienda de campaña que cargaba Tiranior entre los bártulos, y Sand y los dos tibereños se quitaron botas y sandalias y se tumbaron a la orilla de la charca mientras oscurecía.

– ¿No te parece que las estrellas se ven más cercanas desde aquí abajo? –preguntó Shia Ma.

– Puede ser, pero no dejes que te engañen, Shia Ma –respondió An Long–. Una vez intenté alcanzar aquella, la más brillante.

– ¿Alcanzarla? –Sand se giró hacia el joven, sorprendido–. ¿Cómo ibas a alcanzarla?

– Pues con Tir. La primera vez que te subes al lomo de tu dragón crees que eres capaz de todo. Bueno, la primera, la segunda, la tercera… Hasta que fracasas en algo que te propones.

– ¿Hasta dónde llegaste? –quiso saber Shia Ma, intrigada.

– No lo sé. No hay aldeas-etapa de aquí hasta las estrellas –tiró de ironía–. Pero seguía pareciendo igual de lejana cuando se me congelaron las orejas.

Shia Ma se rio. Sand, en cambio, se preguntó cómo sería aquello de tener un dragón como compañero.

– Y ese fue tu primer fracaso, entonces –asintió Sand.

– Con Tir, sí. Pero no te creas, antes de ser jinete vivía rodeado de fracasos.

– Te entiendo, jinete.

– Pero siempre hay un camino de salida.

¿Una salida? Claro, si yo tuviera un dragón podría salir de aquí e ir directo a la Fortaleza Flotante, convertir a Charles en ceniza y sentarme d nuevo en mi trono. ¿Y luego? Un buen día, con un par de cervezas negras en la sangre vomitaría sobre el alféizar, me volvería loco y mataría a la reina y a todo sirviente que hallara en el camino. Esa es mi salida, la del rey demonio. No, gracias.

– Debo de haber caminado en sentido contrario, por lo visto –murmuró Sand, dejando a un lado sus pensamientos.

– ¿Lo dices por la travesía del desierto? –curioseó Shia Ma.

– Ese solo ha sido el último de una larga serie de fracasos, pequeña.

– Pero estás vivo. Y mañana os llevaremos a Val'Fleus. ¿Dónde ves el fracaso?

¿Donde? Oh, en todas partes, por los caídos. Cada paso que doy en este desierto viene precedido por el fracaso que ha sido toda mi vida. De príncipe a bandido. De heredero a ratero. Y lo peor, de humano a… surcado. ¿Cómo voy a desandar este camino?

Se guardó sus pensamientos para sí, y en su lugar se limitó a dibujar una sonrisa forzada.

– Supongo que estar vivo es mi mayor hazaña.

Ladeó la cabeza para observar al dragón que descansaba a lo lejos. La luz de la luna bañaba su lomo rugoso, negro como la pez. Las espinas le recorrían el lomo relucían con un brillo sutil, como guijarros pulidos en el fondo de un río. Cada espina estaba meticulosamente esculpida y enmarcada por una fina línea plateada que destacaba su belleza natural.

¿Quién osaría enfrentarse a una cosa así?

Lo había visto a la luz del sol. Esos ojos profundos y serenos, como pozos de sangre. Se preguntó si tendrían la facultad de ver algo más que los suyos. ¿Cuánta sabiduría guardaban esos ojos tan longevos?

– ¿Cuántos años tiene? –preguntó de pronto.

– No lo sabemos con seguridad –repuso An Long, rascándose la nuca–. Nació en la época de Darwen Ojorrojo, antes de la era del Yugo. Según su diario, encontró los huevos en lo que ahora sería para nosotros el año 2153 antes de la Expulsión.

Estaba preparado. Sand había leído algún pergamino sobre dragones, rollos muy pero que muy antiguos. Muchos de ellos habían tenido que copiarse tres o cuatro veces en el Archivo de los Tiempos por el deterioro que provocaban la humedad y el paso de los años.

– Eso son… Dos mil setecientos… veinticuatro años.

– Sí. Pero no tiene sentido contar los veranos que ha visto un dragón. En el Tiber la edad de los dragones se cuenta en siglos.

Sand asintió. Con ese nuevo dato se giró hacia Tiranior. El dragón, dormido, emanaba una sensación de calma, paz y serenidad. Y al mismo tiempo, se intuía un poder ilimitado, inimaginable.

– Antes, cuando Tiranior ha extendido el ala para que subiéramos, me ha mirado mucho tiempo, ¿no?

– Sí. Ha sido extraño. No suele interesarse por los pasajeros. Por lo general se fía de mí.

– ¿Quieres decir que cuando se interesa es porque no se fía? –preguntó Sand.

An Long se encogió de hombros.

– Puede que al principio haya dudado, pero si no se fiara no te habría dejado subir a su lomo.

– Los dragones pueden ver el corazón de las personas –informó Shia Ma–. Por eso solo los que tienen un corazón puro son seleccionados para formarse en el Peine de los Cielos.

– Fascinante –admitió Sand. Le tranquilizó averiguar que contaba con la aprobación de un dragón que había leído en su corazón–. ¿Los dragones seleccionan a los candidatos?

– No. Antaño se hacía un examen para evaluar la pureza de nuestro corazón. Pero dejó de funcionar cuando las preguntas circularon por el país. La gente ya no respondía con sinceridad, tan solo querían acceder al techo del mundo y convertirse en jinetes. Hoy en día son los jinetes más veteranos los que van en busca de candidatos. Estos son presentados ante el Khaz Dolu, que siempre tiene la última palabra.

– Fascinante –repitió Sand–. Vivís en una tierra fascinante.

– Pero eso no es todo –añadió Shia Ma–. Al final es el dragón el que tiene la última palabra. El dragón elige siempre a su jinete.

– Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo elige?

Shia Ma miró a An Long, como sin saber qué responder. Sand enarcó una ceja.

– ¿An Long? –preguntó Shia Ma.

– No se nos permite hablar de ello –declaró sin dejar de mirar a las estrellas.

– ¿Ante extranjeros?

– Ni delante de aprendices. Es algo que tienen que descubrir por ellos mismos. Por eso Shia Ma no lo sabe todavía.

Sand comprendió. Había leído acerca del Khaz’Tiber en su juventud, pero al ser un territorio tan autárquico, nunca habían establecido lazos firmes. Recordó aquel día en que su padre le envió a escoltar a un emisario del Tiber, desde el patio de armas a la sala del trono de la Fortaleza Flotante. Fue la primera vez que vio a un dragón. Todavía recordaba su nombre:

Kraker. Deseaba hablarles del tema, pero no estaba seguro de querer decirles quién era realmente. Era probable que el encuentro con un jinete de dragón en Mohad levantara sospechas. Quizá la niña no atara cabos, pero aunque el jinete fuera joven, era un representante del Tiber. Sin duda dispondría de cierta información.

– No tenéis por qué responder si no lo consideráis adecuado, pero ¿qué hacían una aprendiz y un jinete de dragón sobrevolando el desierto de Mohad?

La adolescente miró a An Long, y Sand vio la mueca del jinete a la luz de la luna.

– Una misión de reconocimiento –desveló An Long, pero no añadió nada más.

– ¿Exitosa?

– Mmm. Parcialmente.

– Fabien y yo os debemos la vida. Y somos mohadís. Si hay algo en lo que podamos ayudaros, lo haremos encantados.

– Gracias, Sand. Lo pensaré –dijo el jinete.

El silencio los envolvió de nuevo, como el relente de aquella noche luminosa. Pero la luz de esos astros que flotaban en el cielo carecía de calor. El primero en notarlo fue Sand, pues solo vestía el *sirai* blanco.

– Empieza a refrescar –comentó–. Supongo que ya habéis probado el frío del desierto en estos días. Si vamos a dormir aquí, iré a por eslabón y pedernal.

– ¿Eslabón y pedernal? –preguntó An Long, girando la cabeza hacia el tostado.

– Sí, para hacer un fuego.

Los dos tibereños se miraron, antes de girarse de nuevo hacia él.

– No tienes madera –apuntó Shia Ma, en tono risueño.

Sand frunció el ceño. *Por los caídos, ¿se están riendo de mí?*

– Conozco al menos veinte formas de hacer fuego en el desierto, muchachos. Creedme, la madera no será un problema.

– Pero si no hace frío –señaló Shia Ma.

– Dentro de un rato te arrepentirás de esas palabras, pequeña.

– Los aprendices dormimos en la Cueva de la Estrella. Muchas veces, por la mañana, lo primero que hacemos es quitar la nieve que bloquea la entrada de la cueva para poder ir a desayunar.

– Convendría hacer un fuego, de todas formas, para evitar que se acerquen los mosquitos o bichos más grandes –argumentó An Long–. Deja que nos encarguemos nosotros, Sand. Tú descansa, no conviene hacer esfuerzos después de varios días sin comer.

– No es ningún esfuerzo –rebatió.

– Para Tiranior menos. El esfuerzo que le supone expirar.

Ah, claro. Que tenemos un dragón.

*

– Puaj. Este humo apesta –se quejó Santoro al pasar al lado del estiércol de dragón ennegrecido que había quedado alrededor de unos guijarros dispuestos en círculo que servían de puro adorno.

– Insistieron en que les dejara hacer la hoguera a su manera –se defendió Sand.

– Uno se acostumbra rápido –dijo An Long con media sonrisa–. Ya no tienes tan mala cara, Fabien.

Lo pensaba a medias. Lo cierto era que su rostro seguía teniendo un color ceniciento y los ojos parecían habérsele encogido en las cuencas. Eso por no mencionar lo enjuto de su cuerpo en

general. Las piernas del hombre eran tan finas que a An Long le recordaron a las de ese niño de su aldea natal, que había nacido sin poder usarlas y vivía con el trasero pegado a esa silla rodante tan bonita que le había diseñado el ebanista.

– Oléis peor vosotros –acusó Shia Ma sin ningún tipo de miramiento.

Sand se acercó la nariz al sobaco e hizo un mohín.

– La niña tiene razón. Deberíamos aprovechar la charca y bañarnos.

– Esa es una buena idea. Tenemos jabón de grasa de vaca –informó An Long.

– ¿Vaca? ¿Dónde encontraste a la vaca? –preguntó Sand, pálido de pronto.

Los dos tibereños se miraron con gesto de confusión. Qué pregunta tan rara. An Long se encogió de hombros.

– Lo compré en el mercado de Do Shoi. No sé de donde era la vaca.

Aquello pareció tranquilizar a Sand. Se deshicieron de túnicas y uniformes y los hombres se adentraron en la charca del oasis. Al parecer, la chica ya se había bañado con el amanecer, mientras los ronquidos de Tiranior mecían el sueño de los otros tres.

– Lo he estado pensando –empezó An Long–, mientras dormía esta noche. Hay algo en lo que quizás nos podríais ayudar. Información, quiero decir.

– Por supuesto. Te diremos todo cuanto sepamos.

– ¿Tenéis alguna espada única en Mohad?

– ¿Única? Muchas son únicas.

– Quiero decir… Alguna espada capaz de hacer algo único. Algo especial.

– ¿Una espada mágica?

– Bueno… –An Long se sintió un poco incómodo, la pregunta le había salido muy infantil–. Algo así.

Sand se llevó la mano enjabonada a la barba, primero mesándola y luego frotándola para quitarle toda la suciedad que se había acumulado.

– Hay historias sobre un par, sí. Está esa que encargó el rey Anthomagne a un fabricante de espadas cuyo filo tenía que ser invisible. Nunca entendí el propósito de algo así. Si la cruz es visible, de poco sirve que el filo no se vea. Si la espada entera es invisible… bueno, más le vale al poseedor no olvidarse de donde la deja.

– ¿Y cómo alguien iba a forjar algo así? –se extrañó An Long.

– Me has preguntado sobre espadas mágicas. ¿Qué tipo de leyendas esperas? –debatió Sand.

– Sí, sí. Tienes razón. ¿Alguna historia sobre espadas hermanadas?

El mohadí empezó a frotarse el pecho, con las pupilas en la esquina superior izquierda, pensativo. Esta vez fue Fabien el que tenía algo que decir.

– Sí. Yo escuché una, una vez. Hace mucho tiempo. Cuando era un niño. Imagínate…

– ¿La recuerdas?

– Vagamente.

– Cuéntame lo que recuerdes.

– Se la oí contar a un marinero de la Bahía de los Susurros. Decía que, hace muchos siglos, mucho antes de la invasión de los heterocromos, hubo un hombre que se apoderó del secreto del acero. Fue el fabricante de espadas de todos los reyes y se guardó de que su secreto se transmitiera única y exclusivamente entre su descendencia. Por aquel entonces este desierto era un bosque frondoso. El rey que gobernaba estos lares quiso ofrecer a sus dos herederos, nacidos el mismo día, una espada a cada uno.

– ¿Dos herederos?

– Sí. Antes la monarquía era hereditaria en Mohad. Como los niños nacieron el mismo día y

parecían iguales, al cabo de un tiempo ni la reina ni el Consejo supo decir cuál de los dos era el primero. Así se estableció que los dos serían herederos.

– Curioso –comentó An Long.

– Como iba diciendo –Fabien tosió, bebió, volvió a toser y continuó–, recurrió a este fabricante con el encargo. Si bien no recuerdo las instrucciones ni las características que habían de tener esas espadas, recuerdo que los hijos de aquel rey bondadoso fueron horribles gobernantes y ambos conocieron el mismo final. Derrocados por el pueblo.

– ¿Recuerdas, al menos, el nombre de alguna de las espadas?

– Lo recuerdo. Grandeur y Epeecle.

– ¿Qué fue de ellas? ¿Se sabe algo en la actualidad?

– No volví a oír hablar de ellas en mi vida. Solo aquella vez en esa taberna de la Bahía de los Susurros. Son historias de cuentacuentos. Para niños. Yo no los tuve.

– Yo sí los tuve –admitió Sand–. También había escuchado esa canción. Las espadas gemelas del rey Souleil. Pero solo es una canción. Si quieres algo real, hay una sala de reliquias en la Fortaleza Flotante de Val'Monde. O incluso en el Archivo de los Tiempos. Supongo que ese sería un buen sitio para empezar a buscar.

– Bueno, no estoy seguro de que eso nos ayude mucho. Pero gracias por vuestras respuestas, de todas formas.

– Quizá tengas que darte prisa, si queréis haceros con alguna reliquia de Mohad. Pronto estallará la guerra con los dominios del sur. Y entonces, bueno… Dicen que Lor'Horn no es muy dado a dejar palacios intactos.

– ¿Qué se dice de eso en vuestras ciudades? –quiso saber An Long–. ¿Vuestro ejército está preparado para hacer frente a la Legión Negra?

– Oh, no. Claro que no –bufó Fabien, en tono indignado–. El sur lleva décadas en paz. Ya ni recuerdo de cuando data la última acometida de una de esas tribus de las llanuras. No, Lor'Horn lleva años sin guerras. Mohad, al contrario, cuenta en su historial más reciente con una catastrófica campaña en Mareas Rotas que acabó con la casi total aniquilación de dos divisiones enteras, una batalla en los Mil Reinos que se ha vuelto tristemente famosa tras el recuento de las bajas, al convertirse en la mayor pérdida humana del país en un solo día y… bueno, el conflicto por varios enclaves al norte sigue latente, y las escaramuzas con las tropas de Dareniel en esa frontera son habituales, por lo que no se pueden desplazar esas tropas al sur.

– Estuve en el sur. El sur de Lor'Horn, quiero decir –reveló An Long–. Otra misión de reconocimiento. En los Tentáculos. Todos los puertos estaban plagados de buques y desde las alturas los astilleros parecían hormigueros. Un martilleo constante se elevaba hasta las nubes por las dos penínsulas que sobrevolé.

– Eso significa que las intenciones de Lor'Horn no se limitan a Mohad –dijo Sand, que ahora se frotaba el corto cabello oscuro con el jabón–. ¿Los Mil Reinos?

– Sería una pérdida de tiempo usar una armada allí –señaló Santoro–. Los ríos se estrechan en muchos sitios, hay recodos por doquier, el cauce es irregular… Además, no hay ciudades en esos bosques. ¿Para qué querrían conquistarlos?

– El Creciente, entonces.

– Es más probable, sí.

– Pero los muros de Magnalia son inexpugnables –opuso An Long–. O eso dicen.

– Eso dicen siempre –acordó Sand–. Sería una campaña ambiciosa, más si debe dividir a la Legión Negra para luchar en Mohad.

– Me temo que Mohad no ofrecerá mucha resistencia en su estado actual.

– ¿Es este un asunto que inquieta al Khaz’Tiber, jinete?

– Lo es –An Long dudó en decir algo más. Examinó a los dos tostados cubiertos de espuma. No. ¿Cómo iban a convertirse en enemigos esos hombres a los que habían salvado la vida?–. Creemos que puede tener algo que ver con el Quinto Sueño de Harum.

Santoro y Sand dejaron de frotarse un momento. El primero abrió la boca, el segundo frunció el ceño.

– Nos llegaron ciertos ecos –admitió Sand–. Pero no supimos interpretarlo.

– Varios misterios envuelven esos versos, pero la interpretación más obvia que podemos hacer, sin entender todo su contenido, es que una guerra muy sangrienta está a la vuelta de la esquina.

– Vosotros siempre habéis sabido evitar las guerras –dijo Santoro, en un tono que no dejaba claro si se trataba de un halago o un reproche.

– Procuramos no actuar en asuntos externos. Tenemos dragones, y su poder tan solo debe usarse para proteger –explicó An Long–. Tal es nuestra forma de verlo.

– Y entonces, ¿participarán los dragones en esta guerra en ciernes?

An Long no lo sabía. Una parte de él esperaba que sí. Esperaba que, si la guerra estallaba, el Tiber enviarse a sus dragones para inclinar la balanza del lado de los buenos. Para proteger a los inocentes y acabar con los invasores. Por otro lado, esperaba que no. Esperaba poder seguir sobrevolando las cumbres del Peine de los Cielos con Tiranior durante muchos años, guardando una paz duradera, acostándose por las noches rodeado por el calor de la amistad. Temía que la guerra pudiera arrebatarle algo de eso.

– No lo sé. Eso no depende de mí.

Ni de los dragones, pensó.

*

An Long departía mientras cepillaba las escamas negras de su secular compañero. Shia Ma, que estaba preparando la pasta de menta montesa para Tiranior, escuchaba sin interrumpir.

– Tendremos que esperar en el Peine a que vuelva Kai Shek, supongo. ¿Y luego? Volver. Volver a sobrevolar estas arenas para posarnos de nuevo en esa montaña plana. Con Kaaldanor, claro. ¿Pero de qué serviría si no tenemos la segunda espada? Quizá esté en el fondo del mar. O quizá la tenga un granjero entre montones de paja. O en la sala de reliquias de algún palacio derruido. Quizá ni exista…

– Quizá Shio Min sepa algo más que nosotros no sabemos –sugirió la aprendiz, que removía con paciencia el mejunje en la olla.

– Seguramente, sí. Pero, esté donde esté, no creo que sea fácil conseguirla. ¿Y si ya la tiene Lor’Horn?

– ¿Qué pasará?

An Long se detuvo un momento, ensimismado en una pequeña mota de suciedad que no lograba eliminar de la escama.

– Los dragones tienen lunares –recordó al fin, en voz alta.

– ¿Qué?

– Nada. ¿Que qué pasará? Si dependiera de Dun Gar, dejaríamos el tema de la semilla encerrado allí, en la semilla. Pero si Shio Min es quien decide, entonces nos enviarán a por la espada a los Dominios de Lor’Horn.

– ¿Y cómo se lo tomarían los sureños?

– Sería una misión encubierta, supongo. Dejar a los dragones bien lejos y hacernos pasar por

locales. Comprar la espada, si fuera posible. Si no, infiltrarnos donde sea y robarla. En caso de ser descubiertos, supongo que Lor'Horn podría tomárselo como una afrenta y…

– Declarar la guerra al Tiber.

– Eso dependerá del estado de sus fuerzas. Dudo que puedan permitirse entrar en guerra con todo el continente. Los dragones acabarían con sus buques de madera en una sola noche.

– Puede que quien tenga la espada esté dispuesto a dárnosla. Quizá ni sepa lo valiosa que es.

– Que los Apos te oigan, Shia Ma. Eso estaría muy bien. ¿Cómo va la pasta?

– Yo diría que ya está lista.

– ¿A ver?

An Long dejó el cepillo en el cubo y caminó hacia la cabeza del dragón, donde Shia Ma se había acuclillado para preparar el ungüento.

– Ya no veo grumos.

– Está perfecto, muy bien. Coge la escoba, se los cepillarás tú.

– ¿Yo? –preguntó, perpleja.

– Sí. Ya tenéis confianza, ¿no?

No parecía muy confiada, pero se levantó y fue en busca de la escoba. Mientras tanto, An Long puso una mano sobre el morro del dragón.

– Tir, no me la asustes, ¿eh?

El dragón expiró una brisa caliente por sus ollares, abrió los ojos y, sin mover otro músculo, su párpado izquierdo se cerró un instante antes de levantarse de nuevo. Un guiño.

– Tengo la escoba. ¿Y el cubo de agua?

– Iré a llenarlo, pero puedes ir empezando. ¡Tir, sonríe!

El gigantesco dragón miró a su jinete. Permaneció estoico por unos segundos. Luego, cerró los ojos, movió ligeramente el cráneo para acomodarlo mejor sobre la arena y abrió las fauces.

Entonces, Shia Ma untó la escoba en la pasta verdosa que había dentro de la olla y empezó a cepillarle unos dientes grandes como espadas y afilados como cuchillas.

*

Una vez la tienda de Santoro recogida y debidamente guardada entre los bártulos que cargaba el dragón, Sand volvió para avisar a su fiel camarada de que ya era hora de partir. Envuelto de nuevo en su blanco sirai, Fabien se había sentado con la espalda contra el tronco de una alta palmera de areca. Allí había encontrado una gruesa línea de sombra para descansar por un momento de los rayos de sol.

– ¿Quieres que suba a por una nuez? –bromeó Sand.

– Nunca entendí esa costumbre. Sabéis, Paul… Quiero decir, Sand. Cuando yo era niño, los ciudadanos de Val'Monde también la mascaban.

– Una suerte entonces que para cuando yo llegara hubieran dejado de hacerlo.

– Hay barrios donde siguen mascándola.

– ¿La Orilla Fangosa?

– La Orilla Fangosa –confirmó Fabien–. O en la Manzana de humo.

– No he solido acercarme a esas zonas.

– Da gracias por ello. Mis paseos por allí nunca fueron placenteros. Pero el deber es el deber.

– Qué clase de tareas llamaban a todo un mariscal a…

– No nací mariscal, Sand. Antes de ello fui soldado raso. No todos los nobles elegimos la escalera más corta.

– Eso siempre te ha honrado, Fabien.

Sand observó a su fiel aliado. El exmariscal Santoro seguía igual de gris, pero sentado su piel parecía aún más arrugada. La tez negra se había desteñido alarmantemente y las arrugas que le surgían ahora hasta en las piernas no podían tener nada que ver con la edad.

– Veo empatía en tus ojos, Sand. No, espera, es peor. ¿Piedad? ¿Lástima? Sí. Eso. He sido muy feliz durante muchos años de mi vida. Con esa es más que suficiente. No sientas pena por mí.

– ¿Cómo te encuentras?

– Viejo.

– No ha llegado tu hora, Fabien. En cuanto lleguemos a Val'Fleus, iremos a ver a un galeno. Allí tendrán mejores remedios que la savia de *bougeole*.

– ¿Para qué prolongarlo? Nada me devolverá a un estado que me permita serviros bien, Maj… Sand. Además, la guerra está a la vuelta de la esquina, si es que no ha llegado ya. No quiero ser una boca innecesaria a la que alimentar.

Sand entendía cómo se sentía Santoro. Inútil. Pero estaba equivocado. El exmariscal lo había dado todo por él y su familia, y por eso no iba a dejarlo atrás. Conocía el valor de la lealtad. Y sabía exactamente lo que tenía que decir para cambiarle la actitud.

– ¿Abandonarás a tu rey, entonces? ¿Me dejarás solo?

– ¿Abandonar? No, claro que no. ¿Pero cómo voy a servirte en este estado? He sido una carga en esta travesía. Has renunciado a agua y comida por mí, para que pueda seguir arrastrándome por las dunas como un…

– Basta, Fabien. No quieres mi conmiseración, pues bien. Me eres útil y seguirás siéndolo siempre que conserves la lucidez. Quizá no sirvas ya para cruzar la espada con nadie. Pero no es eso lo que necesito de ti. Son tus consejos lo que buscaré. Serás la piedra de amolar de mis decisiones.

Santoro cerró los ojos un instante. Suspiró. Trató de doblar las rodillas e hizo fuerza con ambas manos en la arena para levantarse. Al ver las dificultades que aquella tarea le acarreaba, Sand le tendió una mano. El anciano la aceptó.

– ¿A volar, entonces? –preguntó una vez levantado.

– A menos que prefieras ir andando –sonrió Sand.

– Hemos tenido suerte con esos muchachos del Khaz'Tiber.

– ¿Suerte? Ha sido un milagro, Fabien. Un milagro.

– Un milagro… –susurró Fabien–. No lo creo. Todo pasa por algo. Buscan algo. Lo de antes, lo de las espadas…

– Curioso asunto, sí, aunque ajeno a nosotros. Cualquier cosa que averigüemos al respecto, cualquier cosa que le pueda servir al jinete, se la daremos. Estamos en deuda con él. Y con ella.

Asintió Santoro. Luego, Sand le hizo un gesto para que comenzara a caminar a su lado, hacia donde estaban los dos jinetes y su montura.

–Ese dragón… –murmuró Fabien–. Algo me dice que no ha terminado de salvarnos.

25

REFERÉNDUM

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

Pira se había subido al tejado de la lonja, al igual que otros muchos, para ver el centenar de barcos que se acercaba con las velas al viento. No había podido hacerlo la víspera, el primer día del arribo. Algunos ya habían fondeado en la bahía y los esquifes se acercaban removiendo los remos en el agua como tortugas gigantes.

Aquello pasaba solo una vez cada cinco años, y a Pira le encantaba. Un par de días en que se compartía con todos los bordeños. Todos habían sido llamados a las urnas y la gran mayoría acudía para tallar sus piedras con el símbolo de su movimiento preferido y echarlas al pozo de la República.

Ella ya lo había hecho a primera hora de la mañana, en cuanto abrió el enorme recinto del pozo. No quería ser testigo de otro episodio como el de la víspera en la plaza de Armas, y estaba segura de que habría turbulencias durante la jornada. Pensaba igual que Bría y Bern: los rompedores del Martillo habían aumentado la presión y estaban tratando de meter miedo a los votantes con altercados en toda la capital. Encendían una mecha, provocaban pequeñas batallas campales que siempre implicaban a pacifistas. Si estos se defendían, los hacían parecer agresores y los desacreditaban. Pira intuía la tendencia bajista en la intención de voto al Arcoíris en los últimos días, por eso fue de las primeras personas en acudir al pozo de la República.

Primero la inscribieron en el registro y luego le dieron las siete piedras blancas numeradas y el pequeño cincel. En todas ellas grabó el arcoíris con la mayor precisión que pudo, tal y como lo presentaba el modelo, y entonces la acompañaron a la plataforma para dejar caer sus piedras. Antes de salir hacia la lonja, los administrativos le sellaron el cuaderno de ciudadana. Sonrió al ver qué bien quedaba el segundo sello. Ya era toda una demócrata.

Al salir del recinto del pozo se encontró con Jekke, un diputado de Tierra Nueva que vivía en el atolón de Elana. Siempre le había parecido un tipo siniestro, con su pelo lacio, sus hombros decaídos y su mirada inquisitiva.

– Veo en tu frente… siete arcoíris, ¿me equivoco? –bromeó.

– El voto es secreto –rezongó ella.

– Y ha de ser útil –insistió él–. El arcoíris tiene buenas ideas, al menos en seis de las siete propuestas, pero no podemos quedarnos en estas tierras para siempre. Algún día no habrá sitio para todos.

– Pues ese día está muy lejos. Precisamente hoy están casi todos los habitantes en este atolón, y no está tan repleto.

– ¿No está repleto? –arqueó una ceja el diputado. Luego, suspiró, dejando caer sus hombros aún más–. De todas formas, no se trata de eso. Sino del agua.

– ¿El agua?

– Sí. Tierra Nueva viene advirtiéndolo en el Parlamento varios años ya. Los hijos de Escuala pueden reunir el agua de las nubes y los ríos. Pero los ríos que tenemos no son largos ni caudalosos, y tampoco tenemos tantos. Y las nubes vienen y van. ¿Entiendes por dónde voy?

– ¿Me estás diciendo que vuestra posición sobre la reconquista del continente es la que es por una futura e improbable escasez de agua?

– Te estoy diciendo que no tenemos otra opción. Cada vez somos más, y la cantidad de agua de la que disponemos cada año prácticamente no varía.

– Oh, ya. Claro. ¿Y no se os ha ocurrido que quizás podríamos ir a buscar el agua sin conquistar esas tierras? Se llama comercio, y suele ser una opción bastante más razonable y provechosa.

– No lo entiendes –se ofuscó Jekke.

– Ni quiero que me lo expliques tú –se envaró ella también–. No tengo tiempo para tertulias, Jekke. Que tengas un buen día.

El diputado farfulló un saludo, Pira se dio la vuelta y se alejó. Jekke le había recordado que Tigre no era el único problema de las islas. Había más gente que deseaba regresar al continente, quizá incluso por otros motivos que nada tenían que ver con vengar a sus ancestros. Estaba claro que muchos jóvenes pensaban como Tigre, pero ¿cuántos eran los que pensaban como Jekke? Tras un momento de reflexión, sacudió la cabeza y trató de olvidar el encontronazo con el diputado. Decidió disfrutar del hermoso día que había salido, aún a sabiendas de que podía acabar en desgracia.

Los graznidos de las gaviotas, el dulce vaivén de las olas acompañando al bullicio matinal de las islas. Un bullicio distinto, sin embargo, porque era un día especial. Un día de celebración. Los barrios de la capital llevaban toda la semana abasteciéndose de comida y bebida. Varios barcos mercantes habían partido de los atolones vecinos para contribuir. Habría pastel de iguana negra, endémica de Ileria. Los vendedores de Elana aprovecharían para cruzar las calles con sus carritos llenos de patas de piqueros azules. A Pira no le gustaban porque solían freírlas con mucho aceite, pero para Sihal eran un manjar. Aunque muchos de los artistas y marginados de las islas de Galata no solían acudir a la capital para votar, sí lo hacían para actuar en todas las tabernas de Akrosia. Se preguntó si serían muchos los sacerdotes de Beane que se desplazarían, o si tendrían un sistema de delegación de sus votos. Siempre se decía que el voto religioso podía cambiar la balanza de todas las cuestiones sometidas a votación.

*

Durante la tarde Pira estuvo caminando con Sihal. En la playa de Piesfríos se había improvisado una competición de salto de agua, de modo que se sentaron en el malecón para mirar. Pira agarró la mano de su novio con suavidad y empezó a hacerle pequeñas caricias. Lo veía preocupado.

– Esperemos que hoy no haya trifulcas –dijo el joven.

– Fue un caso aislado –aseguró ella, aunque no estuviera para nada convencida–. O un par de casos… Han pasado muchas cosas últimamente. En unos días todo se calmará.

El Borea que hacía de organizador anunció un nombre a los cuatro vientos, y entonces una hija de Escuala con las ropas empapadas salió propulsada del agua hacia el cielo. El chorro a presión brotaba de sus propias manos. Tras unos segundos en el aire, la joven cayó de nuevo dando vistosas volteretas y entró en el agua de cabeza como un martín pescador. Pira sonrió al pensar en ese pájaro. Sihal solía llevarlo en los motivos de sus prendas, algo que le resultaba muy curioso a Pira, que sabía que nunca había visto uno.

– Había una chica del Arcoíris. Una Borea. Era rubia. Con cara de tiburón limón y un dardo de cerbatana de pendiente. ¿La conoces? –Pira asintió. Sihal la miró a los ojos–. Trató de asfixiar a Niwaz.

– Es Garia –reveló Pira–. Creo que ha tenido una vida difícil. Tiene un carácter un poco explosivo. Lo que hizo no hace más que empeorar las cosas y supongo que Bría se lo habrá hecho saber de una forma o de otra. Y no tiene cara de tiburón limón, por cierto.

– Dijo que el Martillo había traído la guerra a las islas. Que lo habíamos orquestado todo. Que matamos a Ruger, nuestro compañero –como Pira no dijo nada, Sihal tuvo que insistir–. ¿Tú también lo crees?

– No fue cosa del Arcoíris, Sihal. De eso estoy segura.

Sihal no dijo nada. Se quedó en silencio, balanceando sus pies que colgaban sobre el mar. Pira

lo notaba raro desde hacía unos días. Como más… distante.

– Yo también creo que fuimos nosotros… –admitió al fin, tras el largo silencio.

Por fin Sihal empezaba a dudar del Martillo. Pira fue a replicar aliviada, pero entonces pasó un carroviento con la vela izada y un Borea que anunciaba el espectáculo de marionetas en la Plaza de la Unidad.

– ¿Vamos? –ofreció, con una sonrisa.

– Ve tú –instó Sihal–, voy a quedarme un rato aquí a solas. Tengo cosas en las que pensar antes de dar mi voto, te lo digo.

*

La Plaza de la Unidad era un gran rectángulo atravesado por finas veredas de piedra que formaban figuras geométricas alrededor de cuatro estatuas y una preciosa fuente en el centro. Pira solía ir allí a preparar sus clases de Historia. Al fin y al cabo, no había lugar más adecuado.

La Damapluma, con un colibrí sobre la palma de la mano izquierda, abierta y alzada. Con sus delicados hombros y sus piernas esbeltas. A Pira le ensimismaba cómo el escultor había grabado en aquel rostro pétreo la fiereza y la dulzura al mismo tiempo. Era una obra maestra. Al igual que el hijo rojo, el último de los Vástagos, a quien se le reconocía sin necesidad de color. Las llamas esculpidas en sus ropas de piedra se curvaban al igual que él, echado hacia adelante y señalando al frente con su espada, al tiempo que entonaba un grito salvaje. La llamaban la sirena, pero la estatua hacía más honor a la verdad representándola con ambas piernas sobre un pequeño bajel, los cabellos ondeando al viento como bandera de libertad. Pira había leído Recuerdos de Sietemares al menos cinco veces. La sirena era su heroína, un modelo a seguir. Había luchado por los heterocromos, por los suyos, pero también protegiendo a quienes la odiaban. Siempre trató de llegar a un acuerdo, incluso a costa de su vida.

El escenario que habían montado los ventrílocuos se encontraba justo delante de la estatua de Oruón, el último de los cuatro salvadores. La masa de piedra representaba una montaña, en la que habían grabado el rostro del hijo de Gea. Su semblante estaba surcado por una falla que recordaba a la larga cicatriz que le propinó algún miembro de la Guadaña. Pira no recordaba cuál de ellos.

– Hasan el Cosquillas –dijo la voz de Hotus, acercándose a sus espaldas–. ¿Has leído el Llanto de las montañas?

– Sí, pero no recordaba quién le había hecho la cicatriz a Oruón. Gracias, me has leído la mente.

– Tenías cara de esfuerzo. Como cuando piensas muy fuerte –se rio el calderero–. Dicen que se la cosieron las propias plantas, con tallos y espinas. Por los sapos, ¿te lo imaginas?

– Se dicen muchas cosas, y cuanto más oigo, más difieren las versiones.

– Veamos qué versión están representando estos artistas.

Los titiriteros representaron la historia de su persecución hasta el Hoyo, aquel gran agujero al este de Dareniel cuyo fondo nadie había visto. Por eso se lo conocía como las puertas del inframundo. Los hijos de las guardianas, en cambio, lo conocían como la tumba de Oruón, pues allí murió el mártir de la tierra a manos de la Guadaña.

Pira estaba realmente metida en la historia, como transportada a aquel siglo de guerra y exterminio. El que manejaba la marioneta de Oruón habló con voz grave y gutural.

– Veo que has vuelto con amigos, Cosquillas –decía el muñeco de felpa.

– Pero ¡qué mal educado! Perdóname, Oruón, y permíteme presentarte a los miembros más reconocidos de la Guadaña: Niemeris de la Niebla, Susurros Klever –a medida que decía sus

nombres sus títeres respectivos aparecían de entre los árboles en la maqueta de terreno boscoso–, Omogo el Gigante y Simón d'Artalan. Estaban deseando conocerte.

– Un cinco contra uno… No esperaba menos de ti, Cosquillas. Encantado, yo soy Oruón. Y hechas las presentaciones, ¿comenzamos?

– Te corté la cara en nuestro último lance. Hoy te cortaré el corazón.

Los muñecos rodearon al que representaba a Oruón para cortarle toda posibilidad de huida. De repente, Hasan el Cosquillas atacó. Justo en ese momento se alzaron unas tablas en el escenario que formaron un refugio en torno a Oruón. El muñeco del Cosquillas chocó con una de esas tablas y emitió un gritito de dolor.

– Omogo, rompe esa barrera –ordenó Cosquillas, agarrándose el hombro dolorido.

El muñeco más grande de todos se movió lentamente hasta aquel iglú de madera y empezó a aporrearlo. A Pira le sorprendió que el muñeco de Omogo estuviera pintado de negro. Eso significaba que había sido un tostado, algo que ella desconocía. De pronto, se accionó un mecanismo y el refugio estalló, tirando al suelo a todos los integrantes de la Guadaña. Oruón salió de su interior y se abalanzó sobre Omogo el gigante. Unas cuerdas que simulaban raíces ataron al suelo al gigante. Aquel era el poder de los hijos de Gea: el control de la tierra y la vegetación.

Mientras Oruón rociaba de puñetazos al gigante, dos de los enemigos tuvieron tiempo de recuperarse. Simón d'Artalan y Niemeris golpearon ambos sin previo aviso y por la espalda. Niemeris lo apresó de un latigazo, inmovilizándole los brazos y pegándoselos al torso. La estocada del tostado vino un instante después, y gracias a eso el muñeco de Oruón pudo girarse a tiempo para esquivarla parcialmente, pero no pudo evitar que le dañara la pierna.

Susurros Klever y Hasan el Cosquillas ya se habían puesto de pie y se acercaban para acabar con su presa. Pero Omogo el Gigante seguía en el suelo, la cara del muñeco hecha papilla.

– Cinco contra uno –susurró Pira desde el público–. ¿De verdad lo hicieron así?

– Supongo –Hotus se encogió de hombros–. Dudo que los sicarios fueran solos a por un heterocromo. Sabían que tenían las de perder, tenían que ir en grupo. Quizá no sea honorable, pero es completamente lógico.

Se accionó otro mecanismo que hizo que crujiera la madera. Las ruedas que habría debajo del escenario se pusieron en marcha y todos pudieron ver cómo se abría un gran agujero en el suelo sobre el que caminaban las marionetas.

– Ahora solo sois cuatro. Sin el gigante, mis hermanos os enviarán de vuelta al barro. Ahí nos veremos de nuevo, Cosquillas.

Y ambos muñecos, el de Oruón y el de Omogo el gigante cayeron al hoyo.

– Ha estado bien –admitió Hotus–. Siempre me han intrigado esos mecanismos. Lo del hoyo es fácil, sin duda, pero lo que han hecho con las cuerdas ha sido sorprendente.

– Me parece que lo más importante aquí es la historia, Hotus. ¿Son fieles a la verdad?

– Son fieles a la canción, ya no hay forma de saber cuál es la verdad. Dudo que el Libro de las Hazañas cuente la misma versión. Y acabar con Omogo el Gigante a puñetazos parece un poco… inverosímil. Es más probable que lo arrastrara al Hoyo consigo porque Omogo le obligara a ello.

– ¿El Libro de las Hazañas? –preguntó Pira.

– Ajá, así se publicó un volumen con las gestas de las Cruzadas. La Guadaña fue uno de los grupos de sicarios más famosos de aquella época, si no el que más.

– ¿Tienes ese libro?

– Oh, no. En el continente sería fácil conseguirlo, pero aquí… Es lo equivalente a buscar un Joról en el continente.

Los espectáculos siguieron celebrándose en la plaza y en todos los rincones de Akrosia, y cuando el sol empezó a ocultarse bajo las olas lejanas, Pira se marchó a casa. Por el camino no podía dejar de pensar en Oruón y su enfrentamiento con la Guadaña. No podía haberse tirado al hoyo para morir. Era un hijo de Gea, de modo que podría haberse enterrado vivo por un tiempo para salvarse. Pero entonces, ¿por qué la canción acababa así?

*

Tigre tenía que llevar la bolsa de piedras al pozo, por eso excavaba. Odiaba hacerlo, pero era importante. De hecho, era probablemente una de las tareas más importantes de su vida. No porque fuera un gran demócrata, no. A veces la democracia se equivocaba, y en esos momentos alguien tenía que pensar en el interés nacional y hacer lo que hiciera falta para ponerlo por delante. Tigre era más que un demócrata, era un patriota. Y cuando el interés nacional estaba en juego, no podía fiarse de nadie más que de él.

Cavar le ayudaba a reflexionar. Últimamente no había tenido mucho tiempo para ello. ¿Qué pasaría después? Tenía muchos hilos atados. El primero, el resultado de la votación. El segundo, llamamiento. Tercero, el de los buques. El aprovisionamiento. Los capitanes. Y por último, el eclipse. Nunca lo había considerado, pero calcular la posición en alta mar requería al parecer grandes conocimientos en matemáticas y astronomía. Si querían llegar al continente sin pasarse de largo y acabar navegando por un océano infinito, necesitarían zarpar un poco antes del eclipse. De modo que, una vez se anunciaran los resultados, no habría tiempo que perder.

Mientras avanzaba lentamente bajo tierra iba recordando las canciones antiguas sobre las gestas de los heterocromos. Algunas trataban de espías. Solían ser los hijos de Borea, pues usaban el viento para atraer susurros a sus oídos, pero también los había hijos de Gea. Se preguntó si alguno habría descubierto una forma de excavar más rápido a esa profundidad, sin ser detectado y sin cansarse tanto. Tigre se consideraba como uno de los heterocromos más poderosos de las islas, y aun así había tareas que le resultaban endemoniadamente complicadas.

Al cabo sintió que la tierra vibraba sobre él. Arriba. Había alguien. Se detuvo al instante y ocultó la bolsa de piedras tras él. Guardó silencio. Flexionó las rodillas, presto para afrontar cualquier imprevisto. La vibración se acentuó. Se acercaba, despacio pero inexorable. Pensó en alejarse, en cavar un poco más hondo, pero eso lo delataría, si es que no había sido detectado aún. Decidió cavar un poco más bajo sus pies, despacio y con sigilo, solo para esconder la bolsa que llevaba.

Unos pequeños copos de tierra seca se posaron sobre su cabellera. Gruñó. Ninguna visita formaba parte del plan.

– Menos mal que te he pillado –dijo el recién llegado.

– Iba muy despacio –gruñó Tigre.

– Así te ocultas más.

– Y me canso menos.

– Cierto.

El otro hijo de Gea era alto y fornido. Tenía el rostro picado de viruela y un tic nervioso que le hacía parpadear más de la cuenta. Vestía el uniforme de la Guardia Coralina, cota de malla azul verdosa, como el pantalón y las botas impermeables. Había prescindido de los guantes para aquella escapada subterránea y Tigre se fijó en el tatuaje reglamentario de la muñeca: el coral de fuego. A más llamas, mayor rango.

– ¿Qué haces aquí? ¿Han comprado tu lealtad?

– Los únicos corales que he recibido son los tuyos. Pero no hago esto por dinero, Tigre, lo

sabes.

Tigre lo sabía. La confianza era algo que Tigre no daba a nadie. No del todo. Pero ese hombre era un patriota, como él. Lo conocía desde que ambos empezaron a entrenar en la escuela militar de Galata.

– En ese caso, no tenías por qué aceptar mis corales.

– Es una apuesta arriesgada. El riesgo merece recompensa.

– No me has respondido.

– Vengo a avisarte. Una inspección de última hora. Varios movimientos han pedido mayor vigilancia dado el ambiente de los últimos días. Las peleas entre vecinos, el asesinato de tu muchacho, la desaparición del testigo…

– Típico –bufó el líder del Martillo–. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

– ¿Tienes las piedras?

– Las tengo –dijo, mientras abría el agujero donde las había ocultado–. Casi quinientas.

– No harán falta tantas.

– Mejor que sobren.

– Sí, pero cuantas más sobren, más posibilidades de que nos pillen.

– Deshazte de ellas en la cantera. Es lo más seguro.

– La cantera. De acuerdo. Pero lo haremos dentro de unos días, para evitar sorpresas. Hasta entonces las guardaré en mi casa.

Tigre le dejó la bolsa delante de él y se encogió de hombros.

– Como quieras. Ahí tienes.

El hombre asintió, luego agarró la bolsa y la arrastró hacia sí.

– ¿Has cavado arrastrando esto desde el callejón azor?

– Pesa, ¿eh?

Haciendo una mueca, el hombre se dio la vuelta e hizo un gesto de despedida.

– Quinientas… –farfulló–. Que la Quinta te lleve, Tigre.

Tigre soltó una carcajada, aunque se detuvo rápidamente, pensando en que alguien podría oírlos en la superficie. Algo totalmente imposible, dada la profundidad a la que se encontraban.

– Terrek –llamó el líder del Martillo antes de que al guardia se lo tragara la tierra–. Tu misión es de vital importancia.

– Lo sé. Y no te preocupes. A partir de mañana miles de isleños empezarán a preparar su partida. Confía en mí.

– Lo hago. No me falles.

Y, tras ver un destello de satisfacción en la cara de Terrek, este se metió en las entrañas de la tierra con una bolsa llena de piedras blancas en las que habían tallado el símbolo del Martillo. Tigre se quedó ahí un rato más, pensativo.

El jefe de escuadrón de la Guardia Coralina había resultado ser de gran ayuda. Un apoyo así en Akrosia le vendría muy bien cuando él se encontrara en el continente. Debía asegurar su red de altos cargos. Pensaba llevarse consigo a la mayoría, pero si las cosas se torcían en su reconquista, podría necesitar más apoyo de su tierra natal.

Esas cavilaciones le acompañaron durante el camino de vuelta, cavando más profundo y más despacio aún que cuando arrastraba la bolsa de piedras.

*

Cuando anunciaron que el pozo se había cerrado con un porcentaje del ochenta y siete por ciento de participación, la noche se iluminó. Se iluminó con las carcajadas de los tragones de

tuba y las sonrisas embobadas de los más consumados bebedores del ron de las islas. Los taberneros hacían rodar sus barriles por las calles con un cortejo de borrachos cantarines, con caras congestionadas y voces quebradas. Se iluminó con pequeñas hebras de humo, fruto de las semillas de alegría que fumaban los isleños y que los fuegos de los hijos de Ignos hacían visibles. Por toda la capital se esparcían las demostraciones de pirotecnia.

Pira y Sihal estaban sentados sobre uno de los gruesos pilotes que sostenían el camino de tablones a la entrada de su cabaña sobre el mar. Más vecinos habían elegido el mismo sitio para admirar la isla con sus fuegos y sus festejos. Los postes estaban repartidos a una docena de zancadas unos de otros, de modo que la pareja tenía cierta intimidad.

– He votado por el Arcoíris –admitió Sihal, de repente.

Aquello la pilló de improviso, y fue una grata sorpresa.

– ¿Por qué?

– Porque sé que es importante para ti. Y lo más importante para mí… eres tú.

– Gracias –lo abrazó, y después le dio un beso en la mejilla. Luego en la boca.

– Pero creo que no servirá para nada, te lo digo.

– Ten fe, mi sol. Ten fe.

Pira se sorprendió a sí misma diciendo esas palabras. ¿Cuándo había tenido fe? ¿La tenía ahora? Miró al cielo. Las estrellas titilaban como si quisieran seguir el ritmo de las llamas. Veía cómo las bolas de fuego que lanzaban desde tierra ascendían y se extinguían rápidamente, mucho antes de llegar a las estrellas. Así era su fe. La tenía, pero siempre se extinguía antes de tiempo.

26

LA ORILLA FANGOSA

Val'Monde, Mohad 571.

Kai Shek caminaba ensimismado, sin prestar atención a lo que pasaba a su alrededor. ¿Cómo podían haber construido un lugar así? ¿Cómo habían logrado llenar tantas estanterías con papel y tinta? Desde los tiempos de la arcilla hasta el del novedoso papel, pasando por el pergamino y la vitela. Caminar por el laberíntico Archivo de los Tiempos lo había dejado aturdido, y había tenido que preguntar a varios empleados por donde debía continuar para alcanzar la salida.

Lo que más le preocupaba era que en una sola de las salas del piso dedicado al Khaz'Tiber había encontrado más información sobre su país que en la propia biblioteca de Do Shoi. ¿Cómo podían los mohadís contar con tanta información sobre unos dragones que nunca habían visto? ¿De dónde sacaban todas esas anécdotas sobre la vida del decimoquinto Khaz Dolu? Incluso había podido leer su nombre, algo tremendamente difícil de averiguar en el Tiber. Cuando una persona era nombrada Khaz Dolu, esta perdía nombre y apellido, renunciando a su familia para elegir al país como única fuente de amor. Quienes conocían a la persona tenían la obligación de mantener el nombre del Khaz Dolu en secreto, a riesgo de perder la lengua en caso de infracción.

Había querido visitar la Torre del Aura, pero habían vedado la entrada pues estaban haciendo reparaciones. Con el gozo en un pozo, Kai Shek se volvió a la zona más hedionda de aquella magnifica ciudad: un barrizal de casas apelmazadas, tabernas torcidas y casas de juegos hundidas donde uno podía apostar hasta su propio cuerpo. Los menos desafortunados se referían a ese barrio como la orilla fangosa.

Escogió el más torcido de los tugurios. Kai Shek ya había estado en Val'Monde varias veces y conocía mal que bien aquellas calles que rezumaban aromas cuanto menos sorprendentes e inverosímiles.

La sencilla barra de madera estaba llena de orificios y no había hueco seco en el que apoyar el codo. Pidió una cerveza bien negra y embutidos de vicuña. Se sentó en una esquina, tratando de pasar desapercibido, pero en cuanto se quitó la capucha sintió que todas las miradas se iban posando sobre su figura una a una. En Mohad siempre era la misma historia. Era imposible pasar desapercibido para un tibereño con el tono de piel níveo como el suyo.

– Eh, tú, pálido –llamó un tostado de otra mesa–. No eres de aquí.

– Yo sé de donde es –se jactó otro–. Mira su cara. Sus ojos. Es un tibereño.

Hubo una ola de murmullos. Kai Shek dejó que se propagara. Que el misterio llenara toda la taberna, que todos se hicieran preguntas.

– ¿Qué es un tibereño? –preguntó uno que también estaba solo, no muy lejos de Kai Shek.

El jinete lo examinó con interés, al igual que hacía ese tipo con él. Tenía barba descuidada, al igual que su pelo castaño oscuro, y sus ojos claros rezumaban indiferencia. O hastío. Su rostro llevaba impresa una advertencia en forma de varias cicatrices, en la frente y en el pómulo izquierdo. Lo que más saltaba a la vista, sin embargo, era su tez clara, contrastando con la de los tostados del lugar.

– El Khaz'Tiber está en las montañas del noroeste –informó una mujer–. Antes de llegar a la Rada Blanca. Es un enclave independiente en mitad del reino de Dareniel.

– Putos darenís –soltó un tipo bajito con una vocecilla aguda, justo antes de escupir–. Me cago en ellos.

Nadie le hizo mucho caso, y Kai Shek siguió manteniendo silencio.

– Cuéntanos, amigo. ¿Eres del Tiber entonces?

– ¿Alguna vez has visto algún dragón? –preguntó otro, acercándose a la mesa de Kai Shek con una jarra de cerveza negra.

– ¿Dragón? Hace unos días vi a dos por aquí cerca –desveló el tipo de las cicatrices.

– ¿Donde? –aquello había despertado el interés de Kai Shek.

– En el desierto.

– ¿Y qué hace un tipo como tú en el desierto?

– Es que no lo conoces. Este tipo es Derren Zancadilla, famoso y temido cazador de los Mil Reinos –presentó el que se había sentado frente a Kai Shek con su jarra de cerveza–. Monta a la temible…

– A tu madre, Simon –exclamó el tal Derren levantándose de su banqueta–. Y como no te calles te montaré a ti también.

– Calma, amigos, era simple curiosidad –medió Kai Shek, aunque más tarde ahondaría sobre ese Derren–. No quiero meterme donde no me llaman. He venido como emisario del Tiber, en efecto, para tratar asuntos diplomáticos.

– ¿Y qué haces en la orilla fangosa? –desconfió otro fornido bebedor.

Kai Shek se encogió de hombros.

– Me gustan más las tabernas de este abolengo. Además, no me interesan los temas de los que se habla en las posadas y burdeles de los ricos.

– El amigo tibereño desea escuchar los rumores de la orilla fangosa… –pronunció un vejete que salía de detrás de la barra–. Aquí tenemos muchos rumores, muchas noticias, amigo. Pero esa mercancía es más cara que la cerveza negra…

Kai Shek sabía muy bien cómo funcionaban las cosas en Mohad, de modo que ya había previsto lo que tendría que pagar. Esa era la verdadera razón por la que iba a beber a la orilla fangosa, porque allí era donde la información era más barata. Cuanto más se acercaba uno de la Fortaleza Flotante, más cara era la cerveza, y mucho más las noticias.

– Ronda de tequila para todos –anunció sacando una bolsita cerrada con un lazo del zurrón–. Habladme del rey Charles.

Y así fue como se enteró de que el rey Charles había sido el mejor amigo del último de los Val’Dore, justo antes de traicionarlo y condenarlo a morir en el desierto. Así fue como descubrió que desde entonces Mohad se había metido en una espiral de decrepitud, perdiendo la batalla con Dareniel en la Bahía de los Susurros o la del Paso contra los Mil Reinos con una cantidad de bajas récord; huyendo de Mareas Rotas tras una campaña desastrosa contra poco más que pescadores y cangrejeros; defendiéndose de grupos rebeldes cada vez más poderosos que asaltaban los pocos caminos que conectaban las ciudades alrededor del mar de arena.

Para aquellos hombres y mujeres de la orilla fangosa, la economía nunca había ido bien, pero los rumores que llegaban incluso hasta allí hablaban de un hartazgo de las casas más nobles. El comercio había decaído y tanto los ricos como los pobres habían estado pagando el esfuerzo de guerra de los últimos años. Y todo eso para nada, o esa era la conclusión general.

Con la quinta ronda dejó de necesitar la bolsa de dineros: cada uno hablaba ya por libre, sin requerir pago para soltar rumores y noticias. En la frágil confianza de la ebriedad.

– Oh, sí. El más temido de todos. Lo llaman el demonio del desierto. El rey Charles ofrece cinco mil escudos de oro por su cabeza. ¿Os lo podéis creer? ¡Cinco mil!

– Por eso tenemos a nuestro buen amigo Derren sobrevolando las arenas todos los días, ¿verdad? –soltó el de enfrente de Kai Shek.

El tal Derren, que ya se encontraba en la misma mesa que Kai Shek, le dio un capote tan fuerte que lo tiró de la banqueta.

– Te advertí, imbécil.

– ¿Sobrevolando? ¿También hay dragones en los Mil Reinos? –bromeó Kai Shek.

Todos miraron a Derren.

– Hay cosas muchos peores en nuestros bosques –rezongó finalmente–. Aquí tenéis miedo de escorpiones del tamaño de este dedo –lo mostró, luego negó con la cabeza–. Ninguno de vosotros sobreviviría ni una sola noche en el bosque del que yo vengo. Está plagado de cerberos de hasta cinco cabezas. Y hay otras tierras más peligrosas en los Mil Reinos. Ikramia está lleno de gigantes bichos voladores que se abalanzan sobre ti y te llevan a sus nidos para alimentar a sus crías. Daxos es zona de cuevas, y allí es donde más hidras han matado. Pero tienen trucos para sacarlas de sus escondites. Habría que estar loco para adentrarse en una de esas cuevas…

– Dicen que el más peligroso es el de Serpentia –añadió maravillado uno de los beodos.

– Es posible. Allí hay más serpientes que habitantes. Los cazadores no dan abasto. Pero no son serpientes como las de aquí. Nada de cascabeles, allí no te avisan. La titanoboa es del tamaño de un árbol, y, aun así, es dificilísimo detectarla por su camuflaje.

– Yo he oído sobre cosas peores en el desierto –quiso participar una mujer esquelética que bebía como norteño sin que aquello pareciera afectarle–. Escorpiones del tamaño de vacas, serpientes invisibles, manos muertas que surgen de la arena para arrastrarte…

– Todo eso son cuentos, mujer –espetó un barbudo.

– No sabes nada, Thomas, no sabes nada –farfulló ella.

– Tiene razón. Hay cosas mucho más peligrosas en el desierto. Mucho peores que escorpiones, serpientes y manos bajo la arena –habló un anciano.

– ¿Algo que pueda asustar a un dragón? –quiso saber Kai Shek.

– Pocas cosas podrían, desde luego –el anciano se llevó la mano a la puntiaguda barbilla–. Quizá… La Semilla.

Hubo un murmullo que recorrió toda la taberna. Algunas banquetas se arrastraron hacia atrás, los que estaban de pie recularon instintivamente. Kai Shek discernió el miedo en los ojos de esos harapientos.

– ¿Qué es?

– Es… Una especie de montaña. Circulan cientos de historias sobre ella.

– Historias –soltó Derren, en tono de mofa. Él no parecía asustado en absoluto, más bien sonreía.

– Es un lugar sagrado –dijo alguien.

– Morada de espíritus malignos –se oyó otra voz asustada.

– No son malignos, nos protegen –afirmó otra persona.

– ¿De qué?

– Mejor no saberlo, jinete. Mejor no saberlo.

Kai Shek frunció el ceño. El ambiente había pasado del jolgorio de la borrachera al desánimo de un entierro. Estaba seguro de que ninguno de los allí presentes había visto siquiera la Semilla, dado lo inaccesible del lugar en donde se encontraba. Pero ese Derren, con esa sonrisa… ¿Podía saber algo más?

– Y… volviendo al tema de antes, ¿encontraste a tu montura en esa tierra de Ikramia? –le preguntó Kai Shek.

– No. A mi fiel amigo lo encontré en casa. En los Colmillos Verdes. Su madre andaba merodeando por los alrededores y había matado a tanta gente en los bosques que nadie se atrevía a salir de sus casas. Era un encargo para una pequeña reina que quería ganar el torneo de las pieles. Al final no obtuvo la recompensa, ni yo tampoco, pero al menos conseguí salir con vida.

Y me lleve uno de sus huevos. De ahí salió mi montura.

– Pero ¿qué es? –insistió el jinete de dragón.

– Según he conseguido averiguar, algunos estudiosos lo llaman odonata velicóptera.

– Supongo que es peligrosa.

– ¡Ya lo creo que sí! –exclamó el anciano, animándose de nuevo–. Es letal. Sus mandíbulas triturarían tu cabeza como si fuera miga de pan. Sus pinzas pueden cortar rocas por la mitad. ¡Y sus dardos! Bueno, que nunca estarás a salvo mientras estés en su campo de visión. Si se te clava uno de esos…

– ¿Dardos?

– Kai dispara unos dardos azules, sí –masculló Derren.

Parecía molesto. Kai Shek ladeó la cabeza. Estaba bastante seguro. Se preguntó si debía sobreactuar por un instante.

– Antes has dicho que viste a dos dragones por aquí cerca. En el desierto. ¿Qué hiciste cuando los viste?

Los ojos de Derren brillaron, como si estuvieran a punto de desvelar un secreto. Entonces Kai Shek supo que lo sabía. Supo que había sido él.

– ¿Que qué hice? Pues lo que habría hecho cualquiera en su sano juicio: disparar y largarme de allí. Ya no soy cazador de monstruos.

– Ahora es el corsario del mar de arena –lo apodó el que se había llevado un capote, que por fin se volvía a acercar, al parecer, sin aprender la lección.

Kai Shek ya lo había decidido. Se levantó de golpe. Ese tal Derren se había topado con Darragor y su montura le había clavado unos dardos venenosos.

– Envenenaste a mi dragón –declaró y señaló al cazador con el dedo índice–. Debería matarte.

El excazador de monstruos se puso en pie, con calma, sin precipitarse.

– Muchos lo han intentado –Derren se llevó una mano a la espalda, donde guardaba su espada.

Todos los presentes se apartaron de la mesa, observando cómo Derren Zancadilla desenvainaba y el filo verdoso relucía a la luz del interior. Se cayeron un par de jarras. Hubo gritos de alarma, pero Kai Shek no se movió. Tenía la espada colgada del talabarte todavía y ni siquiera hizo ademán de llevar la mano a la empuñadura. No era un hombre de peleas. No a menos que fueran necesarias.

Por un momento, el tiempo se detuvo, las respiraciones dejaron de oírse para dejar que el ritmo de un puñado de corazones se acelerara.

– Envaina ese trozo de helieno, cazador –ordenó Kai Shek, serio–. Darragor está bien, por suerte para ambos. Y no he venido a matar a nadie. Al contrario, espero que muy pronto estemos en el mismo bando. Tu odonata velicóptera y tu espada nos vendrán bien en la guerra que se avecina.

Todos se quedaron callados, mirando a Derren y esperando su respuesta. El cazador asintió al fin, devolvió la espada de helieno a la vaina que colgaba a su espalda y pidió otra ronda de tequilas. Como si allí no hubiera estado a punto de morir alguien.

Salió del tugurio horas después, con una borrachera como no recordaba haber llevado encima nunca. El viento le trajo un olor a orín de camello que revolvió sus tripas hasta el punto de provocarle arcadas. ¿O era el tequila? Ya era de día. Unos niños jugaban a la guerra del estiércol y a punto estuvo de ser víctima colateral de uno de sus proyectiles. Decidió alejarse rápidamente. Le tenía estima a esa chaqueta, y tenía la sensación de que ya olía bastante mal. Tendría que cambiarse antes de acudir a la Fortaleza Flotante. O quizá sería mejor dejar esa visita para otro día.

27

GUARDASUR

Alrededores de Val'Fleus, Mohad 571.

Lo habían visto desde los cielos: lo que una vez fue una urbe vibrante y próspera, ahora yacía en un estado de caos y abandono.

Los estragos de la batalla eran más que evidentes desde las alturas. Las murallas que alguna vez protegieron la ciudad estaban parcialmente derruidas, revelando enormes brechas abiertas por doquier. Aunque no se veían columnas de humo, muchos de los tejados de las casas estaban quemados, marcando los lugares que el fuego había devorado.

El corazón de Val'Fleus, de donde partían todas las avenidas y donde solía alzarse la prestigiosa Universidad con sus majestuosos edificios había sido reducido a un amasijo de escombros. Las iglesias que tanto tiempo habían representado la devoción limerea ahora se erguían irregulares como sombras retorcidas de su antigua gloria, con sus agujas ausentes y sus vitrales destrozados.

Las calles, que Sand recordaba llenas de vida y actividad, ahora estaban desiertas y cubiertas de escombros, con charcos sedientos que marcaban los lugares donde probablemente se libraron feroces batallas. Los puentes que cruzaban los canales estaban en ruinas, y el agua se había vuelto turbia, contaminada por los estragos de la guerra.

Ahí está. La ciudad del saber, convertida en el primer testigo de la guerra. ¿De qué ha servido? ¿Qué ha sido de la biblioteca? ¿Dónde están los rollos? Tanto pergamino, tanta tinta derramada… ¿Habrán luchado siquiera? ¿Habrán tratado de negociar? Bueno, está claro que no llegaron a ningún acuerdo. ¿Por qué tanta destrucción? ¿De qué te servirá ahora esta ciudad, Lor'Horn? ¿Para qué conquistarla si es para dejarla reducida a esto?

– ¿¡Bajamos!? –la voz de An Long lo sacó de su ensimismamiento.

¿Bajar? ¿Para qué? No tiene sentido. Ya no hay nada más que muerte en la ciudad. No. No queda nada de ciudad en esas ruinas.

– Sí, bajamos –se oyó diciendo, aun y todo.

– Puede que haya enemigos. Es probable que nos hayan visto –anunció el jinete.

– Tienes razón. Al sur de la ciudad, entonces. Al río.

– Nuestro gremio tiene marcada una aldea-etapa un poco más al oeste. Donde convergen los afluentes del Petit'O. No creo que las tropas hayan pasado por allí.

– No, no. Quiero entrar. Quiero ver lo que queda desde adentro. Pósate… –Fabien tosió, y eso le recordó a Sand que tenía otra prioridad–. *Mierda.* La aldea-etapa, ¿sabes si hay algún galeno?

– No conozco el lugar. Puede que haya un curandero… Las aldeas-etapa son pequeñas y discretas. Suele haber algún que otro negocio local entre las casuchas y rediles. Una fonda, a veces tabernas, a veces molinos…

– Necesito encontrar a un médico –farfulló entre dientes–. Está bien, bajemos en esa aldea.

*

Guardasur era, en efecto, un conjunto de casuchas abigarradas de lo más rústicas, la mayoría de madera. Había varios negocios locales y un par de tabernas, pero Sand no estaba de humor para que desconocidos le hicieran preguntas, aunque fueran bienintencionadas.

Se cruzaron con varias personas que asintieron cuando preguntaron por un médico y señalaron en la misma dirección: el burdel.

Sand tenía la sensación de que en la calle había más gente de la que pudiera caber en las casas del poblado.

– Deben de haber venido algunos de Val'Fleus –dijo Santoro–. Están casi tan mal como yo.

– No bromees con eso, Fabien –lo reprendió Sand.

Pero era cierto. Muchos habrían acudido allí al quedarse sin hogar o peor, sin familia. El ambiente era pesado y fúnebre. Los hombros decaídos y las cabezas gachas. Cuando entraron en el burdel, parecía un cementerio.

El recibidor estaba plagado de sangre y en el salón principal habían colocado los colchones en hileras formando pasillos que ocupaban hombres y mujeres con ojos brillantes y mejillas húmedas.

– No sé si es buena idea… –se removió An Long–. Algunos ya están muertos en esas camas.

Sand compartía la opinión del jinete. La idea de que su leal amigo se tumbara allí entre la muerte y la sangre era poco halagüeña.

– ¿Qué queréis vosotros? –inquirió una voz ronca, en tono hostil–. No estáis heridos.

– No, heridos no. Nuestro compañero está enfermo –señaló a Santoro, que estaba gris como el polvo–. Se muere a fuego lento.

– Entonces podrá esperar –respondió secamente.

Era un hombre delgado y de estatura común, con barba y perilla bien recortadas pero un frondoso entrecejo que le volvía la mirada más severa.

– ¿Otro herido? –preguntó una voz por detrás. Una voz de mujer.

– No –dijo el del entrecejo.

– Sí –exclamó Sand–. Nuestro amigo se muere. Puede que aún no sea tarde.

Se asomó la mujer. Tenía el pelo negro enmarañado y la mirada remolcada por unas ojeras que parecían guardar varias lunas de insomnio. Se estaba limpiando las manos con un paño húmedo, pero no había podido quitarse la sangre de las uñas.

– Tiene mal color –comentó–. Tengo un ratito libre. Pasad.

– Diane… –comenzó a oponerse el hombre.

– Aquí mando yo –lo acalló ella–. Vete a buscar más vendajes. Y las sábanas limpias.

El hombre bajó la mirada y salió por el pasillo que había a la izquierda. Ellos, sin embargo, siguieron a Diane por el corredor derecho.

En la habitación había una esterilla y una mesita con un par de pergaminos, pluma y tintero.

– Documentamos lo que podemos –dijo ella, al ver que todos miraban lo mismo–. Bueno, decidme. No parecéis haber estado en Val'Fleus. Y esos dos no son de aquí.

– No –confirmó An Long–. Pero se trata de él.

Sand tomó el relevo.

– Venimos del desierto de Mohad. Nos envenenaron. Unos… Un pueblo autóctono. También le picó un escorpión hace días.

– ¿Viste al escorpión?

– No.

– Entonces…

– Tengo experiencia con las picaduras.

– Yo también. ¿Dónde?

Santoro se levantó el sirai hasta la altura de la cadera. La pequeña Shia Ma dejó escapar un gritito. La cara de An Long reflejaba asco, y Sand no podía culparlo. En el centro de la avería una gran verruga roja con el centro amarillento amenazaba con explotar, mientras que alrededor la piel era de tonos anaranjados donde resaltaban hebras azules. El resto de la pierna, sin

embargo, era de un gris nuboso y el color azul de las venas se perdía a medida que uno alejaba la vista de la picadura.

La tal Diane se agachó para inspeccionar la marca. Palpó con cuidado. Observó la espalda. Le hizo darse la vuelta. Examinó la otra pierna. Incluso los pies. Se levantó para mirarle los ojos. Le tocó el corazón. Le apretó la muñeca. Luego se alejó, apoyándose sobre la pared de la habitación.

– No –negó la galena con la cabeza–. Aquí no tengo ningún antídoto. Pero, aunque lo tuviera, no lo malgastaría con él. De nada serviría ya.

– ¿Qué? Solo han pasado unos días. He visto…

– Escucha, yo también he visto. El veneno del escorpión amarillo es el que menos conocemos. En los jóvenes no suele causar la muerte, aunque a veces hay que amputar. En las personas ancianas es lo más habitual, la muerte, digo. La amputación tiene que ser inmediata para frenar el veneno. De no serrar, el final es una cuestión de un día o dos. Si tu amigo ha sobrevivido hasta ahora, sospecho que es por ese otro veneno que dices que os dieron los autóctonos. Quizá haya sido un efecto secundario, pero parece que uno ha frenado al otro. O simple suerte. En cualquier caso, no durará más de una semana.

Salieron del local cabizbajos. Tanto que el más alegre de los cuatro parecía ser Fabien, que trataba de animar a todos con una sonrisa febril.

– ¿Qué haréis ahora, Sand?

– Supongo que… bajaremos por el río. Y más vale que de aquí a la desembocadura en el Mar Cerrado haya un maldito curandero. Uno mejor que esta. No pienso rendirme.

An Long miró al gris y debilitado Fabien.

– Incluso si lo hay… Dudo que sepa curar eso.

– Solo hay una forma de saberlo. Nos las apañaremos. Vosotros ya habéis hecho bastante. Como os dije, jinetes, Fabien y yo os debemos la vida.

– Es lo menos que podíamos hacer… –declaró Shia Ma.

– Pues muchos no lo habrían hecho –Sand dudó un segundo, pero al final cedió–. Si algún día me buscáis en el desierto, preguntad por Sand de los escarabajos. Si me buscáis en Val'Monde, buscad a la familia Mont'Arbre y preguntad por Paul.

– ¿Escarabajos? –se extrañó An Long–. Conozco el movimiento. ¿Eres un rebelde, entonces?

– Es complicado, amigo. ¿Supone esto algún cambio en nuestra relación? Da igual, no para mí. No importa lo que penséis de mí. Lo que importa es que yo os debo la vida, y yo siempre saldo mis deudas.

El dragón se había instalado en la margen del río con medio cráneo sobre la corriente. De vez en cuando algún salmón saltarín acababa asado en su lengua bífida. An Long habló tras pensar un buen rato.

– Sand de los escarabajos. O Paul de Val'Monde. Esto no cambia nada para mí. Tiranior ha visto en tu corazón y te ha aceptado. Confío en Tiranior, y por eso, aunque no nos digas quién eres en realidad, confío en ti.

– Gracias, An Long.

– Por eso os ofrezco nuestra ayuda –continuó–. Venid al Tiber. Tenemos buenos sanadores. Algunos incluso formados en Alderion. Otros con conocimientos bien guardados en las montañas y nunca revelados al resto del continente. Estoy seguro de que alguno podrá tratar a Fabien.

– Eso…

– Os llevaría a Val'Lacq, que está de camino, pero eso solo os daría unos días para huir hacia Dareniel o Suna. Allí será más de lo mismo. Aunque tengan el antídoto, dice la curandera que no

servirá. O quien sabe, quizá ya esté la ciudad en ruinas y ni eso encontréis. De seguro harán lo mismo con Val'Monde, aunque la capital tratará de resistir, de allí no podréis huir a ninguna parte. Venid con nosotros al Tiber. Dejad que os pongamos a salvo.

La cabeza de Sand estaba a punto de estallar. Sus planes se derrumbaban como un castillo de naipes. Tendría que postergar su particular viaje a la forja negra, de eso no cabía duda. Pero lo primero era salvar a Santoro. Luego… empezaba a pensar que la defensa de Mohad también tenía prioridad sobre su trastorno. Así lo decidió entonces. Tendría que apañárselas con el Otro durante una temporada.

– No sé cómo aceptar tanta ayuda, jinete.

– No podemos salvaros la vida para dejaros morir después. Dejad que os salvemos la vida de verdad. Veremos si nos dan algo de comer en la taberna, repondremos fuerzas y partiremos hacia el Tiber. Abrigaremos a Fabien y volaremos bajo para evitar el frío. Pero volaremos rápido. ¿Estáis de acuerdo?

Asintió Sand firmemente, luego lo hizo Santoro, con un brillo febril en los ojos achicados.

– Gracias, An Long –logró decir el exmariscal sin toser–. Una vez más.

*

Al salir de la taberna se toparon de bruces con un gentío que había formado en redondo. A An Long se le agitaron las tripas. Se oían insultos. Mal asunto.

Vio que Sand se abría paso con los codos para llegar a la primera fila, de modo que lo siguió. Notó que Shia Ma lo agarraba del uniforme para no perderlo.

– Deberías llamar a Tiranior –le aconsejo la joven en un murmullo que oyó de milagro.

Era mejor no hacer nada, de momento. Solo observar. Ver qué pasaba. O, por qué no, preguntar.

– ¿Qué sucede? –preguntó a uno de esos tipos calvos y rechonchos con el rostro de quien es incapaz de hacer daño a una hormiga.

– Los capas negras. Han venido a cobrar el impuesto revolucionario. Cabrones sin sangre –escupió con voz de pito.

An Long comprendió mejor. Siguió avanzando.

– ¿Qué está…? –era el inicio de la pregunta de Sand, pero se cortó de cuajo con el sonido de una hoja.

Al llegar delante del todo, An Long pudo por fin ver lo que pasaba. Guardias. O soldados. Difícil decirlo porque aunque todos iban de negro, unos llevaban armadura y otros no. Lo que estaba claro era su origen de los Dominios de Lor'Horn, como indicaba el blasón. Hacía años que An Long no daba clases de heráldica, pero había visto recientemente ese escudo. En su anterior misión en los Tentáculos. En las tierras negras. Un hombre atado a un poste sobre una hoguera. Era como si ese tal Lor'Horn hubiera diseñado el ejército con el propósito de asustar.

El hombre cayó de rodillas, y luego se derrumbó, manchando los adoquines con su sangre.

– ¿Alguien más quiere besarla? –preguntó el verdugo enseñando la espada.

– Hijo de puta –susurró Sand justo delante de él.

A An Long le dio un vuelco el corazón. El susurro había coincidido con uno de esos momentos de silencio que ni el viento se atrevía a cortar. Shia Ma le apretó el brazo. Ella también debía de estar pensando lo mismo.

El soldado se giró hacia ellos. Los observó un instante. Uno que se prolongó más que lo deseable. Meneó la espada y la apuntó finalmente hacia Sand.

– Bésala –ordenó.

Sand se quedó impertérrito. An Long le dio un codazo, pero el hombre no reaccionó.

– ¿No me oyes, tostado?

– Te he oído, asesino. No pienso besarla.

Un bisbiseo recorrió todo el lugar. El viento se asomó a ver el espectáculo. Los soldados avanzaron hacia el de la espada en ristre, amenazantes. An Long contó una docena. Pero detrás había más.

– Este desgraciado nos llamó cabrones –dijo con calma el soldado–. Le demostré que lo somos. Tú me has llamado hijo de puta. Pero no puedo demostrar lo que no soy. Mi madre es de noble alcurnia.

– Vlad, hemos venido a cobrar, no a matar –le recordó uno de sus congéneres.

– Solo me cobraré la falta de respeto de este cabrón. ¡Avanza!

El gentío empujó a Sand, que acabó en el suelo con el rostro lleno de sorpresa. Miró a An Long. El joven pensaba. Dudaba. ¿Interponerse? ¿Hablar? ¿Llamar a Tir? ¿Cómo salir de esa? Pero Sand se recompuso y acto seguido le guiñó un ojo.

– No tengo espada –anunció al tiempo que se ponía en pie.

– No la necesitas para morir.

El soldado atacó con un tajo horizontal que Sand esquivó reculando. El tal Vlad dio otro paso hacia Sand y embistió con la espada en un movimiento descendente. El tostado se escurrió hacia la derecha como un fantasma. Su rapidez provocó estupefacción entre los aldeanos. An Long tampoco se lo esperaba. Sand se movía bien. Muy bien. Esquivaba y no parecía nervioso. Atento. Concentrado. Desarmado pero rebosante de una extraña confianza en sí mismo. An Long lo veía en sus ojos.

– An Long –llamó Fabien, con su voz debilitada acompañada por unos toquecitos en el hombro–. Creo que la niña tiene razón. Hay que salir de aquí. Se están acercando más soldados. Y más aldeanos con… utensilios.

Miró en derredor. Era cierto. Utensilios de granjero o de herrero, de esos que terminaban en metal. Guadañas, horquetas, palas, rastrillos, martillos…

– Sí. Esto tiene mala pinta. Pero Sand…

– Sand corre muy rápido –informó el tostado–. Y ese soldado no le llega ni a la suela de la sandalia.

An Long entendió. Fabien los guio hacia el exterior del círculo de muchedumbre. Llegaba gente por todos lados. Pero había parejas de soldados conversando con ciertas familias. En las puertas de las casas de madera. En la entrada de los locales. Ninguno de ellos parecía preocuparse por la pequeña riña que estaba teniendo lugar a unos pasos. Como si fuera pan de cada día.

– La mayoría de esta gente va a morir –declaró Shia Ma con un grano de incredulidad en la voz–. ¿Por qué no pagan y ya?

– Creo que tienen poco que perder, Shia Ma.

– ¿No vamos a hacer nada?

An Long dudó un instante. Solo un instante durante el cual apretó los dientes.

– No.

– ¿Pero por qué? ¡Tenemos un dragón!

– Precisamente por eso.

Caminaron como si nada hacia el río donde sería más fácil llamar a Tir sin llamar demasiado la atención. Una vez allí, An Long silbó.

Alguien tras ellos también silbó.

– ¡Eh, vosotros! ¿Adónde creéis que vais? ¿Ya habéis pagado?

Una pareja de soldados de negro se acercaba a ellos. An Long tenía la daga reglamentaria, Shia Ma también. Con Fabien, estaban en superioridad, aunque An Long sabía que el anciano, por buen estratega que fuera, no serviría de mucho en un duelo como el que se avecinaba.

– Sí –dijo–. Ya hemos pagado.

– Muéstrame el sello.

¿Sello? An Long enmudeció. Claro, una prueba. No la tenía.

– Me lo imaginaba –escupió el otro soldado–. Y tú, niña. ¿Tampoco tienes dinero?

Shia Ma no se movió, ni pronunció palabra alguna.

– Ella podrá pagarnos de otra manera. Pero vosotros dos os vais al río de cabeza.

– O mejor, sin ella –se mofó el otro.

Desenvainaron sus espadas. An Long dio un paso al frente y se llevó una mano al pliegue en el que ocultaba la daga.

– Mira, Dimitri, el chico no se acojona.

– Tiene agallas. Espero que nos divirtamos un poco más que con el anterior.

– Ya nos divertiremos con la chica.

An Long acalló al último que había hablado desarmándolo de una estocada. El otro apenas tuvo tiempo de reaccionar, y su reacción consistió en girar la cabeza hacia su compañero para volver a mirar a An Long. Pero en vez de la mirada del jinete de dragón se topó con su bota, que lo envió directamente al barro. El otro, sin espada, se abalanzó sobre An Long descuidando toda defensa y el jinete le barrió los pies de una zancadilla y le propinó un codazo mientras caía.

– Vaya –soltó Fabien–. Pero si eres más peligroso que tu dragón.

– Pues espera a ver a Shia Ma –rio el jinete, guiñándole un ojo a su compañera para quitarle el susto de encima.

Sabía que Shia Ma estaba aprendiendo rápido en las clases de duelo. Pero una cosa era una clase y otra la vida real. La chica se había quedado inmóvil, y An Long sabía por qué. Había pasado por lo mismo, al fin y al cabo.

– No te preocupes, Shia Ma. La próxima vez reaccionarás.

Tiranior llegó momentos después, tapando el sol con sus alas negras. Se agachó sin que An Long se lo ordenara, servicial, y los tres subieron hasta colocarse entre las gruesas púas de la dorsal. An Long buscó un cabo que había entre los bártulos que portaba el dragón. Este dio media docena de zancadas y alzó el vuelo a ras de la hierba, hacia la muchedumbre.

Algunos ya lo habían avistado cuando bajó desde el cielo. Otros estaban de espaldas todavía. Sand corría envuelto en su sirai, blanco como un fantasma en medio de un enjambre de hombres de negro. Llevaba una espada en la mano, An Long supuso que se la había arrebatado al que lo había desafiado.

El jinete se sentó sobre el cabo que había cogido y lanzó una extremidad por el aire. El dragón viró al comprender, y Sand corrió en la misma dirección al ver que la cuerda colgaba en el aire. Soltó la espada y se agarró con ambas manos, despegando los pies del suelo.

Y el dragón se alejó, batiendo las alas con tranquilidad, como si en la aldea de abajo no hubiera estallado una revuelta que estaba pintando de rojo los adoquines.

28

PARTIDA

Atolón de Akrosia, Islas del Borde 571.

Tras la victoria del sí a la reconquista en el referéndum, la única de las siete cuestiones que le importaba, Tigre caminaba más petulante que nunca. El líder del Martillo correspondía a los saludos de los transportistas y estibadores afines con gestos de la mano o inclinando la cabeza con una sonrisa de superioridad. Habían dado tres semanas para reponerse del festejo y prepararse para la gran partida. Los bordeños tenían que volver a sus islas, prepararse y despedirse. Tigre estaba eufórico, y no podía esperar. En cuanto vio la veleta sobre el tejado de capitanía aceleró el paso.

– Entonces, ¿cuántos capitanes tenemos dispuestos? –preguntó una vez allí.

– Treinta y tres, señor –dijo el funcionario.

El jayán gruñó descontento, torciendo el gesto. No le gustaban los números impares. Solía organizar los trabajos en equipos o parejas, y los impares tenían esa dichosa particularidad de complicar las cosas.

– ¿Cómo vamos de efectivos?

– Se han alistado más de un millar de voluntarios. Mil trescientos cuarenta y siete, exactamente –se jactó el hombrecillo.

Otra vez un número impar, pensó, molesto. Pero era un buen número. Y seguiría aumentando. Dos años atrás jamás habría imaginado lograr reunir a tanta gente de manera voluntaria. Sobre todo si se tenía en cuenta que la población de las islas estaba estimada en algo más de ocho mil habitantes, entre los cuales también había singas.

– ¿Provisiones?

– Se han repartido los barriles de quinua de manera proporcional a la tripulación que llevará cada embarcación. Los quince filibotes tocan a menos porque solo caben treinta hombres; las once corbetas llevan a unos cincuenta y las seis carabelas podrían cargar con hasta setenta miembros de tripulación…

– Sé cuántos hombres caben en cada barco –se ofuscó el líder del Martillo–, he preguntado por las provisiones.

– Sí, señor… –el funcionario bajó la cabeza un instante–. Treinta y cuatro barriles por filibote, cincuenta y seis por corbeta y setenta y nueve por carabela. Es equitativo, cada hombre toca a un poco más de un barril. A eso hemos de añadirle las tortugas. Lo excepcional de la situación ha permitido que reunamos muchas más de las esperadas. Habrá unas sesenta por capitán, aunque los filibotes llevarán más dado que su capacidad de carga es mayor. Estamos preparando la col en salmuera, para evitar problemas de escorbuto si la travesía se alarga.

– Bien. No sabemos cuántos días nos llevará la travesía, las tortugas también serán una buena reserva. Aunque espero que las aguas nos provean bien.

– Dicen algunos capitanes que allá en las costas del continente los pescados saben a tierra –aseguró el funcionario.

Tigre ignoró el comentario y fue en busca de algún capitán que le enseñara la bodega de su barco. No necesitaban llevar mucha agua, pues con un solo hijo de Escuala a bordo y un día de lluvia era suficiente para dar de beber a toda la tripulación, y habría varios centenares en la flota. Pero la tripulación no se iba a conformar con agua.

Se metió en una de las carabelas. Con una eslora de treinta zancadas y una manga de diez, era

el buque ideal para navegar tanto en mar abierto como en costas complicadas. Sus velas estaban dispuestas en tres mástiles y Tigre ya se imaginaba a los equipos de Borea que se encargarían de proveer el viento. El casco se había construido con robusta madera de roble y recubierto con alquitrán. La cubierta principal estaba limpia como jamás lo volvería a estar en cuanto zarpara. Un pequeño compartimento elevado que ofrecía protección hacía de castillo de proa, también sería un buen punto para observar el horizonte, pensó Tigre.

Paseó por la popa, observó el alcázar, Visitó la cabina del capitán modestamente equipada y luego paseó por la popa, admirando el alcázar. El olor a salitre y madera impregnaba el aire del puerto, mezclado con el aroma de las provisiones y punteado por el suave golpeteo del mar contra el casco. A lo largo de la borda, barriles de víveres y cajas de mercancías estaban siendo asegurados con redes y cáñamo.

Cuando encontró al capitán, le pidió que le abriera la bodega.

– Aquí está, señor –dijo el capitán de la carabela, girando el pomo de la puerta de madera de cedro.

La mayoría de las embarcaciones eran filibotes para transportar mercancía entre las islas, mucho más lentos que las corbetas o las novedosas carabelas. Estas últimas habían sido encargadas especialmente para la ocasión, dos años atrás, cuando Tigre empezó a soñar con la posibilidad de volver al continente. En ese lapso los astilleros solo habían podido construir media docena. El problema había sido el presupuesto, no el tiempo.

– Ron y vino –observó, oteando el lugar–. ¿Dónde están las semillas?

– ¿Semillas? –el capitán se rascó la coronilla, sin comprender. La mirada de Tigre no cambió un ápice, y de pronto el hombre pareció caer en la cuenta–. ¿Semillas de alegría? No… No nos han provisto con…

– En mi carabela, quiero por lo menos tres barriles –le interrumpió Tigre, frunciendo el entrecejo–. Y viajaré en esta. Me gusta. ¿Ya la han bautizado?

– Por supuesto, señor. Está a bordo del Martín Vengador.

Bien. Lo había pedido explícitamente. Tenía varios contactos en los astilleros y un buen amigo le había asegurado que no sería problema elegir el nombre de una carabela. Sería un mensaje apropiado para el nuevo. Le hacía gracia. El martín pescador era el símbolo que había elegido Sihal. Y la venganza era lo que más deseaba. Muy apropiado. Estaba decidido, obligaría a ese insumiso a viajar en el Martín Vengador.

– Bien, nos volveremos a ver el día del eclipse, entonces.

– Se… Creo que… Ejem… Se equivoca, señor, todavía faltan cinco semanas para el eclipse. Será visible desde Akrosia dos semanas después de nuestra partida, a la hora del atún, según los astrónomos. Escogimos partir dos semanas antes para poder calcular la longitud cuando llevemos dos semanas de viaje en alta mar y estimar…

– Tres semanas, capitán. Haz tus cálculos como quieras, pero llévanos de vuelta al continente. ¡Y recuerda las semillas! Quiero un barril en cada barco como mínimo. El Martillo las proveerá.

Tigre sonrió al darse la vuelta. Las ventas extra de semillas de alegría llenarían un poco más las arcas del Martillo.

Cuando volvió al Bastión Martillo para ultimar todos los detalles de la partida, hizo que Forron llamara a todos los miembros de Akrosia que aún no se habían alistado para la gran partida. Tan solo eran dos: Yeguen y Sihal.

El primero en aparecer por la puerta de su despacho fue este último, y lo hizo con esa molesta expresión retadora. Tigre viró los ojos al verlo.

– No me vengas con que estás enfadado, muchacho. Al final, lo hemos conseguido. Nos

vamos al continente. Eso era lo que querías desde el principio, ¿o acaso me mentiste?

– No mentí. Pero me hiciste cambiar de opinión –Sihal se detuvo frente al despacho y se cruzó de brazos–. No pienso ir.

– ¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?

– ¿Que qué ha cambiado? ¡Me obligaste a asesinar a un inocente!

– ¿Inocente? –Tigre retiró los pies de su despacho y se incorporó–. No para mí. Iba a traicionarnos.

– ¡Ni siquiera era del movimiento!

– Su testimonio era peligroso para nuestros planes –el líder del Martillo se puso a ordenar varios libros y objetos, sin mirar a Sihal–. A veces, como te dije, hay que pagar un precio por hacer lo correcto. Y lo correcto, por si se te ha olvidado, es recuperar lo que nos pertenece.

– Pira no tiene intención de venir. Y yo no pienso dejarla sola.

– Tráela, entonces.

– ¿No me has oído? ¡Ella no quiere venir! ¡Ha luchado todo este tiempo contra la idea de la reconquista!

– Si no quiere cruzar el océano contigo, quizá no sea la apropiada para…

– ¿Para qué quieres que venga? ¡¿Para que la tengas cerca y volver a chantajearme?! –rugió el chico–. ¡Jamás!

– Sihal, escucha –Tigre por fin se volvió hacia él, serio–. No pienso dejar Bastión Martillo abandonado a su suerte. Dejaré a un pantera al cargo y he hablado con algunos de mis lobos que se quedarán aquí. Los menos guerreros, cierto, pero algunos saben de venenos, otros de explosivos. En cualquier caso, no hacen falta grandes conocimientos para matar. Tú mismo pudiste…

– Me quedaré con ella. Y créeme, Tigre… –el líder del Martillo notó perfectamente el rencor y el odio en su voz–. Si alguno de tus hombres intenta algo, puedes darlo por muerto.

– Alístate, Sihal. Y hazlo esta misma tarde. Porque si no veo tu nombre en la lista del Martín Vengador mañana, créeme… me encargaré personalmente de tu querida Pira.

Las facciones del chico se volvieron feroces. Sus ojos se encendieron con el color verde propio de los hijos de Gea. Le estaba retando otra vez. Sonrió. Como en las termas. ¿Es que no va a aprender? Qué idiota. Antes de que los cimientos de la fortaleza se pusieran a temblar, Tigre se abalanzó sobre él como una exhalación. Sihal cayó de espaldas al suelo blando gracias a la alfombra, y Tigre, de rodillas sobre él. Lo tenía agarrado por el cuello. El chico trató de desbaratar su presa, pero en vano. Tigre era fuerte como un toro, y rápido como un tigre.

Él mismo se había dado ese apodo en su día. Aunque no había ese tipo de fauna en las islas, había leído las Criaturas Extintas de Don Frebosio de la Casa Docta y el tomo que hablaba de la fauna del continente de la Enciclopaedia Globae de Hammer y Montdieu. Llevaba años preparándose para esa expedición. Para la reconquista. Su reconquista.

– No…

Al muchacho se le notaban las venas del cuello como si fueran caminos marcados en un mapa. Cuando empezaron los espasmos, Tigre aflojó su agarre. Sihal respiró, súbitamente aliviado. Tigre sonrió de nuevo.

– Si no vienes por las buenas, vendrás por las malas. Y si vienes por las malas, créeme, no volverás a ver a tu luna en la vida.

Antes de incorporarse y soltar a Sihal, el líder del Martillo le propinó un puñetazo que hundió la cabeza del muchacho en la alfombra.

Justo en ese momento alguien llamó a la puerta.

– ¡Pasa! –bramó Tigre, malhumorado, pero manteniendo una sonrisa mezquina y agitando la mano en el aire. Entró la otra persona a la que esperaba–. Yeguen. Llegas justo a tiempo. Le estaba explicando a Sihal por qué no podía quedarse en las islas. Me han dicho que aún no te has alistado. ¿A qué estás esperando?

El muchacho miró a Sihal, con el rostro congestionado, la nariz sangrante y los ojos cerrados. Hizo una mueca de desagrado. Si había venido con ínfulas de discutir, desaparecieron en ese momento.

– Sí… He estado tan ocupado que... Me alistaré esta tarde, jefe –anunció, tragando saliva.

– Bien. Que sea en el Martín Vengador.

*

Pira estaba preparando unos marsohis cuando se abrió la puerta. No tenía por costumbre salir a recibir a su novio, tan solo dejaba que el muchacho viniera a darle un beso mientras seguía haciendo lo que estuviera haciendo. En esa ocasión fue distinto. Sabía que Sihal había sido convocado en el Bastión Martillo, y estaba ansiosa por saber qué había ocurrido.

El muchacho se había quedado inmóvil en el zaguán, con la puerta todavía abierta. Pira lo miraba desde el otro lado del pasillo, muda, sin atreverse a dar un paso hacia él, esperando una señal. Pero no había nada en el rostro de Sihal que diera a entender que algo bueno había pasado.

– Tres semanas, mi luna…–dijo mirándola a los ojos por fin, luego clavó la vista en el suelo–. Eso es todo lo que nos queda.

– No… –susurró ella, y no pudo reprimir el impulso de correr a sus brazos.

Después de que muchas lágrimas resbalaran por sus mejillas, después de que el sol se acostara y ambos se fueran a la cama, Sihal le contó a Pira todo lo sucedido. Lo sucedido aquel mismo día en el Bastión Martillo, pero todo lo demás también. Pira estaba horrorizada.

– Mataste a Bytok –repitió Pira más para sí que para nadie, como intentando asimilar que su novio era un sicario–. Condenaste a Hotus.

– No tenía elección, mi luna… Tigre te habría…

– Puedo defenderme –cortó ella. Ambos se habían incorporado y estaban separados por el gélido vacío que ocupaba el centro de la cama–. No me puedo creer que hayas aceptado ser el sicario de Tigre.

– ¡No soy un sicario! –exclamó.

– No puedo quedarme aquí. Estoy… Muy trastocada.

– Mi luna…

– Me voy a dormir al salón.

Se levantó, se ató la bata y encajó los pies en las chanclas. Sus pasos se mezclaron con los sollozos de Sihal. Antes de cerrar la puerta de la habitación oyó el susurro de un te quiero.

Sí. Ella también lo quería. ¿Pero podía una pacifista estar enamorada de un asesino? ¿Era acaso un asesino? ¿Un cobarde? En ese momento sentía un odio tan intenso hacia Tigre que deseaba verlo arder. ¿Es digno de un pacifista desear la muerte de un enemigo? ¿Era ella una pacifista? Con esas preguntas y muchas más, flotando entre lágrimas, se durmió.

*

Las lluvias de los últimos días habían dejado las islitas del atolón de Akrosia completamente encharcadas, y las botas de Pira estaban llenas de barro a pesar de haber privilegiado la vía hidrourbana. Por eso Hotus la había instado a dejarlas en la entrada.

Luego el calderero la guio de buen ánimo al ático, con un crujido de rodilla por escalón, pues

quería enseñarle cómo había quedado la reparación del tejado. Bajaron al cabo y mientras ella se sentaba en el sofá, el anciano desapareció por la puerta de la cocina. Volvió poco después con un par de copas, una jarra de tuba, queso y una cesta con pan.

– Bría ya me lo ha contado –dijo Hotus sin rodeos, mientras servía la tuba fermentada en la copa de la joven–. Y no estoy de acuerdo. Es una locura, Pira. Una auténtica locura.

– Lo que es una locura es lo que decidió el pueblo. Pero como no hay vuelta atrás, alguien tiene que minimizar los daños.

– Alguien, sí. Pero tú no fuiste a la academia militar. No eres espía. Ni estás en la Guardia. Careces de las habilidades necesarias.

– Por eso pedí un refuerzo.

Hotus la miró de soslayo, mientras se dedicaba a cortar el queso en una bandeja de madera. Desde que puso un pie en su casa, Pira supo que iba a recibir una regañina. Hotus era lo más parecido que tenía a un padre. Era previsible que se lo tomara mal.

– Dos jovencitas pacifistas sin experiencia intentando sabotear los planes de un ejército de heterocromos. No apostaría ni un coral porque eso llegara a buen puerto.

– ¿Tan poca confianza me tienes? –repuso, con media sonrisa, arrimándose a la mesita para coger un trozo de queso.

– Eres una buena persona, Pira. Ese es el problema. Lo que te propones hacer… Bueno, incluso si lo lograras, incluso si tuvieras la oportunidad en algún momento, de alguna manera, dudo mucho que decidieras hacerlo.

– No me crees capaz de matar a Tigre.

Hotus asintió.

– No.

Pira asintió.

– Ya veremos.

Tras un momento incómodo durante el cual solo se oyeron los tragos de tuba y el crujir del pan en la boca, a Pira le entraron ganas de abrazar al calderero. Pero justo en ese momento habló Hotus.

– ¿Lo tienes decidido?

– Sí. Está decidido.

– Entonces, supongo que en cuanto te metas en ese barco no volveré a verte.

– Nunca se sabe, ¿no?

Entonces sí. Las lágrimas acudieron a sus ojos como los rápidos de un río revuelto. Estaba preparada, convencida de que no lloraría. Había construido una improvisada presa alrededor de sus emociones. Pero quería a Hotus como a un padre. Y, además, fue él quien la abrazó.

– Vuelves a casa –susurró Hotus al oído–. Procura que no la destruyan.

Aquello le hizo sonreír, pero en vez de una risa, a Pira se le escapó un sollozo. Y de pronto ya no sabía si las lágrimas que resbalaban por sus mejillas eran las suyas o las de Hotus.

Después de los lloros vinieron las bromas. Ambos sabían que aquello era la despedida, y esa era la forma de Hotus de restarle importancia, de autoconvencerse de que aquello no era para toda la vida. De que las cosas seguirían su curso. Después, sonó la campana.

Una joven con el pelo rapado, pantalones ceñidos y blusa blanca apareció en el umbral. Pira se quedó atónita.

– ¡Garia! ¿Pero qué..?

– ¿Te gusta? Me he visto. Parezco más guerrera, ¿no?

– Desde luego –dijo Hotus desde su sillón.

– Tú también deberías. Así será más difícil que alguien te reconozca.

Se había quitado los dardos de cerbatana que llevaba como pendientes. Pira tragó saliva. No lo había pensado, pero quizá fuera un buen consejo. Aunque la idea de abandonar su cabello no le gustaba un pelo.

– No sé…

La recién llegada se instaló en un taburete que acercó a la mesita, aceptó la copa de tuba que le ofrecía Hotus y cogió un trozo de pan para acompañar. Luego sacó una carta cristalizada y la dejó sobre la mesa.

– Tu nueva carta de ciudadanía –dijo, con una sonrisa de suficiencia–. Ya puedes demostrar que votaste al Martillo.

Pira se arrimó para ver la carta. La identificación rezaba: "Zilia Ignos", el año de nacimiento era el mismo que el suyo, pero el retrato…

– ¿No podías elegir a alguien con cabello? –se quejó.

A Hotus se le escapó una carcajada, a la que Pira respondió con una mirada tosca. Garia sonreía como una pícara.

– Tengo aquí mismo la navaja y las tijeras que ha usado mi madre para afeitarme la cabeza…

– ¡Y yo tengo una novedosa navaja plegable con tijeras! –saltó Hotus.

Y así fue como Pira se despidió del calderero y de su cabello.

29

SANACIÓN

Peine de los Cielos, Khaz'Tiber 571.

La casa se alzaba como un refugio solitario en medio de la inmensidad de la cordillera más alta del mundo, rodeada por majestuosas montañas cubiertas de nieve. El lago Tin Si Dana relucía como un perfecto espejo del cielo despejado. El dragón se había posado en la orilla, pero el hielo parecía lo bastante grueso como para soportar a cien del tamaño de Tiranior bailando sobre su helada superficie. La imagen de los dragones danzantes le hizo gracia, pero no compartió su absurdo pensamiento con nadie.

No es momento para bromas. Fabien se muere.

El interior de la vivienda estaba cuidadosamente decorado con elementos que reflejaban la armonía con la naturaleza circundante. Las paredes de madera maciza, enriquecidas con vetas oscuras, emanaban un cálido y acogedor resplandor a la luz de las velas dispuestas en elegantes candelabros de hierro forjado. El suelo de madera pulida se extendía por toda la casa, creando una sensación de calidez bajo los pies descalzos del sanador.

La cama donde descansaba Fabien estaba en el salón. Reinaba un ambiente sereno y tranquilo. En una esquina, se encontraba una pequeña estufa de hierro fundido que proporcionaba el calor necesario para combatir la temperatura enemiga. Habían colocado al enfermo junto a una gran ventana que ofrecía una vista impresionante del lago helado y las imponentes montañas que se alzaban hacia el cielo. Aunque el exterior mostraba un mundo frío y despiadado, el interior de la sala irradiaba una calidez que contrastaba con la crudeza del entorno.

Fabien había entrado en la fase de los delirios. Había confundido las puertas de la cordillera con la entrada al paraíso. El exmariscal había comparado la ascensión que había protagonizado el dragón rozando las copas nevadas de los pinos con la ascendencia de Limeres por el bosque celestial. Uno de los muchos relatos religiosos en los que Sand no había creído jamás. Ni siquiera siendo Paul.

El sanador acababa de salir de la peculiar cocina con una taza humeante y dijo unas palabras en tono apresurado. Sand no entendió nada, pero An Long le transmitió que Fabien debía bebérsela.

– Pero ¿qué es?

An Long preguntó. El hierbolario respondió, y el jinete tradujo.

– Flor de Dana, con lavanda, caléndula, echinacea, diente de león… no conozco el nombre del resto en tu idioma.

– Bueno, no importa. Es una mezcla convincente.

Sand tomó la taza humeante y se la acercó a Fabien, que estaba incorporado sobre la cama con varias almohadas a la espalda. Tenía un paño húmedo sobre la frente y su tez grisácea parecía haber adquirido un tono más acalorado.

– Bebe, Fabien. Esto te ayudará.

– Ayudar… Oh, no pude. No pude ayudaros. Por los caídos. Caídos. Dichoso veneno. Ahora me toca a mí. Me reuniré con vosotros, Robin. Costazul no era seguro, maldita sea. Te lo dije, te lo dije.

– Fabien… Bebe. Por favor.

– ¿Paul? Lo siento, Paul. Se lo dije. ¿Sabes? Se lo dije a tu padre. Costazul no era seguro. Quisieron que yo me quedara en la capital. Paul… Perdóname.

– Te perdono, Fabien. Ahora bebe.

– ¿Cómo puedes perdonarme? ¡Tus padres! ¡Mi culpa! ¡El traidor de Alain! Nos vengaremos, Paul, ¡nos vengaremos!

– ¿Quieres vengarte, Fabien?

– Sí. No se hallará justicia sin nuestra actuación. Quiero…

– Entonces tienes que beber. O el veneno también acabará contigo. No puedes morir aún, viejo amigo. Te necesito.

Los ojos húmedos y brillantes de Fabien dejaron de fijarse en el vacío y lo miraron por fin. El reflejo de la locura se desvaneció de su rostro y un destello de lucidez lo iluminó.

– Beberé, Paul –giró la cabeza hacia el sanador, luego la ladeó en muestra de agradecimiento–. *Xie*.

El sanador cruzó las manos y agachó la cabeza un momento. An Long sonrió.

– Te has ganado su simpatía, Fabien –declaró el jinete–. No es usual que los forasteros conozcan siquiera alguna palabra de Khaaz.

Con la infusión calentándole las tripas, Fabien entregó la taza al sanador. El galeno volvió a comunicarse con An Long un largo rato en su lengua, y Sand esperó paciente a que el muchacho tradujera.

– Va a preparar la sala.

– ¿La sala? ¿Qué sala?

– La sala de las energías. Dice que albergáis energías negativas. Pretende reemplazarlas con energía que proveerá la montaña, positivas y curativas.

– Esto… ¿Has visto hacerlo alguna vez, An Long?

– Por supuesto, Sand. O Paul. Ya no sé cómo debo llamarte.

– Lo sé. Os debo una explicación. Y os la daré, os lo prometo. En cuanto Fabien esté fuera de peligro, hablaremos de eso.

An Long asintió. Cruzó una mirada con Shia Ma, que salía de la cocina con una pequeña vasija.

– An Long y yo iremos a ayudar con los preparativos. Lo más probable es que vomite un par de veces –explicó la muchacha mientras le ofrecía la vasija a Sand–. Si no lo hace, avísanos.

– ¿Vomitar? ¿Eso será buena señal?

– Cuanto más expulse, mejor –repuso Shia Ma.

*

Si bien la sala era un perfecto cuadrado, el sanador había dibujado un círculo con harina de cebada y Shia Ma estaba colocando sobre él las velas de cera de abeja. Cuando hubo encendido la mitad de ellas, empezó a notarse un aroma que creaba una atmósfera cálida y relajante. An Long se había encargado de los inciensos naturales en un cuenco de cerámica con la forma del cráneo de un dragón tricéfalo. De sus tres bocas humeaba una fragancia embriagadora que congeniaba a la perfección.

– Es para purificar el aire –tradujo An Long después de que el sanador hablara.

Sand no sabía qué pensar. Esperaba otro tipo de medicina cuando el jinete le convenció para volar hasta el Khaz'Tiber. Desde luego, Paul Val'Dore se habría cerrado en banda a todo aquello. Habría rechazado el vuelo hasta esas alturas, se habría negado a entrar en una choza solitaria en mitad de la nada y desde luego no se habría bebido un brebaje hecho de un popurrí de flores variopintas. Pero Sand había vivido en el desierto. Sand había experimentado las distorsiones de la mente. Los espejismos. Los trastornos. Las maldiciones. Había probado ungüentos con baba de rana. Había bebido sangre de serpiente. Sabía de qué cactus brotaban los higos letales y qué raíces provocaban visiones.

Por eso no dijo nada. Porque sabía algo sobre el desierto, pero nada sobre el Tin Si Dana.

– *Ban zhen li chuan pu*

– Dice que…

– Lo he entendido –dijo Sand.

Y es que el sanador se había colocado tras la cama de Fabien y tenía las manos bajo ella para levantarla. Era fácil adivinar que necesitaba ayuda. Ambos la colocaron en el centro del círculo de harina y velas aromáticas.

– El círculo simboliza protección contra las energías negativas –apuntó An Long.

El sanador salió de la sala de las energías dando un portazo.

– ¿Y adónde va ahora?

– A cambiarse.

– Ah.

– Tenemos que quitarle la túnica a Fabien. El sanador le hará una limpia.

– ¿Una limpia?

– Sí, con la flor de Dana. No es doloroso.

– An Long… ¿Alguna vez has visto que algo así… bueno, funcione?

– El sanador conoce los remedios clásicos, Sand. Dice que no funcionarán. Solo hay dos remedios para lo que aflige a Fabien. Y éste es el único que tenemos a disposición.

– ¿Y cuál es el otro?

– Lágrimas de dragón.

– ¿Las lágrimas de Tiranior podrían curar a Fabien?

– En teoría, sí. Pero yo nunca lo he visto llorar. No es algo que podamos pedirle…

Sand permaneció en silencio. Shia Ma se acercó y posó una mano sobre el hombro del mohadí.

– Confía en los Apos, Sand.

– Son vuestros dioses. ¿Por qué iban a salvar a un forastero que no cree en ellos?

– De nada sirve buscar sus razones –respondió An Long–. A veces se llevan las almas de sus más fieles seguidores, ¿por qué no iban a devolver las de quienes les son indiferentes?

Entonces iba a dejar la vida de Fabien en manos de unas montañas sagradas. Jamás lo habría imaginado. Procedieron a quitarle el sirai al enfermo, con cuidado, mientras sus ronquidos se mezclaban con el ulular del viento que llamaba a la puerta y a las ventanas.

Cuando entró el sanador, vestía una túnica ceremonial tejida a mano de tonos tierra, adornada con un sinfín de runas del color de las piedras. Intercambió unas palabras con los tibereños. Ambos asintieron.

– Tenemos que salir –anunció An Long.

– ¿Qué va a hacer?

– Tú puedes verlo. Puedes quedarte.

– ¿Y vosotros no?

– Va a expulsar la energía negativa que hay en vuestro interior. Al parecer, también abunda en ti, Sand. Te ofrece la oportunidad de limpiarte.

El Otro. ¿Lo ha visto? ¿Sabe lo que soy? ¿Ha visto lo que se esconde en mi interior? Expulsarlo. Eso es todo lo que deseo. Pero… ¿acaso no es un riesgo? ¿Y si no lo expulsa? ¿Y si… sale?

– Podría ser peligroso –reflexionó en voz alta.

El sanador se acercó a él. Le puso una mano en el antebrazo. Una mano firme. La mirada serena del tibereño transmitía una seguridad sin fallas.

– *Xian xin.*

Su gesto lo decía todo.

– Confiaré en ti, sanador.

Salieron An Long y Shia Ma y cerraron la puerta tras de sí. El sanador cogió a Sand de la mano y lo llevó al centro del círculo. Le ordenó que se tumbara y se quitara la ropa y luego el dio la espalda para ponerse de rodillas frente a un pequeño altar donde había varias piedras brillantes dispuestas en fila.

– ¿Puedo mirar? –preguntó, ya tumbado, con la espalda desnuda sobre la fría madera.

– *Mi lal* –pronunció, palabras seguidas de una risita.

Con las manos sobre la nuca, Sand observaba cómo el sanador mezclaba líquidos grumosos de tres botellas en una jarra. Con la jarra llena en las manos, comenzó a pasearse por entre las velas, entonando una canción con voz suave. Sand no entendía las palabras, pero dudaba de que los versos tuvieran un significado en Khaaz. Entre verso y verso el sanador añadía sonidos guturales, silbidos o imitaba el sonido de animales e insectos.

Llegó un momento en que las llamas de las velas aromáticas crecieron todas a la vez. Fue entonces cuando el tibereño bebió. Y llovió sobre ellos. Sand cerró los ojos, pero no se movió. El hombre bebía el contenido de la jarra y lo escupía sobre Fabien y él. Ahora la canción carecía de palabras y la melodía nacía de su garganta. Una melodía monótona y repetitiva, circular, al igual que su baile alrededor de las velas.

Tras un rato sin sentir que ninguna gota caía sobre su faz, Sand volvió a abrir los ojos. El sanador tenía un ramillete de plantas azul verdosas en la mano. Supuso que eran esa flor de Dana

que An Long había mencionado. Estaba golpeando con ellas varias zonas del cuerpo desnudo de Fabien, como si fueran látigos. Cuando terminó con el castigo, colocó ambas manos en el pecho del enfermo y volvió a cantar con palabras. Y entonces empezó.

Sand notó que se cabeza le daba vueltas y un sopor indescriptible se apoderaba de él. El ambiente era cálido, pero ya no agradable. El humo había empezado a adueñarse del lugar. Se sentía extrañamente encerrado. Encerrado en un pequeño círculo. Intentó mover sus dedos. Apenas logró doblarlos sobre la madera. Estaba exhausto.

¿Por qué? ¿Qué me pasa?

Desechó la idea de moverse, pero siguió observando el ritual. El humo de las velas estaba siendo atraído hacia la figura del sanador y una nube se estaba haciendo cada vez más dense sobre el pecho de Fabien, donde el galeno había puesto las dos manos.

Todo se nublaba. ¿Era el humo? La vista de Sand se empañaba. Un escalofrío recorrió su cuerpo. De pronto hacía frío. Temblaba. Mala señal. No podía permitirse perder el control. No podía. Qué pasaría si… El Otro…

No. Mantén la calma, Sand. Eres fuerte. Resiste. Resis…

*

La puerta se abrió por fin y Hoa Liu salió con la cara demacrada y el flequillo negro pegado a la frente. Varias gotas de sudor le resbalaban por las mejillas. Shia Ma se apresuró a acudir a su encuentro, y An Long la siguió para prestarle el otro hombro. El sanador se apoyó en ambos y cruzaron la sala para acabar sentándose sobre un cojín que había en el suelo.

An Long no pudo evitar fijarse en sus antebrazos, que se habían tornado de un color grisáceo.

– ¿Qué ha pasado? –preguntó An Long–. ¿Se ha salvado?

El sanador respiró hondo echando la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Volvió a su posición inicial expirando y abrió los ojos.

– El anciano se recuperará. Pero el joven… Su mala energía es como un yunque. Es sólida. Pesada. No se puede extraer poco a poco. Y sacarla de cuajo… No estoy seguro de lo que habría pasado de haberlo intentado. An Long, ese mohadí… ¿Sabes algo de él?

– No –admitió–. No mucho.

El sanador asintió, con gesto pensativo.

– Pero Tiranior lo aceptó, ¿no es así?

– Así es.

– Hay algo… Algo oscuro en él. Algo que estrangula sus energías. Una lucha constante en su interior. Un choque de energías como jamás había sentido.

– ¿Es una enfermedad?

– Algunos dirían que sí, otros que no. Es un trastorno, en cualquier caso. Hay mucha más energía de la habitual.

– ¿Qué quieres decir?

– Todos tenemos una cantidad de energía parecida, lo que cambia es la repartición y el punto de equilibrio. Algunas personas requieren de más energía negativa para alcanzar su equilibrio, por ejemplo. Aunque parezca contraintuitivo, a veces hace falta reducir la cantidad de energía positiva para curar a una persona. Pero, en el caso de tu amigo, bueno… Es como si tuviera el doble de energía que cualquier persona.

– ¿Dos personalidades?

– No. He tratado ese tipo de trastornos. Las personas con múltiples personalidades tienen la misma cantidad de energía que tú y que yo. Es como sí… –dudó un instante–. Como si hubiera

absorbido la energía de otra persona.

– ¿Es eso posible?

– No lo sé. Es mi teoría.

– ¿Cómo?

– No lo sé, An Long. Lo que he visto en sus delirios me ha… confundido.

– ¿Es peligroso? –preguntó Shia Ma, que se había quedado callada desde el principio.

– Podría serlo. Los estallidos de energía negativa favorecen reacciones violentas. Aunque depende de la persona, a veces la violencia es solo verbal, por ejemplo. Sin embargo, en el caso de vuestro amigo… si estallara en él tanta energía negativa… Nada bueno podría pasar.

– Lo tendré en cuenta, Hoa Liu. Si consideras que hemos traído a invitados peligrosos a tu casa…

– No, no. An Long, por favor. Siempre es un honor recibirte. Tus amigos pueden quedarse el tiempo que deseen. El tiempo que necesiten. Además, Tiranior se percataría antes que yo de cualquier desequilibrio alarmante.

– Te lo agradezco, amigo.

– Iréis a ver a Dun Gar, ¿verdad?

– Sí.

– He visto a más dragones que de costumbre estas últimas semanas por aquí. Parecen… nerviosos.

– Hemos estado fuera un tiempo. Si pasa algo, me enteraré.

– Llegan pocas noticias a este lago… No suele importarme, de hecho, por esa razón me aislé. Lo que pasa es que, últimamente, veo malos presagios por todas partes. No sé si me estoy volviendo más asustadizo…

– Los augurios no son buenos.

Entonces An Long decidió contarle al sanador todo lo que sabía sobre el quinto sueño de Harum y lo relativo a los Dominios de Lor’Horn. Le contó lo de la reciente invasión de Mohad y especularon largo rato sobre lo que podría deparar el futuro.

– Nadie podría llegar hasta aquí con una armadura. ¿Y traer comida a estas montañas? Sería imposible abastecer a un ejército para conquistar el Tiber. Y si los Apos no son ya bastante protección, os tenemos a vosotros.

– Sí, pero prefiero no tener que quemar a nadie…

La puerta de la sala de las energías se chirrió y el rostro tostado de Fabien se asomó tímidamente. Una sonrisa iluminó su rostro, y contagió una cierta alegría. La conversación había ido por derroteros muy sombríos.

– ¡Fabien! –se alegró Shia Ma–. ¡Estás mucho más negro!

– ¿Sí? Bueno, eso es bueno. La verdad es que me encuentro… bien.

El anciano, que ya no lo parecía tanto, entró y cerró la puerta tras de sí. Se había vestido con el sirai blanco y avanzó descalzo.

– Hoa Liu dice que te recuperarás.

– Esa es… una gran noticia para mí. No sé cómo agradecérselo.

El sanador hizo un gesto con la mano como respuesta, como para quitarle importancia. Fue entonces cuando Fabien se alarmó.

– Su brazo. Está gris. ¿No le habré…?

– Tranquilo –le dijo An Long–. Es parte del proceso. Al extraer lo tóxico de tu cuerpo y alma, es inevitable que una parte se transfiera al sanador. Él es consciente y sabe manejarlo. Si fuera peligroso habría dividido el ritual en varias sesiones.

– Está bien… Pero… ¿Le duele?

Shia Ma le preguntó en Khaaz.

– He soportado cosas peores –fue la respuesta del sanador, y dibujó una cálida sonrisa que copiaron los otros dos tibereños.

Los ojos de Fabien pedían una traducción que le facilitó Shia Ma. Entonces el mohadí se acercó con paso dubitativo. Se agachó frente al cojín y aunque pareció que iba a hacer una reverencia, cambió de opinión en el último momento. Sanador y sanado se fundieron en un sentido abrazo.

30

EL REY CHARLES

Val'Monde, Mohad 571.

A Kai Shek siempre le había parecido opulento el Palacio Dorado de Do Shoi. Demasiado para su gusto, incluso. El lugar en el que se encontraba ahora, al otro lado del continente en un territorio totalmente distinto, estaba repleto de riquezas. Los muros expiraban arte y vanidad. En el techo estaba pintada la grandeza con múltiples escenas de la Gran Rebelión y las Cruzadas. Figuritas de mármol de tonos verdes y rosas se sucedían a lo largo del laberinto de galerías. Caminaban por una alfombra rojinegra, los colores de los Val'Dargant, atravesando arcos y arcos que terminaban con cabezas de hiena de ojos amenazantes.

– Las milicias son muy numerosas, sí, aunque no son soldados profesionales. Pero siempre han respondido. Tenemos suerte, porque algunos ya son veteranos de las campañas en Mareas Rotas y los Mil Reinos. La batalla del Paso… Bueno, está claro que al menos no cometeremos los mismos errores. Los subestimamos, ¿sabéis? Pensábamos que los cazadores solo cazaban monstruos, allí en sus bosques, pero… Bueno, los tiempos cambian, supongo.

– Mariscal –cortó Kai Shek–, agradezco vuestra franqueza. Habláis como si ya fuéramos aliados. Me agrada.

– Desde luego, no seré yo quien me granjee una enemistad con los dueños de esas bestias de leyenda. Recuerdo aquel día en que vi un dragón por primera vez. Tenía ocho años. ¡No ha pasado tiempo, ni nada! Yo estaba en la Sierra Húmeda, habíamos ido al nacimiento del río Elver con mi padre y unos buscadores de oro. Por ese lado el viaje resultó una decepción, pero las imágenes que me llevé de allí… Lo recuerdo como si fuera ayer. El dragón descendió planeando tan majestuosamente como solo el rey del cielo podría hacerlo, tan grande, tan estable, tan sereno. Pasó realmente cerca de mí y fue a posar sus garras en una zona de rápidos más alejada. Yo quedé petrificado, pero mi hermano, un año menor que yo, salió corriendo a su encuentro. ¡Los años no han cambiado su temeridad!

– Acercarse a un dragón no es una temeridad, según las intenciones con que se haga. Pueden leer en nosotros como nosotros en un pergamino desenrollado.

– Así lo comprobamos. El jinete era un joven esbelto y sonriente –acababan de llegar frente al portón del salón de recibimientos, el mariscal giró el pomo, pero no empujó aún–. Recuerdo que tenía una larga cicatriz en el cuello. Pero sobre todo me acuerdo del dragón, era…

– Gris. Con pelaje blanco alrededor de los cuernos, y uno de ellos partido. El izquierdo –dijo Kai Shek, sonriendo–. Kraker.

– ¡Sí! ¡Ese mismo! ¿Los conocéis a todos?

Kai Shek asintió, y el mariscal empujó la puerta y se apartó para dejarle pasar a la sala primero.

– ¡Por fin un emisario digno de este salón! –se oyó que decía una voz–. Tío Richard, has tardado. Y esta vez no llevas armadura para esgrimirla como excusa.

– Disculpadme, Majestad. He estado entreteniendo a nuestro invitado con alegres recuerdos. No he visto la hora pasar.

La sala de recibimientos era más pequeña de lo que habría cabido esperar. Se imaginó que habría varias de ellas, de tamaños distintos según la delegación a recibir. Los sillones forrados estaban ornamentados con esmero para no faltar a la ya acostumbrada opulencia. La mesa contaba con una lámina de vidrio tras la cual unos trazos transparentes dibujaban las fronteras de Mohad. En una rápida ojeada, Kai Shek se percató de que los bordes no coincidían con las fronteras actuales, sino más bien con las del apogeo del llamado imperio de la Arena.

– Sentaos, jinete –permitió el rey Charles–. ¿Vino?

Kai Shek asintió educadamente. Rechazar vino mohadí en Mohad era considerado un insulto, aunque personalmente prefería las cepas de Alderion. Lo ocultó a la perfección cuando tuvo que beber y se derritió en halagos. Odiaba ese paripé, pero esas eran las reglas del manual para favorecer una buena predisposición. Desde luego, las cosas pintaban bien cuando llegaron a la parte importante de la conversación.

– ¿El sueño de Harum? –repitió el rey–. Lo estuvimos debatiendo, pero no nos preocupa. No es una amenaza para nosotros.

– Lo es, Majestad –aseveró Kai Shek.

– Os equivocáis. El sueño habla de barcos, y la quema de una isla. Aquí estamos lejos del mar, jinete. Y tenemos problemas más inminentes.

– Con todo el respeto, Alteza, varios jinetes de nuestro gremio han estado semanas sobrevolando los Dominios de Lor'Horn. Creemos que la amenaza vendrá de allí.

– Ah, ahora hablamos en sintonía. Lor'Horn sí representa un peligro para Mohad, pero… ¿qué tiene que ver con el sueño de Harum? ¿La amenaza no llegará por mar, tal y como dice la tablilla?

– Sabemos más bien poco sobre lo que escribieron en esa tablilla. Pero creemos que se avecina una guerra. Y la guerra atrae el caos.

– Tengo experiencia en ese tema –afirmó el rey Charles.

– Lor'Horn está preparando una gran armada en los astilleros de los Tentáculos.

– Lo sé. De hecho, quizá pueda iluminaros un poco más que vuestros dirigentes. Os informo de que ya han levado anclas. Lo que no sé es para qué. ¿Podéis decirme algo más? ¿Adónde se dirigen esos barcos? ¿Con qué fin?

– Lo estamos investigando –adelantó Kai Shek, que no estaba al corriente de que ya hubieran zarpado, pero lo disimuló a la perfección–. Majestad… el Khaz Dolu desea que os mantengáis en el trono por muchos años más.

– Decidle que eso pienso hacer.

– Creemos que deberíais firmar la paz con los grupos rebeldes del desierto –se atrevió a decir por fin, y esperó lo peor.

– Oh… Así que esto es por eso. Queréis mediar en los asuntos de Mohad… –empezó a decir el rey–. Pero esos saqueadores… Son la lacra de mi reino. ¿Firmar la paz? ¿Con aquellos que

quebrantaron las leyes de Mohad? ¿Para qué quiero perdonar a la inmundicia de mi reino?

– Para tener más posibilidades de sobrevivir en la guerra venidera.

El rey bufó, y luego negó con la cabeza, decepcionado.

– No –dijo al fin–, si tanto le importa a vuestro Khaz Dolu que yo siga en el trono, que me ayude como es debido. Con fuego.

Kai Shek bufó para sus adentros. Siempre era igual. Todo el mundo pedía lo mismo del Khaz'Tiber.

– Nuestro fuego solo es defensivo, Alteza.

– Que sirva para defender a Mohad, entonces.

– El Khaz'Tiber nunca ha tomado partido en las guerras del continente, tan solo ha usado dragones para repeler al invasor. El Khaz Dolu no pretende que eso cambie. Yo no tengo la potestad para negociar con un poder tan grande. Ni yo ni…

– Que así sea, pues. No pienso hacer una tregua con los rebeldes. Ni os daré información sobre mi enemigo si a cambio no vais a ayudarme a repelerlo. ¿Qué me garantiza que no estáis hablando también con él?

– Lor'Horn tan solo mantiene relaciones diplomáticas con Alderion. Nosotros cortamos los lazos cuando se produjeron las masacres en las Llanuras –se justificó Kai Shek–. Alteza, reconsiderad…

– Basta. Quizá no mantengáis conversaciones con las tierras negras, pero nuestras patrullas han avistado dragones en el desierto. Y eso solo puede significar una cosa.

– Os equivocáis, no es lo que parece.

– No pongas a prueba mi paciencia, jinete –amenazó Charles dejando de lado toda cortesía–. Sé que jugáis a dos bandas.

Kai Shek lo entendió al fin. Seguro que Charles pensaba que el Tiber estaba apoyando a los grupos rebeldes del desierto. Que por eso habían avistado dragones en esos lares. ¿Sería ese Derren Zancadilla su informante? Quizá no fuera solo un corsario…

– Majestad… –se oyó que empezaba a decir el mariscal Richard.

– Tío, ni te atrevas. Llévate al emisario, y procura que salga de aquí rápidamente.

– El Khaz Dolu no tiene ningún interés en que Mohad se debilite, Alteza, al contrario.

– En ese caso ya sabe lo que tiene que hacer. ¿Queréis una alianza? La sellaremos con fuego de dragón, o no la sellaremos. No firmaré ningún tratado hasta ver dragones dispuestos a defender estos muros. El Imperio de la Arena lleva siglos manteniéndose firme. No decaerá ante Escorpiones y Escarabajos. Ni siquiera ante dragones.

El mariscal lo acompañó hasta la salida, pero esta vez no hubo recuerdos de su infancia. Ninguno de los dos habló. Kai Shek estaba sumido en sus pensamientos. Conocía la reputación del rey Charles, un necio orgulloso que había llegado al poder apuñalando a su mejor amigo por la espalda. Jamás se habría imaginado que la necedad alcanzara tal punto como para considerarse emperador. El "Imperio de la Arena", había dicho. Kai Shek no se lo podía creer. ¿Cómo podía alguien estar tan ciego?

ALTA MAR

Mar de pecios 571.

Sihal tenía que fingir, y cada día que pasaba en alta mar le costaba más. Se le habían arremolinado los remordimientos, y eso le provocaba náuseas mucho peores que las que sufrían los peores marineros del Martín Vengador. Sihal había pescado en un pequeño bote toda su vida, sin la ayuda de ningún hijo de Escuala para allanar el mar. Su problema con el mar era que cada vez le parecía más grande. Cada día que se despertaba sin ver tierra era un día más que lo separaba de Pira. La echaba de menos.

Nunca había considerado lo lejos que estaba el continente. Su cabeza no le permitía hacerse una idea. Siempre se había imaginado el océano como un rectángulo azul tras el que se escondía una masa mucho más grande de continente. Había empezado a pensar que el océano era un cuadrado. Y luego había considerado que quizá el rectángulo estuviera al revés. Ahora esperaba que la gran masa de continente no fuera ni la décima parte de lo que era el océano. Como tenía mucho tiempo libre, pensaba mucho. Y eso aumentaba su ansiedad.

Los Gea y los Ignos tenían las tareas más mundanas, y a Sihal le había tocado la que peor se le daba: cocinar. Usaban aceite de tortuga y el Ignos que le había tocado de ayudante era Niwaz, que no tenía un punto medio para nada. Pasaba de la risa al enfado en un latido, y en la cocina se enfadaba cada vez que alguien se negaba a añadir un ingrediente al plato. Además, cada vez que se agarraba un cabreo, por fugaz que fuera, avivaba el fuego y el aceite chisporroteaba. Estaban encargados de la yuca y el boniato. Por suerte, el pescado que estaba en manos más veteranas salió bien.

Después de comer con el equipo de las cocinas, Niwaz insistió para jugar a las guardianas del arco, un juego de naipes en el que había que juntar personajes de un mismo elemento para hacer escaleras y descartarse hasta no tener cartas en la mano.

– Tiro una semilla.

– Robo –dijo Niwaz–. Y dejo una gota.

– Yo cojo la gota y pongo una llama.

– ¡Vaya! Justo la que necesitaba –se quejó Niwaz, cada vez más cabreado.

– Pero no lo digas, idiota –se mofó Darga mientras cogía la llama y dejaba una raíz.

– Yo robo –prosiguió Sihal en tono cansado–. Dejo una chispa.

– Mierda –comentó Niwaz.

– Robo –siguió la de las pecas. Le dijo el nombre a Sihal el primer día de navegación, pero luego a este se le olvidó y no se atrevió a volver a preguntárselo–. Dejo una hoguera.

– ¡A tomar por culo! –Niwaz tiró sus cartas sobre la mesa, se levantó y se fue dando pisotones–. No vuelvo a jugar a esta mierda.

Hubo un momento de silencio durante el cual nadie dijo nada. A Sihal, desde luego, le daba igual que se fuera. De hecho, hasta le venía bien porque estaba con ganas de irse a dormir al camarote. Eran de ocho, y como la orquesta de ronquidos no le dejaba dormir por las noches, solía pasarlas en la proa, mirando a las estrellas.

– Es un poco tonto, ¿no? –dijo la pecosa.

– Un poco, sí –afirmó Darga–. Pero no está muy lejos de la media, no te creas.

– Creía que en Akrosia seríais más civilizados.

Sihal bufó.

– ¿Y a este que le pasa? Ni que hubiera matado a alguien.

Sihal se sobresaltó.

– ¿Qué? –balbuceó.

– Que. Pues que estás triste todo el día, coyote –le dijo la pecosa–. Estamos de camino a la Gran Reconquista. Pensé que habría más entusiasmo. Canciones, bailes, bebidas… Y todo lo que hacemos es cocinar y jugar a las cartas.

– No te quejes tanto –sonrió Darga–. Podrías estar vomitando. Yeguen se está quedando en los huesos.

– A alguno que otro no le vendrá mal.

Las dos se rieron, Sihal no les hizo caso y tampoco le importó la reacción de los otros dos jugadores.

– Al menos estamos en las cocinas y casi no gastamos energía. Cuando lleguemos al continente estaremos en mejores condiciones para luchar contra los singas.

El que había hablado era Yogg, un hijo de Gea con un parche en el ojo izquierdo y un bigote con tres o cuatro pelos largos.

– Sí. Y querrán que los defendáis. Os tocará montar guardia y explorar –explicó el otro hombre, que era algo mayor. Era un lobo, pero no había dicho su nombre.

– ¿Y tú? –preguntó Darga, entrecerrando los ojos.

– Yo enseguida volveré a la popa. Hoy entramos en la zona de calma.

– ¿Eres un Borea? ¡Debí haberlo imaginado!

Pero la guardiana de ese lobo le traía sin cuidado a Sihal, que se había quedado pensando en otra cosa que había dicho.

– ¿Zona de calma? ¿Qué es la zona de calma?

El lobo lo miró con interés, pero no habló. En su lugar, fue la pecosa quien intervino.

– No me puedo creer que no lo sepas. ¿Es qué no os enseñan nada en Akrosia? La zona de calma es una extensión de mar en la que no pasa nada. No hay viento. No hay corriente. El cielo es siempre azul.

– Menos cuando es de noche –objetó Yogg.

– Ja, ja. ¡Obviamente, Yogg! Bueno, pues eso. Es gracias a esa zona que estamos a salvo en las Islas del Borde. Porque los singas no pueden atravesarla.

– Podrían ir con trirremes.

– Ah. Algo sí os enseñan. Ya lo intentaron, por lo que se cuenta. Pero ningún trirreme ha desembarcado en ningún atolón, así que…

– ¿No eres tú el que sale con una pacifista? –inquirió de pronto el lobo.

– A ti qué te importa.

– Me importa porque soy tu superior. Y si en el continente dirijo algún escuadrón y estás dentro, es algo que debo saber.

– Sí. Mi novia es pacifista. Pero eso no me va a impedir recuperar la tierra que nos pertenece por derecho –recalcó, exagerando su compromiso con gran esfuerzo.

Desde que había descubierto la verdad sobre el Martillo por las malas, Sihal se odiaba por haber sido tan idiota. Por haberse dejado manipular por Tigre y su politiqueo. Odiaba haber entrado en política, él, un herrero que no empalmaba dos palabras sin una falta de ortografía. Como otros muchos, cierto, pero por eso eran pocos los que discurseaban dentro o alrededor del Parlamento.

– No te va a impedir luchar, pero… ¿y si un superior te ordena que te folles a la hija de un singa poderoso? ¿Lo harás?

– No. ¿Para qué? Mejor matarla.

– Oh, eso crees. La guerra no va solo de matar, coyote. La guerra se gana en el campo de

batalla, pero también en las mentes. Venimos a dar miedo. Tenemos que sembrar el terror. Tenemos que tener la batalla ganada antes de que nos vean siquiera. Por eso somos lobos. Panteras. Tigres.

– Bueno, por lo pronto, solo soy un coyote.

– Sí –respondió el lobo, levantándose y sacudiéndose las migas de pan–. Un coyote asustado.

Cuando el Borea desapareció por la escotilla, Sihal se dio cuenta de que los otros tres lo miraban fijamente.

– Eso ha sido un poco raro –dijo Darga.

– Sí. Pero tranquilo, coyote –la pecosa le dio a Sihal unas palmaditas en el hombro–. Yo también tuve un novio pacifista. O sea, se hizo pacifista después, vaya, pero es lo mismo, supongo.

– Ya –respondió, sin ánimos para seguir con el tema.

– ¿Es ese que me contaste que acabó en la cárcel por meterse en una pelea? –quiso saber Yogg.

– ¡Sí, ese! Es que hubo un muerto…

– Ah, ya.

*

A Tigre le despertó el canto de un gallo. Se recostó y trató de hacer caso omiso para volver a dormirse, olvidando que habían embarcado y repartido entre los barcos de la flota a una docena de ellos. Craso error.

Se levantó pues, de mal humor y con las tripas aún revueltas. Era un gran pescador submarino, pero la navegación no era su fuerte. Había llevado consigo gran cantidad de césped marino para las tripas y cogollos de marithalassa para los mareos. Además, pasaba los días fumando semillas de alegría. Odiaba estar encerrado en espacios pequeños. Había tardado en darse cuenta, pero lo mismo le pasaba con las islas. Ya las conocía de memoria. No podía descubrir lugares nuevos. Pero eso era antes.

Salió a cubierta y se apoyó en la borda para mirar a izquierda y derecha. Tenía buques a ambos lados. Prisioneras de la voluntad de los hijos de Escuala, las olas arrastraban a la gran flota de los heterocromos hacia oriente. Ya habían pasado dos semanas desde que zarpó, y tres días desde que habían dejado atrás la zona de calma. Aquel día, sin embargo, era clave.

Habían hecho brotar una escalerilla de ramas en el palo mayor. Sintió la rugosidad y las imperfecciones de la madera en sus pies descalzos al subir.

– Solo mar –dijo la vigía cuando lo vio ascender–. Como ayer.

– Déjame el largavista –respondió pasando la segunda pierna por encima del borde de la cofa.

La mujer le tendió el objeto y al hacerlo la manga de su camisa reculó, dejando entrever el tatuaje de una loba en su muñeca. Tigre se llevó el tubo metálico a su ojo derecho y empezó a toquetear los cilindros que lo conformaban y girar una ruedecilla en el costado. Echó un vistazo al horizonte, solo para comprobar lo que le acababa de decir la loba.

– Solo mar –gruñó Tigre–. ¿Dónde está Sallo?

La mujer se encogió de hombros.

– Vomitando, supongo. No es un gran marinero.

– De acuerdo. Pero esta no es tarea para una loba. Ordena a cualquier coyote que se suba y…

– Me gusta esta tarea –objetó ella.

Tigre odiaba que lo interrumpieran, y más si era para llevarle la contraria. Pero aquella loba era joven y tenía una bonita sonrisa, por no hablar de unos pechos imponentes.

– Tu nombre –gruñó–. Y el del pantera que te ascendió.

– Ayua Ignos. El pantera fue Hovar Ignos.

No hacía falta dar el nombre de la guardiana de los panteras, Tigre los conocía a todos. Tan solo había cuatro, ascendidos por él. Hovar era, además, el más competente de todos. Decidió que ya lo hablaría después con él.

– Deberías estar asando el pescado –dijo en tono de reprimenda, pero luego relajó el gesto y forzó una sonrisa–. Pero tener a una loba Ignos en la cofa podría dar pie a un bonito espectáculo. Quédate con el puesto si quieres, pero con una condición.

– ¿Cuál? –rezongó ella, torciendo el gesto.

– Que, si ves un barco enemigo, le quemes las velas y lo dejes como un árbol deshojado.

– Dalo por hecho, jefe.

– Tigre, llámame Tigre.

Ella asintió y Tigre se dio la vuelta para bajar de la cofa.

*

En cubierta la tripulación del capitán se había dividido en equipos de cinco al principio, pero Tigre los había reorganizado para que todos los grupos fueran de cuatro, al menos en el Martín Vengador. Había tres grupos de Borea, uno detrás de cada vela, que unían sus fuerzas para llamar al viento y mantener un flujo constante. Mientras tanto, otros tres grupos descansaban en el interior, probablemente jugando a los naipes. Los encargados de las olas eran los hijos de Escuala, y había dos grupos en la popa y uno en proa.

Tras pasear por la cubierta y comprobar que estaba todo en orden, volvió a meterse en su camerino para estudiar por enésima vez un par de mapas del continente. Había anotado un montón de cruces, redondeado ciudades, dibujado itinerarios y cruzado otros mapas para comprobar las distancias. Había llegado a una conclusión: la forma más rápida de llegar al corazón del continente era por el Mar Cerrado. Tendrían que navegar después por el estuario del río Petit'O hasta donde les diera el calado. Y si encallaban, ya lo arreglarían los hijos de Escuala. Que se cansen.

Oyó alboroto al otro lado de la puerta y por encima de su cabeza. Algo pasaba. Pasaron unos pocos latidos antes de que alguien llamara a su puerta.

– ¿Qué pasa? –preguntó con voz poderosa.

– El eclipse, Tigre.

¡El eclipse! ¿Cómo se le había podido pasar? Había hablado con los exhaustos Borea un poco antes aquella misma mañana.

Los hijos de la guardiana del aire habían realizado un esfuerzo sobrehumano para alejar unos nubarrones que auguraban tormenta. No podían permitirse un cielo encapotado, había dicho el capitán del Martín Vengador. Los menos espabilados de la tripulación comprendieron por qué cuando la luna cubrió el sol por completo y los dejó a oscuras en plena mañana. Tigre sabía lo importante que era desde varias semanas antes de zarpar, algo sobre coordenadas, horas y estrellas. Se dirigió al camarote del capitán, que era más amplio y elegante que el suyo.

Había varios mapas del cielo desperdigados y apilados sobre la mesa de caoba, mucho más bonita que la de su camarote que era de teca, dicho sea de paso. Tigre los miraba con aburrimiento. Su desinterés era palpable en cada largo suspiro, cada bostezo que ni se molestaba en tapar.

El capitán Seven y sus hombres, un matemático, el oficial de cubierta y el contramaestre, discutían acaloradamente sobre la posición en la que se encontraban. Tigre los observaba en

silencio. Seven Escuala era un hombre muy capaz, aunque su voz era demasiado aguda para poder aspirar a ser un buen líder. En el Martillo no habría pasado de lobo. No obstante, Tigre dudaba que hubiera mejor hombre para capitanear aquel barco. Era inteligente y capaz, discreto pero respetado por su tripulación, que lo describía como un hombre justo. Llevaba ropas náuticas y una gorra blanca con un timón azul bordado. Alto y robusto, casi tanto como Tigre, la tez curtida por el sol y los vientos oceánicos. Sus pupilas nadaban en un mar en calma, azul profundo, y tanto su cabello como su barba tiraban más para el blanco que para el negro.

– El eclipse ocurriría a la hora del gallo en Akrosia –explicó el matemático, un tipo rechoncho y sudoroso con las mejillas tan hinchadas como si llevara un tomate a cada lado de la mandíbula–. Ya han cantado hace rato. Hemos pasado la hora del gorrión y del galgo, de modo que debemos estar más o menos por aquí.

– Treinta y tres grados según tu arena. Treinta y dos según la mía –rebatió el contramaestre con cara de pocos amigos.

– En cualquier caso, nos hemos desviado un montón. ¿Cómo es posible?

La pregunta del capitán no obtuvo respuesta enseguida. El contramaestre y el matemático se miraron un momento, hasta que el científico carraspeó al fin.

– Puede que los hijos de Borea y de Escuala no estén perfectamente alineados. Puede que cualquiera de los dos grupos haya errado en la trayectoria, o puede que quienes fijaron la trayectoria se equivocaran.

– O puede que quien dibujó ese mapa se equivocara –sugirió Tigre.

– Por eso tenemos una docena de mapas –declaró tímidamente el capitán.

– Pues corregid el rumbo –gruñó–. ¿Cuántos días nos quedan?

– Nueve días hasta la Punta de Harnas, a condición de que mantengamos estos nudos día y noche.

– No los mantendremos. Los vamos a aumentar –declaró Tigre girándose hacia el capitán del Martín Vengador–. Quiero que en nueve días estemos ya en el Petit'O. O como se llame ese río.

– Eso va a depender de más factores –susurró el matemático.

– Pues haced que no dependa.

– Sí, Tigre –claudicó el capitán, dirigiendo una mirada severa al hombre de los números.

El líder del Martillo salió sin darse la vuelta. La tripa le hacía gárgaras y la cabeza le daba vueltas. Ya no sabía si era el mar, la comida, la marithalassa o las semillas de alegría. Sacudió la cabeza y se dirigió hacia su camarote. No podía dar signos de debilidad.

32

LA CUEVA DEL MAESTRO

Peine de los Cielos, Khaz'Tiber 571.

An Long se sacudió la nieve de encima justo en la entrada de la morada de Dun Gar y llamó a la puerta. El maestro lo recibió con una amable sonrisa, como siempre. Y también como siempre, ya tenía preparado el vino humeante.

El salón estaba tallado en la roca de la montaña. Allí, en el Peine, las casas formaban parte de

la roca. Las paredes de piedra desnuda estaban recubiertas de anaqueles que se extendían por todo el perímetro, repletos de rollos de pergaminos y libros no tan antiguos. La tenue iluminación provenía de varias antorchas de madera colocadas estratégicamente en soportes adheridos a la roca o pequeñas velas por aquí y por allá.

An Long inspiró. Olía a casa: leña quemada y hierbas aromáticas del Tiber. Dun Gar debía de haber cocinado algo hacía poco. Las vías de escape para el humo del fogón de la cocina eran visibles en la parte superior de la caverna. Esos estrechos conductos que se abrían en la montaña eran los encargados de llevar el humo hacia afuera.

– Puedes quitarte el abrigo. Acabo de encender el hogar. Antes estaba la casa caldeada porque he estado cocinando desde que me he despertado.

– ¿Alguna receta nueva?

– Oh, no. De las más viejas. De las de la abuela.

An Long no pudo evitar soltar una risotada al imaginarse a la abuela de Dun Gar. Si estuviera viva, tendría lo menos ciento cincuenta años.

– Huele bien, desde luego. ¿No ha quedado un poco?

– Lo siento, le he llevado los restos a Kraker. Los dragones también se merecen alguna exquisitez de vez en cuando, ¿no te parece?

– Por supuesto, aunque espero probar ese plato secreto pronto. Uno empieza a echar de menos la gastronomía local cuando se pasa las lunas en el extranjero.

– Muy cierto, pero ya tendrás tiempo para engordar con las recetas del Tiber más tarde. Cuéntame. ¿Cómo os ha ido en la misión?

Primero tuvo que aclarar el tema de los invitados mohadís. Dun Gar aceptó la decisión de An Long, no sin advertirle de ciertos riesgos. No podían compartir con cualquiera la ubicación de la cuna de los dragones. Exigió ver a esos dos mohadís ese mismo día.

Luego, An Long pasó a explicar con pelos y señales lo ocurrido de camino a las Indómitas. Dun Gar escuchó pacientemente la narración cronológica de An Long sobre el viaje, el dragón que no era un dragón, los dardos en el vientre de Darragor, el extraño comportamiento de Tiranior en la Semilla, hasta que llegaron al tema de las runas.

– ¿Podrías dibujarme esa runa que dices que está grabada en la espada? –pidió Dun Gar mientras se rascaba la larga cicatriz que le recorría el cuello.

– Lo dice Shia Ma. Yo nunca la he visto. La espada, digo.

Se habían sentado en torno a una robusta mesita de madera maciza que había en el centro del salón. Sobre ella, se amontonaban más pergaminos, algunos con sellos de cera aún intactos y otros con escritura cuidadosamente caligrafiada.

An Long mojó la pluma en el tintero y lo intentó, pero lo cierto era que nunca se le había dado bien dibujar. De hecho, siempre le había gustado decir que sabía dibujar desde que aprendió a escribir allí mismo, en el Peine. Al fin y al cabo, escribir era como dibujar gusanos en pergaminos. El caso era que siempre que lo decía delante de Tui Lam, esta se reía a carcajadas. Y aunque eso le molestaba bastante, tenía que admitir que, por alguna extraña razón que se le escapaba, sus gusanitos eran mucho más feos que los de Tui Lam.

Dun Gar había sacado más rollos de pergaminos. Desenrolló los tres sobre la mesita: mostraban unas tablas de correspondencias con runas y palabras en Khaaz. Ninguna se parecía ni remotamente a la que An Long había dibujado.

– ¿No tienes una copia de las runas que hay en la espada? Si la veo yo, seguro que la reconozco.

– Tener, tengo. Sí. Por alguna parte. En alguno de estos rollos… Pero vete a saber en cuál –

ambos miraron la cantidad de rollos sin etiquetar que había sacado el maestro, y An Long alzó la mirada hacia las paredes llenas de otros tantos. Cuantos gusanitos de tinta debía haber en aquella húmeda habitación–. Además, los más antiguos están ya muy dañados. Aun así, debería buscarlo. Sí… A veces desearía tener algunas de las pasiones de Shio Min, como la de etiquetar compendios y ordenar anaqueles.

– Sin duda esas son sus pasiones más inofensivas –sonrió An Long.

El maestro del fuego rio la broma, y siguió esforzándose en vano por reconocer la runa. Hasta que se levantó, haciendo crujir sus rodillas.

– Creo que buscaré alguna reproducción de la espada entre estos pergaminos. Y si no encuentro ninguna, quizá haya que ir a al antiguo hogar de Shia Ma a buscar ese cuadro. Lo que está claro es que no sirve de nada que te retenga aquí preso, An Long. Ve por ahí. Aprovecha tu estancia en casa, pues me temo que habrá de ser corta.

– Querías ver a los mohadís, ¿no es así?

– Sí, mándamelos. Estaré aquí. Que entren sin llamar.

El jinete fue a por el abrigo que colgaba del perchero de madera, pero antes de ponérselo se dio la vuelta, acordándose de un tema que consideraba importante y del que lo ignoraba todo.

– Maestro… ¿puedo preguntar sobre un tema… político?

– Prueba.

– Por lo que he visto en esta misión… Parece que el Tiber mantiene conversaciones con los rebeldes de Mohad, pero también con la corona. A eso ha ido a Val'Monde Kai Shek, ¿no es así?

– El Khaz Dolu siempre procura hablar con todo el mundo. Al fin y al cabo, es el guardián de la paz.

– Pero ese rey Charles… ¿Nos aliaríamos con él en caso de…?

– A veces la liebre y el conejo comparten guarida frente al lince.

– Lo entiendo, pero…

– De nada sirve especular por ahora, An Long. Esperemos noticias de Kai Shek. Y después, esperaremos más noticias. Y más decisiones.

An Long asintió. Se despidió y abandonó la rústica caverna de Dun Gar dejándolo a solas con una ingente cantidad de gusanitos de tinta.

*

– Lo llamamos el Archivo de los Tiempos –explicó Sand, con cierto orgullo en la voz.

– Conozco el edificio, sí. Toda una obra maestra de la arquitectura. Digno monumento para salvaguardar la memoria del mundo.

– Y aun así –suspiró el exmariscal Santoro–, cientos de amanuenses trabajan día y noche para salvar las obras más dañadas.

– Qué grata sorpresa encontrarme en compañía de tan doctos mohadís. Y yo que pensaba que An Long había salvado a un par de rebeldes con ansias de venganza.

– ¿Lo habríais preferido?

– No, no. Aborrezco las venganzas. Esos sentimientos son las tormentas del espíritu. Nos nublan el juicio y enardecen nuestras malas energías. Por cierto, ¿qué tal la sanación? Supongo que no estaríais familiarizados con los métodos de Hoa Liu. Bueno, nuestros métodos, al fin y al cabo.

– Sorprendentemente bien, maestro –Fabien se inclinó como agradeciendo el interés del hombre por su estado.

– Sí. Fue todo un éxito.

– Eso he oído. Hua Liu es un sanador muy respetado. Ha escrito varias obras sobre la canalización que se han convertido en referencias en el país. Incluso han viajado al otro lado de la rada blanca.

– Me precipité al juzgar sus métodos prematuramente. Una lección de humildad.

– Esas siempre nos vienen bien.

– No puedo evitar pensar en todo lo que podríamos aprender de vuestra medicina, si los lazos entre nuestras naciones no estuvieran tan… –buscó la palabra por un rato, pero no le dio tiempo a encontrarla porque Dun Gar ya sabía lo que había querido decir.

– No es tan sencillo. El estudio del cuerpo humano es complejo de por sí, pero al menos se puede abrir a un hombre y ver lo que hay dentro. El estudio del espíritu, sin embargo, lo es incluso más. Muchos de los mejores investigadores en la materia cayeron en la demencia por no tomar las debidas precauciones. ¿Pero cómo tomarlas, antes de saber que hacían falta? Hacen falta muchos años de estudios para ser un sanador como Hoa Liu, y estoy seguro de que Mohad intentaría formarlos apresuradamente.

– Tenemos médicos tradicionales –opuso Sand, que no entendía muy bien el punto–. La prioridad se daría a la seguridad, por supuesto. No sería un problema esperar.

– Ya lo intentamos con las islas de Alderion. Nos unen grandes tratados de amistad desde la Gran Rebelión. Muchos de los nuestros son enviados a su prestigiosa universidad, y algunos de ellos vienen a nuestras humildes aldeas a aprender lo que allí nadie sospecha. Para ellos una montaña es metal para las armas y un bosque es madera para los muebles.

– ¿Es que vosotros no taláis?

– No lo que está por vivir –zanjó enigmáticamente–. Pero me he desviado. Lo que quiero decir es que la medicina espiritual, al igual que puede sanar, también puede hacer daño. Se puede influir en las energías de muchas maneras, y según qué energías se manipulen, el resultado puede ser incluso peligroso.

Sand por fin lo entendió.

– Entiendo –confirmó–. Sí. Quizá tengas razón, maestro. Mohad se precipitaría en cuanto comprendiera esos usos más…

– Bélicos –participó Santoro. Cuando los otros dos le miraron, este se explicó–. Fui maris… Quiero decir, en los escarabajos dirigí ciertas escaramuzas contra el Ejército Real… Y antes de eso fui soldado. Sé cómo piensan los jefes, maestro.

Dun Gar sonrió y Sand sospechó que esa sonrisa escondía un entendimiento mucho mayor que el que fingía.

– Los lazos, sin embargo, no pueden ser malos. Cuantos más nos unan, menos serán las espadas que quieran cortarlos –respondió el maestro mientras volvía a echar una ojeada a los pergaminos que tenía desperdigados por el suelo.

– ¿Puedo preguntar qué es lo que buscáis entre tantas palabras?

– Una espada, justamente –se rio Dun Gar.

– El joven jinete nos preguntó por leyendas sobre espadas –apostilló Santoro.

– Mágicas. Sobre espadas mágicas.

– No habría esperado menos –asintió Dun Gar–. Un muchacho curioso.

– Eso es bueno –dijo Sand.

– Sí. Hasta cierto punto –respondió mientras cogía un rollo del suelo–. Por algo los secretos son secretos.

Muy cierto. Me pregunto cuantos de esos guardarás en esta cueva.

– Entiendo entonces, que vuestros sanadores seguirán guardándolos –Sand se encogió de

hombros–. De todas formas, ¿qué habríamos podido hacer nosotros por las relaciones de nuestras naciones?

– Sospecho que mucho –siguió desenrrollando mientras sus ojos leían de izquierda a derecha. Una tetera empezó a silbar–. ¿Vino humeante?

– Gustoso –dijo Sand.

– Y yo. Este frío me está encogiendo hasta los huesos –admitió Santoro.

Dun Gar se levantó y sacó la tetera del fuego. Se hizo con tres tacitas de loza y las colocó sobre una bandeja con el dibujo de un dragón.

– Habéis hecho un largo viaje para poneros a salvo –declaró el maestro, mientras servía el vino humeante–. Además de la distancia, ahora estáis bajo la protección de nuestros Apos.

– El desierto también ofrece un refugio para quien sabe respetarlo. Pero es inclemente hasta con sus habitantes. Vuestros Apos, sin embargo, han mostrado cierta simpatía hacia Fabien.

– Nuestros Apos siempre han estado aquí. Vuestro desierto era antes un lugar muy diferente. El Pulmón del continente. Tras tanta devastación, el lugar debe rebosar de energías de lo más lúgubres. Dudo que algo bueno sea fácil de canalizar allí.

¿Y si está en lo cierto? ¿Es eso lo que nos ocurrió, Boris, cuando nos comimos esa vaca que no era una vaca? ¿Son esas energías negativas las responsables de mi trastorno?

– ¿Sois entonces el maestro de los dragones, por así decirlo? –preguntó Sand.

– En ningún caso. Los dragones tienen maestros. No. Yo solo soy un consejero del Khaz Dolu. El que aconseja en materia de dragones, cierto.

– Unas bestias fascinantes.

– Lo son. Cuanto más los estudio, más me doy cuenta de la magnitud de mi ignorancia.

– Así se distingue al experto del farsante. Mientras que el farsante cree saberlo todo, el experto es consciente de lo que le falta por saber –contribuyó Fabien a la conversación.

– Muy cierto –asintió Dun Gar, que se llevaba la tacita de vino humeante a los labios–. Hablemos ahora de Mohad. ¿Volveríais?

Los dos tostados se miraron. Sand supo que el exmariscal no iba a responder. Le dejaba manejar la situación.

– Sí. De hecho, tenemos que volver.

– ¿Por qué?

– Nos invaden.

– Y la monarquía de Charles Val'Dargant será derrocada –confirmó el maestro–. ¿No es acaso ese el objetivo de los escarabajos?

– Luchamos contra el tirano que se sienta en el trono. No queremos cambiarlo por otro tirano peor.

– ¿Por qué tirano queréis cambiarlo entonces?

– Por el que elija el pueblo.

– Interesante. Y si el pueblo eligiera a Charles Val'Dargant, ¿renunciarían a las armas los escarabajos?

No. Por supuesto que no.

– Eso no dependería de mí –dijo Sand entre dientes, y optó por terminarse el vino.

– Sospecho que el problema no está en la persona, sino en el poder –Dun Gar se enderezó en su taburete para alcanzar la tetera que había sobre la bandeja–. ¿Más vino?

Sand asintió, acercándole la taza.

– ¿Insinúas entonces que vuestro sistema también está equivocado?

– El poder recae sobre el Khaz Dolu, aunque existen ciertos contrapesos a ese poder. El ritual

de nombramiento implica que nuestro líder pierda su nombre y apellido y renuncie a toda familia. Y si bien es cierto que es el único que tiene la iniciativa para tomar las decisiones, nosotros, los maestros, podemos oponernos a ellas en nuestro ámbito. Me explico: si el Khaz Dolu quisiera usar a los dragones para abrasar un bosque, yo podría oponerme. Yo tengo la decisión final sobre los asuntos del fuego. Dudo que exista un sistema perfecto, de todas formas. Nuestra paz tiene un precio, y podemos pagarlo porque tenemos dragones.

– Hay quien pagaría la guerra con tales armas –susurró Santoro.

Se hizo el silencio durante un buen rato.

– Puede que ese pago no esté tan lejos –declaró al fin Dun Gar–. Se acerca la guerra.

– Mohad ya está en guerra –respondió Sand–. Probablemente el país esté en manos de Lor'Horn en cuestión de semanas.

– Lo sabemos. Uno de nuestros jinetes está ahora en Val'Monde.

– ¿Por qué? ¿Vais a participar?

– Eso no depende de mí –suspiró Dun Gar.

– Pero has dicho que tienes el poder de oponerte a una intervención con dragones.

– Sí, sí. Pero también he dicho que los dragones no tienen maestros. Si ellos deciden ir a la guerra, irán. Con o sin jinetes. Y dará igual lo que yo piense. Lo que yo diga. Todo dará igual. Si el viejo Kraker volara a la batalla, yo no podría dejarlo solo. Montaría. La relación entre un jinete y su dragón es muy especial. Muy, muy especial.

– ¿Ha pasado alguna vez? Que los dragones decidan guerrear por sí solos.

– Eso me temo. Si las canciones son ciertas.

– No entiendo por qué tanta reserva. Los dragones podrían cortar la invasión de raíz. Lor'Horn tiene una armada gigantesca. Pero todos sus barcos son de madera. Y la madera arde. ¿Por qué no quemarlos antes de que zarpen para evitar futuras muertes?

Dun Gar bajó la mirada hacia su taza. El vino que se había servido nuevamente seguía humeando levemente. Se había enfriado. Sand se dio cuenta de que hacía más frío de pronto.

¿Es por la conversación? ¿Tienen las palabras el poder de enfriar?

– No lo sabemos. Ese es precisamente el problema.

– No lo entiendo –admitió Sand.

– Si tu fueras Lor'Horn –empezó Dun Gar a modo de respuesta–, te habrías hecho esa pregunta muchas veces y no habrías empezado a construir la armada hasta poder responderla.

Justo en ese momento alguien llamó a la puerta.

– Oh. Debe de ser Shia Ma –dijo Dun Gar levantandose– Supongo que esto pone fin a nuestra agradable charla.

– Ha sido un honor, maestro –se despidió Santoro.

– Desde luego –continuó Sand–. Y gracias por el vino.

– Haré que os envíen una marmita a la cueva de invitados. No hay mejor remedio para el frío. Si echáis algo en falta, por favor, pedídselo a cualquier jinete o aprendiz. Estamos todos a vuestra disposición.

– No hemos hablado de… bueno, de qué hacemos nosotros aquí –dijo Sand.

Toc, toc, toc.

– Por los Apos, estos aprendices son cada vez más impacientes –soltó sin alzar la voz mientras se dirigía a la puerta de su rocosa estancia–. Descansad. En unos días volveremos a Mohad. Será entonces cuando os demos a elegir.

*

Los rollos de pergamino cubrían todo el suelo y Shia Ma ya no sabía dónde pisar para ir a buscar la canela. Dun Gar seguía queriendo confirmar que se trataba de esa runa, y Shia Ma suponía que era normal. ¿Cómo iban a fiarse de una aprendiz de trece años para un asunto así? Si iban a requerir una reliquia nacional al Khaz Dolu, tenían que estar seguros de que la necesitaban realmente.

Añadió un poco de canela en el cazo donde hervía el vino. Nunca entendería por qué esa bebida les gustaba tanto a todos. Incluso a los demás aprendices de la cueva de la estrella. Era una bebida empalagosa y pesada. Entendía la necesidad de calentarse las tripas en las noches más gélidas, pero para eso bastaba con beber cualquier cosa caliente. Ella, de hecho, siempre bebía el agua caliente.

– Cada vez que leo uno tan antiguo me mareo. Cuanto más las miro, más enrevesadas me parecen. ¿No te pasa, Shia Ma?

– Eh… Bueno… Es la primera vez que veo tantas runas juntas. No… No teníamos pergaminos en casa.

– Pero sí cuadros, ¿verdad?

– Ajá –confirmó, pero de pronto se puso nerviosa.

– De tu abuelo. ¿No es cierto?

– Bueno…

– Tranquila, muchacha. Te entiendo. Yo también he mentido, alguna vez. La verdad no es siempre el camino más cómodo.

– Yo… En ese momento pensé que…

– No era momento para la verdad. Sí. Lo entiendo. No importa. La verdad puede esperar. Pero no olvides contarla. No olvides borrar tu mentira. Aunque sea insignificante, aunque no cambie nada.

– ¿Cómo sabes…?

– ¿Qué clase de maestro sería si no me interesara por mis aprendices? Somos una familia, Shia Ma. Con la diferencia de que esta familia te ha elegido porque cree en ti.

– Supongo que así todo es más fácil –suspiró ella.

– ¿No te gusta el vino?

– No.

– ¿Lo has probado alguna vez?

– Una.

Dun Gar volvió a gatear entre los rollos abiertos. Separó unos cuantos y atrajo otros hacia sí.

– Esa herida no sanará nunca, muchacha. Pero al fin y al cabo es una clase de herida que puede hacerte mejor persona.

Shia Ma no dijo nada. Uno de los pergaminos que Dun Gar apartó llegó a sus pies y al chocar rodó algo más del rollo. Se había quedado mirándolo fijamente. Presentaba un gran espacio en blanco. Era como un corte en la escritura. Las palabras, mezcladas con runas, se detenían de repente, para dejar ese agujero blanquecino en la piel. Y luego volvían a empezar mucho más abajo. Shia Ma, que acababa de empezar a aprender a leer, se preguntó qué sentido tenía aquello. Estuvo a punto de dejarlo estar, pues Dun Gar no era profesor de escritura, sino de cosas mucho más complejas e intrincadas. Pero la curiosidad pudo con la vergüenza.

– ¿Para qué sirven esos espacios en blanco tan grandes?

– ¿Qué? ¿Espacios? Pues para separar actos, libros o… Un momento –Dun Gar se quedó embobado mirando a los pies de Shia Ma–. Ese pergamino… ¿De dónde lo has sacado?

– Lo apartaste tú. Yo ni lo he tocado aún.

– Oh. ¿Casualidad? ¿La mano de los Apos? –el maestro del fuego miró al fuego que ardía en el hogar–. Limón.

– ¿Limón?

– Fuego.

– ¿Fuego?

La chica se quedó perpleja ante la reacción del sabio. Se levantó, apoyando las manos sobre las rodillas para ayudarlas, pero estas crujieron de igual modo. Fue a agacharse para recoger el pergamino a los pies de Shia Ma, pero esta se le adelantó y se lo entregó para ahorrarle el esfuerzo.

– Gracias.

Se acercó a las llamas. Cuidadosamente colocó la parte del pergamino al calor de la lumbre. La luz atravesó la vitela y la arreboló. Primero supuso que Dun Gar quería ver mejor si habían escrito algo muy fino, pero enseguida se percató de su error. En el espacio en blanco empezaron a aparecer líneas negras. Líneas verticales y rectas. Luego unas más pequeñas y horizontales. Primero una cruz. Dos cruces. Pero las líneas seguían formándose hacia arriba. Y luego aparecieron las curvas y otros motivos decorativos.

Boquiabierta, barbotó.

– Una espada.

– No, hija –Dun Gar se giró hacia ella, sonriente–. Son dos.

– ¿Una de ellas es Kaaldanor?

– Mírala bien. ¿Se parece a la del cuadro que había en tu casa o no?

– Sí… pero… las dos se parecen mucho. ¿Cuál es Kaaldanor?

– La runa. Aquí. Trae tu dibujo.

A la luz de las llamas, Dun Gar sostenía el pergamino que presentaba los trazos de dos espadas magníficas, con un nivel de detalle que parecía imposible encajar en un espacio tan reducido. La gran runa del dibujo de Shia Ma era idéntica a la que presentaba a escala mucho menor el filo de una de las espadas.

– Sí. Esa es Kaaldanor.

– ¿Y la segunda, te preguntarás?

– Me lo pregunto. Y también cómo es posible que haya aparecido el dibujo a la luz de las llamas. ¿Magia?

– Oh, no, muchacha. Es mucho más simple que eso. Limón y un alfiler. Pruébalo tú misma, puede ser muy divertido.

– Lo haré.

– Y en cuanto a la espada hermanada… Debo admitir que no sé mucho. Voy a tener que sumergirme en este escrito durante un tiempo antes de poder compartirlo con el gremio. Las respuestas más rápidas no suelen ser las mejores.

33

MALA ESPINA

Peine de los Cielos, Khaz'Tiber 571.

Al día siguiente An Long y Bong Nam hicieron de niñeros a demanda de los veteranos y se llevaron al lago Tin Si Dan a los aprendices. Todos querían subir a lomos de Tir, cosa que no le agradaba en exceso, mientras que Raegor, el dragón kaki con motas grisáceas de Bong Nam, parecía totalmente satisfecho volando sin incordios bailándole en el lomo.

El lago tenía forma de luna creciente cóncava y sus aguas eran transparentes como el cristal. Las cumbres nevadas se reflejaban en ellas difuminadas por las ondas que creaba el viento o por los propios chavales al nadar o tirarse dando volteretas desde las rocas cercanas a la cascada.

Los dos jinetes se habían sentado sobre una barca dada la vuelta, en una mancha de hierba, rodeados de pinos y abetos que soportaban el peso de la nieve. Los jilgueros cantaban alegres al débil calor de un sol que salía de su escondite tras varios días.

– ¿Recuerdas lo que nos costó construir esta barca?

– Claro que lo recuerdo. Esta fue la segunda, la primera…

Bong Nam se echó a reír y An Long no pudo evitar hacer lo mismo. ¿Cómo olvidarse de aquel incidente? El torpe de Bahn Mi se había caído al lago y al intentar volver a subir había volcado la barca, tirando de paso a todos los tripulantes. Lograron darle la vuelta, pero estaba tan llena de agua que jamás volvió a la orilla. Lo peor de todo aquello fue que el episodio ocurrió en invierno, y le costó un resfriado a la mayoría de los entonces aprendices.

– Estará por ahí, en el fondo del lago –dijo Bong Nam, una vez terminadas las risas–. Fueron buenos tiempos.

– Y parece que fuera ayer…

– Pero ahora somos los jinetes de la Nueva Llama. Lo logramos, ¿no?

– Sí… lo logramos. Aunque me habría gustado que lo lográramos todos juntos.

– Tú fuiste el primero, An Long. A lo loco y sin pensar, pero lo lograste antes que nadie.

– Suerte…

– Ya, suerte. Seguro que Dal Mah no tuvo nada que ver –Bong Nam lo miró con los ojos relucientes de picardía. Siempre lo miraba así cuando quería que admitiera un secreto.

– ¿Crees que Tui Lam estará bien? –improvisó, cambiando totalmente de tema–. Los Colmillos Verdes… He oído que hay bestias peligrosas por allá.

– Supongo. Por algo son tan famosos esos cazadores de los Mil Reinos. Pero yo no me preocuparía demasiado, Tui Lam es la más inteligente de todos nosotros, y tiene a Benegon. Además, ha ido con Dien Phu. Él te salvó la vida, ¿no?

No solo le salvó, en realidad le dio una vida nueva. Cumplió su sueño gracias a él. An Long se tocó la mejilla, sintiendo el relieve de la cicatriz que le había arreglado el rostro. Sí. Dien Phu había sido el primero en mirarlo sin cara de asco en mucho tiempo, exceptuando a su difunta madre. El primero que había visto a un muchacho y no a una monstruosidad con un agujero enorme en la mejilla.

Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza. No quería recordar sus años en Ha Gian.

– Sí, me salvó. Oye… –volvió a cambiar de tema– el otro día, cuando estábamos en La Semilla con Kai Shek y Shia Ma… te conté que Darragor parecía asustado. ¿Recuerdas?

– Sí.

– Nunca lo había visto así. Lo he estado pensando… Darragor es un dragón veterano. No tanto como Tiranior, claro, pero es de los viejos. Kai Shek tampoco lo entendía. ¿Crees que hay algo que teman los dragones?

Bong Nam se lo pensó por un momento. Luego echó la cabeza hacia atrás y suspiró mirando a las nubes.

– Supongo. Todos tenemos miedo de algo, ¿no? Incluso los animales. Son parte de una cadena.

– Ya, ¿pero los dragones? Ellos están al final de la cadena. ¿No?

– No lo sé. Puede que haya algo tras esas puertas de piedra –reflexionó Bong Nam, aunque no parecía ni de lejos tan preocupado como An Long–. Debe de ser algo muy peligroso. Por algo estarán cerradas con runas.

– ¿Y Raegor? ¿Cómo reaccionó tu dragón en la puerta de La Roca?

– No tuvo ningún comportamiento extraño. Ambos dragones se posaron en la cima y esperaron sin más. Pero nosotros no tuvimos que excavar, ya sabes. La puerta de piedra estaba ya ahí, visible.

– ¿Qué insinúas?

– Ata cabos, An Long. Creo que tras las puertas de piedra de La Roca ya no hay nada. Creo que ya fueron abiertas.

An Long reflexionó. Entonces, en la Semilla seguía habiendo algo. Algo que asustaba a Darragor y que volvía ansioso a Tiranior. Nada bueno, en definitiva. Esperaba equivocarse.

– Este asunto me da mala espina, amigo –An Long tenía la mirada perdida en las aguas cristalinas–. Muy mala espina.

– ¿Vienen los jinetes de la Nueva Llama y ni siquiera se presentan a tomar vino humeante?

Los dos jinetes se giraron con una sonrisa. Solo podía ser Hoa Liu. Nadie más vivía en los alrededores. Nadie estaría tan loco para hacerlo. Una vida de soledad en las frías alturas de la cordillera.

– Tenemos que vigilar a estos renacuajos –se justificó An Long.

– Tú a su edad no necesitabas vigilancia –se acercó Hoa Liu, pero acto seguido les hizo un gesto para que lo siguieran a su casa–. Venid, hoy tengo un vino afrutado de lo más especial.

Los dos jinetes cruzaron una mirada preocupada antes de levantarse, sacudirse las piernas y alcanzar al sanador.

– Me asustas, Hoa Liu –replicó Bong Nam sonriendo.

El interior estaba caldeado por las llamas que consumían un grueso tronco en el hogar. Al lado estaba el caldero sobre la trébede y en efecto, despedía un leve olor a manzana.

– Me preocupan tus amigos –explicó sin rodeos el sanador, mientras servía el vino con un hondo cucharón. Le entregó una taza a Bong Nam–. ¿Te lo ha contado?

– Sí –respondió él, aceptando la taza–. Los he visto esta mañana, pero aún no he tenido el placer de hablar con ellos personalmente. ¿Qué es lo que te preocupa?

– Malas energías –anticipó An Long.

– Sí. Muy malas. Las de ese Sand. Parece un buen hombre, pero… no juzgues a un hombre por su larga barba o por su sonrisa sincera. Hasta la sonrisa más bonita puede esconder dientes afilados.

– ¿Viste algo? –preguntó An Long, serio–. ¿Viste algo concreto que tenga que saber?

– Vi –asintió el hombre–. Ha matado.

– Su país conoce una guerra civil –trató de argumentar An Long, aunque se removió inquieto.

– Lo sé. Pero las muertes de los soldados no dejan tanta culpa en el alma. Su alma está cubierta de manchas. Es extraño. Las almas puras son las que más brillan. Las de los bebés así son. Ciertos actos la oscurecen. He visto como las almas de muchos de mis pacientes pierden el brillo y caen en la sombra. Pero no había visto algo así antes. Su alma mantiene el brillo en algunas partes, pero en otros es negra como la cueva más profunda.

– Eso es… La verdad, no sé qué pensar –intervino Bong Nam–. No sabes nada de él, ¿verdad,

An Long?

– No. Pero está en deuda con nosotros. Le hemos salvado la vida. Lo conozco lo suficiente. Es un buen hombre. Tiranior lo aceptó sobre su lomo.

– También aceptó a Aaron Ojorrojo –repuso Hoa Liu.

An Long tensó la mandíbula.

– ¿Qué quieres decir con eso?

El sanador volvió a su cucharón y cogió una taza vacía para servir a su invitado.

– Perdona, An Long, no quería decir que…

– ¿Eso es lo que piensas? –insistió el joven–. Sí, aceptó al Jinete Loco hace siglos. Y ahora me ha aceptado a mí. Di lo que piensas, Hoa Liu. Te lo he puesto fácil.

– An Long… –quiso interceder Bong Nam.

– Tú no te metas.

– Solo digo que tengas cuidado, An Long –respondió Hoa Liu, despacio–. No dudo de ti, pero Tiranior ya falló una vez. Y ese Sand… Bueno, me da mala espina.

El sanador le ofreció la taza con una sonrisa apocada. An Long se relajó, percatándose de que quizá había sobreactuado. No era fácil. El haber encontrado a su dragón sin completar la última prueba… El que fuera un dragón primigenio… Los constantes reproches de Kai Shek…

– Está bien, Hoa Liu. Lo tendré.

*

Cuando regresaron del lago con los aprendices ya era de noche. Las estrellas centelleaban al son de un viento frío. La Cueva de la Estrella no había cambiado, lo que sí era diferente era la disposición que habían adoptado los nuevos aprendices. Caminar por la caldeada caverna le trajo a An Long una oleada de recuerdos.

El hueco de Shia Ma era bastante ancho en comparación con otros. Había tenido suerte. Su esterilla estaba en un lugar seco y sin goteras, y tenía un espacio propio para hacerse un fuego si lo requería.

Todo un lujo, pensó An Long. Le vendría muy bien en esas noches en las que llegaría de correr por la nieve sin fuerzas y muerta de frío. Tenía constancia de que los entrenamientos más duros habían quedado suspendidos por el momento, pues varios aprendices habían acompañado a sus mentores en las misiones que había encomendado Dun Gar.

Se encontró paseando por allí con una sonrisa de oreja a oreja. Parecía mentira que, con lo duros que fueron aquellos años, los recordara como si fueran los mejores de su vida.

Pero An Long tenía asuntos más serios que tratar. Ahora tenía responsabilidades para con el Khaz'Tiber. Él y los demás. Su gremio. Su familia. Había esperado poder ver a Dien Phu, su mentor, quien le había salvado la vida y traído a las cumbres más altas del mundo años atrás, pero el destino que le había asignado el maestro Dun Gar era el más lejano, de modo que tendría que esperar. Tampoco vería a Tui Lam, que lo había acompañado a los Colmillos Verdes, en los Mil Reinos.

– ¿Estás triste? Hace unos segundos sonreías, y ahora…

La voz de Shia Ma lo sacó de sus cavilaciones.

– No, no. Solo echo de menos algunas cosas. Como todos. Es nostalgia. Curioso sentimiento, ¿eh? Tiene el poder de sacarnos tantas sonrisas como lágrimas.

– No lo sé. Yo no la tengo. No echo de menos mi antigua vida.

– Bueno, yo tampoco –se arrepintió de haber dicho eso. No quería que nadie le preguntara por su vida en Ha Gian, esa aldea que los darenís borraron de la faz de la tierra con fuego y sangre.

Sin embargo, una cosa era no querer dar respuestas, y otra muy distinta era recibirlas–. ¿Cómo era?

Shia Ma lo miró con los ojos muy abiertos de repente. Como si jamás se hubiera esperado esa pregunta. Pero bajó la cabeza y suspiró.

– Yo era… Soy la hermana mayor. Tengo once hermanos. Más o menos. Mi madre… Era… Bueno, no importa, porque ya no está en este mundo.

– Lo siento…

– No importa. Ella no me quería. Nunca me quiso, ¿sabes? Era… Fui… un gaje del oficio. Ya sabes. Cosas que pasan.

– Entiendo.

An Long se arrepintió de haber preguntado.

– Tenía once hermanos. Yo era la mayor. Nunca hubo sitio suficiente en la casa. Solo había dos habitaciones. Una para nosotros, y la otra para mi madre. Ella se pasaba allí todas las noches. Por trabajo. Nosotros la oíamos trabajar. Todas las noches, An Long. Todas las noches.

– ¿Y tu padre?

Ella rio. Luego se encogió de hombros.

– No tengo ni idea. Puede que lo conozca. Puede que no. Pero si era uno de esos hombres que venían a casa todas las semanas… Prefiero no saber cuál de ellos era. Prefiero seguir siendo ignorante en ese aspecto. Eso me permite soñar con un padre bueno. ¿Entiendes?

– Sí…

Notó que ella bajaba la mirada, como avergonzada. An Long no sabía muy bien qué decir. Jamás habría pensado que Shia Ma hubiera tenido una vida tan difícil. Siempre había creído que la suya había sido la más desgraciada de todas. Sin padre. Obligado a trabajar en la mina desde la más tierna infancia con aquel accidente de por medio… Las humillaciones. La marginación. Las fiebres que se llevaron a su madre y lo dejaron solo en aquella aldea hostil… De algún modo, saberse el más desgraciado le había hecho sentirse bien allí. Pues sabía que, por muy duras que fueran las condiciones en el Peine de los Cielos, su vida allí era infinitamente mejor que en Ha Gian.

– Nos pegaba. A veces –prosiguió–. Cuando había bebido más de la cuenta. No nos veía bien. Se equivocaba. A veces quería pegar a Shu Bo pero me pegaba a mí. O, al contrario. No importaba demasiado porque Shu Bo y yo eramos los mayores. Pero una vez se confundió de peor manera. Le dio un botellazo a Rih Wah. Solo tenía cuatro años. No sé por qué te cuento esto, An Long. Es que… Yo…

No supo que decir, entonces, por primera vez, decidió actuar. La abrazó. La envolvió entre sus brazos y dejó que ella apoyara la cabeza sobre su pecho. Notó que sollozaba.

– Mi madre solía decirme que llorar cicatriza el alma.

– No quiero llorar –sollozó.

– Al igual que nadie quiere sangrar. Pero la gente sangra. Y hasta los dragones lloran.

Shia Ma alzó la vista para mirarlo. El atisbo de una sonrisa apocada asomó a sus labios. An Long trató de simular algo parecido, sin saber muy bien si lo logró. Ella volvió a hundir la frente en su pecho.

– Gracias –murmuró. An Long pensó en preguntar por qué, pero aquello habría estropeado el momento. Y no era una situación en la que pudiera permitirse meter la pata. No cuando se trataba de Shia Ma. Empezaba a considerarla como a la hermana pequeña que nunca tuvo–. Por estar ahí –añadió la niña finalmente.

34

PLAN DE EVACUACIÓN

Val'Monde, Mohad 571.

La iluminación de aquel antro dejaba mucho que desear, igual que la comida y casi tanto como el mobiliario. Las sillas, además de incómodas, rechinaban. La madera de cada una emitía quejidos con cada leve movimiento de cadera, haciendo del silencio algo ajeno a ese lugar, incluso cuando no era hora de beber, que era cuando el tabernero Francis cerraba.

Pero Kai Shek le había convencido, monedas mediante, que le permitiera quedarse en la taberna durante las horas de cierre. A Francis le había parecido bien con tal de que mantuviera un ojo abierto para evitar robos y saqueos, al parecer cosa bastante rutinaria en la orilla fangosa.

Si no había vuelto al Khaz Tiber tras el desencuentro con el rey Charles era porque confiaba en An Long y en el cuervo bermejo que había usado para enviar el mensaje al maestro Dun Gar. En la nota le pedía a Dun Gar una luna para buscar información sobre esa espada hermana de Kaaldanor en el Archivo de los Tiempos. Sabía que An Long y Dun Gar se harían con la espada. Él tenía que concentrarse en lo que vendría después, la segunda parte. La segunda espada. Se pasaba las madrugadas leyendo los pergaminos que encontraba en el Archivo y alquilaba con la esperanza de encontrar algo útil.

– Se te van a gastar los ojos –le dijo Derren Zancadilla, posando su jarra sobre uno de los escritos.

– Han apuntado todas las manchas de humedad cuando me han dejado sacarlo. Esa que acabas de agregar cuesta una cerveza negra.

Derren rio de buena gana e hizo un gesto a Francis para que trajera otra jarra. El tabernero, que estaba ocupado mirando a las musarañas, cambió el gesto y fue a por un nuevo barril.

– ¿Has encontrado algo? –preguntó Derren.

– Me lo preguntas todos los días.

– Porque te veo leyendo solo sobre esta mesa patizamba todos los días –apoyó los codos y la mesa bailó–. Me gustan las espadas. Quiero conocer la historia antes de que te vayas.

– Te la contaré en cuanto la destape.

– Bien –llegó la cerveza de Kai Shek. Derren se la quitó de las manos al tabernero y la acercó al jinete–. Ahora toca lo que toca.

Ambos bebieron.

– Está mucho mejor que la nuestra –admitió Kai Shek.

– No me extraña. He oído que la hacéis con arroz.

– Has oído bien.

– En los Mil Reinos tenemos la costumbre de regar la tierra con lo que sea que bebamos. Es para calmar la sed de los espíritus.

– Conozco esa costumbre.

– Sabes muchas cosas, jinete de dragón.

– Tú también pareces saber cosas.

– Gajes de la supervivencia, supongo –el cazador se encogió de hombros–. Los cazadores no solemos salir de los Mil Reinos. De hecho, todavía no me he cruzado con ninguno de los míos en estas tierras. Ni siquiera en Mareas Rotas.

– Así que estuviste allí también.

– Sí.

– ¿Y qué tal?

– Mhh… No hay monstruos en sus bosques. Lo más monstruoso que vi fueron esos regimientos.

– ¿Eran tantos?

– Oh, no. Lo digo por los uniformes.

– Entiendo. Te gustan más los jubones sobrios de cazador.

– Hace tiempo que dejé mi hebilla de cazador. Conservé el jubón porque es lo más cómodo que tengo.

– ¿Por qué lo dejaste? –se interesó Kai Shek.

– Cuando la madre de Kai estuvo a punto de matarme, la vida me pasó por delante. Fue un instante. Muy fugaz. Decidí que viviría muchos años más, ya sabes, para alargarlo.

Kai Shek asintió y se perdió en el manuscrito mientras cavilaba sobre la vida y la muerte. ¿Podría él dejar de ser jinete de dragón si estuviera al borde de la muerte? Lo dudaba.

– Así que le has puesto nombre y todo –dijo, cambiando de tema.

– Pues claro, ¿no lo tiene tu dragón?

– Lo tiene.

– ¿Y es?

– Darragor.

– Sí… Suena a nombre de dragón. Por cierto, ¿dónde está?

– Fuera de las murallas. En algún islote del lago.

– ¿Y si lo necesitaras ahora?

– Lo llamaría.

– ¿Te oiría?

– La costumbre ha hecho que lo llame con un silbido, pero dudo que lo oiga.

– ¿Entonces?

– Es un lazo telepático, el de un dragón y su jinete. Aunque es unidireccional en gran parte.

– ¿Qué significa eso?

– Que el dragón puede leer en su jinete como en un pergamino desenrollado. Una vez que se forja el lazo con el primer vuelo y el dragón acepta nuestras instrucciones, mantiene el canal abierto para siempre.

– ¿Para siempre?

– Hasta la muerte de uno de los dos.

– Vaya. ¿Y tú puedes saber lo que piensa?

– Solo cuando él lo permite.

– ¿Y tú se lo puedes impedir a él?

– Lo dudo, aunque no lo sé a ciencia cierta.

– Esto es la mar de interesante.

– Ya veo que se te pegaron las expresiones de los cangrejeros.

– Es lo que tiene viajar –dijo, y luego se echó a reír–. Compartí unos días con un grupo de jóvenes pescadores de la bahía de Lianti. Una experiencia enriquecedora.

– Sobrevolé esa bahía hace un par de veranos. Pintoresca aldea.

– Pues ya no queda nada de ella.

– Oh. Qué pena. El eterno problema de Mareas Rotas. Siempre se están matando entre ellos.

– Parece que fue un maremoto provocado por… unos sacerdotes.

– Ah, ¿sí?

– Los adeptos de la luna. Un grupo de fanáticos que cantaban a la luna y construían templos

con trozos de un meteorito.

– Y provocan maremotos.

Kai Shek se rascó la perilla que llevaba días sin rasurarse.

– Sí, aunque creo que ya no suponen ninguna amenaza.

– Mejor.

Se oyó un estrépito proveniente de detrás de la barra. Francis acababa de romper un vaso y estaba soltando una retahíla de improperios sobre Limeres, putas, cerdos y mierda.

– ¿No hablan los gobernantes de dragolandia con las Mareas Rotas?

– Lo hemos intentado. Pero no hay una cabeza visible, una voz que represente a todo el país.

– Como en los Mil Reinos, pues. Somos mil vocecitas.

– Allí sí podemos hablar con los reinos principales.

– Como Serpentia.

– Como Serpentia.

– Nunca vi un dragón en Colmillos Verdes.

– ¿De ahí eres? – preguntó Kai Shek, recordando de pronto que ese era el destino al que habían enviado a su camarada Dien Phu.

– Sí.

– ¿Tiene algún… peligro?

– No desde que acabé con la madre de Kai. O, bueno, quizás algún cerbero de tres o cuatro cabezas, pero poco más.

– ¿Escupen dardos?

– Ojalá. No, solo babean.

– Ya veo. ¿Y hay algún lugar… especial, allí en los Colmillos Verdes?

– ¿A qué te refieres?

– No sé. Algún templo, algún monumento. Algo muy antiguo.

Derren frunció el ceño.

– ¿Qué te estás tramando, jinete de dragón?

Kai Shek suspiró. Su pregunta había resultado sospechosa.

– Mira, Derren, ya te lo he dicho. Creemos que se acerca una gran guerra. Una guerra mucho peor que todas las que hemos conocido hasta ahora. El sueño de Harum…

– Sí, sí. Ya me lo contaste. A mí eso me trae sin cuidado. Yo solo soy un cazador retirado. Si la guerra me estorba, me volveré al bosque. Además, no entendí ni un solo verso del poema ese.

– Creemos que hay algo escondido en algún sitio.

– Algo escondido en algún sitio. Muy esclarecedor.

– Algún poder devastador. Algo que antiguos héroes desconocidos apresaron en los confines de nuestro mundo.

– En los confines de nuestro mundo… –Derren se rascó la barba, pensativo.

– ¿Qué? ¿Alguna idea?

– Yo conocí a una chiquilla con un gran poder. Fue hace años. Me habló de un lugar en los confines del mundo. Un lugar al que debía acudir para…

– Las islas del borde –acabó Kai Shek–. No, no estoy hablando de los heterocromos.

– Ah… Ya. Entonces no sé qué podría ser.

– Tiene que haber algo allí, en los Colmillos Verdes. Algún lugar especial. ¿No creéis en los espíritus en tu tierra? ¿Algún poder del bosque o algo?

– Bueno, sí. La gente es muy supersticiosa. Yo solo me creo lo que veo –hizo una pausa para beber. Se le resbalaron unas gotas de cerveza por la barba–. Hay un lugar. Los Colmillos Verdes.

– Sí, allí.

– No, quiero decir… Los Colmillos Verdes son el reino, pero su nombre viene de un lugar en concreto. En medio del bosque. Son como tepuis que nacen de la tierra. Farallones gigantes, cubiertos de vegetación. Es un lugar muy bonito, aunque nadie se atreve a adentrarse en el bosque para admirarlo.

– ¿Por qué? Si dices que no es peligroso.

– Para un cazador, no. El cerbero es uno de los monstruos más dóciles. Pero para un aldeano… Ni se enteraría de que lo están acechando antes de recibir tres mordiscos. Además, creen que los cerberos fueron creados para proteger ese lugar.

– ¿Tú no lo crees?

– No.

– ¿Por qué? ¿Hay cerberos en otras partes?

– No he estado en todas las otras partes. Aunque en los Mil Reinos, solo los he visto allí. Pero no creo que protejan nada más que su estómago.

– ¿Qué se supone que protegen, para esos aldeanos?

– Según ciertas leyendas, los farallones que mencionaba antes son en realidad colmillos que se arrancaron las mismísimas deidades del bosque para apresar a los espíritus malignos que pululaban antes por allí.

– Interesante.

– Paparruchas. ¿Eres supersticioso, jinete?

– Creo lo que veo.

– ¿Y qué opinión te merece esta leyenda?

– Como toda leyenda, cuanto más antigua es, más torcida nos llega. Pero pienso que ha de nacer de alguna verdad, por pequeña que sea.

Los dos se dieron la vuelta al notar una presencia al lado. Era Francis, el tabernero.

– ¿Dónde demonios se ha metido todo el mundo? ¿Es que han anunciado un día seco esta mañana y no me he enterado?

– No, no temas, Francis. Además, ¿cuándo ha sido un problema la ley seca en la orilla fangosa?

– A estas horas ya deberían de estar aquí Anne y Damien con tres jarras encima, Loris con media botella de *moshkor* y Vincent vomitando el licor de agave en el baño. Algo raro está pasando.

– Será por el sitio –declaró Derren mientras se acababa el contenido de la jarra–. ¿Me pones otra?

– ¿Sitio? ¿Qué sitio ni que seta? –inquirió el tabernero, hosco.

– Ahora me acuerdo. Venía a avisaros, pero entre pergaminos y cervezas, me he hecho un lío. Hay un ejército ahí fuera.

*

Derren odiaba a los soldados en general. Pero odiaba especialmente a los del Ejército Real. Por varias razones. Primero porque había matado a mucha gente. Derren solo mataba a gente que le obligaba a hacerlo. Es decir, idiotas que intentaban matarlo a él. Segundo, porque tenían la dichosa costumbre de traer el caos a las fronteras. Lo habían hecho en Mareas Rotas cuando él estaba allí, y menudo lío armaron. Luego lo hicieron en el Paso, entrada principal de los Mil Reinos, planteando una batalla que se había anunciado mucho más amenazadora de lo que realmente fue. El ejército mohadí no fue un problema gracias a la movilización excepcional de

muchos cazadores, y eso tuvo consecuencias nefastas en los bosques y las montañas y muchos granjeros y ganaderos vieron sus cosechas y sus piaras asaltadas por pequeños monstruos. Tercero, porque eran todo órdenes y gritos. Y cuarto, porque todo lo que pisaban sus regimientos se volvía embarrado y maloliente. Sí, los ejércitos eran la mayor fábrica de mierda del continente.

Pero tenía una cosa buena. Le pagaba. El Ejército Real le costeaba las cervezas a cambio de que volara de un sitio a otro, llevando a tal o cual comandante. Trasladando al rey en última instancia. Y aunque su misión principal consistía en sobrevolar el desierto en busca de ese supuesto demonio, Derren se pasaba la jornada laboral en la taberna de Francis. ¿Con qué soldado iba a cruzarse en la orilla fangosa? Era el trabajo soñado. No pensaba arriesgarse a perderlo por desobedecer a la orden de ese guardia que se había cruzado en las murallas, cuando observaba cómo estaban siendo sitiados por el ejército extranjero junto al jinete Kai Shek y al tabernero Francis.

– Aquí estás. ¡Por fin! –exclamó el rey con gesto irritado–. ¿Dónde demonios te metes, Derren? ¡Te necesito cerca de mí! ¡Ahora más que nunca! ¡Pretenden usurpar este trono!

El rey Charles vestía una armadura negra muy compleja con incrustaciones de rubíes. Dos caras de hiena reforzaban los hombros. Con él estaban los hombres de su consejo, con suntuosos ropajes de seda, armiño y terciopelo. Derren jamás se esforzó en memorizar sus nombres, pero sabía de qué rostros debía cuidarse.

– No me gusta mucho este palacio, Majestad.

– ¡Por Limeres! Me da igual. A partir de ahora te quedarás en el palacio. Tu maldita libélula se quedará. ¿Entendido?

Derren no respondió. Frunció el ceño. Nunca había tenido problema con vestir harapos. De hecho, se sentía a gusto con las criaturas que habitaban su jubón de cazador desde que lo mandó coser en Drengs. Allí, en la Fortaleza Flotante, ante tanta opulencia y en presencia de tan distinguidas personalidades, se sentía como un monstruo. Qué ironía, no se estaba tan mal.

– Se te doblará la paga por los días que te hospedes en la Fortaleza, cazador –apostilló Philippe Val’Detignes.

Era un hombre de mediana edad, austero en cuanto a su atuendo al contrario de lo que su posición podría sugerir. Era el único cuya seda era oscura y sin hilo de oro. El cabello oscuro ligeramente entrecano en las sienes le empezaba a ralear.

A Derren no le caía bien ese consejero. De la Moneda, le habían dicho. Sin duda le pegaba. Esos ojos del color del acero echaban miradas calculadoras a diestro y siniestro, y cuando se posaban en Derren parecían reflejar una sutil amenaza. De esas que dirigían los manipuladores. Tenía el rostro afilado a imagen de su intelecto, según se decía, y una barbilla firme que se atusaba a menudo.

– Me gusta ese argumento. ¿Cuántos días va a durar esto?

– Los que tenga que durar.

– Vuestras monedas no valdrán nada si conquistan la ciudad –apuntó el cazador.

– El escudo es la unidad monetaria de Mareas Rotas y de los Mil Reinos. También es aceptada en algunos pueblos fronterizos y mantiene un tipo de cambio oficial con el solar alderí. Puedes estar tranquilo incluso si nos conquistan –argumentó Philippe Val’Detignes.

– Pero, si la ciudad cae, tendrás que sacarnos de aquí en tu bicho volador –añadió Charles–. Mira, elige la habitación que desees. A mí me da igual. Decórala como te dé la gana. Si quieres traer pieles de dromedarios o escorpiones disecados, adelante. Tendrás cuanta bebida desees y dispondré un cocinero para ti. Hasta dejaré que te traigas a las putas que te gusten por las noches,

pero nada de amigos. ¿Estamos?

– Me quedaré en la ciudad –concedió Derren–, pero no en el palacio. Os diré dónde estoy por las mañanas, donde almuerzo, donde paso las tardes y donde me hospedo. Podréis hacerme llamar cuando se me requiera. Pero no me encerraré en un palacio.

Dígase algo de Derren Zancadilla: era un hombre sencillo.

Charles apretó los dientes, visiblemente molesto. Miró por la ventana. Mientras daba unos pasos ansiosos. Derren sabía muy bien lo que estaba pensando. Lo despreciaba porque no se había inclinado ante él. Lo despreciaba porque no era su súbdito y, sin embargo, lo necesitaba. A Derren le daba igual, mientras le pagara. Lo importante eran los escudos de plata. Había lidiado con muchos pequeños reyes en los Mil Reinos y este, aunque gobernante de un territorio mucho más vasto, era igual. Igual de inepto e igual de prepotente. ¿Era acaso una enfermedad que transmitían los tronos? ¿Por el trasero? ¿Sería posible?

– ¿Se puede saber qué es tan gracioso, cazador? –preguntó otro miembro del Consejo.

Derren no sabía cuál era su posición y tampoco lo iba a averiguar.

– Putos salvajes. ¿Qué quieres? ¿Una cabaña? Te la construimos en el jardín.

Ahí estaba. Derren sonrió de nuevo.

– Vosotros, los tostados, os creéis superiores porque vivís en palacios y coméis con tridentes. Pero a la hora de la verdad, no aguantaríais ni tres días en el bosque. Nosotros, los salvajes, a pesar de nuestra profunda ignorancia, podríamos sobrevivir tres días en un palacio.

– ¡Estás hablando a Su Majestad el rey de Mohad! –exclamó el mariscal del Ejército. A ese sí lo conocía, pues era su empleador–. Otra osadía así y te llevo a la mazmorra, cazador.

– Entonces, con el debido respeto, majestad, no es una cuestión de comodidades, es que vuestra cerveza sabe a agua sucia.

– Derren, amigo mío –suavizó el astuto Philippe, el de los escudos–. Te estamos pagando una buena suma con la que puedes procurarte la cerveza que desees. Insisto, tu presencia en el palacio será necesaria cuando las cosas se compliquen. El dinero no será un problema y me ocuparé personalmente de lo relativo a la cerveza. Mientras tanto, propongo que en los días venideros te hospedes en *La sombra de las dunas*, la taberna más cercana, justo en frente de la Torre del Este. Podríamos establecer esa torre como punto de encuentro para una eventual evacuación por aire. Tu libélula podría quedarse en el patio de armas, o en las mazmorras.

– ¿En las mazmorras? ¡Pero qué…

– Acondicionadas para tal huésped. No le faltaría de nada. Nos ocuparíamos de que tuviera amplio espacio y un tragaluz.

– Queréis que os salve el culo llevándoos lejos a lomos de Kai cuando vuestras defensas fracasen. ¿Adónde tendré que llevaros? ¿Qué apoyos os quedarán?

– El apoyo de la resistencia mohadí –dijo el rey–. La organizaremos desde el norte. Desde Val’Havre.

– Eso está demasiado lejos.

– ¡Esto no es una negociación, maldita sea!

– Sí que lo es. No sois ducho en hacer amistades. Recibís a comerciantes y los convertís en rebeldes. Recibís a jinetes de dragón y los despacháis en vez de intentar seducirlos. Y a mí, vuestra esperanza para salir vivo de un posible asedio, me habláis como si fuera un salvaje.

– Puedo ordenar que te corten la cabeza ahora mismo, salvaje.

Derren recordó lo que le había contado Kai Shek sobre el lazo entre un jinete y su dragón.

– ¿Y qué creéis que hará Kai cuando pierda el contacto?

– ¿Qué contacto?

– El que nos une. El lazo telepático.

– Majestad, creo que la conversación está yendo por unos derroteros que no llevan a ninguna parte. Busquemos la ganancia mutua, señores –insistió Philippe, conciliador.

Charles hizo un gesto de hartazgo con la mano y se dio la vuelta para mirar por la ventana la llegada de más y más hombres de la Legión Negra a las puertas de su capital. No volvió a hablar.

– Kai no podrá llevaros a todos a Val'Havre. No estoy tratando de negociar, estoy siendo realista.

– Tendremos caballos al norte del lago –dijo el mariscal en tono serio, mosqueado–. Solo tendrás que llevarnos hasta allí a los miembros del Consejo.

– Eso es razonable. Sí. De acuerdo. Iré a esa taberna. Pero quiero el triple de la paga por cada día que Kai esté encerrado en esa mazmorra.

– Hecho –acordó Philippe.

Derren vio que Charles negaba con la cabeza, vuelto de espaldas desde la ventana. Oyó que decía algo entre dientes. Algo sobre salvajes y charcos llenos de mierda de camello.

35

LA CENA

Peine de los Cielos, Khaz'Tiber 571.

La cena tuvo lugar en la Boca de Long, una apertura rectangular a la que habían incrustado unos enormes colmillos de piedra blanca. Sand supuso que se trataba de una simple decoración, pero como advertencia también podría funcionar.

Estaban protegidos del frío viento por el giro propio de la cueva y la posición de la gran mesa hacía gozar a la mitad de los comensales de unas vistas únicas, mientras que la otra mitad tenía que conformarse con las oquedades iluminadas por las llamas.

– Puajj

A Sand se le atravesó la bola en la garganta. Ni subía ni bajaba. Tosió, pero de nada sirvió. Santoro le dio unos débiles golpes en la espalda que tampoco fueron de utilidad en el asunto. Tenía el gaznate bloqueado. Los segundos pasaban muy lentos mientras buscaba un aire que le faltaba cada vez más. ¿Por qué no respiraba por la nariz? Pánico. Un pánico súbito e incomprensible lo atenazó. ¿Se iba a morir? Un miedo irracional. Una situación irracional. Allí, tan lejos de su hogar.

– ¡*Shalur*! –exclamó alguien–. Dadle *shalur*.

¡Por los caídos, ese asqueroso licor otra vez no!

Más pánico. Sand se quitó una mano del cuello para negar suplicante. Varios jinetes se acercaron a resolver el asunto. Al fin, fue el enérgico palmazo de Prei Kuk, un jinete veterano de cabello y barba negros, lo que lo salvó del mal bocado.

– ¡Pero si está entera! –exclamó Chei Kuk, su hermano gemelo.

Los comensales se irguieron e inclinaron para ver la fruta que acababa de escupir Sand. Alguien soltó una carcajada y todos lo siguieron.

– ¡Con la piel y todo! –apostilló Mah Dia, otra veterana del Peine de los Cielos, que se

acababa de manchar el uniforme por las risas.

– Pues a mí no me hace gracia –declaró Sand, haciéndose el ofendido–. Me ha dejado un sabor muy agrio.

– ¡Es que el *kiu long* no se come así! –exclamó An Long entre las carcajadas.

Incluso los aprendices estaban muertos de risa. An Long cogió un ojo de dragón y apretó con el pulgar y el índice. La gruesa capa kaki se resquebrajó, mostrando una fruta en su interior del color del vidrio. Apretó un poco más y la cáscara escupió el supuesto ojo de dragón. Era un poco más grande que una uva, y al verlo Sand se sintió un poco idiota.

– Vale –dijo–. ¿Nadie me lo podía haber explicado antes?

– Es que la fruta se suele dejar para el postre –declaró Dun Gar–. ¿No es así en Mohad?

– Sí, sí. ¿Pero cómo iba a adivinar que eso era una fruta? Parecen aceitunas.

– ¿Y no es acaso la aceituna una fruta? –preguntó sagazmente Dun Gar.

Sand prefirió quedarse en silencio y ruborizarse en vez de darle la razón con la palabra. Notó una presencia detrás de la silla.

– Ahí te ha dado – le susurró la voz socarrona de una chica.

Como los aprendices ya habían cenado previamente, se encargaban de recoger los platos. Shia Ma se rio al llevarse el cuenco de Sand, donde ya no quedaba ni una gota de sopa de arroz.

Todavía quedaba carne de ñu en un par de bandejas, además de la pesca del día. Las tilapias estaban cocinadas al vapor y las percas a la parrilla con una salsa ideal a base de hierbalimón y especias de las que Sand no había oído hablar en la vida. Y arroz, por supuesto. De eso había para dar y regalar.

– Me gustaría tomar nota de algunas recetas, si gustáis –dijo Santoro de pronto, como si le hubiera leído la mente.

– Por supuesto –declararon los gemelos al unísono, luego continuó uno solo, aunque Sand no supo decir cual–. Sería un honor que nuestras recetas se sirvieran al otro lado del continente.

– Tendrían gran éxito. Esta salsa está exquisita.

– Es nuestra salsa de hierbas Kuk –se jactó el otro gemelo–. Si la sirves con ese nombre, te contaremos todos sus secretos –y guiñó un ojo a Santoro.

– ¿Cuál es la especialidad de vuestra ciudad, mohadís? –preguntó Bin Thu mientras se lavaba las manos en su cuenco con un paño mojado.

Bin Thu era la más veterana de los jinetes, exceptuando a Dun Gar, llevaba el pelo rapado y aunque su mirada era fiera su voz era suave y su tono siempre cordial. Durante el tiempo que llevaban allí, Sand no la había oído alzar la voz ni una sola vez.

– Tenemos buenos embutidos –dijo enseguida Santoro–. Y nuestra sopa más típica es la de nopal.

– Sí, pero no hay mayor manjar que el gusano de seda –añadió Sand, y observó expectante cómo reaccionaban los rostros.

Ceños fruncidos y narices arrugadas. Como era de esperar.

– ¿Gusanos? –Bong Nam parecía indignado–. Ugh. Qué asco.

El joven jinete agarró el vaso de *shalur* y le dio un buen trago. A Sand le pareció que ya empezaba a coger color en las mejillas.

– Ese *shalur* vuestro sí que da asco.

– ¡A la hoguera! –gritó Chei Kuk–. ¡Esa declaración es una afrenta!

La cueva se hizo eco de las risas y pareció ser una más entre el jolgorio. Siguieron mezclándose las conversaciones sobre uno y otro país con un toma y daca de chanzas bienintencionadas. De las que no duelen. La botella de *shalur* circulaba tan rápido por la mesa

que parecía que tuviera ruedas. Sand se aferraba a su cerveza de arroz para pegarle un trago cada vez que lo obligaban a beber ese licor tan fuerte, con sabor a vómito de camello.

Qué digo. Vómito de dragón, que además te quema la garganta.

– Esto no está mal –declaró Mih Dian, jinete veterana de ojos avellana, con el pelo teñido de color fucsia, girándose hacia Dun Gar–. ¿Por qué nunca recibimos visitas de extranjeros?

– Recibimos la de ese norteño el año pasado –dijo Bong Nam.

– Y la del tipo de Mareas Rotas que se creía una leyenda –añadió Prei Kuk.

– A ese no lo recuerdo –reconoció Bong Nam.

– Es que eso fue hace más de media década.

– ¡Cuando Bong Nam aún se caía de la cuerda!

Los jinetes rieron la mofa. Sand y Santoro se miraron, sin comprender, pero sonrieron, aun así.

– Yo era el que menos me caía. ¡Díselo, An Long!

– Es cierto, se caía más de la cama que de la cuerda.

Más risas. Esta vez los mohadís también se apuntaron. Cuando dejaron las bromas, Dun Gar habló más en serio.

– Este lugar es sagrado. Hemos de conservarlo lo más inmaculado que nos sea posible. El Khaz Dolu está en contra de las visitas, aunque yo no me opongo a recibir a personas de buen corazón, y de las que podamos fiarnos –el maestro dirigió sus pupilas hacia donde se sentaban Sand y Santoro. Sand sintió el peso de esa mirada–. Esta es la cuna de los dragones. La cuna de un poder inconmensurable. Es un lugar lo bastante inalcanzable para un ejército, pero llegará el día en que las armaduras sean más ligeras, o tal vez innecesarias. Llegará el día en que los ejércitos sean capaces de moverse por las montañas como por los caminos. Puede que algún día los batallones surquen los cielos como la armada surca los mares. Y entonces, este sitio habrá de defenderse. Cuantos menos conozcan estos lares, mejor.

Se hizo el silencio. De pronto, la conversación se había tornado mucho más profunda. Se hablaba ya de guerra y paz. De poder y secretos.

– Los dragones son un arma para la paz –declaró Mih Dian. Lo dijo en un tono que a Sand le pareció curiosamente decepcionado–. Pero solo nos la aseguran a nosotros.

– Este no es momento para ese debate, Mih Dian –reprendió Dun Gar, severo.

Así que también tienen sus pequeños conflictos, estos jinetes.

– Entonces, ¿nunca se han empleado dragones fuera de vuestras fronteras? –preguntó sutilmente Santoro, sin cambiar de tema del todo, pero desviándolo para evitar la incómoda situación en ciernes.

– Hace mucho, mucho tiempo –se limitó a decir Dun Gar.

– Los dragones no son un arma –argumentó de pronto An Long–. Escupen fuego, y tienen garras, sí. ¿Pero quién diría que el lobo es un arma por tener colmillos? ¿Que la serpiente es un arma por salivar veneno? No. Me niego a pensar así. Hace unos días Shia Ma y yo pudimos salvar a Sand y a Fabien gracias a Tir. Sin él jamás los habríamos visto. Y sin él jamás los habríamos podido llevar a un lugar seguro. Las armas se hacen para matar. Las espadas, las hachas, las catapultas. Los dragones nacieron, como nosotros. ¿Es que nosotros somos armas?

Oh, puede que yo sí lo sea…

– Eso ha sido bonito, An Long –bromeó Bong Nam–. ¿Estás borracho?

– Tú sí que estás borracho –rezongó An Long, negando con una sonrisa–. Tienes la nariz al rojo vivo.

Bong Nam se echó a reír, llevándose la jarra de cerveza de arroz a la nariz y echándose

encima un poco del contenido, apartando toda duda sobre su estado de feliz ebriedad.

– Al mocoso de las doce leguas no solo le han crecido los músculos, también el cerebro –declaró Prei Kuk, mirando a An Long con cierto respeto–. ¿Será que las enseñanzas de mi hermano sí surten efecto?

– ¿Es que lo dudas? A ver si actualizas tus métodos, Prei Kuk –le espetó fraternalmente.

– Hablando de espadas –intervino de pronto Bin Thu–. Ha llegado a mis oídos la noticia, pero no el contexto. ¿Vamos a traer a Kaaldanor a estas cumbres? ¿Con qué fin?

Dun Gar asintió.

– Sospechamos que es la llave de uno de los lugares señalados por Shio Min.

¿La llave? ¿Una espada? Por eso la pregunta de An Long el otro día…

– Maestro, ¿podemos hablar de esto delante de…?

– Tendremos que matarlos después –declaró Dun Gar, seca y llanamente.

¿Qué?

Todos se giraron hacia Dun Gar, sin decir nada. Había algo raro en el ambiente. El viento ululó en la cueva. El frío se agarró a los huesos de Sand de repente.

Entonces Dun Gar eructó una carcajada contenida. Y todos se relajaron visiblemente. Dun Gar se echó definitivamente a reír.

– Me tenéis por un viejo sin humor. ¡A veces yo también puedo hacer bromas!

– Nadie te tiene por un viejo, maestro –aventuró Chei Kuk.

– Claro que no. ¿Cuándo fue la última vez que hizo una broma? –preguntó Prei Kuk, mirando a su hermano.

– Hace un par de siglos. ¿O fue hace tres?

Volvieron a estallar las risas. Dun Gar entornó los ojos, pero aceptó la guasa. Un par de aprendices recogían las bandejas y los platos rebañados con pan de arroz y se los llevaban a las cocinas de la cueva.

– Con respecto a mi pregunta…

– Bin Thu, esperaremos a saber más sobre el asunto para informar. Ahora sí, ya es la hora del postre –zanjó Dun Gar, estirándose para coger una de esas bolas kaki.

Y eso inauguró la ronda. Todos cogieron sus ojos de dragón.

Kiu Long. Eso que casi me mata de la manera más tonta.

Había otra fruta a la que se referían como *hai long*, del tamaño de un coco, con la piel rosa y el interior blanco con semillitas negras. Sand eligió ser más cauteloso y esperó a ver si alguien en la mesa se comía uno para estudiar el método antes de arriesgarse nuevamente.

*

An Long había bajado a la zona de los *vong*, esas robustas hamacas de cuero típicas del Tiber. Había siete, pero estaba solo, tumbado en una de ellas. Había recogido la lona que protegía la tela de las inclemencias del tiempo y se había envuelto en una manta de lana que pesaba como una oveja.

Llevaba un tiempo mirando a las estrellas, que titilaban inquietas. Estaba buscando las alas, la constelación más grande del firmamento tibereño que solía asociarse con la idea de libertad y espíritu viajero, pero unos pasos arrastrándose por las pieles que cubrían el suelo rocoso lo interrumpieron. Se asomó, doblando el cuero del *vong* para facilitar su visión.

– Te estaba buscando, muchacho.

An Long se relajó al reconocer a Dun Gar en la oscuridad. El anciano maestro empezó a toquetear un nudo en el extremo superior del *vong* más cercano al de An Long. Estaba muy alto,

así que el jinete supuso que querría ajustarlo a su altura.

– Aquí estoy –dijo An Long con una sonrisa imposible de discernir en la oscuridad.

– Este era el último lugar de mi lista –dijo el maestro que ya había bajado el nivel de la hamaca y batallaba para hacer el nudo nuevamente–. Luego pensaba recurrir a Kraker y dar una vuelta nocturna.

– ¿Por qué tanto empeño? O sea, me alegra que me busques, maestro, pero no es algo usual a estas horas…

– Lo sé, lo sé. Había que esperar a diluir los efectos del *shalur*. Nos hemos reído mucho en la cena, ¿no es cierto? Son buena gente, esos dos mohadís.

– Eso creo –dijo sinceramente.

El hierro de los ganchos se quejó levemente. Por fin Dun Gar se había sentado sobre el *vong*. Lo había bajado tanto que llegaba a posar los pies en el suelo recubierto de pieles.

– Sí. Buena gente. Muchas risas. Pero nosotros seguimos teniendo temas muy serios de los que hablar.

– Sí –dijo An Long. Y adoptó un gesto serio.

– He encontrado cierta información sobre la espada hermanada a Kaaldanor.

– ¿Sí? –dijo An Long, adoptando un gesto emocionado.

Se incorporó, ayudándose de los brazos para tensar en *vong*. Sería más adecuado para la conversación que acaba de iniciar el maestro.

Asintió Dun Gar.

– Y sospecho que Kai Shek estaba en lo cierto. Buscarla en Val'Monde podría ser un buen comienzo.

– Eso me dijo que haría. Buscarla.

– Y eso está haciendo. Lo cierto es que nunca me había interesado por el tema, pero la de Kaaldanor es una historia de lo más interesante.

– Algo triste, por lo que tengo entendido.

– Sí, desde luego. Pero la historia del Jinete Loco no es la única historia triste que protagoniza la espada. Él fue el último en empuñarla, pero el primero también conoció un final de lo más trágico.

– ¿Quién fue el primero?

– Un príncipe llamado Louis. Verás, según lo que he descubierto, Kaaldanor fue forjada por Ferro, un misterioso fabricante de espadas, por encargo del rey del Pulmón del Mundo, René Souleil.

– ¿René Souleil?

– No estoy muy seguro de la pronunciación, pues todo esto ocurrió antes de la llegada de los heterocromos y su imposición del Común en esas tierras. El caso es que René Souleil quiso regalar algo especial a sus dos hijos gemelos, Louis y Philippe. Hizo llamar a Ferro y le encargó un par de espadas. Pidió, cito textualmente: "que las espadas reciban la bondad de mis hijos, para que hasta sus víctimas la sientan y sepan que han sido generosos al quitarles la vida." Y Ferro las forjó.

– ¿Cómo iba alguien a forjar algo así?

– Este mundo está lleno de secretos, An Long. Y supongo que ese Ferro era un secretista.

Recordó el jinete sus clases de "extrañezas y misterios" para las que habían hecho venir a Shio Min en persona, al que habían tenido que aguantar durante toda una semana. Secretistas. Esos inadaptados que dedicaban su vida a descubrir el secreto de algo. ¿Cuántos dijo Shio Min que morían en el intento?

– ¿Se sabe algo más de ese Ferro?

– No he investigado el tema lo suficiente. No es tan relevante ahora mismo, pero ahondaré. El caso es que Kaaldanor, y su hermana Epeecle, fueron empuñadas por esos dos príncipes. El pueblo del Pulmón siempre los había amado, según la crónica, pero a partir de su decimoquinto verano, cuando obtuvieron las espadas, el pueblo empezó a rechazarlos. Si el cuento es fiel a la verdad, ambos príncipes se volvieron malvados. Disfrutaban usando el regalo de su padre, y no pasaba día sin que atravesaran a alguien con su fijo.

– Suena a leyenda.

– Lo es, pero esta no ha sido repetida una y otra vez. No ha pasado de generación en generación, cantada por bardos y trovadores. Nunca llegó a mis oídos, por eso tiendo a pensar que podría ser bastante fiel a la verdad.

– ¿Eso crees, maestro?

– ¿Y por qué no, An Long?

– Bueno, yo…

– La gente que sabía escribir por aquel entonces no malgastaba su tinta y sus pergaminos para contar mentiras. Eran filósofos. Gente, por lo general, comprometida con la verdad.

– Está bien, pero… ¿Qué es lo que te hace pensar que habría que empezar por Val'Monde?

– Porque Val'Monde fue el centro del Pulmón del Mundo. Así se referían antes a Mohad.

– ¿Pulmón del mundo? ¿Mohad? –An Long era consciente de que había abierto la boca demasiado, pero esperó que la oscuridad de la noche lo ocultara.

– Sí, pero esa historia la dejaremos para otro momento como este. Siempre es agradable hablar contigo, muchacho. Prepara tus cosas, mañana me acompañarás a Do Shoi.

– ¿A Do Shoi? –tardó un instante en comprender, pero la pregunta ya estaba hecha.

Dun Gar se levantó del *vong*, dejando que se meciera suavemente al son del viento frío de las alturas.

– Da gracias de que te he dado clase y sé lo inteligente que eres, An Long, pero creo profundamente que tienes un problema de atención. Kaaldanor está en el Palacio Dorado. Mañana iremos a por ella. Tú y yo.

An Long asintió, sin saber si Dun Gar había visto el gesto. Tragó saliva mientras el maestro del fuego se alejaba. El de mañana sería el primer viaje de An Long a solas con el maestro. Era todo un honor. De pronto notó que los nervios escalaban por su garganta. ¿O era el *shalur*?

36

EL MAR CERRADO

Mar de pecios 571.

– ¡Más! –gritaba el guía de vela–. ¡Más viento, panda de gandules!

Las dos jóvenes sin cabello habían tramado juntas para evitar que Garia tuviera que malgastar todas sus fuerzas llamando al viento en los grupos de Borea. En su lugar, Pira había fingido una inutilidad supina y Garia se había ofrecido para asesorarla y convertirla en una gran marinera. Como había más Boreas en el filibote, y eran pocos los que sabían tanto de nudos como Garia, el

guía de vela aceptó de buena gana.

Y ahí estaban las dos, tras unas tres semanas de navegación, colgadas de las jarcias, ajustando nudos y alargando la tarea todo cuanto les fuera posible. A Pira le encantaba estar ahí arriba, observando cómo el rombo que formaba la gran flota de los heterocromos avanzaba apisonando las olas a su paso. Luego recordaba con qué fin avanzaban tan rápido, y la sonrisa se le borraba de un plumazo.

Esa mañana se la había pasado sonriendo, porque el vigía había gritado "tierra a la vista" al mismo tiempo que cantaba el gallo. Pero ahora que veía que la tierra se alejaba de nuevo, su rostro reflejaba enfado e incredulidad. Y ya no podía disimular sus expresiones con la melena. Su suave y delicada melena…

– ¡¿Qué?! ¿Por qué nos alejamos?

Garia se encogió de hombros.

– Parece que los de ahí delante han decidido pasar de largo.

– Pero llevamos más de tres semanas sin pisar tierra.

– No tengas tanta prisa, Pira. Ya sabes lo que no espera nada más pongamos un pie en este continente. Me lo llevas repitiendo desde que zarpamos.

Se dio la vuelta, muda por un instante. Garia tenía razón. Después de tanto tiempo, se había hecho a la idea. Volver al continente. Su cuna. Su antigua casa. La tierra que la había rechazado. A todos ellos. Volvían para recuperarla. Esa era la ambición de todos esos hombres y mujeres. Venganza. No todos, se recordó: Sihal pensaba como ella. Sihal estaba atrapado. Y ella tenía que liberarlo.

– Cuanto antes lleguemos, antes acabaremos con esto –rezongó.

– Exacto. Así que afloja más esas escotas para facilitarles la tarea a nuestros amigos de ahí abajo.

– ¿Más?

– Sí. Y arregla ese otro nudo de rizo. A ver si hoy no se te escapa.

Garia se echó a reír, y Pira no pudo evitar hacer lo mismo, aunque lo hizo interiormente para no darle ese placer a su compañera.

– ¡A toda vela, grumete Huevo! –le gritó el guía de velas desde abajo.

Así la apodaban ahora. Grumete Huevo. Por lo menos el pelo no le entorpecía la vista, aunque seguía teniendo el tic de recogérselo o echárselo a un lado. Movimientos que solían levantar unas cuantas cejas entre sus compañeros.

*

Navegaron por lo que creyeron que era el centro del Mar Cerrado, pues primero se alejaron de la costa sur hacia el noreste, y cuando avistaron la costa norte pusieron rumbo sureste. Hasta equilibrarse en un mar sin borde que fuera visible a ojo humano. Y así prosiguieron hasta que llegaron adonde querían llegar: el estuario.

Lo encontraron gracias a un simpático pescador que, junto con sus once hijos, había colocado grandes redes cerca de un banco de arena frente a las costas de Tierrarrota. La pesca de aquella familia dio de comer a casi toda la flota aquella noche, y Tigre decidió honrarla compartiendo con todos sus miembros un par de chistes. Hablaron del Mar Cerrado y del continente. Del río Petit'O y sus aguas. De la actual guerra que tenía lugar entre las potencias al norte y al sur del río. De Mohad. De Lor'Horn. Sí. Tigre aprendió en una noche lo que no había leído en una docena de libros. También sobre supersticiones. Y, como parecía ser que robarle la pesca a un pescador rotarí traía mala suerte, Tigre decidió hundir al desdichado con toda su descendencia.

La familia desapareció en las profundidades con los tobillos atados a un yunque y varias balas de cañón. Aquellas fueron las primeras muertes de la gran venganza. Y supieron bien. Supieron a pescado fresco.

Al pasar por las islas de Corrón la flota fue menos decorosa en sus formas con los barcos que avistaban. Apagaban los vientos. Sacudían las olas. Daban vida a los mástiles enemigos. Provocaban lluvias de llamas. Tigre se sentía eufórico cada vez que oía los gritos de esos singas. Habían llegado los hijos de las Guardianas. Y pronto lo sabría todo el continente.

37

ACERO Y VIDRIO

Do Shoi, Khaz'Tiber 571.

An Long se había imaginado la sala de reliquias como un lugar secreto. Un lugar de acceso vedado, oscuro en un sótano subterráneo del palacio. No tardó en darse cuenta de que estaba totalmente equivocado.

La sala se encontraba en el ala oeste del segundo piso, las paredes estaban revestidas con mármol dorado y el techo decorado con intrincados grabados que representaban escenas históricas. La luz se colaba por grandes ventanales enmarcados en oro, arrojando un cálido resplandor a las reliquias allí expuestas. Cada una tenía un altar propio en forma de montaña. De hecho, cada altar simulaba una montaña real cuyo nombre se encontraba en la chapa dorada de la base. An Long no vio todavía en ninguna de las chapas el nombre de alguna de las montañas más altas. Cada reliquia descansaba tras una vitrina, sobre brillantes soportes hechos a medida.

Caminaba el último, fascinado por tanto esplendor. El Khaz Dolu charlaba tranquilamente con Mao Rin y el guardián que encabezaba la comitiva. Dun Gar discutía sobre algún asunto del ejército con Sim Rep, por lo que An Long había podido escuchar.

– ¿Es la primera vez que entras aquí, verdad?

Sintió un escalofrío al oír la voz tan cercana. Se había olvidado de Shio Min, el maestro de los secretos, que se había rezagado incluso más que él.

– Sí.

– ¿Impresionado?

– Desde luego –admitió.

– No es tan impresionante, cuando sabes que la mitad de las reliquias en realidad no lo son.

– ¿No lo son?

– Oh, no. Las verdaderas no estarían tan expuestas.

– Pero hay un montón de guardianes. Y están armados.

– Sí, sí. Y no es que desconfíe de ellos, pero aun así. Las reliquias que estamos viendo son solo objetos que algún día se usaron en algún ritual. Mira –señaló el altar que estaban a punto de rodear–. Este es el collar de los ancestros. Se usaba antaño en ritos funerarios. Se creía que cada cuenta de ámbar contenía un espíritu. Pero los Apos no pueden encerrarse en ámbar.

An Long escuchaba con humildad. Aunque Shio Min le diera escalofríos la mayoría del tiempo, sabía que era una de las personas más sabias del reino. Le preocupó sin embargo la

última frase. ¿Estaba insinuando que los Apos podían encerrarse en otro material?

– Y aquí tenemos el estandarte de la Esperanza. Fue el que utilizaron los tibereños en la batalla de los Mil Espejos en Tam Guong. ¿Sabes lo que ocurrió?

An Long examinó el estandarte de seda dorada. Toda la simbología relacionada con el desastre de Tam Guong hacía referencia al color dorado del sol. Estaba bastante bien conservado.

Había oído a Bong Nam contar esa batalla un centenar de veces. El primero de los intentos darenís de invadir el Tiber. Mucho antes de que el sistema de atalayas existiera y pudiera alertar al gremio de los jinetes de dragón. El escenario fue el pueblo de Tam Guong, que quedó destruido y se convirtió en un calvero de muerte. An Long siempre se había imaginado la aldea como la más luminosa de todas, pues esa era la función de los mil espejos: traer el sol adonde no llegaba.

– Sí.

– Eso me ahorrará saliva. Y en frente está el amuleto de la eterna primavera. No sirve para nada, pero es bonito.

– ¿Para nada?

– Lo llevó un hombre que se hacía pasar por secretista. Cobraba por el ritual que celebraba en cada aldea que visitaba, y prometía cosechas prósperas y buen clima.

– ¿Y en los años de vacas flacas?

– Era cuando más negocio hacía.

– ¿Por qué se expone esto aquí, entonces?

– Que no sea mágica no significa que no sea una pieza hermosa. Y cara. A los extranjeros les gusta admirar cosas así. Algunas de estas reliquias pueden venderse o intercambiarse por otras. Los guardianes conocen mejor que nadie su valor, y son ellos quienes negocian con los avaros forasteros.

– ¿Y Kaaldanor? ¿Está a la venta?

– Todo tiene un precio, An Long. Pero ten cuidado, muchos de estos objetos tienen su forma de cobro.

Se preguntó qué rocas podría significar aquello, pero cuando se decidió a preguntar, doblaron la esquina y apareció la espada. Kaaldanor. Ahí estaba. Aquello que había venido a buscar. Al fondo del pasillo, reconoció perfectamente el altar.

– Es el Eventel –dijo casi sin aliento.

– Sí –respondió Shio Min–. Pero no es el único.

An Long dejó de escucharlo y se acercó maravillado. Los miembros del consejo, el guardián y el Khaz Dolu se habían colocado en torno a la vitrina, con las manos a la espalda para evitar la tentación de tocar el cristal.

An Long estaba embobado y apenas escuchaba la descripción del guardián, que había abierto la cerradura del altar y sacaba la espada por las faldas de la montaña.

Todavía no había podido verla de cerca, pero a la distancia de tres zancadas ya le parecía magnífica. El guardián hizo amago de entregársela al líder supremo, pero el Khaz Dolu negó con la cabeza y señaló a An Long con un gesto de la mano. Entonces el guardián se aproximó y al jinete le empezaron a temblar las manos.

– En ti recae su peso ahora –anunció el guardián, presentando la espada ante él. An Long extendió los brazos para recibirla, con un pánico irracional a que se le cayera al suelo. Como si la caída pudiera romperla. Como si en vez de acero fuera de loza.

Sintió poco peso al recibirla. Una espada ligera. El pomo de la rueda tenía un acabado antiguo donde se podían leer unos glifos o caracteres de un alfabeto ajeno al Común y al Khaaz. El

centro del pomo presentaba un dragón tricéfalo erguido y amenazador. El mango era de un negro mate oscuro y proporcionaba un contraste impresionante contra el dorado de la cruz, que tenía repujados increíblemente detallados. La hoja pulida de espejo brillante era ancha y tenía más grabados que An Long no lograba distinguir sin acercar la nariz al filo. Cuando lo hizo, con exagerado cuidado de no cortarse, distinguió las runas. Una de ellas era la que habían visto en la Semilla, ya no había lugar a dudas.

– Entonces –rompió el solemne silencio Sim Rep–, ¿se supone que metiendo la espada en una ranura se abrirá el techo de la Semilla?

– Eso supone Shio Min –dijo Dun Gar.

– Yo nunca he dicho eso.

– Ah, ¿no?

– Oh, no. Solo he dicho que se trata de una pareja de runas.

– Por los Apos, ¿y qué diablos significa eso, Shio Min? –se impacientó Sim Rep.

– Las runas no son mi campo de predilección, ese tipo de magia es demasiado primitivo.

– ¿No sabes lo que significa, entonces?

– Las parejas suelen representar sellos de cerradura. Me explico. Este pequeño aro que veis en el filo… –Shio Min señaló la runa a la que hacía referencia en el acero de la espada y todos los maestros se acercaron. Todos salvo el guardián, que seguramente la conocería de memoria–. Está cerrado. Los jinetes que fueron a la Semilla pensaron que la runa que allí encontraron era la misma que esta que veis aquí en el filo de Kaaldanor, pero yo no lo creo. Sospecho que la runa de la Semilla es la misma, salvo por el aro, que muy probablemente estará abierto.

– Shio Min. No enviaré a mis jinetes de vuelta a la Semilla con esta espada si van a volver con las manos vacías. Es un viaje largo y…

– Necesario. Largo y necesario. No sé si la espada será la llave, pero sé que hay algo ahí en la Semilla. La presencia de runas es la prueba definitiva. Hay algo encerrado ahí.

– ¿Y crees que será buena idea abrirle la puerta a lo que sea que está encerrado? –preguntó Mao Rin.

– Todo lo que se abre se puede cerrar –respondió llanamente.

– Ya debatimos ampliamente este tema. Tenemos que saber a qué nos enfrentamos –intervino el Khaz Dolu–. ¿Cómo se hará, Dun Gar?

– Dependerá de si recibimos actualizaciones de Kai Shek pronto. Y de si encuentra la otra espada que necesitamos.

– Es probable que no lo haga –opuso Shio Min–. Es como buscar una aguja en un pajar. No. La búsqueda de Epeecle ha de hacerse con Kaaldanor –se giró hacia Dun Gar–. ¿Tienes el pergamino del que me hablaste?

El maestro del fuego asintió y sacó el pergamino enrollado del bolsillo interior de su chaqueta. Shio Min prácticamente se lo quitó de las manos.

– ¿Limón? –Shio Min negó con la cabeza, decepcionado–. Pero qué toscos. En fin. Mirad –y posó el pergamino con el dibujo de ambas espadas sobre el altar para que todos lo vieran–. Cada espada tiene tres runas. Así es como yo lo veo. La primera es la runa de poder. Es única y fue diseñada por el secretista que la forjó. Si estoy en lo cierto, la segunda es el sello de cerradura, la que ha de responder ante la runa que hay en la Semilla. Y la última es el sello de hermandad.

– ¿Hermandad?

– Sí. Hermandad. Son muy parecidas y tienen varios símbolos que así lo indican. Estas dos barras cruzadas representan huesos. Los huesos cruzados solían representar sellos de hermandad en los rituales antiguos. Y aquí tenemos a los anillos unidos, indisociables. Cada vez se

relacionan más con el matrimonio en las culturas de tradición limerea, pero antaño no existía tal cosa. Antaño simbolizaba cualquier lazo familiar.

– ¿Y ese… sello de hermandad puede ayudar a encontrar la espada que nos falta? –preguntó el Khaz Dolu.

– Sí. A menudo mediante el brillo de la runa. O pulsiones. Las señales pueden ser variadas, pero de alguna forma el sello indicará la cercanía.

– En ese caso… –empezó Dun Gar, mirando a An Long.

– Tendré que ir a Val'Monde –entendió él.

Val'Monde. La capital de Mohad era sin duda un objetivo del ejército de Lor'Horn para completar su conquista. Sintió el miedo en el estómago, pero no lo dejó relucir en su rostro. Y no dijo nada.

– Esto complica las cosas –declaró el Khaz Dolu–. Vamos a necesitar un consejo para cruzar opiniones. Pero hoy tengo más asuntos pendientes. Nos reuniremos mañana, al rayar el alba. No quiero retrasos –dirigió una severa mirada a Sim Rep, que se hizo el despistado.

– Yo…

– No hará falta, An Long. Disfruta de la capital mañana. Te llevarás la espada de todas formas. Aquí no la necesitamos –el Khaz Dolu miró al jinete, que sostenía la espada desnuda–. ¿Y la vaina?

El guardián se apresuró a sacar del interior del altar que simulaba el Eventel una funda a la altura de las mejores espadas jamás forjadas.

– Y aquí la vaina –declaró.

Una vez más, An Long se quedó atónito. Le costó creer que no estuviera expuesta, pues era una obra maestra de la artesanía. De madera de ébano, pulida hasta obtener un brillo profundo y oscuro que contrastaba con el dorado de la cruz, la vaina estaba decorada con figuras de animales tallados en relieve. Dragones, unicornios, cerberos, hidras y otros animales poderosos que An Long jamás había visto en carne y hueso. La parte inferior de la vaina estaba rematada con una pieza de metal dorado que encajaba perfectamente con la cruz. En la pieza metálica brillaban las mismas runas que en el filo.

– Será mejor que usemos una vaina menos llamativa –propuso Mao Rin.

– Coincido –Shio Min se mostró favorable.

El guardián se giró hacia el Khaz Dolu, que asintió.

– La precaución nunca está de más –dijo simplemente–. Confío en que entiendes la importancia de esta reliquia, jinete.

– La entiendo, Khaz Dolu.

– Bien. Esta espada debe volver a esta vitrina sin un rasguño. Y más importante aún, sin una sola gota de sangre. No debe ser usada como un arma. ¿Entiendes?

– Sí.

– Es posible que esta espada volviera loco a Aaron Ojorrojo, An Long –dijo Dun Gar en tono paternal–. La advertencia del Khaz Dolu se te hace para protegerte.

– No usaré la espada más que para abrir la puerta de la Semilla, maestros, una vez hayamos encontrado a su hermana.

Asintieron todos.

– An Long, corredor de las doce leguas de Ha Gian, jinete de dragón, hoy el Tiber te confía a Kaaldanor –declaró el Khaz Dolu–. Es tu deber devolvérsela al Tiber.

Al cabo, An Long salía de la sala de reliquias maravillado con la espada que acababa de adquirir temporalmente, a pesar de llevarla enfundada en una vaina negra de lo más común. Le

esperaba una misión difícil, en una ciudad peligrosa, para encontrar la llave de un lugar aún más peligroso. Pero lo hacía por el reino. Lo hacía por el Tiber.

Pero el reino podía esperar un día más. Antes, había algo más importante que tenía que hacer en Do Shoi.

*

Había volado a las afueras de la ciudad, a Thui Tin, la fábrica de vidrio. El imponente edificio en medio del bosque siempre causaba en él esa mezcla de asombro y orgullo. ¿Por qué?, se preguntaba. ¿Estaba orgulloso de que su pueblo fabricara las mejores piezas de vidrio del continente? ¿Estaba orgulloso de los jóvenes dragones que participaban en el proceso y que proveía el Peine? ¿O estaba orgulloso de Dal Mah?

Allí, desde el bosque, sentado en sobre un tocón húmedo y musgoso, observaba el edificio con ojo apreciativo. Era casi completamente de piedra, a excepción del techo que era de madera. Lo había visto desde las alturas, tenía muchos tragaluces. No era grande, era enorme. Desde arriba se apreciaba la amplia cruz que formaba la estructura. An Long había olvidado cuáles eran las alas que lo componían a pesar de todas las veces que se lo había explicado Dal Mah. Las cámaras de los hornos dragón estaban en la parte externa, la que no veía desde donde estaba. Allí era donde se cocía la parte más interesante del proceso. Las otras áreas eran menos importantes, por eso no recordaba bien cuál era cuál. Almacenes, salas de exposiciones, la tienda, la residencia de los trabajadores y suponía que debía de haber algún comedor y cocina en algún lugar.

Alguien le tocó el hombro y An Long se giró, llevándose instintivamente la mano al pomo de la espada. Pero el pomo era uno totalmente distinto. Se le aceleró el corazón, primero ante la idea de desenvainar el arma que había vuelto loco a Aaron Ojorrojo. Y segundo por ver de nuevo a la mujer que se encontraba ante él.

– Dal Mah –balbuceó.

– An Long –sonrió ella–, me alegro de verte. Me han avisado de que tenía visita, pero no me esperaba que fueras tú. ¿Qué te trae por aquí?

Portaba un vestido de lino sin mangas color celeste que dejaba al descubierto sus hombros. Llevaba un colgante que An Long no le había visto antes, cuya piedra se escondía bajo la tela.

– Quería darte una sorpresa –sacó algo de su zurrón–. Mira, es un camello de cristal.

– ¡Es muy bonito! ¿Dónde lo compraste?

– En Mohad. En una aldea del desierto.

– ¡Es genial! Nunca había visto un camello con tres jorobas.

– Yo tampoco.

– Sabes, yo también he hecho algo para ti. Pensaba dártelo cuando fuera al Peine en la luna que viene.

– ¿Vas al Peine? ¿Por qué?

– Oh, no tenía que haberlo dicho. Creo que era… una sorpresa –se rio llevándose una mano al flequillo dorado–. Bueno, Bahn Mi me convenció para haceros una visita. Se cruzó con Prei Kuk en Do Shoi hace días y le dijo que nos acercáramos.

– Pero vosotros no tenéis dragones.

– No. Tendremos que pagar el transporte. O caminar.

– Ya no estáis entrenados –dijo con una pizca de menosprecio, y al darse cuenta carraspeó–. Quiero decir, tú podrías, claro. Pero Bahn Mi ha engordado mucho.

– Lo sé –se rio otra vez–. Pobre del dragón que le toque llevarlo. ¿Bueno, vas a quedarte aquí

sentado o vas a entrar?

– ¿Entrar?

– ¡Claro! Así te enseño la residencia.

– ¿La residencia?

Dal Mah le agarró la mano y se lo llevó. El jinete se dejó guiar como un dragoncito sigue a su dragona.

La residencia era una torre rectangular de piedra nacarada con muchas ventanas. Subieron las escaleras de caracol hasta el cuarto piso, que era el último, y Dal Mah sacó una llave que les dio paso a su habitación.

– Vaya –dijo An Long, impresionado.

– ¿Qué?

– Nada. Está todo muy… ordenado.

La chica se rio. No había sonido más hermoso en el mundo.

– Es verdad que en una estancia como esta es más fácil organizar las cosas. Tenemos cajones, armarios, estanterías, aparadores, roperos… Todo es mucho más cómodo que en la Cueva de la Estrella.

– Y que en cualquier otra cueva.

– Sí, bueno, ni siquiera la de Dun Gar era muy cómoda. Y ese olor a vino humeante…

– ¿A qué huele?

– Incienso. Madera de agar. Ven, siéntate.

Dal Mah lo sentó a su lado al borde de la cama. Se estiró para abrir el cajón de una mesita que había al lado. De ahí sacó una figura del tamaño de su palma. Un dragón.

– ¡Waw! –exclamó An Long–. ¡Es increíble! ¿Es de cristal?

– Sí. Es cristal tintado. Si no, sería difícil reconocer a Tiranior, ¿no crees?

An Long aceptó la figura para examinarla. El cristal estaba frío. Era negro como Tiranior, algunas partes relucían un poco más claras a la luz que entraba por la ventana. El jinete se preguntó cómo habría llegado a ese nivel de detalle. Los colmillos, los orificios nasales, los ojos, las espinas dorsales… Debía de haber sido un trabajo arduo.

– Eres toda una experta.

– Oh, no. No es tan complicado en realidad. Las piezas se diseñan por separado. Glekkor me ayudó con la soldadura. Es un dragón muy obediente. Sabe enviar ráfagas de fuego finísimas y sostenerlas durante un buen rato sin desconcentrarse.

– ¿Y el color?

– Esmalte. Luego se vuelve a hornear para fijar el color. Y listo.

– ¿Así de fácil? No lo creo.

– Hay que pulirlo, y tal. Pero básicamente ese es el proceso.

– Parece que te gusta tu trabajo –dijo el jinete, devolviéndole la figura del dragón–. ¿Eres feliz aquí?

– Oh, quédatelo, An Long. Lo he hecho para ti –An Long se la quedó mirando con incredulidad, pero Dal Mah no le hizo caso y siguió–. Sí, soy feliz aquí, la verdad. Me gustaría quedarme, pero…

– ¿Te vas?

– Sí. Bueno, no. Todavía no. Pero no me quedaré aquí para siempre. En fin, dejemos de hablar de mí. Llevo una vida muy normal. Demasiado normal –suspiró–. Pero la tuya… ¡Cuéntame! ¿Cómo es la vida en las nubes?

– Ya la viviste.

– No, no. No me refiero al Peine, por los Apos. Eso ya lo viví. Una vez y no más –ambos rieron. Fueron tiempos tan felices como difíciles–. ¡Los viajes! La última vez que nos vimos en Do Shoi volvías de los Tentáculos. ¿De dónde vuelves esta vez?

– De Mohad.

– Claro, qué tonta. Si me acabas de dar el camello.

– Los viajes no están mal –prosiguió An Long–. Pero cuanto más viajo, más me gusta el Tiber.

– Supongo que vivimos en un lugar privilegiado.

An Long asintió. No supo muy bien cómo seguir. Miró a Dal Mah, ella lo estaba mirando. Sonriendo. Qué extraño. ¿Por qué esa mirada tenía ese efecto en él? ¿Por qué se cohibía ante Dal Mah? Se volvía tímido, algo que no pasaba con el resto. En absoluto.

– ¿Y esa espada?

– Una misión.

– ¿Puedo verla?

– Yo… Eh… No lo sé.

– Oh. ¿Secretos del Gremio? Está bien, no insisto. ¿Qué hay del sueño de Harum? ¿Le sonsacasteis algo al maestro Dun Gar?

– Poca cosa. Pero la guerra ya ha llegado a Mohad.

– ¿La has visto?

– Ciudades en ruinas, sí.

Dal Mah se quedó boquiabierta y se llevó una mano al pecho al tiempo que respiraba hondo.

– ¿Entonces es cierto? ¿Y nosotros?

– ¿Nosotros? –al jinete le dio un vuelco el corazón.

– Sí. El Tiber. ¿Vamos a entrar en la guerra?

– Oh… Pues… No lo sé, Dal Mah.

– ¿No lo sabes, o no puedes decirlo?

– No lo sé.

– Los jinetes de dragón serán los primeros informados. Antes que el ejército. Ninguna guerra se libra sin el acuerdo del maestro del fuego.

– Es posible.

– Si eso ocurriera… Si entráramos en guerra… ¿Vendrás a decírmelo?

An Long la miró. Vio preocupación en su rostro. Pero también algo más. Estaba preocupada por la guerra. Pero veía algo más en esos ojos azules. Algo más profundo. ¿Pero el qué?

– Vendré –afirmó.

– Gracias –y lo abrazó–. Odiaría que te fueras sin avisar.

Pero si siempre ha sido así, pensó An Long. Se hizo un silencio incómodo nuevamente. An Long echó un vistazo a la habitación, sin saber muy bien adonde mirar.

– ¿Por qué has venido, An Long?

– ¿Qué? Eh… Para verte –sonó demasiado romántico, en su opinión, así que tenía que arreglarlo–. Es decir, ver que estabas bien y eso.

– Estoy bien. Pero me gusta esta iniciativa tuya. Ojalá me visites más a menudo –dijo ella–. Aquí todo es muy rutinario, al final. Todos somos los mismos de siempre. Tiene su lado bueno, pero me gusta ver caras distintas de vez en cuando. Y tu cara es una que aprecio especialmente.

An Long dio un respingo. ¿Qué había sido eso último? ¿Una indirecta? No. Dal Mah nunca había querido nada con él. En los cinco años que pasaron juntos en el Peine nunca se había mostrado tan… así. No era la conducta que él conocía en Dal Mah, ¿pero era extraña? ¿O era

solo amabilidad?

– Gracias… Por suerte me conociste ya con la mejilla cosida –bromeó, porque no sabía qué otra cosa hacer.

Y entonces Dal Mah alzó su mano derecha para tocarle la mejilla. Sus dedos recorrieron el fino círculo que dibujaba la cicatriz y que se marcaba claramente sobre su barba de tres días, pues ahí no le crecía el vello facial.

An Long se tensó. El tacto era de lo más agradable. Pero… ¿qué rocas? Dal Mah lo miró a los ojos con los suyos del color del cielo. ¿Desde cuándo lo miraba así?

Apartó los dedos de la mejilla. An Long sintió una punzada de decepción. Le gustaba su contacto.

– He estado pensando.

– ¿Pensando?

– Sí. ¿Te extraña que piense?

– ¡No!

Ella volvió a reír. ¿Por qué verla reír lo hacía tan feliz? ¿Por qué verla reír le contagiaba la risa? ¿Se le había quedado cara de bobo?

– ¿Recuerdas lo que dijo la profetisa?

– Más o menos… No fue muy… agradable.

Ella se encogió de hombros.

– Agradable o no, tiene sentido lo que vio. Sabes, de pequeña no quería tener familia. Quería ser una jinete de dragón, después de todo. No hay cabida para eso en el gremio. Pero… ya que no seré parte de él… Creo que no me importaría formar una familia. Y eso es lo que me depara el futuro, por lo que dijo ella.

– ¿Quién?

– La profetisa. ¿Es que no me escuchas?

– Sí, te escucho… –¿Pero por qué le estaba contando eso?–. Recuerdo que dijo más cosas. Cosas no tan bonitas. Sangre –recordó An Long en voz alta–. Dijo sangre.

– Sí, bueno. En mi pasado hubo sangre, es normal que mi futuro no se libre de ella tan fácilmente. Pero es lo de menos. Dragones de cristal. ¿Recuerdas?

Sí. Fue lo primero que dijo la profetisa. Dragones de cristal. Pero eso no era muy difícil de adivinar, puesto que era vidriera… Un niño y una niña en el futuro de una mujer, tampoco era algo inusual.

– Recuerdo, sí.

– Ahora tú también tienes uno.

– Gracias.

– No me las des. Es mi forma de decirte que quiero que estés en mi futuro.

¿Otra vez? An Long estaba confuso. No sabía dónde estaba la frontera entre la amistad y algo más. Su experiencia en ese tipo de asuntos era nula. Dal Mah nunca había mostrado interés en él en el Peine, aunque… ahora que lo pensaba, tenía sentido. Lo había dicho hacía un momento. En el gremio de los jinetes no hay cabida para el amor. Él había estado dispuesto a saltarse esa regla, pero no Dal Mah. ¿Acaso se habían invertido los papeles? ¿Estaba dispuesto An Long a saltarse las reglas ahora que era un jinete? Miró esos ojos azules que tanto había visto en sus sueños.

– Estaré.

– Antes eras más charlatán. Cada vez te pareces más a mi mentor.

– ¿A Kai Shek?

– Sí.

Ahí estaba la oportunidad de salir del aprieto. Porque era un aprieto, ¿no? Por fin podía dirigir la conversación hacia derroteros menos peligrosos.

– Fui con él a Mohad, de hecho. Creo que no me tiene gran apego.

– Él es así. Tranquilo. No creo que sea contra ti.

– Piensa que no soy digno. Piensa que no merezco ser jinete porque no completé todas las pruebas. Lo veo en su mirada.

– Bueno. Quizá sea envidia. Tú tienes a Tiranior…

– No, Dal Mah. No es envidia. Es coherencia. Coherencia para con el reino. Para con el gremio. Las reglas son las reglas. Yo me las salté.

– Quizá… Pero fue por una buena razón –declaró, y lo secundó con un guiño pícaro.

Por salvarla a ella. O intentarlo. Un vano intento de hacerse el héroe. Claro que la intención era totalmente sincera y natural. Pero no sirvió para nada. Fue una reacción visceral e inútil. Irracional. Dal Mah cayó al vacío. Y el saltó para seguirla. Para salvarla. ¿Cómo pensó en ese momento que podría salvarla? Fue un gesto suicida. Una reacción instintiva que lo habría matado de no ser por Tiranior. Si los jinetes de dragón reaccionasen así cada vez que veían caer a un ser querido, el gremio se habría extinguido hace siglos.

– No sirvió de mucho. Para alimentar las burlas, supongo. Bong Nam me lo recuerda cada vez que desayuna conmigo.

Sonrió Dal Mah. Alguien llamó a la puerta antes de que pudiera responder.

– ¿Sí?

– Tenemos taller con los monigotes, ¿recuerdas? –dijo una voz femenina al otro lado.

– ¡Lo había olvidado! ¡Me cambio y voy! –exclamó para que le oyera su compañera al otro lado de la puerta.

– Te espero en la entrada de los hornos dragón. Iré organizando los grupos.

An Long se levantó. Eso marcaba el final de su visita. Qué mala suerte, pensó. El tiempo siempre pasaba volando cuando estaba con Dal Mah.

– Supongo que… tienes que trabajar.

– Sí. Son los niños. Organizamos pequeños talleres para que los niños del Tiber vengan a conocer nuestro trabajo. Se supone que tenemos que inspirarlos, pero a mí son ellos los que me inspiran. Son tan monos…

– A nosotros nos llegan cuando están en una edad más complicada.

– Sí, pero los enderezáis bien rápido, ¿eh?

Ambos rieron de nuevo. Los adolescentes llegaban llenos de sueños, y en el Peine se encargaban de despertarlos cada mañana para trabajar por esos sueños. Y cuando uno apenas tiene tiempo para dormir, menos tiempo se pasa soñando. Y así fue como él alcanzó su sueño, a cambio de unas ojeras. Un precio justo, estimaba él.

– Bueno, espero que no tardes mucho en visitarme otra vez.

– Procuraré volver pronto, entonces.

Ambos se dirigieron a la puerta de la habitación. An Long cruzó el umbral y se dio la vuelta. Ella lo miraba. ¿Y ahora? Se acercó a ella, con el corazón latiéndole a mil. La miró a los ojos. Ella miraba sus labios. An Long estaba perdido. Había hecho un juramento. ¿Cuáles eran las consecuencias? Había olvidado las consecuencias. Pero ¿se enteraría alguien? ¿Cómo iba a enterarse? ¿Quién iba a enterarse?

Ella lo miró a los ojos. Él la miró a los labios. An Long la atrajo para sí. Apartó la mirada.

Y la abrazó.

Fue agradable. Muy agradable. Sentir su calor. Su respiración tan cerca de la oreja. Sus brazos

rodeándola. Los de ella al cuello. Su olor floral.

Pero un abrazo no duraba para siempre. Se separaron y An Long supo que era el momento de darse la vuelta. En vez de eso, sin embargo, la miró a los ojos otra vez. Y esta vez no se resistió. Lo hizo.

El beso fue suave. Suave como sus labios. Ella puso su mano en la nuca del jinete y lo atrajo para sí. Él le acarició la mejilla con el pulgar, y enredó los otros dedos en su dorada cabellera. Su boca sabía a coco y mango. Su postre favorito.

– An Long –dijo ella.

– Lo sé –respondió, sonriendo.

El beso había borrado toda huella de indecisión. Ya estaba hecho. Había elegido. No había vuelta atrás.

– Vuelve –dijo ella, sonriendo a su vez.

– Volveré.

Parecía azorada, allí, descalza, en el umbral de su habitación. An Long era consciente de que sonreía como un bobo. Era normal. ¿No acababa de besar a la chica de sus sueños? La chica a la que había querido besar desde los trece años, desde que la vio por primera vez.

Por fin, se dio la vuelta y caminó por el pasillo hasta la escalera de caracol. Cuando lograba borrar la sonrisa de su rostro, esta volvía imparable.

Tiranior lo esperaba echando una cabezada junto al tocón donde se había sentado antes. Habría detectado su olor, supuso. El dragón alzó su enorme cráneo para mirar a su compañero. An Long estaba feliz.

– Mira, Tir, me lo ha dado Dal Mah. Eres tú.

El dragón primigenio ladeó la cabeza para examinar el objeto que le mostraba su jinete. Lo olfateó. Acercó un ojo enorme y parpadeó varias veces. Luego abrió las fauces en algo a medio camino entre un bostezo y una sonrisa. Decidió que le había gustado.

Momentos después, An Long estaba en las nubes, recordando su olor, su sabor, su sonrisa.

LA DAMA

Do Shoi, Khaz'Tiber 571.

Dun Gar tamborileaba con sus dedos sobre la mesa, impaciente. Estaba asustado. Asustado y nervioso. ¿Y quién no lo estaba en esa sala? Sabía que lo que fuera que decidieran ahí dentro, le afectaría. A él, a su gremio, al Tiber. Las decisiones implicarían a sus jinetes, a los mentores a su cargo y a los aprendices a cargo de los mentores, aunque fuera indirectamente. Los de la Nueva Llama no tenían suficiente experiencia como para embarcarse en misiones peligrosas, y los mentores tenían la responsabilidad de formar a los nuevos aprendices, de modo que no podían partir durante varias lunas a investigar lo que fuera que quisiera investigar Shio Min.

El maestro de los secretos vestía el negro y estaba sentado frente a él, con las manos enguantadas y entrelazadas sobre la mesa y la mirada perdida en la lámpara de araña que colgaba del techo. Una lámpara cuyas llamas se reflejaban anaranjadas en cientos de cristales que centelleaban. Cristales en forma de dragones.

A su lado, con un magnífico vestido granate con hilo dorado, Mao Rin despedía un agradable olor a grosellas. Jugueteaba con un objeto esférico de goma que aplastaba contra la mesa o estrujaba en sus manos haciendo tintinear las pulseras enjoyadas de ambas muñecas. Ella sí que parecía nerviosa. Dun Gar se relajó un poco, al menos no era el único. Dejó de tamborilear y se dedicó a toquetear el anillo de plata que llevaba en el dedo anular.

La mesa era un cuadrado coronado por un semicírculo con la inclinación suficiente para elevar la zona que presidía el Khaz Dolu, ataviado con su sencilla y austera túnica blanca que contrastaba con la dorada opulencia del salón. En el Khaz Tiber, la jerarquía se hacía saber de tal modo: cuanto más alto era el rango, más elevada era la posición desde la que se hablaba. No por nada las montañas más altas eran sus Apos.

– Resumiendo –dijo el Khaz Dolu–, todo esto empezó con los cielos negros. Van cinco en la última década. La quinta ocasión acarreó la publicación del Quinto Sueño de Harum por parte de los eternos de Kitazh, hace algo más de una luna. Hoy nos volvemos a reunir sin saber mucho más acerca de esa pseudo-profecía. ¿No es así, Shio Min?

– Así es. Las profecías tienden a ser muy abstractas. A mayor ambigüedad, más posibilidades de acertar.

– Sin embargo, hoy tenemos temas menos abstractos de los que hablar. El primero es Kaaldanor y la Semilla.

Asintieron todos. Dun Gar, que tenía el manuscrito con el dibujo de las dos espadas frente a él, jugueteaba con el anillo de plata que rodeaba su dedo anular, pasando los dedos de la otra mano por las tres cabezas de dragón. Él sería responsable de lo que ocurriera con la espada y con la Semilla.

– Al parecer, no tenemos mucha elección –comentó Sim Rep.

– Enviar al chico a Val'Monde en busca de la espada hermanada –zanjó el Khaz Dolu–. Espada hermanada que podría estar o no estar allí. Precisamente ahora que las huestes de Lor'Horn se dirigen hacia esa ciudad. Asumo que la Semilla es, de la lista de lugares que redactó Shio Min, aquel en el que más posibilidades tenemos de encontrar lo que buscamos. ¿Es así?

El Khaz Dolu, desde su semicírculo en el puesto más alto de la mesa, dirigió una fugaz mirada a Shio Min, y luego la posó en Dun Gar.

– Aún no ha regresado el grupo que envié a los Colmillos Verdes. Pero, por lo que tenemos hasta ahora, la Semilla es el punto más prometedor.

– ¿Por qué? –exigió saber Mao Rin.

– La reacción de Tiranior –apuntó Shio Min, adelantándose a la respuesta de Dun Gar–. Es una clara muestra de que notó algo en la Semilla. Una presencia. Un poder. Algo conocido, sin duda. Y muy antiguo.

– ¿Has vuelto a comunicarte con el chamán de las Escondidas? –preguntó Mao Rin.

– Por supuesto –asintió Shio Min, con su peculiar sonrisa desdentada–. Cree que no quedan dibujos ni menciones de esas criaturas ancestrales que creemos que se liberan con cada cielo negro. Dice que nuestros antepasados borraron toda mención, pues el mero hecho de dibujarlas las acercaba. Las llamaba. Y era como llamar a la propia muerte. Aunque puede parecernos una explicación un tanto fantasiosa, eso explicaría por qué no encontramos nada en los pergaminos.

– Nos estamos yendo por las ramas –se impacientó el Khaz Dolu–. Aclararemos ese tema a su debido tiempo, pero ahora hemos de decidir qué hacer con la Semilla, teniendo en cuenta el contexto de la guerra. Llevar jinetes de dragón a Val'Monde, si está siendo conquistada, podría ser considerado como una declaración de guerra contra Lor'Horn.

– Los dragones no atacarían –apuntó Sim Rep.

– No sabemos cómo interpretaría Lor'Horn la mera presencia de los dragones –rebatió Mao Rin–. Creo que es arriesgado.

Las puertas dobles de la sala se abrieron con estrépito y sin previo aviso de ningún guardia. Los maestros se giraron, al igual que el Khaz Dolu. Dun Gar mantuvo la calma, pero con los sentidos alerta.

Una mujer ataviada con un vestido verde oscuro entró caminando con elegancia. Su porte no revelaba sombra de duda, su rostro mostraba una serenidad pétrea y sus movimientos eran confiados. Poca gente era capaz de entrar así en una sala donde discuten las máximas autoridades de un territorio. No llevaba signos de estatus de ningún país que Dun Gar conociera, pero algo en su mirada lo hacía recelar. Había poder en esa mujer de ojos claros y pelo rubio oscuro.

– Disculpad mi intrusión, señorías, pero he sabido que aquí se están tratando asuntos de importancia para el continente. Es mi responsabilidad influir en estos asuntos por el bien de todos.

Los maestros se quedaron callados. El Khaz Dolu no se movió de su asiento.

– ¿Dónde están los guardias? –preguntó al fin.

– En sus puestos –respondió la mujer–. Vigilando.

– ¿Quién eres? –exigió saber el líder supremo.

– Una emisaria.

La recién llegada se inclinó en una perfecta reverencia tibereña. Conocía bien las convenciones. Los emisarios extranjeros no solían manejar los gestos de respeto tan bien. Si bien la mayoría de los territorios habían heredado las cortesías legadas por los heterocromos durante la era del Yugo, el Tiber había logrado mantener sus costumbres en mayor medida. Las autoridades extranjeras no se dignaban a respetar esas costumbres y usaban las fórmulas y cortesías propias, aun estando en el Palacio Dorado en presencia del Khaz Dolu. Pero el Tiber apreciaba el respeto hacia sus costumbres y convenciones.

Cuando los ojos de la mujer se cruzaron con los de Dun Gar, algo en su interior se puso alerta. Más aún. Algo le daba mala espina e instintivamente se giró hacia Shio Min. El maestro de los secretos escribía nerviosamente en uno de sus pergaminos.

– No sé cómo has burlado a los guardias, pero les confío mi vida todos los días. Si ellos no han podido detenerte, supongo que nosotros cinco tampoco podremos. Si deseas hablar, siéntate –invitó el Khaz Dolu.

La mujer avanzó, subió los tres escalones que rodeaban la mesa y se instaló en la única silla que había libre, aquella frente al Khaz Dolu, en la parte más baja. Así se llevaba a cabo la diplomacia en el Tiber. Cinco contra uno. El líder, rodeado de sus cuatro consejeros, frente al emisario que fuera, solo. Raras eran las veces en que un rey o un emperador era recibido en privado por el Khaz Dolu. Muy raras.

– Seré sincera con vosotros, porque estáis al frente de uno de los pocos pueblos respetables en este maldito continente. Mi hermano lleva varias décadas esperando a reunir un poder suficiente para llevar a cabo su plan. Ahora que se ha hecho pública la quinta tablilla, se ha decidido a lanzar sus tropas por todas partes. ¿Casualidad? Por supuesto que no. Quiere confundir, obviamente. A mí no me engaña. Ha enviado sus huestes de soldados al desierto donde sabe que apenas encontrarán resistencia. Ha hecho zarpar hacia El Creciente a la armada más grande que haya existido jamás. Pronto Magnalia será reducida a cenizas. Su último movimiento ha sido enviar a sus surcados a Las Llanuras. Ya sabéis cómo son esas tribus. Para la mayoría de ellas, con que un solo hombre venza a su líder en duelo singular basta para que cambien lealtades.

– Espera, espera –cortó Sim Rep–. ¿Alguien sabe de qué está hablando esta mujer?

– De Lor'Horn –respondió Mao Rin, encogiéndose de hombros–. Parece que están metidos en una pelea fraternal.

– Uno no elige a sus hermanos –rezongó la invitada–. Lleva años planeando este golpe. Pero a mí no me engaña. La tablilla no habla de él. Habla de un poder mucho mayor. Uno que también ha llegado al continente.

– Estás hablando de las Cinco Fuerzas que se mencionan en el quinto sueño de Harum. A eso te refieres con la tablilla –supuso Shio Min, seguro de sí mismo.

La mujer lo examinó detenidamente antes de asentir y volver a hablar.

– Cinco Fuerzas. Sí. Una nunca se fue. Las otras cuatro han desembarcado en Val'Fleus hace unos días. Su objetivo es el mismo que el de mi hermano.

– ¿Conquistar el continente?

– Y ahora que tenéis claro el contexto, decidme. ¿Qué vais a hacer?

– Dínoslo tú, mi señora, ¿qué esperas que hagamos? –replicó el líder del Tiber.

– Tenéis dragones. Si queréis conservarlos, habréis de luchar.

– Los dragones son un arma de paz –opuso Mao Rin.

– Los dragones no son un arma –corrigió Dun Gar, como solía hacer–. Son dragones.

– El dragón es al fuego lo que la espada es al acero –citó la extranjera.

Aquello caló hondo en la sala. Todos sabían quién había dicho esas palabras, siglos atrás. El fundador del gremio de los jinetes de dragón. Ni más ni menos.

– Los tiempos han cambiado –se defendió Dun Gar.

– Eso es una mera ilusión. El tiempo es cíclico. No cambia. Es solo que no tenéis una vida lo bastante larga como para constatarlo. Recordáis las peores guerras, escribís en pergaminos los años más aciagos y redactáis leyes y tratados para evitar que se repitan. Pero cuando las generaciones que vivieron esos años aciagos se convierten en polvo, los retoños rompen los tratados y cambian las leyes a su gusto. Y vuelven las atrocidades.

Otro silencio invadió la sala. Dun Gar estaba de acuerdo con ella. Sus palabras se introducían en sus oídos tan claras como el agua del Tin Si Dana y una suerte de eco se encargaba de enraizarlas en su mente.

– ¿Pueden los dragones con esas Cinco Fuerzas? –preguntó Sim Rep, que se estaba dejando una marca roja en el cuello de tanto rascarse la barba.

– Ahora, puede. Pero las Cinco Fuerzas crecerán. Y la guerra debilitará a vuestros dragones.

Son vulnerables. Necesitaréis ayuda, pues ellos son más. Por suerte, yo estoy dispuesta a prestárosla.

– Qué conveniente –rezongó Shio Min por lo bajo.

– ¿Qué clase de ayuda? –siguió Sim Rep.

– Militar.

– ¿Tienes un ejército?

– Considerad que el Norte es mío.

– ¿El Norte? ¿Dareniel? –la confusión de Sim Rep era patente.

– Sí –asintió ella–. Vuestros enemigos. Puedo ejercer cierta influencia sobre ellos.

– Pero… Por extensión, eso te convierte en nuestra enemiga –repuso el maestro del Ejército.

– ¿Enemiga? Estoy hablando con vosotros, señorías. Seguís vivos, sin un solo rasguño. Ni siquiera he tocado a vuestros ineptos guardias. Estoy por encima de vuestras riñas territoriales. Este enclave no me molesta. Vivís en paz. Tenéis dragones, pero los usáis para espiar desde las nubes o hacer figuritas de cristal. Ni siquiera las espadas que forjáis con su fuego son mejores que las que hacemos en Dareniel sin dragones. No. Yo intervengo cuando el Norte se desmadra. O cuando alguien pretende arrebatármelo.

– Si enviamos dragones a luchar, entonces no podrán defender el Tiber. ¿Qué nos garantiza que el Norte no aprovechará para atacarnos?

– Mi promesa –sonrió la forastera–. Y el sentido común. El Norte ha sufrido una guerra civil en la que he tenido que mediar. El ejército está debilitado. Mi hermano lo sabe. Sospecho que fue él quien provocó el caos en mis tierras. Dareniel será probablemente su próxima conquista una vez se haya hecho con Val'Monde y Val'Havre. O quizá vaya a las Mareas Rotas, pero tarde o temprano vendrá al norte. Y también vendrá aquí.

– ¿El enemigo de mi enemigo es mi amigo? –musitó Sim Rep.

– ¿Creéis que soy yo quien envía esas insignificantes escaramuzas a vuestra cordillera? Por favor, si quisiera hacerme con el Tiber, hace siglos que me sentaría en ese asiento tan bonito que ocupa vuestro Khaz Dolu. No. Si los norteños se hicieran con dragones… Bueno, no me interesa que se anden quemando los bosques porque el primo bastardo del rey haya estado cazando en las montañas de algún chamán chalado. Cada vez que hacéis que ardan darenís en la frontera me estáis haciendo un favor, porque los que se apuntan a esas barridas son los más idiotas y conflictivos.

– ¡Por los Apos! –exclamó Dun Gar. ¡Firmemos un tratado de paz, entonces! ¿Qué sentido tiene que ardan nuestras pequeñas aldeas, destruyendo las cosechas y las vidas unos pocos aldeanos, para que luego mueran los invasores en las llamas? Ahorremos vidas, por favor.

– Noble gesto, maestro Dun Gar, sin duda la paz será el camino más fructífero para nuestras naciones. Pero debo insistir en que los dragones son cruciales para esta guerra que nos arrastra.

– ¿Es un chantaje? –sospechó Mao Rin, con una ceja alzada.

– Una propuesta. Ayudadme a parar a mi hermano y moveré mis hilos en el norte para oficializar vuestro enclave. No habrá más escaramuzas en la frontera.

– Nos necesitas –declaró Mao Rin, convencida–, porque tú no puedes controlar a los dragones. Ni sabes cómo hacerlo. No tienes hombres que puedan…

– No me subestimes, maestra –cortó la invitada con brusquedad.

Aquello le había sentado mal. Estaba molesta, y los ojos claros que clavó en todos los presentes, fríos como el hielo, eran prueba suficiente.

– ¿Cómo sabes cuales son las intenciones de tu hermano? –quiso saber Shio Min–. Hablamos de Lor'Horn, ¿verdad?

– Así se hace llamar ahora. Y lo sé porque lo conozco. Lleva mucho tiempo hablando de dominar a los humanos porque no saben gobernarse a sí mismos.

– Parece que tú también los ayudas en ese aspecto –apuntó Shio Min.

– Y ni así logran mantener la paz –rio ella, haciendo caso omiso del reproche velado–. ¿Os dais cuenta?

– Si he entendido bien –empezó el Khaz Dolu–, la verdadera amenaza no es tu hermano, sino las Cinco Fuerzas.

– La amenaza es el caos. Las Cinco Fuerzas sumergirán a este continente en una guerra prolongada. Buscarán venganza, pero no son suficientes para hacerse con el control, por eso pactarán con unos para enfrentarse a otros, y traicionarán a otros para conquistar lo que puedan.

– ¿De qué estamos hablando? –se cansó Mao Rin–. ¿Qué son esas fuerzas?

La mujer miró a Mao Rin con curiosidad esta vez. Entrecerró los ojos. Luego sonrió.

– Son los hijos de las destructoras –dijo al fin.

Hubo una serie de cruces de miradas en la sala. Flotaba un desconcierto poco frecuente en el Palacio Dorado.

– Heterocromos –dijo el líder de los tibereños–. Entonces, ya han vuelto.

– Esto no cuadra –objetó Shio Min–. Según los pergaminos más antiguos que conservamos, la quinta guardiana nunca tuvo hijos.

– ¿Guardiana? –la mujer pareció indignada–. No sois jorolitas en el Tiber.

– Que no seamos jorolitas no implica que no poseamos conocimientos sobre el Joról –rezongó Shio Min con una sonrisa torcida–. Personalmente, me parece la versión más fidedigna. Es mi sensación, pero siento que el libro de las verdades es una burda manipulación.

– ¿Burda manipulación? –la forastera abrió mucho la boca, pareció desconcertada por un instante–. Vaya, qué interesante. En fin, tengo cosas que hacer. Espero ver dragones en Mohad próximamente –se levantó como si nada y bajó los tres escalones sin darse la vuelta. Cuando se disponía a abrir la puerta doble, se dio la vuelta–. Por favor, no me obliguéis a convertir mi propuesta en una amenaza.

Y con esas palabras lanzó su educada amenaza. Entonces abrió, salió y Dun Gar la perdió de vista. Se oyeron unos susurros antes de que la puerta volviera a cerrarse. Y unos pasos que se alejaban por el pasillo.

Entonces, el Khaz Dolu miró a Sin Rep, y Dun Gar sabía exactamente lo que le estaba diciendo con la mirada. No era una reprimenda, sin embargo.

– ¡Guardias! –exclamó Sim Rep. Entraron dos guardias apresuradamente y se mantuvieron firmes una vez cruzado el umbral–. ¿Cómo habéis podido dejar pasar a esa mujer?

– ¿La reina Sae? –el guardia parecía confuso–. Nos dijo que estaba autorizada, maestro. Y ante una reina…

– ¿Autorizada? ¿Reina? –Sim Rep no daba crédito a lo que estaba oyendo.

– Sim Rep, espera. ¿Todos sabemos quién era esa mujer? –preguntó de pronto Shio Min. Hasta Dun Gar vio los rostros de confusión en Sim Rep y Mao Rin. Aunque él ya lo había averiguado, se sintió menos incómodo así–. Oh. Entonces os lo aclararé. Es Sahelia, la del poema popular, sin duda. La dama de las mil verdades. Secretista. Eterna. Una de los diez de Kitazh.

– La traidora –susurró Mao Rin.

– Sí. Una de los tres traidores. Rompió su juramento al usar su poder durante la Gran Rebelión y por eso tuvo que abandonar el templo.

– Secretista… ¿Y qué maldito secreto posee? –preguntó Sim Rep, todavía ceñudo.

Todos lo miraron, como instándole a que pensara un poco más. Dun Gar alzó una ceja. Era

evidente.

– El de la mentira –desveló Shio Min.

– Pero no nos ha mentido –objetó Mao Rin.

– Todo lo que ha dicho tenía sentido –repuso Dun Gar.

– Es cierto. Dudo que nos haya mentido, Shio Min –añadió el Khaz Dolu, convencido.

El maestro de los secretos rio y se encogió de hombros.

– Así es su poder. No tenemos más opción que creerla –concluyó Shio Min–. Tal y como han hecho los guardias.

39

TIERRA

Val'Fleus, Mohad 571.

Por suerte para los heterocromos, el Petit'O era un río profundo y que discurría en calma desde su nacimiento en los montes del Alpe hasta su desembocadura. El afluente que llega hasta Val'Fleus, se cuenta, fue creado por las mismísimas guardianas. Elana Escuala, guardiana del agua y señora de los mares, y Galata Gea, guardiana de la tierra y madre de los bosques. O al menos eso había leído Tigre en alguno de los pergaminos de la biblioteca del Parlamento. Había leído tanto sobre el continente que, cuando llegó, lo embargó una pequeña decepción.

Había esperado otra cosa. Había soñado cientos de veces con la primera vez en que pondría el pie en el continente. De pequeño le gustaba imaginarse saliendo del barco con ropajes alderís, vitoreado por una muchedumbre de singas que pensaban que era un joven emisario de Alderion o alguna de las islas libres del mar de borrascas. Era recibido siempre por la máxima autoridad del territorio, según el puerto en el que atracaba. En Dareniel por el rey del Norte. En Suna por el Emperador Samprati. En Mohad por el Emperador Val'Dore. La cálida bienvenida siempre tenía una fría y funesta respuesta: se quitaba los ropajes de camuflaje, encendía sus ojos y apresaba a todos los presentes en una jaula de tierra y madera de la que no podían escapar. Tigre y los suyos abrían zanjas con su poder y hundían a los singas bajo tierra, cerrando de nuevo las fallas con los estruendosos crujidos de miles de huesos haciéndose papilla. A ese sueño siguieron otros muchos. Todos ellos empezaban con sonrisas y acababan con gritos horrorizados.

Paseando por lo que le habían dicho que era Val'Fleus se sintió desolado. La ciudad yacía como un testigo silencioso de la furia de otro ejército. Se imaginaba las calles llenas de vida y actividad, de carrovientos subiendo y bajando repletos de frutas, de viandantes discutiendo con sonrisas en la boca, de niños jugando a las peleas, perros ladrando, gatos escapando, ratas husmeando en las esquinas… Eso era lo único que había visto. Ratas. En las fosas. El olor pútrido que despedía la primera a la que se asomó le obligó a arrugar la nariz y a contener una arcada a duras penas. No podía mostrar signos de debilidad, no ante los hombres que lo acompañaban.

– Parece que no encontraremos a nadie vivo –musitó Lamo.

– Es imposible que hayan matado a todos los habitantes –opuso Hovar–. Los singas saben esconderse mejor que nadie.

– También han sido singas los que han destruido esta ciudad –insistió Lamo–. Piensan como ellos. Los habrán encontrado a todos. Y si no, los supervivientes habrán huido. ¿Quién en su sano juicio se quedaría aquí después de esto?

– Yo –aseveró Tigre–. Si fuera un singa muerto de miedo me quedaría aquí. Ya no queda nada por destruir en este lugar, y eso lo convierte en el lugar más seguro.

Lamo lo miraba con el ceño fruncido, como si se le hubiera olvidado asentir y darle la razón. Estaba muy seguramente evaluando su sano juicio, y Tigre sonrió para sus adentros. Eso es, pensad que estoy loco.

– Tiene sentido –dijo al fin, encogiéndose de hombros.

– Podría ser una trampa –lanzó Hovar, sin rastro de preocupación visible.

– Podría –secundó Tigre.

El líder del Martillo y sus dos panteras, Hovar y Lamo, caminaban escoltados por varios lobos y más zorros. Si había alguien tras los escombros, disparar una flecha sería la peor decisión de su vida. Además, tampoco sabría a quién elegir como objetivo. El rango de los miembros del Martillo no se distinguía a simple vista por sus vestimentas, que eran todas del mismo material y estilo. Uno tenía que fijarse en el tatuaje del brazo para eso.

Siguieron caminando por los escombros de la urbe en busca de alguna pista sobre lo ocurrido o sobre el causante de aquel desastre. Tigre olía el miedo de los zorros y algún que otro lobo. Muy rápido se habían desinflado. Esperaba que tuvieran más ínfulas los de su ejército. Pero al final todos eran iguales.

– Bien. Ya he visto suficiente. Hovar, toma a la mitad del escuadrón y encuéntrame a alguien que nos diga lo que ha pasado. Tráelo ante mí. Lamo, ven conmigo.

El grupo de exploradores se separó, y una mitad desapareció por entre la bruma con el pantera Hovar, mientras que el resto siguió a Lamo y a Tigre de regreso a la zona de desembarco.

– Parece que nos han arrebatado un poco de gloria –declaró Lamo.

– No hemos venido en busca de gloria, sino de venganza.

– Hay cierta gloria en la venganza bien cumplida.

– Quédatela, me importa una mierda. Lamo, tengo una misión para ti. Y no te la asigno porque seas el pantera más flojo de los cuatro, sino porque eres el único Gea. Y yo tengo otras cosas que hacer.

El hombre se removió incómodo. Aquello no parecía haberle sentado bien. Daba igual, Tigre era transparente y no dudaba en decir lo que pensaba. Si Lamo era el peor pantera de los cuatro, tenía que ser consciente. Había dos posibilidades: o bien se esforzaba por hacerlo mejor y complacer a Tigre, o bien se volvía en su contra y le ponía trabas. Solo un idiota escogería la segunda opción, y Tigre sabía que Lamo no era ningún idiota.

– Te escucho.

– En cuanto estén listos los barcos, partiremos. No sé hacia dónde todavía, pero partiremos. Espero que Hovar me traiga a alguien que nos explique la situación. Y si no, no creo que tardemos en enterarnos de lo que está pasando en esta tierra. El caso es que unos nos iremos, y otros os quedaréis.

– ¿Aquí? –preguntó, sorprendido–. ¿En estas… ruinas?

– ¿Qué tienen de malo? –bromeó Tigre–. Es una ciudad. La base ya la tenemos. Huele mal. Vale. Pero los Ignos quemarán toda esa carne. Los Escuala limpiarán las calles y los Gea harán las reparaciones básicas rápidamente.

– Quieres que reconstruyamos esta ciudad.

Tigre asintió, serio.

– Esta será nuestra base. Está en el centro del continente, según nuestros mapas. Y podremos dejar parte de la flota en el estuario. Los cimientos ya los tenemos. Aquí podremos recibir de forma segura a más de los nuestros.

– La Partida vació las Islas…

– No hablo de los bordeños. Hablo de los nativos. De los hijos de las guardianas que viven en el continente. Los lobos solitarios. La resistencia. Los que viven en las sombras de la opresión.

– Si se corre la voz…

– Exacto. Vendrán. Eso haremos.

– No solo vendrán los hijos de las guardianas, Tigre.

Los labios de Tigre se curvaron hacia arriba, los de Lamo hacia abajo.

– No, Lamo. También vendrán nuestros enemigos. Los recibiremos como se merecen.

Siguieron caminando entre las ruinas, hablando de las prioridades en cuanto a la reconstrucción, hasta que llegaron a la zona de desembarco. Una gran esplanada estaba atestada de carabelas, corbetas y filibotes sobre grandes troncos talados. Apiladas por todas partes había ruedas gigantescas. Tigre se pasó la lengua por los labios, relamiéndose ante lo que se avecinaba.

Esta va a ser la mayor flota de carrovientos que se haya visto nunca.

*

Nada más desembarcar, Pira se había unido al grupo de ansiosos que se asomó a la urbe. La puerta sur yacía negruzca y anunciaba lo que esperaba a los forasteros. Un paisaje desolador. Pira se olvidó de respirar mientras caminaba por entre tanta destrucción.

Pasó al lado de una pila de piedras que, por su disposición y geometría, adivinó que había sido una torre unos días antes. Cuando atravesaban los patios desiertos Pira se preguntaba cuántos cadáveres habría bajo los escombros. Apartó la mirada de lo que le pareció una mano que asomaba ennegrecida y cambió de dirección de forma brusca, asustada. Entonces una rata cruzó delante de ella, seguramente igual de asustada. Las fuentes estaban resquebrajadas y sus estatuas por los suelos y en pedazos. Los comercios habían sido saqueados sin pudor y había más estanterías y armarios por los suelos que en pie. Pasaron bajo arcos semiderruidos, algunos los rodearon y otros los pasaron por encima, pisando los bloques donde se habían grabado grandes hazañas y viejas glorias.

Cuando se detuvieron ante tanto horror, hubo hijos de Borea que iniciaron una flotación grupal. Garia elevó a Pira para que ella también pudiera ascender en el aire. Desde lo alto se veía perfectamente la ciudad, o más bien lo que quedaba de ella. Y la Universidad. Pira la reconoció sin haber puesto un pie en su vida. Tan solo había oído historias sobre la Universidad de Mohad, el mastodóntico edificio seguía en pie, pero con las cúpulas quebradas, los minaretes abatidos y los muros abrasados por un fuego que había tenido que durar días.

Tras la flotación el grupo regresó cabizbajo. Fue entonces cuando Pira se fijó en los muertos. Había tanta muerte que resultaba imposible ignorarla… Quienquiera que hubiera cavado esas fosas y arrojado tantos cuerpos inertes no era un heterocromo. De eso estaba segura. Los heterocromos del continente desconfiaban de todos. Jamás se unirían. Y nunca serían suficientes como para enfrentarse a una ciudad entera. No sin aquellos al otro lado del mar.

Tal destrucción solo podía significar una cosa: guerra. Una que estaba teniendo lugar allí mismo, en Mohad. Pira no había tenido la oportunidad de viajar ni la milésima parte de lo que le hubiera gustado, y solo sabía que Mohad era el país más árido del mundo, cuna de la escritura y otrora faro de la civilización, que había iniciado su bajada al averno tormentoso por el hambre de poder y territorio.

Para olvidarse del mal trago que había pasado caminando por Val'Fleus, Pira se dedicó de buena gana a trabajar en la adaptación de los barcos en carrovientos. Habían hecho la mayoría de los ajustes en los astilleros de las Islas, antes de zarpar. Pero había cosas que tenían que cambiarse después de la travesía marítima. Como acoplar las ruedas.

Eran muchos, pensaba Pira mientras golpeteaba ese clavo con el martillo. Suficientes como para repoblar aquella ciudad fantasma. Si es que se le podía llamar ciudad a ese montón de ruinas. Podía imaginarse lo que había sucedido. Pira conocía la guerra. Sabía lo que hacían los ejércitos. Pensar en ello la enfurecía. Y pensar en que había perdido una vida perfecta en el paraíso para volver al caos del continente la llenaba de amargura.

– Oye, oye. Que ese clavo no va a entrar más.

– Oh…

– Tranquila. A mí también me pasa a veces.

– ¿El qué?

– Que necesito desahogarme. A veces me imagino que el clavo es la cara de mi ex.

– ¿Cuál? ¿El vientero del día del referéndum?

– Ese también.

Justo en ese momento pasó un escuadrón de exploradores no muy lejos de su posición. Garia se había girado, y Pira observó la procesión de zorros y lobos. Para cuando Garia le tiró de la manga ya se había dado cuenta: Tigre iba a la cabeza del grupo.

– Ya sé a quién imaginarme para la próxima vez –soltó Pira.

– ¿Tienes algún plan? Para hacer realidad lo de tu imaginación, digo.

– Estoy en ello –rezongó, cogiendo otro clavo y volviendo a su tarea.

– De acuerdo. ¿Y Sihal?

– Todavía no lo he visto.

– Todavía no lo has buscado –corrigió Garia.

Era cierto. Las cosas con Sihal se habían complicado mucho desde el día en que admitió haber matado a Bytok. Ya no podía mirarle a los ojos con la misma ternura. Ya no podía verlo como el joven muchacho risueño e inocente que tan solo se peleaba con el yunque en la forja o con la olla en la cocina. Le costaba apartar la vista del asesino que ahora habitaba en él.

– No empieces. Le echo de menos. Ya es bastante difícil así.

– ¿Crees que no mantendría la boca cerrada?

Ni siquiera al otro lado del mar de pecios había podido revelarle el secreto a su compañera. Su única compañera allí. Confiaba en Garia. No tenía más remedio, después de todo, pero contárselo sería admitir que Sihal era un asesino. Y en el fondo de su corazón se aferraba a la idea contraria. Por eso no quería contarlo. Cuantas menos personas lo vieran como un asesino, menos asesino sería.

– Sihal no sabe mentir. Eso es lo que me gusta de él.

Mentira. Sihal había mentido. Y lo había hecho muy bien. Había mentido a toda la ciudad de Akrosia. Se había convertido en un asesino, y tan solo dos personas más lo sabían. Ella y Tigre. Se preguntó si su novio se lo habría confesado a alguien más. Se preguntó cómo sería cargar con una muerte inocente sobre los hombros. Se preguntó si seguía tan enamorada como antes.

Garia se le había quedado mirando, como esperando una respuesta. Cuando se aislaba en sus pensamientos ignoraba por completo lo que pasaba a su alrededor, y aquella era una de esas veces que tanto le había estado reprochando Garia últimamente. En vez de disculparse y pedirle que si, por favor, podía repetir la pregunta, se giró bruscamente.

El sonido trastabillado de un gran carruaje aproximándose la había sorprendido. Sus

pensamientos habían bloqueado los ruidos exteriores por unos instantes y por eso no había habido incremento en el estruendo.

– Es el Martín Vengador –dijo Garia–. Ahí iba tu novio.

– Lo enviaron a explorar. Traerá información.

– Sí –asintió Garia dejando caer el martillo y el clavo a medio clavar–. Vamos.

A todos los heterocromos se les había ocurrido acercarse a ver qué nuevas traía el primer barco sobre ruedas. Pira había indagado a fondo en las Islas del Borde, mucho antes de zarpar, sobre el barco aquel y su tripulación. El capitán era un tal Seven Escuala, y por la descripción que le habían hecho debía ser el jayán alto y fornido que hablaba con voz aguda.

– Proceden del sur. La invasión comenzó hace apenas unas semanas y ya han quemado todas las ciudades y arramblado con las cosechas desde su frontera hasta el desierto. Todos estaban muertos de miedo. La mayoría heridos. Algunos enfermos. Otros las dos cosas. Y el resto muertos de hambre. No tenían grano. Vimos cadáveres mordidos.

– ¿Quiénes son los invasores? –preguntó un curioso.

– Singas del sur. Los llaman "dominados" –el capitán hizo una pausa y esperó a que cesaran las carcajadas–. Sí, supongo que ellos se llamarán de otra forma.

– ¿Entonces los mohadís no tienen ejército? –quiso saber otro.

– Desperdigado, parece ser. Un anciano echaba la culpa a una funesta campaña en un territorio llamado Mareas Rotas. Y alguno mencionó una batalla perdida en otro lugar que pagaron con muchos soldados.

El corro que se había formado se abrió de pronto para dejar pasar a un par de hombres. Pira los reconoció enseguida. Uno era Tigre, con el pecho tan hinchado que no habría cabido ni por la puerta de su bastión. El otro era Lamo, uno de sus panteras.

Tigre saludó al capitán. Estuvieron hablando en voz inaudible desde donde ella se encontraba, y luego el líder de los heterocromos se giró hacia los atentos.

– Al final las cosas no han salido tan mal –sonrió, y sus ojos azules relucieron de pura satisfacción–. Si nos damos prisa en cruzar el desierto, llegaremos justo a tiempo para una gran batalla. ¿Quién se apunta?

El rugido de los presentes hizo temblar la arboleda. Y luego la tierra. Después el viento elevó los gritos de júbilo. Y al fin se dispararon llamaradas al sol.

Pira miró al astro dorado. El desierto. Nunca había tenido el placer, pero siempre había oído que el sol en el desierto era despiadado. Ella, hija de Ignos, estaba a punto de comprobarlo.

40

REGRESO

Peine de los Cielos, Khaz'Tiber 571.

An Long se desperezó y apartó el pesado edredón doblándolo hacia un lado. Había llegado de madrugada, pero eso jamás se había traducido en un despertar más tardío. Hacía frío, como siempre. Estiró los brazos y flexionó las piernas varias veces, como siempre. Todavía había brasas en la lumbre, de modo que se acercó para vestirse y ponerse las botas al calor, como

siempre que podía. Acercó las manos al conducto para el humo con el fin de calentarlas un momento, mientras pensaba en lo que tenía que hacer ese día. Había quedado con Bong Nam en practicar combate cuerpo a cuerpo. Eso siempre se podía mejorar, y no le vendría mal. También quería ver qué tal le iba el adiestramiento a Shia Ma. Hacía varios días que no hablaba con ella por el viaje a Do Shoi.

Mientras se dirigía a la oquedad de Bong Nam para ver si ya estaba despierto, oyó unos ronquidos que venían de la cámara colindante. La de Dien Phu. ¿Era posible? Giró hacia allí y aceleró el paso, guiándose con la luz del candil que sostenía firmemente.

– ¡Dien Phu! ¡Has vuelto! –exclamó, sacudiendo a su amigo y mentor para que despertara.

– ¿Uh?

– ¿Cuándo has llegado?

– Al alba –gruñó.

– Acabas de llegar… ¡qué bien!

– Sí, ha sido un viaje interesante. Pero ahora necesito dormir, An Long, ¿me dejas? –An Long asintió, sin avergonzarse por haberlo despertado. Había confianza, al fin y al cabo–. Solo una cosa… ¿Sabes dónde está Dun Gar?

– En Do Shoi. Volverá pronto. ¿Encontrasteis algo en los Colmillos Verdes?

– Tui Lam tiene una teoría interesante. Pero no vimos las cadenas que se supone estamos buscando. ¿Y vosotros?

– Bueno, tenemos alguna pista.

– Eso es bueno. Hablemos más tarde, ¿sí?

An Long lo dejó de nuevo a oscuras y abandonó el lugar.

El entrenamiento con Bong Nam le avivó los músculos y lo llenó de energía. Los movimientos con espadas ocupaban el patio de entrenamiento con un baile de acero y destreza. El filo de Bong Nam se movía con fluidez, cortando el aire en arcos precisos antes de dirigirse hacia An Long. Este último, se defendía con una agilidad de los embates de su amigo. Había sido el pan de cada día durante muchos años ya. Era como coser y cantar.

Bong Nam era más alto y fuerte, pero An Long tenía la velocidad de su lado. El retín de las armas hacía de comas en la conversación que mantenían, combinando las palabras con el ritmo de su respiración.

– ¿Cómo está el Khaz Dolu? –preguntó Bong Nam mientras realizaba un tajo diagonal que An Long bloqueó sin problemas.

– Tan lúcido como siempre, creo –respondió An Long contraatacando.

Bong Nam avanzó con una serie de estocadas rápidas que An Long lograba esquivar sin grandes dificultades.

– ¿Tú qué opinas? ¿Habrá guerra? –inquirió Bong Nam, deteniendo su ataque en el último momento, y ahora manteniéndose en guardia.

– Ya hay guerra –afirmó el otro, mientras avanzaba a su vez, forzando a Bong Nam a recular unos pasos.

– Pero es ajena a nosotros. Los jinetes no actuamos, ¿recuerdas? –repuso el más alto.

– Estamos saliendo del Tiber más de lo habitual en los últimos tiempos. Creo que las cosas van a cambiar.

An Long esquivó un barrido de piernas de su contrincante y lanzó un ataque rápido que encontró oposición.

– Yo creo que iremos a la guerra. Eso del sueño de Harum… Es algo que concierne a todos. Creo que la cosa va en serio –comentó Bong Nam.

Ambos se miraban, en guardia, esperando adivinar cuál sería el siguiente movimiento. An Long asintió justo antes de lanzarse de nuevo a la danza de acero.

– De momento, me envían a Val'Monde –dijo entre dientes mientras se defendía. Empezaba a notar el peso de la espada de entrenamiento–. Creo que las tropas de Lor'Horn no tardarán en atacarla.

– ¿Val'Monde? –preguntó Bong Nam, deteniéndose de pronto–. ¿Y Kai Shek?

– Sigue allí. Envió un cuervo bermejo.

– ¿Y qué decía el cuervo?

An Long se rio.

– Que estaba buscando la espada que necesitaremos.

– ¿Entonces vuelves con él?

– Sí. Tiranior rastreará a Darragor sin problemas y le pondré al tanto de las nuevas órdenes. Shio Min cree que Kaaldanor es la clave para encontrar a su espada hermana –explicó An Long.

– ¿Un descanso?

– Sí.

Ambos bajaron las armas y fueron a sentarse al lado de la fuente.

– Se me hace muy extraño eso de las runas –comentó Bong Nam.

– Todo lo que investiga Shio Min es extraño.

– Cuantas cosas extrañas hay en el mundo, ¿eh?

– Nosotros solo debemos centrarnos en una.

– ¿Cuál?

– Los dragones –respondió An Long echando la cabeza hacia atrás para mirar al cielo.

– Es verdad que son bestias extrañas.

– Cada vez lo son menos –dijo An Long, esbozando una sonrisa al ver cómo planeaba un dragón a lo lejos–. Oye, ¿has visto a Tui Lam?

– ¿No está en los Mil Reinos?

– Han vuelto de madrugada. Me he encontrado a Dien Phu esta mañana.

– ¡Genial! ¿Un último duelo y vamos a ver qué cuenta?

– Venga –aceptó An Long, cogiendo la espada de nuevo–. Pero ahora luchemos en serio, nada de cháchara.

Y así retomaron ese baile agresivo y delicado al mismo tiempo, en una armonía que solo los jinetes que entrenaban juntos desde siempre podían demostrar.

Buscaron a Tui Lam en la cueva, pero ni estaba ni la habían visto los demás. Quedaron en buscarla más tarde. Después de sudar en el patio de entrenamiento, lo que el cuerpo le pedía era volar. A pesar de su obediencia circunstancial, Tiranior era un amigo fiel, y acudía enseguida cuando lo llamaba para volar allí arriba. An Long suponía que era porque siempre que lo llamaba en el Peine era para volar. Tiranior había nacido para ello, nunca había rechazado un vuelo por el techo del mundo.

Sobrevolaron los valles más bajos rozando las copas de los pinos y subieron a ras de las laderas escarpadas evitando las formas irregulares de algunas cornisas. El sol le acariciaba la nuca y el viento frío en la cara le azuzaba los sentidos. Cruzaron otro valle para al fin atisbar el pico del Eventel rodeado de nubes. An Long sonrió, con la mente llena de recuerdos del lugar.

Tiranior debió de sentirlo porque aceleró, y puso rumbo hacia la cima nevada por sí mismo. A An Long ya no se le aceleraba el corazón por estar a esas alturas. Ni siquiera sentía náuseas ni mareos. Pero siempre tenía esa sensación extraña al respirar. Algo a lo que Tiranior era totalmente inmune, seguramente.

El dragón posó al jinete en la cumbre y después bajó en picado hacia el pozo de los aprendices.

– Parece que Tir no se cansa nunca, ¿eh?

La sorpresa fue mayúscula al ver a Tui Lam allí, en el trozo de roca más alto del mundo, en vez de en la cama, como Dien Phu. Aunque claro, el sol ya había recorrido medio cielo.

– Igual que tú, al parecer. ¿Qué haces aquí? Dien Phu me dicho que habéis llegado al alba. ¿No estás cansada?

– No me gusta dormir durante el día –explicó ella–. Tenía ganas de volver a casa, ¿sabes? Los Mil Reinos son un lugar extraño. Allí no hay nieve.

Se sentó a su lado, con los pies colgando al vacío, y la rodeó con los brazos para abrazarla. Cuanto tiempo había pasado desde el día en que se conocieron. ¿Quién habría dicho que acabarían siendo tan buenos amigos? Desde luego, él no.

– ¿Recuerdas cuando no nos soportábamos en primer año?

– Pues claro. No hace falta mirar tan atrás. Todavía hay ratos en los que no te soporto.

Tras el abrazo se separaron un poco, y An Long pudo verla mejor. Tenía buen aspecto. Estaba evaluando si la misión le había causado algún estrago en el rostro, alguna magulladura, o quizá alguna lesión en el cuerpo. En lugar de eso, se encontró a sí mismo constatando que esa amiga con la que había crecido en las cumbres se había vuelto toda una mujer. No quedaba nada de aquella mocosa escuálida con el rostro lleno de espinillas. Si acaso los ojos almendrados y la nariz fina. Sus cejas eran finas y se había encargado de que no hubiera pelos desordenados. Ese día llevaba la cabellera marrón recogida en una coleta, aunque a menudo se hacía un moño. Tenía la vista clavada en las cimas que se perdían en el horizonte, y An Long se avergonzó por echarle un rápido vistazo a la curva que dibujaba su pecho a pesar del grueso uniforme de invierno.

– Cuando te gano en las carreras –se jactó An Long, desviando la mirada–. Y eso no va a cambiar.

Tui Lam sonrió.

– Y eso que Benegon es de los rápidos. Pero Tiranior es Tiranior, supongo. ¿Qué tal se ha portado esta vez?

– Bien –dijo An Long enseguida, y luego se lo pensó mejor–. Aunque… reaccionó de manera extraña en la Semilla. Como si estuviera ansioso por entrar.

– ¿Entrasteis?

– No. Había una escotilla, pero estaba sellada con runas. Volvimos con las manos vacías –la joven asintió, pero no respondió, obligándole a preguntar–. ¿Vosotros? ¿Encontrasteis algo?

– Runas, también. No fue nada fácil darnos cuenta.

– ¿Cuenta de qué?

– Las runas –Tui Lam lo miró con sus ojos avellana. ¿Había miedo en ellos?–. No han sido escritas por los hombres, An Long. Es imposible.

– ¿Por los monos, entonces? –bromeó, tratando de quitarle el drama que le estaba poniendo ella con ese tono preocupado.

– Dioses –lanzó ella–. Han tenido que ser dioses. No puede ser de otra manera.

– ¡Qué dices!

– Es verdad, An Long. Tú no lo has visto. Son agujas de roca y hierba clavadas en el suelo. Como si algún dios hubiera querido aguijonear la tierra. Eso son los Colmillos Verdes.

– Ese viaje te ha vuelto majareta, Tui Lam. ¿Dioses?

– No le veo otra explicación. Y concuerda con las historias de los que viven allí. Creen que en

los primeros tiempos hubo guerras. Y que monstruos mucho más temibles que los que existen hoy en día pululaban por ahí. Dice que los encerraron. Los encerraron allí, bajo el bosque de los Colmillos Verdes, en alguna cámara subterránea.

– ¿Y qué tiene que ver eso con las runas? ¿Dónde estaban?

– ¡Las runas son los colmillos! Si se miran desde el suelo uno no se percata de nada. La zona tan solo parece un gigantesco laberinto. Pero nosotros tenemos dragones. Cuando decidimos abandonar y volver a casa con las manos vacías, sobrevolamos el bosque y tuve la idea. Se me ocurrió coger altura. Mucha más altura de la necesaria. Desde arriba, los Colmillos Verdes forman un entresijo de runas fascinante. Hipnotizante. Algo muy hermoso. Hermoso y a la vez terrorífico, si lo piensas.

– ¿Terrorífico?

– Sí. Si piensas en qué habría podido hacer tal cosa.

An Long lo consideró un momento. Le entró un escalofrío.

– O en qué habría requerido que alguien hiciera tal cosa.

Se quedaron en silencio un rato tan largo que An Long se olvidó del tema de conversación, y dejó que sus pensamientos volaran entre los Apos. Para los tibereños no había más dioses que sus montañas, guardianes del reino y protectores de roca más altos que cualquier muralla que jamás existiría.

– Puede que lo sepamos pronto –anticipó Tui Lam–. Al parecer, te han dado una gran responsabilidad.

Sí, pensó An Long, una responsabilidad que estaba decidido a tomar. La Semilla había sido su misión y la de Kai Shek. Tenía que llevarla a cabo con éxito. Y eso haría.

– Kaaldanor. ¿Te lo puedes creer?

Sonrió Tui Lam. Era evidente que ninguno de los dos pensaba, hacía apenas cinco años, que algún día estarían ahí arriba hablando de dioses y runas, de misiones y responsabilidades cruciales para con el Tiber.

*

Después de pasar varios días en el Peine de los Cielos, Sand empezaba a acostumbrarse al frío. Lo de Santoro era otra historia, maldecía por lo bajo todas las mañanas antes de levantarse y apartar la pesada manta que los mantenía calientes.

Sand había podido caminar libremente por los alrededores. Había corrido por la nieve como un niño pequeño. Se había tirado y revolcado sobre ella como si fuera arena. Incluso había hecho figuras con ella, apelmazándola en los lugares que a él le parecían adecuados.

Ahí, en la cornisa, a unos cien pasos de la entrada de la cueva, acababa de hacer un gran muñeco de nieve. Le había puesto una trébede en la cabeza a modo de corona.

– ¿Un muñeco de nieve? –preguntó una voz tras él–. Ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que alguien hizo uno de estos.

Sand se giró. El que caminaba hacia él era sin duda un jinete veterano. Los tres broches que cerraban el uniforme de jinete a la altura del pecho lo demostraban. Llevaba el pelo largo y bien recogido en un moño, dejando a la vista unas orejas afiladas, como la nariz y, quizá, como la mirada. El frío no hacía mella en la cálida sonrisa que estiraba un bigote de pocos días, pero tan oscuro como sus ojos.

– Con la arena del desierto es más difícil hacer estas cosas –respondió–. Soy Sand, un invitado…

– Estoy al corriente. Por eso pasaba a saludar. No recibimos visitas todas las lunas, y mucho

menos de extranjeros. Soy Dien Phu.

El anfitrión se inclinó levemente a modo de reverencia, y Sand trató de copiarle el gesto lo mejor que pudo, a sabiendas de que le salía fatal.

– Acabas de regresar, ¿no? Eres el que fue enviado a los Mil Reinos.

– Llegamos al alba. Sí. Un territorio interesante. Cada vez que voy me llevo nuevas sorpresas.

– ¿Y cuál te has llevado esta vez?

– Por los Apos, la de esta vez ha sido mayúscula. Unas estructuras naturales que parece imposible que lo sean. Eso mismo creen los pobladores del lugar. Jamás había visto algo así. Como púas ensartadas en el corazón del bosque. Estacas de roca y vegetación clavadas a la madre tierra.

– ¿Árboles? ¿Árboles grandes?

– Oh, no. Has de verlo para entenderlo. Ningún dibujo estaría a la altura.

– Por desgracia, no creo que eso esté a mi alcance. En Mohad nuestras monturas no tienen alas. Solo jorobas.

– Pero seguro que huelen mejor –bromeó Dien Phu, dándole una pequeña palmada en el hombro.

– No creas, jinete, no creas.

– Cuéntame, ¿por qué estabas pegándole tan duro a ese pobre muñeco de nieve? Si hasta te habías tomado la molestia de ponerle pelo con estas pobres hojas horadadas.

No es pelo, es una jodida corona.

– He tenido que bajar a por ellas. Aquí ni crecen los árboles. Es como un desierto, pero lleno de agua.

– Curiosa forma de verlo, mohadí.

Sand se giró hacia el muñeco. Aún no le había respondido.

– Lo hice lo más parecido que pude a un viejo amigo –le costó una barbaridad pronunciar esa palabra, y tras hacerlo sintió una peligrosa náusea. Respiró hondo–. Me traicionó. Por su culpa murieron muchos de mis seres queridos.

Todos, quizá.

– Y te vengas con ese muñeco –concluyó Dien Phu con tono grave.

Aunque lo había dicho en tono muy serio, Sand no supo si aquel hombre se estaba burlando. No parecía el tibereño el tipo de gente que se ríe de las desgracias ajenas.

– Es todo lo que puedo hacer, de momento.

– Puedes hacer muchas cosas. La venganza es una de ellas, pero no suele ser la mejor –se hizo un incómodo silencio, y justo cuando Sand iba a rezongar, Dien Phu prosiguió–. No soy quién para mostrarte el camino, de todas formas. Dime, mohadí, ¿crees en algún dios?

– Hubo un tiempo en que sí, pero perdí la fe. Si Limeres existe, entonces se está regocijando en mis desgracias.

– Me han dicho que Hoa Liu te salvó –apuntó el jinete–. ¿Habrías preferido que no lo hiciera?

– Salvó a mi compañero. Él era el enfermo.

¿O soy yo? Santoro ya está curado, en cambio yo…

– Ya –respondió Dien Phu, sin más.

Una sombra cubrió el sol fugazmente, apenas por un latido, y una ráfaga de viento frío azotó a los dos hombres allí de pie. Se oyó un ruido sordo, como si algo hubiera caído sobre la nieve. Sand se volvió, buscando el origen del sonido.

– ¡An Long! –exclamaron al unísono.

El jinete llevaba el uniforme de vuelo y por encima una gruesa capa granate. Sand se fijó en

los dos broches que ataban el uniforme rojinegro. Ya los había visto antes, pero ahora entendía su razón de ser. También se percató de una novedad: la vaina negra que llevaba al cinto. Era distinta.

– Vaya, no me imaginaba encontraros a vosotros dos juntos. Supongo que ya os conocéis.

– Sentía curiosidad –explicó Dien Phu–. Los veteranos dicen que Dun Gar aprobó tu decisión. Has tenido suerte, muchacho.

– Tiranior lo aceptó –respondió a modo de justificación.

– No tengo ninguna gana de crearos problemas –dijo Sand–. De hecho, llevo intentando ayudar en las tareas domésticas todos estos días, pero casi nadie me deja.

– La hospitalidad es importante en el Tiber, y como sabemos que este lugar no es ningún palacio…

Los tres sonrieron.

A veces una vulgar cueva puede llegar a ser mejor que el más opulento de los palacios. Al igual que cinco caravanas y una charca en medio de un sinfín de dunas.

– ¿Un muñeco de nieve? ¿A vuestra edad? –se mofó el jinete más joven.

– En Mohad no hay nieve –recicló el mismo argumento Sand.

– Ya, supongo que no –acordó An Long, luego se giró hacia su compatriota–. Teníamos una conversación pendiente, ¿no?

– Sí, sí.

– Os dejo –dijo rápidamente Sand, comenzando a alejarse.

– Puedes quedarte, si quieres –propuso An Long–, también quiero hablar contigo de otra cosa.

– En ese caso… me quedaré.

– Hora del informe, Dien Phu. Tui Lam me ha dicho que los mismísimos dioses pusieron esos Colmillos Verdes en el bosque. ¿Se ha vuelto loca? ¿Qué opinas de eso?

– Opino que tienes que verlo para creerlo. No sé si fueron dioses, pero hay poder en esa tierra, An Long. El lugar rezuma energía.

– ¿Notaste algo raro en Frago?

– ¿Raro? –se lo pensó un instante–. ¿A qué te refieres?

– ¿Estaba más nervioso de lo normal? ¿Ansioso?

– No. Nada fuera de lo normal. ¿Por qué?

– Tiranior sí lo estuvo. Se volvió… inquieto. Se puso a escarbar allí arriba, en la Semilla. Más agitado a cada zarpazo. No paró hasta revelar una enorme escotilla de piedra, y solo se calmó cuando vimos que no podíamos abrirla.

– Raro, sí. Sin duda. ¿Y Darragor?

– Su reacción fue más aprensiva y procuró mantenerse alejado del lugar. En cuanto posó a Kai Shek sobre la cima echó a volar de nuevo.

– Parece que habéis encontrado algo, entonces –comentó Dien Phu, pensativo.

– Pretendéis abrir la Semilla –declaró Sand, anonadado.

– Precisamente de eso quería hablar contigo –aprovechó An Long–. ¿Recuerdas mi insistencia con las espadas mágicas? Bueno, pues aquí traigo una.

El jinete sacó una espada impresionante de una pobre y gastada vaina negra. La hoja era ancha y reflejaba los rayos del sol como un espejo. Sand percibió unos grabados, pero no se detuvo a identificarlos. La cruz era dorada, con intrincados repujados, y el mango era negro mate. El pomo acababa en una rueda con glifos escritos en forma circular, símbolos que Sand no había visto nunca.

– Kaaldanor –dijo Dien Phu, y tras la vaharada que exhaló pareció quedarse sin aliento–. ¿Qué

significa esto? ¿Por qué la tienes tú?

– ¿Veis esta runa? Aquí en el filo –mostró el arma–, justo encima de la cruz. Según Shio Min, es un sello de cerradura. Hay una ranura en la Semilla que lleva marcada una runa casi idéntica a esta. Según el maestro, esta espada es la llave.

Sand no daba crédito a lo que oía. Nunca había oído hablar de ningún mohadí que hubiera subido a la cima de la Semilla. Y esos jinetes extranjeros lo habían hecho como si nada, descubriendo una entrada. El tostado trató de recordar todas las historias que le habían contado sobre aquella mastodóntica formación de arenisca.

– ¿Qué esperas encontrar? –preguntó Dien Phu–. No irás solo, ¿verdad?

– Primero he de ir a Val'Monde. Es que hay más…

– ¿Más?

– Sí. Había dos ranuras, no una. Suponemos que Kaaldanor no es suficiente para abrir la escotilla. Dun Gar encontró información sobre la espada hermanada de Kaaldanor. La llaman Epeecle. Ambas fueron forjadas por encargo de un antiguo rey de Val'Monde.

– Las espadas gemelas de Souleil –declaró de pronto Sand.

– ¿Qué?

– Es una canción. No es muy popular. Jamás pensé que tuviera algo de cierto.

– ¿Y hay algo en ella que pudiera darnos una pista sobre el paradero de Epeecle?

– No –dijo Sand–. No que yo sepa.

Luego dudó. ¿Debía decirles lo que estaba pensando a esos tibereños? Al fin y al cabo, ese chico le había salvado la vida un par de veces. Le había llevado a su hogar. Les había tratado como a unos familiares. Le debía la vida y mucho más. Si podía ayudar, ayudaría. Además, abrir la Semilla… Sería un hito histórico en Mohad. Y en el continente, sin duda. Un escalofrío recorrió su cuerpo ante la mera idea de asomarse al interior de esa mítica formación.

– Que pena –murmuró An Long.

– Aunque si fuera tú, empezaría por el Archivo de los Tiempos. No solo guardan pergaminos en la torre.

– Pero solo podrá acceder a la zona donde están los pergaminos –supuso Dien Phu.

– Si va solo, sí. Pero… –Sand se volvió hacia An Long, sonriendo–, creo que puedo devolverte el favor que te devo, An Long. O al menos, conozco una forma de empezar a saldar mi deuda –ambos jinetes lo miraron con una ceja alzada–. Tengo muy buenos amigos en ese edificio.

41

RETAZOS DEL PASADO

Peine de los Cielos, Khaz'Tiber 571.

Dun Gar había salido al relente de la noche con una taza de vino humeante, más para calentarse las manos que la garganta. El manto de pieles lo abrigaba bien, pero no llevaba los guantes de piel de topo. No le gustaba usar guantes. Oteaba el horizonte a la espera de ver aparecer el dragón de transporte a la luz de la luna. No tenía prisa, la espera le serviría para

reflexionar. Dun Gar reflexionaba mucho, por eso nunca tenía prisa.

Esperaba evitar las decisiones precipitadas a pesar de la gravedad de la situación. Habían hecho bien manteniéndose a la espera. Habrían seguido en vilo unas lunas más de no haber sido por la irrupción de la secretista. Era difícil saber si esa mujer les había mentido. Desde luego, Dun Gar no lo creía.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un rugido lejano que resonó en el cielo. Reconoció sin problemas a la figura imponente que descendía majestuosamente del firmamento: un dragón. A la luz de la luna se recortaban dos figuras sobre su lomo, que se iban haciendo más y más grandes a medida que se acercaba a tierra.

– Saludos, maestro –dijo el transportista con una sonrisa que se trasladaba a su tono de voz–. ¿Todo bien por aquí?

– Todo bien, Xao Tung, gracias. ¿Qué tal te tratan en el palacio?

– Me paso las tres cuartas partes del tiempo de un lado a otro. Casi no he podido disfrutar aún de la cama. Cada vez que duermo en ella acabo llorando. Cuando se acaba la noche y me tengo que levantar, ya sabes…

– Si te sirve de consuelo, mi cama es de piedra.

– Me sirve, maestro –sonrió Xao Tung–, me sirve.

– ¿Tendrías la amabilidad de hacer que tu dragoncito se agache para que pueda bajar? –era la inconfundible voz de Shio Min, con un ligero retintín no muy propio de él.

– Por supuesto, maestro Shio Min.

Dun Gar vio a la perfección la mueca de repulsa que hizo el transportista y tuvo que aguantar una risa para no ofender al maestro de los secretos, que se apeaba del dragón a paso de tortuga. Él tampoco tenía prisa.

A veces Dun Gar se preguntaba si Shio Min era consciente de la repulsa que generaba. Parecía importarle menos que un grano de arroz, y desde luego su aspecto sombrío y misterioso no ayudaba en demasía. Vestía completamente de negro, con guantes que ocultaban sus manos huesudas. El rostro, cadavérico y demacrado, estaba adornado con una sonrisa siniestra demasiado a menudo. Dun Gar lo prefería serio y callado, porque cuando hablaba mucho solía traer malas noticias.

Mientras se acercaba a Dun Gar, la luna iluminó su rostro y sus ojos pardos resaltaron, hundidos en las cuencas, destilando fatiga y enfermedad.

– La noche es fría, Dun Gar. ¿Me permites un poco de vino caliente? –preguntó Shio Min con su voz rasposa, extendiendo su mano para tomar la taza que Dun Gar aún sostenía entre las suyas.

– Por supuesto, Shio Min, pero ya no es más que vino. El calor pasó a mis manos –respondió Dun Gar, ofreciéndole la taza.

Shio Min tomó un sorbo y su sonrisa maliciosa se ensanchó mientras disfrutaba del sabor del vino.

– Espero que tengas más en tu cueva –añadió.

– El caldero te está esperando –se giró hacia Xao Tung–. Gracias por tus servicios, Xao Tung. Mih Dian estaba de guardia hoy. Le pedí que llevase las mantas a la cámara de invitados y te guardara una ración de la cena y un pellejo de vino. Si necesitas más mantas pídeselas, Mih Dian es de sangre caliente, nunca la he visto tener frío. En cuanto a Raezar, ya conoces las reglas del Peine.

– Por supuesto, maestro. Muchas gracias. Os deseo una agradable noche.

– Gracias por el traslado –murmuró Shio Min.

Dun Gar dudaba que alguien aparte de él, que estaba en frente y a un paso de distancia, hubiera podido oírlo. Caminaron por la nieve hasta la entrada de la cueva del maestro, iluminada por un par de antorchas que ardían en la oscuridad. El maestro del fuego tomó una e invitó a Shio Min a que hiciera lo mismo. Se adentraron en la cueva en silencio. Sus pisadas resonaban con un eco sordo. La puerta de la morada de Dun Gar apareció al fin a la luz del fuego, y ambos maestros dejaron las antorchas en las hornacinas previstas a tal efecto.

Shio Min se acomodó en el taburete alrededor de la mesita mientras Dun Gar rellenaba dos tazas del caldero humeante que había sobre el hogar.

– Sospeché de ella en cuanto la vi entrar por la puerta doble, y en cuanto dijo su nombre garabateé estas palabras entre mis apuntes –informó Shio Min orgullosamente, y mostró un trozo de pergamino.

En él se podía leer, con letra temblorosa, una sencilla frase: “nos va a mentir”. Dun Gar estaba impresionado, pero lo ocultó a la perfección. Shio Min ya era insufrible de por sí, elevar su ego sería mal negocio.

– ¿Crees que nos mintió?

– No. Ese es el problema.

El maestro del fuego quedó en silencio, pensativo. Por algo la llamaban la Dama de las Mil Verdades, después de todo. Era difícil de comprender tal poder. Creerían todo lo que ella quisiera hacerles creer. Pero entonces, bastaba con pensar que todo era mentira, y punto. ¿Por qué no podía?

– Sí, es un problema.

– De todas maneras, con o sin ella, creo que la decisión del Khaz Dolu es acertada. Si el mundo va a sumirse en el caos, tenemos el deber de intentar evitarlo. Nosotros más que cualquier otro pueblo. Nos autoproclamamos guardianes de la paz, es hora de demostrarlo.

– Ir a la guerra es, creo, la peor forma de guardar la paz.

– Es como ese acertijo que tanto le gustaba al último Ojorrojo: ¿quién vino antes, el huevo o el dragón?

– Quizá podamos aprovechar este rato con una investigación más relevante. ¿Has traído el Joról?

– Habría sido vergonzoso volar tantas leguas con este frío y habérmelo olvidado.

Sacó un libro antiguo, la cubierta de piel forrada y completamente blanca. Ni autor, ni título, la razón era obvia. Para la gran mayoría del continente, el único anaquel sobre el que podía descansar ese libro era un anaquel en llamas. A pesar del atropello de las quemas promovidas por los limereos, Dun Gar apreciaba que la curiosidad de Shio Min lo hubiera llevado a conseguir esa copia supuestamente fidedigna. Todo lo que alguien pretenda borrar de la memoria colectiva es algo que vale la pena conservar.

Shio Min posó el libro sobre la mesita de Dun Gar y sacudió los brazos, como si el mero hecho de sacarlo de la bolsa y ponerlo en la mesa los hubiera cansado. Abrió el libro por la página marcada con una hoja aplastada de roble.

– Aquí. Lee.

Dun Gar se inclinó sobre el libro para ver mejor las palabras. Leyó.

En los tiempos antiguos, de la era inmemorial,
Monstruos y hombres luchaban contra la extinción,
Akros, Dios Creador, decretó un secreto ancestral,
A las Cinco nombró y fueron su salvación.

Entrególes el arte de las fuerzas primordiales,

Fuego, agua, tierra, aire y tormenta,
En la batalla contra criaturas abismales,
Las Guardianas se unieron a la contienda.

– No es ahí –dijo Shio Min–. La página de al lado.

Dun Gar, un poco molesto, leyó la página vecina.

Al término de la batalla, la paz al fin llegó,
Mas Akros, su secreto, aún oculto deseó,
Con las damas, en lecho de pasión, descansó,
La semilla de los heterocromos así sembró.

Con todas compartió su amor y sabiduría,
Salvo con Kida Katay, la más enamorada,
A las otras, su abandono causaría agonía,
Kida, herida, en el odio se quedó atrapada.

En contra de Akros y hermanas se volvió,
Pactó con Limeres, oscuro trato confeccionó,
Fabricar a criaturas más fuertes que el dragón,
Los cielos ennegrecieron, de este acto brotaron.

Diez veces Kida dio a luz a estas creaciones,
Bestias temibles, el caos se desató,
El Creador, sumido en sus tribulaciones,
A los eternos de Kitazh mandató.

Dun Gar, atrapado por la lectura, giró la página para seguir leyendo, pero la cara de al lado estaba en blanco. Pasó otra página y el texto era diferente. Más bien enciclopédico. Hablaba del pueblo de los Rapazzi, en las corrientes carnívoras.

– ¿Qué es esto, Shio Min? ¿No es el Joról?

– Es casi imposible hacerse con un Joról completo –se ofuscó–. Debemos esta engañosa enciclopedia a un brillante sacerdote jorolita que camufló pasajes de su Joról en ella. Probablemente lo copió desde su memoria, pero habremos de fiarnos, pues es lo mejor que tenemos.

– ¿No hay más extractos?

– Sí. Pero nada que mencione a esas criaturas.

– ¿Puedo quedármelo unos días?

– No te ofendas, Dun Gar, pero he visto el estado de tus pergaminos en esa cueva.

– Tan solo esta noche –insistió.

– Tranquilo, puedes echarlo a perder. Encomendé a tres de mis aprendices que hicieran una copia. Y tengo otro par de copias en lugares seguros.

Dun Gar chasqueó la lengua. Cómo le gustaba a Shio Min hacer eso. Al menos no tendría que pasar la noche en vela.

42

LA ÚLTIMA CENA

Peine de los Cielos, Khaz'Tiber 571.

Estaban sentados por jerarquía, tal y como dictaba la tradición. El taburete de Dun Gar estaba en la zona más alta de la cueva, mientras que las banquetas de los aprendices se encontraban en la zona baja. La inclinación era suficientemente leve como para que las bandejas no resbalaran.

Los gemelos veteranos Prei Kuk y Chei Kuk habían bajado a las aldeas a por la comida. Había arroz, como siempre, pues era impensable una cena sin ello, pero muchas otras bandejas estaban repletas de carne: cerdo agridulce, jabalí a las tres delicias, rollitos de paloma, albóndigas de zorro y embutidos varios.

An Long no recordaba una cena tan copiosa, y tanta carne solo se sacaba en ocasiones especiales. Estaba sentado en la zona media, y eso le permitía escuchar tanto las conversaciones de los aprendices como las de los veteranos. Le gustaba ese sitio. Además, tenía en frente a Sand y a Santoro. Dun Gar había pensado que colocarlos en la zona que les correspondía realmente, la más baja, más incluso que la de los aprendices, habría sido una falta de respeto hacia los mohadís. Había preferido faltar al respeto a los aprendices, pues a ellos ni les importaba ni se daban cuenta.

Todos en la mesa esperaban la señal del maestro del fuego para empezar. Pero aún había dos banquetas vacías.

– ¿Dónde están Bin Thu y Mih Dian?

– Bin Thu nunca llega tarde –declaró Dien Phu al tiempo que se arreglaba la coleta.

– Se encargaban del vino. Lo estarán calentando –supuso Prei Kuk.

– Pero Bin Thu nunca llega tarde –repitió Dien Phu.

Justo en ese momento se oyó un portazo en la cueva, sonido que se repitió varias veces por el eco. An Long reconoció las voces de las dos veteranas. Cuando aparecieron en la cámara, portaban cada una de un asa un caldero humeante. El vino.

– Sentimos el retraso –se disculpó Bin Thu, con tono de voz molesto–. Hemos tenido un pequeño contratiempo.

– Os escuchamos.

– Un agarrador –explicó Mih Dian, posando el caldero sobre la trébede prevista al calor del fuego–. Lo sorprendimos en las afueras de Sah Pa. Había sedado a Balagon, por eso nos retrasamos.

– ¿Qué habéis hecho con él? –preguntó Dun Gar, inquieto.

– Está aherrojado en la cámara de invitados.

– ¿Con Shio Min?

– Sí, ha querido tenerlo ahí para hacerle unas cuantas preguntas –confirmó Bin Thu.

Dun Gar frunció el ceño. A An Long no se le escapó. Sabía que no se llevaba muy bien con Shio Min. O quizá no aprobara sus métodos. Poco se sabía de ellos, y An Long, desde luego, no sabía absolutamente nada. Ni quería saber.

Con el vino en su sitio, la cena pudo comenzar. Las bandejas desfilaron de mano en mano y las jarras de vino caliente no dejaron de humear durante toda la velada. Nada más se vaciaba una, había alguien presto para rellenarla del enorme caldero.

Fue una de las cenas más divertidas de las últimas lunas. La comida estaba deliciosa, y mientras An Long se chupaba los dedos, los veteranos contaban anécdotas de su pasado como

aprendices. Eran historias que todos habían oído ya mil veces, pero la presencia de Sand y Fabien era excusa perfecta para volver a contarlas.

– Ganó la carrera, sí, ¡pero vaya cara de huevo se le quedó! –exclamó Preik Kuk entre carcajadas.

Las risas se propagaron a lo largo de la mesa. A An Long siempre le había gustado escuchar las historias de los veteranos. Le seguían haciendo gracia, aunque se las supiera de memoria.

– ¿Por qué ya no se organizan carreras así? –preguntó un aprendiz.

– Porque Dun Gar ha perdido la chispa –explicó Chei Kuk, mirando a su maestro.

– No ha habido mucho tiempo para diversiones –admitió Dun Gar–. Los jinetes de la Nueva Llama son solo tres, y los demás tenéis un orgullo que mantener. Pero, si queréis, podremos organizar una carrera como aquella cuando las cosas se calmen un poco.

– ¿Con la cuchara y el huevo? –preguntó Bong Nam.

– ¿Qué pasa, novato, tienes miedo? –dijo con sorna Prei Kuk.

Bong Nam se echó a reír, menospreciando a su veterano rival. El reto estaba servido. An Long se emocionó ante la perspectiva.

– Estamos avisados de vuestros sucios trucos –advirtió Tui Lam, sonriente.

– Recuerda, no mires atrás si vas en cabeza. O podrías acabar con la cara de huevo que se me quedó a mí –añadió Dien Phu, riéndose de sí mismo.

Contaron más anécdotas de las que Sand y Santoro disfrutaron sin duda. La del gran banquete que organizaron por los sesenta veranos del maestro Dun Gar y que cuatro astutos dragones se comieron. Los jinetes tuvieron que improvisar una comida a base de pan y queso. O la vez en que Kraker estornudó en el lago Tin Si Dana quemando media cabellera de Sah Mah y dando un susto de muerte a Chei Kuk que sumergió la cabeza cual avestruz.

– Mi flequillo nunca volvió a ser el mismo –se quejó Sah Mah mirando con los ojos entrecerrados al maestro.

Tras las risas llegó el momento de ponerse serios. Dun Gar agitó su campanita para que todos se callaran. Cada vez recurría más a la campanita y menos a su voz para imponer el silencio. A An Long no le gustaba, pero era innegable que funcionaba mejor con los nuevos aprendices.

– Ha llegado el momento de compartir las nuevas prioridades –anunció Dun Gar, recobrando la seriedad. Todos callaban y esgrimían muecas de preocupación–. El Khaz Dolu ha hablado. Enviaremos dragones a Val’Monde.

– ¿Además de Tiranior? –preguntó An Long, impaciente. Todos le miraron sorprendidos, acababa de interrumpir a Dun Gar–. Perdón –añadió, bajando la cabeza.

Dun Gar rio.

– Sí. A la luz de los nuevos acontecimientos, así como de ciertas revelaciones que resumiré a continuación, el Tiber ha decidido actuar. La guerra iniciada por Lor’Horn parece tener un objetivo claro: conquistar el continente. Cuenta con un número de tropas ingente. La dictadura le permite enviar a la guerra a toda persona capaz de sostener un hacha. Tal confianza tiene en su ejército que se ha permitido abrir tres frentes al mismo tiempo. Y probablemente haya más. Mucho más. Hemos podido averiguar que Lor’Horn es un eterno. Uno de los tres que traicionaron el juramento. Shio Min asegura que se trata del secretista del humo.

– ¿Significa eso que el fuego no le afectará? –preguntó Mih Dian.

– Es un eterno, dudo que podamos acabar con él. Pero que el líder sea un eterno no significa que su ejército sea invencible. Tenemos dragones. Y hemos empezado a buscar aliados.

– ¿Aliados? –inquirió Bin Thu, cuya cabellera calva brillaba a la luz del fuego.

– Sí. De lo más insospechados. El Norte.

– Dareniel –preguntaron varias voces.

Dun Gar asintió.

– Dareniel está en ruinas –informó Dien Phu–. Llevan casi tres años sin enviar regimientos a nuestra frontera.

– Han aprendido a no jugar con fuego –bromeó Prei Kuk.

– No es eso. Es por su guerra de sucesión –explicó su hermano gemelo, aunque fuera obvio para todos.

– El Norte está controlado indirectamente por una eterna, Sahelia, traidora del juramento también. Está guerra en ciernes va más allá de las ansias de conquista de un dictador. Hay más en juego. Cosas que aún no entendemos.

– Enviáis dragones a Val'Monde. ¿Es Mohad vuestro aliado? –preguntó Sand, visiblemente preocupado.

– No lo sabemos, últimamente, la diplomacia no ha ido muy bien. Pero lucharemos contra el mismo enemigo. Espero que el rey Charles no sea el necio que describen todos los emisarios.

– Limeres nos guarde –musitó Sand.

An Long lo oyó porque estaba en frente. Fabien también pues se giró hacia él con gesto abatido. No parecían tenerlas todas consigo. Pero Dun Gar prosiguió.

– He decidido enviar a los jinetes de la Nueva Llama. An Long debe buscar la espada Epeecle con Sand, que conoce la ciudad y nos ofrece su ayuda. Tui Lam y Bong Nam irán para dar apoyo en caso necesario.

– Parece un tipo muy simpático –observó Chei Kuk–. ¿Pero nos podemos fiar de un desconocido para un asunto tan importante?

– ¿An Long? –invitó Dun Gar.

– Sí. Podemos. Me lo debe por salvarle la vida. Y se lo debe a los Apos por salvar la vida de Fabien. Tiranior le dejó subir a su lomo.

Algunas cabezas asintieron, más relajadas con ese último argumento.

– Esto no me gusta –admitió Mih Dian–. ¿No puede ir un veterano con ellos? Conocemos bien a An Long, siempre tan bien intencionado. Será un gran jinete, no lo pongo en duda, pero es joven. No ha conocido la traición de un amigo. Da su confianza a la gente antes de esperar a que la merezcan. Eso es bueno en tiempos de paz, pero no en una guerra.

An Long frunció el ceño, un poco molesto. Pensó en defenderse, pero allí, en la mesa, y ante una jinete veterana, no tenía ninguna posibilidad. Por suerte, Dun Gar lo hizo.

– Comprendo tu punto, Mih Dian, y lo comparto. Pero se trata de la mejor baza que tenemos.

– ¿Sand? ¿Un escarabajo renegado? –preguntó Mih Dian sin ocultar su desconcierto–. ¿Nuestra mejor baza?

La ceja alzada de la jinete decía más que su mirada. El maestro del fuego sonrió. An Long reconocía esa sonrisa. Dun Gar sabía algo. Algo que los demás ni sospechaban. Ni siquiera él. El maestro siempre iba un paso por delante. Al fin y al cabo, por algo era el maestro.

Las miradas se dirigieron a Mih Dian, a Sand y a Dun Gar. Sand parecía incómodo ante la situación, cosa que era de esperar.

– Entiendo que no confiéis en mí, no he demostrado ser digno de confianza. Pero si no me dais una oportunidad, nunca podré hacerlo.

– Gracias, Sand. Tú no me recuerdas, obviamente, pero yo sí –dijo Dun Gar. An Long no lo entendió enseguida. Vio que Sand tampoco. Nadie parecía entenderlo, de hecho–. Mirad, conocí a Sand hace muchos años. Creedme, es mucho más que un escarabajo renegado.

– ¿Me conoces? –esbozó Sand, incrédulo–. ¿Cómo?

Dun Gar le dedicó una amable sonrisa mientras se toqueteaba el anillo de plata. Se dirigió directamente a él.

– Me enviaron a charlar con tus padres. Tú eras un crío, Sand –hizo un gesto con el brazo, mostrando el lugar en el que se encontraban–. En el Tiber, la sinceridad es algo sagrado. Te hemos acogido, y al igual que creo que nuestros secretos están a salvo contigo, los tuyos estarán a salvo con nosotros.

An Long sintió algo en sus tripas. Una extraña emoción. Parecía algo importante. Una revelación inminente. Sospechaba que, sin saberlo, había hecho algo importante rescatando a esos dos mohadís.

– Tienes razón, maestro –dijo Sand, inclinando la cabeza, siempre prefiriendo pasarse de respetuoso que quedarse corto–. Os debo la verdad –Santoro lo miró, entre orgulloso y avergonzado. Los demás esperaban con muecas confundidas o gesto impaciente–. No me andaré con rodeos. Mis padres eran Robin y Julie Val'Dore.

– ¿Qué? –exclamó alguien.

– ¿Val'Dore? –repitió otro.

– Soy Paul Val'Dore. Hace años fui traicionado por mi mejor amigo, el actual rey de Mohad. Conspiró para arrebatarme el trono. Apuñaló a mis guardias, apresó a mi prometida y a mí me desterró al desierto para que muriera como los de la peor calaña. Pero no lo hice. No morí. Los bandidos me encontraron y me convertí en uno de ellos. Al principio porque no tenía más remedio, pero al final me quedé por voluntad propia. Podría haber escapado e iniciar una nueva vida en otra ciudad, pero me quedé. Con el fin de vengarme.

Surgieron preguntas. Preguntas desconfiadas al principio. Sand respondió largo y tendido, y así contó lo que hizo en los últimos años de su vida. A medida que Sand explicaba, los jinetes de dragón iban entendiendo, asintiendo, sonriendo.

La historia de Sand había dejado a muchos con la boca abierta. Nadie comía, ni siquiera se veía que bajara el vino humeante del caldero. Los jinetes de dragón eran hombres y mujeres que habían visto y oído muchas cosas, conque era difícil sorprenderlos. En esta ocasión, sin embargo, nadie se libraba.

– De rey a escarabajo –murmuró Prei Kuk, incrédulo.

– Discúlpame entonces, Paul –se excusó Mih Dian, apartándose un mechón de flequillo teñido de fucsia–. Supongo que esto cambia un poco las cosas. Aunque…

– Aunque no del todo –siguió alguien que acababa de entrar en la cueva. Era la voz inconfundible de Shio Min–. Al fin y al cabo, vamos a enviar dragones a defender la ciudad de su archienemigo. El rey Charles Val'Dargant. El que lo apuñaló por la espalda. El que apresó a su prometida Rose.

– Con todo respeto, maestros, jinetes, aprendices… –trató de participar Fabien–. He servido toda mi vida a la familia Val'Dore. Si bien hay algo que puedo decir es que no hay familia más leal a su palabra.

– No nos preocupa la palabra de Sand, sino la del otro –explicó el maestro de los secretos enigmáticamente.

– No es momento para esta discusión, Shio Min –cortó rápidamente Dun Gar, severo–. La decisión está tomada, de todas formas, y el Khaz Dolu está al corriente de todo. Mih Dian, entiendo tu preocupación, pero espero que la revelación de Sand te tranquilice. Hablaré luego con An Long y Sand, y responderé ante el fracaso de la misión si este se da. En cuanto a tu petición de que un veterano se les una… Kai Shek lo hará. Sigue en Val'Monde. La Semilla fue la misión que les encomendé, y esa misión no ha terminado.

– ¿Ni Tiranior ni Darragor defenderán Val'Monde, entonces? –preguntó Dien Phu.

– Sospechamos que lo que Lor'Horn busca es liberar lo que sea que esté oculto en el interior de la Semilla. Detener a Lor'Horn es el objetivo prioritario. Eso pasa, o bien por frenar su avance en Mohad, repeliendo su invasión de Val'Monde. O bien adelantándonos a él en la Semilla –explicó Dun Gar–. De todas maneras, hay muchas variables que pueden afectar el curso de la misión, por eso yo mismo participaré.

Se hizo el silencio.

– Dun Gar –empezó Bin Thu, con una mirada severa–, no puedes dejar el Peine.

– He de hacerlo. Y por eso aprovecho que estamos todos reunidos para nombrar a Bin Thu como maestra del fuego en mi ausencia. Si algo me pasara, Bin Thu, todo esto quedaría a tu cuidado hasta que el Khaz Dolu te apruebe o nombre a otra persona.

Ella asintió, ceñuda. No parecía en absoluto conforme con la decisión, por extraño que le pareciera a An Long.

– Esto no me gusta, maestro –admitió Prei Kuk–. Me parece arriesgado.

– Todo parece arriesgado para aquellos que nunca han corrido riesgos –declaró Shio Min en tono cansado, con los ojos arrugados–. Vosotros, los egregios jinetes del Tiber, nunca actuabais. Solo arrasabais a los pequeños escuadrones que enviaban nuestros vecinos a sembrar el odio de nuestro lado de la frontera. Siempre nos habéis dejado el trabajo sucio a los demás. Ahora os toca mojaros. Os toca sangrar. Hacer sacrificios. Por el bien del Tiber.

– Basta, Shio Min. Todos aportamos nuestro grano de arroz –dijo Dun Gar, severo–. Hay algo más que no os he dicho todavía –desde luego, la cena estaba dando para mucho, pensó An Long–. Puede que también nos enfrentemos a otro enemigo.

– ¿Cuál? –preguntó un impaciente aprendiz, y enseguida se llevó un coscorrón de una compañera.

Era entendible. Era difícil acostumbrarse a las reglas del Peine. Sobre todo, a no interrumpir a Dun Gar, pues hablaba a un ritmo particularmente lento y, para empeorar las cosas, solía hacer largas pausas.

– Los hijos de las Guardianas –reveló.

– Heterocromos –insistió Shio Min por si a alguien se le escapaba el término.

– ¿Han conseguido reunirse? –preguntó Dien Phu–. ¿Dónde?

– No exactamente –respondió Shio Min–. Los del continente siguen desperdigados, ocultos, oprimidos. Esos nunca han sido una amenaza para ningún estado. Pero podrían serlo pronto, si se unen a las filas de los que acaban de llegar.

– ¿Los que acaban de llegar?

– Ha desembarcado una flota de heterocromos en Val'Fleus. Vienen desde los confines del mundo. No sabemos cuáles son sus intenciones. Ni si todos tienen las mismas. Pero una cosa está clara: Harum no se equivocaba.

– ¿Qué quieres decir, Shio Min?

– Que se acerca el caos –anunció con una sonrisa torcida y un gesto teatral.

A An Long le parecía que aquel anciano, por sabio que fuera, disfrutaba con infundir miedo a sus propios aliados. Era tibereño. ¿Por qué se empeñaba en ser así? ¿Tendría amigos?

El maestro del fuego retomó la conversación.

– Corren tiempos peligrosos. Si no lo fueran, no recurriríamos a dragones. No volaríamos a Val'Monde dispuestos a luchar. Siento tener que ser tan inflexible, pero ya está todo decidido.

El maestro de fuego hizo una pausa. Ahora sí se podía preguntar.

– ¿Shio Min viajará también? –preguntó Chei Kuk.

– A lomos de Kraker, conmigo –confirmó el maestro, y añadió con una sonrisa–, lo siento.

Shio Min no pareció enterarse de la pulla velada.

– ¿Necesitas voluntarios? –preguntó Dien Phu.

– No. Como decía antes, Bin Thu se queda. Es la más veterana y conoce mis tareas tan bien como yo –se giró hacia ella–. Te encargarás de mantener esto tal y como está. No te será difícil, y será un anticipo de lo que te espera cuando yo ya no esté –Bin Thu asintió con humildad, sin añadir nada–. Mih Dian también se quedará para encargarse de los aprendices. No podemos descuidar la formación de esta nueva generación. Los gemelos Kuk os quedaréis, sois los mejores cocineros y no quisiera que esa tarea recayera sobre los jovencitos de la Nueva Llama, por el bien de todos los paladares. Como ya he dicho, la Nueva Llama vendrá conmigo, así como Dien Phu, Mah Dia y Sah Mah.

An Long dirigió una mirada cómplice a sus dos compañeros. Sería la primera misión en la que participarían los tres.

– ¿No son demasiados dragones?

– Al contrario, Mah Dia, espero que sean suficientes…

Aquello dejó a todos pensativos, en silencio. Siguieron las preguntas sobre la misión. Sobre los heterocromos. Sobre Lor'Horn. Pero ya todo el mundo volvió a meter las manos en el arroz y la nariz en el vino. A medida que el caldero se vaciaba, las risas sonaban más fuerte, las frases se articulaban menos y las palabras se pegaban en la lengua.

Al final de la velada, un aprendiz eructó. Las risas resonaron en la cueva. Ya no quedaba comida en la mesa, pero todos se quedaron hablando alto con las mejillas coloradas, hasta que bien entrada la noche, el caldero dejó de humear.

*

– Me quedo al margen –dijo ella.

Sabía lo difícil que era eso. Sabía lo que sentía Shia Ma. Pero también sabía que era por su propio bien. Que cada uno tenía su lugar y su momento. Estaba claro que el lugar de una aprendiz no era en la guerra en ciernes. Su papel consistía en asegurar el futuro del Gremio si las cosas en Mohad se torcían.

– Nadie está al margen, Shia Ma. Todos tenemos nuestro cometido.

– Sí, y el mío es no hacer nada.

– ¿No hacer nada? ¿Eso es lo que haces en el Peine de los Cielos? ¿Nada?

– Bueno…

– Ser jinete de dragón –la cortó An Long–, no es fácil. Si lo fuera, seríamos muchos más aquí arriba. Son muy pocos los elegidos. Y menos los que aguantan el ritmo de los cinco años de entrenamiento y estudio. Y eso es por algo. Tenemos una gran responsabilidad. Nuestras decisiones pueden cambiar la vida de nuestra gente. Y ahora, la responsabilidad es mayor, porque nuestras acciones van a tener consecuencias en todo el continente. ¿Lo entiendes?

– Sí, pero…

– Pero participaste en una misión con Kai Shek y conmigo. Y te dejamos a medias. Lo sé. Las circunstancias cambian, Shia Ma. Ahora es más peligroso que antes. Sería más difícil protegerte si algo saliera mal.

– An Long, lo entiendo –cortó ella, mirándolo con los ojos brillantes–. Yo solo… Quiero que vuelvas.

El rostro del jinete mutó de expresión. La había estado aleccionando como un padre, cuando lo que necesitaba era el consuelo de un hermano mayor. Necesitaba que la reconfortara, porque

algunos de sus seres más queridos volaban hacia la guerra y era imposible saber cuándo volverían.

– ¡Claro que voy a volver! –exclamó, tratando de parecer seguro de sí mismo–. Esta es mi casa. Aquí está mi familia. Siempre volveré a este lugar.

– Tú también eres parte de mi familia ahora –dijo ella, con un grano de timidez en la voz–. Por eso tengo miedo.

An Long sonrió, recordando las palabras que una vez le dijo Dien Phu en una situación similar.

– Ese miedo es bueno. Significa que tienes cosas por las que vale la pena luchar.

– Pero no puedo luchar.

– Y si todo sale bien, no tendrás que hacerlo.

– ¿Y si sale mal?

– Entonces estaré a tu lado. Y lo haremos muy bien.

– No sabes si estarás a mi lado.

– Te lo prometo.

– ¡An Long! No puedes prometer algo que no sabes si podrás cumplir.

– Puedo cumplirlo. Tengo a Tiranior, ¿recuerdas?

– Sí –suspiró la más joven–. Y también a Kaaldanor.

Lo dijo con pesar. Como si la espada fuera algo malo. Algo peligroso. Había debido de oír las historias que se contaban en el Peine desde que se había extendido la noticia. An Long trataba de no darles mucha importancia, pero, al fin y al cabo, lo sabía muy bien: Kaaldanor había arruinado la vida de Aaron Ojorrojo. Probablemente era la responsable de su locura.

– Kaaldanor no es mía. Solo la usaré una vez. No pasará nada, Shia Ma. Te lo prometo.

Ella lo miró de nuevo, con gesto serio y ojos húmedos. Respiró profundamente, cerrando los párpados. Luego, repitió.

– Vuelve.

43

RUMBO A LA BATALLA

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Como no tenía más armas que las herramientas que usaba en la forja, le habían dado una espada vieja. Sihal no tenía ni idea de cómo manejarla, y en su última pesadilla se había cansado mucho deformando la tierra, y su último recurso, el combate cuerpo a cuerpo, había durado apenas un par de latidos antes de que dos enemigos le atravesaran el pecho y el cráneo al mismo tiempo. Se había despertado gritando y lleno de sudor.

Por eso estaban ahí. Niwaz sostenía su espada con fuerza, pues se le marcaban los músculos del antebrazo. Sihal se tocó la ceja izquierda, comprobando que su cicatriz seguía ahí. Quizá después de ese combate de entrenamiento tendría más a pesar de las protecciones improvisadas. El vigía había avisado a la tripulación y los pocos que no tenían nada que hacer y no estaban echando la siesta se acercaron a la proa a mirar. Mientras tanto, los sopladores en la proa hacían

rodar el carroviento por las dunas.

Sihal agarró la empuñadura con cautela, sintiendo su peso. Valorando el agarre con sus dedos. Giró la hoja para jugar un momento con el reflejo del sol, que se acostaba por el este.

– ¿Listo, coyote?

Sin esperar la respuesta, Niwaz se lanzó al ataque. Sihal apenas tuvo tiempo de levantar la espada para bloquear el golpe. La vibración del choque resonó en sus manos, pero se mantuvo firme. Retrocedió unos pasos, intentando estudiar el estilo de Niwaz.

El combate continuó con una serie de movimientos torpes por parte de Sihal, pero con una determinación palpable. Niwaz era habilidoso, esquivaba los ataques con facilidad y contraatacaba con sobrada tranquilidad.

– ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? –preguntó Sihal en un momento de receso.

– Desde los seis años –el joven hijo de Ignos enseñó los dientes–. Era muy pequeño para aprender a manipular el fuego, pero yo quería aprender a defenderme. Por eso mi padre encargó una espada para mis pequeñas manos y empecé a practicar con él. ¿Se nota?

– Se nota, sí. Te lo digo.

Sonrió el rival.

– Estás muy estático. Solo intentas bloquear con la espada. Tienes que moverte. Estar siempre en movimiento. A veces esquivar es más fácil y requiere menos esfuerzo. Además, eso te permite tener la espada dispuesta para un contraataque más rápido.

– Movimiento. Esquivar. Entendido.

Volvieron a ponerse en guardia y esta vez Niwaz esperó, haciendo gala de una paciencia que Sihal jamás pensó que tenía. El hijo de Gea atacó primero esta vez, pero su contrincante esquivó la estocada con facilidad.

La proa del Martín Vengador se había vuelto muy ruidosa, y Sihal empezó a escuchar los gritos de ánimo de un público al que no había prestado atención hasta entonces. Se había quedado parado otra vez, mirando alrededor. Por el rabillo del ojo atisbó el filo de su compañero que golpeó en la hombrera reforzada. Luego, Niwaz le hizo besar su suela, y luego el suelo, de una patada.

– Mierda –gruñó, pasándose la lengua por los labios para comprobar que no sangraba–. Esto no parece un entrenamiento, Niwaz.

– Así me entrenaba mi padre –declaró sin atisbo de compasión–. Venga. Esto acaba de empezar.

Sihal se levantó de un salto y se puso en guardia. No estaba cansado. El golpe había despertado algo en él. Un instinto de supervivencia. Pensó en lo que le había aconsejado antes. Movimiento. Esquivar. Bien.

La proa del barco se convirtió en el escenario de un duelo desigual pero emocionante. Sihal, a pesar de su falta de experiencia, comenzó a anticipar los movimientos del otro. Con cada choque de espadas, ganaba confianza. La energía bullía en su interior. Ante la posibilidad de herirse de verdad, se sentía más fuerte, más ágil. Esquivó varios golpes y contraatacó velozmente, esperando golpear al menos con el lado plano de la hoja. Quizá estuviera teniendo excesivo cuidado en no herir a su contrincante. Quizá debería luchar. Dejarse llevar. Pero reprimió el impulso. Sus piernas se soltaron. Los pies se movían, quizá con poca gracia, pero se movían por la cubierta, girando, avanzando y reculando al tiempo que las ruedas traqueteaban al encontrar piedras, rocas o algún arbusto seco.

Y así siguieron sin cansarse, hasta que, después de un intercambio de golpes rápido y frenético, Niwaz desarmó a Sihal. La espada salió volando y aterrizó en la cubierta del barco.

Niwaz, con una sonrisa satisfecha, le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse.

– Eso ha estado mejor. Para no haber jugado con una de estas, lo has hecho muy bien, coyote.

– No quería interrumpir. Bien hecho, Niwaz –felicitó Tigre, apareciendo por detrás de la pequeña barrera de espectadores que se había formado en la proa–. Solemos menospreciar el duelo a espada porque para cuando un singa puede echar mano de ella usualmente en un combate contra un hijo de las Guardianas es en el ataúd. Cuando lo entierran con ella. Pero lo cierto es que ahora tendremos que enfrentarnos a muchos singas. Y siempre es bueno tener recursos. Vamos a establecer una rutina de entrenamiento al alba. En la proa de los barcos. Mis lobos se encargarán de los detalles. ¿Entendido?

– Sí –respondió Niwaz.

Tigre se giró hacia sus hombres.

– ¿Lobos?

– ¡Sí!

Sihal observó al líder del Martillo mientras respondía preguntas. Estaba de espaldas a él, de modo que, si se acercaba lo suficiente como si nada y lo hacía con rapidez, podría cortarle la cabeza. Sabía que eso solo empeoraría las cosas. Que los lobos lo apresarían sin dificultad y los panteras decidirían qué hacer. No duraría mucho. O probablemente sí. Probablemente sufriría una muerte larga y dolorosa para servir de ejemplo a otros traidores en potencia. Incluso podrían hacerle algo a Pira, allí en las islas.

– ¿Todo bien? Ya no hace falta estar tenso, colega.

Era la voz de Niwaz. Sihal estaba apretando los dientes. Relajó las facciones y suspiró.

– Ya. Es por las magulladuras. Me has dado duro, coyote. Me siento martilleado.

– ¡Si no tienes nada, estás hecho un yunque! –halagó entre risas.

Tenía que pensar en un plan. Tenía que acabar con Tigre y hacerlo de modo que nadie sospechara de él. Quizá en medio de una batalla. Sí. La que se avecinaba iba a ser grande, según comentaban. Sihal nunca había estado en una batalla. Sería la primera guerra en la que participaría. Pensó en ello un instante, mientras caminaba con Niwaz hacia el camarote.

Una vez dentro, pensó en Pira y en cuanto desearía tenerla entre sus brazos y darle, quizá, un último beso.

*

Cuando cantó el maldito gallo ya se oía el choque de los estoques desde el camarote. como el día anterior. Pira se levantó de la cama, que no era otra cosa que una tabla metálica con un colchón demasiado fino. Encajó los pies en las chanclas y estiró los brazos al tiempo que bostezaba. Un nuevo día.

Salió del camarote tras comprobar que la cama de Garia estaba vacía. La joven Borea sí que se había prestado al juego de espadas que habían organizado. Pira no tenía ningún interés en luchar contra los singas, de hecho, se había prometido no matar a nadie más que a Tigre. Además, ella era una Ignos. En las islas, el poder del fuego era el más temido por los estragos y la destrucción que habían acarreado en siglos pasados. Podría defenderse sin espadas.

De modo que, en vez de ir a la proa a entrenarse con la gran mayoría, Pira dejó las chanclas a un lado y se encaramó a las jarcias. A medida que ascendía se dio cuenta de algo: todo estaba quieto. La flota de carrovientos estaba bañada por los perezosos rayos del sol que asomaba por el oeste. Las ruedas semihundidas en la arena. Las velas recogidas. Los hijos de las Guardianas estaban a la espera.

– ¿Qué está pasando?

Se sintió como una tonta al oír su voz. No había nadie alrededor. Estaba agarrada a las jarcias, a medio camino de la cofa. Su vista abarcaba ya todos los barcos convertidos en carros gigantes. Carros de asalto. Habían abierto las portas y las bocas de los cañones asomaban amenazantes. Uno de los últimos inventos de los ingenieros del atolón de Ileria. Pira apretó los dientes inconscientemente. Había visto pruebas durante el día de la Ola. No le gustaba nada el estruendo que causaban. Y sospechaba que a los singas tampoco les iba a gustar.

Una vez en la cofa, saludó al vigía. Se llamaba Goro. El primer día, Garia le hizo una broma que no le sentó nada bien al hombre. Al parecer no, a sus padres no se les había olvidado una "dé" a la mitad de su nombre. Pero eso no quitaba que, en efecto, era un hombre gordo. Muy gordo. Seguramente habría pagado o conseguido ese puesto gracias a antiguos favores a algún lobo importante del Martillo. Pira se había mostrado amable con él desde el principio, puesto que iba a pasar mucho tiempo entre vela y vela. En cuanto a Goro, aunque al principio hosco, parecía haberse encariñado un poco.

– ¡Huevo! ¡Qué sorpresa! –exclamó–. ¿Es que no entrenas?

– ¿Para qué? Si alguien me pone una mano encima arderá en el peor de los avernos.

– El séptimo –respondió él como si se tratase de una adivinanza, y luego se rio–. Bueno, ¿qué te parecen las vistas? No están mal, ¿eh?

– Sí.

Era una vista envidiable. Muy distinta a la de las islas del Borde, pero preciosa igualmente. El desierto tenía una belleza intrínseca que era difícil de obviar. Un mar dorado compuesto por tantos granos de arena que Pira se mareaba con sólo pensar en el número. ¿Cómo podía existir tanta cantidad de algo? ¿En qué momento dejaban de tener sentido los números? Se ensimismó hasta que, quién sabe cuánto tiempo después, el vigía Goro la sacó de sus ensoñaciones.

– La verdad, no sé si Tigre lo tenía pensado de esta forma o ha sido una coincidencia, pero con semejante flota avanzar por el desierto es la única forma de hacerlo sin alarmar a todo el continente.

– Hay que ser inteligente para llegar a liderar una flota como esta, ¿no?

– Sí, desde luego. Un gran líder, nuestro Tigre.

Goro la miró de reojo, y Pira se daba cuenta, pero no apartó la vista del horizonte. Había algo extraño a lo lejos. Como si temblara el aire allí donde se juntaban cielo y desierto.

– Tienes muy buena vista –dijo Goro–. ¿Qué ves?

– En realidad, no lo veo. ¿Qué ves tú?

– Por la noche se veía sin necesidad de aumento. La luz de miles de fuegos resplandecía como estrellas emanando de la tierra –le cedió el largavista–. Toma.

Pira frunció el ceño. Se preguntó de dónde había sacado una frase tan poética. Tomó el objeto y miró a lo lejos a través de él.

– Un ejército –declaró–. Un ejército muy grande.

– Ajá. Por eso Tigre ha enviado varios grupos de birruedos para estimar su número. Debe de ser el ejército de los sureños que destruyeron aquella ciudad fantasma.

– ¿Hay una ciudad ahí adelante, entonces?

– Sería lo lógico, sí. Supongo que la están sitiando. Como durante la guerra de la trucha y el león. ¿Has leído…?

– Sí. Durante los Treinta Sangrientos. En los reinos del norte. ¿Por qué sabes esas cosas, Goro?

– Podría preguntarte lo mismo.

– Yo soy profesora. ¿Cuál es tu excusa?

– Yo… –Goro se quedó sin palabras por un momento, pero se resarció cuando Pira le devolvió el largavista–. Bueno, nunca he sido de mucho salir. Me quedaba en casa después del colegio la mayoría de las veces. Y cuando aprendí a leer… Pues me gustó. Pero los libros eran muy caros. En fin, larga historia.

– Tengo tiempo.

– En realidad no es tan larga… Me pillaron robando en la biblioteca del Parlamento. Pensaba devolver lo que había cogido después de leerlo, por supuesto.

– Por supuesto –asintió ella, divertida.

– Al final, me obligaron a ayudar al maestre Aristófanes, que su luz perdure. Era el anciano bibliotecario. Se había quedado ciego de tanto leer, por eso necesitaba a alguien que lo ayudara. Fue mi castigo, pero en realidad me gustaba. Aprendí mucho con él. Y eso. A veces leía Historia, con hache mayúscula.

– Historia del continente.

– La más interesante.

– Tú no quieres luchar –declaró Pira.

– ¿Me ves cara de luchador?

– La cara es lo de menos –respondió, pero el cuerpo sí que no lo tenía.

– Y soy un Escuala. El más débil de los de mi raza.

– Eso depende de donde tenga lugar el enfrentamiento.

– Incluso en mar abierto. Podrías achicharrarme incluso debajo del agua. ¿Y yo? ¿Qué haría? ¿Mojarte?

A Pira le entró la risa. Un hijo de Escuala en mar abierto sería imposible de batir para un hijo de Ignos, pero estaba claro que Goro no era un gran luchador, ya fuera con la espada o con el poder de su elemento. Cuando fue a responder atisbó una vela diminuta a lo lejos. Se movía en dirección hacia la flota.

– ¡Mira!

El gordo vigía miró. Luego miró de nuevo con el largavista pegado al ojo derecho.

– El primero que vuelve. Pronto tendremos noticias.

Pira rezó a Akros para que las noticias que trajera el birruedo fueran buenas. Luego se preguntó cuáles serían buenas noticias. Conociendo a Tigre, si son pocos querrán masacrarlos, pensó. Si son muchos, también.

44

PARADA EN EL DESIERTO

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Visto desde el cielo a plena luz del día, el desierto era un vasto mar anaranjado surcado por líneas curvas. Sand agradeció poder admirarlo desde allí, a lomos de Tiranior, el dragón que lo había salvado unos días atrás. Parecía que hubieran pasado lunas.

Le gustaban los tibereños. Eran buena gente. Valientes. Respetuosos. Cultos. Y estaban unidos. Aquello era lo que le faltaba a Mohad: unión. Las familias poderosas competían unas con

otras por la riqueza y el poder, y eso solo engendraba problemas en el reino.

El maestro Dun Gar le había permitido quitarse un gran peso de encima contando lo referente a su verdadera identidad. Y algunos se fiaban de él. Era todo lo que necesitaba. Confianza. Por supuesto, la confianza de todo un gremio de jinetes de dragón cambiaba mucho las cosas, tal y como le había insinuado Santoro. Y si lograba encontrar la espada que necesitaban, aunque no tuviera ni idea de lo que podría provocar en la Semilla, saldaría parcialmente su deuda con An Long.

No quería verlo como una deuda. Sabía que el jinete no se la reclamaría nunca. Para Sand, esos dos muchachos que los habían recogido en mitad de la nada y llevado a su propio hogar, rompiendo las reglas de su gremio, se habían ganado su amistad para siempre.

– ¿Qué miras? –se interesó An Long–. ¿Hay algún animal extraño en la copa de esa palmera? ¿Tal vez un camello?

– ¡Los camellos no trepan! –se mofó. Luego se dio cuenta de que el jinete estaba bromeando. No era fácil saberlo con ese tipo de bromas, a veces los tibereños preguntaban cosas realmente básicas sobre si tal fruta o insecto era comestible y ponían muecas sorprendentes al oír la respuesta más obvia del mundo.

– ¿Cocos? Una vez leí que las palmeras mataban más que los tiburones. Nunca he visto a un tiburón, pero por la descripción supongo que me daría más miedo que… esto.

– Es una palmera de areca. Esta es joven, algunas son incluso más altas. En mi campamento había gente que se subía a ellas para bajarnos las nueces. Puede que lo veas en Val'Monde, algunas personas mascan una nuez que les tinta de rojo los dientes. No es muy estético, pero tiene un efecto energizante y mucha gente se vuelve adicta.

Otra vez esa cara de sorpresa e incomprensión. Era como cuando le explicabas a un niño que la reina camello no le iba a traer regalos porque se estaba portando mal.

– Yo la probé una vez –dijo una voz tras ellos–. Tiene un sabor muy amargo, pero no fue desagradable.

– La primera vez vomité –reveló Sand, sonriendo–. ¿Qué tal el vuelo, maestro?

– Mis rodillas ya no están para vuelos tan largos. Ya hasta ir del Peine a Do Shoi me parecía largo, así que imagínate…

– Por fortuna ya solo queda un tercio –animó Sand.

El mohadí notó que el joven jinete se removía. Dun Gar también se dio cuenta.

– Es normal tener miedo, An Long –dijo Dun Gar–. El miedo es tu amigo.

– Lo sé. El miedo puede salvarme la vida. Pero… ¿y a vosotros? Mi miedo no os salvará. Mi valor, en cambio, puede que sí.

Sand sonrió, cada vez le caía mejor el jinete.

– A mí ya me has salvado la vida, deja que esta vez te devuelva el favor, ¿eh? No quiero endeudarme más.

– Ahora que sé que eres el legítimo rey de…

– De nada. No soy rey. Ahora solo soy Sand. Recuérdalo, por favor. Mi vida no vale más que la de cualquier otro valmondí.

– A propósito… –intervino Dun Gar–. Creo que tenemos que aclarar otro tema sobre ti, Sand.

Los ojos de Dun Gar miraban con intensidad. Tenía la piel arrugada, la cara cansada, la barba lacia, pero la mirada no perdía vigor. Sabía algo más. Sand recordó aquella frase de Shio Min durante la última cena en el Peine. Había dicho que no eran las palabras de Sand las que lo preocupaban, sino las del otro.

¿Se habría referido verdaderamente al Otro?

Dun Gar se había apresurado en interrumpir al maestro de los secretos, y eso significaba seguramente que sabía lo que estaba diciendo.

Si ellos no confían en mí, entonces nadie lo hará. Es el momento de soltarlo todo.

Sand optó por el camino de la sinceridad.

– Sí… Aunque te advierto, maestro, es posible que ni yo mismo tenga las respuestas.

– Sabemos, gracias a Shio Min, lo que puede originar el trastorno. Mis preguntas portan más bien sobre tu control. Sobre cómo lo llevas en el día a día. He estado observándote, y no he visto atisbo de locura en ti.

– ¿Qué? ¿Locura? ¿De qué estáis hablando? –exigió saber An Long, totalmente perdido.

– De mi enfermedad –declaró Sand–. Verás, An Long, no os lo conté todo, ayer durante la cena. Os debo más explicaciones. Sobre todo a ti.

– Hoa Liu nos adelantó algunas cosas –previno Dun Gar.

La cara de An Long se iluminó por un instante, y luego volvió a fruncir el ceño, esperando la inminente aclaración.

Claro, ese sanador sospechaba algo. Intentó sanarme. Tal vez viera el alma de Antoine…

– Bien. Será mejor así. Cuando me desterraron con mis dos… sirvientes, vagamos durante varios días por las dunas. No sabíamos sobrevivir. No recuerdo si fueron tres o cuatro días, pero suficientes para dejarnos al borde de la inanición. El desierto es cruel con los moribundos. No tuvo piedad con Antoine. Murió de agotamiento y deshidratación. Boris y yo anduvimos al borde de ese precipicio. Poco después, creímos ver una vaca sobre una de las dunas más bajas. Cuando echo la vista atrás, ni siquiera entiendo como algo así pudo pasar. Nos la comimos y, al día siguiente, descubrimos con horror que todo había sido un espejismo. La vaca no era una vaca. Era un ser humano. Era Antoine…

Alrededor se oían los chapoteaos en la charca. El murmullo de una conversación ajena y el ulular del viento arrojando granos de arena a sus caras. Sand esperó. Más para tomar aliento que para ver sus reacciones. El corazón le latía más rápido. Era difícil admitir algo como aquello. Era grave. Era horroroso. Era…

– Espejismo –repitió Dun Gar–. O secreto.

An Long se giró hacia el maestro.

– ¿Qué quieres decir?

– Hace varias décadas, cuando yo era más joven, se oían rumores sobre una ilusionista muy capacitada. Se llamaba Saima. No volví a saber nada sobre el tema hasta el otro día que hablé de esto con Shio Min. Él tiene una teoría.

– ¿Una teoría sobre qué?

– Sobre el resurgimiento de los surcados. Parece que el de Sand no ha sido un incidente aislado.

– No entiendo nada –admitió An Long–. ¿Surcados? ¿Quiénes son los surcados?

– Yo soy un surcado. Al parecer, comer carne humana despierta una especie de maldición. Según Romain… –ellos no conocían a Romain, corrigió–. Según uno de los jefes de los escarabajos, y según muchos otros hombres del desierto, quien come la carne de otro humano, integra el alma de este en la suya. Algunos dicen que la persona no debe estar muerta cuando es devorada, pero yo…

Qué mal trago. Ya no sabía ni cómo continuar. Sus propias palabras le causaban repulsa. Se le hacían demasiado ásperas en la lengua.

– Tranquilo, Sand. Tranquilo. Ya sigo yo –tomó el relevo el maestro–. Tras comer carne humana, los surcados se ven poseídos por toda la energía negativa del alma del muerto. Según

Shio Min, el “alma negra”, tal y como la llama, solo contiene deseos de muerte y venganza. Se despierta en los momentos de flaqueza y debilidad, y si logra el control del cuerpo, el surcado no es consciente de lo que hace, pero obtiene un poder sobrehumano. Fuerza, rapidez e inteligencia. Es muy difícil hacer frente a una de esas almas negras.

– Y Sand tiene un alma negra en su interior, entonces. ¿No?

– Sí –admitió el propio Sand–. Soy un peligro.

– Cuando flaqueas –añadió Dun Gar.

Hubo un silencio. Un silencio muy incómodo para Sand, que no sabía cómo se lo estaba tomando realmente An Long. Esto podía poner en riesgo la misión. An Long tenía todo el derecho para negarse a colaborar con él. Era un riesgo, al fin y al cabo.

– ¿Podrías ser un peligro para mí? –le preguntó An Long directamente, mirándolo a los ojos.

No. Quiero creer que no. Que es imposible que algún día pueda matarte. Quizá lo intente. Pero te he visto luchar. Te he visto llamar a tu dragón. Quizá lo mejor sea eso, que lo llames y termine con esa alma negra.

– Sí –dijo en cambio, sin rodeos–. He matado a personas a las que jamás pensé que podría hacer daño.

An Long asintió.

– Tendré cuidado, entonces –declaró, asintiendo–. Estoy avisado, eso reduce el riesgo.

– Es importante para mí intentar ayudaros, después de todo lo que habéis hecho por mí.

– Es importante para nosotros que lo hagas. An Long te ayudó desinteresadamente, pero nosotros esperamos que de esta amistad pueda brotar una futura alianza estratégica. Claro que es muy pronto para eso, pero ayudar a un rey suele ser más interesante que ayudar a un bandido.

Sand lo sabía. Desde que Dun Gar había explicado que lo había conocido décadas atrás y lo había reconocido, sabía que el Tiber entendía la importancia de tenerlo de su parte. Y con ello Sand obtenía dragones. Un poder abrasador con el que bien podría cambiar las tornas en Mohad y recuperar lo perdido. Claro que, viendo cómo estaban las cosas, quedaba por ver si quedaría algo que recuperar.

– Si algún día vuelvo a ser alguien, os aseguro que no me olvidaré de la ayuda que me prestó el Tiber cuando no era nadie.

– Una última cosa –dijo Dun Gar pasando a otro tema–. Si encontráis a Epeecle, huiréis de Val’Monde. Iréis a la Semilla con Kai Shek. Quizá la situación obligue a mantener a algunos dragones para defender la capital, pero en cuanto Kraker se entere de que Tir o Darragor han salido de la ciudad, obraré para que más jinetes acudan con vosotros. No abriréis la puerta hasta que Shio Min o yo lleguemos. ¿Entendido?

– Sí –afirmó An Long.

Sand no dijo nada. Tenía una duda. Dun Gar la vio en sus ojos.

– Si muero –avisó sin que la voz le temblara ante la perspectiva– las órdenes son las mismas. Procuraré que Shio Min sobreviva manteniéndose al margen. Alguno de los jinetes lo llevará a la Semilla. Quizá esté allí incluso antes de que encontréis la espada. Ya veremos. Y si morimos los dos, todo quedará en manos de Kai Shek. Él decidirá cómo proceder. La Semilla esconde algo muy poderoso, An Long –explicó, mirando al jinete a los ojos–. Herramientas usadas por dioses que no tienen nuestro favor.

Sand sintió un escalofrío. Hace unos años, ni siquiera habría tomado en serio las palabras del maestro. Hace unos años, incluso puede que se hubiera reído de la advertencia. Pero Sand no era el Paul de hace unos años. Había visto ya suficiente como para que esa advertencia calara en él. Y muy hondo.

Una cosa estaba clara: todo pasaba por encontrar la espada. La imagen del monumental recinto del Archivo de los Tiempos se formó en su cabeza.

45

SITIO

Afueras de Val'Monde, Mohad 571.

La vista era impactante. Un sinfín de tiendas de campaña se extendía como un bosque negro frente a las altas murallas tras las que el sol empezaba a esconderse. La franja de campamento rodeaba la capital como una segunda muralla, pero mucho más gruesa. Mucho más ancha de lo que An Long habría podido imaginar. Un espacio de terreno baldío hacía de tierra de nadie separando los muros mohadís de la Legión Negra, instalada allí como una sombra que amenazaba con englutir la urbe.

Verlo desde arriba había sido aterrador, desde abajo era difícil darse cuenta de la extensión de la hueste enemiga. Se podían observar otras cosas, empero. El ejército se había establecido con orden y precisión militar entre lonas y mástiles. Habían abierto corredores y una estructura clara les permitía situarse y moverse con rapidez.

– Aquí no estamos seguros –dijo Sand.

– Tenemos a Tir.

– Nosotros no somos Tir. Un par de flechas podrían matarnos –imaginó–. El dragón no podría hacer nada.

– ¿Por qué iban a matarnos?

– Por mirar.

Estaban tumbados en lo alto de un promontorio, asomando la cabeza para ver más de cerca al ejército enemigo. Los soldados de Lor'Horn lucían sus armaduras negras relucientes. Los que patrullaban no parecían cansados. Caminaban con determinación, como si les fuera la vida en esa tarea. An Long frunció el ceño.

– Parecen contentos.

– Eso es porque piensan que no tendrán que luchar.

– Eso es un poco optimista –pensó An Long en voz alta.

– Cuando se corra la voz de los avistamientos se les borrará la sonrisa.

Muy cierto. Era imposible que no hubieran visto a los dragones. Por muy nublado que estuviera y por muchas precauciones que hubieran tomado los jinetes.

Se habían separado del grupo para entrar en la ciudad más tarde, al resguardo de la noche, para que el rey Charles no sospechara de segundas intenciones. La delegación del Tiber iría directamente a la Fortaleza Flotante, mientras que ellos irían al Archivo de los Tiempos. No podían presentarse ante el actual monarca con el legítimo rey que había sido enviado a morir al desierto.

An Long estaba impaciente por entrar en la capital y buscar a Kai Shek. Había cumplido la tarea que le había encargado, hacerse con Kaaldanor. La palpó para comprobar que seguía allí, colgada al cinto.

– ¡Mira! –exclamó Sand–. ¡Allí, al sur!

An Long miró. Algo levantaba mucha arena a lo lejos. Venía del sur. Lo más probable era que fueran refuerzos de Lor'Horn. ¿Qué otra cosa podía ser?

– Refuerzos –declaró el jinete–. Más bocas que alimentar.

– Tienen la línea de suministros más que asegurada.

– ¿Van a esperar aquí varias lunas? –se extrañó An Long.

– Sería lo más sabio. Esos muros solo han sido traspasados una vez en la Historia. Val'Monde no es Val'Fleus.

An Long tragó saliva. Ya se había enterado. Aquellos muros tan solo cayeron una vez, hace siglos, contra los heterocromos. Sintió que alguien los observaba. Miró hacia atrás. Falsa alarma.

– Cuando lleguen ya será de noche –comentó, volviendo a observar la arena que levantaba el lejano regimiento.

– No sé si deberíamos esperar.

– Tenemos tiempo.

– No creas. Además, aquí no estamos seguros –repitió Sand.

– Pero tenemos que esperar a que oscurezca de todas formas.

De pronto An Long sintió un temblor bajo sus piernas. Como si el suelo estuviera vibrando. Por la mirada que echó hacia abajo, Sand debió de sentir lo mismo.

– Demonios.

– ¿Hay terremotos en el desierto? –preguntó el jinete.

– Sí. Pero…

El temblor se intensificó. Se acercaba. An Long había vivido varios terremotos en su tierra natal. Desde pequeño su madre le había enseñado a tomar precauciones, alejarse de las ventanas o de los árboles y buscar áreas abiertas. En Ha Gian, siempre acudían a la plaza del dragón en esos casos, fuera la hora que fuera. En el Peine de los Cielos también los había vivido, pero allí se preocupaban más por las avalanchas que solían traer consigo.

Este temblor, a las puertas del desierto, era distinto. Parecía… como si se dirigiera hacia ellos dos.

– Viene –advirtió An Long.

– Vámonos –instó Sand.

An Long asintió y silbó, dándose la vuelta para mirar a su dragón. Tiranior lo observó desde donde descansaba en la lejanía. Se desperezó, extendió las alas como cuando se despertaba de la siesta y empezó a avanzar agazapado, tal y cómo le había ordenado An Long, sobre sus cuatro enormes patas.

Sand fue a correr promontorio abajo, pero An Long lo refrenó.

– Espera.

– ¿Qué?

– Se aleja.

Se alejaba. El temblor había alcanzado su magnitud máxima y ahora la sensación desaparecía como huellas en la arena.

– Tienes razón. Pero esto no me gusta. No me gusta nada.

Entonces se oyó el rugido de un fuerte viento. An Long lo había oído ya cientos de veces. Tiranior estaba exhalando fuego.

– ¡Tir!

Corrió hacia él, dejando a Sand sobre el promontorio. El temblor cesó. La llamarada también. Cuando se encontraron a mitad de camino, el dragón olfateó al jinete. An Long le preguntó qué

había ocurrido y, a falta de palabras, Tiranior levantó una pata y dio tres pisotones al desierto.

– Sí, amigo, lo sé. Pero el fuego no detiene a los terremotos.

El dragón lo miró un momento a los ojos. Luego ladeó la cabeza, volvió a pisar un par de veces. Ya no temblaba el suelo.

El dragón tenía la boca entreabierta, formando esa peculiar sonrisa, tan espeluznante para unos y tan encantadora para otros.

– No ha sido cosa tuya, Tir –suspiró el jinete–. Ha sido una coincidencia.

En ese momento Sand los alcanzó.

– Ahora sí deberíamos irnos. Creo que los soldados también han sentido el temblor y una partida se dirige hacia aquí.

An Long asintió.

– Ya has oído, Tir.

El dragón cerró la boca y extendió un ala convenientemente para que ambos pasajeros subieran. Momentos después se alejaban a ras de la arena guardándose de no alzar el vuelo hacia las altivas nubes.

*

Había una mesa, cuatro hombres, y cinco sillas en la sala circular de la torre. Las llamas del hogar arrojaban una luz cálida que se mezclaba con los últimos rayos de sol que se colaban por una ventana que miraba a poniente.

El Pontífice, jefe de la iglesia limerea en el país, vestía la típica toga azul celeste propia de su religión, así como un manto adornado con bordados dorados representando un pento, principal símbolo de la Iglesia. Su cuerpo se encorvaba bajo el peso de los años. Unos años que se acumulaban en forma de arrugas alrededor de unos ojos cansados pero llenos de lucidez. La barba blanca caía en cascada hacia el pecho, adornando su rostro con esa aura de sabiduría. Era un líder carismático, apreciado y respetado por los feligreses.

A su lado se sentaba el chambelán, Lord D’Estaing, de alcurnia impecable, siempre al amparo de reyes y emperadores de la arena. Llevaba el cabello negro azabache peinado hacia atrás sin rastro de canas a sus más de cuarenta años, revelando una frente amplia y negra. La barba cuidada, al igual que las ropas de seda oscura que solía vestir, al estilo mohadí. Pequeños adornos de tul y encaje revelaban posición aristocrática. Charles sabía que el hombre era sumamente inteligente, y a pesar de ello rechazaba a menudo su consejo. Era tímido y reservado, por eso sus sugerencias pecaban de falta de firmeza.

En frente aguardaba con las manos entrelazadas sobre la mesa el consejero de la Moneda, Philippe Val’Detignes. Charles le había dado ese rol años atrás, cuando había tomado el poder y limpiado a su manera la cúpula del Estado. Había sido el precio a pagar por la ayuda del duque Alain Val’Detignes, pero al fin y al cabo le había salido la jugada rentable. Era un hombre serio y agudo. Pragmático y resuelto. De tez negra, cabello corto y ordenado del mismo color, aunque ligeramente entrecano. No llevaba barba, pero sí un bigote recto a la moda de los banqueros. De pómulos estrechos y rostro afilado, mirada gris como al acero. Como siempre, llevaba un traje de calidad de un sobrio color gris oscuro.

– Malditos bastardos –dijo el rey Charles, mientras tamborileaba con dedos anillados inquietos sobre la base de la copa de vino y miraba por la ventana.

La luz del ocaso bañaba el campamento que se había instalado a las puertas de su ciudad. Se oía el martilleo de los zapadores construyendo improvisadas atalayas o el chocar de las palas cavando trincheras.

El mariscal entró con la cara enrojecida y embutido en su lustrosa armadura dorada. El Consejo Real se celebraba siempre en la torre oeste del palacio, la más alta y segura. Subir las escaleras con la armadura tenía que ser un martirio, más a esa edad. Pero Charles disfrutaba haciendo sufrir a su tío.

– Llegas tarde, Mariscal –le espetó Charles mientras su tío se sentaba.

– Más refuerzos, Majestad.

– Lo sé –rezongó en tono molesto–. No cambia mucho. No estamos en condiciones de atacar. Y ellos tampoco lo harán.

– Han movilizado torres de asedio, Majestad.

Charles quedó en silencio. La ventana por la que miraba daba hacia el oeste, así que se giró para hacer como todos y observar la llegada de tropas enemigas a través de la que daba al sur. Una gruesa línea negra avanzaba lentamente envuelta en una nube de arena. Aunque difusas, podían distinguirse siluetas mucho más altas que los puntos que parecían ser los soldados. De no habérselo dicho su tío, Charles habría pensado en gigantes antes que en torres de asedio. Al fin y al cabo, poco se sabía sobre las tierras de Lor'Horn y sus gentes.

– Que Limeres nos guarde –musitó el Pontífice, sujetando con fuerza el pento que llevaba al cuello.

– Si hay un buen momento para que Limeres responda, es ahora –dijo Charles entre dientes.

– No hay tiempo para esperar a Limeres –dijo Philippe Val'Detignes–. Hemos de prepararnos. Movilizar recursos. Comida, agua, suministros. Racionalizar. Fortificar defensas, cavar fosos, túneles, escondites. Preparar trampas. Llamar a filas.

– Sí, sí –rezongó el mariscal Richard Val'Dargant, medio molesto–. Ya me estoy encargando de eso. Todo hombre capaz de sostener una lanza será movilizado en las próximas horas.

– Y mujer –añadió el rey de repente.

Todos se volvieron hacia él.

– ¿Mujeres? –inquirió el mariscal.

– Sí. ¿Qué pasa? ¿De qué van a servir en sus casas?

– Los soldados no están acostumbrados, Majestad. Además, el entrenamiento no es cosa de un par de días.

– El sitio tampoco será cosa de un par de días.

Los consejeros se miraron, incómodos. Ninguno de ellos secundó al mariscal, y este tampoco se atrevió a oponerse del todo.

– Así se hará, Majestad.

– Tenemos que asegurar un abastecimiento continuo desde Val'Havre –siguió el consejero de la Moneda–. Tenemos suerte de que no puedan sitiar el lago entero. Hemos de incrementar el tránsito de caravanas y asegurarlas.

– A la vista de los resultados de su incursión en nuestra tierra, no parecen idiotas –apuntó Lord D'Estaing, el chambelán–. No cabe duda de que antes de poner un pie en Mohad sabían que Val'Monde estaba a orillas del lago Danesi. Tendrán a cientos de saboteadores preparados.

– A eso me refiero con asegurarlas –dijo Philippe–. Tenemos un Ejército Real perfectamente capaz de mantener a raya a esos saboteadores. ¿No es así, Richard?

– Llevamos varios años sufriendo pérdidas importantes en el Ejército –se adelantó el chambelán–. Richard es mariscal, no secretista. Hemos de ser realistas.

– Tenemos suficientes recursos en la ciudad para aguantar de momento –terció el rey Charles–. Nos preocuparemos de eso más adelante si es necesario. Puede que decidan asediarnos pronto.

– Los muros aguantarán. Estamos organizando las defensas. Sufrirían terribles pérdidas si decidieran invadir la ciudad –declaró Richard.

– Pero la cuestión es, ¿lo lograrían? –preguntó el monarca.

– Desconocemos lo grande que es la hueste enemiga –se defendió el mariscal–. Cada día llegan refuerzos para poblar ese campamento de armaduras negras.

– Ya –Charles se dio la vuelta para volver a mirar por la ventana–. ¿Qué hay del plan de evacuación?

– El cazador sigue durmiendo en la taberna –respondió Philippe Val'Detignes–. Lo he hecho seguir por varios de mis colaboradores de confianza.

– Bien, bien.

De pronto se oyó el estruendo de la corneta resonando desde el lejano adarve. Charles se sobresaltó. Miró instintivamente a su tío. El mariscal se levantó y se acercó a la ventana que daba al oeste. Charles miraba hacia el sur. Los refuerzos enemigos seguían acercándose al campamento, pero entre las filas de sitiadores instalados no parecía haber mucha actividad. No más de la habitual. La corneta volvió a sonar. Y una tercera vez.

– Dragones –susurró Charles.

– Dragones –dijo Philippe, levantando la cabeza de sus notas.

– ¡Dragones! –exclamó Richard, pegándose a la ventana.

A Charles le dio un vuelco el corazón. Podía ser tanto la mejor como la peor noticia. Tanto su muerte segura como su salvación.

El Consejo Real al completo se asomó a la balconada. Charles quedó maravillado con el vuelo de aquellos majestuosos animales. Eran seis. El que encabezaba el escuadrón era gris, con alguna mancha blancuzca, sobre todo en el cráneo. El hombre que lo montaba parecía de edad avanzada por la posición encorvada. Le seguían dos dragones, uno verde kaki con motas grises y el otro rojizo con rayas negras. Los tres dragones que cerraban la comitiva viraron delante de sus narices de forma sincronizada y descendieron en dirección al patio de armas.

– Vamos –instó Charles, por fin una sonrisa satisfecha se dibujó en sus labios–. Han llegado nuestros refuerzos.

46

PRESENTACIONES

Afueras de Val'Monde, Mohad 571.

Arena. De pequeño, a Tigre le gustaba mucho la arena. Solía hacer castillos con ella. Una y otra vez. Y cada día el nuevo castillo tenía que ser más grande que el anterior. Y así, cuando aprendió a usar su elemento, logró hacer verdaderas obras de arte con la arena. Hasta el día en que el Parlamento lo prohibió. Acabó por entenderlo cuando entró en política, y su monumental cabreo quedó en el pasado. Se imaginó el castillo que podría construir en medio de aquel salvaje y gigantesco mar de arena. Sonrió.

Se habían agazapado y estaban muy juntos. Después de hablarlo con Hovar, la opinión que tenía sobre la loba del Martillo había mejorado más si cabe. Por eso había decidido asignársela

en esa expedición. El olor que despedía Ayua era particularmente agradable, pero lo que más le excitaba era la visión de aquel bosque de tiendas llenas de víctimas en potencia. Y, por supuesto, la ciudad que se erguía impasible a lo lejos.

– Así que eso es Val'Monde –comentó Ayua–. ¿Crees que puede caber tanta gente en una ciudad?

– Supongo. ¿Te gustaría comprobarlo?

Ayua se giró para mirarlo a los ojos con un atisbo de sonrisa ladina.

– ¿Me vas a decir que nunca lo sabremos porque los vamos a matar a todos?

El rostro de Tigre se iluminó.

– ¿No te gusta la idea?

– Me gustan las ideas cuando se pueden hacer realidad.

– Estás poniendo en duda mis…

– No –cortó ella–. Sé que no hay guerrero de Gea más poderoso que tú, pero no todos los que te siguen valen lo mismo, Tigre.

El líder del Martillo había abierto la boca de sorpresa. Le había vuelto a interrumpir. Qué extraña sensación. No le había importado. Estaba casi seguro que hasta le había gustado. Sintió un calor en las tripas que atribuyó a la emoción de estar a punto de entrar en batalla.

– No me interrumpas –ordenó en un tono exento de severidad–. Lo sé. No está en mis planes atacar todavía. El continente es grande, y estos hombres son muchos. Nosotros, pocos. Podemos acabar con todos los ejércitos, pero no con todos al mismo tiempo.

– Menos mal –suspiró ella–. Empezaba a creer que eras tonto de verdad.

Tigre se quedó sin palabras. Nunca nadie se había atrevido a hablarle así. En el Martillo, cada falta de respeto se castigaba con un martillo, un yunque y un dedo de por medio. Fue eso lo que miró. Los dedos finos y ágiles de Ayua.

– Me gustas, loba –declaró, pero ahora sí le impregnó más severidad a su voz y a su ceño–. Pero no te pases.

Ella asintió y se giró para volver a observar el campamento de sureños. Tigre se la imaginó sonriendo.

Seguro que está sonriendo, la muy loba, pensó Tigre.

– Entonces, ¿cuál es el plan, jefe?

– Tigre.

– Entonces, ¿cuál es el plan, Tigre?

– Levanta, vamos a presentarnos.

Ayua abrió la boca para decir algo, pero Tigre la agarró fuertemente del brazo y tiró para ponerla de pie. Era alta. Y fuerte. Y preciosa. Estaba deseando verla en combate. Pero eso tendría que esperar de momento.

La mujer le miró el brazo, donde tenía el tatuaje de su animal homónimo.

– Me gusta tu brazalete –comentó Ayua.

Tigre se tocó el brazalete de madera y le guiñó un ojo.

– Es mi escudo.

Caminaron un buen rato por la arena antes de que un par de soldados con cota de malla negra se percataran de su presencia. Llamaron a otro par, y ese otro par también llamó a otro par. A Tigre le gustaba que montaran guardia por parejas, si a eso se le podía llamar montar guardia.

– ¡Alto! –dijo el soldado que llevaba un casco en la mano–. ¿Quiénes sois y adónde creéis que vais?

– Queremos ver al jefe del jefe del jefe de tu jefe. ¿Sabes dónde está?

El soldado arrugó la frente, confuso. Miró a sus compañeros de reojo y sus agallas parecieron flaquear un instante, pero aguantó el tipo.

– Al único jefe que vas a ver es al de los prisioneros si no me dices ahora mismo lo que estáis haciendo aquí.

– ¿Y se puede saber de dónde son esos ropajes?

– Mirad, por cada vez que tenga que repetir la pregunta voy a matar a uno de vosotros –ahora sí que le flaquearon las piernas al primer soldado–. ¿Dónde está el general de este ejército?

Los hombres se miraron, entre inquietos y fanfarrones, sin saber realmente si tomarse en serio la amenaza. Bastaba con que uno de ellos no se la tomara en serio para que las cosas tomaran un rumbo funesto. A Tigre no le engañaban. Tigre olía el miedo.

– Creo que no me estás entendiendo, bufón –haciendo gala de valentía, el soldado llevó la mano a la empuñadura y empezó a sacar la hoja–. No vais a pasar de aquí a menos que…

– ¿Has oído, Ayua? –cortó Tigre–. ¿Qué me ha llamado este soldadito?

– Bufón.

– ¿Recuerdas qué le pasó al último que insultó a Tigre?

– Murió.

– ¿Cómo?

– Ahogado en el fondo del mar.

– Pero aquí no hay mar.

Ayua se encogió de hombros.

– Podemos quemarlo.

Tigre se rascó la barba rubia, haciendo como que se lo pensaba. Los soldados estaban confusos. El que había sacado la espada se mantenía dispuesto a atacar, pero parecía no saber cómo empezar.

– Sí. Me parece una buena solución. Quémalo.

Ayua lo miró unos segundos. Luego giró la cabeza hacia el soldado. Se encogió de hombros otra vez e hizo una mueca con la boca, como pidiendo perdón. Acto seguido, sus ojos se encendieron de un color anaranjado. Una chispa brotó de su dedo índice, rápidamente se convirtió en una bola de fuego en la palma de su mano. Abrió la mano, estirando los dedos hacia atrás, y la bola se transformó en una llamarada que envolvió al soldado en fuego.

Soltó la espada, pegó un grito de dolor y se hundió bajo la arena. Se hizo el silencio de nuevo.

Tigre sintió cómo se desvanecía el calor en sus ojos. Acababa de hacer que la arena se tragara al soldado para evitar montar una escena. Ahora quedaban los otros cinco.

– Si gritáis o corréis, moriréis. ¿Vais a llevarme ante vuestro general?

– Es un demonio –musitó uno de los soldados, con los ojos muy abiertos.

Tigre sonrió. No había mayor placer que dar un susto de muerte.

Y así caminaron, escoltados por cinco soldados muertos de miedo que no respondían a las preguntas que lanzaban los hombres de negro que los observaban al pasar. Aquellos sureños tenían las caras muy pálidas, y en sus rostros se pintaban sonrisas de suficiencia o arrugas de hostilidad. Tigre decidió que morirían a su debido tiempo. Por ahora, el plan era proponer y ver.

La tienda de mando se alzaba imponente en el corazón del campamento del ejército invasor, un bastión de tela y madera que destacaba entre las demás tiendas y estructuras temporales. Habían elegido robustas lonas negras, cosa que no sorprendió a Tigre. Ya había entendido que no eran gente muy colorida. La tienda parecía absorber la luz circundante, creando una presencia ominosa en medio del campamento. Sus dimensiones indicaban que albergaba la autoridad del ejército. Tigre observó el gran estandarte que mostraba a un hombre ahorcado.

– Pues vaya forma de matar –murmuró, sin darse cuenta.

– Parece piadosa –comentó Ayua.

Había un guardia apostado en la entrada y otro sentado n un taburete y comiendo una sopa con sonoros sorbidos.

– ¿Se puede saber qué hacéis aquí? –preguntó el centinela al ver a los soldados que escoltaban a Tigre y Ayua.

– Estos forasteros quieren ver al general.

– Ya. Y yo me quiero follar a la reina Marie. Venga, largaos.

Los soldados se giraron hacia Tigre, indecisos. Tigre dio un paso y habló con voz alta y clara para que se le oyera desde la tienda de mando.

– Les dije a estos soldados que me trajeran ante el general de este ejército porque tengo una propuesta que le ayudaría a entrar en la ciudad mañana mismo. Sin necesidad de romper esos muros tan bonitos. Que seguro que han costado mucho esfuerzo levantarlos.

– Si no tienes una propuesta para llevarme a la alcoba de la reina Marie, me importa una mierda lo que salga de tu boca.

Entonces, Tigre le escupió.

– Supongo que eso no te ha importado.

– Hijo de puta –escupió el guardia.

Acto seguido desenfundó y su hoja refulgió ante los rayos del sol. Tigre no se movió. El tipo ejecutó una estocada dirigida al cuello del heterocromo, pero este la bloqueó en el último momento. Con el brazo. El brazalete de madera que antes cubría una pequeña parte del antebrazo ahora lo cubría del todo. Los ojos de Tigre brillaban encendidos con el color del musgo.

El atacante titubeó. El acero se había clavado en la madera del pequeño escudo que parecía haber surgido de ninguna parte. Tampoco habría podido golpear de nuevo, porque Tigre lo tiró al suelo de espaldas con una patada. Justo en ese momento salieron varias personas de la tienda de mando.

Tigre se fijó solo en una, la última. Una mujer. Alta. De rasgos fieros. Ojos cobrizos, casi felinos. Seguros. Una cicatriz se extendía desde el centro de la frente hacia la mejilla izquierda, interrumpida solamente por la cuenca del ojo. Del mismo color que la cicatriz, el cabello era pelirrojo. Unas trenzas se escondían entre la larga mata que caía por sus hombros y se entrelazaban con finas cintas de cuero. Se fijó en el pedrusco que simulaba el rostro de un lince que llevaba al cuello, y dos cuernos negros que llevaba enganchados al chaquetón.

¿Qué hace una mujer en la tienda de mando? Que la Quinta me lleve, pensó, es hermosa.

Su sorpresa fue mayúscula cuando habló con autoridad. Con la máxima autoridad.

– Heterocromos –declaró–. Aparecéis más temprano que tarde. Perdonad los modales de mis guardias, pero no están acostumbrados a invitados tan distinguidos. ¿Qué tal el viaje?

– ¿Y el general? –preguntó Tigre, omitiendo las cordialidades.

– Estáis ante ella. Pasad, por favor.

*

El espacio en el que entraron estaba iluminado por los rayos de sol que se filtraban por amplios espacios de lona transparente. Una alfombra gruesa y oscura amortiguaba el ruido de las pisadas. El centro lo ocupaba una mesa robusta. A Tigre le recordó a la mesa del capitán Seven Escuala. También estaba llena de mapas. Había dos sillas ocupadas por altos rangos que no se habían movido durante el alboroto, y otras tres vacías. A un costado más sillas yacían apiladas, por si había que recibir a más gente.

– ¿Quiénes son estos invitados? –inquirió uno de los que esperaban sentados.

– Heterocromos –informó Saima–. Llegan justo a tiempo.

– Los hijos de las Destructoras –dijo otro de los presentes, con un grano de impresión en la voz–. Tal y como Lor'Horn previno.

– ¿Destructoras? –preguntó Tigre, alzando una ceja.

– Puede que en el continente no se cuenten las mismas historias del pasado que tenemos todos en común. Pero el pasado no debe importarnos ahora. Sentaos, por favor.

La mujer les dedicó una rápida sonrisa, luego les hizo un gesto para que se sentaran del lado de la mesa donde no había nadie todavía. Así lo hizo Tigre. Ayua lo siguió sin decir nada.

– ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros aquí? –preguntó Tigre, sin rodeos.

– El que haga falta.

– ¿No es aburrido?

Mientras tanto Saima se había sentado en frente de ellos y ordenado a sus dos acompañantes que cogieran dos sillas para hacer lo mismo.

– Dados a escoger, preferimos una victoria aburrida que una derrota divertida. Todavía no os habéis presentado.

– Tigre Gea –se presentó–. Y ella es Ayua.

– ¿Cuál es tu destructora? –quiso saber uno de los hombres uniformados, dirigiéndose hacia Ayua.

– ¿Mi guardiana?

– Tu destructora –repitió.

Ayua miró a Tigre, que se encogió de hombros.

– No importa quienes seamos cada uno de nosotros. Aquí, en esta tienda de mando, nosotros somos heterocromos. Y vosotros sois singas sureños. Hemos venido a conquistar este continente, pero parece que vosotros ya estáis haciendo algo parecido. ¿Me equivoco?

– ¿El continente? –rio Saima–. Bueno, a mí solo me han encargado conquistar Mohad, y es lo que hago.

– Por algo se empieza –repuso Tigre–. Tengo una propuesta.

– Me suponía que no habríais venido hasta aquí con las manos vacías. Escuchémosla entonces.

– Os ayudaremos a conquistar esa ciudad que tenéis sitiada. Os haréis con ella mañana mismo. Aceptaréis nuestro liderazgo y podréis gobernar la ciudad en mi nombre.

El silencio se adueñó de la tienda por un instante. La primera carcajada sonó como una pedorreta. El hombre que no pudo aguantarse rio de nuevo y siguieron más risas como la suya. Unos se inclinaron hacia adelante, otros golpearon la mesa con la palma de la mano, pero Saima no se movió. Ni siquiera se rio. Aguardó a que sus hombres entendieran que el asunto no era ninguna broma antes de seguir.

– ¿Cuántos sois? –preguntó la mujer.

– Suficientes.

– ¿Cuántos? –insistió.

– Millares –mintió Tigre–. Hay más barcos en camino.

Ella asintió, pero a Tigre le dio la sensación de que no se lo había tragado. Y era muy bueno con las sensaciones.

– Puedo aceptar que nos ayudéis a entrar en la ciudad. Vuestra colaboración me permitirá explicar por qué no os matamos a todos. A Lor'Horn no le gusta malgastar comida en prisioneros. Y eso que nuestras cárceles están llenas de muertos de hambre. Por eso se inclina

por matar a los que no son de los nuestros. Pero yo quiero cumplir mi misión con el menor número de bajas. ¿Qué me decís?

– Mi propuesta no ha cambiado.

– Val'Monde caerá tarde o temprano. Hacer que caiga mañana en vez de dentro de una luna no es imprescindible.

– Malgastáis mucha comida –señaló Tigre.

– Tenemos suficiente. Tu propuesta no es aceptable, Tigre. Esta guerra contra Mohad es nuestra. Nosotros invadimos estas tierras y serán nuestras por derecho. Nuestro ejército es cien veces mayor que el tuyo, tenemos fuerzas de las que ni has oído hablar al otro lado del mar y contra las que lo único que podrías hacer sería esconderte bajo tierra y rezar para no ser encontrado.

– ¿Esconderme?

Aquello era intolerable. Tigre se lo tomó como una afrenta personal. No tuvo que levantarse para actuar. La mesa era de madera. Lo aprovechó. De ella brotaron brazos como ramas que se dispararon al cuello de cada uno de los singas. Incluida Saima. Notaba el calor en sus ojos mientras ordenaba a la madera que estrangulara a esos miserables.

– Arggg… –balbuceó alguien.

Tigre sonrió, satisfecho. Solo duró un latido. Cuando sintió que algo frío y metálico hacía presión sobre su yugular se dio la vuelta, alarmado. Era Saima, pero tenía una mirada distinta. Los ojos de una sádica. Sabía leer en los ojos de las personas. Hasta los ojos más bonitos del mundo pueden echar miradas asesinas. Los de Saima no eran los ojos más bonitos del mundo. Su mirada, sin embargo, provocó un escalofrío que recorrió a Tigre de pies a cabeza.

– Suelta o muere –susurró ella.

Locura. Había locura en esos ojos. En ese momento supo que, si tardaba en decidirse, sería demasiado tarde. Y no había ido allí para matar a nadie. Solo quería asustar y forjar una alianza temporal basada en el miedo. Las cosas no estaban saliendo como quería. Había subestimado a los singas.

Tigre soltó. La navaja desapareció.

– ¿Cómo te atreves? –exhaló indignado uno de los altos mandos.

Pero Tigre no respondió. Su mente trabajaba para entender lo que acababa de pasar. Había ahorcado a todos los presentes con su poder, pero esa Saima había hecho algo imposible. Más aún para una singa. La había visto en dos lugares a la vez. Tras él, con la navaja prometiéndole una muerte rápida, y en frente de él, presa del agarre de la rama.

– ¿Podemos mantener las formas? –pidió Saima–. Bien. Ahora que ya nos hemos divertido un poco, sigamos con lo que nos concierne. La colaboración.

– ¿Cómo vais a ayudarnos a entrar en la ciudad? –quiso saber uno de los singas.

– Todavía no he dicho que vayamos a hacerlo.

– Tigre –se impacientó Saima–. Aceptaré tu ayuda de buen grado y trataré de convencer a Lor'Horn para que él también la acepte. En estas tierras todos os odian. Siempre ha sido así. ¿Queréis enfrentaros con todos los territorios a la vez? En ese caso, no duraréis ni dos lunas.

Tigre quería ofrecer su ayuda, pero esa negociación había salido bastante mal, y Saima le estaba haciendo quedar como el más débil de la alianza. Como si no le quedara más remedio que aceptar. Había confiado en poder acabar fácilmente con ese ejército de armaduras negras gracias al poder de los elementos, a pesar de que los centuplicaran en número. Tras la sobrehumana demostración de Saima, ya no estaba en absoluto seguro. Esos singas también tenían sus secretos.

– Hemos venido para quedarnos –dijo Tigre, serio.

– De acuerdo, pero no os quedaréis en Val'Monde –denegó Saima–. Mira, quizá pueda daros algo a cambio de vuestra ayuda. Hay un territorio, al oeste. Se llama Suna. Está gobernado por un hombre gordo y astuto con un título de emperador. Empezad por ahí. Lor'Horn no ha previsto conquistarlas. La información que podría compartir con vosotros os permitiría haceros con el imperio Suna con pocas bajas, incluso si fuerais muy pocos.

– ¿Cómo es de grande?

– Más grande que Mohad. Tiene más bosques, más ríos y salida al mar. Es un territorio mucho más atractivo que Mohad.

Tigre esperó en silencio. Tenía que pensar. Si ese territorio de Suna era tan atractivo, entonces, ¿por qué no lo conquistaba Lor'Horn?

– Pero Lor'Horn no lo quiere.

– Tenemos nuestras razones.

– Si quieres que cavemos túneles para vosotros, empezad a darnos la información que habéis prometido.

Saima también esperó antes de hablar y Tigre se dio cuenta de que todos sus acólitos la miraban expectantes.

– Un pacto de no agresión –declaró al fin.

– Ya veo. No queréis pegaros con todos a la vez. Por eso me ofreces esta alianza de circunstancias.

– Nos conviene a todos –señaló un alto cargo de los singas.

– Es posible –respondió Tigre, echándose hacia atrás en su silla.

– El emperador de Suna ha movilizado a sus tropas para conquistar Val'Lacq –explicó Saima–. Cuenta con la ayuda de algunos rebeldes mohadís que desean ver caer a la monarquía. Si entráis desde el sur os encontraréis con el territorio desprotegido.

– ¿Qué me asegura que no os comunicaréis con ese emperador en cuanto salga de este campamento?

– Nada –admitió–. En la guerra no hay palabra que valga. Envía a tus exploradores. No te fíes, si no quieres, pero la que propongo es la estrategia que más nos conviene a todos. Vosotros os hacéis con un territorio extenso fácilmente y os asentáis en el continente. Nosotros seguimos a lo nuestro según lo planeado y nos quitamos un estorbo.

Tigre se levantó e hizo una seña a Ayua para que hiciera lo mismo.

– Ha sido un placer. Tendréis mi respuesta mañana al alba y, en caso de ser positiva, podréis entrar en la ciudad esa misma noche.

Saima también se levantó, y acto seguido más sillas recularon, silenciado el ruido por la gruesa alfombra.

– Esperaré buenas noticias, pero estaremos preparados por si no lo son.

El apretón de manos que le ofreció fue más firme de lo que se imaginaba. Eso le gustó. Le gustaba esa Saima. Quizá esa fuera la razón que le empujaba a aceptar la oferta, y no la lógica.

REENCUENTRO

Val'Monde, Mohad 571.

– ¡Kai Shek! –exclamó Dien Phu.

– ¡Dien Phu! –exclamó Kai Shek.

– ¡Kai Shek! –exclamaron Mah Dia y Sah Mah al unísono.

Dien Phu y Kai Shek se fundieron en un abrazo al que se sumaron enseguida los demás. Todos salvo los maestros. Se alegraba de ver a los suyos por fin. Kai Shek era de todo menos cariñoso, pero cuando las misiones en el extranjero se alargan uno siempre se alegra de ver caras conocidas. Habían venido tres jinetes veteranos: Dien Phu, Mah Dia y Sah Mah; dos jinetes de la Nueva Llama: Tui Lam y Bong Nam; y dos maestros: Dun Gar y Shio Min. La cara de ese último era la que menos alegría rezumaba, y a la vez la que menos había esperado ver allí. Aunque, pensándolo bien, era lógico.

– ¿Y An Long? –preguntó al ver que no estaba ahí.

– Está bien. Shia Ma y él volvieron al Peine y nos contaron el descubrimiento –Dun Gar le guiñó un ojo–. Luego hablaremos de eso.

Tras las cálidas palabras que se dicen en los reencuentros, Kai Shek se percató de que también habían llegado mohadís al patio de armas, como era lógico, pues era su patio de armas. Y vaya mohadís.

Ya conocía perfectamente a dos de ellos tras el último desencuentro en el palacio. El primero era el rey Charles, engalanado con sus sedas azules, con el cabello empolvado y una perilla que desentonaba en su porte regio. Lo miraba con el ceño fruncido: estaba claro que él también se acordaba de su desencuentro. Y luego estaba su tío con quien había compartido amables palabras, el mariscal Richard Val'Dargant, embutido en aquella ostentosa armadura con hombreras en forma de cabeza de hiena. A esas alturas ya sabía que la hiena era el blasón de los Val'Dargant. Había recabado información sobre los demás. Y en la Orilla Fangosa no pasaba ni una hora sin que alguien despotricara sobre alguno de esos dirigentes. Al único al que perdonaban más o menos era al Pontífice, el único superviviente del golpe de Estado, según se decía, reconocible por la toga celeste y el solideo. Tenía un aire afable, pero de seguro aquel hombre estaría envuelto en los tejemanejes y las luchas de poder de la Iglesia Limerea, donde nada menos que tres Pontífices reclamaban el estatus de jefe supremo de la religión e interprete exclusivo de Limeres.

El de rostro afilado, vestido de seda gris y austera debía de ser el hombre de las finanzas, Philippe Val'Detignes. Y el que estaba rezagado, como en segundo plano, era sin duda Lord d'Estaing, el chambelán, siempre a la sombra de los grandes, aunque también de alcurnia impecable según lo que había oído. Llevaba ropas de seda al estilo mohadí, con adornos de tul y encaje que insinuaban su posición y riqueza.

– No estaba al tanto de que seguías en mi ciudad, jinete –dijo el rey en tono molesto.

Aquello era algo que el máximo dirigente del reino no debería decir, en opinión de Kai Shek. Tenía la sensación de que, cada vez que el rey abría la boca, su estima hacia él disminuía.

– Estaba en los alrededores –mintió–. Volví cuando mi dragón detectó la cercanía de los de su raza.

– Pensamos que sería una buena idea mantener a un jinete en la zona, por si la ciudad era amenazada –improvisó Dun Gar.

– Pues la amenaza ya está aquí –señaló Richard Val'Dargant.

– Amenazas –recalcó Shio Min paseando una mirada inquietante por todos los rostros.

Probablemente ningún mohadí podía entenderlo, pero Kai Shek había alzado el vuelo aquella mañana para avistar toda esa flota de velámenes a las puertas del desierto. Y tenía su propia teoría.

– Barcos –susurró Kai Shek–. ¿No me digas que vienen de las islas del Borde?

Shio Min sonrió, cosa que provocó ceños fruncidos entre los dirigentes tostados.

– Siempre tan astuto, Kai Shek –alabó el maestro de los secretos.

– Habéis venido a ayudarnos, ¿no es así?

El que había hablado avanzó unos pasos hacia ellos. Debía de ser Philippe Val'Detignes, pues era el único que parecía inteligente.

– Si no lo fuera, ya estaríamos muertos –murmuró el Pontífice.

– Pues marchando –zanjó el rey Charles–. ¿A qué esperamos? Tengo a un ejército plantado a las puertas de mi ciudad como mala hierba. Estábamos pensando en formas de arrancarla, pero ahora creo quemarla será lo más fácil.

– Shio Min y yo mismo os acompañaremos para hablar de la defensa de la ciudad, pero mis jinetes necesitan ahora un lugar donde descansar. Ha sido un vuelo muy largo con vientos contrarios y deben estar preparados para la batalla, si esta se da. Entretanto, nuestros dragones volarán a sus anchas por las aldeas cercanas. Es posible se lleven algo a la boca, de cuando en cuando.

– Desde luego, desde luego. Que vuelen los dragones. Y que descansen vuestros guerreros. Richard, encárgate de acompañarlos y que no les falte de nada.

– Sí, Majestad. Acompañadme, jinetes. Os enseñaré el ala de invitados.

– Te esperamos en la torre norte, tío –lanzó el rey mientras el mariscal se alejaba con una retahíla de guardias y un puñado de jinetes de dragón.

*

Les habían dado una habitación más grande que cualquier casa del Tiber, y a Kai Shek, que se había acostumbrado al cuchitril de la Orilla Fangosa, le costaba entender los beneficios de un espacio desocupado tan amplio. Dien Phu no parecía especialmente preocupado por eso. Había abierto la ventana para dejar ahí sus botas y se había tirado en la cama con los pies en alto.

– ¿Alguna vez te has preguntado por qué todos los hombres poderosos construyen palacios?

– Porque pueden –respondió simple y llanamente Dien Phu–. Para ver si pueden hacer uno mejor que el del anterior hombre poderoso.

Asintió Kai Shek.

– O el de enfrente.

– Y luego los destruyen en sus guerras.

– Y todo vuelve a empezar de nuevo.

Dien Phu se incorporó.

– Supongo que este palacio está condenado –dijo.

– ¿Crees que conquistarán la ciudad?

– Ya has oído a Shio Min. Te ha dado la razón. Han venido los heterocromos.

– Que estén ahí no significa que vayan a tomar partido.

– Puede que se queden de brazos cruzados, sí. Es una posibilidad. Incluso llegué a pensarlo seriamente al principio. Que se maten entre mohadís y dominados, ¿no? Pero… hablarán con los bandos, supongo. Y lo harán antes con la Legión Negra que con el ejército mohadí –Dien Phu se inclinó para coger una bebida que tenía en la mesita de noche–. Y pronto se darán cuenta de que los invasores tienen las de ganar.

– Tenían. Ahora estamos nosotros.

– No vamos a atacar, Kai Shek.

Hubo un corto silencio que Kai Shek usó para pensar. Llevaba mucho tiempo fuera del Peine y no estaba al corriente de todo, pero podía adivinar algunas cosas.

– De acuerdo. Pero entonces… ¿Por qué traer a tantos dragones?

– Dun Gar y Shio Min creen que la espada que buscamos está aquí. Si la encontramos, lo siguiente será la Semilla. Por cierto, el maestro quiere que te juntes de nuevo con An Long para terminar la misión.

Una parte de Kai Shek deseaba entrar en la Semilla y revelar el secreto que había allí encerrado, pero otra, esa vocecita en su mente, le decía que abrir algo que alguien había sellado de tal forma no podía ser una buena idea.

– Estamos tomando un gran riesgo. No sabemos lo que puede haber allí encerrado.

– ¿Es cierto lo que me contó An Long? ¿Tú también viste a Tiranior… ansioso?

– Ansioso. Sí. Es la palabra adecuada. Ese lugar rezuma una energía oscura, Dien Phu. Oscura.

– Vuelven los secretos años enterrados –citó el jinete.

Kai Shek se removió incómodo. Había visto a Tiranior en la Semilla y ese comportamiento en un dragón primigenio era inédito. Su amigo tenía razón. Lo que fuera que hubieran enterrado allí llevaba mucho, pero que mucho tiempo enterrado. Tiranior parecía intuirlo. Cada vez tenía más dudas sobre si era una buena idea abrir esa puerta.

– He leído mucho sobre espadas últimamente –decidió cambiar de tema.

– ¿No me digas?

– Hay una historia sobre dos espadas hermanadas. Grandeur y Epeecle. Dos príncipes gemelos las esgrimieron. Del árbol bondadoso que era su padre, el rey del Pulmón del Mundo, las astillas le salieron malvadas. Ambos fueron tiranos que disfrutaron arrebatando las vidas de sus propios soldados. Creo que las espadas tuvieron algo que ver.

– Le mutilamos el nombre, ¿eh?

Kai Shek rio.

– Kaaldanor. Grandeur. Ni el eco de las cuevas deforma así las palabras.

– Suena a nombre mohadí auténtico. Ya sabes. Su verdadero idioma. Antes de la Ola y la invasión heterocroma.

– Sí. Supongo que lo pronunciamos fatal. Pero ni siquiera ellos sabrían pronunciarlo ahora.

Ambos rieron.

– En cualquier caso, es la historia correcta, Kai Shek –informó Dien Phu–. Es la que Dun Gar nos contó. Y también al Khaz Dolu.

– Pero la espada no está en el Archivo de los Tiempos. Ya he buscado en todas partes, y nada. ¿Habéis venido con alguna idea que no se me haya ocurrido?

– De la maravillosa y misteriosa mente de Shio Min, así que espero que sea buena.

A Kai Shek le recorrió un escalofrío.

– No me digas…

– El maestro de los secretos piensa que Kaaldanor nos ayudará a encontrar la espada hermanada.

– ¿La habéis traído? ¿Quién la tiene?

– An Long –le dijo, mirándolo a los ojos–. La tiene An Long. Por eso Dun Gar ha pedido que vayas con él.

Entonces Kai Shek entendió. Y reflexionó. ¿Por qué An Long? Se puso en la piel de Dun Gar

por un momento. Dársela a An Long era lo lógico, pues él había llevado el mensaje desde la Semilla. Era su misión, de modo que debía terminarla. De haber estado allí Kai Shek, le habría correspondido a él portarla. Pero en esas circunstancias, tenía que ser An Long. Sin embargo, había un detalle que le inquietaba sobremanera. Y es que Tiranior ya había conocido a Kaaldanor. Hacía mucho tiempo. Y esa historia había terminado mal. Muy mal.

– Es arriesgado –dijo solamente.

– Confía en él. Es un jinete como nosotros. Uno de los nuestros.

– Uno de los nuestros, sí –suspiró Kai Shek–. Pero no es un jinete como nosotros.

48

VIBRACIONES

Afueras de Val'Monde, Mohad 571.

Tigre tan solo había subido a bordo de dos de las carabelas. La primera, el Martín Vengador, para la travesía del mar de pecios. La segunda, el Yunque, para los consejos de guerra.

Era un espacio sin ventanas, con lámparas de aceite de tortuga colgando de las vigas del techo y candelabros de hierro donde resplandecían las gruesas velas que iluminaban la estancia del consejo. Las paredes estaban revestidas de madera de cedro y en un rincón un armario guardaba secretos de navegación y notas sobre lo que los heterocromos consideraban importante saber acerca del continente. La mesa redonda era de roble macizo y de las cinco sillas talladas que había a su alrededor, tan solo cuatro estaban ocupadas.

– ¿Te has vuelto loco?

Si aquellas palabras no le importaron fue porque salieron de la boca del único que podía decirlas: Hovar.

– Fue un movimiento arriesgado –admitió Tigre echándose el pelo hacia atrás–. Pero ahora sabemos una cosa: hemos subestimado a los singas.

– ¿Subestimado? ¡Has hecho mucho más que eso! –insistió Hovar, incapaz de ocultar el enfado–. Fuiste tú solo a meterte en la boca del lobo. Tú contra decenas de miles. Aunque sean singas, tienen armas. ¡Por las putas guardianas, mierda!

– Ya está bien, Hovar. En ningún momento estuvo mi vida en riesgo –mintió–. Y no estaba solo. Pero dejemos este asunto de lado. Lo que nos concierne ahora es la alianza.

– Me parece un buen comienzo –declaró Halam Escuala–. Una alianza con los que van ganando. No sé si nos brindarán ayuda de verdad, pero al menos no nos molestarán durante un tiempo. El tiempo necesario para que Lamo y los demás levanten la base en esa ciudad en ruinas que dejamos atrás. Y así podremos conquistar el imperio Suna con tranquilidad.

– No hemos venido buscando tranquilidad –rebatió otro pantera. Era Brock, hijo de Borea–. Yo quiero sangre. Quiero regar estas tierras con la sangre que debió haberla regado siglos atrás.

– La tendrás, Brock. Regaremos con la sangre adecuada –convino Tigre–. Pero os elegí para moderarme, así que, por favor, no avivéis más estas ansias de venganza. Quiero escucharos. Quiero oír la voz de la razón. Hovar, alegra esa puta cara y dame un consejo.

Hovar exhaló un suspiro, más calmado ahora. Tigre sabía lo que pensaba de él. Que era un

líder muy sólido y competente que había sabido rodearse de consejeros capaces para paliar sus propios defectos. No había pantera más leal que Hovar. Siempre tan sincero. Siempre tan acertado.

– Si les abrimos los túneles, conquistarán la ciudad sin debilitarse. Eso no nos conviene. Sin embargo, si no lo hacemos, podrían volverse en nuestra contra. Y ya hemos visto el ejército que hay ante nosotros. Si esa Saima dice la verdad, entonces tendrán un número parecido en las Llanuras. Y otros tantos a cientos de leguas camino al Creciente. Son muchos, Tigre. No sabemos cuántos, pero seguramente más de los que podríamos matar con fuego y terremotos.

Tigre sopesó las palabras de su mejor consejero y lo más parecido que tenía a un amigo. Tenía razón, como siempre. Desconocían a los ejércitos de Lor Horn. Lo desconocían todo sobre sus fuerzas. Empezando por las de esa misteriosa Saima, que había sido capaz de librarse del agarre de Tigre. Quién sabe si habría podido matarlo, incluso.

– No se volverán en nuestra contra. Tienen una ciudad que conquistar. Atacarnos ahora sería una insensatez. Perderían tantas tropas que ya no podrían invadir Val'Monde –señaló Halam.

Halam también tenía razón.

– Cierto. No nos atacarían inmediatamente. Pero tendríamos menos tiempo para asentarnos. Vendrían a por nosotros antes de lo esperado –puntualizó Hovar–. Avisarían a ese emperador Suna. Alertarían a los otros dirigentes de territorios que podrían ser nuestros…

– Soy consciente de todo eso, Hovar –interrumpió Tigre, que se mesaba la barbilla–. Pero ¿cuál es tu consejo?

– Cavar túneles –dijo tras un momento de duda–. Sí. Juguemos con eso. Cavar unos pocos. Suficientes para que el ejército se disperse por toda la ciudad. Una veintena, quizá. Y avisar a los defensores.

Se hizo el silencio. Todos pensaban. Tigre examinó a Hovar, serio. Vestía una elegante casaca granate que ocultaba todos sus tatuajes. La mayoría de los cuales se hizo para ocultar cicatrices. Era un hombre cauto y tranquilo. Tigre le había visto perder los estribos tan solo una vez, y pobre de aquel tipo que lo provocó. Que su luz perdure.

Miró a Halam, sentado con la casaca abierta, dejando entrever los motivos de su camisa desabotonada: tiburones limón. También era un hombre sereno. Necesitaba a gente así a su lado. Había compartido buenos momentos con él, en sus años de juventud, cuando la política no importaba y se pasaban las noches fumando semillas de alegría con una mujer a cada lado. Halam había sido todo un seductor, pero había cambiado drásticamente desde el nacimiento de su hija. Era fiel a su esposa. Pero lo que era más importante: era fiel a Tigre.

Y luego estaba Brock, esa bola de grasa musculosa capaz de flotar más arriba que ningún otro Borea. Ese hombre era una paradoja en sí mismo. Un día podía ser sutil e inteligente, y a la mañana siguiente un completo cretino. Pero a Tigre siempre le había caído bien. Y era uno de los hombres más fuertes de las islas como dejaban deducir sus hombros siempre descubiertos.

– Avisar –sonrió Tigre–, sí. Me gusta la idea. ¿Y por qué no ayudar? Podríamos echar una mano a unos y otros. De maneras sutiles, por supuesto.

– Que muera el mayor número –sonrió Brock.

Todos sonrieron, incluso Hovar. Todas sus cicatrices parecían sonreír.

– Sea. Brock, a tu cargo quedan los túneles. Halam, te encargarás de la sutileza.

– Sí –respondió Halam.

– Túneles –confirmó Brock.

– Hovar, tú enviarás el mensaje a Saima. Ya me he dado cuenta de que te asusta que vuelva a esa tienda.

El pantera, hijo de Ignos, asintió todavía con media sonrisa.

– Me conoces bien.

– Muy bien –dijo Tigre–. Ahora… ¿Qué es ese miedo que recorre mis filas?

Los consejeros se miraron unos a otros, como decidiendo quién iba a responder.

– Han avistado animales enormes en el cielo –informó Halam.

– Creemos que son dragones –apostilló Hovar.

– Dragones –repitió, más para sí que para sus consejeros–. Nunca he probado dragón. ¿Se podrá cocinar?

*

Salieron del Archivo exhaustos y abatidos. Había sido un día de muchas emociones para An Long, y seguramente para Sand habrían sido incluso más, pues aquella era su ciudad natal.

Nada más llegar habían visto cómo un ejército enemigo se había apostado frente a la gran urbe para sitiarla. Habían visto la llegada de un segundo ejército en barcos rodantes de cuyas intenciones no sabían nada. Al entrar en la ciudad habían tenido que ocultarse por miedo a que alguien reconociera a Sand. O Paul, tal y como había admitido días atrás que lo conocían en aquella ciudad.

Gracias a ese nombre habían podido entrar en el Archivo de los Tiempos, una mastodóntica estructura que se alzaba en medio de la ciudad como la duna reina del desierto. Una horda de empleados jorobados iba y venía con rollos y libros cargados en carretas que empujaban o retenían por las cuestas del edificio. Algunas de ellas eran más empinadas que las del mismísimo Eventel. Otros trabajadores leían con extraños aparatos en los ojos y había amanuenses que untaban sus plumas en tinteros decorados y escribían con esmero y suma paciencia.

Lucien, el contacto de Sand al que casi le da un patatús al reconocerlo, era un ordenador. Su oficio ni siquiera era el de ordenar los libros, eso lo hacían los anaqueleros. No. Lucien era uno de los cerebros del sistema. Él imaginaba la forma más eficiente de organizar toda aquella información con el fin de encontrarla rápidamente, pero también y sobre todo para no perder nada. Asegurar la integridad de todas esas copias y mantenerlas en lugares duplicados por si alguna catástrofe provocaba la pérdida o destrucción de documentos.

Años atrás, cuando Sand aún era un príncipe heredero que gateaba por lujosos salones ante las exclamaciones de las damas de la corte, el rey había decretado el traspaso de las reliquias de la Fortaleza Flotante al Archivo de los Tiempos. Precisamente por el robusto sistema de seguridad que habían desarrollado estos ordenadores. Por eso Sand era uno de los pocos en saber que las más valiosas reliquias de Mohad se guardaban ahora allí. Porque el rey que lo decidió era su padre. Por desgracia, parecía que se había corrido la voz. El eterno problema de los secretos.

– Siento de veras no poder haber sido de ayuda, Majestad.

– Por enésima vez, Lucien, no me llames así. Es peligroso. Podríamos acabar en el cadalso los dos.

– Perdonad, Paul… Quiero decir, Sand. Lo sé. Es que… Creo que todos en esta ciudad os echamos de menos.

Aquello agradó a An Long. Lucien era un hombre afable y sumamente culto. Si él había echado de menos a Sand, seguramente significaba que Sand era un gran hombre.

– Esta ciudad debe aprender a depender de sí misma, y no del rey o la reina de turno –declaró con un tono envuelto en resignación.

– ¿Qué haréis ahora? –se interesó el hombre.

– Si lo que dices es cierto, estoy seguro de que Richard Val’Dargant está al corriente de todo.

– Es una vergüenza que la corona haya permitido este saqueo –se indignó el letrado.

– Favorecido, Lucien. Estoy seguro de que Charles está detrás de todo esto. Siempre quiso el poder para enriquecerse. En fin… Hemos de irnos. Tengo que ayudar a mi buen amigo tibereño.

– Desde luego, ya os he robado demasiado de vuestro tiempo. Ha sido la mayor alegría de los últimos años, Maj… Sand. Espero que Limeres os devuelva al lugar que os corresponde.

Y así se despidieron a las puertas del Archivo de los Tiempos, tras comprobar que la espada Epeecle, al igual que otras muchas reliquias, había desaparecido.

A An Long le parecía impensable que el rey de un país pudiera saquear sus propias reliquias. Era como si el Khaz Dolu ordenara a los jinetes de dragón que robaran los tesoros más preciados de todos los tibereños. Impensable. Luego, instintivamente, llevó la mano al pomo de la espada más valiosa que había visto en su corta vida.

Esta vez caminaron más tranquilos por las calles de Val'Monde porque a Sand se le había pasado la paranoia al ver cuánto le había costado a Lucien reconocerlo después de tanto tiempo. An Long nunca había tenido el privilegio de ver la ciudad de tan cerca, ni de caminar por sus calles.

La capital del Imperio de la Arena exudaba antigüedad e imponía respeto. Los edificios eran tan grandes y amplios que parecía que hubieran sido construidos para recibir a gigantes. Cuando atravesaron la plaza de la Torre del Aura, An Long tuvo que echar la cabeza atrás para ver cómo su enorme aguijón rasgaba una nube perdida en la inmensidad azulada.

– Nunca he visto una torre tan alta –admitió.

– Tiene buenas vistas. Como nosotros no tenemos dragones…

– Tenéis escaleras –terminó el jinete, serio.

Sand se rio, y An Long entendió que había hecho una de las suyas. Más tarde repicaron las campanas indicando que ya era la hora del hambriento. Sand mencionó un local para comer que había a dos cuadras de la Gran Catedral, de modo que allí fueron.

Se instalaron en la terraza del segundo piso, con vistas despejadas sobre la joya limerea. La catedral era un edificio único que dejó a An Long maravillado. Bien podría ser el monumento más grande que había visto en su vida, ahí delante, encajonada en el corazón de la ciudad.

La fachada principal presentaba unas puertas de madera gigantescas, tachonadas con puños de bronce, flanqueadas por estatuas de mármol. Por encima, un gran rosetón de vidrio en forma de pento irradiaba un caleidoscopio de colores cuando la luz lo atravesaba. El resto de la fachada estaba adornada con intrincados relieves esculpidos a mano que narraban historias que An Long desconocía. Sus esculturas proyectaban unas sombras cortas en ese momento, por la posición del sol.

– ¿A quiénes representan las estatuas?

– A pupilos de Limeres. A personas que un día dijeron haber conversado con él. Haber recibido un mensaje que tenían que compartir con el mundo.

– Profetas.

– Eso mismo –asintió Sand.

Flanqueando la entrada principal se alzaban dos torres gemelas de menor altura que la aguja central, ambas coronadas con cúpulas de cobre recubiertas de una pátina verdosa que añadía color y antigüedad a la estructura. Cada una presentaba a más figuras esculpidas en las alturas, como si observaran la ciudad en todas las direcciones. Desde donde estaban sentados podían apreciarse los primeros arbotantes de la fachada lateral, de un elegante y trabajado estilo mohadí.

– ¿Cómo se construye algo así?

– A mí no me preguntes. No estoy seguro de que hoy en día sepamos hacerlo. Además… las

arcas del reino no podrían permitirse semejante despilfarro.

– ¿Despilfarro?

– Es bonita. Sí. Pero ya me dirás de qué sirve…

– Poder. ¿No? El centro de la Iglesia Limerea. Por eso el Pontífice de Mohad es el que tiene más influencia. O eso he oído.

– Puede que fuera cierto años atrás, cuando Mohad era un imperio. Pero hoy en día… No estoy seguro de ello. Con cada ciudad mohadí caída, cada grano de arena arrebatado por Lor'Horn, cada islote recuperado por Mareas Rotas o cada bosque ganado por algún pequeño rey de los Mil Reinos, la influencia de nuestro Pontífice merma. Y sucede lo contrario con las pretensiones del Pontífice de Suna, que en cada colina o poblado que conquista el emperador coloca un Pento con los colores de su dinastía.

– Supongo… De todas formas, es un edificio único. Seguro que vienen delegaciones de todo el continente solo para admirar su belleza. O la aguja. ¿No es la más alta del mundo?

La aguja, que sobresalía del centro de la Gran Catedral, era el elemento más destacado. Estaba revestida de paneles de plata y oro que reflejaban la luz del sol en ese momento. An Long se preguntó cómo brillaría a la luz de la luna.

– Sí, sí. Vienen. Quizá en un mundo sin guerras las visitas extranjeras lleguen a ser una fuente de ingresos para Val'Monde. Desde luego, atracciones tiene de sobra. Pero de nada sirve soñar, más que para perder el tiempo.

– ¡Oh! –exclamó An Long al ver al mozo que con tan solo dos manos sostenía cuatro platos y una cazuela.

El mozo se acercó y de alguna forma que An Long no llegaba a comprender logró ir dejando los platos sobre la mesa sin hacerlos caer ni temblar siquiera.

– Ensalada de nopal con tunos caramelizados y vinagre de cilantro –recitó–. Tempuras de cola de alacrán en mermelada de agave. Tartar de salvelino al limón negro. Lomo de camello salteado con zumaque. Y… la cazuela de gusanos de seda en su salsa. Que vuestros paladares se deleiten, señores.

– Gracias –replicó Sand.

An Long abrió la boca, pero se había quedado sin palabras. El hambre entró de repente, como si se le hubieran insuflado de un soplo.

– Tú me salvaste la vida –dijo Sand–. Invitarte a probar nuestros manjares es lo mínimo que puedo hacer.

– ¿Cómo vamos a pagar? –preguntó An Long–. Yo solo tengo dragones de plata.

– Tranquilo, tengo la bolsa llena de escudos –sonrió el tostado–. Come sin miedo.

An Long no tenía ni idea de cómo habría conseguido tantas monedas. ¿Las llevaría consigo desde que se lo encontró en el desierto al borde de la inanición? Supuso que las habría ahorrado durante sus años como escarabajo. Pensó que allí las monedas, fueran del reino que fueran, no servirían para mucho. En Val'Monde, sin embargo, se podía comprar hasta pelo. Sí, había visto un puesto que vendía pelucas con cabellos rubios.

Sand cogió una cola de alacrán y le dio un mordisco. An Long dudó, desde luego había comida extraña en todos los platos. Jamás había oído la palabra "tartar" y el único limón negro que conocía era el podrido. Además, ese lomo de camello lucía muy rojo y no sabía si era por las especias o por falta de cocción. Y qué decir de los alacranes y los gusanos… Los insectos no eran algo que An Long acostumbrara a comer en las montañas heladas. Pero esta vez lo hizo.

Tras superar el desafío y probar de todo, An Long se sintió más valiente que nunca. Y sorprendido, porque todo le había sabido muy rico. Pagó Sand y el jinete no tuvo más remedio

que permitírselo, pues no tenía moneda local. Agradecieron al mozo por el trato le pagaron también a él antes de despedirse cordialmente. An Long hasta se inclinó, tal y como se hacía en ciertos lugares del Tiber, y luego se quedó pensando en por qué rocas había hecho eso.

An Long observó con curiosidad a un pordiosero que tenía la cabeza gacha y estaba apostado a la salida del local.

– ¡Oh generosos señores, por la gracia de Limeres y la caridad de vuestros corazones, un escudo para este pobre desvalido que ha perdido su sustento! –suplicó.

Sand metió una mano en el bolsillo de la chaqueta donde llevaba la bolsa y, sin sacarla, cogió un par de monedas. Justo cuando An Long pensaba que este se las iba a entregar, se las volvió a guardar en el bolsillo e ignoró al suplicante. An Long lo siguió, poniendo una cara de disculpa al mendigo.

– ¿Por qué has hecho eso? –preguntó cuando se habían alejado un poco–. Me ha parecido un poco cruel.

– No debí sacar las monedas. Ese hombre está a punto de morir y si le hubiera dado las monedas se lo habría gastado en morirse más rápido.

– ¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

– La baba. Tenía restos de baba azulada alrededor del labio. Es lagrimazul. Los respiraderos clandestinos vienen multiplicándose desde hace unos años. El presupuesto de la guardia ha ido mermando y ahora ya no tienen ni para uniformes. Ya nadie quiere alistarse, pues el dinero va al Ejército Real únicamente. Y eso que solo cosecha derrotas…

– ¿Lagrimazul? He oído hablar de eso. Dicen que tiene el poder de alegrar hasta al más desgraciado.

– Exacto. Pero solo por un tiempo. Y cuando se acaban sus efectos uno cae mucho más bajo. De modo que busca repetir la experiencia una y otra vez. Es un círculo vicioso.

– ¿Y acaban enfermando?

– Sí. No soy ningún experto, pero sé que la baba azul es señal de que la cosa ya no tiene remedio.

– Todo tiene remedio –dijo An Long, pensando en Santoro, pero sin mentarlo–. Además, no sabes en qué habría gastado esas monedas. Quizá tenga hijos pequeños que alimentar.

Sand se encogió de hombros, dando a entender que no iba a seguir justificando su decisión. Siguieron caminando por las calles de la capital de Mohad. Por lo que oía An Long al curiosear conversaciones ajenas, la gente estaba preocupada por un solo asunto, como era de esperar: el sitio.

– Los del local de comida no parecían muy asustados con el sitio –comentó.

– Eso es porque, llegue quien llegue, sea quien sea el gobernador de la ciudad, siempre habrá sitio para la gula. Supongo que confían en que cualquier gobernante adorará su comida.

– No sé yo si Lor’Horn dejará en pie algún edificio… ¿Y si hace como con Val’Fleus?

– Ya. Nadie en ese local ha visto en qué estado ha quedado Val’Fleus.

– Ya… Por cierto… ¿Hacia dónde caminamos?

– Hacia la fortaleza flotante –dijo con una sonrisa.

Tras un buen pedazo de camino las aguas del lago Danesi aparecieron ante ellos. Aunque Sand pareció maravillado, a An Long le parecieron sucias y oscuras. Nada que ver con los lagos cristalinos del Tiber. A lo lejos se apreciaba la silueta de la fortaleza flotante.

Era un pedazo de castillo de piedra rosa, lutita y arenisca en medio del alargado lago Danesi. Sus cinco torreones hexagonales se alzaban como sólidos juncos nacidos de las profundidades. El conjunto de puentes, arquerías y túneles formaba un espléndido y ordenado laberinto.

– ¿Cómo fue vivir en un palacio?

– Fue… bonito. Tenía cuanto quería. Me pasaba los días en los jardines con los otros niños de alcurnia. Comíamos como reyes. Había fiestas y banquetes todas las semanas. Tenía acceso a todo lo que te podrías imaginar. Me gustaba la esgrima y tenía al mejor maestro de armas. Montaba siempre a los mejores caballos del establo. Tenía tutores para enseñarme a leer y escribir, a recitar, a negociar, a comportarme. Las reglas no escritas, el decoro… Tenía horas de estudio que intentaba eludir de pequeño, ya sabes, no me interesaban la ciencia o la historia. Me arrepentí con los años. Sobre todo, por no poner atención a las clases de política. Quizá eso me habría abierto los ojos sobre Charles y el golpe de Estado que me condenó –suspiró–. Perdón, me he ido por las ramas. No todo era color de rosa, pero supongo que sería aborrecible que me quejara de mi infancia, ¿no?

– No lo sé.

– La infancia más privilegiada de Mohad. A veces había que cumplir con molestas obligaciones. Pero hasta los niños más pobres las tienen. Quizá muchas más.

– Eso es cierto.

Siguieron caminando a la sombra de palmeras por el paseo que bordeaba el lago. A An Long le asaltaban olores nauseabundos de vez en cuando, pero fueron disminuyendo a medida que se acercaban al palacio.

– Mira. Yo solía subir a jugar a esa torre con otros niños de la corte. Un día, simulamos un rescate. Una de las niñas era la princesa encerrada, como en los cuentos. Se llamaba Marie. Nosotros teníamos que ir a encontrarla y salvarla. Cuando llegamos a lo alto, los niños del otro bando la defendían. También eran hijos de cargos importantes. Charles estaba conmigo. Todavía recuerdo la emoción. El retín de los estoques. La adrenalina. Aunque solo fuera un juego, nos lo tomábamos muy en serio. Demasiado. Aquello acabó con un dramático accidente, cuando uno de los salvadores de mi bando cayó desde lo alto.

– Murió.

– Al instante. En mis malas noches todavía me persigue ese crujido que hicieron sus huesos al estrellarse. Fue horrible. Aunque desde entonces he visto cosas peores.

– Vibra.

– Sí. Es estremecedor.

– No. Quiero decir… Vibra –An Long tenía la mano en la funda de Kaaldanor, que llevaba a la cintura–. La espada está vibrando.

– ¿Qué? –Sand se acercó a él y arrimó una mano–. ¿Puedo?

– Sí.

Lo constató por sí mismo. An Long se había

detenido en mitad de la calle. Recordó las palabras de Shio Min. “Las señales pueden ser variadas, pero de alguna forma el sello indicará la cercanía.”

– Epeecle está cerca –dijo, seguro de sí mismo.

Ambos se miraron. Los dos giraron la cabeza hacia la Fortaleza Flotante. ¿Podía ser? ¿Podía estar ahí mismo?

Los altos muros de la fortaleza parecían formar parte del lago, brotando de él como cascadas de piedra. Las troneras que los poblaban eran una clara nota de advertencia y las almenas, cosa curiosa, eran triangulares. Además, una fina capa de agua resbalaba por la piedra sin cesar gracias al acueducto que irrigaba continuamente el castillo y el lago.

– Vamos. Tenemos que entrar. Algo me dice que está en esa torre.

– No podemos entrar, An Long –dijo Sand–. No por aquí.

– Eres tú el que me ha traído hasta aquí.

– Sí –respondió Sand–. Y tenemos que seguir. Más adelante hay un pasadizo de emergencia. O había, hace unos años. Cruza los dedos por que siga en pie.

– No –negó An Long–. Basta ya de esconderse. Los jinetes hemos venido como aliados. Tendrán que recibirme como tal.

– Puede que a ti te reciban con apretones de manos, amigo. Pero a mí me apretarán una soga el cuello, como mínimo.

– Lo sé –asintió–. Pero tú ya has ayudado bastante y te has arriesgado demasiado. Gracias, Sand. A partir de ahora, Kaaldanor me llevará a la espada que estamos buscando.

– Pero…

– Sand. Tú eres el rey. El verdadero rey de este territorio. Ya has perdido bastante tiempo ayudándome, ahora has de ayudar a tu pueblo. Heredaste el trono una vez, ahora gánatelo.

Tras un corto silencio en el que ambos sopesaron lo que aquellas palabras significaban, Sand exhaló un suspiro, pero asintió.

– No sé si quiero ese trono, An Long. Pero tienes razón en lo que dices. He de ayudar a mi pueblo.

El jinete asintió a su vez, y ambos se fundieron en un sentido abrazo.

49

ALGO MÁS IMPORTANTE

Val'Monde, Mohad 571.

Dun Gar había estado en presencia de grandes personajes. Héroes de verdad. Esos dirigentes le iban que ni pintado al imperio decadente. Le costaba imaginar que ese amasijo de calles apretadas alrededor de un lago oscuro y apestoso hubiera sido una vez el faro de la civilización.

Llevaban allí encerrados todo el día. La mañana había estado llena de idas y venidas, de presentaciones con nobles o comerciantes influyentes. Tan solo habían salido d aquella torre para dirigirse al comedor a mediodía. Habían discutido cientos de temas y posibilidades, y todavía no se habían puesto de acuerdo en lo fundamental.

– ¡Esas torres podrían estar ardiendo esta misma noche! –se incendió Charles, dando un golpe sobre la mesa–. Es tan fácil como sobrevolar el campamento y quemar las tiendas. Huirían despavoridos y se acabaría esta estúpida invasión.

– Ya han visto a los dragones –se limitó a decir Dun Gar.

– Sí. ¿Y qué?

– Estarán preparados.

– ¿Cómo va a prepararse alguien contra una horda de dragones?

– ¿Horda? –Dun Gar tuvo que contener una risita. Habían traído a siete dragones. Ocho con Tiranior–. Esto no es una horda, Majestad. Es solo un puñado.

– Pero habéis venido a ayudarnos, ¿no es así? –intervino Philippe Val'Detignes en un tono mucho más conciliador que el del rey–. ¿Qué sugerís entonces?

– En el momento en que abramos fuego contra el ejército enemigo, se lanzarán al asedio. Es arriesgado por dos razones. En primer lugar, no conocemos cuáles son las intenciones del otro ejército, el de los heterocromos. Y, con o sin él, las tropas de Lor'Horn son demasiadas. Los dragones no son invencibles. ¿Cuántos arqueros habrá ahí? –Dun Gar se asomó de nuevo para observar la extensión de tiendas negras hasta donde alcanzaba la vista–. Podrían cubrir el sol con andanadas tal y como han cubierto esa tierra seca con sus tiendas. Y los dragones tendrían que acercarse peligrosamente para que el fuego fuera eficaz.

– Sigo sin escuchar ninguna sugerencia –reprochó el rey Charles.

– Apoyo. Esa es nuestra sugerencia. Os apoyaremos. El sitio puede bloquear las rutas terrestres. E incluso si se decidieran a bloquear el lago con esos barcos que tienen apostados sobre las dunas, jamás podrán sitiar el cielo. Los dragones pueden asegurar el sustento de la ciudad. No les quedará más remedio que asediar. Y para cuando lo entiendan ya estarán debilitados y faltos de moral.

– Podríais cortar sus vías de suministro –propuso el Mariscal Richard Val'Dargant–. Es imposible que tengan suficientes arqueros para defenderlas.

– Desde luego –asintió Dun Gar–. Podemos hacerlo.

– ¿Vamos a usar dragones para transportar comida? –preguntó el rey Charles, indignado–. Eso es como si usara mi espada para cortar una hogaza. ¡Por los putos caídos!

Asintió Dun Gar, estoico.

– Sí. Aseguraremos un suministro regular entre Val'Monde y Val'Havre y aprovecharemos para evacuar a los civiles. Así habrá menos bocas que alimentar. Mientras tanto, vuestro ejército preparará las defensas. Cuando el enemigo se dé cuenta de que no puede conquistar la ciudad mediante el sitio, atacará. Y entonces sí. Los dragones defenderán las murallas.

Por fin sonrió Charles.

– Está bien. Así está mejor. ¿Verdad, tío?

– Una buena noticia que alegrará a mis hombres.

– Sí, porque la moral está por los suelos –intervino Philippe Val'Detignes.

Hubo un cruce de miradas hostiles entre el mariscal y el consejero de la moneda que no le pasó desapercibida a Dun Gar. Esos hombres tenían roces peligrosos.

– Ve entonces, mariscal –ordenó el rey–. Por los muertos, ve a alegrarlos.

Y así quedó libre el primero de todos los hombres de estado. El mariscal se despidió con un cordial saludo y salió de la sala redonda. Cuando dejaron de oírse sus pasos por las escaleras, Shio Min apuntó algo.

– Huelga decir que nuestra ayuda viene condicionada por la vuestra.

– ¿Nuestra ayuda? –masculló el rey Charles–. ¿Crees que estamos en condiciones de ayudar a alguien?

– Tenéis toda la razón, Majestad –se disculpó Dun Gar, diplomático. Dirigió una severa mirada a Shio Min, que no tenía por costumbre precipitarse–. Pero nuestro gesto provocará una mayor escalada en esta guerra, que se volverá continental. Con este gesto, esperamos forjar una alianza fuerte y duradera.

– Durará lo que… ¡Por los putos caídos!

Todos los presentes hicieron lo que hacía el rey en ese momento y que había llevado a tan indecorosa expresión: mirar por la ventana. Las mullidas sillas se corrieron hacia atrás al levantarse apresuradamente la mayoría de los miembros. Dun Gar tan solo esbozó una leve sonrisa, y Shio Min ni siquiera se dignó a moverse.

Cuando parecía que iba a romper la ventana de una cornada, el enorme dragón negro se detuvo. Al ver que ni siquiera batía las alas, Dun Gar supuso que habría posado las garras en el adarve o en el acueducto que atravesaba el palacio, pudiendo haber causado pequeños daños en el edificio. Pero la ventana seguía intacta, y fue el jinete quien dio unos suaves golpecitos en el vidrio.

– ¡¿Se puede?!

El rey miró a sus dos invitados. Una mirada de desaprobación al principio, luego de resignación. Fue el propio Charles el que se acercó al vidrio con paso firme. Giró el pomo y tiró hacia sí. Le ofreció su mano al jinete para ayudarlo a entrar.

– An Long –saludó Dun Gar–. En los palacios de esta parte del mundo la gente suele entrar por la puerta.

– Estaba probando la seguridad de esta supuesta fortaleza.

– ¿Y? –requirió Philippe Val'Detignes.

– Pésima. He entrado después de la hora del almuerzo. He tenido que ir a avisar a los guardias de que había entrado porque el centinela estaba dormido. Los soldados, que estaban jugando a los naipes, me han acompañado hasta una sala suntuosamente ornamentada donde me han dicho que esperara a que terminara la reunión en la torre a la que quería acudir. Había un gran reloj de agua en el que veía cómo pasaban las horas y al final me he aburrido. He salido a un balcón que había abierto y he llamado a Tir. Creo que los guardias todavía creen que estoy en la sala aquella.

– Esto es una vergüenza –recalcó el rey, y esperó a que alguno de sus consejeros asintiera–. ¿Cómo se atreve un jinete normal y corriente a interrumpir una reunión en la cúpula del Estado?

– Todos los jinetes del Tiber tienen el estatus de diplomático. Si no estuviera yo en esta sala, An Long estaría autorizado para aprobar una alianza con vuestra Majestad, si la situación así lo requiriera.

– No, no. Ya acepté una audiencia con otro de vuestros jinetes. Ni siquiera podía garantizarme dragones.

– Nuestros jinetes no actúan en tierras ajenas –se limitó a decir Shio Min.

– No podemos tejer alianzas canjeando el fuego de dragón –completó An Long.

– En efecto, porque esa potestad recae en mis hombros –apostilló Dun Gar.

– La alianza está tejida –declaró Philippe Val'Detignes, siempre conciliador.

– Lo está, a no ser que An Long traiga información en contra de ella.

– Información. No. Es la espada. Está aquí.

El joven se llevó la mano al pomo de Kaaldanor, pero al hacerlo su semblante se torció. Dun Gar frunció el ceño.

– ¿Estaba? –sugirió Shio Min–. Lo sospechaba.

– ¿Qué sospechabas? –se impacientó el rey.

– Vibraba… –susurró An Long.

Entonces Dun Gar entendió. An Long había obtenido señales de Kaaldanor. Señales que le habían llevado a la torre. Por eso había interrumpido la reunión. Pero había esperado mucho. Aunque no era demasiado tarde. Se giró hacia Charles para responder en lugar de Shio Min.

– Vuestro mariscal tiene algo que necesitamos.

*

Llevaba horas buscando entre los excavadores desde la cofa, con el largavista de Goro.

– Déjalo, Pira. No lo vas a encontrar desde aquí.

Pira se sobresaltó. ¿Cómo no había oído a nadie subir por las jarcias? Solo una persona podía llamarla por su nombre verdadero. Y cada vez que lo hacía la asustaba que otros lo oyeran y empezaran a sospechar.

– ¡Qué susto!

– Podría haberte empujado. Te habrías asustado más.

– ¿Qué haces aquí, Garia? ¿Estás aburrida?

– Un poco. Pero venía a ver qué tal estaba mi socia.

– Pues muy bien.

– Me alegro. Yo también. ¿Y sabes por qué?

– ¿Por qué?

– Porque pronto encontraremos aliados en esa ciudad. Aliados para nosotras, quiero decir.

– Sí. Yo también lo espero. Pero para eso tiene que quedar alguien vivo cuando entren los ejércitos.

– He oído rumores.

– No me gustan los rumores.

– Los rumores son como las frases. Nos gustan cuando nos halagan, nos disgustan cuando no.

– A mí me son indiferentes. Las frases se pueden grabar en los corazones. Los rumores vuelan como legañas.

– Vaya. Qué filósofa –rio Garia–. En fin, ahora en serio. Tenemos que hablar.

– Hablemos –dijo Pira, bajando el largavista y mirando a su compañera a los ojos.

– Esos túneles estarán terminados en cuestión de un par de horas. El ejército de Lor Horn entrará en Val'Monde poco después.

– Eso no son rumores.

– No. Los rumores dicen que los nuestros también entrarán. Que algunos atacarán a las fuerzas de Lor'Horn, y otros a las de Val'Monde. ¿Entiendes?

Pira alzó una ceja.

– Entiendo. Aunque me sorprende un poco de Tigre.

– ¿Te sorprende que no sea un completo idiota?

– Algo así.

– A mí también, pero no te engañes. Seguro que no fue idea suya.

– Creo que esto no cambia mi plan inicial.

– ¡Oh vamos, Pira! Te enterraría viva antes de que pudieras lanzarle una chispa.

– No estés tan segura…

– El riesgo no merece la pena. Escúchame. Has visto a los dragones. Esos son poderosos. Los que los cabalgan. Tenemos que dar con uno de ellos. Yo me encargo. Tú encuentra a Sihal. Y entonces nos vamos volando. Lejos de Tigre. Y planeamos.

– ¿Planear?

– Planear. Sí. Un plan, digo. No con las alas.

– Mi plan es matar a Tigre ahora, no dentro de tres lunas. Esta guerra va a causar muchas muertes innecesarias.

– Matar a Tigre no va a ahorrarlas. Cualquiera de sus cuatro panteras seguiría con la gran venganza con la que sueñan.

– Haré que despierten.

– ¡Pira! Parece mentira que tenga que ser yo la razonable. ¿Qué es lo que quieres? ¿Meterte en esos túneles y esperar a que aparezca Tigre solo ante ti? No va a pasar. Tigre no va a estar solo. Y tú sí. Y cualquier flecha podría matarte. Espadas, proyectiles, edificios derrumbados. Podrías morir de mil formas distintas.

– Garia, aprecio tu consejo, pero…

– ¿Vas a dejarme sola? Bría confía en nosotras. Si no lo haces por mí, hazlo por el arcoíris. Hazlo por los nuestros.

– Tú no lo entiendes…

– Sí. Claro que sí. Tigre me repugna igual que a ti. Y tenemos que deshacernos de él. Pero estamos aquí por algo más importante.

– Algo más importante… Tienes razón.

– ¡Ah! Menos mal.

– Tengo que hablar con Sihal.

– ¿Qué? ¿Ahora?

– Ahora –pasó una pierna al otro lado de la cofa–. Tú ocúpate de tener a los dragones de nuestro lado.

Pira le tendió el largavista y se deslizó por una cuerda como si fuera una liana. Sabía que Garia trataría de seguirla, por eso corrió. Corrió por la cubierta y saltó a la arena, rodando sobre el hombro derecho para amortiguar la caída. No perdió ni un latido para seguir corriendo hacia la zona de excavación. En su mente solo había un pensamiento. Sihal.

Él era más importante que todo lo demás. Tenía la oportunidad de empezar de nuevo allí. Olvidarían todo lo que había pasado. Olvidaría lo de Bytok. Sí. Podían empezar de nuevo en alguna aldea de los Mil Reinos. O descubrir nuevas tierras al norte. O incluso refugiarse como

decía Garia, con los jinetes de dragón. Lo primero era Sihal, lo segundo era matar a Tigre, y lo tercero, el deseo de Bría.

Cuando llegó a las puertas del gigantesco campamento del ejército sureño, dos soldados la detuvieron. Demasiado habían tardado.

– ¿Adónde crees que vas, mocoso?

– Me han ordenado que venga a ayudar a los cavadores.

– Es uno de ellos, Vlad, ¿no lo ves?

El más alto de los dos parecía estar asustado, mientras que el bajito y mofletudo hablaba con firmeza y miraba con desdén.

– Ya lo veo. Pero ¿por qué llega tarde?

– Algunos tuvimos que retocar las quillas para dejar nuestros barcos en perfectas condiciones, y por ello se nos otorgó un descanso. Ahora me han enviado a colaborar.

– Muy bien. Quítate la ropa –ordenó.

Pira se sobresaltó. Su mente se puso en guardia y sus sentidos flamearon, pero retuvo el calor que ascendía a sus ojos.

– ¿Qué?

– También te lo puedes poner por encima –dijo el más alto e inseguro.

De una bolsa que tenían junto a las armas, un bajito sacó un uniforme negro de una sola pieza y se lo lanzó a los pies. Hizo un ruido seco y se llenó de arena.

– En el campamento solo se admite el negro. Son órdenes de arriba –gruñó el soldado hosco.

– Me lo pondré por encima –declaró Pira con voz grave, mientras se agachaba para recoger el uniforme.

Pesaba. Eso la ralentizaría en sus movimientos. Estaba sucio, eso no le agradaba. Y lo peor de todo: apestaba. Decidió que se lo quitaría nada más adentrarse en un túnel.

– Me han asignado al grupo de Sihal Gea.

– ¿Sialgea? –repitió el soldado confiado–. ¿Qué demonios es eso? ¿Una enfermedad?

– Pregunta por ahí, nosotros no sabemos nada de grupos y asignaciones –precisó el alto, todavía con un leve temblor en la voz.

Pira se ponía en su lugar y lo entendía. Supuso que era lógico tener miedo a un heterocromo. Al fin y al cabo, ella podía haberlos chamuscado ahí mismo en un par de latidos sin hacer un gran esfuerzo. Un Gea podría haberlos sepultado vivos. Un Borea los habría dejado sin aire y un Escuala… Bueno, también tenían sus trucos.

Enseguida se dio cuenta de que no había ningún túnel a la vista. Se habían organizado astutamente de forma que todas las entradas estuvieran cubiertas por tiendas negras. Así, incluso a la luz de la luna, era imposible que los vigías captaran el movimiento. Encontrar a Sihal iba a ser más difícil de lo esperado. Si entraba en un túnel, ¿podría volver hacia atrás?

Se encontró con una fila de soldados que esperaban frente a una tienda y supuso que allí había una entrada. Se acercó. Estaban hablando del túnel, precisamente.

– … cada uno vale por cien zapadores. Ya han sobrepasado las murallas, y eso que los están haciendo tan amplios que se puede caminar de dos en dos.

– Quizá hasta podamos meter las catapultas.

Todos los soldados se volvieron hacia el que había hablado. De pronto todos estallaron en carcajadas.

– ¿Y para qué vamos a meter catapultas?

– ¡Pero qué idiota!

Pira aprovechó el momento de risas de los soldados para infiltrarse en la tienda discretamente.

No había nadie dentro, tan solo una alfombra doblada en diagonal revelando parcialmente un gran agujero.

Pira bajó de un salto, puesto que no habían improvisado escalones. Notó el impacto en las rodillas. El uniforme negro pesaba lo suyo. Tenía que hacer más deporte, decidió.

Tras alejarse unos treinta pasos de la boca del túnel, la luz desapareció por completo. No se veía nada, absolutamente nada. Intentaba caminar recto, pero los pies no eran tan fiables sin los ojos y se desviaba hacia la izquierda cada dos por tres, chocándose con la pared terrosa. Al enésimo choque, decidió encender una pequeña llama sobre su dedo. Con el fuego encendido, se dio media vuelta para confirmar que no había nadie por detrás y…

– ¡Benditas Cuatro, Garia! ¡Qué susto me has dado! –exclamó con una mano en el pecho.

– Mi intención era ahorrártelo.

– Pues podías haberme avisado antes. ¿Cómo has entrado? ¿Te han visto los soldados? ¿Por qué no he oído tus pasos?

– ¿Por qué no has oído mis pasos? Ya sabes que los Borea podemos ser ligeros como plumas. Y no, no me han visto los soldados esos. Se distraen muy fácilmente. Bastó un pequeño soplo para tumbar un par de tiendas y…

– Está bien, está bien. No hay tiempo que perder, vamos.

– ¿Qué vamos a hacer cuando nos encontremos con los Gea?

– Ya veremos.

Durante toda la caminata, a la penumbra de la tenue llama, Pira se imaginó que estaba en una vía hidrourbana. En una mucho más angosta y de suelo irregular. El tiempo transcurría más lento que de costumbre. Los nervios y la angustia jugaron en su contra. Y el silencio. El silencio era inquietante, pero Pira prefería evitar ser oída.

Al final, fueron ellas las que escucharon las voces. Eran los Gea, sin duda. El acento bordeño los delataba. Pira apagó la llama tras el asentimiento de Garia y ambas se acercaron. Tenían tres candiles y una lámpara de aceite colocados en hornacinas improvisadas.

– ¿Refuerzos? ¡A buenas horas! Ya estamos abriendo la salida.

En efecto. El camino, hasta entonces totalmente llano, empezaba a ascender.

– Refuerzos, pero no para la excavación –se adelantó a decir Garia.

– ¿Ya vamos a guerrear? –preguntó uno de los Gea.

– ¿Y dónde están los singas sureños? –quiso saber el otro.

– Están esperando a la noche –repuso Pira, siguiéndole la corriente a su compañera.

– Tiene sentido –asintió el Gea–. He oído que jugamos a dos bandas. ¿A qué singas tendréis el honor de matar?

– Tostados.

– Sureños.

Ambas se miraron, y aunque no había mucha luz, Pira vio perfectamente la duda en el rostro de Garia.

– Oh. No vais juntos. Bueno, en cualquier caso, suerte. Seguid adelante, Mosoi está a punto de abrir el tragaluz. No necesitaréis el candil.

– ¿Cuántos túneles como este estamos cavando? –curioseó Pira antes de despedirse.

– Una veintena. Se tendrán que conformar con eso.

Eso significaba que Sihal podría estar en veinte lugares distintos. Tanto bajo tierra como en la superficie. Suspiró y pasó de largo.

Poco después, Pira y Garia salían a la superficie sin problema alguno. El tal Mosoi se había ocupado de abrir la salida sobre un matadero. Apestaba. Pero Pira prefería eso que seguir bajo

tierra.

– ¿Y ahora? –preguntó Garia–. ¿No estábamos buscando a Sihal?

– Sí. Eso es lo que vamos a hacer.

50

CAOS

Val'Monde, Mohad 571.

Bien saben los espíritus que a Derren Zancadilla le gusta la noche. De hecho, la noche era para el cazador el momento más cómodo del día. Y la luna no era más que un farol que emitía una luz innecesaria. Allí, en la ciudad más poblada que había pisado en su vida, más innecesaria aún.

La orilla fangosa era sin duda la zona más peligrosa de la ciudad, pero a Derren no le asustaban los ladrones. Era más probable lo contrario. Con la espada de helieno a la espalda, cualquiera que intentara robarle acabaría cortado en dos mitades. Y ninguna joya era tan valiosa como la mitad de uno mismo. Bien lo sabían los ladrones, porque la mitad superior les servía para robar, y la inferior para huir.

Para ser un cazador de la edad de Derren, hacía falta seguir vivo durante muchos años. Y para ello era necesario desarrollar más sentidos que los cinco que vienen de serie en todo ser humano. Uno de esos sentidos adicionales le estaba alertando en ese momento, mientras caminaba tranquilo por las calles de Val'Monde, silbando entre luces y sombras de fuegos titilantes.

Oyó los pasos tras de sí. Evitó cambiar el ritmo. Evitó gestos extraños. Nada que pudiera hacer sospechar a alguien que lo había oído. Como decía siempre Foki el sordo, un buen cazador ha de saber siempre cuando está siendo cazado. Que era parecido a lo que dijo una vez Kark el Sonriente: "el buen cazador es aquel que sabe hacer de presa".

Giró en la siguiente esquina donde un letrero indicaba con una flecha torcida la dirección a un ahumadero de lagrimazul. Contó a los que le seguían. Siete. Podía con siete lobos silvestres. ¿Podría con siete soldados? Bien sabían los espíritus que sí.

Llevaban un rato siguiéndolo y todavía no se dignaban a atacarlo por la espalda. Aquello irritó a Derren. No estaba dispuesto a hacer de presa toda la noche. Había salido a dar un paseo y pensaba volver a la taberna. Lo último que quería era atraer soldados a ella. Por eso se acercó a la entrada de un local iluminado por un farol y aminoró el paso. Las sombras de sus acechantes aparecieron agitándose tras la suya. Cuando estuvieron exactamente donde quería que estuvieran, se dio la vuelta.

Corrió agachado entre sus enemigos, que apenas vieron el fulgor del helieno antes de caer heridos.

– ¡¿Qué demonios?!

– ¡Mis tripas!

– Argggg…

– ¡Matadlo!

Derren los había contado al tiempo que ejecutaba sus dos tajos laterales. Sentía el filo de la hoja como si fuera la extensión del brazo derecho. Había atravesado a dos en el primero, y

ensartado a uno en el segundo.

– Largaos por donde habéis venido –dijo con voz firme y clara–. O se os caerán las tripas como a vuestro amigo.

– ¡A por él! –exclamó uno de los soldados.

Derren escuchó las zancadas de dos que se acercaban. También las de otros dos que se alejaban. Sonrió. Había asustado a la mitad. ¿Y qué podían hacer dos soldados con armadura en mitad de la noche frente a Derren? Nada. Ni cosquillas.

Blandió el helieno como un verdadero espadachín y esperó a la primera acometida. El retín de los metales fue música para sus oídos. La melodía de la muerte. Se estaba acostumbrando a ella, no estaba seguro de que fuera algo bueno.

Una rápida sacudida partió la espada enemiga en dos, y una patada en el pecho hizo que el soldado cayera hacia atrás. Antes de ensartarle la punta en el corazón tuvo que esquivar al segundo que se abalanzaba sobre él. El golpe enemigo iba con tanta fuerza que se pasó de frenada, y Derren aprovechó ese instante para cortarle la cabeza.

– Por favor… –balbució el otro, aún en el suelo.

– Si lo pides así, lo haré.

Atravesó la cota de mallas en el centro del pecho. El soldado barbotó unas flemas ensangrentadas y cerró los ojos para siempre.

Derren acudió a ver cómo habían quedado los tres primeros. Dos ya estaban muertos, y el último soldado vivo se sujetaba los intestinos con lágrimas en los ojos.

– Me voy a morir –lloriqueó.

– Sí. ¿Por dónde habéis entrado?

– ¿Crees que te lo voy a decir? ¡Por el humo del cielo, me has cortado las tripas!

Derren no supo qué decir por un momento. ¿Humo? ¿Qué humo? Los extranjeros siempre tenían expresiones que lo sorprendían. Aunque claro, para él todos eran extranjeros fuera adonde fuera.

– Más vale. Puedes morir en paz ahora mismo, o desangrarte mientras te corto los dedos uno a uno.

El lloriqueo se hizo más notorio.

– Piedad…

– La tengo. Pero no la vas a conseguir llorando. ¿Por dónde habéis entrado?

– Túneles. ¡Malditos túneles! Nos mandaron como avanzadilla.

– ¿Cuantos?

– ¿Qué?

– ¡Cuántos habéis entrado!

– ¡No lo sé!

– ¿Cuántos túneles hay?

– No lo sé… –sollozó–. No lo sé… Por favor…

La espada del cazador atravesó limpiamente la armadura negra del soldado. Su cabeza quedó sin fuerza, la barbilla golpeó el pecho y luego cayó de lado. Derren limpió el filo en unas plantas y lo enfundó a la espalda. Se puso a caminar al son de las trifulcas que iban naciendo en las calles. Se avecinaba el caos.

– Por los huevos del kraken –gruñó antes de seguir su camino.

Oyó pisadas sobre la hierba, a tres parcelas de la puerta del local donde había dejado el cadáver de un soldado. Se acercaban, y Derren caminaba hacia allí también. La figura iba encapuchada, pero el cazador veía perfectamente que se trataba de un tostado. Por eso no se llevó

la mano a la espalda cuando oyó que el desconocido desenvainaba.

– ¿Quién va? –dijo el encapuchado.

– Derren Zancadilla, de Colmillos Verdes.

– Por los caídos, un bárbaro.

– Exbárbaro. He visto mucho mundo –replicó Derren con media sonrisa.

Afortunadamente para ese hombre, el cazador no se tomaba las cosas muy a pecho.

– Ah, ¿sí? ¿Los Dominios?

– No he tenido el placer, pero sí he conocido a sus gentes. Ahí atrás yacen unos cuantos.

– ¿Los has matado?

– No me han dejado otra opción.

Por un momento, no hubo más palabras. El único ruido que se escuchó fue el choque de las armas a lo lejos. Habían entrado más escuadrones como el que había tenido que enfrentar Derren. Habría túneles por toda la ciudad. ¿Lo sabría ese tostado?

– Supongo que esta va a ser una noche de esas –dijo el otro.

Enfundó la espada. Eran pocas las veces que Derren lograba parecer simpático. Parecía que iba por buen camino.

– ¿De esas?

– De esas que vuelven una y otra vez cuando cerramos los ojos. Soy Sand, creo que estamos en el mismo bando.

– Es bueno hacer amigos en una noche de estas –replicó de buen grado el cazador– Ya conoces mi nombre. ¿Eres un soldado?

– Esta noche sí. ¿Sabes cómo están entrando tantos enemigos?

– Túneles.

– Lo imaginaba… Pero ¿cómo han podido cavarlos tan rápido?

– Son muchos –Derren se encogió de hombros–. Seguramente tendrían muchas palas.

– Tendrán más espadas.

– No impedirá que los apaleemos –sonrió Derren.

– Me gustas, Derren Zancadilla. ¿Defenderás esta ciudad que no es tuya?

– Hasta que me hagan llamar de otra parte –asintió.

– Bien. Pues vamos.

Y así, en lo que había comenzado siendo un apacible paseo nocturno, Derren se encontró corriendo hacia el caos de las hachas y las espadas.

*

Había llegado el caos. Richard lo sabía. Bastaba con escuchar los gritos desgarradores de quienes despertaban en sus casas por las puertas derribadas, por los llantos de los niños, por los gritos de una víctima… Múltiples fuegos ardían en las calles y las sombras se paseaban por la ciudad a la luz de las llamas. Era imposible distinguir a defensores de invasores. Incluso para él. Y tenía una certeza más funesta. Aquel iba a ser el día de su muerte. Estaba preparado para ello. Hacía tiempo que se había resignado a su destino. Desde el día en que dilapidaron el Consejo Real. Había apoyado el golpe de Estado de su sobrino por puro pragmatismo. Eran familia. Le había asegurado el puesto de mariscal, lo que nunca le dijo Charles fue que apenas tendría margen de maniobra. Que no sería otra cosa más que el brazo ejecutivo de sus órdenes. Qué ingenuo había sido.

Caminaba por el adarve con un puñado de soldados y veía que los arqueros estaban en posición. ¿De qué servirían si el ejército que acampaba no avanzaba? ¿Cuántos túneles habían

cavado? ¿A cuántos habían enviado? ¿Por qué no habían sospechado nada? Los habían pillado completamente por sorpresa.

– Acaba de llegar una mala noticia –dijo en teniente Damien.

– No me digas.

– Ha caído el barrio de las plantas. Los invasores se dirigen a la puerta occidental. Si llegan…

– La abrirán. Es lógico, dadas nuestras defensas –terminó Richard.

Y cuando eso ocurra, pensó el mariscal, los muros no servirán de nada. Los arqueros podrán consumir sus flechas, pero no mermarán a la horda de armaduras negras que tenemos enfrente. Hoy se acaba todo.

Un soldado muy joven ascendió por las escaleras del baluarte y estuvo a punto de tropezar y matarse antes de entrar en combate. Quizá fuera mejor así.

– Mariscal –se inclinó–. Traigo un mensaje del comandante Montdore. Necesita refuerzos en el distrito centro. Se han refugiado en el Archivo y pretenden defenderlo, pero han renunciado al resto de la zona. Estábamos rodeados.

– ¿Refuerzos? –repitió el mariscal con aire ausente–. Yo también quisiera refuerzos. ¿Dónde están los dragones, maldita sea?

Lo sabía muy bien. Los jinetes no atacarían dentro de la ciudad, pues era imposible diferenciar al amigo del enemigo. De pronto se le ocurrió algo. Si solo hubiera enemigos en las calles…

– El Archivo. Sí. Qué gran idea. Todos al Archivo de los Tiempos –miró a los soldados a su alrededor, la mayoría de ellos oficiales–. Cinco puntos. Por distrito. El Archivo en el centro. La Torre del Aura. La Gran Catedral. La Fortaleza Flotante. Y la Casa de los Susurros.

– ¿Nos refugiamos? Entrará todo el ejército y nos aplastará –dijo uno de sus capitanes.

– Es prolongar la agonía –reconoció otro.

– Si solo hay enemigos en las calles, los dragones no tendrán excusa para no escupir –declaró, satisfecho de sí mismo–. ¡En marcha! ¡Auguste! ¡Fernand! ¡Conmigo!

Salió de allí pitando, seguido por uno de sus generales y un comandante. Tenía que convencer a los jinetes. Habían venido a ofrecer su ayuda, si no la lograba ahora, estaban perdidos. Caminó con paso firme, su mente bullía, sus oficiales lo seguían callados. Se escuchaba el retín de los aceros chocando por doquier. El crepitar de las llamas. El crujir de los edificios. Había más que acero en los combates. El ruido de la batalla era aterrador. A Richard se le había olvidado la guerra. Dirigir las campañas desde una fortaleza le había vuelto incapaz. Lo sabía. Sabía que tenía buena parte de la culpa de los últimos varapalos bélicos que se había llevado Mohad en los últimos años.

Una detonación a sus espaldas lo arrancó de sus cavilaciones. Corrió hacia adelante. Oyó un grito. Miró, sin dejar de correr. Era Auguste. Ardía.

– ¡Ahhhhh! –chilló el hombre en llamas.

– ¡Heterocromos! –exclamó Fernand, con los ojos muy abiertos.

– Mierda. ¡Corre! –instó el mariscal.

Ya no solo tenían que enfrentarse a un ejército mucho más numeroso y mejor equipado que había entrado en la ciudad sin necesidad de quebrar las murallas. Ahora también tenían que lidiar con unos demonios venidos desde el otro lado del mundo. Heterocromos.

*

– ¡Heterocromos! –exclamó alguien.

El dragón descendió inclinándose hacia la derecha, tal y como An Long le requirió. Estaban cerca del baluarte norte, justo donde le habían dicho que encontraría al mariscal. ¿Cómo podía

ser tan escurridizo?

Kaaldanor vibraba con fuerza. Una bola de fuego caminaba renqueante por la calle, seguida por un grupo de media docena de combatientes exentos de armaduras negras. An Long supuso que eran heterocromos.

Uno de ellos extendía las manos y una bola de fuego se disparó hacia dos hombres que huían a toda prisa. La llamarada impactó contra una fachada, dejando a unas macetas huérfanas. Decidió inmiscuirse. Podía intentar salvar dos vidas. Ya sabía lo bien que sentaba eso.

Tiranior exhaló su fuego de advertencia y los heterocromos detuvieron su avance. El dragón sobrevoló la zona haciendo círculos y An Long se mantuvo en vilo, a la espera de la respuesta enemiga. Mientras tanto, los dos mohadís huían a toda prisa.

El escuadrón heterocromo pasó al ataque. An Long vio que todos extendían las manos. Dos de ellos las dirigieron hacia él, y dos chorros llameantes alcanzaron al dragón en el vientre. An Long intuyó la mofa de su dragón, pero no era momento para bromas.

– No, Tir, no te confíes –susurró.

Oyó un crujido abismal a sus espaldas. Seguido de unos gritos. Abajo. Era el suelo. Se había abierto una falla en mitad de la calle. ¿Y los dos mohadís? Habían desaparecido.

Un aplauso. Otro. Provenían de otros dos heterocromos del grupo. Esta vez An Long observó atónito cómo la falla del suelo se cerraba, dejando una cicatriz irregular.

– Por los Apos… –murmuró.

El viento le dio una bofetada y Tir se sacudió bruscamente. ¿Otro truco de los heterocromos? El aire parecía haberse vuelto loco. El viento los hostigaba. Notó que le costaba respirar. Palideció de terror, comprendiendo. Se tapó la nariz y cerró la boca, como alto reflejo. Tiranior escupió fuego, esta vez sí, dirigido a los atacantes. An Long oyó gritos de dolor, pero no quiso mirar. Ordenó a Tiranior que ascendiera para salir del alcance de los enemigos. Los había puesto a prueba y, desde luego, habían superado sus expectativas. Mal asunto.

A medida que subía hacia el cielo nocturno, la vibración de Kaaldanor se debilitaba. Pero era más importante respirar que encontrar la espada hermanada.

Tragó saliva. Tenía la sensación de que la guerra iba a ser horrorosa.

*

Sihal vio cómo ardía su compañero. Un desconocido, pero a la vez compañero. Habían luchado codo con codo contra un dragón. El Escuala que había en el grupo había rociado el cuerpo con agua en vano. Tenía la piel ennegrecida en algunas partes, en otras estaba en carne viva. El cráneo descubierto lleno de ampollas y el rostro… Sihal desvió la mirada. No podía. No podía.

El dragón había ascendido tras exhalar aquella llamarada infernal. La víctima podía haber sido él o cualquier otro del grupo. No sabía si un hijo de Ignos podría sobrevivir a ese fuego, pero desde luego él no. Por eso habían corrido todos. No iban a esperar a que el dragón volviera a descender. El ataque de la Borea tan solo podría frenarlo. Y si el jinete moría, ¿qué haría el dragón? ¿Se volvería más violento? ¿Huiría?

Sihal tenía demasiadas preguntas en la cabeza. Demasiadas dudas. En ese momento pensaba en su vida. En correr. Había matado a dos hombres. No lo había hecho solo. El otro Gea le había instado a hacerlo. Así era más fácil. Aunque fueran dos hombres que huían. Los habían sepultado bajo esa misma calle. Ya nadie los encontraría.

Nadie tuvo tiempo para reponerse de la perdida. Dejaron el cuerpo abrasado junto a un letrero y se sumergieron en las arterias de la ciudad de nuevo. El efecto sorpresa se había terminado y ya

no se cruzaban con casi nadie. Escuchaban algún grito. Había gente moribunda en el suelo. Aquello era el Averno Tormentoso. O al menos era la imagen que Sihal se hacía de él.

Se preguntó cuánto pesaría su alma. Si moría esa noche, su espíritu sería extraído de su cuerpo y colocado en la balanza de las nubes, donde Kida decidiría si se le permite pasar a una nueva vida o se le retiene en el Averno Tormentoso. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Pero al mismo tiempo tenía calor. Un calor extraño. Diferente. El calor del miedo a morir.

– Están huyendo –declaró la Borea del grupo, que bajaba del cielo con la bolsa negra llena de aire.

– ¿Huyendo?

– ¿Adonde?

– No tienen adonde escapar.

– Hacia puntos refugio. He visto convergencias en los edificios más robustos.

– Se les va a caer el cielo encima –soltó con una risotada el otro Gea.

Nunca mejor dicho, pensó Sihal. Si se refugiaban en edificios, lo único que tendrían que hacer era destruir los cimientos. Ni siquiera tendrían que luchar.

– Pues vamos –ordenó la Borea–, seguidme.

*

– ¡Soltad a los putos dragones! –rugió el rey Charles–. ¿Por dónde han podido entrar tantos enemigos? ¡Tú, busca a mi tío!

Un guardia salió pitando a cumplir la orden. Lo hizo con tal rapidez que Charles sospechó que así evitaba responder a la pregunta. Fue Philippe quien lo hizo.

– Túneles –aclaró el consejero de la moneda–. Cortesía de los heterocromos, al parecer.

– Hay que llamar al cazador –dijo, alarmado.

– Lo estamos buscando, Majestad. No está donde tenía que haber estado.

– ¡Por los caídos! ¿Tenemos otra forma de evacuarme? –preguntó el rey, inquieto.

– Dragones, supongo –respondió el chambelán.

– Prefiero a los dragones abrasando a mis enemigos, por ahora. ¿Qué hay de los pasadizos?

– Sería peligroso en estos momentos –pensó Philippe en voz alta–. Han construido multitud de túneles en muy poco tiempo. Puede que alguno interfiera. Puede incluso que hayan descubierto los pasadizos y nos estén esperando.

– No hay lugar más seguro que este para esperar, Majestad. Cuando encontremos a Derren…

Justo en ese momento entraron Dun Gar y Shio Min, los dos ancianos tibereños.

– ¿Qué está pasando? –exigió saber el rey–. ¿Habéis enviado a vuestros jinetes?

– Casi todos los dragones están en el aire, sí.

– ¿Combatiendo? –el rey ya no se fiaba ni de sus aliados.

– He dado la orden. Pero solo fuera de las murallas. En la ciudad es imposible discernir entre aliados y enemigos.

– No nos esperábamos un ataque tan pronto. Se han tomado muchas molestias en organizar el sitio. Se suponía que iba para largo –reconoció Philippe–. ¿Sabemos algo de Richard?

– An Long ha ido en su busca –respondió Shio Min–. Traerá la espada, pero nadie le ha dicho que traiga al mariscal.

– ¡Por el averno tormentoso, esto es un caos! –espetó el rey, como si dicho caos lo hubieran provocado los tibereños.

– Sí que lo es –asintió Dun Gar.

– ¡No hay tiempo para Richard! –exclamó el rey–. Si consigue llegar al palacio antes que el

cazador y su monstruosidad voladora, nos lo llevamos. Si no, volveremos a por él cuando los dragones hayan despejado las calles.

– ¿Despejado las calles? –intervino Dun Gar–. ¿Su Majestad desea incendiar su propia ciudad?

– Quiero que queméis a todos esos soldados.

– Como ya os he dicho, el fuego de dragón no discrimina entre colores de armadura –explicó el maestro del fuego–. Y mucho menos de noche.

– Un dragón protegerá el palacio. El vuestro. Kraker, ¿no? Por si el cazador muere antes de aparecer. El dragón nos sacará de la ciudad si llega el punto en que la situación no tiene solución. Los demás pueden quemarlo todo. ¡Todo!

– Lo que el rey quiere decir… –empezó Philippe.

– El rey ya ha dicho lo que quiere –zanjó el rey, irritado–. ¿Por qué no vuelan flechas?

– Voy a asomarme a los muros –declaró Dun Gar–. Si se requiere mi presencia, estaré merodeando por el adarve hasta que caigan las defensas.

El maestro del fuego salió por la puerta seguido de Shio Min.

51

ESPADAS

Val'Monde, Mohad 571.

Tigre admiraba la escena como si aquello fuera el más bonito de los sueños. Tenía una sonrisa tan natural que parecía que hubiera nacido con ella. Pero no. En las Islas del Borde no podía sonreír así.

Los fuegos crepitaban a su alrededor y por encima volaban llamaradas de dragones y de heterocromos. Fuego contra fuego. El campamento se había convertido en un caos. Una parte de los singas sureños habían huido despavoridos y se habían ocultado en los túneles. Algunos, los más valientes y aquellos por los que Tigre había sentido una pizca de respeto, habían muerto abrasados. Ahora estaban en el lugar que les correspondía. Y Tigre no había movido un dedo para provocarlo. Estaba contento. Su plan marchaba a la perfección.

– Tigre –llamaron.

Se dio la vuelta. Era Ayua. Tenía el rostro perlado de sudor y ni rastro de una sonrisa.

– ¿Qué pasa?

– El fuego de los dragones es diferente. Quema más. El nuestro no parece afectarles. Y lo peor es que protegen a sus jinetes con el cuerpo. Es casi imposible alcanzarlos.

– Tranquila, no importa.

– ¿Qué? ¿Cómo que…?

– ¿Qué importa? Cuanto más duren esos dragones, a más singas matarán.

Pareció dudar un instante antes de asentir.

– Sí, Tigre.

– ¡Al combate, lobo! –exclamó.

Le gustaba esa mujer, pero en ese momento no quería que lo molestaran. Menos si era para

blandir excusas.

Había visto a Saima desde la distancia, venía hacia él. Esa mujer también le gustaba. Era una aliada de circunstancias, pero en el fondo una enemiga. Una mujer peligrosa. Ya lo había demostrado. Se preguntó cuán peligrosa era esa atracción que sentía hacia ella.

– Te veo tranquilo –declaró.

– Esta no es mi guerra. Nuestro trabajo ya está hecho.

– ¿Y por qué seguís aquí? –interrogó la líder de los sureños.

– Os estamos ayudando con esos bichos. ¿O molestamos?

– No se puede molestar a la muerte –rezongó, misteriosa.

– ¿La muerte? ¡Ja! Solo la veo entre vuestras filas.

Ella sonrió también.

– No la ves todavía, pero estás en lo cierto. La muerte vuela en nuestras filas. Pronto verás sus tres rostros.

– ¿Tres rostros?

– La ciudad caerá en unas horas. Luego, os daré un día para poner rumbo a Suna en vuestros barcos rodantes.

Se dio la vuelta y la capa aleteó dejando ver sus botas negras. El cabello pelirrojo brilló a la luz de las llamas. Se alejó en línea recta, como si los cadáveres se apartaran a su paso. Un paso confiado y seguro.

Se había quedado ensimismado, con la mirada fija en la figura cada vez más pequeña de Saima. Oyó el crepitar de una llamarada que iba directa hacia él, pero no se dio cuenta hasta que la tuvo en el cogote. La hizo desaparecer con rapidez y maestría, elevando un grueso muro de arena.

Olía a carne quemada. Pasó junto a dos cadáveres. Pisó un brazo que no había visto. Él tan solo seguía el flujo de movimientos. Los soldados sureños avanzaban hacia la puerta occidental, la más cercana.

El ejército se comportaba como la marea. Avanzaba cuanto podía y la embestida de los dragones lo hacía recular. Un reflejo totalmente inútil. Más bien contraproducente. Si siguieran avanzando a pesar de las llamaradas quemarían a menos. Pero aquel no era el ejército de Tigre. Y sus hombres ya sabían lo que tenían que hacer.

Echó un vistazo a su alrededor. El escuadrón de Hovar estaba a unos cincuenta pasos, y avanzaba al mismo ritmo. Los Gea creaban defensas contra el fuego y acto seguido atacaban los Borea e Ignos. Era una estrategia lógica, pero no parecía estar dando sus frutos. Los arqueros de Lor’Horn tampoco tenían muy buena puntería. O quizá sí, pero las flechas no dañaban a esas bestias voladoras. Tigre se imaginó montando a una de ellas.

– ¡Se abren! –gritaron varios soldados.

– ¡Vencemos! –gritaban otros.

Vencer… Tigre podía provocar un terremoto que acabara con una cuarta parte del ejército. Quizá no pudiera hacerlo solo, pero tenía hombres de sobra. Los Escuala podrían provocar un maremoto desde el lago y los Ignos serían sus propios dragones. El jefe del Martillo estaba saliendo de dudas, y estaba convencido de que esos singas sureños no constituían una amenaza para sus planes. Pero sus panteras tenían razón. Había que hacer las cosas bien.

Cuando llegaron frente a los muros de Val’Monde los arqueros del adarve parecían haberse quedado sin flechas. Habían echado calderos de aceite para evitar que los primeros escaladores hicieran cima, y ahora acababan de soltar unas guadañas muy pesadas, ya que empezaban a ser demasiados escaladores para tan poco caldero. A Tigre le gustó esa defensa y tomó nota. En las

Islas del Borde no estaban acostumbrados a fortalezas y sistemas de defensa.

Esto se lo tengo que decir a Lamo.

– ¡Nos reagrupamos! –exclamó Hovar.

Sí. Ya era hora. Le había delegado el mando, sin decírselo. No hacía falta que se lo dijera. Hovar sabía siempre lo que tenía que hacer. Tigre se encargaría de matar. Le gustaba planear las cosas, pero cuando llegaba el momento de la batalla le daba la fiebre de soldado. Sus ansias asesinas. El tigre que llevaba dentro.

El ejército de singas sureños entró en Val'Monde como una ola humana. Tigre y los suyos corrían en medio de todo aquello. Y corrieron y corrieron, pero alrededor todos eran soldados de armadura negra. ¿Dónde estaban los defensores? ¿Es que ya habían muerto todos?

*

Sand estaba nervioso. Nervioso y empapado. Su extraño conocido le había pedido que esperara, que vendría con una sorpresa. La vida de Sand había estado plagada de sorpresas y lo cierto era que habría preferido evitar la mayoría de ellas.

Como la última que se habían encontrado: un trío de heterocromos le había lanzado una bola de fuego a Derren y había empapado a Sand. El cazador se había encargado del lanzallamas en un abrir y cerrar de ojos. La tercera pieza del trío, una joven luchadora de pelo plateado había tratado de robarles el aire a los dos a la vez. Y fue una suerte, porque al diluirse su ataque en dos presas distintas ambos habían tenido tiempo para acabar con ella antes de que ella los dejara sin aliento. Para cuando quisieron darse cuenta, el manipulador del agua había huido. Al menos, una cosa le había quedado clara.

No son invencibles, ni mucho menos.

Sand se encontró merodeando por la zona, pues no podía quedarse quieto con los nervios que sentía. Tampoco era bueno quedarse inmóvil en un sitio con tanto invasor por doquier. Su ciudad natal estaba siendo atacada. Él debería haber sido el rey. Él debería haber estado defendiendo sus muros. Desde arriba, dirigiendo la defensa, y no desde abajo, acabando con soldados de negro.

Tropezó con uno de ellos. Inerte, su cuerpo estaba totalmente cubierto por la armadura. Se agachó para levantar la visera de la celada. Descubrió un rostro pálido, enfriado por el aliento de la muerte. Era más fácil matarlos cuando no les veías el rostro. Parecía un hombre normal y corriente, como él.

Pero yo no soy un hombre normal y corriente.

Más adelante había otros cadáveres. Más de la mitad eran de ciudadanos tostados. Mohadís. De los suyos. Sin armadura. Las sencillas túnicas sin bolsillos estaban manchadas de rojo. Sand apretó los puños. Luego, oyó un zumbido.

Era imposible verlo desde la distancia, sobre todo en la oscuridad de la noche. Algo tapó el Ojo del Sur, que brillaba con fuerza en el firmamento. El zumbido se acercó. Al cabo, una enorme figura negra planeaba hacia el lugar en el que se había quedado pasmado.

Sand abrió mucho los ojos mientras la bestia se posaba con elegancia. Jamás había visto un bicho así. Era aterrador y magnífico al mismo tiempo. Músculos duros como rocas, cuernos sólidos, pinzas afiladas, mirada pétrea.

– No te quedes ahí parado. Sube –invitó Derren.

Se había quedado paralizado y ni siquiera había podido levantar la mirada al lomo del monstruo para ver que era la montura del cazador. Parpadeó. Movió un dedo. Luego un pie. Luego la cabeza. Todo en orden. Ya podía hablar.

– ¿Que suba? Estás zumbado.

– Tengo un arco, mira –levantó el brazo izquierdo que sostenía, en efecto, un arco–. Kai vuela, yo conduzco, tú disparas. Seremos un gran trío.

– ¿Esa cosa tiene nombre?

La cosa rebuznó, molesta. Incluso dio un pisotón. Sand no supo qué pensar.

– ¿Y por qué no iba a tener nombre? ¡Por las babas del cerbero, sube ya!

Sand masculló. Había volado en dragón, aquello no podía ser muy distinto. Se infundió fuerzas pensando con sentido común. El aire era el sitio más seguro de Val'Monde en esos momentos. Desde arriba tendría una posición privilegiada. Desde arriba, vería todos los fuegos. Sabría a donde disparar. Y sería difícil que lo vieran a él.

Avanzó hacia Kai. El bicho lo miró con unos ojos amarillos llenos de curiosidad. Extendió una de sus patas, formando una especie de rampa. Sand se encaramó a ella y aceptó la mano que le tendía Derren.

– ¿Y las flechas?

– El carcaj está en la base del ala. Tiene un pliegue que…

– Lo tengo.

– Bien. Vamos. Hay soldados de negro por todas partes, a esos no les dispares.

Sand iba a preguntar por qué, pero lo entendió a tiempo. Tanta armadura sería difícil de traspasar y apuntar a las articulaciones en la oscuridad iba a ser complicado. Además, Sand no era un arquero avezado, lo suyo siempre había sido la esgrima.

– A por heterocromos, entonces.

Derren asintió.

– ¡Al Archivo de los Tiempos, Kai!

Kai se elevó. Sus alas vibraron. Los edificios se alejaron de ellos. Sand pudo observar la ciudad desde otra perspectiva. Las calles aledañas estaban vacías.

*

Sentada donde estaba, con los pies colgando en el vacío, Pira observó cómo volvía su amiga.

– No es él –dijo Garia.

– Mierda –soltó Pira.

– ¿A quién esperas encontrar primero, a Tigre o a Sihal?

– Si mato a Tigre, tendré una buena noticia que dar a Sihal cuando lo encuentre.

– Pues más vale que lo hagas, porque no quiero ser yo la que tenga que darle la mala noticia a Sihal.

– ¿Crees que se habrá quedado fuera de esto?

– ¿Sihal?

– No, Tigre.

La joven Borea se apoyó en el alero e hizo fuerza con ambos brazos hasta posar un pie en el tejado. Luego se sentó junto a Pira. Las tejas bailaron.

– ¿Bromeas? Tigre jamás se lo perdería. Ya sabes cómo es. Esto será algo así como su sueño. Matar singas a diestro y siniestro.

– Tienes razón. Entonces pasará por aquí tarde o temprano.

– Sí. Aunque para ser la avenida principal, pasan muy pocos mohadís.

– Algunos se han refugiado en esa torre tan alta y otros en ese edificio de allí –señaló hacia una gigantesca mole de piedra gris.

Ambas observaron cómo el grupo de una docena de heterocromos acababa con un par de soldados que no habían llegado a tiempo al refugio. Ni siquiera usaron el poder, las espadas

corrientes bastaron.

– Tienen el edificio rodeado –observó Garia.

– Me da asco –soltó ella.

– ¿Tigre?

– Tigre. La guerra. El continente. Es lo mismo. No tenía que haber venido.

– Piensa en Sihal…

– Sihal estará haciendo esto. Estará matando a gente que no deseaba otra cosa que vivir en paz. Están invadiendo una ciudad que no es suya. ¿Por qué? ¿Para qué?

La imagen de Sihal asesinando a personas inocentes se materializó en su cabeza. Recordó la horrible confesión que le había hecho en las Islas. Ya había matado. Había acabado con la vida del mejor amigo de Yeguen porque iba a delatar al Martillo. Por orden de Tigre. Orden cuyo incumplimiento la implicaba a ella de la peor de las maneras. O al menos eso había dicho Sihal. Pira lo creía. Sihal jamás habría sido capaz de hacer tal cosa a menos que la vida de algún ser querido estuviera en juego. Pero eso no lo exculpaba.

La respuesta de Garia la devolvió a la realidad.

– Recursos. Dinero. Súbditos. Eso dicen los libros.

– Sí. A veces es eso. Otras veces es solo odio. ¿Crees que a Tigre le importa el dinero? No conoce a los singas del continente. Jamás conoció a ninguno. Y aun así los odia. ¿Eres capaz de entender eso?

– Nos lo inculcan desde pequeños, Pira…

– Yo no lo hago.

– Porque tú eres…

Garia se calló súbitamente. Pira sabía por qué.

– Tranquila, tienes razón. No nací en las islas. No me inculcaron las mismas ideas. Pero precisamente, yo sufrí el odio que os describen desde pequeños. A mí me persiguieron. Me ataron a un poste y prendieron la paja bajo mis pies. Sentí el averno en mi piel. ¿Cómo es posible que yo sea la bordeña que menos los odia?

Garia no respondió. Abajo, en la avenida, un grupo de soldados sureños con armaduras negras avanzaba sin resistencia. Pira observaba su avance en silencio hasta que la tierra se los tragó a todos.

– Parece que ya ha empezado el juego a dos bandas –comentó Garia.

– No sé si quiero ver esta matanza. ¿Tú también los odias tanto?

– No lo sé… No los conozco, pero… Supongo que tú conociste el lado bueno de los singas del continente. A nosotros solo se nos muestra lo malo.

Pira sonrió. Las sonrisas de los singas que la ayudaron años atrás acudieron a su auxilio. La del cazador que la sacó de la hoguera. El niño que la coló como polizona en aquel filibote mercante. El joven de Magnalia. ¿Cómo se llamaba? ¿Aldan? ¿Alben? Y el chalado del capitán Nemo, por supuesto. Sin él no habría llegado a su tierra prometida.

– Uy –entonó Garia–. ¿Qué es eso? ¿Un dragón?

Algo se acercaba a ras de los edificios. Volaba a una velocidad constante y en una trayectoria demasiado recta como para ser un dragón. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

– Creo que es algo peor.

– Pues viene directo hacia nosotras.

Pira abrió mucho los ojos al ver cómo una flecha pasaba a un par de dedos de la oreja de su amiga.

– ¡Salta! –chilló Pira.

Ella misma rodó hacia un lado, se colgó del alero y se dejó caer a la azotea de menor altura. Vio que Garia se resguardaba bajo el alero. Buena idea. Hizo lo mismo y esperaron a que pasara el peligro. No tardaron en arrepentirse cuando notaron que algo se posaba sobre sus cabezas.

– Estamos perdidas –concluyó Pira.

Los pasos de la criatura que se había posado sobre el tejado se acercaban.

– ¿Bromeas? No hemos venido hasta aquí para ser el manjar de monstruos voladores del continente. Tú caldea mis ráfagas, compañera, que yo avivaré tu fuego.

Las tejas bailoteaban cada vez más cercanas. Aunque no las tenía todas consigo, la determinación de Garia la animó. Era el momento de dejarse ver. Ahora o nunca.

– A la de tres –anunció.

Garia le quitó el seguro a la vaina de su espada. Pira respiró hondo.

– Una… –buscó el calor en su interior, ese que encendía sus ojos–. Dos… –notó que brotaba el fuego por todo su cuerpo, un cosquilleo gozoso y a la vez aterrador, pues siempre temía que se descontrolara y acabara abrasándola.

– ¡Tres! –rugió Garia saliendo de su escondite y dándose la vuelta con la espada en alto.

Pira la siguió con un poco de retraso. La había sorprendido antes de tiempo. Se vio cara a cara con la criatura. Era enorme. Negra. Un enorme cráneo de insecto bajaba hacia ella, como buscando la embestida. La reconoció. Esos cuernos sólidos. Esas tenazas afiladas. Las patas gruesas, peludas y rugosas. Las alas translúcidas todavía vibrando. Era la libélula. Una como la que había visto en los Colmillos Verdes años atrás. No podía ser la misma. Era imposible.

Su bola de fuego alumbró la azotea. El aire ululó con un rugido temible, cortesía de la Borea que luchaba a su lado. Sabía que tenía que apartarse después de atacar, pero tardó lo bastante como para que Garia la tirara a un lado lanzándose sobre ella.

La libélula se pasó de frenada y se giró en seco. La bola de fuego no había sido suficiente. Pero Pira solo estaba calentando. Tenía un arsenal de trucos bajo la manga.

– ¡Su piel es demasiado gruesa para mi espada! –desveló Garia, que ya se había puesto de pie y esperaba la segunda arremetida–. ¡Esto va a depender de ti, Pira!

Ambas esperaron en guardia. El monstruo las observaba con unos ojos opalescentes, brillando de furia. O eso interpretó Pira.

– ¡No dispares, Sand! –dijo una voz–. ¡Por las orejas del condenado Foki! ¿Pira? ¡No me jodas!

Alguien se apeó de la libélula. Pira no daba crédito a que alguien pudiera montar a semejante monstruosidad. Luego vio que había otra figura sobre el lomo. El arquero, sin duda.

– ¿Qué hacemos? –susurró Garia.

– Espera –respondió en el mismo tono–. ¿Quién eres?

La duda anegó su mente como un torrente de claridad. Pira conocía a una persona capaz de volar sobre tal criatura.

– ¿No te acuerdas de mí? ¡Pero si yo te he reconocido por la voz!

– No te veo.

Y aun así, Pira lo veía cada vez más claro. Solo podía ser una persona. Esa que, años atrás, la había salvado de una calurosa muerte sobre una pila de paja.

– Pues alúmbrame –dijo el extraño–. ¿No es ese tu poder?

Pira generó una llama sobre su mano y la hizo crecer hasta lo que consideró suficiente. Luego la arrojó hacia el suelo, cerca de donde estaba el desconocido.

– Así me salvaste la vida –explicó el extraño–. ¿Recuerdas? Todavía eras una niña. Tú mataste a… –se calló–. Te asustaba tu propio poder. ¡Ja! ¡Pensaba que habrías logrado salir del

continente, y mira dónde te encuentro!

– ¿Derren?

Pira sintió por fin esa intensa punzada de alegría ante tan inesperado reencuentro.

– ¡Por los espíritus! ¿Qué le ha pasado a tu pelo? –exclamó el cazador.

– ¡Derren!

Ambos se fundieron en un sentido abrazo que a Pira se le hizo muy corto. No a Garia, que se aclaró la garganta, como pidiendo una explicación.

– Garia, este es Derren. Derren, Garia –esta vez no hubo abrazos, con un par de asentimientos bastó–. Derren me salvó la vida en un pueblo de su tierra natal –se giró hacia él–. ¿Qué diablos haces aquí?

– Pensé en lo que me dijiste aquella vez, cuando nos despedimos. Lo pensé mucho, y al final, dije. ¡Qué demonios! Hay muchas cosas que no conozco ahí fuera, y aquí un cerbero me arranca una pierna cualquier día. O me pica una serpiente y me voy al otro lado. Así que dejé mi cinturón de cazador y viajé, Pira. Viajé.

– Y acabaste en medio de una batalla entre tres ejércitos –añadió ella.

Justo en ese momento se acercaba otra figura por detrás. Pira se mantuvo alerta, pero supuso que era el arquero y que sería un compañero de Derren.

– Me encontré a gusto en esta ciudad. El rey me pagaba por sobrevolar el desierto. Ni siquiera lo hacía todos los días. Me gastaba el oro en vino, cerveza y… Ya sabes. Una vida tranquila. Nada de monstruos. Nada de…

– ¿Nada de monstruos? ¿Estás de broma? –e hizo un gesto con la cabeza para señalar a la libélula.

– Ah, Kai… ¿Recuerdas el huevo que robamos en Colmillos Verdes?

– ¿Robamos? ¡Yo no robé nada! Estaba bastante traumatizada como para…

– No quisiera poner fin a vuestro fortuito reencuentro, pero creo que habrá momentos mejores para poneros al día –interrumpió Garia–. Está pasando otro escuadrón de heterocromos.

– Eso mismo iba a decir yo –agregó el arquero.

Pira miró al último hombre que había hablado. Era de tez negra, de modo que debía de ser un local. Un mohadí. Un tostado. Un valmondí. Alguien cuya ciudad iba a ser destruida esa misma noche. Tenía una mirada verde aceituna que rebosaba de intensidad. O quizá fuera el efecto al fulgor de la llama que ardía en su mano.

– ¡Benditas cuatro, pero si es Tigre! –exclamó Garia, asomándose una vez más–. Creo que está con alguno de sus panteras.

Pira se acercó al alero. Esa forma de andar con el pecho hinchado y los hombros hacia adelante… Incluso en la oscuridad de la noche se intuía su bravuconería. Caminaba rodeado de una docena de los suyos por en medio de la avenida, como si no hubiera enemigo capaz de hacerle frente. Pira apretó los dientes al comprobar que era verdad. Los defensores no tenían nada que hacer contra el poder de los hijos de las Guardianas. Y los dragones eran muy pocos.

– Vamos.

– ¿Qué vais a hacer? –preguntó Derren.

– ¿No es de los vuestros? –quiso saber el arquero.

– Nosotras estamos solas –explicó Garia.

– He venido a matarlo. Es el responsable de traernos de vuelta al continente. Quiere conquistarlo todo.

– ¿Todo? –el arquero abrió mucho los ojos–. ¿Se ha vuelto loco?

Derren sonrió.

– Me salvaste la vida, Pira. Te ayudaré.

– Creía que no podías matar a humanos –comentó ella.

– Las circunstancias han cambiado un poco. Colgué mi cinturón, ya no soy cazador. Además, esos no son…

No terminó la frase, pero Pira entendió. Su amigo todavía no consideraba que los heterocromos fueran humanos. Le dolió un poco, pero estaba segura de que no había sido su intención.

– Algunos no –lo ayudó ella, e hizo el esfuerzo de dibujar media sonrisa–. Tu libélula… ¿Crees que podrías aislar a Tigre?

– ¿Aislar? –repitió el arquero, confuso.

– ¿Alguno de ese escuadrón es amigo tuyo? –quiso saber Derren.

– No.

– Bien.

– Acabad con los que podáis. Nosotras los seguiremos desde abajo y atacaremos cuando estén desprevenidos y más posibilidades tengamos.

– Ten cuidado, Pira. No quiero contarle mis últimas aventuras a una vasija con ceniza.

Pira asintió. Dicho eso, Derren se dio la vuelta y silbó para que la libélula se acercara de nuevo. El monstruo bajó la cabeza dócilmente y el cazador saltó para alcanzar el cuerno izquierdo. Se balanceó y acabó perfectamente colocado sobre el cuello de la montura. El arquero montó también, con bastante menos elegancia, pero salvando los muebles.

Se giró hacia la avenida para ver cómo pasaban sus compatriotas. Aquellos a los que había venido a traicionar.

La libélula galopó hasta el borde y saltó agitando las alas. No daba crédito de lo que veía. En su lomo iban dos hombres valientes. Dos aliados en una tierra hostil. Pira estaba anonadada. Era lo último que habría esperado. La libélula zumbó hacia el grupo de heterocromos y escupió una andanada de dardos mortíferos que pilló a todo el escuadrón por sorpresa.

A Pira le recorrió un escalofrío. El zumbido de las alas era aterrador. De no haberla reconocido, ella misma podría haber acabado con un dardo de esos en el vientre, pudriéndose para siempre en algún tejado de alguna ciudad de ese continente al que nunca quiso regresar.

– ¿Vamos? –preguntó Garia, sacándola de su ensimismamiento.

Había venido a matar a Tigre. Y Tigre estaba ahí abajo. Dos fogones brotaron de sus manos.

– Vamos –confirmó Pira, y saltó del alero.

*

El dragón que detectó Tiranior era Darragor, el de Kai Shek. Se rondaron dibujando círculos en sentido opuesto. Tres veces. Así se saludaban los de su estirpe.

– Creo que la zona es segura –declaró An Long.

– Te ayudo a comprobarlo –dijo el jinete veterano.

Los dos dragones bajaron veloces y sigilosos en medio de la noche. Se posaron allí donde el pavimento se dividía con una fisura irregular.

– Ha pasado algo…

– Dien Phu y Dun Gar me han puesto al corriente –le cortó Kai Shek–. Has hecho un buen trabajo, An Long. Terminemos esta misión.

An Long asintió. La vaina hacía un ruido ronco debido al temblor de la espada. La desenvainó. Kaaldanor vibraba con intensidad. Notó que un leve cosquilleo recorría su cuerpo al empuñarla.

– Creo que está debajo –murmuró An Long.

– ¿Enterrada? –se extrañó Kai Shek.

– Sí. Ha habido una lucha.

– La fisura –adivinó el veterano–. Debe de haber sido cosa de heterocromos.

– Sí.

– ¿Era Richard?

– Eso creo. A menos que haya cambiado la espada con alguien antes de…

Tragó saliva. No le gustaba pronunciar esa palabra, así que dejó que el viento la susurrara en su lugar.

– Solo hay una forma de saberlo –se giró hacia los dragones, que olfateaban unos charcos de sangre–. ¡Tir, Darri!

– A excavar.

Se acercaron antes de que An Long lo dijera y empezaron a escarbar entre adoquines fisurados.

La garra de dragón era el material más duro que se conocía en el mundo. Había una docena de espadas hechas de dicho material, tres de ellas en el Peine y dos en Do Shoi. Las demás eran seguramente las posesiones más preciadas de algún rey, coleccionista o rico mercader extranjero. Su fabricación era monopolio exclusivo de la Forja de Dar es Ban, puesto que se requería fuego de dragón en el proceso. Los métodos de templado y enfriamiento eran secretos de Estado.

– Me han dicho que salvaste a un par de mohadís en el desierto –comentó Kai Shek–. De ser por mí, los habríamos dejado morir en la arena. Así es como actúa un buen jinete.

– Y para ti no lo soy.

– No, no lo eres. Eres demasiado sensible. Te dejas llevar por las emociones. Por eso no terminaste la última prueba. Sé que tienes la destreza y el equilibrio. La fuerza y el sentido común. El conocimiento suficiente. Pero las emociones te traicionarán.

– Sigo sin entender cómo.

– La guerra ha llegado, An Long. Ha llegado el tiempo del odio. Ese odio te alcanzará algún día. Y si no lo controlas, tu vínculo con Tiranior será el más peligroso de todos los vínculos.

– ¿Y tú? Todos viviremos estos tiempos de odio.

– Yo he renunciado a muchas cosas para obtener esta templanza. Además, Darragor no es ni la mitad de peligroso que Tiranior.

– Lo sé.

– No es solo por su fuerza y tamaño. Tiranior es un primigenio. Ha vivido guerras de las que ni se acuerdan los pergaminos. Tiene odio en su interior. Ha visto morir a decenas de sus hijos.

– Lo tengo en cuenta, Kai Shek –respondió An Long, serio.

Llevaba tiempo reflexionando sobre ello. Especialmente desde aquel beso con Dal Mah y todo lo que podría significar. Estaba rompiendo un juramento. El juramento más importante de su vida. Pero no en vano. Era por la persona más importante para él.

Tras el momento de reflexión An Long bajó al agujero que habían abierto los dragones y empezó a pasearse por él, intentando detectar dónde la vibración de Kaaldanor aumentaba. Kai Shek también bajó de un salto.

– Vibra más –declaró, al cabo.

– Buena señal –comentó Kai Shek–. Y esto también.

Se giró, mostrando algo que había cogido de la tierra. Era un trocito de algo blanco. An Long tardó en comprender. Un trozo de hueso.

Los dragones excavaron en esa dirección. Apareció tierra manchada de rojo. Sangre. Nada que

se pareciera a un cuerpo. Solo trocitos de hueso, de tela y de metal. Todo ello teñido de rojo. La garra rascó el metal con un *cling*. Un filo sin cruz ni empuñadura. Vibraba.

– Es esto –dijo An Long, cogiendo el acero vibrante con cuidado.

Kai Shek lo observó con detenimiento. Limpió la base de la parte plana del filo con el pulgar. Las runas estaban ahí.

– Creo que es todo lo que necesitamos.

Asintió An Long.

– ¿Y ahora?

– A cumplir órdenes.

– ¿No vamos a ayudar? Sin nosotros, la ciudad caerá.

– La ciudad ya ha caído.

– Pero…

– La recuperaremos, An Long. Gracias a una de las vidas que salvaste en el desierto –Kai Shek le guiñó un ojo–. Vamos.

*

En lo alto del parapeto, Dun Gar observaba la batalla que se estaba gestando a ambos lados de las murallas. No había caído ningún dragón, y eso era lo más importante. Más incluso que los jinetes, muy a su pesar.

– No son invencibles –susurró Shio Min a su lado, con esa voz suya tan desagradable.

– No. Y tampoco son muchos.

Lo estaban pasando mal. Los chicos de la Nueva Llama arremetían con ahínco, pero los escudos de tierra que se habían acostumbrado a formar los heterocromos los protegían del fuego de dragón. Las ascuas se apagaban con cantidades de agua que parecían no tener fin. Y luego estaban las ráfagas de viento. Los dragones apenas podían controlar su vuelo y tenían que escapar en vertical hacia las estrellas cada dos por tres.

– Tendremos que hablar con Sim Rep para futuras escaramuzas.

– Comparto tu opinión. Vamos a necesitar pulir tácticas con el ejército.

– Buena suerte –deseó Shio Min.

Por lo menos, Frago, el dragón del jinete veterano Dien Phu, estaba aprovechando la distracción de los otros dos para causar grandes estragos en las filas de la soldadesca sureña.

Al otro lado debían de estar Mah Dia y Sah Mah defendiendo los puntos clave a los que habían convergido las defensas. Iban del Archivo a la Casa de los Susurros a barrer a los atacantes, de la Gran Catedral a la Torre del Aura pasando por la Fortaleza Flotante en lo alto de cuyas murallas se encontraba él.

Se giró para buscarlas, pero en su lugar vio a Tiranior y a Darragor planeando hacia el Palacio. Silbó e hizo un gesto con la mano. Llamó a Kraker por si no lo habían oído. Del patio de armas se elevó su viejo dragón y guio a los otros dos hacia el parapeto. Cayeron trozos de mampostería cuando las tres bestias se posaron como pudieron.

– ¿Traéis buenas noticias?

– Tenemos a Epeecle.

– Bien –dijo Shio Min–. Pues larguémonos de aquí.

Dun Gar se percató por el rabillo del ojo de que la pequeña comitiva de gobierno se acercaba por el adarve. Se habrían percatado del revuelo en el patio de armas. O quizá habrían visto a Tiranior.

– Majestad.

– ¿Alguna novedad?

– Vamos a enviar a la mitad de los jinetes a la Semilla para una visita rápida.

– ¿Abandonáis? ¿Nos dejáis indefensos?

– Esta ciudad ya está perdida –espetó Shio Min–. Sus defensas tienen más agujeros que un queso *Grühl*.

– He dicho que la mitad de los dragones seguirán colaborando en la defensa de la ciudad –repitió Dun Gar en tono pausado–. Kai Shek, An Long, volad con Shio Min y los jinetes que están fuera de las murallas.

– No podemos dejar solas a Mah Dia y a Sah Mah –objetó An Long.

– No las dejo solas –respondió Dun Gar–. Kraker y yo volaremos con ellas.

– Maestro…

Kai Shek fue a decir algo, pero la mirada del maestro del fuego fue suficiente para disolver las palabras.

– Iremos con vosotros –declaró el rey.

– No.

– Es una orden –insistió.

– La Semilla bien podría ser un lugar más peligroso que esta ciudad en cuanto la abramos –explicó Dun Gar–. Aguantaremos hasta que la cosa se vuelva peligrosa para los dragones. Debilitaremos al ejército de Lor'Horn cuanto podamos aquí, en el interior de las murallas, y cuando se vuelva insostenible, nos retiraremos.

– ¿Os retiraréis? –se indignó el rey.

– Os llevaremos a vos y a vuestro gobierno a Val'Havre, si lo deseáis.

– Lo deseo.

– Entonces no se hable más –terció Shio Min, volviéndose hacia An Long y Kai Shek–. No tenemos tiempo que perder.

52

VENGANZA

Val'Monde, Mohad 571.

La entrada al mastodóntico edificio estaba bien defendida. Las defensas de la ciudad se habían atrincherado en el interior, pero también a los lados y en las ventanas. De ahí que les fuera imposible acercarse sin recibir un flechazo en el corazón.

Se pasó el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor. Se habían reunido con más escuadrones al final de la avenida, por eso Sihal había pensado que sería fácil. Pero ni así eran suficientes Gea como para derrumbar el edificio desde donde se encontraban. Los Ignos del grupo habían arremetido contra la entrada con ráfagas de fuego avivadas por los Borea, y estos últimos iban robando soplos de vida cuando alcanzaban a alguien el tiempo suficiente sin perder el contacto visual. Los Escuala habían pasado al ataque a su modo: formaban bolas de agua que tardaban un poco en congelar y luego las arrojaban como catapultas.

Cuando acabaran con las defensas de los flancos podrían acercarse y tirar abajo la mole de

piedra gris. Pero en ese momento, Sihal no podía hacer nada. Solo mirar. Y no le importaba.

Cuando todo parecía tranquilo, el cielo se iluminó con fuego enemigo.

– ¡Dragones! –exclamó alguien.

El fuego inundó el lugar y Sihal se vio poniendo fin a su vida como un tizón ennegrecido en una ciudad lejana, en una tierra extraña. Por suerte hubo hijos de Gea que reaccionaron a tiempo formando una cúpula de tierra sobre sus cabezas.

– Hay que salir de aquí –dijo una voz.

– Hay que avanzar –dijo otra.

– Deberíamos ir a buscar a más hijos de Gea –le dijo su compañero.

– ¿Sí?

A Sihal le pareció que eso sería escaquearse. Aunque pensándolo bien, recorrer una avenida a cielo descubierto con dragones soplándole en la nuca no parecía una forma ideal de escapar.

– Sí –dijo la Borea que se había autoproclamado líder del escuadrón de Sihal–. Id. ¡Pero volved pronto!

Sihal suspiró, pensando que no saldría vivo de allí. Vio que su compañero se preparaba formando un caparazón de tierra sobre su espalda. Hizo lo mismo. Le resultaba difícil tener esos reflejos. Los automatismos de la guerra estaban muy lejos de él en las Islas. Allí no había guerras. No habían entrenado para ellas. Al menos, él no.

– ¿Cómo te llamas? –preguntó.

– Fuhor, ¿y tú?

– Sihal.

Poco después los dos hijos de Gea, hermanados en la batalla, salían avenida arriba en busca de refuerzos, como tortugas corriendo a dos patas.

*

Tigre caminaba sereno y con una sonrisa pintada en la cara. Porque la ciudad estaba ardiendo, y eso merecía una sonrisa.

Estaba haciendo caso omiso de la batalla que se gestaba tras él, entre sus hombres de vanguardia y unos maleantes que había en los tejados. Iba directo a lo que llamaban los soldados de negro el Archivo de los Tiempos. Tigre había leído sobre ese lugar, y no quería ser el responsable de su destrucción. Él no era como ese Lor'Horn del Sur. Él leía Historia. Le gustaba. Además, si quería ser recordado, alguien tendría que escribir los tomos dedicados a la reconquista del continente, liderada por él. Y la escribiría gente del Martillo, por supuesto. Reorganizarían todas las estanterías del Archivo de los Tiempos y colocarían los años más importantes en los lugares más céntricos y cercanos.

Algunos de los soldados sureños se habían adelantado y corrían por la avenida hacia el Archivo. Había visto a un par de dragones exhalar su fuego sobre los atacantes. Supuso que los soldados que allí hubiera estarían ahora achicharrados.

– ¿Crees que es una buena idea?

– No –respondió–. Por eso voy a cambiarla.

Hovar asintió.

– Creo que los Escuala podrían jugar un papel importante por una vez –sugirió Hovar, que caminaba a su lado.

– Coincido, Hovar. Allí están guardados los pergaminos de nuestros antepasados. No seré yo quien destruya la Historia que nos pertenece.

De pronto captó un zumbido. Tigre se alarmó. Siempre tenía el sexto sentido encendido. El

que le decía que algo lo acechaba. Él era un cazador, no una presa. Sus ojos se tiñeron de verde y de su cinturón brotó un caparazón de madera a su espalda. Se giró después de sentir el impacto. Era un dardo. Un dardo jodidamente grande.

El pantera Hovar arremetió con una bola de fuego en dirección al acechante, que era una especie de libélula gigantesca con patas y cosas afiladas.

– Veneno –gruñó Tigre al ver la marca en el caparazón de madera del que se desquitó–. Que la Quinta me lleve. ¡Cargaos a ese bicho!

Cuando quiso darse cuenta, cuatro de sus hombres cayeron de bruces al suelo, sin poder replicar. Apretó los dientes. Cada muerte en el bando heterocromo era una pérdida enorme debido al número total de integrantes tan reducido. Quedaban trece en el escuadrón. Ahora nueve. Tigre torció el gesto. Los números impares siempre traían mala suerte.

El contraataque no se hizo esperar. Lo que quedaba del escuadrón se puso manos a la obra y una lluvia de fuego ascendió hacia el monstruo volador. Algunas llamas lo alcanzaron, pero no pareció resentirse. La respuesta fue una nueva andanada de dardos envenenados que impactaron en otro par de sus hombres. Un Ignos y un Borea.

– ¡Ahh!

Siete.

– ¡Maldita sea! ¡Brock!

– Aquí.

– Desestabiliza a ese bicho. Impide que vuele. O haz que vire hacia nosotros.

Brock Borea asintió, estiró las manos y llamó al viento.

– ¡Ignos! –exclamó Hovar–. ¡Apuntad a las alas!

Pero Tigre vio que solo quedaban dos Ignos. Ayua y Hovar.

– ¡Defensas de Gea, defensas de todos los Gea!

La siguiente andanada fue repelida por las defensas de Tigre, y así se dio cuenta de que era el único Gea que quedaba en el escuadrón.

– ¡Ah! –chilló una mujer–. ¡Me ha dado!

Era Ayua. La loba con la que había hecho tan buenas migas. Se percató de algo importante. No era un dardo, era una flecha. No iba a permitir que aquella emboscada acabara en carnicería.

– ¡Corred! –gritó Tigre–. ¡A cubierto!

Su mente trabajaba a gran velocidad mientras corría aún más rápido hacia el callejón más cercano. Habían disparado una flecha. Eso significaba que había un arquero montado sobre aquel bicho. Un arquero con un arco. Madera.

Notó que el trabajo de Brock surtía efecto, pues la libélula volaba inclinada hacia un lado, forzada por un vendaval que se intuía en la negrura. Resguardados por las paredes del callejón y la oscuridad, los heterocromos podían operar con mayor sosiego y precisión.

Ordenó a Ayua a quedarse sentada, con la flecha clavada en el abdomen. Los fuegos expelidos por Hovar iluminaban a ratos a la criatura, y en efecto, Tigre distinguió al arquero. Esperó su momento. El zumbido se alejaba unos instantes y volvía con fuerza a sus oídos. Era solo cuestión de tiempo que sobrevolara el callejón. Y así lo hizo. Apareció justo por encima de ellos. Llovieron dardos. Oyó a dos de sus hombres quejarse y maldijo.

Dos menos.

El arquero tendría el arco tendido, pero Tigre se adelantó a la flecha. Sus ojos se encendieron de verde y con los dedos hizo brotar, desde la distancia, un filo del arco enemigo. La transformación de la madera fue tan rápida que la punta generada debió de clavarse en la carne de la criatura. Tal y cómo Tigre había querido. La criatura chilló. Ese sonido le gustó mucho

más.

El arquero cayó al suelo desde una altura de unas veinte zancadas y la libélula fue perdiendo altura y velocidad hasta posarse en algún lugar no muy lejano. Misión cumplida. Habían vencido. Ahora tenía que comprobar quien quedaba vivo.

– Buen trabajo, guerre…

– Muere, Tigre.

Abrió mucho los ojos. Era un heterocromo. Uno de los suyos. Se lo había encontrado de bruces al darse la vuelta para felicitar a los supervivientes. Tenía la cabeza rapada. Los ojos encendidos de rojo. Y una sonrisa del odio satisfecho. La sonrisa de la venganza. Notó el calor abrasador del fuego en sus tripas.

*

Habían estado buscando refuerzos y enviándolos al Archivo para ayudar contra los dragones, y al final ellos también habían servido como refuerzo. Llegaron justo a tiempo para salvarlos.

Sihal se percató en el último momento. Le faltó tiempo para pensar, así que actuó. Los dos heterocromos que corrían hacia el callejón no lo hacían con intención de ayudar, al contrario. La bola de fuego que estaba preparando el Ignos iba dirigida al escuadrón, no al monstruo volador.

Por eso levantó la barrera desde el suelo. Logró extinguir la mayoría del ataque.

– ¡Traidores! –gritó Fuhor, con quien Sihal había huido de la batalla del final de la avenida para buscar ayuda.

Sihal estaba en una especie de trance. Como si el tiempo se hubiera parado para que él pudiera hacerse las preguntas necesarias que le rondaban la mente. ¿Se estaban enfrentando los heterocromos entre sí? ¿Una rebelión? ¿En plena batalla contra enemigos de verdad? ¿Cuáles eran los bandos? ¿Por qué no estaba al corriente de nada? ¿Cómo se le había podido escapar algo tan grande? ¿Qué debía hacer? ¿Cómo podía unirse? ¿Acaso no era demasiado tarde?

Al ver que su bola de fuego había fallado, los dos heterocromos recularon a toda prisa. Un viento huracanado embistió a Sihal y a Fuhor a su lado, mientras el Ignos enarbolaba más llamas.

El porte y la silueta le resultaron familiares. Pero se giró porque la voz que rugió desde el callejón también.

– ¡Tú! –exclamó Tigre–. ¡Sabandija pacifista!

El verde de los ojos del líder del Martillo brilló en la oscuridad. Sihal se estremeció. Acababa de salvar a Tigre. Vio que, tras él, había un Ignos también. Debía de ser su pantera. ¿Y quiénes eran los que habían atacado? ¿Pacifistas? ¿Habían venido pacifistas al continente?

– ¡Son más, Pira! ¡Corre! –gritó una voz femenina.

La voz le sonaba, pero no le dio ninguna importancia porque había pronunciado el nombre de su novia. Eso sí que era importante.

– ¿Pira? –susurró Sihal.

La vio alejarse con las llamas bailando a su alrededor como protección. La otra persona que corría con ella debía de ser alguien del arcoíris. Correr hacia ellas habría sido inútil, porque habrían muerto. La llamarada que desencadenó el pantera fue la más intensa que Sihal había visto en años.

Sintió el cosquilleo en sus ojos. Las cosquillas del poder recorriendo su cuerpo. Fue un instante. Tenía que ser rápido y preciso. El suelo se hundió y una barrera de tierra frenó nuevamente la llamarada. Se le daba bien defender, por lo visto. Pero cada vez estaba más cansado. No aguantaría mucho.

– Qué rocas –oyó que decía Fuhor, que seguramente no entendía nada de lo que estaba

pasando.

La tierra se fracturó como una ventana. Tigre hervía de rabia y sus ojos refulgían en la noche con una promesa de destrucción.

– ¡Me estrangula! –chilló Pira.

– Lo estoy contrarrestando –respondió la otra rebelde.

Ahora sí, la tierra se abrió por completo y se tragó a las dos heterocromas. Sihal se temió lo peor. Temió escuchar el crujido de los huesos de Pira ahí mismo, en cuanto Tigre cerrara la fisura. Se preparó para el golpe. Sus ojos se iluminaron de nuevo. Tenía que ser fuerte.

La tierra fracturada volvía a cerrarse, pero lentamente. Lo estaba frenando con todas sus fuerzas, pero el poder de Tigre era mayor. Él no podía regalarles más que unos segundos.

– ¡Eh, vosotros! –exclamó Hovar–. ¡Cogedlas!

Fuhor salió disparado hacia el lugar donde habían caído Pira y su compañera. Sihal no podía moverse.

– ¿Qué haces, soldado? –exigió Hovar.

No iba a responder. No podía hablar. Si hablaba cedería del todo y la tierra se cerraría. Sabía que el fuego de Hovar podría acabar con él en unos segundos. Pero unos segundos era justo lo que necesitaba Pira para escapar.

Las vio ascender. Las dos juntas. La otra rebelde debía de ser una Borea, porque llevaba la típica ala que usaban los hijos del viento para flotar y planear ayudados por su poder.

Sihal soltó, exhausto. La tierra se cerró, brusca. Tigre rugió. Sabía que había firmado su sentencia de muerte. Que en cuanto lo reconociera, lo sentenciaría al abrazo de Gea.

El viento se volvió huracanado. Alzó la mirada para verla por última vez. De la tierra brotaron gruesas raíces que se estiraron hasta alcanzarle un pie a Pira. Lo aferraron. Luego otro pie.

– Mátalas –ordenó el líder del Martillo a su pantera.

Pira estaba atada, pero no indefensa. Dos bolas de fuego se cruzaron en el aire y un estallido de llamas iluminó el lugar.

– ¡Demonios, Hovar, es una cría!

– Tiene mucho poder –se defendió el pantera, que parecía sorprendido.

Sihal aprovechó para debilitar las raíces de Tigre atrayéndolas hacia sí. Justo en ese momento Pira lo vio. La mirada de sorpresa le duró un segundo, y la de espanto tomó su lugar. Sihal solo quería una mirada de agradecimiento, pero supuso que la vería desde el otro lado.

– ¡Sihal! –gritó ella, mientras ascendía en la noche de nuevo–. ¡Garia, tenemos que bajar!

Ya no le quedaban fuerzas ni para responder. Pero, de haber podido, le habría instado a huir. Las raíces atraparon a Sihal. Le rodearon los tobillos y las muñecas. Finalmente, el cuello.

– ¡Mira cómo muere tu amor! –exclamó Tigre.

Las raíces empezaron a separarse en direcciones opuestas. Los músculos de Sihal se tensaron.

– ¡No! ¡Sihal!

Otra vez fuego. Sihal solo vio la luz anaranjada que atravesó sus párpados. El intercambio de llamaradas no sirvió para aflojar las ataduras. Ni la tensión de sus miembros. Oyó un crujido. Ya estaba. Llegaba. El dolor lo mareaba, pero no tenía fuerzas para gritar. Notaba que su cuerpo se separaba más y más. ¿Dónde estaba el límite? ¿Cuándo se apagaba el dolor?

– Te… quiero… –murmuró, esperando que el viento se llevara sus palabras.

Las raíces se llevaron sus miembros. El dolor remitió al fin. Lo anegó una sensación de lo más extraña. Una suerte de liberación. Sus oídos todavía funcionaban.

– ¡Esto es lo que les pasa a los traidores! –rugió Tigre–. Brock, ¡haz que bajen!

– Siempre te querré, mi sol…

Fueron las últimas palabras que oyó Sihal. O quizá se las hubiera imaginado. Quizá ya estaba muerto. Quizá ya había sido evaluado en la balanza de las nubes. Quizá ya estuviera en el cielo. Y si era el caso, ¿qué era ese zumbido?

53

ENEMIGOS ANCESTRALES

Val'Monde, Mohad 571.

El alba ponía fin a la larga noche, pero la batalla proseguía en los últimos reductos en pie de la ciudad. Los dragones solo tenían que defender el Archivo de los Tiempos y la Fortaleza Flotante. Los otros puntos estratégicos habían cedido ante las armas o el poder de los elementos. La Torre del Aura la primera, luego había seguido la Gran Catedral de Limeres cuyo rosetón en forma de Pento había acabado partido y cuya aguja, la más alta del mundo, yacía en el suelo para desesperación del Pontífice. La casa de los Susurros había sido la última pérdida de los defensores.

Dun Gar volaba hacia la Fortaleza Flotante cuando de pronto, el dragón cabeceó, inquieto. El avezado jinete trató de calmarlo, pero en vano. Esbozó un gemido aterrado y se frenó en seco. Quedó en el aire batiendo las alas, sin avanzar ni recular.

– Kraker. ¿Qué rocas?

El lazo que los unía transmitió a Dun Gar sus sensaciones. Un miedo helador corría por las venas de su dragón. Fue entonces cuando los vio. Eran sombras negras que tachaban el sol naciente con sus alas. Dos. Eran dos. Dos seres de pesadilla.

El terror del dragón se fue contagiando al jinete a medida que aquellas enormes criaturas aladas se acercaban. Sus alas se movían tranquilas en el cielo y había algo en esas escamas que parecían capturar la luz de los rayos del sol. Se armó de valor para decir las siguientes palabras.

– Vamos, Kraker, tenemos que llegar a la fortaleza.

Pero Kraker rechazó el plan y en su lugar voló en dirección opuesta, hacia donde estaban Mah Dia y Sah Mah. Poco tardaron en reunirse, dadas las prisas del viejo Kraker.

– Están muertos de miedo –declaró Mah Dia.

– Y aquí no hay nada que podamos hacer ya –apuntó Sah Mah–. Los soldados de Lor'Horn se han reagrupado y los heterocromos han aprendido a repeler nuestro fuego con sus defensas.

– ¿Vamos a salvar a ese rey?

– Deberíamos intentarlo –dijo Dun Gar.

En ese momento se oyó un fuerte impacto a la distancia, seguido del sonido que hace la piedra al partirse. Los tres jinetes, detenidos en el aire, bien arriba para no estar a tiro de los heterocromos, volvieron la mirada. La torre oeste del palacio se derrumbaba.

– Pues buena suerte –deseó Sah Mah.

Parecía claro que rescatar al rey Charles iba a estar complicado. A Dun Gar le producía cierto pesar haberles fallado. Era un grupo de gobernantes interesados y egoístas, pero aun así les había dado esperanzas al traer a sus jinetes. Salvarlos habría sido un extra para su conciencia, pero al fin y al cabo había que ser realistas. Ese rey había hecho más mal que bien al decadente imperio

de la arena. ¿Qué quedaba ahora de ese imperio? ¿Dos ciudades a punto de ser aplastadas y una bahía en disputa?

La dragona rojinegra de Mah Dia, Rinaghar, bufó de impaciencia. Y Sah Mah admitió que su dragón estaba temblando. Dun Gar volvió a la realidad. A Kraker le faltaba muy poco para empezar a temblar también. Dudaba haberlo visto así alguna vez.

– ¿Cuál es el plan, maestro? –preguntó Sah Mah.

– Espero que ya lo tengas pensado –añadió Mah Dia–, porque esas cosas vienen directas hacia nosotros.

– Larguémonos de aquí.

El trío de dragones aleteó para cazar viento y viró con una corriente para rodear la ciudad. Subieron en busca de nubes entre las que ocultarse, pero apenas había manchas grises en el cielo despejado.

– ¿Y la Semilla? –quiso saber Sah Mah.

Tardarían varias horas en llegar y los dragones estaban exhaustos. Como él. Los que habían ido a la Semilla tenían las llaves para abrirla, y esperaba que también para cerrarla, por si dragones caen.

La respuesta se la llevó el viento. O, mejor dicho, la ráfaga de fuego azulado que impactó en la cola de Kraker. El chillido del dragón fue desgarrador.

– ¡Kraker! –exclamó Dun Gar, preocupado por su montura.

El dragón entró en pánico y coleteó con frenesí hasta que logró extinguir las llamas azules que habían calcinado su cola.

– ¡Maestro! –gritó Mah Dia.

Dun Gar lo había sentido. El miedo. El pánico. El dolor. El frío. Era un fuego helador. Nunca antes había visto llamas en el cuerpo de un dragón, y había visto a muchos escupirse vaharadas en el Peine.

Las jinetes se apresuraron en colocarse alrededor del maestro, volando en formación más apretada. Pero Dun Gar sabía lo que pasaría. Los dragones estaban cansados. Y ellos también. Si esas criaturas negras, con sus alas enormes, los habían detectado, no había muchas alternativas. Les darían caza.

Para eso había sido el maestro todos esos años. Para tomar decisiones. Y él ya había tomado la suya.

– ¡No! Nos perseguirán. Huid.

– ¿Qué? Maestro…

– ¡Huid! ¡Volved a casa! ¡Ya!

Las dos jinetes se miraron. Dun Gar vio que la duda se dibujaba en sus rostros, pero obedecerían. No había tiempo para despedidas. Las lágrimas vendrían después. Al calor de una hoguera en el Peine de los Cielos. Le enviarían algunas de sus pertenencias a través del fuego. Quemarían algún mensaje de cariño. Cantarían a los vientos con vino caliente en las tripas. Brindarían con *shalur* por el viejo maestro. Contarían las historias que todos ya conocían sobre él. Ensalzarían su figura con las grandes hazañas, y reirían con las no tan grandes. Bailarían. Llorarían. Sonreirían. Lo recordarían.

Dun Gar se armó de valor. Tenía que transmitírselo a su dragón herido. Con una mano sobre el cuello de Kraker, le susurró palabras de ánimo.

– Estoy contigo, viejo amigo. Seguiremos juntos después de esto. ¿Me oyes?

El viejo dragón se calmó un poco, aunque sus corazones latían todavía a un ritmo desenfrenado. Le dio unas palmaditas e intentó transmitirle paz. Pronto estarían en paz.

Se giró por última vez hacia sus discípulas.

– Cuidad nuestra casa, jinetes.

Había lágrimas en el rostro de Sah Mah. Mah Dia tan solo asintió, fuerte como era. Tenía un nudo en la garganta. Supuso que ellas también. Finalmente, ordenó el descenso. El dragón obedeció, valiente.

*

Se despertó.

Notó los párpados hinchados. Se resistían a moverse. Insistió. El cielo de color rosáceo estaba límpido como siempre en el desierto. Movió los dedos. Adoquines. Miró hacia un lado. Botas. Muchas botas.

¿Qué demonios hago tirado en medio de la calle?

Le dolía la cabeza. Tosió. Una tos seca y rasposa. Intentó levantarse con las piernas temblorosas. Empezaba a sospechar lo que había pasado. Pronto llegarían los recuerdos a apuñalarle la mente con muerte y violencia.

Miró a su alrededor: todos lo observaban. Se había formado un corro en torno a él. Armaduras negras. Se apoyó en una rodilla para erguirse del todo a duras penas.

– Pues sí que te despiertas rápido.

Alguien había hablado a sus espaldas. Era una voz femenina. Firme. Serena. Una voz acostumbrada a mandar. El recuerdo de Rudi le vino a la mente.

– ¿Por qué no me habéis matado todavía?

– Muchos lo intentaron anoche. Pronto lo recordarás –una mano se apoyó en su hombro y no hizo falta que se girara para saber que era la de la mujer–. Diste un buen espectáculo.

La mente abotargada de Sand trabajaba a ritmo de camello, pero empezaba a entender. Lo habían herido en la batalla, y supuso que antes de desmayarse, o antes de morir, el Otro había tomado el relevo.

¿Pero cómo he podido sobrevivir tirado en la calle, indefenso?

– Mataste a dos de mis surcados. Se extendió un rumor sobre mis filas y tuve que venir corriendo a comprobarlo. Visto el reguero de cadáveres que dejaste a tu paso, te has ganado el apodo a pulso.

– ¿Apodo?

– El demonio de Val'Monde.

Me dan igual los apodos. ¿Qué ha dicho antes? ¿Surcados? ¿Suyos?

Sand se giró para mirarla por fin. Descubrió a una mujer veterana, de ojos cobrizos que miraban con curiosidad y unos labios curvados en una sutil sonrisa. La sonrisa de autosuficiencia que uno pone cuando sabe más que el otro y se lo quiere demostrar.

Era alta. De rasgos fieros. Ojos felinos. Seguros. El ojo izquierdo atravesado por una cicatriz que iba desde el centro de la frente al de la mejilla. La larga melena pelirroja escondía unas trenzas atadas con finas cintas de cuero que caían sobre sus hombros protegidos por las hombreras del uniforme.

Sand pensaba. Y al mismo tiempo intentaba apaciguar el martilleo que estaba sufriendo en la cabeza. Siempre que despertaba del trance que le imponía el Otro era igual. Sequedad, tos, dolor, los recuerdos.

– Y no los habéis vengado.

– Los surcados no son fáciles de conseguir. La mayoría mueren en el proceso de conversión. Es difícil convivir. Soportar…

El ruido de unos cascos hizo que desviara la mirada. Fue un alivio poder despegarla de los ojos cobrizos de esa mujer. El hombre se apeó del caballo de un salto.

– General –dijo–. Hemos inspeccionado toda la Fortaleza Flotante y no hay rastro del rey Charles. Los heterocromos han peinado los túneles con el mismo resultado. Creemos que han huido por vía aérea.

¿General? Vaya, vaya. Así que tengo ese privilegio.

Una piedra preciosa le colgaba del cuello, y Sand arrugó los párpados para fijarse bien en la figura que había grabada. Era el rostro de un lince.

– Gracias, Vladov. Era de suponer. No contábamos con que los dragones se inmiscuyeran – dirigió una ojeada a las calles–. ¿Alguna pista sobre la espada?

– Según los ordenadores del Archivo, estuvo allí. Pero ya no está.

La mujer chasqueó la lengua. Sand se fijó en que llevaba dos cuernos negros que sobresalían de los bolsillos de su pantalón. Se preguntó si serían un arma.

– ¿Y por qué no viene contigo el líder de los heterocromos?

– No hubo manera… Dijo, palabras textuales, "si Saima quiere verme, que venga a verme. No soy un perro".

Sand vio que la mujer apretaba los dientes.

– Sois mis enemigos –declaró Sand, interrumpiendo a los dos oficiales–. Si no vais a matarme, ¿qué vais hacer conmigo?

– No vamos a matarte, no. Parece que hoy no morirá ningún rey.

¿Qué ha querido decir con eso? ¿Ningún rey? La ciudad ha caído y Charles ha escapado. ¿Acaso hay otro rey? ¿Qué demonios sabe esta mujer?

– Cuanto antes lo llevemos al reparador… –habló otro hombre con una casaca negra, pero sin armadura.

– Sí, sí. Cuanto antes. Vladov, acompáñalos, por si hay moscas revoloteando con puñales.

Entonces, el hombre de la casaca se acercó. Sand gruñó, pero apenas tenía fuerzas para oponer resistencia cuando le puso unas esposas. Luego le ayudó a caminar. Sand casi lo agradeció.

Val'Monde ha sido conquistada. Se acabó. Hemos perdido.

– Sabemos tratar el trastorno –le dijo ese hombre al oído–. Ahora que has despertado en tu alma propia, van a poder examinarte.

¿Mi alma propia? ¿Examinarme? ¿Por qué me haces esto, Limeres? Por los caídos, déjame ir.

Pero una ascua de esperanza se liberó en lo más hondo de su ser. Curarse. La sonrisa de Aditi apareció en su mente, y alejó al instante todas las imágenes de los muertos que había dejado la noche anterior, convertido en el Otro.

Cuando pasó a su lado, se topó con la mirada de la general una vez más.

– Volveremos a vernos pronto, Paul.

Entonces lo sabe. ¿Cómo?

– ¿Quién eres? –la curiosidad pudo más que el cansancio.

– General de la Legión Negra y jefa del Espolón –reveló–. Pero tú puedes llamarme Saima.

Justo en ese momento algo les hizo sombra. Sand apartó la vista de Saima y miró al cielo. Se quedó boquiabierto. Era la criatura más grande que había visto en su vida. Y había visto dragones. Muchos.

¿Qué demonios es eso?

*

– Llegasteis justo a tiempo –dijo Garia.

– No. De haber llegado a tiempo, habríamos salvado a su novio –respondió Derren con la voz apocada.

Se habían alejado de la batalla en busca de un lugar seguro en el que pasar lo que quedaba de noche. Pira no había dormido. Nadie había dormido. Pero habían dejado que pasara la batalla.

Se había pasado el tiempo llorando y ya no le quedaban lágrimas. Había intentado asesinar a Tigre y no solo había fracasado, sino que por su culpa habían desmembrado luego a Sihal. Desmembrado. Y había tenido que verlo. Con la mirada empañada, pero lo había visto. ¿Cómo iba a olvidar algo así? Su vida había sido destruida por ese déspota y ya nada podría arreglar su corazón. Lo único que le quedaba era la venganza. Acabar con Tigre de una forma lenta y horrible. Hacer que pague por lo que había hecho. Ese era su único refugio. El odio. ¿Y después? Después podría morirse tranquila. Porque vivir… vivir no merecería la pena después.

– Al menos llegasteis –respondió Garia–. Estaríamos muertas si no nos hubierais recogido al vuelo.

Los oía, pero Pira no tenía ganas de hablar. No tenía ganas de vivir.

– Algo es algo –murmuró Derren–. Al menos a vosotras sí pude encontraros.

– ¿El arquero murió?

– Supongo –reconoció–. Parecía un buen hombre. Se cayó de la silla desde una altura considerable cuando hirieron a Kai. Si no murió, se rompería varios huesos. Y con tantos soldados enemigos y heterocromos pululando por ahí…

Volvió el silencio. Pira ni siquiera sintió lástima por el arquero. Ya no había pena en su alma para dedicar a otras personas.

– De todas maneras –dijo Derren, rompiendo el silencio–, aquí no estaremos seguros por mucho tiempo. Será el último lugar al que vengan, pero acabarán por venir. Y Kai es difícil de esconder.

– Ya decidiremos qué hacer cuando… –Garia bajó la voz–, cuando Pira mejore un poco.

– Eso no ocurrirá a tiempo. Tenemos que decidir. He estado pensando, y creo que nuestra mejor opción es ir al territorio de los dragones.

– ¿El territorio de los dragones?

– Se enfrentaron a los heterocromos y defendieron la ciudad, más o menos. Eran pocos. Quizá allí haya muchos. ¿No crees? ¿Además, qué otra opción tenemos?

– No lo sé… –admitió Garia, luego añadió en tono dubitativo–. ¿Tú no… no tienes… casa?

– Si vuelvo, me apalearán por colgar el cinturón. Un cazador de los Mil Reinos no puede abandonar su responsabilidad como yo lo hice.

– ¿Eres una especie de desertor?

– Algo así.

– Entiendo. ¿Y nos llevarías a esa tierra de dragones?

– Pues claro.

– ¿Está muy lejos?

– Supongo.

– Pero sabes dónde está, ¿verdad?

– No. Pero no será difícil de encontrar.

Un sonido atronador llegó a la azotea en ruinas en la que se encontraban. Sin darse la vuelta para mirar, Pira supuso que algo se derrumbaba.

– Es una de las torres de la Fortaleza Flotante –dijo Derren.

– Es preciosa. Que pena que la destruyan.

– El rey era un idiota –replicó el cazador en un tono que revelaba una total indiferencia–. Incluso los pequeños reyes de mi tierra tenían más en consideración a su pueblo. Y dicen que esto es la civilización.

– ¿Pequeños reyes? –preguntó Garia–. ¿Es que no se gobierna igual en todas partes?

– No. Algunos reyes gobiernan bien, otros gobiernan mal.

– En nuestros pergaminos se dice que en el continente nadie elige a sus jefes. Que los jefes toman el poder y luego mandan sobre sus territorios.

– Claro. Los reyes gobiernan. A un rey no se lo elige. O naces heredero, o matas a mucha gente para sentarte en el trono. Elegir a un rey. Qué cosas dices.

Otro derrumbamiento. Este más cercano. Pira estuvo tentada de mirar, pero tampoco tenía ganas. Parecía que la batalla no había terminado aún.

– ¡Por los espíritus! Eso es… es… es…

– Aterrador –terminó Garia.

Se quedaron en silencio, cosa que permitió a Pira escuchar el sonido de los aleteos. Se acercaban lentos pero constantes. El sonido aumentaba progresivamente. Como un corazón bombeando en su oído. Pira abrió un ojo para mirar al cielo.

Dos alas negras como la pez batían el aire muy por encima de la azotea. Dos patas gruesas como secuoyas colgaban en el vacío y el cuerpo debía de ser por lo menos cuatro veces más grande que el del galeón que vio aquella vez en el puerto de Magnalia. Y sus cabezas. Eran tres. Tres cabezas parecidas a las de los dragones.

Pira contuvo la respiración mientras aquella bestia pasaba por encima de ellos. Una segunda unidad la siguió, y Pira pudo observar mejor los detalles. Las garras. La cola terminada en una especie de mangual. Las espinas alrededor de las alas.

Una de las cabezas disparó una llamarada de fuego azulado. Calcinó toda la vegetación de una de las azoteas más altas y dejó todo el edificio en llamas. Las columnas de humo gris azulado aparecieron enseguida, y Pira recordó un verso de aquel mensaje en una botella que había recogido en la playa de Piesfríos: *“Arde, arde la isla y asciende el fuego helado, Vuelven los secretos años enterrados.”*

¿Y si Harum no se refería a los heterocromos? Al fin y al cabo, no habían sido ellos los que habían destruido aquella ciudad. Y dudaba que el pequeño ejército liderado por Tigre pudiera hacer frente a criaturas como aquellas, que parecían no temerle a nada. Volaban como a sabiendas de que nada podía amenazarlas.

Cuando esas criaturas salidas del mismísimo averno tormentoso hubieron desaparecido a lo lejos, Pira tuvo un momento de lucidez.

– Derren tiene razón –dijo en tono estoico–. Iremos al Khaz’Tiber, nos aliaremos con los dragones y acabaremos con Tigre –se giró hacia Derren–. ¿Entonces, rumbo al Khaz’Tiber?

Una mueca de alegría le iluminó el rostro al cazador.

– ¡Kai! –llamó.

Y el zumbido de sus alas empezó a retumbar.

LA SEMILLA

Desierto de Mohad, Mohad 571.

Tanto jinetes como dragones estaban cansados, pero no había tiempo para dormir. Ni siquiera habían tenido tiempo para hablar de la batalla. Tiranior y Darragor se habían librado de lo peor, pero Benegon y Raegor, los dragones de los jinetes de la Nueva Llama que habían estado diezmando al ejército de Lor'Horn apostado frente a las murallas, tenían varias heridas abiertas. Sin duda Frago y Dien Phu habían salido mejor parados.

El alba rayaba el horizonte y bañaba las dunas con su tenue luz mañanera. El viento del desierto era abrasador incluso a esa hora de la mañana. El vuelo había sido algo desagradable. Cuando se posaron sobre la cima plana de la Semilla, a An Long le sudaban partes que ignoraba que pudieran sudar. Ignoraba lo que les esperaba en el interior de la Semilla, pero estaba deseando entrar con la esperanza de que hiciera más fresco ahí dentro.

Shio Min parecía más débil que nunca, cosa que era de esperar de alguien que se había pasado los tres últimos días vomitando y sin comer nada más que los sueros que llevaba en su bolsa.

El maestro de los secretos había desenfundado la espada y acudido a inspeccionar la puerta de piedra. Dibujó los garabatos en su libreta, con mano trémula y paciencia ilimitada. Paciencia que empezaba a escasear en An Long. Mientras tanto, Kai Shek sacaba gruesas cuerdas de las mochilas y Dien Phu preparaba los arneses.

Tiranior no dejaba de olisquear la puerta de piedra, y era el único de los dragones que se había quedado en la cima. Darragor, Frago, Benegon y Raegor habían partido a explorar el desierto cada uno por su cuenta.

– An Bong, ven aquí un momento, ¿quieres? –pidió Shio Min.

– Soy An Long.

– Tú no, el otro.

– ¿Yo? Me llamo Bong Nam, maestro.

– La onomástica me importa un pimiento, jinetes –explicó–. Solo quiero un brazo fuerte y firme para clavar aquí este filo.

– ¿Va a ser así de fácil?

– ¿Fácil? –Shio Min se giró, con el ceño fruncido y un mohín de hartazgo en el rostro–. Deja que te diga una cosa, Bang Nom. Poca gente ha llegado hasta este lugar, porque está en el corazón del desierto más inhóspito del mundo. Y aún menos han escalado esto. Dudo que alguien pueda hacerlo. La única forma de subir aquí es volando. En Mohad no hay dragones. Ni Ikranes. Si por alguna casualidad alguien subiera hasta aquí, se encontraría con una vista magnífica, aunque un poco monocroma, pero ¿de verdad crees que se le ocurriría ponerse a excavar este gigantesco agujero que cavó Tiranior hace unos días? No. No lo haría. Y desde luego no con este calor. Además, si por alguna casualidad encontrara la puerta de piedra jamás se le ocurriría que la llave para activar sus runas es un par de espadas legendarias cuya existencia es desconocida para la gran mayoría. No, esto no es fácil, Bang Nom. Y si te parece fácil, puedes dar gracias a mis conocimientos, adquiridos durante largos años mediante el estudio de textos reunidos durante generaciones de maestros que me precedieron.

Shio Min dejó de hablar, pero se quedó mirando a Bong Nam, y el muchacho no supo qué responder. A An Long le entraron ganas de reírse, pero se aguantó las ganas. No sabía cómo podía reaccionar el maestro de los secretos. Estaba un poco loco. Y los locos, sabía An Long, son imprevisibles.

– Yo… Me llamo Bong Nam, maestro –susurró.

– Que me des las gracias –le ordenó a Bong Nam.

– Ejem… Gracias.

– Y ahora ven y coge esto.

Le tendió la espada sin empuñadura, Epeecle, sujetándola por la punta de una vaina robada a un cadáver, para que Bong Nam la tomara por el filo. El joven jinete de la Nueva Llama así lo hizo, y tiró para desenvainarlo por completo. Fue entonces cuando An Long recayó en ese brillo ardiente que adquirieron los ojos de Bong Nam. Un brillo que nunca antes había visto en esos ojos.

– Es… Increíble –logró decir–. Como si…

– No te pertenece, muchacho –cortó Shio Min–. Tan solo plántala aquí, justo en esta hendidura. Tienes que clavarla bien hondo, hasta la runa que nos dibujó vuestra amiga –se giró hacia An Long–. Tú tienes que hacer lo mismo con Kaaldanor.

An Long fue a colocarse en posición, con la espada en el talabarte, pero vio que Bong Nam sacudía la cabeza. Estaba visiblemente aturdido. An Long nunca lo había visto así, tan indeciso. Tan perdido.

– Bong Nam, ¿estás bien?

El joven jinete ni se inmutó: tenía la mirada perdida en el vibrante filo de la espada, como embelesado por algún efecto hipnótico. Por fin esgrimió el acero con cuidado y avanzó como un poseído hasta colocarse con una pierna a cada lado del lugar indicado por Shio Min. An Long desenvainó a Kaaldanor e hizo lo propio. Ambos alzaron las manos y, tras el asentimiento de Shio Min, clavaron las espadas en sus ranuras.

An Long abrió mucho los ojos al constatar que la espada hendía la piedra como si fuera mantequilla. Los abrió más aún cuando una retahíla de runas empezó a titilar a la sombra de sus piernas. Dio un paso hacia el centro de la gran puerta, siguiendo la estela de nuevas runas que iban apareciendo a su sombra. Y luego otro paso. Y otro. Caminó totalmente fascinado por esos símbolos antiguos y misteriosos, de una belleza tan simple y perfecta. Hasta que se encontró en el medio de la escotilla de la Semilla.

Notó un temblor en las piernas. No, en las piernas no.

– ¡Un terremoto! –se asombró.

– Sal de ahí, An Long –oyó que gritaba Tui Lam.

¿Por qué estaban todos tan lejos? Se abrió una falla a sus pies. Un corte totalmente liso. La puerta se dividió en dos placas que se movieron, abriéndose más y más. Habría sido fácil escoger un lado al que saltar y mantenerse a resguardo, pero An Long estaba demasiado ensimismado.

Era esa sensación familiar otra vez. Como cuando era niño. En la mina. Sintió un escalofrío. En aquel entonces el accidente le costó un agujero en la mejilla que lo convirtió en un monstruo a ojos de los otros niños.

*

Oyó un rugido aterrador, pero no sintió miedo. Al contrario, se sintió a salvo, aun cayendo hacia lo que parecía una muerte segura. Lo siguiente fue el impacto con el ala, la parte acolchada, afortunadamente. Tuvo una sensación de *déjà vu*. No como en la mina, más como en el pico del Eventel, durante la última prueba como aprendiz de jinete. Cuando fracasó.

– ¡Tiranior!

An Long recuperó la compostura y se colocó debidamente sobre la silla de su dragón, sacudiendo la cabeza para espabilarse. La luz que entraba desde arriba iluminaba el fondo de aquella montaña vaciada. Era de arena. An Long instó a Tiranior a enderezar el vuelo. El dragón

corrigió, se estabilizó y se acercó a las paredes de la Semilla inclinándose y rozando la roca con sus patas traseras. Luego, fuego.

La llamarada iluminó el interior hasta el otro fondo, extinguiéndose frente a una gigantesca figura negra. Aquel lado del interior de la Semilla desapareció en la penumbra, y An Long volvió a perder todo el valor. Sintió frío en la nuca. Frío en las manos. Y lo peor, un frío ignoto en el alma.

Estaba solo. Había venido a la Semilla con una ristra de jinetes del gremio, pero ahora estaba solo. Olía a prisión. Una prisión secular. Miró hacia arriba para atisbar la apertura en el techo. ¡El techo estaba lejísimos! ¿Eran las cabezas de sus compañeros lo que parecía asomarse?

– ¡Tir! Tenemos que volver. ¡Los demás no pueden bajar!

Pero Tiranior no escuchó esta vez, y volvió a acometer con otra llamarada mientras volaba hacia allí precipitadamente. Un monstruoso cráneo apareció mucho más cerca ante el fulgor de las llamas lanzadas. Ni siquiera hizo ademán de esquivarlas.

Tiranior repitió ataques uno tras otro, alumbrando zonas distintas de la figura negra de la penumbra. Había visto la cabeza fugazmente. Luego, espinas dorsales grandes como estalagmitas milenarias, patas fuertes como columnas, garras como las de Tiranior, pero más grandes… Y escamas. Era muy parecido a un dragón, por lo que An Long había atisbado, pero más grande. La criatura apenas se inmutaba de las llamas.

Desde su silla, el jinete trataba de convencer a Tiranior, clavando espuelas con cuidado al principio, y luego en un frenesí de patadas desesperadas. Pero Tir hacía caso omiso. Se había descontrolado. An Long lo sabía. Lo sentía. Sentía esa rabia en los corazones de su dragón. La rabia de alguien a quien le arrebatan un ser querido.

– ¡An Long! –le llegó la voz de Dien Phu, lejana, muy lejana.

Oyó que algo se arrastraba por la arena, bajo ellos. Hizo a un lado el miedo y se esforzó en concentrarse. Si no podía escapar, al menos podía ayudar a Tir.

El dragón dirigió su llamarada hacia el lugar que le había indicado An Long. La arena se iluminó ante el impacto de las llamas. El jinete logró ver el brillo verdoso de unos eslabones. ¡El monstruo estaba encadenado! Cada eslabón era del tamaño de un barril de cerveza. ¿Cómo habían podido llevar hasta allí una cadena semejante?

Tiranior volaba en círculos: cuando se acercaba al fondo de la pared descargaba el fuego sobre la figura, girando para alejarse antes de volver a la carga desde un ángulo diferente. An Long aprovechó uno de esos giros para volver a mirar hacia el hueco abierto en el techo. Sus amigos estaban colgando de varias cuerdas. Eso lo tranquilizó. Ya era hora.

*

Llegó hasta el final de la cuerda y constató que no era lo bastante larga. Vio que la de Dien Phu llegaba hasta el suelo y saltó para agarrarse a ella y seguir descendiendo.

– ¡Kai Shek! ¡Por los Apos, no hagas eso! –se quejó Dien Phu, que no las tenía todas consigo mientras bajaba por esa misma cuerda.

Pero Kai Shek tenía prisa. An Long estaba en peligro. Y esta era su misión. En cuanto sus pies se posaron en la arena empezó a correr. Sabía que Dien Phu le seguiría de cerca. Nunca le había fallado. Y estaba por ver cómo se las apañaban Tui Lam y Bong Nam.

La carrera a oscuras no fue del todo gloriosa. No tanto como se la había imaginado, por lo menos. Kai Shek maldijo varias veces el suelo de arena, pues impedía correr como en tierra. Fue el primero en tropezar con un eslabón, y tuvo mejor suerte que Dien Phu, que había resbalado con lo que seguramente serían excrementos de lo que fuera que había encerrado ahí.

Llegaron justo a tiempo para constatar la locura que se había apoderado de Tiranior. El dragón cabrioleaba en el aire, queriendo deshacerse de su jinete. An Long se aferraba al pomo de su silla, pero dada la violencia con la que el dragón primigenio se sacudía era inevitable que…

– ¡Lo ha tirado! –exclamó Tui Lam.

An Long cayó al suelo desde una altura considerable. Tiranior se había desecho de él retorciéndose en el aire. Dien Phu acudió rápidamente a comprobar el estado del chico. Kai Shek hizo lo mismo, cruzando los dedos y pensando que era una suerte que el suelo fuera de arena.

– ¿Estás bien? –preguntó Kai Shek al acercarse.

– No es nada –declaró el propio An Long–. Es Tir. No lo entiendo. No para de atacar a ese monstruo, pero el fuego no parece afectarle.

– Está cegado por un odio ancestral –era la jadeante voz de Shio Min, que acababa de reunirse con ellos. Kai Shek ignoraba cómo había llegado hasta allí tan rápido–. No cejará en su empeño. Pero matar a un kroul…

– ¿Un qué? –preguntó Kai Shek.

Shio Min se rascó la barbilla.

– Al menos un tercio de kroul, por lo que he visto hasta ahora.

Aquella enigmática respuesta dejó a Kai Shek con una ceja alzada. Nunca le había caído en gracia ese anciano, pero era indudable que poseía profundos conocimientos sobre temas inimaginables.

Justo en ese momento Tiranior rugió expulsando otra vaharada de fuego vivo hacia el cráneo de la criatura y, en mitad de su giro, una bola de fuego azul salió expelida desde el suelo e impactó de lleno en el dragón.

– ¡Tiranior!

El dragón pegó un chillido que retumbó en todo el recinto. Todos notaron el dolor que le iba adherido. Era imposible no hacerlo. Kai Shek lo sintió como si le hubieran clavado una estaca en el pecho. Un escalofrío lo hizo temblar de los pies a la cabeza.

– Ahí está otro tercio –dijo secamente el maestro de los secretos.

Tiene varias cabezas, pensó Kai Shek. Tres cabezas.

– Es un dragón de varias cabezas –soltó anonadado Bong Nam.

– Tenemos que irnos –declaró Kai Shek, alarmado–. Estamos indefensos. ¡Dijiste que tendría cadenas en las fauces!

– Lo supuse al ver que no respondía a los ataques de Tiranior –se justificó Shio Min–. Quizá solo estuviera dormido.

– ¡Corred!

Kai Shek ayudó a An Long a ponerse en pie. Dien Phu le dio una palmadita.

– Necesitamos a tu dragón para salir de aquí, An Long.

El muchacho asintió. Tiranior volaba torpemente a una distancia más prudencial. An Long lo llamó varias veces, pero fue en vano. Las llamaradas de fuego rojo se cruzaban con bolas de azul ardiente que por poco no impactaban en su objetivo.

Kai Shek tenía el corazón en un puño. Apretó los dientes. Oyó la llamada de Dien Phu. Tenían que intentarlo. Sus dragones estarían cerca y aunque no lo habían hecho estando a salvo, ahora que corrían peligro probablemente acudirían. Se concentró y silbó él también mientras corrían hacia las cuerdas que colgaban del techo distante.

La espera fue tensa y demasiado larga, pero acudieron. Finalmente acudieron. El dragón gris con motas amarillas se inclinó para su dueño y Kai Shek saltó a agarrarse al pomo de su silla. Se colocó correctamente y voló hacia el otro lado, hacia el monstruo. Tenía que sacar a Tiranior de

allí.

Ahora el kroul disparaba bolas de fuego desde tres lugares distintos, señal inequívoca de que en efecto Shio Min había dado en el clavo: tenía tres cabezas. Pero su objetivo no era el kroul, sino Tiranior.

Darragor se acercó para volar a la par y entonces Kai Shek ordenó que le hincara las garras. Algo había que hacer. Tiranior enfureció y los embistió con un duro golpe que los hizo perder altitud, y no es que volaran a mucha. Kai Shek recuperó la estabilidad e insistió, pero ya no estaba solo. Tui Lam volaba a lomos de Benegon, su elegante dragón bermellón, y Dien Phu lo hacía sobre Frago, su joven dragón pardo. Lo embistieron cada uno por un lado, intentando que no virara para ponerse de nuevo de cara al kroul.

Kai Shek se animó y se abalanzó sobre Tiranior para ayudarles. Tenía que haber una forma de calmarlo. De hacer que entrara en razón. Los dragones eran bestias inteligentes. Una bola de fuego azul le pasó rozando, y Kai Shek pudo sentir el miedo de Darragor al acelerarse bruscamente el latido de sus cuatro corazones. Tuvieron que cambiar la trayectoria y cuando Kai Shek volvió a tomar el control vio que Tiranior se había zafado y una vez más arremetía contra el kroul. Dien Phu iba a la zaga sobre Frago, gritando a pleno pulmón.

– ¡Tiranior, basta! ¡Basta!

El dragón primigenio esquivó otra gigantesca bala azulada, y Frago tuvo que descender abruptamente para que no le impactara de lleno. Kai Shek, que flotaba en el aire con Darragor batiendo las alas, fue a volar al encuentro de Tiranior, pero entonces ocurrió.

Lo que vio le heló la sangre en las venas.

*

An Long lo vio. Había ocurrido justo encima suyo. Todavía tenía el cuello estirado hacia atrás. Todavía tenía los ojos muy abiertos, queriendo abrirlos más para asegurarse de que lo que acababa de pasar era real. ¿Había sido una garra? ¿Colmillos? ¿Cómo había podido pasar?

Los gritos de Dien Phu cesaron al instante. La enorme caverna quedó en silencio, y el tiempo pareció detenerse mientras caían. Oyó el golpe seco que dio el dragón al impactar con la arena, seguido de su jinete que lo hizo sobre el vientre de Frago partido en dos.

– ¡Dien Phu! –exclamó Tui Lam desde arriba.

– ¡Dien Phu! –exclamó Kai Shek desde algún lugar.

An Long corrió hacia él, notando irremediablemente cómo se le formaban las lágrimas en las comisuras de los ojos. Lo atrajo contra su pecho, sin importarle lo cerca que pudiera estar del kroul, y tomó la cabeza de su mentor entre sus brazos.

– Dien Phu… –murmuró, desesperado– ¡Dien Phu!

No hubo respuesta. Trató de calmarse. Era un jinete de dragón, la muerte formaba parte del oficio. Y An Long había visto morir a mucha gente incluso antes de sobrevolar el Peine de los Cielos por primera vez. Pero no estaba dispuesto a soportar otra muerte más. No la de un ser tan querido, el que había cambiado su vida otorgándole una segunda oportunidad para ser feliz. Dien Phu era quien lo había elegido para ser su aprendiz. Lo había tomado bajo su ala y llevado al Peine cuando apenas era un mocoso de doce veranos.

El pulso. Le tomó el pulso. Latía. ¡Latía!

– ¡Está vivo! –informó con un grito de alegría.

Fue el turno de Frago, el dragón caído. Tenía el vientre abierto de par en par y la sangre había formado un enorme charco en la arena. Tenía el cráneo de lado, y en la cara que no estaba apoyada sobre la arena se veía un ojo abierto pero apagado. Un ojo sin vida.

El suelo se sacudió. El kroul se estaba irguiendo. Alarmado, An Long cogió en brazos a Dien Phu y corrió para alejarse de allí. Notó que algo corría a su lado, en la misma dirección.

– ¡Tiranior!

El dragón ofreció su ala a la carrera y An Long subió por ella apresuradamente y a trompicones. Colocó a Dien Phu a duras penas y con una mano tomó las riendas. Tiranior despegó, liderando la huida de los tres dragones que quedaban por salir.

Las puertas de piedra del techo empezaron a moverse. Se cerraban. An Long respiró más tranquilo.

Salieron a la luz del sol y el jinete vio que Bong Nam empuñaba a Epeecle. Shio Min también estaba ahí arriba, con Kaaldanor en la mano. Ninguna estaba ya clavada en sus correspondientes hendiduras. Habían dejado atrás a ese monstruo de pesadilla. Aunque también, por primera vez en muchos siglos, a un dragón muerto.

55

LA GUERRA CONTINÚA

Afueras de Val'Monde, Mohad 571.

Tigre se lamía los rasguños de la batalla en el amplio camarote, a oscuras. Un par de flechas le habían rozado en el hombro y la pantorrilla. En realidad, de no haber llevado la protección de madera las heridas habrían podido ser graves. Esto de la guerra podía resultar algo peligroso, finalmente.

Alguien llamó a la puerta del camarote y Tigre invitó a pasar. Un par de lobos traían al prisionero de gala.

– Vaya, vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? ¿Es acaso un emperador sin imperio? ¿Un rey sin reino? No dice nada… ¿Un prisionero sin lengua?

Un lobo le quitó la mordaza.

– ¡Esto es un ultraje! –estalló el prisionero–. ¡Soy el rey! ¡Llevadme ante vuestro líder!

El rey Charles llevaba unos grilletes de madera, como ramas entrelazadas que le ataban las manos a la espalda.

– Yo soy el líder. Ahora también tu líder. ¿Lo entiendes?

– ¡Yo no tengo superiores! ¡Soy el rey! –repitió–. ¡Por la gracia de Limeres!

– Por la gracia de unas monedas de oro y otras tantas espadas, me han dicho a mí.

El prisionero tensó la mandíbula. Pareció que fuera a decir algo, pero al final tan solo intentó zafarse de los lobos que lo sujetaban, en vano. Le habían cambiado sus ropajes de lujo por una simple túnica negra.

– Tengo sed –dijo simplemente.

– Yo tengo sueño –replicó Tigre–. Y mientras yo no duerma, tú no beberás. ¿Entendido? –el prisionero no dijo nada–. Bien. Ahora que se te han bajado los humos, siéntate –hizo un gesto a los guardias para que lo sentaran en la silla que presidía la mesa. Tigre se sentó a su lado–. Se supone que tu imperio tuvo vasallos, ¿no es cierto? –el prisionero tampoco contestó–. Ahora quiero que contestes.

– Sí –gruñó.

– Mareas Rotas. Los Mil Reinos. La Bahía de los Susurros. Voy a enviarte a todos esos lugares. Volverás a disfrutar de los paisajes de tu imperio en pleno apogeo. ¿No es genial?

Pero el rey caído en desgracia no dijo nada.

– ¡Que respondas! –exclamó uno de los dos lobos, y acompañó las palabras con un golpe en la oreja, como para que entraran del todo.

– Es genial –rezongó entre dientes cuando se recuperó del puñetazo.

– ¿Cómo es eso que decís en el continente? ¿El enemigo de mi enemigo es mi amigo? Me gusta. Me gusta tanto que ya lo he puesto en práctica. Vas a ser una atracción para todos esos vasallos, Majestad. Voy a dejar que hagan contigo lo que quieran. Lo que quieran, salvo matarte. Quiero ver de qué estáis hechos los singas. Quiero ver cuanto aguantáis. Quiero ver cómo os matáis entre vosotros.

La expresión en el rostro del rey Charles mutó del enfado al pánico y su rostro tostado palideció.

– No… –susurró.

– ¿No?

– Puedo ayudarte. Puedo conseguirte escudos de plata, hombres para…

Tigre le tapó la boca con un trocito de madera, sus ojos se encendieron de verde y el trozo creció en la boca del prisionero hasta convertirse en una mordaza. Tigre dejó de usar su poder cuando un diente blanco salió disparado de la boca del rey.

Alguien abrió la puerta en ese momento. Hovar, el pantera de confianza de Tigre, entró con paso apurado.

– Tigre –dijo al tiempo que echaba un vistazo al reo y adivinaba lo que estaba ocurriendo en el camarote–. La delegación de los sureños se acerca.

– Bien.

– Son muchos.

– Mejor.

– Más de los que esperábamos. Como si quisieran hacer algo más que solo hablar.

– Primero hablaremos nosotros, entre panteras. Luego hablaremos con ellos. Y si no han venido a hablar, jugaremos al juego que quieran.

Hovar asintió, sin expresión en el rostro que pudiera dar una pista sobre lo que pensaba.

– Reuniré a los panteras, entonces.

– Sí –se giró hacia los dos lobos–. Y vosotros llevaos a este inútil a Val’Fleus y decidle a Lamo que lo encierre en las mazmorras. Y si no las ha construido aún, que los Gea le hagan un hueco bajo tierra.

Los lobos asintieron, cogieron al prisionero por las axilas y lo arrastraron fuera del camarote. Hovar los siguió y cerró la puerta tras de sí.

– Esta reconquista promete ser mucho más divertida de lo que pensaba –dijo en voz alta con una amplia sonrisa.

*

La delegación de los sureños tenía poco de delegación. Según le habían informado, al menos cincuenta mil soldados armados aguardaban con las botas plantadas sobre la arena en torno a la pequeña flota de barcos convertidos en carrovientos. Tigre se lo tomó como lo que era.

– Nos está amenazando –declaró en tono tranquilo mientras aplastaba unas semillas de alegría en la cazoleta de su pipa favorita, que tenía tallada la figura de un tigre con las fauces abiertas.

– Era de esperar –juzgó Hovar–. No fuimos tan sutiles.

– Maldita sea –masculló Tigre–. ¡Halam!

Había pasado de la serenidad a la furia con un fuerte puñetazo sobre la mesa que hizo que saltaran varias semillas. El aludido también dio un respingo al otro lado de la mesa.

– Expliqué a los escuadrones cómo actuar –se defendió–, pero eran demasiados. Además, no están entrenados. Tan solo un veinte por ciento ha tenido formación en Ileria. En cuanto el escuadrón se quedaba sin los Gea era imposible ocultar los cadáveres bajo tierra. Algunos de los Ignos pensaron que sería buena idea calcinarlos y…

– Y los dejaron ahí, a la vista de todos –completó Hovar, exhalando un suspiro de resignación–. A la vista de nuestra supuesta aliada.

– Los Ignos no brillan por su astucia –comentó Brock, repantingado sobre un ancho sillón que había en la esquina.

Hovar lo miró con cierto desdén. Tigre omitió el comentario y siguió aplastando semillas.

– No es momento para una batalla –declaró Hovar, precavido–. Acabamos de llegar. Este continente es muy grande, y nosotros solo somos un puñado. Ayer perdimos a cincuenta y siete compatriotas. Los singas no son tan frágiles como pensábamos. Y hay muchas criaturas peligrosas que no sabemos combatir. Ya vimos a los dragones y aquel insecto gigante.

– Y vosotros no visteis a esas dos bestias tricéfalas que surcaron el cielo de madrugada –añadió Halam.

– Razón de más –asintió Hovar–. Seamos diligentes.

– ¿Diligentes? –se mofó Brock, pero no añadió nada más.

Hubo un silencio durante el cual el líder del Martillo acercó un candelabro a la cazoleta y dejó que se quemara la pasta de semillas de alegría.

– Veremos cuán diligente se muestra nuestra aliada –anunció por fin, llevándose la pipa a la boca.

Momentos después uno de sus lobos llamaba a la puerta y hacía pasar a Saima y a sus consejeros. Vestía un gran chaquetón oscuro, pero no negro como el de todos los demás. Lo llevaba desabotonado por arriba para dejar ver un colgante en cuyo pedrusco estaba tallado el rostro de un lince.

– Bienvenidos al Martín Vengador –recibió Tigre con una leve inclinación de cabeza–. Sentaos, por favor. Todavía no estoy familiarizado con vuestras bebidas típicas, pero os aseguro que este ron es el mejor de las islas. No seáis tímidos.

Los invitados se colocaron en los asientos vacíos en torno a la mesa. Brock se enderezó sin que Tigre se lo pidiera.

– Lo probaré en cuanto se me explique por qué hay cadáveres de mis hombres calcinados por las calles de Val’Monde –dijo Saima, estoica.

Tigre exhaló una vaharada de humo ocre y sonrió.

– Lo llamamos fuego amigo –explicó el líder del Martillo–. Es tan inevitable como involuntario. Sobre todo, en una noche como la que hemos vivido.

Saima lo fulminó con la mirada.

– No juegues conmigo, Tigre. Puedo arrasar esta flota de un simple toque de cuerno.

Tigre observó los dos cuernos que sobresalían de los bolsillos del uniforme. Son simples cuernos, pensó. Para anunciar órdenes o retiradas. ¿Para qué más podían servir?

– ¿Has oído, Halam? Los sureños quieren darte trabajo.

De la nada, Halam generó una bola de agua que creció en su mano hasta que la lanzó contra el techo de madera. De alguna manera, las gotas cayeron en forma de lluvia ligera sobre la gran

mesa.

Tras la pequeña demostración, los heterocromos sonreían y los sureños mantenían recta la línea de los labios. Tigre se percató de que una ligera humareda se había quedado en el lugar donde Halam había disparado su bola de agua, como si de nubes se tratara. Pero Halam no podía hacer algo así. Lo miró, pero estaba absorto observando el fenómeno.

– Puedo encargarme de ellos –declaró Saima, alerta.

Tigre no entendió esas palabras y, para colmo, los otros sureños habían palidecido de pronto. Algo estaba pasando y no tenía el control sobre ello. Recordó el episodio en torno a la mesa enemiga, dos noches atrás, cuando Saima había estado a punto de matarlo. La imagen de esos ojos cetrinos sin escrúpulos le provocó un pequeño escalofrío. Pero la sensación le gustó. No era propio de él asustarse.

– ¿Esto no es un truco tuyo, Halam? –preguntó Brock desde su silla.

– No –vocalizó.

El humo no dejaba de crecer y volverse más opaco. Había cubierto todo el techo y ahora empezaba a bajar.

– ¿Qué estás haciendo? –preguntó Tigre directamente a Saima.

– El líder del Angkar quiere conoceros.

Tigre sonrió, exhaló una vaharada de su pipa y esperó. Hacía años que las semillas de alegría no le provocaban alucinaciones. Y por primera vez desde hacía años, dudó. El humo empezó a juntarse tras la silla de Saima, dibujando una silueta humana. ¿Podía ser real? Los labios de Tigre volvieron a su sitio y la sonrisa se desvaneció. Había poderes que ellos no conocían. ¿Habían subestimado a los singas?

– Que la Quinta me lleve –susurró Halam.

Eso confirmó que lo que estaban viendo sus ojos era real. La difusa humareda se transformó en una forma compacta. Primero se formaron las piernas, luego el humo subió para crear el torso, los brazos y al fin una cabeza. Una forma humana. Gris, pero que poco a poco fue tomando color.

– Magia –gruñó Hovar, molesto.

Parecía ser el único que mantenía la compostura. Tigre se alegró de tenerlo de su lado en ese momento.

– Los magos no existen –dijo el hombre grisáceo en que se había convertido el humo–. Pero los secretistas sí, y el humo es mi secreto, como os habréis dado cuenta.

Su voz sonaba cansada, gastada, como si la hubiera dado de sí de tanto usarla, pero no parecía un hombre muy dado a la verborrea. Vestía una gruesa túnica negra con un par de bolsillos amplios de donde sobresalían dos cuernos como los que tenía Saima.

– ¿Quién eres? –preguntó Hovar, puesto que nadie más lo hizo.

– Habéis vuelto –dijo el hombre, pasando totalmente del pantera–. Harum no se equivocaba.

– Y vamos a quedarnos –recalcó Tigre, volviendo en situación.

El hombre observó a Tigre con unos ojos llenos de indiferencia.

– No tengo ninguna duda, heterocromo –respondió al fin–. Moriréis aquí. Lejos de vuestro hogar.

– Dentro de mucho tiempo –añadió Tigre, firme.

El secretista del humo hizo un mohín.

– Vine directo en cuanto recibí tu cuervo –le dijo a Saima–. Quería evaluar su poder.

– Estábamos a punto de hacer una demostración –anunció Tigre.

– No será necesario –respondió el secretista–. Vuestra fuerza es una fracción de lo que fue. El

tiempo y las generaciones han diluido la sangre de las guardianas que corría por vuestras venas. Ahora os cansáis nada más provocar un ligero temblor. Os desmayáis si llamáis a un tornado o a un maremoto. Y el fuego os quema, aunque eso no iba a ser ningún problema.

El miedo había cedido su lugar a la furia. Tigre aspiró de su pipa. Estaba indignado. Lo estaban insultando ahí mismo, en su camarote de mando, delante de sus panteras. Y para colmo, unos singas.

– Si habéis venido aquí para insultarnos…

– Ya he dicho para qué he venido, heterocromo. Vives engañado si te tomas la verdad como un insulto.

– Hicimos un trato con ellos –reveló Saima, cambiando de tema–. Los heterocromos se ocuparán de Suna, así no tendremos que ensuciarnos las manos con el Emperador y podremos ocuparnos de Dareniel.

– No se puede negociar con heterocromos, Saima. Solo hay odio y venganza en su corazón. Todo lo que hagan o digan será con el fin de destruir y subyugar a los humanos.

– En cambio, la guerra que has desatado responde a tus ínfulas de amor y libertad –declamó Tigre–, ¿no es así, Lor'Horn?

El hombre lo miró con esos ojos grises rodeados de negras ojeras. Era imposible leer en ellos. ¿Pena? ¿Desdén? ¿Menosprecio?

– La libertad es una falacia –rechazó el secretista–. Pero en efecto, mi guerra es por el bien de la humanidad. Los dioses nos han abandonado y los humanos no saben gobernarse a sí mismos. Si nadie se pone al frente, el mundo se hundirá en el caos más profundo. Los heterocromos ya lo intentasteis. Se os dio una oportunidad y no pudisteis haberlo hecho peor. Es hora de cambiar las cosas. Yo, Lor'Horn, seré el salvador de la humanidad.

Tigre soltó una carcajada, más relajado ahora.

– Ya me siento más seguro en tu presencia, oh mi salvador.

– Vosotros no sois humanos. Descendéis de una estirpe que jamás debió existir y por eso no pienso salvaros. Pero tampoco os mataré. Por suerte para todos vosotros Saima ha encontrado un argumento infalible para dejaros con vida. Al menos por ahora.

– Estamos muy agradecidos –bromeó Brock, siguiéndole el juego a Tigre.

– En fin –se giró hacia Saima–, ya no necesitarás dos cuernos.

– Con uno es más que suficiente –respondió la sureña, tendiéndole uno de los cuernos que sobresalía del bolsillo de su uniforme.

– Puede que en el norte sea ligeramente distinto –admitió Lor'Horn–. En cualquier caso, tu idea es buena.

– Hefaísto estará encantado.

– Ni lo dudes –ahora sí sonrió–. Suerte, Saima –luego se giró de nuevo hacia Tigre y sus panteras–. Me llevaré a una docena de los vuestros. No perdáis el tiempo buscándolos. Ni buscándome a mí. Hasta pronto, heterocromos.

Tigre no supo qué decir. Un adiós le habría hecho quedar como un idiota, de modo que esperó a que el humo en que se había convertido aquel hombre se desvaneciera y los abandonara. Así sucedió, mientras todos esperaban en silencio.

– Pero qué… –escupió Halam– ¿Qué demonios ha sido eso?

– Un secretista –dijo Hovar.

– Un singa con poderes –añadió Brock.

– Ya le habéis oído. Me debéis la vida, a pesar de que me traicionasteis en el campo de batalla. No toleraré más insumisiones. ¿Queréis vengaros? Bien. Hacedlo en Suna. Allí tuvieron

lugar los mayores pogromos y cacerías. ¿Queréis tierras? Allí las encontraréis. Suna está lleno de bosques frondosos, montañas ricas en minerales y una costa plagada de peces y crustáceos.

– Descuida, aliada –respondió Tigre con una sonrisa amistosa–. Creo que hemos empezado con el pie izquierdo, pero esta mañana yo mismo he estado estudiando ciertos mapas… ¿Hovar?

– Sí –Hovar se levantó, se acercó al mueble de cajones y abrió el cajón superior, de donde sacó un gran rollo–. Aquí está.

Lo desenrolló sobre la mesa y Tigre se inclinó para mantenerlo extendido.

– Brahmana –señaló un punto negro que había en el margen de una gruesa línea azul que representaba un río–. Si ponemos rumbo al oeste y atravesamos el desierto llegaremos a esta ciudad de Val'Lacq. Por allí evitaremos las montañas y atravesaremos esta gran llanura hasta llegar al Gandes Blanco. Nuestros barcos podrán volver a ser barcos allí, y la ciudad de Brahmana será nuestra ese mismo día en que lleguemos.

– Empezamos a entendernos. ¿Y luego?

– Luego algunos irán río abajo a saquear los puebluchos y conquistar las ciudades. Otros iremos hacia la costa de Suna, las Islas de la Niebla y los Picos del Sol. Purdur, Dinpur, Dalhi, Moa, Mahesha, Aggre, Visna, Hidebamad… Todas esas ciudades serán nuestras. ¡Y juro por las Cuatro que les cambiaremos los nombres!

Los panteras de Tigre soltaron sus carcajadas y Saima pareció complacida con el plan.

– Ahora sí probaremos un poco de ese ron de las islas –declaró la mujer, empujando su copa sobre el mapa.

56

BELLO INFIERNO

Peine de los Cielos, Khaz'Tiber 571.

Habían pasado tres días desde la muerte de Frago y la conmoción estaba muy presente todavía en el grupo que había ido a la Semilla. Hicieron una parada en Do Shoi para entregar las espadas hermanadas y porque Shio Min tenía que hablar con el Khaz Dolu. Después, los jinetes regresaron al Peine. Tenían malas noticias. Para dar y para recibir.

Cuando todos vieron que Dien Phu aterrizaba sentado a lomos de Darragor, con Kai Shek, solo hubo una pregunta: "¿qué ha pasado?". En realidad, significaba: ¿dónde está Frago? Si la muerte del dragón de Dien Phu fue recibida con incredulidad por algunos, las jinetes Mah Dia y Sah Mah más bien parecieron relajarse.

– Podríais haber muerto todos –había dicho Sah Mah como justificación.

Y entonces ellas contaron el final de la batalla. La llegada de esos monstruos voladores de tres cabezas y… la decisión de Dun Gar.

– No puede haber muerto –se empeñó en creer An Long, mientras otros derramaban alguna lágrima.

Desde ese día algo cambió en el Peine de los Cielos. La creencia de que los dragones no podían morir se había extendido casi inconscientemente entre jinetes, porque las flechas o escorpiones darenís no atinaban a traspasar las gruesas escamas de los reyes del cielo. La vuelta a

la realidad se había hecho de la peor de las maneras. Con la muerte, como en las peores pesadillas. Los dragones no eran los reyes del cielo. Ya no. Y podían morir. Habían perdido a uno, muy probablemente a dos. Y lo peor de todo, tenían que afrontar la guerra venidera sin el más sabio de sus jinetes. Su maestro.

Aunque eso no estaba claro para todos, de modo que decidieron esperar antes de nombrar oficialmente a Bin Thu. De hecho, fue ella quien lo decidió.

Dien Phu se había roto el fémur, pero había decidido prescindir de los ungüentos de Hoa Liu y priorizar el reposo de la pierna entablillada. Tardaría unas lunas en sanar, pero la herida que se había abierto en su corazón no lo haría nunca. Había perdido a su mejor compañero, y para empeorar las cosas, no podría volver a volar. No volvería a ser un jinete de dragón.

Cuando llegó la noche y salieron las estrellas, los jóvenes aprendices acudieron a las cuevas de los veteranos. Se encendió una pira en honor a Frago, y todos tuvieron unas palabras de respeto y agradecimiento. Luego, Dien Phu se fue a descansar, hecho polvo, pero los demás se quedaron en el lugar.

An Long estaba incómodo. Todavía le resbalaban las lágrimas por las mejillas de vez en cuando. Se sentía culpable. Si Tiranior no se hubiera vuelto loco, nada de eso habría pasado. No había logrado controlarlo. No había sabido calmarlo. Era culpa suya. Apretó los puños y cerró muy fuerte los párpados.

– No fue culpa tuya –dijo una voz a su lado.

Jamás habría imaginado que la voz rasposa de Shio Min le reconfortaría algún día.

– Sí lo fue.

– No, muchacho. Tiranior es un dragón primigenio. Me he estado informando. Si nos atenemos a mis fuentes, los krouls fueron creados más tarde, a partir de su sangre. De la suya y de la de Volaghar y Rinalian. Con el único propósito de exterminarlos.

– Qué tiene que ver con…

– Los tres dragones primigenios vieron cómo esas criaturas acababan con sus crías una a una. ¿Lo entiendes? Los krouls estuvieron a punto de acabar con la raza. Por eso Tiranior siente tanto odio. Han pasado siglos, sí. Pero la muerte de un hijo no se olvida nunca. Créeme.

Dijo esto último mirando a las estrellas, y An Long sintió una extraña compasión por el maestro de los secretos. Tenía la sensación de que Shio Min sabía de lo que hablaba mejor de lo que él se imaginaba. ¿Habría tenido hijos? En realidad, An Long no sabía nada sobre él.

– Supongo, pero…

– Pero no lograste controlarlo –asintió Shio Min–. Es cierto. Y tendrás que aprender a hacerlo. Ya hemos olvidado lo que son las guerras de verdad. Hemos vivido largos años con el privilegio de la paz, al amparo de nuestros dragones y nuestros Apos. Se acerca el caos, jinete. Y más vale que estemos preparados, porque el caos tiene tres cabezas, y si Harum estaba en lo cierto…

– Cinco… –musitó de pronto, recordando el último verso de la tablilla–. ¿Cinco criaturas de esas?

Shio Min quedó en silencio, con los dedos entrelazados detrás de la espalda. Seguía mirando al cielo, como si pudiera ver algo más que estrellas en él.

An Long también lo hizo. Todos estaban en el exterior de las cuevas, algunos sentados en las cornisas y otros de pie en grupitos de cuatro o cinco personas. Tan solo faltaba Dien Phu, que estaría descansando, solo en su cámara.

Una mano en el hombro lo sacó de sus cavilaciones. Se giró para encontrarse con la cara amable de Tui Lam.

– ¿Estás bien?

– Sí… –respondió, mirando en derredor. Shio Min había desaparecido–. Es solo que… Tengo dudas. Da igual, no te preocupes. Cosas mías.

– ¿Seguro, An Long? Puedes hablar conmigo de lo que sea, ya lo sabes.

– Sí, lo sé –arqueó los labios tratando de dibujar una sonrisa, esperando que le saliera bien–. Pero creo que ahora eso es lo último de lo que quiero hablar.

Bong Nam le dio unas palmaditas en el otro hombro, pero sin decir nada. El muchacho avanzó unos pasos para sentarse al borde del precipicio. Tui Lam hizo lo mismo, invitando al más triste de los tres.

– ¿Vienes?

An Long se sentó en el hueco que habían dejado en medio, posó las manos en el suelo y echó la cabeza hacia atrás para mirar a las estrellas. Muchas eran las veces que había intentado llegar hasta ellas en noches como aquella, con Tiranior. Pero por mucho que volaran hacia arriba, estas mantenían la distancia, tan inalcanzables como siempre.

– Toqué el poder –soltó Bong Nam, de repente.

– ¿Qué? –bufó Tui Lam.

– La espada. Era como… El poder. Poder sólido. Con ella… Bueno, me sentía invencible.

– Pues no lo eres. Ni ahora sin la espada, ni antes con ella. Ya has visto a ese monstruo, crees que te habría servido de algo la espada.

– ¿Y tú qué sabes? –espetó Bong Nam, ofuscado–. ¿Ahora también eres experta en runas, Tui Lam?

– No os peleéis, chicos –medió An Long–. Además, ¿qué importa? No volveremos a ver ninguna de esas espadas.

– Pues deberíamos. Ya has visto a lo que podríamos tener que enfrentarnos. Con cosas así sueltas por el mundo… ¡Ha matado a Frago de un zarpazo! ¡Por los Apos, como si fuera una mosca!

An Long lo meditó. Si Kaaldanor y Epeecle tenían algún poder, estaba claro que serían de mayor utilidad en las manos de un jinete que en alguna vitrina de exposición del palacio.

– No –rechazó Tui Lam–. Al contrario. La espada es la llave que abre esa puerta. Es mejor mantenerla escondida en un lugar seguro como el Palacio Dorado. Si cayera en malas manos… Esa cosa podría salir y volar por ahí.

– Pero está encadenado –insistió Bong Nam–. Hablo en serio, chicos. Era una sensación, como mágica. Estoy seguro de que nadie me podría derrotar mientras blandiera esa espada. ¿Cómo es que tú no lo sentiste, An Long?

– Bong Nam, ¿sabes cómo acabó el último portador de Kaaldanor? –el joven negó con la cabeza–. Muerto. Por iniciativa propia. En el fondo del Mar Cerrado. Con un lastre en el tobillo y la espada clavada entre las costillas.

Bong Nam se quedó pensativo.

– Pues debía de ser casi invencible si se tomó tantas molestias para matarse. Además, yo no blandí a Kaaldanor.

– Supongo que…

Tui Lam enmudeció de repente. Los otros dos se giraron. Era Bin Thu. Los miraba con una leve sonrisa, pero sus ojos azules eran serios.

– Lo siento –declaró, levantando las manos–. No quería interrumpir, pero, en ausencia de Dun Gar, me temo que tengo una misión urgente que adjudicaros. Y quería aprovechar ahora que estabais los tres juntos.

Los tres esperaron, expectantes, pero Bin Thu era de las que se tomaban las cosas con calma.

Mucha calma. ¿Sería un requisito para el rango de maestro?

– ¿Y bien? –Tui Lam no se aguantó.

– En diez días se celebrará un consejo de maestros en Do Shoi. Vendréis conmigo.

– ¿Al consejo? –se sorprendió An Long.

– No, todavía no tienes cara de maestro, An Long. Solo a Do Shoi. Tras lo descubierto en la Semilla, Shio Min y yo nos hemos puesto de acuerdo. Vamos a convencer al Khaz Dolu de que acepte llamar a los heterocromos.

– ¿Los heterocromos? Pero… lucharon contra nosotros…

– Sí, pero solo podía haber un puñado. Serán muchos más, allí, en sus islas del Borde. Tendréis que volar hasta esas islas remotas y convencer a sus habitantes que ya es hora de que regresen a casa. Sois los jinetes de la Nueva Llama. En vosotros recaerá la misión de traer la esperanza.

– ¿Pero y si vienen los krouls al Peine? Tenemos que estar todos presentes para defenderlo –opuso An Long–. ¿No?

– Sí. No atacarán a la cuna de los dragones tan pronto. Tienen mucho territorio que conquistar todavía. Por eso el viaje ha de ser ahora. Mañana estarán aquí los maestros y el Khaz Dolu, para lo del nombramiento. Sacaré el tema, pero lo formalizaremos en Do Shoi.

An Long no estaba del todo de acuerdo con esa misión, pero ambos, Bong Nam y Tui Lam, asintieron, de modo que él hizo lo mismo y pensó que ya lo comentaría después con alguno de los dos.

– Será un honor –afirmó Tui Lam.

Bin Thu asintió, y luego frunció el ceño y arrugó los ojos, como intentando ver algo de forma más nítida. Los tres jinetes se giraron para mirar. Luz.

A lo lejos se veía una luz anaranjada que avanzaba poco a poco, como una nube rojiza extremadamente larga. Todos los que hablaban en la zona se callaron también, y el ulular del viento copó el silencio.

Al cabo de un rato se vio la inconfundible figura de un dragón. Tres dragones. A ellos les seguían muchos más. Avanzaban en formación, todos unidos.

– No es una nube –murmuró An Long.

Cuando se acercaron un poco más se empezaron a escuchar el crepitar de las vaharadas de fuego en el aire. Las llamas se extinguían rápidamente en la nada, pero durante unos segundos el cielo se teñía de rojo anaranjado. Como si supieran que estaban siendo observados cuando llegaron a la altura de las cuevas del gremio de los jinetes, los dragones escupieron fuego durante un momento que alargaron al máximo.

– Pero ¿cuántos hay? ¿Cien? –se asombró un aprendiz.

– No digas bobadas, ahí no hay más de cincuenta –respondió una chica, y An Long reconoció la voz de Shia Ma.

Sonrió. Era cierto, debía de haber unos cincuenta, más o menos. Pero eran más de los que había imaginado que vivieran en el pozo de los aprendices. Sonrió. Cinco krouls… Pero cincuenta dragones. Había esperanza. Los números les eran favorables.

– Es un bello infierno –declaró alguien.

Y eso era lo que parecía. Un infierno. El fuego fulguraba en las cumbres nevadas. El cielo se incendió varias veces, tapando las estrellas por completo.

¿Por qué lo hacían? A An Long le habían enseñado que los dragones eran animales bastante solitarios. Era la primera vez que veía a tantos de ellos juntos. ¿Era un homenaje? ¿Por Frago? ¿Por Kraker?

– Han salido los otros dos primigenios –dijo Bin Thu, con voz frágil. Había un grano de emoción en su tono, pero la preocupación prevalecía claramente–. No es solo un homenaje…

– Es una declaración de guerra –concluyó Kai Shek, a su lado.

*

Pasaron los días y Dun Gar no volvió. An Long veía la pérdida en los ojos de todo el mundo, aunque ninguno lo daba por perdido en voz alta. Tiranior también le transmitía esa sensación. Cuando pensaba en Kraker, las emociones de Tir se le contagiaban. Una honda pena y profunda rabia. Que los dragones mantenían un lazo telepático entre todos ellos era una de las teorías más antiguas que se mencionaban en el Peine, y aunque no estaba demostrado, An Long estaba bastante seguro de que así era.

– Sabía que te encontraría aquí –era la voz de Shia Ma a sus espaldas–. Así que volviste.

– Volví –respondió, girándose para abrazar a la pequeña aprendiz.

– Tuviste más suerte que otros.

– No digas eso.

– ¿Por qué? ¿Crees que volverá?

– Puede que haya perdido a Kraker. Quizá él siga vivo.

– Según Sah Mah y Mah Dia, hizo que los krouls lo siguieran hacia el Este.

– Sí. Los alejó.

– Entonces, si tiene que volver a pie…

– Lo sé, Shia Ma. No espero que aparezca aquí mañana.

Hubo un silencio incómodo que el viento se ocupó de copar. Las cumbres estaban soleadas ese día, y la luz se reflejaba en la nieve, enviando destellos a las otras caras de las montañas. A veces, el ulular del viento desfilando por las crestas se veía punteado por sonidos de avalanchas.

–¿Cómo son?

– ¿Los krouls? No quieres saberlo.

– Sí quiero.

– Ahora no quiero hablar de eso, Shia Ma. Ya habrá un mejor momento.

Shia Ma pareció entenderlo. Finalmente, se sentó a su lado y apoyó la cabeza sobre el hombro de An Long.

– De acuerdo. Hablemos de otra cosa entonces.

– Me dijo Prei Kuk que os dejaron tirados en Puntaescondida hace media luna.

– Sí. He sido la primera en regresar –declaró al fin–. Tenía prisa por saber si ya habíais vuelto de Mohad.

– ¿La primera? ¡Enhorabuena! Es una prueba muy difícil. Yo estuve a punto de abandonar dos veces.

– ¿Tú? ¡No me lo creo!

Ambos rieron.

– Prei Kuk dijo que, si se acerca la guerra, tenemos que redoblar esfuerzos para convertirnos en jinetes lo antes posible. Quizá hagamos la formación en cuatro en vez de en cinco.

– Eso no es posible, Shia Ma. Sería inhumano.

– Ya es inhumano.

Cierto, el entrenamiento era inhumano. Tan solo el hecho de vivir a esa altura era inhumano. Correr a esa altura lo era más. Y abandonar a adolescentes al otro lado de la cordillera y decirles que se las arreglaran para volver a casa era… Cruel. Pero An Long entendía la necesidad de superar esos desafíos. Los dragones solo elegían a jinetes capaces de superarse. Si uno quiere

obtener un poder sobrehumano, debe conseguir una capacidad sobrehumana. Esa frase solía decirla Dun Gar.

– Hay razones para que así sea.

– Lo sé –zanjó Shia Ma.

Se quedaron ahí un buen rato. An Long agradecía el momento y la compañía. Ese era su hogar gracias a cosas como esa. Cosas que le calentaban el corazón en aquel lugar tan frío e inhóspito.

– Ese dragón vuela raro –dijo la chica.

An Long miró al cielo nuboso. Contra la blancura se recortaba una figura negra que volaba en línea recta. Demasiado recta.

– Eso no es un dragón –respondió el jinete.

– Pues parece igual de grande.

– Desde luego.

– Y viene hacia aquí.

– Ya lo veo.

– ¿Deberíamos correr?

– No.

Llamó a su dragón. En cuestión de latidos Tiranior hizo temblar el suelo, colocándose justo detrás de los dos, extendiendo las alas alargando el cuello y exhalando vapor hacia el cielo.

– No se detiene –constató Shia Ma–. ¿Es que no tiene miedo de Tiranior?

– Cualquiera en su sano juicio tendría miedo de Tiranior.

Pero era cierto que esa cosa voladora se acercaba a gran velocidad, y su vuelo no había temblado siquiera con la llegada del dragón. Solo había una explicación razonable para ello. Shia Ma la dijo en voz alta.

– Quizá sean aliados.

Esperaron en tensión hasta que la figura negra cobró tamaño real al aterrizar sobre la nieve. El bicho era una especie de insecto gigante, con pinzas, lomo de lobo y patas fuertes como las del mejor caballo, pero con el doble de tamaño. Había un hombre en el pescante, y dos personas más sobre el lomo. Se apearon los tres y caminaron hacia ellos. An Long no podía creérselo. Ninguno de ellos parecía tener miedo.

– Venimos desde Val'Monde –dijo una de las personas que iba sobre el lomo. Tenía voz de mujer, pero la cabeza rapada–. Os vimos luchar contra nuestros enemigos, así que…

– El enemigo de mi enemigo es mi amigo –sonrió An Long–. ¿Cómo os llamáis, extranjeros?

– Yo soy Pira.

– Garia.

– Derren. Derren Zancadilla.

– Bien. Yo soy An Long, jinete de la Nueva Llama. Ella es Shia Ma, aprendiz. Y detrás está Tiranior, mi dragón.

– Oh. Este es Kai –dijo el tipo que iba en el pescante del bicho volador–. Espero que puedan llevarse bien.

An Long rio de buena gana. Los llevaría ante Bin Thu para que hablaran de esos enemigos que también eran sus enemigos. Una vez había traído al Tiber a un monarca depuesto. ¿Cuáles serían los secretos de esos tres forasteros?

*

Los dragones de transporte se acercaban en perfecta formación circular. La mancha redonda rodeó el pico del Kah Yue, descendió por la ladera hasta sobrevolar las copas nevadas del valle y

subió casi completamente en vertical por la vertiente del San Bah, las tres coronas. Finalmente, peinaron los arbustos del espacio de aterrizaje. O dragopuerto, como le gustaba decir a An Long.

El Khaz Dolu vestía con gruesas ropas de abrigo, al igual que todos los guardias. El maestro del Ejército había cambiado su reluciente armadura por un número desconocido de pieles. Mao Rin bajó del dragón con una elegante gabardina negra y granate. Muy apropiados colores, pues también eran los del uniforme de los jinetes. También parecía de lo más gruesa. Shio Min iba, paradójicamente, menos abrigado, a pesar de ser el más anciano y frágil, al menos a simple vista. Algún secreto tendría.

Bin Thu recibió a la delegación con una cordial reverencia e hizo que todos la siguieran al interior del sistema de cuevas. Los jinetes que habían esperado en formación cerraron la comitiva compuesta por guardias, soldados y consejeros.

La oquedad del nombramiento tenía tres tragaluces que contribuían a iluminar el lugar, cuando las ventiscas no los tapaban, junto con las lámparas de aceite y las antorchas. Un mecanismo permitía abrir cada uno de los tragaluces desde abajo, a pesar de estar a unas veinte zancadas del suelo. Había fuego en el hogar, pero no era suficiente para contrarrestar el frío, por eso todos llevaban abundantes capas. Era como si el Peine de los Cielos se hubiera enfriado tras la pérdida de Dun Gar.

Bin Thu se encontraba de pie, al fondo, mirando de cara a todos los demás. Los jinetes del gremio se habían colocado de acuerdo a su rango, y solo los otros tres maestros y el Khaz Dolu estaban más cerca de Bin Thu.

El Khaz Dolu le entregó un pergamino y una escama dorada. Tenía que escribir su nombre dos veces. La escama rascó la piedra, justo debajo de la última inscripción de la lista, que rezaba “Dun Gar”.

Bin Thu.

Ya estaba. Había añadido su nombre al muro de los maestros del fuego. Ella. Sería la heredera de Dun Gar.

Caminó despacio en busca de la hornacina que había sobre el hogar, dispuesta ahí para que se usara para enviar un mensaje a los Apos. Untó la punta de la escama en el líquido y luego escribió su nombre en el pergamino que le había facilitado el Khaz Dolu. Se arrodilló al fin, y pronunció su juramento:

– Yo, Bin Thu, inclinándome ante los Apos, juro solemnemente asumir el cargo de Maestra del Fuego. Acepto el poder y la responsabilidad que me son conferidos, y prometo usarlos con honor y sabiduría. Juro mantener el equilibrio del Tiber usando el fuego como fuerza para la vida. Juro defender a mi pueblo de las amenazas externas, utilizando mi poder con justicia. Juro respetar la sabiduría de los dragones, aprendiendo de ellos y manteniendo vivo su legado en el Peine de los Cielos. Juro cultivar el fuego interior de mi alma y de mis jinetes, para mantener la pureza de nuestros espíritus y seguir siendo dignos de nuestros dragones. Que los Apos guarden mis palabras, que yo guardaré sus secretos.

Una vez hecho esto, cada uno de los jinetes de dragón y los aprendices se acercaron al hogar para escribir sus nombres en el pergamino. Bin Thu los miraba a los ojos y asentía con gratitud. Estaban jurándole lealtad.

El último, como siempre, tenía que ser el Khaz Dolu. Escribió su nombre, su verdadero nombre, enrolló el pergamino y lo arrojó a las llamas. Estas lo arrugaron, brotaron alegres y acto seguido se lo tragaron.

– Que los Apos te brinden sabiduría, maestra del fuego –le deseó el Khaz Dolu.

Salieron de la cueva en procesión. La nieve era blanca y el cielo también. Las hogueras ardían

en las cuevas como luceros lejanos.

En orden de más veterano a más joven, los jinetes tiraron el trozo de madera en el que cada uno había grabado una frase mostrando lealtad a la nueva maestra. Al tiempo que el trozo de rama caía en el abismo, el jinete silbaba, y su dragón acudía a la llamada y exhalaba su fuego sobre el objeto. Y así su juramento se enviaba al Otro lado, inquebrantable, con los Apos como testigos.

Quien no pudo hacerlo en las reglas del arte fue Dien Phu, que observaba en silencio con los aprendices, sin dragón.

57

REINTERPRETACIONES

Do Shoi, Khaz'Tiber 571.

El Khaz Dolu presidía la mesa desde el semicírculo que coronaba el cuadrado de madera. Lo negro y sencillo de su túnica contrastaba con los ornamentos dorados de la sala. Los otros maestros también se habían vestido de negro, un homenaje al fallecido Dun Gar.

Bin Thu suspiró. Había acudido a Do Shoi con los jinetes de la Nueva Llama para conocerlos mejor y sondearlos. Una buena maestra del fuego tenía que conocer a los dragones, pero sobre todo a sus jinetes. Dun Gar tenía ese don. Una sola conversación con una persona le bastaba para juzgarla acertadamente. Ella no estaba segura de poder hacer tal cosa.

La otra razón por la que estaba en Do Shoi era por ese Consejo. Tenían que tomar decisiones difíciles.

– Los dragones han declarado la guerra a los krouls –informó Bin Thu.

– Y yo no puedo más que acatar su decisión –declaró el Khaz Dolu–. Si hay algo capaz de matar a un dragón tan fácilmente como describió Shio Min, entonces el Tiber está en peligro. Nuestra misión es erradicar la amenaza, antes de que la guerra llegue a nuestros ciudadanos.

– Qué irónico, ¿eh? Ir a la guerra en nombre de la paz –comentó Shio Min.

Nadie pareció hacerle caso y eso confortó a Bin Thu. Tenía que aprender a moverse en esas aguas, y rápido.

– Si quieres la paz, prepárate para la guerra –recitó Sim Rep, mientras sorbía de su taza humeante.

– Nunca me han gustado las frases hechas –gruñó Mao Rin–. Pocas son las cosas que se pueden explicar con una frase.

– Pues a mí me parece que lo explica bastante bien –argumentó Sim Rep–. Si no te preparas para la guerra, vendrán a conquistarte, porque parecerás débil.

– Eso será en tu mundo.

– Que también es el tuyo.

– Basta –zanjó el Khaz Dolu–. Ya no hay paz que valga. Estamos en guerra. Y no estamos preparados.

Al menos el líder mantenía a raya a esos dos. Bin Thu miró a Shio Min. Era un hombre encorvado, de aspecto frágil y siniestro, y sin embargo ostentaba un poder enorme. Bin Thu

estaba segura de ello.

– No lo estamos –confirmó Shio Min–. Los dragones son nuestra mejor arma. Y no son invencibles. Hemos visto a los heterocromos en combate. Tienen agallas. Aprendieron rápido a defenderse del fuego.

– También tenemos un ejército –apuntó Sim Rep.

– Usaremos al ejército solo en última instancia –dijo el Khaz Dolu–. Pero el ejército tendrá que estar más preparado que nunca para cuando llegue el momento.

– Nos enfrentamos a la Legión Negra, a heterocromos y a cinco krouls –dijo Shio Min.

– ¿Cinco?

– Eso dijo Harum.

– ¿Crees que las cinco fuerzas son los krouls? –preguntó Bin Thu.

Había escuchado con atención la descripción de los jinetes que habían visto a la bestia en la Semilla, e incluso a Mah Dia y a Sah Mah que habían huido de dos de ellos en el aire.

– Estoy razonablemente seguro –aseguró Shio Min.

– ¿Pero entonces, por qué no llevó los cinco a Val'Monde? Según tengo entendido, tan solo había dos.

– Lor'Horn ha invadido Las Llanuras al mismo tiempo. Suponemos que con dos bastaba y sobraba para Val'Monde.

– Necesitaremos aliados –dijo Bin Thu.

– Hemos entablado conversaciones con el Norte, a través de Sahelia. Creemos que nos necesita, y tenemos que asegurarnos de que esto siga siendo así –dijo Shio Min.

– Dun Gar tenía un canal abierto con los tuneleros de Ragoros. Estamos viendo si son suficientemente fuertes como para desestabilizar el régimen de Lor'Horn desde dentro.

– Estoy al corriente. Me aseguraré de aprovechar ese canal –asintió Bin Thu–, aunque no sé si serán realmente útiles.

– Toda ayuda es bienvenida –dijo Mao Rin encogiéndose de hombros–. También nos pusimos en contacto con los Escarabajos y los Escorpiones.

– Serán un incordio para Lor'Horn. Pero solo eso – dijo Shio Min–. Hace poco un jinete de la Nueva Llama nos trajo al rey de Mohad. El que destronaron.

– Paul Val'Dore –declaró el Khaz Dolu–. ¿Sigue vivo?

– No lo sabemos –respondió Bin Thu.

– Tenemos que encontrarlo –participó Mao Rin–. Fue uno de los líderes de los Escarabajos. Podría liderar la rebelión en Mohad.

– Sí. Es el candidato perfecto para reunificar esas arenas.

– Lo buscaremos –asintió Bin Thu, añadiendo esa a la larga lista de tareas a repartir entre sus jinetes–. Había pensado… quizá debamos hacer una visita a las islas del Borde.

– Sí –aprobó Shio Min–. Los heterocromos también tienen facciones. Las dos heterocromas que vinieron al Peine hablaron de "movimientos". Al parecer, no todos abogan por la reconquista.

– Es arriesgado –opuso el Khaz Dolu–. Y el viaje a las islas es peligroso. No hay lugar donde puedan reposar los dragones, y no sabemos a cuantos días de vuelo están exactamente.

– Precisamente por eso. Ya va siendo hora de averiguarlo –insistió Bin Thu.

Se formó un corto silencio.

– Deberíamos –acordó Shio Min.

– Estoy de acuerdo –apoyó Mao Rin.

– Está bien –declaró el Khaz Dolu–. Gestiona a tus jinetes como quieras, Bin Thu, pero

recuerda que tenemos muy pocos y que la guerra acaba de comenzar.

– El Ejército no está preparado –recalcó Shio Min.

– No –gruñó Sim Rep, como si le costara una barbaridad admitirlo–. No para las amenazas que se vienen.

– Es hora de que jinetes e infantería entrenen conjuntamente –sugirió el Khaz Dolu–. Encargaros de eso.

Bin Thu miró a Sim Rep, que la miró a su vez, y ambos asintieron. Tendría muchas cosas en las que pensar de ahora en adelante.

– ¿Alguna novedad sobre ese Lor'Horn? –quiso saber Mao Rin.

– Sahelia nos ha convocado en Altsadum el día del equinoccio –informó el Khaz Dolu–, dentro de media luna. Iremos todos. Acudirán líderes de Alderion también.

– Un consejo de guerra –aprobó Sim Rep–. Es lo que necesitamos.

– Un frente unido –dijo Bin Thu.

– No nos hagamos ilusiones –advirtió el Khaz Dolu–. La persona que nos convoca es la Dama de las Verdades. La desconfianza será reina del lugar –se giró hacia Shio Min antes de continuar–. Deberíamos echarles otro vistazo a los versos del sueño, ahora que sabemos algo más.

Shio Min sacó el pergamino y lo dispuso sobre la mesa para que todos lo vieran. Bin Thu conocía los versos de memoria, de tantas vueltas que les había dado. El Khaz Dolu leyó en voz alta.

La sombra caerá sobre el día por quinta ocasión,
Y rotas habrán quedado las cadenas del tiempo.
Del mar allende arribará el Odio, las velas al viento,
Las cinco Fuerzas portando el deseo de devastación.

Arde, arde la isla y asciende el fuego helado,
Vuelven los secretos años enterrados,
Se abren las heridas de un pasado olvidado,
Sembrad la paz, os pido, en el Árbol Talado.

Por mi hogar, haced que llueva
En las heladas cuevas,
Y regresen las almas
Que nunca hubieron de ser devoradas.

Un pesado silencio quedó flotando en el aire tras la lectura de los versos, hasta que Shio Min lo rompió.

– Esta es mi interpretación. Alguien está liberando a los krouls. Con casi toda certeza, ese eterno que se hace llamar Lor'Horn. Que haya tenido varios siglos para averiguar cómo hacerlo es lo que me hace inclinarme por esta teoría, además de la guerra que ha iniciado, claro.

– En eso estamos todos de acuerdo –asintió Mao Rin–. ¿Y las cadenas del tiempo?

– Supongo que se refiere a las cadenas que encontramos en la Semilla –respondió Shio Min–. Los krouls están encadenados. No es suficiente con entrar en el recinto, también hay que romper las cadenas. La de la Semilla está entera, así que nuestra prioridad es esconder y defender las dos espadas que hacen de llave.

– Supongo que, al ser esos monstruos originarios de otra era, es una forma poética de referirse a esas cadenas –declaró el Khaz Dolu–. Al romperse, vuelven a nuestro cielo esos krouls de

antaño.

– Por otra parte, está claro que del mar allende han llegado los heterocromos, y ya nos han transmitido que la intención de la mayoría es la reconquista. Pero lo de las cinco Fuerzas todavía me confunde. Según las copias que he podido reunir del Joról, solo cuatro guardianas tuvieron hijos.

– Los versos que siguen, sobre el fuego helado, hacen más bien referencia a los krouls –participó Bin Thu–. Mis jinetes lucharon contra heterocromos y su fuego es corriente. El de los krouls, según todos los que los vieron, es azul. Todos hablaron de una sensación de frío.

"Un frío que se agarraba al alma", recordó que le habían dicho An Long y Kai Shek.

– Yo también lo vi –afirmó Shio Min–. Y es muy cierto. En cuanto a la isla, sabemos que la armada de Lor'Horn va camino a Magnalia. Si no hubiera visto a los krouls, recomendaría enviar dragones, pero…

– Ni hablar –rechazó el Khaz Dolu–. No habrá dragones en la batalla.

– Sería la primera en oponerme a enviar dragones, pero los magnos serían un refuerzo fundamental en esta guerra.

– ¿Qué sugieres, Bin Thu?

– Podríamos enviar dragones de transporte, con un par de mis jinetes como refuerzo, por si dragones caen.

– ¿Crees que abandonarán su ciudad sin luchar? –preguntó Sim Rep–. Ya sabemos cómo son esos magnos…

– Si mueren ni siquiera tendrán la opción de reconquistarla –argumentó la maestra del fuego.

– Es verdad que los magnos serían de utilidad –reconoció el Khaz Dolu–. Además, podrían ayudar a nuestro ejército.

– Desde luego –reconoció Sim Rep.

– Intentémoslo entonces –aprobó el Khaz Dolu–. Enviaré cuervos al rey de Magnalia y a los líderes de la Burbuja. Otra vez… Bin Thu, dejo en tus manos lo de los dragones de carga –Bin Thu asintió–. Propongo que sigamos con los versos.

– Poco más puedo decir –admitió Shio Min.

Agachó la cabeza, como avergonzado. Bin Thu observó que su cráneo calvo tenía unos bultos sospechosos.

– ¿Nada sobre el Árbol Talado?

– Nada. Tendremos que hablarlo con Sahelia.

– Creeremos cualquier cosa que nos cuente –rechazó Mao Rin–. Es mejor averiguarlo por nosotros mismos.

– Estoy de acuerdo –dijo Sim Rep.

Bin Thu tenía una idea.

– Uno de nosotros podría hablarlo con Sahelia. Conoceríamos su versión, sea verdad o sea mentira. Los que no hayamos hablado con ella no tendremos porqué creerla.

– ¿Shio Min? –requirió el Khaz Dolu.

– Podría funcionar, sí.

– Bien, pues hágase. Sigamos.

– Los últimos versos hacen referencia a las almas devoradas –explicó Shio Min–. Creo que… –tragó saliva–. Lo que interpreto es que los krouls devoran las almas. Y que existe una forma de liberarlas posteriormente.

Bin Thu dio un respingo. "Un frío que se agarraba al alma", recordó nuevamente las palabras de sus jinetes.

– ¿Todo bien, Bin Thu?

– No –reconoció, pálida de pronto–. Creo que Shio Min está en lo cierto.

– En ese caso –dijo el Khaz Dolu levantándose–, ahora hay que descubrir cómo hacer que vuelvan esas almas.

Los cuatro maestros se levantaron también. Aquello significaba que el sumo líder daba por terminado el consejo.

*

Añoranzas y penas reinaban en el bosque que rodeaba a la fábrica de vidrio donde trabajaba Dal Mah. Por suerte, los jinetes de la Nueva Llama habían comprado un par de pellejos de shalur en un mercado de Do Shoi antes de hacer esa visita. Los cuatro amigos se estaban poniendo al día en cuanto a las noticias sobre la guerra en ciernes.

Al principio, Dal Mah no dio crédito a las palabras de Bong Nam. Dun Gar no podía haber muerto. Pero al observar los rostros compungidos de An Long y Tui Lam tuvo que rendirse a la evidencia. An Long habría deseado abrazarla y consolarla en su hombro, pero no se atrevió a acercarse a ella. Sus amigos podrían sospechar. Además, Bong Nam sabía lo que el jinete había sentido por ella en los años de entrenamiento. No podía arriesgarse. No podían enterarse, o de lo contrario su posición como jinete podría ser cuestionada.

– Me habría gustado estar ahí. Para despedirme, al menos. Enviarle algún mensaje…

– Siempre puedes enviarle un mensaje –la reconfortó Tui Lam–. Siempre hablaba de esas galletas que hiciste con cabezas de dragón.

Dal Mah sonrió.

– Sí que le gustaron. Supongo que podría enviarle algunas…

El mal trago no terminó con la noticia de la muerte de Dun Gar, pues a ella siguieron la de la conquista de Val'Monde por la Legión Negra, la llegada de los heterocromos y el descubrimiento de los krouls, esos monstruos voladores gigantes con tres cabezas negras.

– Krouls… –repitió ella, pensativa–. ¿Cómo sabéis que se llaman así?

– Cosas que sabe Shio Min –respondió Bong Nam.

Dal Mah hizo una mueca de repulsa, bebió del pellejo y la mueca se profundizó.

– Ya podía haber muerto él en vez de Dun Gar.

– Cada día está más viejo y débil. No sé si le quedarán muchos años más –comentó Tui Lam–. De todas formas, aunque nos caiga mal a todos, creo que es una gran baza para el Tiber. De no ser por él, no habríamos descubierto a estos krouls.

– Tan solo hemos descubierto a uno encadenado –replicó An Long–. Los demás surcan los cielos muy probablemente a las órdenes de Lor'Horn.

– Pero admite que prefieres tener a Shio Min de nuestro lado.

An Long levantó las manos.

– Sí, sí. Los Apos saben lo que hará en su cueva. Seguro que tiene muñecos de sus enemigos con clavos en los ojos.

– ¿Muñecos? –se burló Tui Lam–. Tiene a seres humanos, An Long. Ya sabes lo que dicen.

– Lo que dicen, sí. El pueblo tiene mucha imaginación.

– ¿Qué es lo que dicen? –quiso saber Bong Nam.

An Long notó que Dal Mah se tensaba a su lado. La miró. Tenía el ceño fruncido y la mirada perdida en los árboles.

– Que rapta a recién nacidos en las aldeas para usarlos en sus experimentos.

Esos rumores nutrían los cuchicheos de las fondas del camino, pero ningún bardo osaba

hacerse eco de ellos en sus canciones. Al fin y al cabo, era uno de los cuatro maestros del Khaz Dolu, y para colmo el de los secretos. An Long también había oído rumores que decían que él mismo se encargó de silenciar las canciones y trovas que hablaban de él y sus prácticas.

– Es siniestro y tiene sus excentricidades, pero dudo que sea un asesino de bebés –reflexionó Bong Nam.

– Lo es –dijo Dal Mah, pero luego bajó la cabeza y pareció arrepentirse.

– ¿Tú también has oído los rumores? –inquirió Bong Nam.

No. An Long lo había notado en su voz. Dal Mah sabía algo. Algo importante.

– No son rumores, Bong Nam. Es la verdad. Shio Min es un hombre malvado.

– Pero qué dices, Dal Mah… Es uno de los cuatro maestros.

– Porque es poderoso –siguió la joven vidriera–. ¿Pero acaso sabéis como ha adquirido todo ese poder?

– No parece poderoso, cuando le ves llegar vomitando a lomos de Kraker…

Bong Nam intentó restarle gravedad al asunto, pero no funcionó.

– Arranca a los recién nacidos de los brazos de sus madres. Se los lleva cuando todavía no han terminado de llorar.

De pronto, una vela se encendió en la mente de An Long. Recordó que, durante los cinco años de entrenamiento y enseñanzas en el Peine, Dal Mah nunca había coincidido con Shio Min. Cuando tuvieron una semana entera de lecciones del maestro de los secretos, Dal Mah había estado enferma. Qué casualidad.

– ¿Cómo lo sabes, Dal Mah? ¿Cómo es que estás tan segura? –le preguntó, mirándola a los ojos.

Ella lo miró también, con los ojos azules brillando vidriosos, como a punto de romperse.

– Él se llevó a mi hermano –reveló.

– ¿Qué? –musitaron Tui Lam y Bong Nam al unísono.

An Long no dijo nada, se había quedado sin palabras.

– Kai Shek era el único que lo sabía. Me dijo que no lo mencionara en el Peine. Que podía ser peligroso. Hizo todo lo posible para ocultarme de Shio Min. Cuando el maestro de los secretos venía al Peine, yo siempre fingía estar enferma o me iba al lago unos días con Hoa Liu, o…

– ¿Kai Shek lo sabe? –murmuró An Long, más para sí que para todo el mundo.

– Dice que no nos corresponde cuestionar sus métodos, pero para él es fácil decirlo. A él no le arruinó la vida.

– Somos tus amigos, Dal Mah. Puedes contárnoslo –la animó Tui Lam.

– No hay mucho que contar. Me quedé sola ese día. Mi madre murió después de alumbrar al bebé. Mi padre intentó detener a Shio Min. Yo solo lo ví salir por la puerta tras él, pero nunca volvió. Ni siquiera encontré su cadáver. Siempre me he preguntado cómo lo hizo.

– ¿Cómo hizo… el qué?

– Cómo mató a mi padre.

El silencio duró demasiado. An Long no sabía qué decir ni qué pensar. Shio Min era un monstruo, un ser despreciable, y aun así estaban obligados a trabajar con él. ¿En qué lo convertía eso a él?

– Lo siento, Dal Mah –dijo al fin Tui Lam.

Abrazó a su amiga y dejó que ella posara la frente en su hombro. Bong Nam dijo lo mismo y se unió al abrazo. Al fin An Long se acercó con indecisión, colocó la cabeza en la espalda de Dal Mah y la rodeó con los brazos también. Pero Dal Mah no parecía necesitar un abrazo. Estaba fría. No sollozaba. No había lágrimas resbalando por sus mejillas.

– Estoy bien, chicos. Fue hace mucho tiempo. Es solo que… Creo que Shio Min no sabe que soy esa niña que lo vio robar a un bebé recién nacido y matar a su padre. Kai Shek se preocupó mucho de que no se enterara.

– Si es verdad que se encarga personalmente de silenciar a los bardos, también se encargará de silenciar a los que pueden susurrar los rumores –reflexionó Tui Lam.

– Ya está, chicos. No os preocupéis. Aquí estoy a salvo. Ahora el peligro está a lomos de dragón, en las fronteras del Tiber o más allá. Sois vosotros los que tenéis que cuidaros. Prometedme que os protegeréis.

– Hace mucho tiempo que hicimos esa promesa –sonrió Bong Nam–. Y te incluye a ti también.

– Por cierto –quiso cambiar de tema Tui Lam con una sonrisita–, no te hemos dicho adónde nos quiere enviar Bin Thu.

– ¿Adónde?

– ¡A las Islas del Borde!

– ¿Qué?

– Sí. Verás, hace unos días llegaron dos heterocromas al Peine de los Cielos.

– ¿Qué? ¿Cómo?

– A lomos de un gran insecto volador. Un monstruo de los Mil Reinos, pero eso no viene a cuento –Tui Lam se irguió sobre el tocón que usaba de asiento–. El caso es que nos han contado lo que ha estado pasando allí, en sus islas. Resulta que el pueblo de los heterocromos está dividido en facciones. Algunas desean quedarse allí, otras volver al continente. Algunas desean la paz, otras la guerra.

– Y en Val'Monde nos tocó lidiar con la más belicista, la que nos odia –apostilló An Long.

Dal Mah resopló.

– Bueno… Supongo que eso significa que ya conocemos a lo peor. A partir de ahí, la cosa solo puede mejorar, ¿no?

La reunión terminó cuando oyeron a una de las compañeras vidrieras de Dal Mah vociferar entre pinos que había que ir a las cocinas a colaborar con la cena. Ante tan distinguidos huéspedes, el vidriero en jefe decidió ahorrarles el trabajo en las cocinas y tan solo les ordenó esperar en el comedor. Los jinetes de la Nueva Llama aceptaron la hospitalidad e incluso la oferta de quedarse a dormir. Por desgracia, el techo de la fábrica de vidrio no era de vidrio, sino de madera, y no pudieron disfrutar del espectáculo de las estrellas.

*

Al resguardo de la oscuridad de la noche, punteada por el aullar de algún lobo solitario, An Long salió de la habitación alegando que le gustaba aprovechar las noches templadas en tierras bajas para pasear. Sin embargo, nada más cerrar la puerta se dirigió a las habitaciones de las vidrieras. A una en concreto.

– Pasa –dijo Dal Mah con una sonrisa en los labios.

La sonrisa más bonita del mundo. An Long entró. Estaba nervioso. Lo que estaba haciendo infringía el reglamento interno de la fábrica de vidrio y lo que estaba a punto de hacer infringiría el código del gremio de los jinetes de dragón. En realidad, no sabía si iba hacerlo, porque no dependía solo de él, pero deseaba hacerlo.

– Ha quedado un poco de *shalur*, ¿quieres?

– Qué buena idea –respondió.

– Cada trago cuesta un beso –precisó con la travesura brillando en los ojos azules.

An Long se rio de buena gana. Y la besó con mayor gana. Había estado preguntándose cómo iba a besarla, armando todo un plan con infinidad de variantes, y resultó que al final fue así de natural. Ella le entregó el pellejo por el que acababa de pagar. Y así el *shalur* fue cambiando de manos y mezclándose en las bocas.

– Ojalá quedaran más tragos –dijo An Long tras el último *glup*.

– Los besos no tienen por qué detenerse –respondió ella, quitándole la bebida y tirándola al suelo de la habitación–. Los míos no se agotan. ¿Los tuyos?

De modo que los besos siguieron. En la boca. En el cuello. Y cuando ambos se dieron cuenta de que quedaba mucha piel por besar, se quitaron la ropa. Tanto el uniforme de jinete como el vestido de Dal Mah terminaron junto al pellejo vacío. La cama de Dal Mah era como un sueño hecho realidad, y no precisamente por su comodidad infinitamente superior a la oquedad donde dormía en el Peine. No. Había soñado cientos de veces con ese momento. Nada podía distraerlo. Nada podía sacarlo de aquel sueño.

Como An Long no era ducho en ese tipo de menesteres, le costó un poco tomar la iniciativa. La excitación que mostraba Dal Mah lo excitó a él también. Ella le pidió que lo hiciera. Él lo hizo y entonces ella empezó a moverse sobre él. Él la agarró de las caderas para acompañar el movimiento. No podía quitarle los ojos de encima. Tenía una expresión de intenso placer en el rostro. Y An Long sintió ese placer también. Se dejó llevar. Los sonidos agudos de la una se mezclaron con aquellos guturales del otro mientras se movían como uno solo. Él, ella y la cama. Y al final todo explotó en un estruendo mudo.

Se quedaron tumbados la una sobre el otro, sudorosos, la respiración agitada, escuchando el latir acelerado de sus corazones. An Long reflexionó sobre lo que acababa de suceder. Por fin podía pensar en lo que significaba. Había roto las reglas. Mejor dicho, las había hecho añicos. Estaba totalmente enamorado de Dal Mah.

En ese momento, con la cabeza de Dal Mah sobre su pecho, mientras le acariciaba el hombro dibujando círculos con el índice, An Long entendió el porqué de esas reglas. Estaba dispuesto a dejarlo todo por Dal Mah. Podría abandonar el gremio. Dejar a sus compañeros. ¿Y a Tiranior?

– Me abandonas aquí para irte al fin del mundo –bromeó Dal Mah, sacándolo de sus pensamientos–. Ni siquiera sabéis donde están, ¿verdad?

– Aaron Ojorrojo las encontró –improvisó An Long–. Eso significa que Tiranior ya ha estado allí.

– Sí. Hace siglos.

– No creo que se hayan movido.

La broma le costó una suave torta y un beso de propina.

– Pronto conocerás todo el continente. Admito que siento un poco de envidia.

– Cuando acabe la guerra te llevaré a los sitios más bonitos –propuso–. ¿Te parece?

Ella asintió, pero dejó de acariciarle la cabellera.

– Las guerras pueden durar muchos años…

– Pero los Apos están de nuestro lado. Ellos las han visto todas.

– Llevaré mis ofrendas al Eventel –dijo ella, y luego añadió–. An Long… Guárdate de Shio Min. Es maligno. Estoy convencida de que tiene poderes que no sospechamos.

Recordó la conversación que habían tenido antes en el claro del bosque, con Tui Lam y Bong Nam. No supo muy bien cómo reaccionar. El maestro de los secretos era el asesino de su hermano y de su padre. Pero para el Tiber era un activo muy importante. Un hombre que podía tener las claves para ganar la guerra. Para proteger. Para sobrevivir.

– Tir sabe leer en los corazones. Si hay algún…

– Shio Min no tiene corazón –murmuró ella.

An Long fingió que no lo había oído y siguió acariciándola. Las palabras se agotaron, los ojos se cerraron y, de pronto, los dedos dejaron de moverse.

Se despertó desubicado. Al mirar alrededor vio su uniforme en el suelo. La ropa de Dal Mah. El pellejo de *shalur*. Dal Mah. Se alarmó. La despertó. Ella murmuró algo ininteligible. Él le dio un beso en la mejilla.

– Tengo que volver antes de que salga el sol, o no creerán que haya estado toda la noche paseando por el bosque.

Ella lo besó de nuevo.

– Ve, mi dragón. Pero acuérdate de volver pronto.

Se despidieron con otro beso. Y el esfuerzo que le costó dejar atrás esa cama fue mayor que todos los esfuerzos que le habían requerido los cinco años de entrenamiento en el Peine.

Dejaba atrás el amor e iba a adentrarse en una guerra. ¿Por qué?

EPÍLOGO

Templo invisible, Kitazh 571.

El sol brillaba en lo alto. Las gaviotas graznaban felices. Una brisa fresca se colaba por los invisibles recovecos del templo. Buuz no pedía nada más. Era una brisa agradable. Podría pasarse el resto de sus días mirando ese cuadro. El añil del mar en calma se interrumpía para presentar dos islas pequeñas a lo lejos. Buuz las conocía muy bien. Y también lo que había tras ellas. El continente.

Suspiró, resignado. A veces pensaba en lo que ocurriría si tomaba un bote y remaba hasta allí. Quizá sus brazos debiluchos no le permitirían llegar muy lejos. Encontraría una vela. Sí. Siempre hay una solución para todo problema. Sobre todo, cuando se tiene una eternidad para pensar en cómo resolverlo. Además, ese problema no era especialmente complicado…

Frunció el ceño al ver, justamente, un pequeño velero acercándose al muelle. Si es que a eso se le podía llamar muelle.

Su vista había empeorado considerablemente con los siglos, pero sus nuevos anteojos le permitieron distinguir a cuatro sujetos amarrando el bote. Y a una mujer saliendo de él. Una mujer.

Buuz tuvo una corazonada. De pronto, una sensación de júbilo se apoderó de sus huesos. Y los movió hacia la salida.

Y luego hacia el muelle. Pero no se cruzó con la mujer. En su lugar, se entretuvo hablando con los navegantes.

– ¿No sabéis a donde ha ido, entonces?

– Es ciega, amigo. No habrá ido muy lejos –informó uno.

– Me ha preguntado por aquella estatua enorme.

– ¿La del hipocampo?

– Sí, esa.

Buuz se despidió cordialmente de los marineros y salió hacia la cala del hipocampo, con los recuerdos hirviendo en la mente y las emociones en el pecho.

Ahí se la encontró, de pie y de espaldas a la isla, mirando al mar. Su vestido verde oscuro se mecía con el viento y su coleta clara se zarandeaba sobre un chal negro.

– Has venido –se oyó decir.

Sahelia se dio la vuelta y Buuz comprobó que no estaba ciega, tan solo había mentido a esos marinos. Tal y como había imaginado. Sus ojos del color del otoño brillaban tal y como los recordaba. ¿Estaban húmedos? Sonrió, pero su gesto no fue correspondido. Sahelia estaba seria. Y si había creído ver una lágrima antes, ya no quedaba ni rastro.

– Buuz. Sabía que vendrías tú.

– He visto el bote y…

– Sí. Te pasabas la vida mirando por el ventanal.

Buuz asintió. Era verdad.

– No sabíamos si la isla seguía existiendo para vosotros después de… Bueno, ya sabes.

– No puedo ver la isla, Buuz. Pero ya sabes cómo es Akros, siempre deja las cosas sin terminar.

– ¿A qué te refieres?

– No veo la tierra bajo mis pies. Veo… como un vacío. Azulado. Difuso. Pero un vacío, al fin y al cabo. De lejos no podía diferenciarlo de las olas, pero de cerca… Es extraño. Tampoco veo el templo, aunque los marinos me han señalado el lugar en donde se encuentra. Es así de sencillo, al final. Cualquier otra persona puede verlo. Ha sido tan fácil como pagar a esos hombres para que me lleven a Kitazh.

– ¿Por qué has tardado tanto en volver, entonces, si sabías cómo hacerlo?

– No ha pasado tiempo suficiente para que os perdone.

– ¿Perdonarnos? Sahelia…

– No, Buuz. Fue vuestra indiferencia la que permitió todas esas muertes. Vuestra obediencia ciega hacia un dios que nos abandonó y que sin duda ya nos ha olvidado.

– No nos ha olvidado.

– Ah, ¿no? ¿Ha vuelto a hablar con vosotros?

– No puede. Ya sabes cómo funciona esto, hermana.

– No me llames así.

– Me estás haciendo sentir como si fuera yo el desertor.

– Abandonasteis a vuestra raza. Cerrasteis los ojos ante su exterminio.

– Pero la raza sigue.

– ¡Gracias a mi sacrificio! ¡Y al de Ruto!

Buuz esperó. Faltaba un nombre. Sahelia se dio la vuelta. Estaba claro que no iba a añadir nada más. Eso le hizo sospechar, pero decidió esperar antes de ahondar en esa dirección.

– ¿Has venido hasta aquí para desenterrar el pasado? ¿Qué quieres, Sahelia?

– Habéis difundido el contenido de la quinta tablilla. ¿Pensáis hacer algo más? ¿O ya os dais por satisfechos con vuestra contribución a la Historia?

– No podemos intervenir en…

– ¡Oh, vamos, Buuz! ¿Qué os lo impide? ¿Repetiréis los mismos errores? ¡Los krouls ya surcan los cielos!

– Algo así nos temíamos cuando vimos por primera vez la sombra del cielo.

– No sé cómo lo ha hecho. Pero el caso es que lo ha hecho. Humo se ha vuelto loco.

Buuz asintió. Seguramente por eso no lo había mencionado antes como el tercer salvador de la humanidad.

– ¿Qué te hace pensar que nuestra intervención no acarreará más muertes?

– Que solo tenemos que acabar con Humo.

– ¿Matar a nuestro hermano? Es un eterno.

– No quiero matarlo. Pero hay que encerrarlo. Para él esto es solo un maldito juego.

Buuz se mantuvo en silencio un buen rato. Pensativo.

– ¿Crees que desertó para esto? ¿Crees que estaba en sus planes desde el principio?

– Humo siempre ha tenido un lado… Sádico. Es calculador. Retorcido. Siniestro… No lo sé, Buuz. Puede que sí. No acabo de entender su forma de pensar. Por eso me da miedo. Buuz, el mundo necesita a los eternos. Kitazh tiene que responder.

– Nadie nos ha llamado, hermana.

– ¡No me llames así! Escucha. Ha conquistado medio Mohad. Ha enviado a surcados a las Llanuras para apoderarse de las tribus por la fuerza. Ha arrasado Magnalia con el fuego azul. ¿Te imaginas lo que se vivió en la ciudad? ¿Recuerdas el fuego de los krouls?

– Apareces de la nada. Después de cinco siglos. Cinco siglos sin dar noticia alguna. Sin dar señales de vida, siquiera.

– Soy una eterna.

– Pero puedes morir.

– Es poco probable.

– Tienes miedo, Sahelia. Lo veo en tus ojos. Temes a Humo.

– Conoce el secreto, Buuz. Y se ha vuelto loco. Es lo que he venido a deciros. A ti y al resto. El plan de Humo no se detendrá en el continente. Teníamos un pacto, los tres que dejamos Kitazh. Lo ha roto.

– Si ya lo hizo una vez, ¿qué te hizo pensar que no volvería a hacerlo? No es sensato pactar con desertores.

– No voy a perder el tiempo justificándome, Buuz. No me arrepiento por haber roto el juramento. Pero esto es diferente. Humo ha empezado a atacarme. Indirectamente. Apoya a una reina que desafía el orden en mi norte.

– ¿Tu norte?

– Mi norte. Alguien tiene que dirigir a los humanos para que no se maten todos los días. Puse mi secreto al servicio de la paz.

– Pero siguen matándose –puntualizó Buuz.

– Te lo estoy diciendo. Humo ha sembrado el caos en mis tierras. Y sé que no se detendrá. Viene a por el Norte. Vendrá a por mí. Luego irá a por Ruto, que permanece encerrado como vosotros, en una casucha llena de manuscritos.

– En Kitazh estaríais seguros los dos.

– Pero no podemos volver. Y tampoco lo haría, si pudiera. Es una prisión. Buuz, ¿recuerdas lo que hay ahí fuera?

– Lo recuerdo.

– Esa es tu casa. Tu mundo. Akros nos castigó, en el fondo, con sus secretos. Nos obligó a una eternidad de reclusión en un templo frío e indiferente. Abre los ojos, Buuz. ¡Nos condenó! ¡Y luego se fue para siempre!

Buuz se removió, incómodo. No le gustaba cómo hablaba del templo. Y menos de su Dios. El dios que les había concedido la eternidad. Y un secreto a cada uno. El dios que les había entregado el templo. Que les había ordenado que lo guardasen hasta su regreso. ¿Y si nunca regresaba? Las palabras de Sahelia dolían. Escocían. Sí. Eran verdades dolorosas. El arma que mejor sabía esgrimir Sahelia. ¿Una eternidad en el templo? Era mucho tiempo en un lugar muy pequeño.

– No abandonarán el templo. Ninguno lo hará.

– Pues hazlo tú. Tú podrías cambiar las tornas, Buuz.

– Quieres que me una a ti, para servir a tus propios intereses, no por el bien de la humanidad.

– No solo por eso… –por primera vez notó que Sahelia dejaba traslucir alguna emoción. La sintió incluso… incómoda–. Y tú deseas salir del templo, en el fondo. Siempre lo quisiste. Por eso te quedabas horas y horas mirando el mar. Mirando esos dos islotes y soñando en que algún día volverías a pisar Marblan o la Rada Blanca. Que volverías a pisar el continente.

– No hay razón que justifique quebrantar mi juramento.

Se hizo el silencio entre los dos, dejando espacio al rumor de las olas. Al graznido de las gaviotas. Al silbido de la brisa. Buuz creyó oír las palabras de Sahelia. Las palabras que nunca pronunció. Las que él le había dicho, siglos atrás, y ella se llevó al abandonar el templo.

– ¿Por qué crees que he venido a sentarme a este sitio? Ni siquiera veo la estatua del hipocampo. He tenido que preguntarle a uno de los marinos.

– ¿Por qué?

Ella lo miró a los ojos. Buuz lo sintió de nuevo. En las tripas. Seguía ahí, aquel joven enamorado de otro tiempo. ¿Cómo era posible? ¿Es que cinco siglos no habían sido suficientes para apagar esa llama?

– Aquí fue donde me dijiste que me querías.

– Y a pesar de eso, te fuiste. Me abandonaste.

– Traté de convencerte.

– Como ahora.

– Como ahora. Podemos repetir el mismo error. O podemos rectificar.

Ella sonrió. Por primera vez desde que hablaban. Cinco siglos después, volvió a ver esa sonrisa. Y de pronto recordó porqué se había enamorado de ella. De pronto, todo pareció fácil y sencillo. Caos. Guerras. Juramentos. Todo parecía insignificante al lado de esa sonrisa.

NOTA DEL AUTOR

Estimado lector,

Muchas gracias por leer *La Quinta Sombra*, primera parte de esta saga. Si te ha gustado, no dudes en apoyarme con una reseña o una calificación. Como autor autopublicado, esa es la ayuda que más aprecio.

A la espera de nuevas aventuras en el continente, puedes descubrir algo más sobre el pasado de alguno de los personajes de este libro sumergiéndote en los relatos cortos de las Crónicas de Edalom.

También puedes pasarte por mi web, donde cuelgo información sobre mis libros, mapas y a veces algún que otro cuento ambientado en Edalom, por supuesto.

Y eso es todo, hasta que haya más.

¡Un saludo y hasta la próxima!

DRAMATIS PERSONAE

Khaz’Tiber

An Long, jinete de dragón de la Nueva Llama
Bong Nam, jinete de dragón de la Nueva Llama
Tui Lam, jinete de dragón de la Nueva Llama
Dal Mah, aprendiz de la Nueva Llama que no llegó a jinete
Bahn Mi, aprendiz de la Nueva Llama que no llegó a jinete
Kai Shek, jinete veterano
Dien Phu, jinete veterano
Prei Kuk, jinete veterano
Chei Kuk, jinete veterano
Mih Dian, jinete veterana
Mah Dia, jinete veterana
Sah Mah, jinete veterana
Bin Thu, jinete veterana
Shia Ma, aprendiz de jinete
Pan Gu, aprendiz de jinete
Hoa Liu, herbicista
Xao Tung, transportista
Dun Gar, maestro del fuego
Shio Min, maestro de los secretos
Sim Rep, maestro de las armas
Mao Rin, maestra de las finanzas
Khaz Dolu, líder del Khaz'Tiber

Islas del Borde
Pira Ignos, profesora de escuela
Sihal Gea, herrero
Hotus, calderero
Bern, sacerdote jorolita
Bría Escuala, líder del Arcoíris
Tigre Gea, líder del Martillo
Yeguen Ignos, coyote del Martillo
Ruger Escuala, coyote del Martillo
Garia Borea, miembro del Arcoíris
Niwaz Ignos, coyote del Martillo
Darga Ignos, coyote del Martillo
Bytok Borea, mejor amigo de Yeguen
Yogg Gea, coyote del Martillo
Guga Gea, coyote del Martillo
Honos, mediador
Suudra, vidente de las hojas de coca
Terrek Gea, Jefe de escuadrón de la Guardia Coralina
Thur Ignos, Comandante de la Guardia Coralina
Summo Borea, lobo del Martillo
Ayua Ignos, lobo del Martillo
Sallo Gea, vigía
Hovar Ignos, pantera del Martillo

Halam Escuala, pantera del Martillo
Lamo Gea, pantera del Martillo
Brock Borea, pantera del Martillo
Jekke Borea, diputado de Tierra Nueva

Mohad

Sand, oficial de los Escarabajos
Fabien Santoro, exmariscal del Ejército Real mohadí
Charles Val'Dargant, rey de Mohad
Richard Val'Dargant, mariscal del Ejército Real mohadí
Lord D'Estaing, chambelán
Pontífice, líder de la Iglesia Limerea en Mohad
Alain Val'Detignes, duque de Val'Lacq
Philippe Val'Detignes, consejero de la moneda
Rudi, jefa de los Escarabajos
Romain, oficial de los Escarabajos
Aditi, niña suná que fue enviada a los Escarabajos

Otros

Derren Zancadilla, cazador de Colmillos Verdes
Saima Sabrova, secretista, jefa del Espolón
Ileria Ignos, guardiana del fuego
Beane Borea, guardiana del aire
Elana Escuala, guardiana del agua
Galata Gea, guardiana de la tierra
Kida Katai, guardiana de la tormenta
Buuz, eterno de Kitazh
Gost, eterno de Kitazh
Jeikis, eterno de Kitazh
Ruuth, eterna de Kitazh
Haiga, eterna de Kitazh
Raol, eterno de Kitazh
Etel, eterna de Kitazh
Sahelia, eterna que rompió el juramento
Humo, eterno que rompió el juramento
Ruto, eterno que rompió el juramento